

EL GUARDIÁN DE LA LLAVE

BÁRBARA JAÉN



EL GUARDIÁN DE LA LLAVE

VOL 1 - ALESSIO

BÁRBARA JAÉN

Autor:
BÁRBARA JAÉN

© EL GUARDIÁN DE LA LLAVE - ALESSIO. VOL. I

Registrado en la Oficina Nacional de Derechos de Autor de la República Dominicana - ONDA.
NÚMERO: 00773/03/2024

Escrito en 2023
Publicado en 2026

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna manera sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas en reseñas críticas y otras obras no comerciales. Para obtener permisos, comuníquese con el autor.

NOTA:

Esta es mi primera novela. En ella he puesto incontables horas de trabajo, dedicación y cariño, y espero que puedas disfrutarla tanto como yo disfruté crearla.

Este libro ha sido realizado completamente por mí, desde la escritura hasta la maquetación y el diseño, aplicando mis conocimientos en gramática, InDesign y Photoshop para dar vida a esta novela.

Entre sus páginas encontrarás
la historia de Alessio Yvoty,
un vampiro que te adentrará
en el primer volumen de una
ardiente saga de romance oscuro
y fantasía urbana.



Medios sociales:

Instagram | Tiktok | Wattpad

@barbarafantassy

Facebook: Barbara Fantassy

ÍNDICE

Capítulo 1 - Una adquisición ..... PÁGINA 01
Capítulo 2 - El penthouse ..... PÁGINA 11
Capítulo 3 - Sellados ..... PÁGINA 17
Capítulo 4 - Inolvidablemente olvidable ..... PÁGINA 33
Capítulo 5 - El patrón ..... PÁGINA 42
Capítulo 6 - San Valentín con sabor a maracuyá ..... PÁGINA 52
Capítulo 7 - Noche de terror ..... PÁGINA 60
Capítulo 8 - Días dorados ..... PÁGINA 69
Capítulo 9 - Beer Garden ..... PÁGINA 80
Capítulo 10 - La primera asignación ..... PÁGINA 90
Capítulo 11 - El secreto de la ceremonia ..... PÁGINA 105
Capítulo 12 - Choque de realidad ..... PÁGINA 117
Capítulo 13 - Besos mojados ..... PÁGINA 126
Capítulo 14 - Atentado de la isla ..... PÁGINA 132
Capítulo 15 - La mano que no debe ser cortada ..... PÁGINA 147
Capítulo 16 - El cuerpo jamás olvida ..... PÁGINA 153
Capítulo 17 - El lenguaje de las flores ..... PÁGINA 166
Capítulo 18 - Los custodios ..... PÁGINA 172
Capítulo 19 - Al final del camino ..... PÁGINA 183
Capítulo 20 - Reencuentros ..... PÁGINA 193
Capítulo 21 - La debilidad del guardián ..... PÁGINA 207
Capítulo 22 - Noche de chicas ..... PÁGINA 213
Capítulo 23 - Planes ..... PÁGINA 215
Capítulo 24 - Dulces tentaciones ..... PÁGINA 220
Capítulo 25 - Quiero ser tuyo ..... PÁGINA 229
Capítulo 26 - La luna que brilla en Mónaco ..... PÁGINA 237
Capítulo 27 - El sol que brilla en Mónaco ..... PÁGINA 278
Capítulo 28 - Romance cruel ..... PÁGINA 301
Capítulo 29 - El príncipe de Mónaco ..... PÁGINA 318
Capítulo 30 - Un lazo inquebrantable ..... PÁGINA 324
Capítulo 31 - La esclava ..... PÁGINA 334
Capítulo 32 - Tundra ..... PÁGINA 357
Capítulo 33 - Sombras del pasado ..... PÁGINA 370
Capítulo 34 - Adiós ..... PÁGINA 388
Capítulo 35 - El gran hallazgo ..... PÁGINA 391
Capítulo 36 - Algo sin precedentes ..... PÁGINA 400
Capítulo 37 - Veintiocho de diciembre ..... PÁGINA 403
Capítulo 38 - Tiempo de cortar ..... PÁGINA 414
Capítulo 39 - El baile de Año Nuevo ..... PÁGINA 428
Capítulo 40 - El primer día del año ..... PÁGINA 433
Capítulo 41 - ¿Esto es Londres o Nueva Orleans? ..... PÁGINA 437
Capítulo 42 - Amor a ciegas ..... PÁGINA 449
Capítulo 43 - La copa de la venganza ..... PÁGINA 459
Capítulo 44 - La Villa en Cotswolds ..... PÁGINA 472
Capítulo 45 - Asuntos internos ..... PÁGINA 476
Capítulo 46 - Una pequeña casualidad ..... PÁGINA 479
Capítulo 47 - Aniversario ..... PÁGINA 484
Capítulo 48 - Una fiesta sangrienta ..... PÁGINA 495
Capítulo 49 - La bruja Zara ..... PÁGINA 512
Capítulo 50 - Cacería de brujas ..... PÁGINA 517
Capítulo 51 - Al final de la noche ..... PÁGINA 529
Capítulo 52 - Esquela ..... PÁGINA 540
Capítulo 53 - El puente caído ..... PÁGINA 543
Capítulo 54 - El nuevo testigo ..... PÁGINA 547
Capítulo 55 - Un mérito a la excelencia ..... PÁGINA 549
Capítulo 56 - Mi biblioteca ..... PÁGINA 556
Capítulo 57 - Una adorable cita de tres ..... PÁGINA 558

Dedicatoria

Para mis hermosas
y maravillosas
lectoras.
Este libro les pertenece.
Me han dado la confianza como autora,
como mujer, para aventarme
en este camino de la escritura.
Me han hecho creer que soy genial
Más que eso, han hecho, por mil veces,
más emocionante mi vida.
Para mí. Por los últimos tres años
de arduo esfuerzo escribiendo
a un vampiro de ensueño.
Para aquellos que viajan
en sus mentes con grandes anhelos.
Que fantasean con un romance
que les arrebate el aliento.
Esto es para ti,
aquí todo se trata sobre ti.
Y nadie es tan estúpido
como para dejar caer
siete millones de libras esterlinas.

Introducción

Siempre nos contaron la misma historia:
que los vampiros son resucitados,
cadáveres que volvieron
a la vida a través de un pacto con el mal.
¿Pero y si no fuera así?
¿Y si la historia fuera diferente?
¿Qué tal si, del mismo modo en que la especie felina
tiene distintas versiones, (como el jaguar y el gato),
los humanos no hubieran sido los únicos seres
con fisionomía humanoide en la Tierra?
¿Qué pasaría si existiera una versión
superior a la nuestra?
Criaturas vivas, con dientes afilados y ojos rojos,
que no envejecen, que no mueren y, sobre todo,
que han vivido junto a nosotros
desde tiempos inmemoriales.
¿Qué pasaría si las disputas por tierras
y los pactos de conquista del pasado
no hubieran sido solo entre humanos?
¿Y si ellos, Los Primeros, tal como su nombre lo dice,
se hubieran apoderado de todo antes que nadie?
Alessio Yvoty es un vampiro indígena
de la cuenca del Amazonas.
Y esta es su historia.

ADVERTENCIA

El Guardián de la Llave
es una obra de ficción oscura
dirigida a un público adulto.
Sus páginas contienen violencia gráfica,
contenido sexual explícito
y temas intensos vinculados al vampirismo.
Apto exclusivamente para mayores de 18 años.



CONTEXTO HISTÓRICO

Artículo publicado en The Globe Chronicle, por Miranda Ashcroft, Londres, 12 de marzo de 2015.

Desde tiempos antiguos, la humanidad compartió la Tierra con una especie viva de morfología similar y nómada llamada "Los Primeros". Durante milenios, ambas especies coexistieron en una tensa y complicada relación hasta que las civilizaciones humanas, con mayor capacidad reproductiva y comunitaria, comenzaron a prosperar y expandirse en reinos.

"Los Primeros", conscientes de su longevidad y fuerza superior, vieron en la estructura comunitaria humana una oportunidad para posicionarse como señores de todo. Esto marcó el inicio de un periodo oscuro, desde la antigüedad tardía hasta comienzos de la alta edad media en el que ellos se alzaron con mano dura sobre nosotros, reduciéndonos a ganado para su subsistencia.

Por esta razón, en la actualidad, todos los países, sin excepción, enseñan a sus ciudadanos, en universidades, museos y escuelas, esta parte de la historia basada en los registros de diversas civilizaciones que plasmaron en tablillas y relatos orales sus encuentros con hombres de ojos rojos. Culturas aún más antiguas también mencionaron hombres con habilidades sobrehumanas, caracterizadas por ojos azules y una conexión similar con el consumo de sangre. Sin embargo, fueron los eslavos quienes, siglos más tarde, dejaron la evidencia más detallada de su existencia, llamándolos Upyr, un término que asociaban directamente con "chupar sangre".

Con el tiempo, y a medida que las migraciones y los enfrentamientos entre pueblos se extendieron, este nombre evolucionó: los habitantes del río Vístula (hoy Polonia) los llamaron Upiór, la gente de Tracia (Noreste de Grecia, Sur de Bulgaria y Turquía) les denominaron Vpir, y en las tierras de Renania (Alemania actualmente), el término se transformó finalmente en Vampir. Así se consolidó la palabra "vampiro"

que utilizamos hoy para referirnos a esta raza que,

en un periodo oscuro de nuestra historia estuvo a punto de llevarnos a la desaparición.
Se estima que los actos de opresión desmedida, el abuso y la falta de condiciones salubres de la época redujeron la población humana mundial a tan solo un treinta por ciento de su total.
Lo que en algún momento pareció una lucha natural entre especies, nos dejó al borde del abismo.
Los primeros en ser cazados fueron nuestros líderes, y ser noble llegó a convertirse casi en un crimen. La humanidad, dispersa como ovejas sin pastoreo, vio cómo nuestros más poderosos cayeron, y las voces que clamaban por la libertad fueron ahogadas en silencio. Hay quienes sugieren que fue gracias a una facción de vampiros, o quizás otros seres, que el sufrimiento de nuestra raza llegó a su fin. ¿Fue la fuerza de nuestra voluntad la que nos liberó, o fue un acto de misericordia inesperado desde las sombras?
Por ello, tras lo que se cree fue el triunfo de nuestra libertad, el primer humano noble libre, marcado por las atrocidades que vivió, se esforzó por hacer firmar un tratado a las casas nobles que sobrevivieron, en el cual todos se comprometieron a no esclavizar ni someter jamás a trabajos forzosos a ninguna especie viva.
Pero dicho tratado sólo fue válido por algunos años.
La devastación que provocó la opresión vampira dejó cicatrices profundas en la humanidad, y lamentablemente, no supimos reponernos. Con la casi desaparición de nuestra clase trabajadora los inviernos se volvieron mortales, y las reservas de alimento se agotaron rápidamente. Sin la caza, los recursos más básicos para sobrevivir, como materiales para fabricar ropa y abrigos, se desvanecieron.
Pero lo más trágico fue la pérdida del conocimiento.
Muchos escritos y papiros fueron destruidos, eliminando toda evidencia de lo que alguna vez supimos sobre medicina, caza, supervivencia y de nuestros antiguos enemigos.
Quedamos sin recursos más allá de los conocimientos guardados en nuestra memoria colectiva, incapaces de combatir enfermedades o de adaptarnos a los tiempos que nos tocaban vivir.

Las generaciones futuras crecieron sin las herramientas necesarias para enfrentar la oscuridad que habíamos dejado atrás, y sin un camino claro hacia la recuperación. En aquellos tiempos, los niños y mujeres, quienes en comparación con el resto de la población se encontraban en mejores condiciones físicas por recibir un trato menos riguroso por los vampiros, fueron los primeros en ser forzados a trabajar, impulsados por la pura necesidad propia de sobrevivir, empujando consigo a los animales de carga también.

Y aunque no se sabe con certeza quién reinstauró formalmente la esclavitud, lo que comenzó como un intento desesperado de sobrevivir terminó convirtiéndose en una práctica sistemática.

Algunos historiadores sugieren que su resurgimiento fue gradual, casi inadvertido, mientras las necesidades de reconstrucción y las crecientes desigualdades llevaban a la humanidad al olvido de las lecciones del pasado quitándole el valor al tratado firmado hasta volverlo inexistente.

Como criaturas insensatas, olvidamos el dolor de haber sido esclavizados. Hombres y mujeres comenzaron nuevamente a ser sometidos a trabajos forzosos, esta vez a manos de las casas nobles, aunque de una forma considerada "menos atroz".

Bajo el sacrificio de muchos desdichados, condenados y vendidos, construimos molinos, transportes, movimos grandes embarcaciones, creamos castillos, los demolimos, peleamos entre nosotros mismos, fuimos a la guerra, hicimos pactos, los volvimos a romper; destruimos todo lo que habíamos edificado solo para volver a levantarlo, y creamos lo que hoy conocemos como la sociedad moderna actual.

Una sociedad donde los ciudadanos de clase media y baja no pagan impuestos, una medida introducida por una antigua reforma que, aunque vista como un gran beneficio en su momento, es considerada por los estudiosos como una aberración. Esto ha permitido que el Estado se desentienda progresivamente de sus responsabilidades hacia ellos. Una sociedad que, aunque ha recibido la historia de "Los Primeros de Ojos Rojos" como enseñanza, la percibe como un relato tan lejano y antiguo que casi parece fantasía.

Muchas corrientes educativas, incluso, presionan para sacar dicho capítulo de nuestros libros de historia, alegando que es una era superada, que ya no tiene relevancia en la sociedad moderna. Pero, si repetimos los errores aún conociendo la historia, imagina lo que haríamos si llegáramos a olvidarla.

Es más que obvio que existe una razón bastante clara por la cual ningún gobierno se atreve a ceder a esas presiones y mantienen la historia antigua presente sin importar cuántas marchas o protestas realicen los opositores.

Se rumorea, en las teorías conspirativas que circulan en internet, que la verdad sobre este asunto se encuentra oculta bajo el Palacio de Buckingham, en Londres. Sin embargo, a medida que proliferan las especulaciones sobre las diversas familias reales que aún permanecen, ésta conspiración se ha ido tornando cada vez más nubosa, hasta el punto en que muchos la consideran simplemente otra historia fantasiosa.

Además, existen otros problemas globales más urgentes que abordar. Por ejemplo, 72 de los 193 países reconocidos mantienen la esclavitud como un sistema legal de trabajo, siendo su fuerza laboral constituida por deudores, criminales y personas que se entregan a ese tipo de trabajo para evitar la pobreza. También por familias que voluntariamente intercambian a sus hijos por bienes económicos. Sin embargo, esta práctica ha sido abandonada por un número creciente de países a lo largo de los años, especialmente en regiones históricamente afectadas por este tipo de trabajo. El motivo principal radica en la falta de supervisión, garantías y los peligros inherentes o abusos a los que los trabajadores bajo contrato se exponen. Activistas y legisladores denuncian que el trabajo forzoso, aunque presentado como una solución a la pobreza y al progreso, implica una serie de riesgos que no justifican el alto beneficio económico para los individuos, y proponen que si el propósito es avanzar como humanidad debemos priorizar la moral y la integridad de cada persona antes que el dinero.

El problema radica en que las mayorías, que deberían considerar y votar a favor de este tipo de propuestas, no prestan atención a asuntos de índole política o humanitaria, ya que sus vidas están tan

alejadas de estas realidades que rara vez reflexionan sobre cuestiones ajenas a su propio bienestar. Y lamentablemente, gran parte de las voces de las minorías afectadas prefieren asumir los riesgos mencionados antes que aventurarse por sus propios medios o perder su único sustento, lo cual ha ralentizado el proceso de prohibir esta práctica por muchos años, convirtiéndola en otra extraña pero discreta normalidad, en la sociedad moderna global.

Una sociedad que avanza a pasos agigantados, en una lucha interna entre sectores que desean olvidar y otros que luchan por preservar nuestro pasado y sus lecciones sin importar los medios ni el costo. Algunos se aferran al viejo conocimiento como si fuera una cuerda que nos mantiene a salvo, mientras que otros, temerosos de lo que esa memoria puede despertar, prefieren camuflarse en el olvido, ocultos entre las sombras de una vida no igual a la de nosotros mortales, moviendo los hilos que unen el presente con el oscuro legado de antaño. ¿Quiénes son? ¿Qué buscan realmente? Quizá solo el tiempo lo dirá, o quizás la respuesta ya esté frente a nosotros, encubierta en los rostros que nos cruzamos cada día, en las decisiones que nos afectan y en los ecos de una historia que aún vive, incluso cuando creemos haberla olvidado.

Gracias por leer mi último artículo, fue un honor escribir siempre para ustedes la verdad.

Miranda Ashcroft, periodista.



EL GUARDIÁN DE LA LLAVE

VOLUMEN I - ALESSIO

Soy el héroe de algunos,
soy el villano de otros,
soy quien me pediste ser.

Bienvenidos a Londres.

Capítulo 1 - Una adquisición

Luna

— ¡Vamos Luna, llegaremos tarde! — Dice mi hermano.
— ¿A dónde? No paras de apurarme, pero todavía no dices dónde vamos.
— ¡Soy tu hermano mayor no te debo explicaciones!...
Igual ya casi llegamos.
Caminamos con mucha prisa hasta detenernos frente a una casa lujosa en el centro de Londres. Ni siquiera podía imaginarme qué hacíamos allí. Nosotros éramos pobres, no tan pobres, pero pobres.
— Escucha, debes entrar y entregar este sobre a la persona que te abra la puerta.
— ¿Estás loco?, mira cómo ando vestida.
— Iría yo, pero sólo dejan entrar mujeres, sólo ve, esto nos dará dinero para pagar la casa este mes.
— ¿Es un convento o algo así?
Xavier arruga el rostro
— ¿¿Cómo va a ser un convento? Ya vete, y hazlo rápido.
Tengo cosas que hacer.
En líneas generales, mi hermano es una persona aceptable,
su único problema es que casi no dura en ningún empleo y los proyectos que emprende siempre terminan en fracaso.
Por eso yo siempre hago lo que está a mi alcance para ayudar.
— Bien, dame el sobre, si esto nos dará dinero, yo iré.
Siguiendo las instrucciones de mi hermano, me acerco a la enorme puerta y toco el timbre. Pero mientras espero, un gran escalofrío recorre mi espalda… eso que suelen llamar un mal presentimiento. Aun así, permanezco de pie sobre el tapete de la entrada hasta que un hombre elegante y canoso abre la puerta. De inmediato le doy los buenos días y comienzo a explicarle la razón de mi presencia aquí. Sin embargo, algo sombrío en su mirada hace que mi corazón se sacuda; por alguna razón, me siento como en esos documentales donde la gacela es acechada por un león.

— Disculpa, jovencita, pero no estoy entendiendo, ¿te puedo ayudar en algo? — pregunta el caballero, confundido ante mi titubeante comportamiento.
— Estoy aquí porque mi hermano Xavier me envió a entregar este sobre. — Extiendo el brazo y lo pongo en su mano, sintiéndome avergonzada por los efectos de los escenarios ficticios que nunca dejo de construir en mi mente. Definitivamente tengo que dejar de ver películas de suspenso.
— ¿Xavier?... ¿Xavier qué?
— Oh, lo siento, Xavier Thompson. Mi nombre es Luna Thompson.
— ¿Dices que tu hermano es quien envía el sobre?
— Sí, así es.
Mientras leía el contenido del mismo, lentamente, el hombre sacó de su bolsillo un radio y lo acercó a su boca: — Número de cuenta 87502-827-384. Transfieran veinte mil libras esterlinas a nombre del señor Xavier Thompson.
Enfurecí por dentro, veinte mil libras era muchísimo dinero, y el infeliz de mi hermano decía que sólo nos ayudaría para pagar la casa este mes, por supuesto que eso no se iba a quedar así, al volver le cobraría una buena parte por esto.
— Transferencia completada — Alguien responde a través del radio. Y de inmediato la mirada del hombre frente a mí se suaviza.
— Puede pasar Señorita Thompson.— Dice.
¿Pasar? Pero... ¿para qué? Volteo a la calle, sólo para descubrir que mi hermano ya no está. Repentinamente, un montón de escenarios terroríficos comienzan a abarrotar mi mente con una fea punzada de que ya no son más escenarios sino mi realidad. De labios entreabiertos y con un temblor en todo mi cuerpo,
vuelvo a mirar a ese hombre, convencida de que debo huir.
— Yo... pasaré otro día, hoy tengo que irme.
— *Señorita*... ¿qué cree que había en el sobre?
— No lo sé.
— Tu pasaporte, tu partida de nacimiento, y una carta de venta por parte de tu familia. Señorita Thompson, a partir de hoy usted es una esclava.
¿Realmente esas palabras salieron de su boca?

Lo escuché, juro que lo escuché. Y justo como las gacelas en esos documentales, corrí por mi vida. Tan rápido como nunca antes, tan rápido como jamás imaginé, pero cuando pensaba haber logrado mi escape, los guardias me alcanzaron y golpearon mi cara contra el portón. Terrible golpe, un dolor insoportable se apodera de mis pómulos hasta mi cabeza mientras trato de recuperar el control de mis sentidos.

El hombre canoso se acerca a mí, yo jadeando todavía por la adrenalina. Déspota pero sereno, me dice: — La realidad de los jóvenes es terrible. Hasta que cumples dieciocho tu familia puede decidir tu futuro, intercambiarte por dinero. Cualquier cosa es legal porque ellos son tus dueños. Para tu desgracia, sólo tienes diecisiete y un hermano al que sólo le importa la plata. Vive, y quizás en un futuro (cuando cumplas tu servicio y recuperes tu libertad), podrás vengarte de él. Por ahora, ya no eres una mujer libre. ¡Métanla en una jaula! Y por Dios, tengan cuidado con su cara.

Me resisto. Alzo la voz a gritos, clamo a toda fuerza que soy una mujer libre. Las personas que pasan por la cuadra se ríen; otros juzgan diciendo cosas como "seguro es una mala hija o no pagó sus cuentas". Pero nadie, absolutamente nadie interviene. Nadie alza la voz para preguntar qué fue lo que pasó. Presentes para juzgar, completamente ausentes para ayudar.

Había escuchado que estas cosas pasaban, pero jamás imaginé que me pasaría a mí.

El shock emocional para mí fue tal que no recuerdo mucho más de ese primer día. Todo es muy difuso en mi cabeza.

Las primeras semanas, mientras pasaba mi irracional etapa de no aceptación, estuve recluida en una enorme jaula de acero en un depósito de paredes de concreto junto a tantos otros como yo. Luego, con el paso de los días, a medida que nos íbamos resignando, nos asignaban "habitaciones", celdas más grandes en realidad.

El tiempo pasó y el gran morado que tenía a la mitad de mi cara desapareció. Incluso el cabello me creció hasta los hombros.

De los tantos compradores que vienen a diario, pensé que alguien mostraría interés en mí, pero no ha sido así.

Comencé a pensar en todos los oficios posibles por los cuales podrían adquirirme. No era para nada fuerte así que la minería estaba descartada. Todavía no tenía estudios universitarios entonces tampoco podía aspirar a ejercer labor en el área de tecnología. No era precisamente bonita, así que descarté por completo la idea de terminar como sirvienta en una casa rica. Todos los "buenos puestos" con grandes pagas de retiro, estaban completamente fuera de mi alcance, pues la legislación sobre la adquisición de esclavos era clara: la prioridad de venta siempre se enfocaba en los prospectos más saludables, prometedores y capacitados. Yo no era ninguna de las tres. Sí, comía tres veces al día en mi casa, pero no siempre había carne; arroz con frijoles era la regla. Y apenas estaba a unos meses de iniciar mi vida como adulta: no tenía idea ni capacidad de nada. Estaba perdida, ¿para qué alguien me compraría?

No sabía si sentir preocupación o alivio. Realmente no quería que nadie me comprara, ¿pero cuánto tiempo podían invertir estas personas en mí? Ya habían pasado meses y aún nada. La tristeza comenzaba a consumirme, cerrando mi estómago, marcando mis huesos. ¿Cuánto más podían seguir cuidándome si no les parecía un prospecto generador de ingresos? ¿qué sería de mí?

Siempre se hablaba del claroscuro de este tipo de lugares, aunque las autoridades perpetuamente han negado todos los rumores. Me pregunto si me matarían por no concretarse mi venta sólo para evitarse el gasto de tener que mantenerme. Me parece tan lógico que temo sea algo verdaderamente posible.

La respuesta a eso llegó un par de meses después en la madrugada, el custodio de mi celda vino a despertarme supuestamente para un traslado de habitación, lo miré con sospecha pero aun así hice lo que dijo, me levanté de mi no tan cómoda pero cómoda cama y caminé junto a él por un largo pasillo hasta pasar una puerta que nos llevó a bajar una incontable cantidad de escaleras. Hasta que llegamos a una sala bastante oscura, solo tenía una lámpara amarilla y un montón de jaulas de acero en las cuales no había lavamanos, no había baño, no había cama, solo una manta.

Entendí dos cosas, o era el deshuesadero que tanto había temido, o era la última parada antes de llegar a eso, tenía dos pesados grilletes en las muñecas y dos más en los pies, ¿para qué iba a resistirme?, ¿para qué?

Caminé según el ritmo que marcaba mi custodio y entré en la jaula. Mis manos se aferraron a las frías barras, con la ansiedad de no saber cuál sería mi destino o si, de alguna manera, fuera pura o no, yo lograría salir de aquí. Aunque no tenía tantas ganas de hacerlo. Mi vida, incluso antes de esto, no había sido fácil, y si la vida era esto, si era así, pues honestamente prefería morir.

Fue entonces, cuando ya habían pasado muchos días cuando estaba hundida en una depresión sin salida que escuché la puerta abrirse junto a la voz del vendedor, quien aparentemente estaba recibiendo a otro posible comprador. Y era raro ver compradores aquí, no solían bajar a este sótano. Es más, dudo que el gobierno supiera que estuviésemos aquí.

— Señor Alessio sólo tiene que darnos una referencia de lo que busca, y le ofreceremos lo mejor de la tienda. — Dijo el vendedor, siguiendo los pasos de ese hombre de piel morena, facciones indígenas y cabello lacio que cruzó la puerta.

— No busco algo en específico. He extraviado algunas cosas con los años, sólo quiero a alguien que tenga mejor memoria que yo... entre otras cosas.

Mientras ellos hablaban, con discreción mantenía mis ojos en él como si estuviera bajo algún tipo de hechizo. Nunca había visto un hombre tan bello en mi vida. Si esto fuera otro escenario, seguro él estaría rodeado de chicas bonitas.

—¿Ya puedo mirar? —preguntó con mucha elegancia. Su voz era grave, pero no soberbia; había cierta suavidad en su habla, en su forma de expresarse en general. No era lo normal de la gente que solía venir a esta casa. No sólo era un hombre con dinero o de clase alta, era alguien educado.

—Por supuesto, siéntase en casa señor. Mire cuanto desee. — Insistió el sujeto. Alessio debía ser alguien importante porque el vendedor se miraba sumiso de más, no sabría decir si su actitud se

debía a que estaba ansioso por venderle algo o por lograr que se fuera rápido.
Lo cierto es que empezó a caminar lentamente por el pasillo, suéter negro de cuello alto, pantalón y blazer del mismo tono. Sus dedos estaban repletos de anillos de oro, su reloj y las pequeñas argollas en sus orejas brillaban también. Con cada paso, el tacón de sus zapatos de cuero provocaba un eco en las paredes, difusor de incertidumbre, no miedo. Miraba a cada esclavo detrás de las rejas de forma compasiva, no fría, o quizás era solo mi percepción, pero me parecía que lo hacía con mucho respeto, no había morbo en sus ojos.
Cuando pasó por mi jaula, traté de disimular lo enigmático que era para mí apartando un poco la vista, pero aun así, alcancé a ver su rostro inclinándose levemente en mi dirección, mirándome con discreción sobre su hombro. Así continuó haciendo el recorrido por el pasillo entero, y mientras iba de regreso con el vendedor, yo rogaba en cada rincón de mi mente, de mi cuerpo, por primera vez rogaba que me eligieran a mí, porque si iba a trabajar para alguien, quería tener un buen patrón, en serio, y él lo parecía. Quería que me sacara de aquí, estaba dispuesta a trabajar, a cumplir con esta injusta condena, a convertir estas espinas en flores, estaba dispuesta a esforzarme con tal de respirar el aire de afuera otra vez.
— ¿Y bien? — preguntó el vendedor.— ¿encontró algo de su agrado, señor?
— La verdad no. Pero volveré la semana que viene, quizás tenga más suerte.
— Lamento escuchar eso, permítame acompañarlo hasta la puerta.
Escucharlo decir esas palabras estrujó mi corazón, mis ojos se cristalizaron, y pensé incluso en gritarle, la desesperación me agobió de muchas maneras mientras me temblaban los labios, y fue entonces, cuando hice un avistamiento que cambió por completo la historia de mi vida. Alcé la mano, sacándola entre los barrotes y señalé hacia la mesa:
— ¡Las llaves…olvidó sus llaves en la mesa, señor!— La mano me temblaba, entre el repentino silencio mi respiración se entrecortaba. Él volteó lentamente, caminó hacia la mesa y tomó las llaves en su

mano. A la distancia, asintió con amabilidad y me dedicó una mirada, que aunque grata, me dio la sensación de ser inspeccionada.
Una chispa de esperanza comenzó a arder en mí. Repentinamente, volví a sentir el azúcar en mi sangre, volví a sentir ganas de vivir.
— Es muy observadora —le dijo al vendedor.
— Sí, es completamente lo que busca.
— Pero está muy delgada.— Susurró en tono casi inaudible, no lo suficiente para mí.
— Algunos suelen bajar de peso, le prometo que esta chica está entre lo mejor de esta casa. Es muy inteligente, fuerte y brillante..— Vaya, de repente el vendedor que jamás había vuelto a hablar conmigo se había convertido en el hombre más sabedor de mí. Me preocupaba que inventara tantas cosas, pero no me importaba, al menos estaba haciendo su parte, ya después vería cómo lo resolvería.
— ¿Cuántos años tiene? —preguntó Alessio mirándome pero no hablando conmigo. No recibió respuesta del vendedor, estaba demasiado ocupado buscando mi fecha de nacimiento entre las tantas fichas. ¿Así que por qué no? Me adelanté, ya que tenía su atención, le di la información que quería.
— ¿Hoy es 9 de febrero?... Si es así, hoy es mi cumpleaños número dieciocho, señor —Le respondí. Él inclinó un poco la cabeza, mostrando una amable sonrisa labial.
— ¿Naciste bajo la constelación de Acuario? Qué peculiar e interesante…
— Así es, señor Alessio. — añadió el vendedor— La señorita está en la flor de su juventud. Aunque se vea delgada, es una fuerte chica de dieciocho años.
— ¿Cuánto piden por ella?
— Cinco millones de libras esterlinas.
¿¿No quieres pedirle también propina??, ¡demonios! me compraron sólo por veinte mil ¿¿por qué tanta avaricia?? Esto es todo, voy a quedarme aquí de por vida.
— ¿No te parece un precio elevado?— preguntó Alessio con calma— ¿Cuál es la razón?

— Nació por parto natural un martes nueve a las nueve.
— Uuuh ya veo, cualquier bruja pagaría una millonada por ella, bien. Pagaré siete millones de libras en vez de cinco, con la condición de que borren el registro de su nacimiento, no quiero brujas molestas detrás de mí en el futuro.
— Así será hecho. Entonces... la apartaré para usted en lo que organizamos el pago, y tras prepararla la enviaremos a domicilio.
— Me la llevaré justo ahora, hay diez maletines en mi auto, dígale a su personal que tomen siete.
— Sí señor.
— ¿Puedes quitarle los grilletes?, creo que la están lastimando.
— ¡No lo había notado, pero, por supuesto señor!
Con una sensación de hormigueo en las piernas di dos pasos hacia la puerta, estaba tan resignada que tenía muchas horas sin moverme, sentí que vomitaría. Pero el sólo pensar que una escena así podría hacerme perder esa oportunidad hizo que me tragara el amargo y permaneciera de pie justo frente a él. Recuerdo que cuando era libre solían decirme que era una chica muy alta, sin embargo, cuando estuve frente a él me sentí pequeña, ya que para mirarlo a los ojos tenía que alzar la cabeza, sólo alcanzaba a la altura de su pecho.
— ¿Cuál es tu nombre?— me preguntó.
— Luna.
— Luna... Bien, es muy fácil de recordar. Me agrada. — ambos sonreímos con una mueca— Dame la mano, Luna, siento que te vas a desmayar.
Por su apariencia, podrías pensar que era un mafioso; cabello negro peinado hacia atrás con algunos flecos al aire, ojos carmesí tan intensos como la muerte, piel morena y una falsa sonrisa. Sí, él era el prototipo de alguna clase de mafioso o criminal, sin embargo, ese hombre tomó mi mano y me llevó hacia la luz.
Por primera vez en meses, volví a ver la luz del sol, de la mano de Alessio, mi dueño.

Capítulo 2 - *El penthouse*

Alessio

Jamás había visto a una mujer y sentido el miedo verdadero de que se quebrara. Ella, con cada paso que da, me hace sujetar con más firmeza su mano, porque siento, verdaderamente siento que algo va a pasarle en cualquier momento. No solo se ve delgada, se ve frágil. Pero aun así tiene una actitud agradable y de cierto modo, a primer contacto, me dio la chispa de que podemos conectar y que no estoy botando al aire siete millones en este momento. La economía del mundo no está para eso.

No suelo equivocarme con la gente. Creo que podríamos trabajar bien, es una simple corazonada, pero lo creo de verdad.

Mi auto deportivo negro nos espera en la entrada, lo normal sería que ella se emocione por tener un dueño pudiente, así que la miro discretamente para ver su reacción, pero no se impresiona para nada, ella sólo contempla con una sonrisa casi extásica las nubes y el sol. Desde ese momento supe que debía esconder todos los cuchillos al llegar a casa, se miraba una mujer bastante extraña.

Pero me agradan las personas particulares, así que le sonrío. Le ayudo a sentarse en el asiento del copiloto, y ella cruza los tobillos elegantemente, acomoda su bata en una muestra clara de su educación y me mira con una sonrisa ladeada que, aunque enérgica, no podía ocultar la palidez de su cara; le daba algunos quince minutos para que se desmayara. Aun así, decido tenerle fe, la cual mengua cuando la veo con manos temblorosas luchando por abrochar su cinturón. Necesito una explicación de cómo la raza humana siendo tan débil llegó a la cima de la cadena alimenticia. Ah cierto, es gracias a mí.

Me acerco. Su rostro a centímetros del mío. Paso el cinto hasta el broche y todo queda listo. Ella no se molesta con mi presencia, lo cual me resulta agradable, es un atributo extra interesante que no le moleste la cercanía, porque soy una persona muy cercana, me gusta el contacto físico.

Subo al auto también. Tomo su planilla antes de arrancar, calculando cada cosa que pueda necesitar. — Bien señorita Thompson, veo en su expediente que su talla es M, pero le miro bastante delgada, ¿realmente es M?... ¿Señorita?... Ah ya se desmayó.

La contemplo desvanecida en el asiento, le acomodo la cabeza en el respaldar con la punta de mis dedos, y regreso la mano al volante. Hago rugir el motor de mi auto y conduzco hasta mi penthouse en la 32 de London Bridge Street. Al llegar todavía sigue desmayada, así que no me queda más opción que cargarla. La llevo en brazos hacia adentro y la recuesto con cuidado en el sofá, no sea que le pase algo más.

— Estoy comenzando a pensar que esto fue una mala idea...

Respiro profundo, tal vez Lukas pueda ayudarme un poco con ella. Saco mi teléfono, marco el número de mi doctor favorito en el mundo. Espero a que conteste.

— Hola Alessio.

— Ey Lukas, ¿cómo está mi negro favorito? ¿no te parece un hermoso viernes en la noche para venir a visitarme?

— ¿Ay Alessio, ahora qué hiciste?

— ¿¿Cómo lo supiste??

— Por favor, ¿viernes en la noche y te quedarás en casa? la cosa debe ser grave.

— Oye, soy un tipo hogareño.

— A otro perro con ese hueso, ¿qué pasó?

— Compré una esclava.— Murmuro.

— ¿Qué? no te oigo, repítelo.
— Digamos que hice algo bueno, pero moralmente incorrecto.
— Mierda, ¿qué hiciste?
— Ya te lo dije, compré una esclava.
— ¿¿Qué??— se ahoga con alguna bebida y empieza a toser— se supone que debes mantener un bajo perfil. Sabes perfectamente que TÚ, específicamente TÚ Alessio Yvoty, no puedes hacer lo que acabas de hacer. A la mierda, ¿dónde la compraste? ¿fue un negocio ilegal?
— ¿Ilegal? ¡No! La compré con dinero limpio.
— Por Dios.
— Oye sólo necesito que le hagas un chequeo médico, se ve pálida y tiene una mirada medio rara.
— Dependiendo de dónde la sacaste, es muy probable que tenga anemia, es el denominador común en personas como ella.
— ¿Lo ves? Por eso tenía que llamarte. Sólo… dime, ¿qué hago para que se sienta bien?
Mientras me da una larga explicación paso a paso, volteo hacia el sofá, haciendo una imagen milimétrica mental de la mujer que hace unos minutos se supone que dejé ahí, pero ya no está. Camino con el teléfono en la oreja a la cocina, abro la gaveta de los cuchillos, gracias al cielo no falta ninguno. Suspiro con alivio, loca no está.
Sin embargo, me urge colgar.
— ¿Sabes qué amigo? Acabo de recordar que te extraño demasiado y además no entendí ni mierda de lo que me acabas de explicar, así que te espero hoy en la noche. Bye.
Dejo el teléfono en el mesón de la cocina y comienzo a buscarla. Escucho al fondo, en el baño del primer piso la regadera abierta. Camino hacia allá por preocupación; si se desmaya bajo el agua capaz se muere ahogada. Eso me convertiría en una pésima persona y trato de convencerme de que no lo soy.
Cuando me paro bajo el marco, ahí la veo: pobre mujer, no puede ni alcanzar el jabón. Yo… he vivido tanto tiempo que el cuerpo humano no me ocasiona morbo, no en un contexto no erótico, así que por piedad, entro bajo la ducha con ella, paso mi mano sobre la suya para tomar el jabón y se lo acerco con una sonrisa labial. Ella se gira lentamente, me mira los labios, mi suéter pegándose a mi torso. Tiene los ojos más enigmáticos que haya visto. — Acaba de asustarme señorita Thompson, por un momento pensé que mis siete millones habían escapado.
— Señor Alessio, se está mojando su ropa.
— ¿Sí?, ¿me la quito?
Sus labios dudan en responder, pestañea muy lentamente.
No creo que sea por mi pregunta, más bien creo que es por lo que dijo Lukas. Debo tomar esto más en serio.
— Estuve conversando con un doctor, él cree que lo más probable es que tengas anemia.
— Seguramente.
— Eso es un problema, porque si no te pongo mi sello, podrías escapar en cualquier momento, ya que te he comprado, necesito marcarte…
— No se preocupe, usted me agrada, no quiero huir y aunque quisiera hacerlo no tendría a donde. ¿Qué necesita hacer para marcarme?
Permanezco en silencio ante su pregunta, con el agua cayendo como lluvia sobre nosotros, haciendo de este momento, de sus palabras, algo repentinamente provocativo, al punto que se me hace muy difícil escuchar mis razones, mantener mis ojos en los suyos.
— ¿En serio no lo imaginas?— le pregunto.

— No, no tengo suficiente fuerza para pensar.
— Estoy seguro de eso, de lo contrario no hablarías con tanta normalidad estando desnuda frente a un hombre.
— Creo que lo entiendes. — Me dedica una sonrisa igual a la mía, tiene una habilidad impresionante para agradar. Me gusta eso.
— Sin afán de ofender, ¿necesitas que te ayude con la espalda?
— En realidad, si usted pudiera bañarme, señor, se lo agradecería, me siento terriblemente enferma.
Responde sin titubear, mientras quedo prendido por un momento en una gota de agua que desciende desde sus pestañas hasta su boca. Salgo de la ducha mojado de pies a cabeza para tomar el banco junto al espejo del baño y lo pongo adentro.
— Por favor, siéntate.
Mientras ella se acomoda, yo me arremango el suéter, me pongo champú en las manos y comienzo a lavarle la cabeza. Esto es... como bañar a un perro... sí, es como recoger un perrito de la calle y bañarlo en casa, es muy divertido. Enjuago su cabello y con la punta de mis dedos le masajeo la cabeza, también el cuello, solo porque me agrada ver la expresión tan relajada que se dibuja en su cara mientras le rasco. Buena chica.
— Luna es un nombre muy lindo... ¿de quién fue la idea? ¿de tu madre?
— No quiero hablar de eso— responde cortante, ahora por mi culpa entre nosotros se ha levantado una pared. Y tiene toda la razón, la verdad no es nada cómodo que un extraño te pregunte por cosas familiares. Tampoco es normal que te bañe. Déjala tranquila, tal vez es mejor iniciar por otras partes.
— Aún así, agradezco el cumplido, señor. Agradezco toda la ayuda que me está brindado, le agradezco de verdad.
Y ahí está, salvando la situación otra vez, parece que al igual que yo, la señorita Thompson tiene la completa intención de que nos llevemos bien. Asiento, sin seguir indagando por el momento, sólo continúo lavando su cabello.
— Ya he terminado, supongo que no deseas que te ayude con lo demás...
— No, terminaré sola, gracias.
— Perfecto, pediré comida. — Salgo empapado hacia el pasillo cuando me detiene su voz y la miro a los ojos.
— Señor… ¿Usted no necesita que yo lo ayude?
— Hoy no, Luna. Pero en el futuro seguramente sí necesitaré de tu cuidado. Te espero para la cena. Por cierto, hay ropa en ese closet, puedes vestir algo de eso, temporalmente.
Ella asiente, con las piernas cruzadas en el banco elegantemente mientras cubre sus senos, parece que ya ha comenzado a sentirse bien, y me alegra, pero a la vez, el hecho de que se cubra quita la imagen pura que había tenido de ella hasta ahora.
¿Por qué siempre lo prohibido es más provocativo?

Capítulo 3 - Sellados

Luna

Nací libre, pero mi hermano me vendió. Deshacerse de mi vida valió veinte mil libras para él, pero para Alessio, tenerme valió siete millones. Hasta un desconocido me ha valorado más que mi propia sangre.

Una hora después de mi llegada a su penthouse, la mesa estaba servida y Alessio, vestido con una camisa blanca y pantalón de lino negro, encendía personalmente las velas del comedor, frente a los enormes ventanales de piso a techo que engalanaban la cena con la hermosa vista de la ciudad de Londres. ¿Que ya no iba a dormir en esa casa de esclavos? Todo parecía irreal, como un sueño.

— Ah, ya estás aquí. —Sobre todo por él, sentía como si hubiese ganado la lotería y esperaba no equivocarme; jamás había conocido a una persona tan ligera y amable. — Por esta noche te queda bien mi camiseta de verano, prometo comprarte ropa, mis más sinceras disculpas.

— Por ahora estoy bien, no se preocupe.

— Ven, siéntate, preparé la mesa para ti. Hace mucho que no recibo invitados así que esto me emociona. — Dice sonriente. Este es un enorme apartamento... ¿siendo tan rico se sirve él mismo?, me genera mucha curiosidad saber por qué no tiene personal.

— Gracias. — Muevo una silla y tomo asiento junto a él en el comedor.

— Te comentaba hace un rato que mi amigo Lukas es doctor, él cree que quizás puedas necesitar una transfusión de sangre dependiendo de tu nivel de anemia. Vendrá más tarde a revisarte, quería dejártelo saber.

— Está bien.

En medio del ambiente tranquilo, ambos empezamos a comer. No era incómodo para nada, me sentía a gusto, sentía que podía masticar sin temor a hacer ruido, porque él hacía lo mismo, comía con confianza mientras trataba de conocerme un poco más.

— Quería preguntarte, ¿mientras estabas en ese recinto, ya sabes, algún hombre te forzó?
— No. — respondo de inmediato. — ellos nos cuidaban bien, dentro de lo que cabía. Nadie tenía permitido tocarnos. Mientras no se acercara un comprador, la casa de venta era un lugar seguro.
— Ya veo... ¿entonces, por qué estás tan delgada? ¿no te daban comida?— detengo el tenedor sobre mi plato— Perdón, no quise molestarte.
— No es molestia. Sí, sí nos daban buena comida, pero yo no la comía, al menos no tan seguido.
— ¿Por qué?
Levanto el rostro ante su insistencia, encontrando sus ojos rojos, me mira de una manera tan intensa que siento en cada parte de mi cuerpo que debo darle una respuesta... no sé cómo explicarlo. Es como si se hubiera incrustado en mi alma, demandando una explicación.
— No la comía... porque así podría aumentar mis posibilidades de morir mientras dormía.
— ¿Por qué querías morir?
— Porque no nací siendo esclava, mi hermano me traicionó, me entregó a esa casa de esclavos, por dinero por supuesto... y... ¿quién querría vivir después de eso?
Creo que he logrado responder lo que quería, porque no pregunta nada más, sólo asiente mientras enrolla más pasta en su tenedor.
— Abre la boca.
— ¿Ah?— Arrugo el ceño.
— Abre la boca, la pasta se enfría.— La cara me arde al mirar su mentón reposando en su puño, su brazo extendido con el tenedor hacia mí. Hay… cierta conexión extraña entre nosotros, o tal vez sólo sea cosa mía pero es lo que percibo. Se siente como si ambos estuviéramos en una cita de verdad, pero no en una primera cita, no se tiene tanta confianza como nosotros en una primera cita. Lo poco que hemos tratado me da la impresión de que nada es demasiado íntimo, nada es vergonzoso. Ni yo misma puedo entenderlo o explicarlo, sobre todo porque estoy frente a un hombre que acabo de conocer, viviendo emociones que también acabo de conocer. Aún

así me acerco tímidamente al tenedor, y él introduce una gran porción de pasta en mi boca. — Come bien a partir de ahora porque realmente necesito de tu cuidado. Te compré porque hay cosas en las que requiero ayuda, sólo puedo prometerte que aquí es seguro y que a mi lado jamás tendrás carencias. Si eso es suficiente, por favor, quiero que desees vivir, ¿estás de acuerdo Luna?

¿Existe el amor a primera vista?, no lo sé, pero con alguien como él no tendría problema en averiguarlo, es muy guapo.
La luz de la luna que entra por el ventanal ilumina su cabello y su piel morena, como si fuera su cómplice, como si tuvieran un pacto para embellecerlo ante mis ojos, para hacer que me guste de verdad.
Asiento, dando respuesta a su pregunta. Agacho la mirada y me dedico a jugar con el tenedor, a enrollar más pasta. Puede que yo esté siendo indecente o inmoral al pensar de esta manera sobre alguien que acabo de conocer, sobre todo por las condiciones en las que le acabo de conocer. ¿Pero qué hay de malo en cenar con un hombre tan atractivo en la torre más alta de Londres?
¿Qué hay de malo en llevarme bien con quien me trata bien? Mucha gente que se supone debía quererme me ha hecho pedazos. Las personas que amé, ¿dónde estaban cuando estuve encerrada? ¿trataron de salvarme? ¿hicieron algo por mí?
He salido de esa maldita casa de venta por fin, en lo que parece un inesperado favorecedor giro del destino, puedo esperar a que este hombre se duerma y tratar de huir para vivir en las calles como una vagabunda en pro de mi moral, o puedo aceptar el cobijo que me da, y aferrarme a la esperanza que me ofrece este golpe de suerte.
— Señor Alessio.
— ¿Sí?
— Prometo que a partir de ahora me aferraré a la vida y viviré... viviré para servirle.
Él sonríe, reclinándose de la silla.
— Me agrada escuchar eso.
— Y sobre el sello...

— Ahhh. Realmente es muy necesario, cuando termines de comer búscame, estaré en el balcón.— Limpiando sus labios con una servilleta de tela, se levanta, me desea buen provecho una vez más y camina hacia afuera.
Lo noté algo tenso. ¿Realmente me marcará? ¿Así... con un fierro caliente? De cualquier manera, sólo será el agrio de una dulce limonada. No debo tener miedo. Afortunadamente, no me tocó ninguno de esos retorcidos. En comparación con los clientes habituales de aquella casa, Alessio parece decente, quiero decir, ¿de haber querido hacerme daño ya lo hubiera hecho no?
Exacto.
¿Le habré agradado? Pienso en su mirada, en su sonrisa.
Creo que sí. Pero mejor dejo de soñar despierta y limpio la mesa para no hacerle esperar. Aunque todavía no me ha dicho cuáles serán mis funciones, creo que si te salvan la vida, lo mínimo que se puede hacer para agradecer es ayudar a limpiar.
Luego de dejar todo impecable, camino al baño, me enjuago la boca con pasta dental. Me miro al espejo una vez más.
Todo va a mejorar, lo peor que podía pasar ya pasó. Todo va a mejorar.
Junto mis manos con un aplauso. Me doy ánimos.
— Como decía la abuela: Come el sapo más grande primero. Vamos por ese sello. Vamos.
Seco mis manos antes de salir y camino hacia el balcón, justo como él me pidió. Ahí está, observando al cielo con una expresión de calma mientras la brisa le alborota el cabello. Nota mi presencia y me llama con la mano. Fingiré que ese gesto no puso a un centenar de mariposas a revolotear en mi estómago. Exacto, no seas pesada y resbalosa, él sólo quiere que nos llevemos bien.
— Perdón por demorar.
— No fue mucho, está bien… ¿Sueles mirar el cielo nocturno?
— Suelo mirar la luna, es mi favorita.
— Es mi favorita también, aunque tengo el pasatiempo de mirar las estrellas en general. Las he mirado por una eternidad y no importa cuánto tiempo pase, el cielo sigue siendo igual de hermoso... no me canso de verlo.

¿Eternidad?, hablará en sentido figurado…
— Dime, Luna. Realmente tienes un nombre hermoso.
¿Estás lista para completar el sello?
— Sí, he venido para eso.
— Bien, ¿quieres... tomar mi mano?

¿Que si quiero? Veo la suya, extendida, esperando la mía.
Es grande, firme, pero libre de rudeza. La fuerza que intuyo en su mano no me asusta en lo absoluto, al contrario, me tranquiliza. Levanto la mía, la pongo delicadamente sobre la suya. Juntas contrastan de manera perfecta. Él cierra el agarre con una suavidad que me desarma. Mi respiración se descontrola, se me hace difícil disimularlo. He vivido en soledad por tantos meses que ya había olvidado cómo se siente la calidez, y de repente él viene a recordármelo.
Me atrae hacia él como en un baile, hasta que mi espalda topa con el muro de concreto de la terraza, Él queda justo frente a mis ojos.
— Hace mucho tiempo los humanos fueron ganado, esclavos, como la modernidad cuenta... ¿Has leído sobre eso?
— Sí, por supuesto, ¿quién no?
— ¿Y recuerdas de quién fueron esclavos?
— Fuimos esclavos de los vampiros.
¿Por qué se excluye?
— Así es... Ahora yo te contaré la otra parte de la historia.
La humanidad pudo ser libre porque un vampiro traicionó a la élite de su raza y los encerró dentro de cierta bóveda. Así, los vampiros convertidos fueron asesinados uno a uno tras el sello de los Primeros y la humanidad se quitó el yugo de su esclavitud. El vampiro traidor se quedó con toda la riqueza vampírica recibiendo además tierras y oro de parte de los humanos. Pero, con el paso del tiempo, ese mismo vampiro también traicionó a los humanos y les robó la llave de la bóveda.

— El vampiro de esa historia parece alguien despreciable.
— Sí, lo soy. Y también soy una persona muy olvidadiza. Luego de seiscientos treinta años he olvidado dónde escondí la llave, entre

otros objetos más. Por eso fui al mercado de esclavos. Necesito a alguien con buena memoria que me sirva de ayuda para encontrarla.
— ¿Alessio eres un vampiro?
— ¿Sólo me preguntas? ¿no sientes ganas de correr?
— ¿Serviría?
— Parece que ha visto suficientes películas de ficción, señorita Thompson.
— Algunas… honestamente creí que el color de tus ojos se debía a un lazo sanguíneo lejano. Digo, aunque es muy raro, todavía nacen algunas personas que conservan rasgos del mestizaje de esa época. ¿Y qué harás cuando vuelvas a encontrar la llave?
— Volverla a esconder, por supuesto.
— ¿Por qué?
— Esto no me lo esperaba... ¿quieres ser desayuno de vampiro?, porque si abro esas puertas eso es lo que pasará, no quedará ningún humano libre, volverían a ser ganado.
— No. Sólo me pregunto si no sientes culpa por haber traicionado a los tuyos. — Sus ojos se expanden con mi respuesta.
— No siento culpa porque sé que hice lo correcto.
Así que es el tipo de hombre que es, traicionaría a cualquiera por la espalda justo como lo hizo Xavier.
Le retiro la mirada. Pero a pocos segundos, su mano alcanza mi mejilla y me hace verlo otra vez..
— ¿Ahora sí me tienes miedo?
— Sí…— susurro— pero no por lo que eres. Tengo miedo de que me dejes caer, como dejaste caer a los tuyos.
Se acerca a mi rostro.
— Lunita... ¿quién dejaría caer siete millones de libras esterlinas?
Su sonrisa comienza a dibujarse con la mía. Rompemos a reír irracionalmente uno frente al otro, de su oscuro, pero muy divertido chiste no tan chiste.
— Bien.— logro calmarme— de cualquier forma ya soy tu esclava, estoy lista, ponme la marca.
— ¿Si imaginas de qué se tratará esto verdad?
— Ohh... ahora sí, ya lo pude imaginar.— Cierro mis ojos preparándome para sentir su mordida, su mano pasa suave por mi

cabello y lo esconde detrás de mi oreja descubriendo mi cuello. Su aliento cada vez más cerca.
— Hueles muy bien.
— Gracias, es que tu champú es muy bueno. — El aliento de su risa me hace cosquillas.
— No me refería al olor del... champú. Me refiero a tu sangre, huele dulce.
— ¿Diabetes?, es broma, okey. Hagamos esto, puedes morderme.
Él no responde. Solo deja un silencio denso mientras sus dedos recorren mi cuello, entonces su agarre en mi nuca se vuelve firme, me prueba con su lengua, me pellizca suave con los dientes antes de morderme, y hunde sus colmillos. Me aferro a su ropa con el punzante dolor, jadeando al aire mientras me acaricia la nuca con los dedos, muy suave, dándome seguridad, diciéndome sin palabras que no le tema. Siento la presión, el dolor, la fuerza con la que succiona, su deglutir. De momentos me suelta para lamerme y me muerde otra vez. Debería estar asustada, querer echar a correr, pero no es lo que siento, no le tengo miedo.
— Carajo— me chupa, una y otra vez — Muy buena— Murmura con gusto, no se esfuerza en ocultar lo placentero que es beber de mí, o tal vez no logra hacerlo. Eso me dice su respiración, su aliento agitado.
Enreda sus dedos en mi cabello, su otra mano baja lento por mi espalda, el roce erizándome la piel. Mi corazón salta cuando siento su toque pasando más abajo de mi cadera, acaricia mis glúteos, aprieta con fiereza.
Mis mejillas arden, mi puño cerrado apretando más fuerte su camisa. Me suelta el cuello y me lame de nuevo, mis pezones se endurecen con el roce. Suelta mi cabello y su mano desciende por mi pecho, abre en un solo pase los tres botones de mi camisa y lleva su boca hasta mis senos, me da el primer chupón antes de que pueda reaccionar. Tiro mi mano a su nuca. Mi corazón bombeando más sangre, mi cabello hecho un desastre y mi respiración una locura. Él me chupa, aferrándose a mi seno izquierdo. Un gemido de dolor escapa de mis labios y aprieta más suave. Mi entrepierna comienza a mojarse, es inevitable. Jamás había sentido hacia alguien una

atracción tan grande. Y para hacerme las cosas más difíciles, Alessio tiene un maldito aroma a hombre, a perfume caro de hombre.
Suelta la mordida respirando con agite frente mis senos, da una última chupada a mi pezón y arrastra sus labios hasta mi hombro izquierdo. En un sólo empuje me muerde de nuevo.
— Despacio— Susurro temblando. Más por la vergüenza que por el dolor. Toda esta situación es indebida, va en contra de los valores que he aprendido toda mi vida, pero después de tanto, ¿qué es lo indebido?.... ¿qué es lo correcto?... ¿de qué forma debo actuar en este mundo para permanecer o ser feliz?
Se separa de mí lentamente, veo su rostro con detalle; hermosos ojos rojos, pestañas largas. Contemplo cínicamente la forma en que sus labios tiemblan mientras me detalla. Baja de nuevo y limpia con su lengua la sangre que él mismo derramó. Alza la cabeza y le miro los labios, rojos e hinchados de tanto apretarlos contra mí, acompañados de una mancha de sangre en la comisura de su boca por la que mi mano se mueve sola.
— Tienes algo aquí... — Susurro con el poco aliento que me queda, llevando mi pulgar hasta sus labios, limpiándole los restos de mi propia sangre.
Mi mano aún reposa en su mejilla cuando él la muerde suave, sin clavarme los colmillos, sin dejar de verme a los ojos. Por ese mismo brazo me acerca hacia él, quedo guindada en su cuello y, mientras damos pasos danzantes hacia atrás, él se acerca a mis labios. Lo hace y se aleja. Siento su impulso, sus ganas de besarme, me roza y se aleja otra vez. Debe estar pensando lo mismo que yo, debe estar culpándose por las mismas razones que yo. Por lo indecente de la situación.
Duda frente a mi boca, no me besa, pero aún así su cara está tan cerca que siento su respiración. Es como si me dejara claro que él quiere, pero que sólo pasará si yo quiero.
¿Y cuál es mi respuesta?

Por supuesto que quiero.

Me tiro a su boca, entrelazo mis brazos en su cuello, mientras de cuclillas me aferro a él en el beso más impuro y deseoso que han sentido mis labios. Abro mi boca lo más que puedo para poder recibirle, el contacto es tan hambriento que mi lengua se escapa, roza su mentón y vuelve a perderse junto a la suya. Me la chupa con fuerza y se la entrego sin reservas. Me importa una mierda la decencia. Estoy viva, salí de esa casa de venta. Por supuesto que voy a comerme los labios del divino moreno amazónico frente a mí. Nunca más me abstendré de vivir.

En un parpadeo me aprieta los glúteos y me alza del suelo, encajándome en sus caderas con la misma necesidad con la que me besa. El aire frío de la terraza nos envuelve mientras seguimos besándonos, ajenos a todo. Él vuelve a morderme los senos y un gemido ahogado se me escapa. Siento cómo bebe, cómo su boca se desprende y su respiración roza mi piel. Abro los ojos apenas un instante: me besa con la boca manchada de sangre justo cuando escucho el chasquido de sus dedos abriendo los botones de su camisa. Camina hacia adentro llevándome consigo, sin dejar de besarme, sin dejar de tocarme, de acariciarme.

—Quédate conmigo esta noche, dulce Luna… ¿Quieres? —murmura en mis labios. Yo respondo que sí de inmediato, y comienza a subir los escalones del penthouse conmigo en brazos.

Sé que éste es el tipo de proposiciones que deberían pensarse bien, pero no quiero pensarlo, porque se siente tan divino, sus labios son tan calientes que estoy más conforme apagando mis razones.

Me deja sobre la cama, y yo me acomodo despacio, apoyada en mis codos, mientras termina de desvestirse frente a mí. Tiene cada músculo perfectamente definido, como si lo hubieran esculpido a mano. Pectorales firmes, hombros anchos, los oblicuos trazan una línea perfecta hasta perderse en la provocadora V que nace en sus caderas. Se quita el boxer y miro entre sus piernas. Ciertamente nunca había visto uno tan grande, en general fuera de los sables de luz de las novelas ilustradas, jamás había visto uno antes.

Así que desde mi primera experiencia con Alessio:

el sexo masculino se mira grueso, venoso y oscuro, con la punta color fresa. Es la primera vez que veo a alguien del sexo masculino

desnudo, y en serio me pregunto cómo se supone que todo eso pueda entrar en mí.
Sube a la cama y se queda de rodillas observando mi cuerpo a través de la camisa, la tela suelta apenas cubriéndome el muslo, y debajo no hay nada. Él lo sabe, tiene que saberlo. Me he bañado recientemente y no tengo ropa nueva, claro que lo sabe. Gatea hasta posicionarse entre mis piernas, su sombra cubriéndome por completo.
Se humedece los dedos con saliva. No aparta la mirada de la mía cuando los acerca delicadamente a mi sexo. Su toque es suave, pero mi cuerpo reacciona como si me hubiera tocado fuego: sobresalto en el pecho, latidos en mi entrepierna que se expanden como calor por toda mi piel. Se siente tan divino que me desarmo frente a sus ojos, gimo por el placer, por la sorpresa dulce y abrumadora de descubrir cómo se siente que un hombre… que un vampiro me toque así. Vuelve a besarme, sin dejar de tocarme. Lo hace despacio, chupándome el labio inferior. Más concentrado en lo que hace con los dedos. Mis piernas se tensan. Su aliento se mezcla con el mío, húmedo y caliente. Me arqueo hacia él y me lleva consigo, se sienta y quedo sobre él. Su erección rozándome, empujando lentamente, hasta que me penetra en una sola estocada y le muerdo el labio. Él empuja de nuevo y suelto un alarido.
Se detiene al instante, no logro contener el llanto: lloro en su hombro. — Luna… —susurra consternado, casi estupefacto. Con delicadeza saca mi cara al frente y me hace mirarlo mientras sostiene mi rostro.
— ¿Eres virgen?
¿Qué voy a decirle? Estamos teniendo sexo y en vez de disfutarlo me pongo a llorar. Mierda, acabo de joderlo, acabo de dañarlo todo.
Va a pensar que soy una inmadura.
— Sólo hazlo, completa el sello.
— Luna... El sello estuvo completo en la primera mordida.
— ¿Qué?, entonces, todo esto que hemos hecho…
— Perdón. Se sentía muy bien… y no me pude controlar.

Lo mismo me pasó a mí.

Separa mi cabello de mi piel sudada y lo arregla detrás de mi oreja, me mantiene en sus brazos. No se ve enojado, ¿entonces para él está bien?
— ¿Tienes problema con esto?— desvío la mirada— ¿con que no sepa hacerlo?
— No, para nada.
— ¿Te arrepientes de… ya sabes?
— Sólo si te he hecho daño.
— No me has hecho daño...
Su mirada se suaviza aún más, creo que trata de comprenderme.
Así que reúno el valor, le susurro lo que pienso:
—Yo no quiero tener que sumar esto a mi larga lista de malos momentos. Quiero recordar mi primera vez y sentir algo bueno.
Si aún lo deseas, ¿podríamos continuar?
Él pega sus labios a mi oreja.
— Esto es importante para ti, ¿de verdad eso quieres?
— Sí... sí lo quiero.
Alessio abraza mi cuerpo con más delicadeza, no con la misma hambre que traía desde la terraza, siento sus dedos acariciando suave mi espalda, se acerca y me da un beso tierno que vuelve a unir nuestras lenguas. Se recuesta sobre mí, aún unidos. Siento un ardor incómodo en cada roce mientras nos ajustamos. Me aferro a su espalda, sus músculos se tensan y relajan cada vez que empuja su cadera hacia mí. Gimo en su lengua; el ardor aumenta, hasta que, con un empuje firme, entra en mí por completo y empieza a follarme suave, lento, haciendo placentero cada movimiento.

— ¿Lo sientes? —susurra en mi oído, su aliento acariciándome la piel —. Ya eres mía.— Mira a mis ojos. Asiento, sudando, demasiado agitada para decir algo. Él posa su frente sobre la mía y baja el ritmo de sus embestidas, hasta que solo quedamos respirando juntos, nuestros cuerpos como uno. Sus dedos acarician mi mejilla, sus labios rozando los míos.

— Déjame besarte ahí… —murmura—. Quiero probarte, sentir en mi lengua la sangre de tu primera vez. ¿Me dejas, Luna? di que me

dejas.
Exhalo un "sí". Él se desliza por mi cuerpo hacia abajo, y casi al instante siento su boca besando y lamiendo mi calor. Mi sexo se derrite en sus labios mientras se aferra a mis caderas, chupándome, haciendo lo que dijo, quedándose con la sangre de la rotura de mi himen, de mi primera vez. Lo hace tan bien que me pierdo en el ritmo de su lengua, dejo que el placer me consuma en lo que arqueo mi cuerpo buscándole.
En la habitación solo resuenan mis gemidos y el sonido húmedo, indecente, de su boca bebiendo de mí. Me desarmo sin aviso cuando su lengua no deja de rozar ese lugar entre mis pliegues que me enciende entera. No logro controlar mis caderas. Él me agarra con más firmeza, se niega a separar su boca de mí, se concentra justo ahí, y una presión dulce, tibia, crece con cada caricia.

Mi pecho sube y baja con agitación, las piernas me tiemblan,
un gemido se escapa entre mis labios abiertos cuando esa presión finalmente se rompe. En mi vientre estalla una satisfacción líquida que adoro, y mi coño no deja de latir en su boca. Nunca me había sentido así, tan deseada, tan complacida.

Escucho los murmullos placenteros de Alessio, mientras continúa lamiéndome. Gime con gusto. Se levanta lentamente, su mirada fija en mi cuerpo con una mezcla de adoración y lujuria. Acaricia mi vientre, por varios segundos se queda inmerso hasta que se abre paso entre mis piernas temblorosas, vuelve a postrarse sobre mí. Me besa mientras su erección me busca; esta vez, entra fácilmente y él flexiona mis dos piernas hacia arriba. Suelto un grito acallado por su boca al sentirlo penetrarme en esa posición múltiples veces en las que empuja cada vez más profundo, aumentando la presión en mi vientre con cada jugosa estocada que mi coño abraza y aprieta, en medio de una oleada de gemidos que no paramos de soltar los dos.
— ¿Duele mucho?— pregunta gimiendo sobre mí, y le digo que no, pues aunque la presión en mi vientre es muy fuerte, no la quiero dejar de sentir. Él continúa besándome, follándome con muchas ganas, mientras clavo mis uñas en su piel. Sus caderas se mueven

con más hambre, y yo lo recibo, empapada, temblando. Mi mente ya no distingue entre la razón y lo que pide mi cuerpo. Sus manos no dejan de tocarme, de recorrerme. Se aferra a mí como yo a él... De algún modo, todo esto se siente mucho más que físico.
Saca su sexo con suavidad, masajea mi intimidad: — ¿Estás bien, dulce humana?— pregunta, y asiento. Él se tira a mi lado, nos miramos rostro con rostro cuando él me pide algo, una cosa que jamás, jamás, imagine poder hacer. — Ven… sube.

Me siento en la cama, mirándolo. Justo como él hizo conmigo, acaricio su abdomen, conociéndolo. Su piel es tersa, cálida y sin vello, salvo por unos pocos hilos dorados que brillan como si lo hubiera bañado el sol. Atrapa mi mano y me guía sobre él, quiere que continuemos. Lo abrazo con mis piernas, tanteo hasta sostener su erección en mi mano. Trato de ponerla en mí, pero fallo, no logro meterla. Es que estoy muy nerviosa y… ¿y si lo estoy poniendo mal? ¿Cuánta presión debo hacer? ¿Y si le duele?, pregunta real: ¿esto puede romperse? ¿el pene tiene hueso?
—Tranquila —dice con ojos apacibles—. Eres preciosa, me gusta todo lo que estás haciendo, lo haces bien, me gusta, hazlo.
Sus palabras me dan confianza. Dejo de temblar. Él me ayuda a meterlo y me siento sobre su sexo. Comienzo a moverme, de forma muy tosca. Él no dice nada, solo sonríe entre exhalaciones mientras me mira el cuerpo, los pechos... pero yo sé, sé muy bien, que no lo estoy haciendo bien, y es vergonzoso.
—No puedo.
—¿Qué? —se desconcierta cuando me detengo.
—No puedo, no sé cómo hacerlo. —Se apoya en el codo, lleva una mano a mi cintura, me acaricia.
—Practica conmigo.
—Pero...
—Prueba de diferentes formas, te juro que las disfrutaré todas, hasta que te sientas cómoda.
Su mano se eleva hasta mi nuca, me besa por nueva vez. Comienzo a moverme despacio, él sonríe y me muerde los labios, cae sobre la

cama. Pruebo moviéndome en círculos, él sisea, pero no es cómodo del todo. Paro de nuevo. Intento hacerlo en saltos, choco contra su sexo muy fuerte, él aprieta las sábanas. Se siente intenso, pero me canso rápido. Es entonces cuando le miro los labios, lo beso justo como hace un momento y repito ese movimiento: ondulando suavemente las caderas hacia el frente, despacio, buscando que su piel me frote. La forma suave en que controlo la penetración, los empujones que él hace cuando llego a lo profundo, me hacen gemir de placer otra vez.
— Sigue así — suplica debajo cuando encontramos el maldito ritmo que nos rompe. Mi coño convulsiona de excitación y me agarra las caderas en lo que empuja con fuerza, mientras yo, con la boca abierta, proceso cada estocada y lo divino que se siente.
Me tumba bruscamente y caigo boca abajo sobre las sábanas. Mete la mano entre mis piernas y hace un bulto con el edredón que coloca justo bajo mi coño mojado. Me penetra al instante, con una embestida tan profunda que me arranca un alarido. Me empuja con fuerza,
sin pausa, haciéndome sentir cada centímetro, cada golpe húmedo y grueso de su deliciosa polla. Entra y sale con un ritmo abrasador. Con cada nueva estocada me arrima más al borde del abismo, uno que al caer me bañará en aguas de excitación y placer. Así se siente, es lo que la escalada de palpitaciones en mi vientre me advierte.

— Quiero morderte otra vez, ¿me dejas?
Le digo que sí, y empieza a moverse lento detrás de mí. La sensación es tan buena que ni la mordida duele. Me suelta ese hombro y me muerde el otro. La presión de su hombría, el roce de mi clítoris contra el bulto de la sábana, el suave vaivén, todo, me enloquece a un punto que no consigo comprender. Gimo complacida, sintiendo mi coño abrazándolo con cada latido. Suelta la mordida y también empieza a gemir. Sus embestidas aumentan: más fuertes, más profundas, más crueles. Me aferro a sus manos; él busca entrelazar nuestros dedos en un gesto que siento demasiado hermoso. Me folla con más ansia hasta que mi cuerpo se rinde. Caigo ante su rudeza, ante el placer. La mete profundo hasta

hacerme sentir la tibieza de su eyaculación dentro de mí. Me agarra la cara de lado y me hace besarlo, aún más intenso que en la terraza. Nuestro primer encuentro, nuestro primer beso, nuestra primera noche, todo, a la misma vez. — Alessio.— No sé si es apropiado tutearlo, pero lo llamo con dulzura, acaricio el cabello del vampiro con quien acabo de tener mi primera vez.
Se supone que siempre que sea consensuado dos personas pueden tener sexo y no relacionarse, pero, eso fue demasiado intenso, ¿realmente solo tuvimos sexo?
— Quiero morderte más, necesito hacerlo. — suplica.
¿Y qué esperas?
— Haz lo que quieras conmigo.— Me muerde la espalda, luego la cadera, los glúteos, me voltea, y después de darme un chupón en el coño, me muerde el muslo, me muerde cerca del ombligo, el brazo izquierdo, el antebrazo, la mano, lo mismo con el otro brazo, y finalmente, la boca. Chupa mi labio inferior con fuerza hasta introducirlo por completo en la suya, al soltarlo, le pasa la lengua. Me besa, lo beso, no logramos separarnos, pues, aunque somos dos extraños, ya no tanto.

Capítulo 4 - *Inolvidablemente olvidable*

Alessio

Necesito una explicación.
¿Por qué su sangre es tan dulce?
Ahora que la miro, mientras ambos yacemos tumbados boca abajo sin dejar de vernos a los ojos en estas sábanas teñidas de rojo, no consigo ninguna explicación para el éxtasis que me causa. Ya he tenido largos periodos de abstinencia anteriormente y jamás había perdido el control, así que, aunque los cientos de años que llevaba sin beber sangre directamente de la vena son el detonante, no son la causa. Ella es la causa.
No es solo su sangre. Es su aroma, su piel, su muy particular forma de ser. ¿Cuántas veces he terminado desnudo en una cama con una mujer que acabo de conocer? Muchas. ¿Cuántas veces he terminado desnudo en **mi** cama con una mujer que acabo de conocer? Nunca. Y mucho menos con el deseo de volver a verla, de hablarle, cenar y dormir junto a ella una y otra vez como siento con esta mujer.
Incluso ahora que la pobre se ve exhausta, se ve muy tierna. Cabello despeinado, ojos húmedos, labios húmedos,
oño húmedo, empapado por mí.
Arrastro mi mano por la sábana, acaricio su espalda baja con los dedos, otra vez. Mientras continuamos mirándonos sin decir palabra, ninguno de los dos se atreve a hablar. No sé si ambos sobrepensamos, o si estamos muy consternados por la intensidad que tuvimos en la intimidad.
—Alessio… —susurra mi nombre dulcemente— ¿debo decirte Señor Alessio o puedo decirte sólo Ale?— y ahí está, de nuevo esa extraña chispa. Una mujer particular haciendo una pregunta bastante particular. Especialmente teniendo en cuenta lo que entre nosotros acaba de pasar.
— ¿No te gusta mi nombre?— Respondo sin dejar de mirarla, con el cabello revuelto y algunos mechones cayendo sobre mi cara, la mejilla hundida contra la sábana.

— Me gusta, pero te hace ver muy serio, y creo que no lo eres, no tanto así, ¿estoy en lo correcto? Siento que sí. Siento que eres accesible. —Arqueo una ceja— No en ese aspecto.— Ambos reímos
— Sabes a lo que me refiero. Siento que eres amable, suenas a que puedo decirte Ale.
— Puedes, sí puedes.
— Me alegra escucharlo, mi nombre es corto, no le quedan abreviaturas… Lo siento, estoy hablando mucho es una mala costumbre. Si ya desea que me vaya a otra recámara…
— No quiero que te vayas.
No sé qué quiero de esto, pero lo que sí sé en este específico momento es que no quiero que se vaya, ni hoy ni mañana, ni en un año, no quiero.
Y justo como si una gota de agua fría hubiese caído en nuestras frentes, volvemos a quedarnos mirándonos en silencio. Porque el "sólo sexo" deja de ser "sólo sexo" en el momento en que le dices a esa persona que se quede. Esto puede traer muchas complicaciones, sobre todo por el tipo de relación que tenemos y las pocas horas que llevamos de conocernos, pero ella…
sólo dibuja una sonrisa ladeada en sus labios, con sus ojos adormilados, sin problema alguno consciente el asunto.
Es tan poco complicada.
¿Quién eres, Luna Thompson, y por qué congenias tan bien con un vampiro? ¿Por qué le sonríes tan dulcemente a quien podría causarte la muerte?
— Oye, ¿puedo preguntarte algo?— me dice.
— Claro.
— Tu amigo el doctor...
— ¿Sí?
— ¿Vendrá pronto?
— Quizás en una hora.
— Bien. — Se desmaya.
— ¿Luna? —Me quedo mirándola, esperando que reaccione o que diga que es una broma, pero no dice nada, no puede.
— ¡¡Luna!! —Me levanto espantado, la sujeto con ambas manos y la volteo. Hundo mi oreja en su pecho, escucho su corazón, sus

pulmones.
— Ay qué bien que está viva.
Me tiro a la mesa de noche en busca de mi celular, pero no lo encuentro. Un rápido recuerdo me hace levantar mi teléfono junto a mi pantalón del piso, y mientras me lo ajusto, llamo a Lukas.
— Hola, ¿cuánto demoras en llegar? ¿¿Cuarenta?? No sé qué vas a hacer pero te necesito aquí en diez minutos. Sí… me alimenté de ella y ahora está inconsciente. No, no… ¡Mierda que no es una puta broma! Exacto... Y no solo eso. Tuvimos sexo y me corrí adentro. Ay ya, ya, ya, ya. Sólo apúrate. Bien, te espero.
Cuelgo la llamada.
Me dejé llevar por el gusto y por los continuos maliciosos soplidos de mi mente diciendo: "Una más, una mordida más". Otra más y la mando al cementerio.
La miro desnuda en la cama, tan blanca que parece una escultura de nieve sobre el hermoso lienzo de manchas rojas en que se han convertido las sábanas. Es alta, tiene buenas piernas y unas caderas preciosas... Sería una pena... Espera, ¿por qué me siento culpable? Esto no es mi culpa. Es **su** culpa. ¡Ella me ordeñó! ¡yo soy la víctima aquí!
Claramente no lo soy, pero estoy pensando en qué le diré a Lukas cuando la vea así.
Va a hablar mucha mierda sobre la bondad. Seguramente me dará un largo discurso. Pero fui bondadoso, la mordí con permiso, ella me dio permiso.
Cubro su cuerpo hasta la cadera con la sábana.
Me siento a esperar junto a ella en la cama. Me quedo prendido mirándola.
— ¿Verdad que sí soy un caballero? … *Dulce Humana.*
…
Como si se hubiera tragado un reloj, justo a los diez minutos exactos, el timbre empieza a sonar en un tono casi infernal por toda la casa. Abro la puerta y el negro más codiciado de esta ciudad entra como una bala. Uno noventa metros de músculos, elegancia y logros académicos. Con bolso médico en mano y rastas cortas, mi doctor favorito:

— Lukas Sackler.
—¡Dejé mi auto parqueado en la Cromwell Road y me robé una motocicleta! Vas a tener que hablar con tus amigos en la policía, si no estaré en problemas. ¿Dónde está la mujer?
—En mi habitación.
No termino de contestar cuando él ya sube las escaleras como loco hacia allá. Le sigo el paso, voy detrás de él cuando se detiene con el ritmo cardíaco elevado bajo el marco de la puerta.
—A... A-lessio... ¿pero qué has hecho?
Ante sus ojos, las secuelas de la noche de pasión entre Luna y yo se ven más bien como una escena del crimen, o la representación de una película de terror. Claramente no compartimos el mismo concepto de arte ni romanticismo.
—Hice exactamente lo que te dije por teléfono.
—¿Al menos está viva?
— Obviamente, sino hubiera contactado a servicios funerarios en vez de llamarte a ti, ¿no crees?
—¡Alessio! ¡Es una persona lo que está frente a ti!— reclama caminando hacia a ella, le toma el pulso y verifica sus signos vitales antes de abrir su maletín para sacar un par de bolsas de sangre, gasas y suero.
—Sé perfectamente que es valiosa —me paro detrás mirándolo trabajar—. He pagado millones por ella.
—¿Qué?
—Y te pagaré lo que me pidas si no la dejas morir.
—Alessio, ni siquiera me refería a eso… me refería a su valor como persona, a la compasión y… Ay, no volveré a gastar saliva contigo.
¿Gracias?
—Mañana tengo que viajar, ¿crees que ella esté consciente para entonces?, ¿podré despedirme?
—Necesito llevarla a un hospital.
—¿Y qué dirás en emergencias? —Ambos miramos su cuerpo lleno de mordidas.
—No me hagas esto, Alessio... primera y última vez en tu puta existencia que me haces esto, amigo, ¿entiendes? no me llames cuando tengas problemas de cama, es raro, ¡no lo hagas! o te

controlas o asumes tu mierda. ¿¿Al menos puedes limpiar?? ¡Tira todas esas sábanas en la lavadora y trae agua para lavar las mordidas!
—Está bien. —Me encojo de hombros y hago lo que pide: busco agua y un paño, lavo las mordidas de Luna, cambio las sábanas y la recuesto de nuevo en la cama. Al mismo tiempo, Lukas se prepara para poder tratarla. Cuando empieza, arrastro una silla y me quedo junto a ella durante todo el proceso. Trabaja un largo rato, pero finalmente todo queda listo.
—Ya he instalado la vía y está recibiendo la transfusión. También le estoy administrando líquidos. Posteriormente, necesitaré verla en mi consultorio para tratar su evidente anemia. ¿En qué pensabas, amigo?
—No estaba pensando.
—¿A qué te refieres?
—Me gustó.
—¿Qué cosa?
—Ella? —Desafino.
—Me estás jodiendo.
—No. —desafino nuevamente.
—Alessio...
La verdad, ni yo mismo logro entender todo lo que estoy sintiendo. A medida que pasan los minutos, más y más veces repito la película de nosotros hace una hora. No me puedo sacar a esta mujer de la mente.
Me estiro la cara con la mano en un movimiento descendente. Lo miro fijo a los ojos. Él responde la pregunta que le hago en mi mente, me conoce demasiado: — Esto no va a funcionar, hermano. La vas a matar.
— La próxima vez tendré más cuidado.
— ¿¿Próxima vez??
— Mira, no había bebido directamente de la vena en muchos años, ¿sí? Me descontrolé, y es una mujer joven y hermosa. Todo fue tierno y...
— Basta. No quiero escuchar tus delirios vampíricos o como sea que se llamen. Asco. ¿Cuánto durará tu viaje?

— Un año.
— Bien. Me aseguraré de que puedas despedirte mañana. Hoy dormiré aquí con ella. Tú vete al mueble. No confío en ti ni en tu repentino 'enamoramiento' así que te quiero lejos de mi paciente.
— ¿Pero seguro que ella estará bien?
— Vete.
— Okey. Nos vemos por la mañana.
Tras darle una última mirada, salgo de mi habitación, bajo las escaleras con calma hasta llegar al primer piso. Me dejo caer en el sillón, intento acomodarme: abro las piernas y cubro mis ojos con el antebrazo para bloquear un poco la luz de la luna. Trato de dormir, pero no lo consigo. Cada vez que cierro los ojos, la veo a ella. ¿Qué fue todo eso que pasó entre nosotros?
— Luna.
Al final de la larga y tediosa noche en la que no pude descansar absolutamente nada, subo a la habitación con los primeros rayos del sol. Ni siquiera se había asomado completamente, pero el punto era que la vería en la mañana y ya era de mañana.
—¿Qué haces aquí? —pregunta Lukas, extrañado, con una bolsa de suero vacía en la mano.
— Me dijiste que ella estaría despierta en la mañana.
— ¡Pero no a las seis de la mañana, psicópata!
— Cuida tus palabras Lukas Sackler, si es que no quieres perder la cabeza.
— Estoy seguro de que no la perderé, te quedarías sin nadie con quien hablar por los próximos sesenta años, y sé que odiarías eso. Así que ni perderé la cabeza, ni te tengo miedo.
—Disculpen… —Volteamos hacia mi cama, donde, apacible y confundida, Luna, ya despierta, nos observa con la mirada perdida.
—¿Quiénes son ustedes? —pregunta. Y juro que la ficha de lo que sucede demora varios segundos en caer en mi mente. Miro a Lukas, descubriendo la curvatura de una sonrisa maldita que empieza a dibujarse en su cara. Creo que por amor a su vida sale hacia el pasillo con los hombros vibrando por la risa.
Trago saliva, y me acerco a la cama con el gesto más amable que logro fingir, pese a lo absurdo de lo que aparentemente sucede.

—Buenos días, Luna… ¿No sabes quién soy?
— Eres mi dueño. Me compraste ayer en el mercado de esclavos.
— ¿Sólo recuerdas eso?
— Creo que me quedé dormida en tu auto... Lo siento, no recuerdo nada más.
Un grito de gallina loca irrumpe desde el pasillo, Lukas se ríe a carcajadas, tan fuerte que pareciera estar a punto de sufrir un ataque de asma, empieza darse palmadas en la pierna sin poder parar. Maldito.
— Escucha Luna, anoche cenamos aquí en casa y también estuvimos conversando en el balcón, ¿lo recuerdas?
— Mmm... no recuerdo absolutamente nada, lo siento. ¿Sucedió algo especial?
— No. —Contengo la respiración—. No pasó nada.
Siento como un hormigueo en la piel, como si de la nada me faltara el aire, pero espabilo. Miro la charola con agua sobre la mesa y le ofrezco un poco, le ayudo a sentarse, a beber.
— Me siento muy cansada.
— No hay problema si quieres seguir durmiendo, descansa, todo está bien. —Ella vuelve a acurrucarse en las sábanas, y yo salgo de la habitación hacia la sala y ahí encuentro a Lukas tomándose mi jugo de naranja favorito. Aguanta la risa mientras traga el último sorbo.
— Amnesia post-traumática. La pérdida de sangre hizo que le faltara oxígeno al cerebro, lo que resultó en una pérdida temporal de la memoria.
— Ella lo olvidó absolutamente todo, no puedo creerlo.
— Calma Romeo. Lo que para ti fue la noche más bonita del mundo, para ella fue casi un shock hipovolémico... Eventualmente recordará, mientras se alimente bien y NO pierda más sangre.
— Lo tengo claro, no soy tan inconsciente.
— Bien, tengo pacientes que atender. Volveré en la tarde. ¿A qué hora sale tu vuelo?
— ¿Cómo voy a tomar un vuelo? ¿¿Cómo voy a tomar un vuelo?? ¿No te das cuenta lo grave que es que no recuerde? Hicimos algo anoche, algo consensuado que ella no recuerda que fue

consensuado, y… fui un salvaje, amigo. Le debe doler. ¿Cómo se lo explico?
— ¿Qué cosa?
— ¡Lo de que ya no tiene una virgen florecita!
— No grites te puede escuchar, por Dios. Bueno… ¿le hiciste sexo oral?
— ¿¿Qué pregunta es esa??
— Te lo estoy preguntando como doctor. Mi familia te ha servido por años, tu saliva favorece la hemostasia y acelera la regeneración tisular. ¿¿Le lamiste la vagina, sí o no??
— Lo hice.
— No debería dolerle entonces. Igual que las mordidas: vemos las marcas, pero ya no deberían dolerle, y seguro se le quitarán sin dejar cicatriz en uno o dos días. No tienes que decirle nada. Deja que lo recuerde, lo hará.
— Okey, está bien.
— Y no me llames más cuando tengas líos de cama. Estoy muy ocupado. Me voy.
\— Qué buen amigo eres.
— Ah… y toma vodka, ya sabes… para lo de tu corazón roto y todo eso. — Se ríe mientras camina a hacia la puerta, yo lo despido mostrándole el gran anillo de oro que adorna mi dedo del medio, Lukas se va.
— Corazón roto… Imbécil.
Ella si va a recordar, ¿no?

Capítulo 5 - *El Patrón*

Luna

¿Qué es esta calidez?

Abro los ojos lentamente. Parpadeo, cegada por el reflejo de la luz… la luz dorada del amanecer. Cierto, ya no estoy encerrada en aquella casa, no más heladas paredes de concreto, no más . Me siento en la cama, alcanzo a ver las puntas de los edificios de Londres bañadas por el mismo sol que acaricia mi piel a través de los ventanales. — Qué vista tan hermosa. — Cuánto lo anhelaba. Cuánto deseaba volver a ver el sol brillar así.

Miro a mi alrededor; estoy en una habitación amplia, lujosa.

La decoración es oscura y elegante. La cama es enorme, como nunca había visto una. Podrían dormir cinco personas aquí sin tocarse siquiera por accidente. Siento entre los dedos la suavidad del edredón blanco de terciopelo. Todo es increíblemente cómodo. Alzo la vista al techo: lámparas de cristal cuelgan como gotas de lluvia, reflejando la luz del amanecer en destellos de colores. Gateo hasta el borde de la cama y bajo los pies, apoyándolos sobre una alfombra gruesa y mullida en tonos grises. Respiro hondo antes de incorporarme, y un aroma me envuelve. Huele a madera y a… perfume de hombre. De ése hombre, una ráfaga de imágenes con su rostro mientras conversábamos en la casa de venta pasan por mi mente. ¿Cuál era su nombre? ¿cuál era?... Alessio.

Esta es su casa, esta es… i¿su habitación?!

Miro a todas partes a ver si lo encuentro, y de pronto me descubro reflejada en un gran espejo antiguo arrinconado en la esquina de la recámara; mi cabello suelto, mejillas rosadas como nunca antes tuve, vistiendo un hermoso y largo vestido de tirantes para dormir vintage de seda color perla con listones color bronce.

—¿Cuándo me puse esto?

Miro mi pecho y observo lo que al parecer es un moretón, fijo la mirada en mi brazo izquierdo y encuentro otro, también en mi brazo derecho… ¿Acaso me enfermé?

Una mujer abre la puerta, viste un conjunto de oficina negro de pantalón con tacones de punta. La miro de inmediato, es

cegadoramente hermosa, cabello castaño liso y sin frizz, ojos verdes y maquillaje neutro en su punto.
—Buenos días señorita, qué bueno que ya despertó, ¿cómo se siente?— dice.
¿Pero quién es? La detallo aún más, es muy elegante para ser una sirvienta, pero muy atenta para ser su pareja. Demoro mucho analizando cómo responder, y supongo que ella logra entender lo que hay en mi cabeza, porque se presenta:
—Disculpe la mala educación, mi nombre es Katherine Winslow, trabajo para el señor Alessio. En realidad trabajo en la mansión Sackler, pero, es muy largo de explicar… El punto es que estoy aquí para servirle.
—Igualmente. —Asiento con amabilidad— ¿Usted… ¿usted fue quien me cambió de ropa?
—No, lo hizo una enfermera pero justo ahora está en el baño, yo sólo cuido de usted. El señor Alessio me ha ordenado cuidar de usted hasta que se recupere.
—¿Usted vive aquí?
—No, no lo hago, sólo vengo a cuidarla durante el día.
¿Por qué suena a una rutina?
—¿Cuánto tiempo llevo dormida?
—No mucho, sólo tres días. Trate de no moverse, si la sonda se desprende, podría dolerle.
—¿Qué? —Miro entre mis piernas, sigo con los ojos una pequeña manguera transparente que pasa por las sábanas hasta una bolsa de orina. Katherine la sostiene.
— Le fue puesto eso debido a su profundo sueño, usted necesitaba ir al baño aunque durmiera.
Ya entiendo, supongo que todo se debe a que me encontraba en un estado muy crítico al salir de esa casa… Pronto llega la enfermera y me pide que me acueste, hago lo que dice y ella me examina, retira la sonda.
…
—Esta es su habitación —dice Katherine abriendo una puerta en el pasillo que me lleva a otra. Tiene una decoración igual de sobria que la habitación donde desperté, pero es más pequeña. La cama ya no

está frente al ventanal sino a un lado, y las sábanas tienen patrones florales con una falda blanca que llega hasta el piso. Hay varios gaveteros y un escritorio. Todo como en esas revistas de decoración de hogar. Ni siquiera parece real.
— ¿Le ha gustado?
— ¡Es perfecta! — No logro disimular, ella ríe un poco. Aclaro mi garganta. — Perdón, sí me gusta.
—Me alegra mucho. En las gavetas hay algunas cosas. Ayer me tomé el tiempo de ir de compras por usted, no sé si son de su completo agrado pero sí de su talla. Cuando se recupere puedo llevarla de compras.
—Es muy amable.
—¿Yo?, no, no, sólo sigo órdenes. Por favor agradézcale al patrón cuando lo vea.
—¿El patrón?
—Al señor Alessio.
—Oh sí claro, claro, le agradeceré.
— Supongo que deseas bañarte.
—Sí por favor. —Ella abre el clóset y saca una toalla. Caminamos juntas al baño. La verdad, aunque me siento bien, creo que tenía tanto sin levantarme que cada vez que hago un movimiento demasiado rápido veo puntos de colores. Se siente bien bañarse aquí, la luz clara entra por la ventana y todo está muy limpio, huele muy bien, nada comparado a los baños comunitarios de… ese lugar.
Katherine es muy amable y respetuosa, prácticamente me deja hacerlo sola pero está junto a mí, de espaldas contra el cristal de la ducha, atenta a lo que necesito. Al salir, pongo los pies en una alfombra muy suave. Ella saca una bata del calentador y me cubre, pero justo nota que dejó las pantuflas todavía empaquetadas en la sala y me pide que espere. Ella se va y yo me miro en el espejo de cuerpo completo junto a la ducha.
De nuevo veo otra marca morada en mi cuello, es rara, circular. Abro mi bata con extrañeza y me contemplo desnuda. Tengo esas mismas marcas por todas partes, por todo mi cuerpo.
¿Es una reacción alérgica? ¿A qué?

— ¡Las encontré!— dice Katherine desde afuera y me cubro rápido— pone las pantuflas en el piso, y caminamos hacia el cuarto.
…
Vestido largo gris de tirantes ceñido al cuerpo, con un diminuto lazo blanco en el centro; pantuflas suaves y cabello peinado pero suelto cayendo libre sobre mis hombros. Así me deja Katherine luego de pasar todo el día conmigo, mostrarme la casa y ayudarme con las comidas. Antes de irse, dijo que tenía un horario que cumplir y que por nada del mundo debía excederse. La despedí en la puerta muy agradecida, pero, aún así percibí algo de nervios en sus palabras. ¿Por qué le tendría miedo? ¿El señor Alessio es alguien muy estricto? tiene un nombre muy serio, de seguro lo es.
Camino por la sala en dirección a la cocina, movida por el deseo de preparar un té y dar una buena primera impresión. Solo quiero agradecer la hospitalidad. Pero me detengo justo al sostener la tetera. ¿Y si no le gusta que toquen sus cosas? ¿Y si todo tiene un lugar y una regla? Me muerdo el labio. Retrocedo un paso y es entonces cuando escucho la puerta, me hielo, incapaz de realizar movimiento cuando escucho mi nombre y el sonido de quien llega con bolsas.
Camino lentamente hacia la entrada. Justo ahí, quitándose los zapatos y con dos bolsas de papel en mano, más un maletín, está Alessio. El corazón me brinca, no sé por qué… obvio lo sé. En ese traje negro con camisa blanca y corbata se ve perfecto. Algunos flecos de su largo y liso cabello le caen en la cara. Podrá ser un ogro si desea, y aunque ojalá que no lo sea, eso no quita lo devastadoramente atractivo que es.
—Aquí estoy, señor —. Se queda en silencio, me mira de arriba abajo con un breve temblor en los labios que desaparece antes de que pueda confirmar que así fue. ¿Si vi bien? ¿le parezco linda? ¿Chica, es en serio? No conoces a este hombre, podría estar casado o comprometido. Se respetuosa. Pero entonces… ¿por qué me miraría así?
Ah…
Es la tetera, la maldita tetera que fui incapaz de soltar al venir. No sé por qué nunca puedo dejar las manos quietas.

—Me disculpo, pensé que sería buena idea prepararle té.— Agacho la cabeza, aunque no sé si tengo que agacharla. No sé. No tengo ni idea de cómo comportarme delante de él.
Luego de un profundo silencio, escucho el movimiento de las bolsas que me avisa que está acercándose, lentamente elevo la mirada, sus ojos justo como los recuerdo, rojo intenso. No sé si llenos de vida, no sé si llenos de muerte.
—Está bien. Esta casa también es tuya ahora. Mientras vivas aquí, puedes cocinar lo que desees. — y esa melosa pero grave voz que podría escuchar eternamente sin empalagarme.
—Usted es muy amable, lo digo por todo, también por la ropa. — Sus ojos me recorren otra vez, su respiración alborota la mía, o no sé si es que estoy mareada y viendo mal por lo convaleciente que estoy todavía.
—No hay de qué— responde continuando el camino hasta la cocina, yo respiro profundo y relajo los hombros con alivio a su lejanía, sin embargo espabilo, ¡estoy aquí para trabajar!, camino hacia donde él está.
Como cualquier persona más, saca empaques, cajas, enlatados y los guarda en la alacena, es cierto, aparte de Katherine y la enfermera no había nadie más aquí, ¿entonces, él hace estas tareas por sí mismo? Me acerco un poco más con suavidad, para ni siquiera molestarle con mi aire, tomo latas también y empiezo a ayudar a organizarlas.
— No tienes que hacerlo, no estás aquí para eso.
Es cierto, según lo que le escuché hablar con el vendedor, solo quiere a alguien que le ayude a encontrar algunas cosas, pero aun así.
— No lo hago porque sea mi trabajo, lo hago por ayudarle, ¿puedo?
Sin mirarme, desliza una de las bolsas hacia mí.
— Los tubérculos van afuera, no me gusta guardarlos en la nevera.
— Entendido.
Guardo los alimentos junto a él, trabajamos codo a codo, hasta que finalmente queda todo acomodado, le ofrezco té y él amablemente acepta, apoya la cadera del otro lado de la cocina, dejando la isleta entre nosotros, mientras cocino. Luego sirvo las tazas, le entrego

una y apoyo la cadera junto a la cocina, quedamos frente a frente, mientras la luz del atardecer empieza a caer, y con la ausencia de algún foco encendido, todo empieza a tornarse oscuro, sólo quedamos nosotros y el rico aroma herbal con notas de mandarina que invade todo.
— Te felicito, es muy buen té. ¿Sería mucha molestia pedirte que lo prepares en otras ocasiones?
— Puedo hacerlo siempre que necesite, y de los sabores que quiera, no es molestia. Nada de lo que me pida es molestia.
— ¿Por qué? ¿acaso no deberías odiarme?
— ¿Ah? ¿Por qué lo odiaría?
— Sabes perfectamente el por qué.
— Yo… nunca podría odiar algo que me hace bien. Hace unos días, dormía en el piso, anhelaba la hora de mi muerte como un gran premio, y ya sea por la razón que sea, usted me sacó de ahí, y ahora estoy tomando té bajo los últimos rayos del sol que tanto anhelé, con ropa limpia y bajo un cálido techo. Usted vio mi realidad, ¿cree en serio que podría odiarle?
— Hacerlo sería lo correcto.
Bebo un poco de té, él hace lo mismo.
— Lo correcto era que mi padre me protegiera, y no lo hizo, casi muero de hambre por él. Lo correcto era que mi madre me amara, pero mejor no hablaremos de ella. Lo correcto era que mi hermano me cuidara, ¿pero adivine quién me vendió? No voy a defender el mal. Estoy muy consciente de todo, ahora más que nunca. Lo malo es malo y lo bueno es bueno. Pero no existe sólo el color blanco y negro, también existe el gris, y creo que es ahí, justo ahí donde estamos parados. Usted me necesita, señor, de lo contrario no habría visitado esa casa. Y yo lo necesito… desesperadamente, de hecho. No lo voy a odiar por eso.
— Ya veo… ¿Pero qué pasaría si el gris se convirtiera en negro? si te dijera que hay algo incluso más oscuro sobre mí? Algo tan sombrío que podría hacerte querer correr lejos de aquí.
— No le tengo miedo a la noche, señor Alessio. Vengo de ahí.
Lo miro a los ojos con la firmeza que esos barrotes forjaron en mí, sea lo que sea que esté a punto de decir, que lo diga, siempre y

cuando sea la verdad, la cruda verdad, que la diga.
— No soy humano.
De tantas cosas que podría decir, esta es la menos esperada. Comienzo a tener un temblor en mis manos, pero no quiero que la taza y el plato me delaten. Así que tomo un gran sorbo de té, y la pongo en la encimera. Él hace lo mismo, no creo que sea por nervios como yo, simplemente trata de no incomodarme, eso pienso. Aunque sea un tipo cruel como imagino, de cierto modo, es amable también.
— Soy un vampiro, el último vampiro caminante. El color de mis ojos no se debe al mestizaje o a una ascendencia lejana, son míos, muestran lo que soy.
Asiento, miro al suelo, mientras todas las piezas empiezan a encajar en mi mente.
— Ahora tiene más sentido, dar siete millones por alguien que solo posee buena memoria sonaba poco creíble. Usted necesita sangre, y necesita la discreción de quien le sacie —aspiro justo cuando recuerdo las marcas que vi en mi cuerpo frente al espejo. Mis ojos vibran frente a los suyos.
— Perdón —dice, mirándome con un profundo pesar— tenía cientos de años sin morder a un humano, pensé que me controlaría, pero no fue así.
— Entonces sí me mordió, entiendo… ¿Qué tan a menudo necesitas hacerlo?
— ¿Eso es lo que vas a preguntar?
— Ya estamos aquí.
— Impresionante… —su rostro se suaviza, camina hacia mí, y me agarro de la encimera, todo mi cuerpo temblando. Él lo nota y se detiene a medio paso, apoya su cadera en la isla de la cocina, cruzando los brazos, y ahora con menos espacio entre nosotros, vuelve a dirigirse a mí. — No voy a morderte hoy, ni mañana, puedes estar tranquila, no soy tan inconsciente. Pero eventualmente, algún día volveré a hacerlo. ¿No te da miedo?
— No tanto… no creo que haya pagado siete millones para enterrarme en el cementerio.

— No, definitivamente no lo hice. —Abre su maletín sobre la isleta, saca una bolsa de regalo roja con un lazo vinotinto. Me la entrega—. Ábrelo, es para ti. —Sostengo el obsequio en mis manos, abro la bolsa con cuidado de no romperla porque es tan hermosa que me daría pena hacerlo, y saco una caja algo pesada. Es un teléfono muy caro, caro incluso para quienes consumen lo caro. Conozco la marca, y no sé cuántos modelos van hasta ahora pero este debe ser el último. — Ya tiene chip. Si te sientes en peligro puedes llamar a la policía para que venga a buscarte. No te haré nada, te doy mi palabra. Dejaré que lo hagas. Aunque… también ya tiene guardado mi número. Sólo si lo deseas, podrías usarlo para llamarme cuando quieras en vez de, ya sabes…
Lo miro a los ojos. Es alguien poderoso, todo el dinero que pagó por mí, sus empleados, esa mujer que me atendió hasta en la piel se le notaba que ganaba miles al año, su penthouse, y lo más importante de todo: lo que es… Todos sabemos lo que los vampiros nos hicieron, lo que son capaces de hacer. Si él deseara matarme, ya lo habría hecho. Y si no, es porque claramente no quiere hacerlo. Siendo así, seguimos estando en la misma dirección de mutuo beneficio.
— Quiero vivir, señor Alessio, quiero hacerlo de verdad, es lo único que deseo. Mientras me permita hacerlo, mientras yo de algún modo pueda superar lo que me pasó, usted puede tomar toda la sangre que desee de mí.
En un pestañeo lento, una sonrisa se asoma en su rostro mientras inclina la cabeza. Desarma su postura, baja los brazos y camina hacia mí.
— ¿Entonces… te quedas?
— ¿Por qué me iría?
Vuelve a mostrarme esa sonrisa ladina, respira justo sobre mi boca y me tenso contra el mesón, conteniendo el aliento para no acortar los únicos dos centímetros que nos separan. Lamentablemente, no pude hacer lo mismo con mis dudas, no pude retener esa maldita pregunta:
— ¿Usted... tiene novia o algo, señor? —¿¿Cómo te atreviste?? ¿¿CÓMO TE ATREVISTE??

— ¿Por qué quieres saber? ¿Te intereso?
— Sólo me interesa saber la información básica del hombre que tengo a centímetros de mí.
— Bueno, como ya te dejé saber, soy un vampiro, tengo más de novecientos años... —Se separa de mí saliendo de la cocina pero voltea antes de irse. — Y por supuesto, estoy soltero.

Capítulo 6 - San Valentín con sabor a maracuyá

Luna

Parece que Alessio es una persona mañanera, excesivamente mañanera, me desperté muy temprano con la intención de prepararle el desayuno pero él ya se había ido.
Me da pesar, porque sólo vi una taza recién lavada, parece que sólo desayunó café o tal vez puede que tenga la costumbre de hacerlo. O quizás no sea una costumbre sino falta de tiempo, tiempo que yo sí tengo. Digo, si me va a mantener, no me pesa hacerle un par de tostadas. Pero a la vez no quiero incomodarlo ni asumir un rol que lo haga sentirse así.

Sobre todo ahora que me ha pedido no hacer nada porque supuestamente estoy 'convaleciente'. No estoy enferma, me siento bien. Aun así ha pospuesto el inicio de todas mis tareas hasta dentro de un mes, es excesivo, y no soy una vaga, hoy de verdad me sentí fatal levantándome tarde cuando el dueño ya ni siquiera estaba en casa. Es una sensación terrible.
Pero aparentemente hay algo que sí puedo hacer; ha dejado un sobre con dinero para mis gastos personales y para la casa. Sobre eso, me ha pedido encargarme de la alacena. Se siente bien contribuir en algo, por pequeño que sea. Y la verdad, hacen falta algunos básicos, como el café que aparentemente acostumbra tomar, a pesar de que ayer trajo cosas. Así que le escribí preguntando si podía salir. Respondió de inmediato que enviaría a Katherine por mí.
Justo fue así: ella se presenta con ese mismo conjunto elegante de oficina y tacones en la puerta del edificio, con una lujosa camioneta negra. Me pregunta a dónde voy, le digo que al Borough Market, cerca del London Bridge.
Creo que estoy comenzando a entender quién es ella. Katherine no es una empleada doméstica, parece más bien una guardia o algo similar. No es muy conversadora, así que no me atrevo a preguntar; simplemente es algo que asumo.

Al llegar, me dedico a pasar por los puestos y a mirar todo lo que pueda llevar a casa con el presupuesto que tengo, me fueron confiadas cuatrocientas libras esterlinas en efectivo, es mucho más de lo que solía gastar antes en una compra mensual, infinitamente mucho más.
Este mercado sigue justo como lo recordaba, tiene su propia paleta de colores y sensaciones, los vivaces tonos en los techos de cada negocio, el vapor de los panes recién horneados, el murmullo de la gente al hablar, esas cosas tan simples que parecían nada antes de perder mi libertad ahora lo son todo. Cierro los ojos un momento para escuchar, para apreciar, y una sonrisa se dibuja en mi rostro. La vida es una preciosidad.
— ¿Usted se siente bien?— pregunta Katherine a mi lado, y asiento. Continúo caminando hacia el frente con una sonrisa que no logro ocultar. Me muevo entre los puestos como si flotara, tocando con los dedos las frutas, hablando con los comerciantes, probando un trozo de queso curado que se deshace en mi lengua, y dejando que una cucharadita de yogurt de fresa orgánica me convenza de llevar dos frascos. Llevo una lista mental, pero también me dejo guiar por el instinto: jamón ibérico cortado, mantequilla de granja, nata espesa y unas bolsitas de té de manzana. Me siento extrañamente útil, emocionada de poder ayudar en algo, de llenar la nevera de Alessio con cosas ricas de las que pueda alimentarse cuando esté apurado. Eso es lo que necesita.
Mi gran misión en esta salida es el café, lo dejo de último para poder dedicarme con mucha calma a escoger uno que le agrade porque sé que para él es importante. Me detengo frente a un puesto donde el dueño, un hombre mayor con barba gris y tatuajes, me ofrece granos brasileños con notas de chocolate y nuez. Huele tan bien que por un momento cierro los ojos y me imagino ese aroma flotando por la cocina al amanecer. Le pido que me empaque dos bolsas, y le explico que también busco algo fuerte, elegante, como el hombre que lo tomará, y él sonríe antes de empacar una tercera bolsa de café etíope que, según promete, tiene mucha intensidad. Le agradezco y como regalo adentra una vela artesanal, cortesía del negocio de su esposa.

Cuando por fin tengo las bolsas en mis brazos y el dinero casi intacto en el bolsillo, me quedo con la satisfacción de ayudar al señor Alessio en algo que hará sus días más fáciles. Y eso enciende una pequeña llama de felicidad en mí. El poder decir gracias con acciones, definitivamente es más valioso que las palabras.
Hay algo que he notado en cada puesto en el que he estado, hay muchas chicas comprando bombones y en todos los puestos hay decoraciones de corazones. Si han pasado cinco días desde mi cumpleaños entonces… Hoy es San Valentín.
¿Sería muy obvio regalarle algo?, lo incomodaría, pero tampoco quiero dejarlo pasar. No tiene que ser extremadamente sentimental, puede ser un detalle, un presente. Tampoco tiene que tener corazones, exacto, también es el Día de la Amistad, y creo que sería un buen comienzo para nuestra amistad entregarle un obsequio en una fecha tan importante.
Camino entre las tiendas, buscando qué podría ser, hasta que llego a un puesto de pasteles. Hay mucha clientela, perfectamente entendible por la fecha. Pero mis ojos se detienen en una pequeña tarta de color amarillo que brilla en la vitrina. Es circular, con laterales blancos y una capa de maracuyá en la parte superior, cuyo sabor casi puedo sentir derritiéndose en mis labios sin siquiera probarlo. Como adorno, un trocito de la fruta en media luna resalta, acompañado de dos pequeñas fresas y una morita. Es completamente atípica a la fecha… completamente como él.
—¿Podría darme dos, por favor? —le pido a la atareada vendedora.
Con sorprendente destreza, saca el primero de la vitrina y lo coloca en una caja de cartón con ventanita, cada movimiento que hace me pone al borde del infarto, como si en cualquier segundo fuera a estropearlo, pero para mi alivio, cuando la caja llega a mis manos con los dos pasteles, ambos se miran preciosos, intactos. Suspiro aliviada, pago y le aviso a Katherine que ya estoy lista. Me lleva de vuelta al penthouse.
…
Afortunadamente, cuando llego, Alessio aún no está. Escondo los pasteles en mi cuarto para no arruinar la sorpresa y me pongo a limpiar un poco. No tanto como para que note que lo hice, pero sí lo

suficiente como para que se sienta cómodo al llegar. Desempolvo las cortinas y la mesa, pongo los robots friegasuelos a limpiar por todo el apartamento, abro las ventanas y rocío ambientador. Dejo todo listo y subo las escaleras hasta mi cuarto, me doy un baño, me cambio de ropa y me siento a esperarlo dejando la puerta abierta.
Pocos minutos pasan cuando escucho la puerta de abajo cerrarse, creo que llegó.
Estoy tan nerviosa que los labios se me secan, ¿por qué? Es algo normal, él me ve como a alguien normal, solo voy a tener un presente, un agrado con alguien que ha sido agradable conmigo. No tengo por qué temblar, no tengo por qué nada, es simple.
Tomo la pequeña caja en mis manos y salgo del cuarto. Justo cuando voy a bajar las escaleras escucho su teléfono sonando. Detengo el paso, él demora en contestar, pero finalmente lo hace. Parece que es de trabajo, pero ya no puedo arrepentirme, él debe saber que estoy aquí, así que espero, pacientemente espero, hasta que cuelga la llamada.
De nuevo comienzo a bajar despacio, sin hacer ruido. A la par que desciendo comienzo a mirarlo, tiene los ojos cerrados y está hundido en el sillón. No sé si los vampiros sienten cansancio, pero él se ve agotado. Más bien, algo estresado. Me paro justo frente a él y abre los ojos con lentitud. Tengo su completa atención, y por la forma en que late mi corazón, no sé si es bueno o es malo.
De cierto modo me siento ridícula al estar de pie aquí. Claro que es ridículo porque es obvio que me atrae y deseaba tener un detalle de San Valentín con él, pero es obvio que alguien como él jamás se fijaría en mí, además, nos acabamos de conocer. Así que dejaré de temblar, dejaré de ser ridícula, y asumiré lo único posible entre nosotros, lo único que pasa por su mente y lo único que debe pasar por la mía:
—Feliz Día de la Amistad, señor Alessio. Le deseo un feliz San Valentín.
Extiendo los brazos hacia él, sosteniendo la caja con las manos. Se queda pasmado mirándome, no sé si esto es demasiado inesperado o si es inapropiado, lo único que sé es que la primera vez que le di un regalo a alguien en San Valentín fue durante la escuela, y el chico

se tomó tan a burla que una niña tan fea lo pretendiera que literalmente botó a la basura el regalo frente a todo el salón. Fue horrible y traumático.
De hecho, no sé qué hago recordándolo justo ahora y no cuando compré este pastel, pero ya no hay tiempo de arrepentimientos, estoy aquí frente a él. Así que este es mi segundo intento.
Si Alessio no lo recibe, quedaré destrozada, desmoralizada y me volveré atea de cualquier festividad que requiera demostrar afecto, lo juro.
Afortunadamente se levanta del asiento, camina hacia mí y sostiene el paquete en la mano. Lo mira con agrado y vuelve sus ojos a mí.
—¿De qué son?
—De maracuyá —respondo mientras él lo va destapando.
— Amo las tartas, en especial las de frutas, ¿cómo lo supiste? — Da el primer mordisco. Casi de inmediato el siguiente.
—No lo sé, sólo lo vi y pensé en usted. —¿Qué estás haciendo, qué estás haciendo? ¿Luna Thompson, qué estás haciendo? Deja de arrastrarte frente a un hombre que ni en tus más ilusorios sueños se acercaría a ti. Pon los pies en el suelo.
—Muchas gracias. — continúa— ¿Quieres un poco? Hay dos, puedes comerte el otro.
—No, por favor, cómalo todo usted. Los compré para usted.
—¿Tratas de envenenarme?
—¿Qué? ¡NO!. —Ambos reímos—. Es sólo que… realmente quiero que lo disfrute.
Él asiente con la boca llena, va a la cocina y busca un plato pequeño, también una cuchara. emplata otro pastel y me lo da. —Es aburrido comer solo. Si quieres que lo disfrute, come conmigo.
Es tan educado, ¿cómo alguien así podría ser malo? No alza la voz, no actúa como si estuviera por encima de mí, aunque lo está en todos los sentidos posibles. Me mira a los ojos cada vez que hablo. Y ahora me sirve con genuina amabilidad. Siendo yo quien soy, siendo él quién es. Comemos de pie, uno frente al otro. Él se sienta en el brazo del sofá.
—¿Y qué tal encontraste la ciudad?

—Hermosísima. Había tanta gente y muchas cosas para escoger en el mercado. Te traje dos tipos de café, uno de Brasil y otro de Etiopía. El brasileño olía increíble, creo que es perfecto para la tarde. El etíope te lo traje para la mañana. Había un aroma fresco en todo y productos de muchas regiones. Te traje también nata, y bolsitas de té. Ay, ¿lo estoy haciendo de nuevo, verdad? hablando de más.
—No lo creo así. ¿Las bolsitas de té eran de qué?
—De manzana.
—¿Planeas prepararlas?
—Sí. Digo, si quiere.
—No suelo beber té de manzana específicamente, pero dicen que es bueno probar nuevos sabores…
—Seguro que sí… ¿Y qué tal su día?
Arruga la cara con la boca llena, reímos.
—No hablemos de mi día, fue terrible. Mejor háblame de ti. ¿Algún recuerdo en especial que me quieras contar?
— ¿Especial?
— No lo sé… ¿algo olvidado que haya venido a tus pensamientos de repente?
—Oh, sí. Me sobraron doscientas cuarenta libras, señor. Las coloqué en el mesón de la cocina para próximas compras. Pero no vaya a pensar mal, la tarta la compré con el dinero que me dio para mis gastos ayer, sí es un regalo auténtico.
— Lo sería de cualquier modo, y entonces… ¿no has recordado nada más?
—¿Sobre qué?
Él le da un último bocado a la tarta y mastica sin dejar de mirarme, asumo que es una pregunta vacía y, como también. Con esa mordida él termina su pastel, busca de qué limpiarse y yo le alcanzo una servilleta de la caja. Pero hay un poco de dulce que se queda pegado sobre el labio superior, y aunque pasa la servilleta muy cerca, nunca le atina al lugar y no consigue limpiarlo. Sin pensarlo, doy un paso al frente.
—Déjeme ayudarle —acerco mi mano, le limpio el labio con el dedo del medio. Detallo su rostro en un breve flash; sus labios tienen una forma fina pero a la vez carnosa, y sus pestañas… Cielos son

hermosas. Retrocedo, llevando el dulce en mi dedo hacia mi boca, lo limpio en una chupada—. Listo, ya quedó.— Él respira despacio, agradece asintiendo sin decir palabra. Hasta que cambia de tema.
—¿De casualidad te gusta la comida china? —pregunta.
—Sí, me encanta. Es de mis favoritas.
—Entonces ordenaré para la cena.
—Genial… quedará bien para la película.
— ¿Perdón?
— Lo siento, es que planeaba ver una en mi cuarto antes de que usted llegara. Y creo que ahora combina bien con la comida. Podemos verla si quiere.
—¿Estás… invitándome a tu cuarto? —Se levanta del brazo del sofá y se acerca despacio, el aroma de su perfume logra enredarme la lengua, me hace retroceder dos pasos.
—No, o sea, quiero decir, sí iba a verla en mi cuarto, pero no es que lo esté invitando para allá, podemos verla aquí en la sala.
—¿Entonces nunca me invitarías a tu cuarto?
—O sea, no es que no, es que… ¿para qué lo invitaría? —su sonrisa se afila.

—Para ver una película con comida china por supuesto, Luna. ¿En qué más pensabas?

Capítulo 7 - Noche de terror

Alessio

Me duele el pene.
Y me pregunto seriamente si existe algo para aliviar el dolor de pene. Es un cuestionamiento estúpido que me hago para tratar de pensar en otra cosa, porque claramente sé que no existe nada que pueda aliviarme más que sentirme dentro de ella otra vez.
¿Pero qué le vamos a hacer? Yo mismo me puse aquí, si no me hubiera llevado del gusto ya lleváramos round cuatro y round diez.
En fin, gustos que lamento haberme dado pero de los cuales no me arrepiento, le sabe tan rico el coño que pude haberme quedado viviendo allí.
Mientras esperamos que llegue el repartidor con la comida, nos sentamos juntos en el sofá; la chimenea encendida, la luna menguante, la luz tenue, ella con el control en mano en busca de la película que vamos a mirar. Y yo, viviendo mi propia saga mental, en la cual no he podido quitarle los ojos de las piernas, incluso estando envueltas en ese inocente pantalón pijama, porque ya sé cómo son, ya sé cómo se sienten, cómo saben, y quiero volverlas a probar, otra vez.
Me cruzo de brazos, como cada vez que la veo, tratando de mantener las manos quietas, tratando de mantenerme sereno, hasta que ella por fin recuerde y me diga si yo le gusto, si le gustó lo que hicimos, si puedo volver a darle un beso, y si por favor podría volver a dormir conmigo.
He estado sobrepensando últimamente mucho más que antes, ¿qué tal si sí le gustó pero yo no le gusté? Son posibilidades, posibilidades respetables. Y las señales que me manda son confusas, no logro determinar si le atraigo o no, y no le quiero preguntar ahora, no quiero cruzar una línea que nos haga sentir incómodos después. Tenemos mucho trabajo que realizar, diarios que revisar, viajes que programar, necesito de su labor, y sería incómodo para ambos si se daña el ambiente. No la cagues Alessio, no la cagues.
¿Pero qué hago si no le gusto?
Irme a vivir al Himalaya sería una buena opción. Pero no me gusta el frío.
Basta, tienes que calmarte, eso es, yo no debería pensar tanto en ella. Sobre todo porque no conozco qué pensamientos tiene respecto a esa noche.
Relajo los hombros y me acomodo en el asiento, observándola en silencio antes de integrarme en lo que sea que esté haciendo.
He construido una fortuna desde cero con más estrategia que suerte. Podría sostener una conversación en nueve idiomas distintos sobre modelos estocásticos avanzados, geopolítica de recursos o inflación estructural sin deslizarme ni en una sola sílaba. Puedo con esto. Por supuesto que puedo.
—La película de arriba se ve buena, la roja de la derecha. — Sugiero.
— ¿Cuál? ¿Viernes de sangre?
— ¿Suena interesante, no?
— Sí pero… ¿por qué no comenzamos con algo más ligero?, como la de abajo a la izquierda.
—¿Casi novios? —Mala idea, pésima idea. Algo me dice en ese título que los protagonistas van a hacer cosas alegres frente a nosotros que me van a calentar y por supuesto lo voy a

evitar. Trato de darle a mi pobre y adolorido amigo algo de tranquilidad— Nah, seguro es mala.
— ¿Usted cree? tiene muchas estrellas.
— Sí pero viernes de sangre se ve mejor y tiene más estrellas.
— Pues, vamos a verla, ¿usted toma refresco?
— No, no lo hago, de hecho ni siquiera hay, pero sí tengo jugo, un jugo con hielo estaría bien.
— Okey, voy a servir dos vasos.
—Te acompaño —me levanto junto a ella, pero justo suena el timbre—. Y ya no te acompaño —murmuro, y rompe a reír. Se ve risueña, me alegra que ya se sienta bien.
Desvío mi camino hacia la puerta para recibir la comida. Regreso al sofá con dos bolsas repletas, que coloco sobre la mesita mientras ella acomoda los jugos.
—¿Puedes ayudarme con ésta por favor? —le paso una de las bolsas , empezamos a destapar todo. Sacamos recipiente tras otro: arroz frito con vegetales, fideos de huevo con salsa de soya, cerdo agridulce, rollitos primavera calientes, pollo estilo kung pao, empanaditas al vapor con camarones, y una pequeña caja de galletas de la fortuna. El olor invade la sala y le da a la noche un aire mucho más acogedor. Ella presiona el botón de inicio para ver la peli, nos ponemos cómodos, y aplaudo para bajar aún más la intensidad de la luz en los focos, quedamos casi oscuras con solo el brillo de la pantalla como en un cine.
Pero no es sugestivo ni incómodo en ningún aspecto, comemos a gusto, es… una cosa que me agradó mucho el día en que la conocí, es fácil estar con ella, lo digo como halago en un muy buen sentido, es una persona sin complicaciones y sin doblez. Hace dos días le dije que era un vampiro, y aquí está sentada en el sofá comiendo fideos conmigo, sin temblar, sin juzgarme para nada.
Me dijo que su hermano la había traicionado pero por lo que veo su corazón no se envenenó, sigue teniendo fe en la gente, tiene la esperanza de ser feliz, se le ve en el rostro.
Justo como pensé, la película es bastante buena, hay una serie de asesinatos en el pueblo, y un grupo de amigos reúne las pistas para descubrir al criminal, tiene bastante suspenso, vaciamos varios potes de comida en los primeros treinta minutos, cuando de repente una de las muchachas es secuestrada por el asesino, y resulta que el maldito está enamorado de ella.
Ay no, aquí vamos.
El tipo le da dos opciones, o la folla con las manos atadas, o la libera pero si trata de hacer algo la mata, escucho la línea y miro con discreción a Luna, tiene la mano en la boca y los ojos vibrantes mirando a la pantalla, completamente inmersa en la trama, ni se percata que mis ojos están fijos en su cara. Vuelvo la vista al frente. La mujer le pide que la desate.
— Lo va a engañar— dice Luna— hay una pala detrás ¿ves? ella la tomará y lo matará.
— Pienso lo mismo— murmuro.
Pero en vez de hacer lo que creímos, el secuestrador besa a la protagonista y ella comienza a follárselo, literal ella sobre él, en una escena bastante realista. Esos dobles deben ser actores porno de lo contrario no me explico cómo pudieron lograr actuaciones así. Me rasco la barbilla, la nuca, trato de pensar en algún buen recuerdo y justo me cae a la mente cuando ella me besó. Entrecierro los ojos buscando cordura y vuelvo a mirarla, ella comiendo galletas de la fortuna como si nada mientras la acústica de esos gemidos resuenan a través de las bocinas del sistema de audio de la casa.
¿Sabes que? voy a hacer lo mismo.

Agarro una galleta de la fortuna, la muerdo y saco el mensaje interior:
«Tus decisiones están bien… si estás escribiendo una tragedia».
Arrugo el maldito papel y lo tiro, por eso no creo en la suerte, yo hago mi suerte.
La escena se extiende y solo me queda asumirlo, muchas de las cosas que hacen las hicimos, pero ellos no se ven como nosotros, nosotros nos veíamos mejor, infinitamente mejor.
Al final, todo se pone creepy, resulta que el secuestrador, era una especie de justiciero que buscaba la verdad por su propia mano, y la verdadera asesina era nuestra chica. El secuestrador trata de sobrevivir junto a otros dos amigos en una trampa en el bosque. Al final, él es el único sobreviviente, fue una película mala y muy extraña.
— La próxima vez mejor elige tú— le digo, ella sonríe en medio de un gran bostezo en el que se estira los brazos.
— Pues a mí sí me gustó la película, tenía de todo un poco, intriga, suspenso, terror y pasión, me gustó bastante. — me acomodo de lado, ella también, conversamos frente a frente en el sofá. — ¿Puedo preguntarte algo?— asiento. — ¿Siempre has vivido así? ¿solo?
Niego.
— Lo supuse. Era de esperarse.
— He tenido una vida bastante interesante, eso pienso. Pero no te la voy a contar, tú la vas a leer.
— ¿Es parte de mi trabajo?
— Así es, cuando te mejores, lo primero que harás será familiarizarte con el idioma Galés, era el lenguaje en el que solía escribir al inicio de mi vida en estas tierras, luego inglés antiguo, hasta la lengua moderna que hablamos hoy. Las pistas de lo que busco… no están en mis diarios más empolvados, pero leerlos te dará un perfil claro de mí, y de la realidad en que vivimos, y eso quizás te ayude a ayudarme.
— Está bien.
— Y… también aprovecho para comentarte que mis diarios no están en orden, lo lamento.
— Los organizaré, no se preocupe.
— Tengo una leve chispa de donde puede estar lo que busco así que en tres meses haremos un viaje a Santo Domingo. Ese es el tiempo que tienes para encontrar los diarios asociados y toda la huella de mi estancia durante los años que viví ahí, ¿crees poder con eso?
— Por supuesto.
— Si en algún momento sientes que no puedes, no te presiones, solo para, y me dices.
— ¿Por qué es tan amable?, quiero decir, no es lo que se espera de un acuerdo como el que tenemos.
Un silencio se apodera de la sala. Sí voy a responderle, siento que puedo, pero no estaba esperando esa pregunta.
— La única razón por la que fui a ese lugar es por lo que soy, pero no pienso esclavizarte con el significado completo de esa palabra. Como entenderás, necesitaba un ayudante, y mi existencia no es algo que pueda ocultar ni siquiera con una buena paga. También buscaba una fuente constante de alimento, sangre fresca.
— Y supongo que a nadie le gusta ser voluntario.
— Exacto. El sometimiento físico me da asco, detesto la idea de forzar a alguien a saciarme, nunca voy a obligarte a hacer nada, no me gusta, así que espero que puedas mejorar esa imagen que tienes de mí.
— No tenía una mala imagen sobre usted.

— Tampoco tengas una buena, porque tarde que temprano voy a tocar tu puerta, haré esa pregunta, te pediré que hagas a un lado tu cabello…— acerco mis dedos, despejo su cuello acariciando los dos lunares rojos que le aparecieron después que la marqué— y te morderé.
— Es lo justo.— Susurra, sin temblor alguno, la miro a lo ojos y no duda en sus palabras ni siquiera por un segundo.
— ¿Por qué lo tomas con tanta calma?
— Porque vas a preguntarme primero ¿no?, eso habla mucho de ti, solo quieres alimentarte no quieres hacerme daño. Y nunca leí sobre un vampiro que hiciera eso, solo que arrancaban corazones y que criaban a los humanos como ganado en corrales.
— Parece que conocemos los mismos vampiros.
— Sí… — su expresión se ausenta un segundo, como si su mente estuviera lejos.
— ¿Qué sucede?
— No lo aparentas pero eres alguien bastante accesible.
«¿Puedo decirte sólo Ale?» La visión fugaz de ese recuerdo pasa por mi mente. Pero sacudo suave la cabeza, me enfoco en contestarle.
— Me gusta la tranquilidad, y para estar tranquilo la gente debe sentirse igual conmigo. Comprender la lógica humana no es tan difícil.— Ella peina su cabello, sonríe tiernamente.
— ¿Dije algo gracioso?
— No, en absoluto… es sólo que el hecho de que para ti sea más fácil ser humano que para muchos humanos es, francamente, el colmo de nuestra especie.
— Tal vez se deba a que he vivido más ciclos de humanidad que la mayoría. Los siglos enseñan lo que una sola vida apenas intuye.
— Tienes razón.
— E intuyo que tienes sueño. Parpadeas más lento y los bordes de tus ojos están enrojecidos.
Ella alza las manos, se entrega.
— Está bien, policía, me ha atrapado.
— Vamos a subir, también estoy agotado. —Me levanto, seguido ella también, viene detrás de mí mientras subimos la escalera.
— Pensé que los vampiros no se cansaban.
— Así es, no puedo cansarme físicamente, pero la mente es otra cosa.
— Qué interesante, entonces sí necesitas descanso como cualquier... —escucho un resbalón, su pie roza rápido contra la escalera y, cuando volteo, la veo tambalear hacia atrás. El susto es tan abrupto que no llego a pensarlo, solo actúo. Mi mano se aferra a la suya con una palmada dura que retumba por toda la casa. Miro su rostro palidecido del miedo, en silencio, mi pecho subiendo y bajando.
Pero qué frágil. Juro que sentí que ella estaba por quebrarse como una copa de cristal, me aterré.
— ¿Estás bien?— le pregunto.
— Sí… gracias.
Asiente apenas. No suelto su mano. Subimos el resto de las escaleras en silencio, paso a paso, sus dedos temblando aún por el sobresalto, y los aprieto con suavidad, le doy aplomo. El pasillo nos lleva hasta su puerta, ahí nos detenemos.
— De verdad disculpa. No sé por qué pensé que el escalón estaba más arriba.
— No es tu culpa, voy a mandar a poner una baranda.
— Puedo tener más cuidado, ¿modificar la escalera no es demasiado?
— No lo es. Pudiste lastimarte.

Ella agacha la cabeza, fijando la mirada en nuestras manos todavía unidas. Yo hago lo mismo.
Qué difícil es soltar la mano de alguien cuando todo en ti suplica que no lo hagas.
Pero qué más puedo hacer. Libero sus dedos. Los míos retroceden cerrando un puño mientras le dedico una sonrisa labial. Continúo el camino hacia mi cuarto, me alejo paso a paso hasta que escucho el leve clic del cierre de su puerta en mi espalda.
Justo al pararme en el marco, volteo una vez más hacia atrás, buscándola aunque sé que ya no está, viendo nuestro fantasma en un beso desenfrenado en el pasillo. Pero dicho reflejo se desvanece, y me quedo con un extraño pellizco en el pecho que no logro nombrar. Entro también y cierro la puerta.
Buenas noches, Luna. Espero que mañana me digas Ale,
no Alessio.

Capítulo 8 - Días dorados

Luna

Ha pasado un mes desde que me mudé al penthouse de Alessio. Y quince días exactos desde que completé mi inscripción para el Diploma en Gestión de Archivos y Registro. Es una carrera corta, terminaré en dos años, pero lo mejor es que es en línea, lo que me permite administrar mejor mi tiempo, ya que también recibo un curso presencial intensivo de galés impartido por un profesor bastante estricto, con posgrado en Lingüística y acreditado como examinador por el Colegio Galés de Londres y la misma Universidad en la que estudio, de hecho es profesor ahí. Lo cual refuerza su objetivo de hacerme alcanzar el nivel B2 en el idioma en tres meses. Los diarios más antiguos de Alessio están en galés, también en antiguo inglés. Y justo en el tiempo pautado, debo empezar a leerlos, porque él espera que hagamos nuestro primer viaje pronto, necesita reunir la información necesaria para recuperar los objetos que ha perdido.

Así que sí, he estado ocupada hasta no más poder, pero me siento feliz. Los días en su casa son muy tranquilos, creo que toda mi vida estuve en un reality show de supervivencia que por fin he ganado llevándome el premio mayor.

En su casa nunca hay discusiones ni peleas, no las tiene conmigo, no las tiene con otros, o al menos no delante de mí. Tampoco me reprocha lo que visto, cuánto como o cómo me veo. Puedo estar muy bien vestida o en camisón, su trato siempre es respetuosamente el mismo. Alessio ha honrado su palabra.

Hablando de él…

Últimamente lo veo muy poco, pero el escaso tiempo juntos es muy valioso. Hemos armado rompecabezas, visto otros thrillers en la TV, también me llevó a comprar ropa para mí. Y hace cinco noches fuimos al teatro. Me gustó mucho el teatro. Sobre todo porque estuvimos agarrados de manos todo el tiempo. Lo hace desde lo de la escalera, y… no me desagrada. A quién engaño, estoy muy emocionada, se sintió como si fuéramos novios, en mi mente eso

éramos. ¿Qué mujer no se sentiría bien al salir con él? Amable, apuesto, jodidamente apuesto.
No estuvo mal fantasear. Aunque fuera solo por un momento.
Hoy ya he terminado mi clase de galés. Como siempre, dejo una fruta en la mesa del profesor, y él para nada sonríe.
Sé que le caigo bien, es sólo que no puedo probarlo. No sé por qué finge ser tan gruñón. Pero sé que en el fondo sí le agrado.
Bajo las escaleras del edificio de ladrillo, como siempre. Hoy viene a recogerme Lukas, porque Katherine está trabajando en algo importante, según supe.
Pero para mi más grata sorpresa, a quien encuentro al llegar a planta baja es a Alessio. Sonrío con emoción cuando lo veo, aunque siempre le hablo con mucho respeto, no logro ocultar la alegría de verlo.
— *Hola* —le digo con una amplia sonrisa.
— Hola, ¿qué tal tu día?
— Estuvo bien, ¿y el de usted?
— Aburrido… hasta ahora.
Reímos juntos.
— ¿Entonces Lukas no viene, usted vino a buscarme?
— Exacto… es que hoy jugaremos un amistoso de baloncesto, él y algunos amigos del club. ¿Te gustaría venir?
— Claro, me gusta el baloncesto.
— ¿Entonces sí te gusta?... otra cosa nueva que aprendo de ti. Vamos — me toma de la mano, hace eso de nuevo, y aunque avanzamos a paso normal, no puedo evitar sentir que todo va lento. Miro cada detalle absolutamente todo de él: las venas en su brazo, sus pocos vellos dorados, su cabello azabache, su sonrisa, lo admiro con discreción hasta que subimos a su auto. Sujeta el volante con una sola mano.
— ¿Qué tal el curso?— pregunta.
— Lo llevo todo al día, gracias por preguntar. Hablando de eso, sé que me pidió que no comenzara a trabajar todavía, pero he ido limpiando algunas secciones de la biblioteca, para así tener todo en orden al comenzar.
— Me di cuenta… Está bien, puedes hacer lo que quieras.

Correspondo su sonrisa labial con el mismo gesto. Nos quedamos en silencio, y la ruta nos lleva a un vecindario bastante costoso en el que tomamos una subida hacia una colina. La entrada del club aparece al final de la pendiente, una gran y lujosa estructura con paredes de hormigón, ventanales y amplias terrazas se alza frente a nosotros con detalles arquitectónicos en metal negro. Nos presentamos en la entrada y, luego de estacionarnos, bajamos del auto.
Caminamos por un pasillo abierto, donde las luces están incrustadas en el suelo y se mezclan con plantas minimalistas, colocadas en bloques de piedra. Miro todo con mucha atención, hay tanto cuidado a los detalles.
Seguimos el paso hasta detenernos en una puerta de cristal. Miro a Lukas conversando con otros hombres, todos visten uniforme de baloncesto, un equipo de blanco y otro de negro.
— Vaya, están muy organizados.
— Sí, ya tenemos tiempo con la liga. ¿Puedes sostener mis cosas mientras juego? —me entrega las llaves de su camioneta y su cartera.
— Claro —las sostengo entre mis manos, mordiéndome los labios—. Pero me ilusionaste en vano.
— ¿Qué? ¿En qué sentido?
— Creí que me invitabas a jugar, no a observar.
— ¿¿Es que juegas?? —pregunta con la boca abierta, con una gran sonrisa.
— Sí, eso te dije.
— Me dijiste que te gustaba, no que jugabas.
— Bueno, ya te lo estoy diciendo —soltamos una carcajada los dos.
— Pues… te conseguiré un uniforme —Toca con la mano el sensor de la puerta y esta se abre—. ¡Lukas, quítale a alguien el uniforme, Luna va a jugar!
— ¿¿Qué??, ¡No, qué pena! —lo agarro del brazo— No hablará en serio, ¿verdad?
Él mira mi agarre, vuelve a verme a los ojos, y todo el rostro me arde.
— Lo siento.

— ¿Qué es lo que lamentas? ¿tocarme?
Lukas justo llega, no logro responderle.
— Hola, ¿cómo está mi anémica favorita?
— Bien, cielos Lukas, muy bien.
— Es broma. Tranquila, no hay que quitarle uniformes a nadie, hay de sobra. Alessio solo juega contigo, ya lo conoces.
Vuelvo a mirarlo, sus ojos rojos me observan intensamente. Me refugio en Lukas, tomo el uniforme de sus manos.
— Gracias, ¿y los baños?
— En esa caseta de madera al fondo.
— Espera —dice Alessio.
— ¿Sí?
— Tienes un uniforme negro, deberías usar uno blanco para que estés en mi equipo.
— Con uno negro está bien, ¿verdad Lukas? —Alessio lo fulmina con la mirada.
— Por supuesto que está bien, cámbiate, hoy cenaremos vampiro rostizado —dice guiñando y yo sonrío, troto hacia el baño.
Regreso después de 10 minutos, mi uniforme como saco sobre una escoba. A pesar de que ahora como mucho, sigo como un palo. Pero no voy a presionarme con mi peso, no hoy, vinimos a jugar baloncesto.
Comienzo a estirarme junto al equipo de Lukas, siento la pesadez de la mirada de Alessio, pero aun así no volteo. Es que no sé... fue raro eso que pasó, espero no haberle faltado el respeto. No era mi intención ofenderle. Supongo que después puedo explicarlo, pero por ahora voy a evitarlo.
— ¿Cuál es el plan? —pregunto con entusiasmo.
— El baloncesto con Alessio solo tiene una salida —responde Lukas —. No hay defensa, atacamos todos juntos, y el más rápido, busca encestar.
— Practicaba atletismo en la secundaria, soy muy rápida, si me consiguen espacio, creo que puedo hacerlo.
— Podemos intentarlo.
Lukas comienza a asignar nuestras posiciones en la cancha. Quedo detrás de una marejada de hombres más altos que yo. Cuando

suena el silbato, el juego comienza.
Alessio toma el balón desde el inicio. Da pasos largos, midiendo a los demás, como si pudiera verlos antes de que se muevan. Uno de los nuestros intenta detenerlo, pero es como tratar de parar una ola con las manos. Alessio lo esquiva con un movimiento seco, el balón sigue con él. Da un giro, amaga hacia un lado, y anota.
Nuestro equipo reacciona rápido. Corremos hacia el otro lado, la bola pasa entre manos, intento buscar un espacio, pero todo se siente demasiado acelerado. Aun así, consigo hacer un pase, y Lukas intenta un tiro, pero falla. Alessio recupera.
Nos mantenemos en esas, como si jugáramos contra Bill Russell. Aunque estos hombres resisten muy bien. A pesar de todo, no hay tantas anotaciones, el marcador sigue decente, no nos están destrozando.
Intentamos cambiar de estrategia. Damos pases cortos, buscamos despistar, pero él se anticipa. A veces ni siquiera mira. Está en todas partes.
Empiezo a sudar, siento el calor en la cara, y me esfuerzo para no detenerme. Lukas grita indicaciones, intentamos una jugada más, y yo, de manera muy inesperada, recibo la pelota justo cuando Alessio está muy marcado. Doy un sprint chocando el balón contra el piso, un hombre del equipo blanco me bloquea, pero lo esquivo con una finta hacia la izquierda, luego a la derecha, y paso el balón por debajo de mi rodilla. Logro evadirlo con dos pasos al frente y tiro. Siento que el corazón se me detiene mientras sigo el vuelo del balón con la mirada. Y entra.
— ¡SÍ!, ¡SÍ!, ¡¡SÍ!! —grito con todas mis fuerzas, levantando los brazos. Los chicos corren hacia mí y me abrazan, hacemos una rueda y saltamos en círculos celebrando.
Alzo la mirada entre la algarabía y veo a Alessio sonriendo, mientras rebota el balón, se muerde los labios y levanta su pulgar en señal de que debemos prepararnos.
Volvemos a tomar posiciones, esta vez con la moral más alta. Estoy sudando a mares, el cabello mojado pegado en mi cuello, y mi rostro seguro tan rojo como camarón. Aun así, sigo el juego.

Me muevo buscando espacio, pero siempre cruzo con él, con su mirada, con su sonrisa… y con su molesta rapidez. Cada vez que intento agarrar la pelota, me la quita. Y en esas, logra anotar dos veces.
— ¡Ay, por favor!
— ¿Mala perdedora? —sonríe alejándose con el balón. Lukas se acerca a mí.
— Tenemos que destruirlo.
— Sí, ya es muy molesto.
— Tú lo distraes, yo anoto.
— Perfecto.
Suena el silbato de nuevo. El balón comienza a pasar de mano en mano, y de nuevo, llega a mí. Trato de avanzar pero en menos de cinco segundos ya Alessio está frente a mí, no hay manera, no hay avance, así que…
— ¿Y si cenamos fuera hoy? —es lo primero que se me ocurre, el balón aún rebotando en mi mano.
— ¿Quieres que salgamos?
— O sea, en realidad... —. Lukas, apúrate—. Quiero decir... que... — justo recibo la seña, arrojo el balón, y cae en las manos de Lukas, tira y encesta. Todos celebramos con emoción.
Excepto Alessio, él ríe indignado.
— Me mentiste.
— Técnicamente no, igual necesitamos comer..
Me carga sobre sus hombros, ambos con un ataque de risa.
— ¡Bájame!
— ¡Voy a meterte en la cesta! ¡Ese punto era mío!
— ¡Por favor!—. El pecho me duele de tanto reír, me baja delicadamente y ambos quedamos riendo frente al otro.
— La próxima vez jugaré con usted para que no pierda tan feo.
Le digo.
Él se aleja sonriendo, yo hago lo mismo.
Lo cierto es que, de alguna manera, sólo estamos a diez puntos de ganar. Quedan pocos minutos para terminar el partido. Estoy hasta quedándome ronca de lo mucho que me he divertido.

Justo cuando alguien del equipo contrario recibe el balón, trato de marcarlo, pero se gira con fuerza, y accidentalmente me da un brutal codazo en el seno izquierdo. Me doblo hacia adelante soltando un quejido ahogado, el dolor punzante atravesándome. Me llevo la mano al pecho y retrocedo. Alessio aparece frente a mí casi al segundo, me sujeta por los hombros.
— ¿Dónde? ¿Dónde fue? —pregunta en voz baja. Me tiembla la voz cuando le señalo con un gesto torpe mi seno, sin poder mirarlo.
Él se da la vuelta y camina directo hacia el jugador. En un segundo lo alcanza, y sin decir palabra, le da un empujón brutal con ambas manos. El tipo sale volando. Literalmente cae a dos metros de distancia, rodando por el suelo como un muñeco de trapo. Entre el dolor y lo que veo, siento que va a darme un infarto. Alessio avanza hacia él, pero Lukas lo detiene.
— Fue un accidente, cálmate, cálmate.
— Muévete.
— ¡Alessio! —Este lo empuja con el cuerpo—. ¡Luna te está viendo! —grita, y Alessio voltea hacia mí, yo temblando con las mejillas mojadas de lágrimas, no quería esto, no quería nada de esto.
— ¡Pídele perdón! —exige al hombre, éste, aterrado, se arrodilla y con la frente al piso me ruega perdón a gritos. Pero no entiendo, ¿por qué así? Solo era un juego. Miro el rostro de Lukas y está completamente esquivo, mira al piso.
— Estoy bien, no se preocupe —declaro con miedo.
— Se acabó el juego —dice Alessio—. Y todos se dispersan, empiezan a recoger sus cosas menos Lukas. Alessio camina hacia mí.
— ¿Cómo te sientes?... Te acompañaré al vestidor, quiero que te veas y me digas si necesitas que Lukas te revise, o si prefieres cualquier otra cosa.
— Sí. —No emito palabra, no entiendo nada de lo que está pasando. Camino en silencio al vestidor, Lukas y Alessio detrás de mí. Entro con la respiración descompasada. El lugar vacío, bien iluminado y completamente limpio.
Cierro la puerta tras de mí. Trato de quitarme la camiseta, pero al alzar el brazo izquierdo, un dolor punzante me atraviesa. Es como si

el músculo donde me golpearon se conectara con otro cerca de la axila, y todo se tensa tanto, que no puedo ni siquiera alzar el brazo.
¿Cómo voy a quitarme la camisa?
Empiezo a llorar, el partido se acabó por mi culpa y el patrón se molestó. No quiero llevarle problemas patéticos además.
— ¿Luna? —escucho su voz en el vestidor—. ¿Te duele mucho? — Mierda, debe haberme escuchado llorando, este lugar hace mucho eco y él es… él. Seguro que escucha conversaciones a kilómetros.
— Es que no me puedo levantar la camisa —exhalo con llanto, hundiéndome en la pared sin poder calmarme. Esto no se trata del golpe.— No era culpa de ese hombre, yo siempre atraigo problemas.
— ¿Puedo entrar?
— El juego se dañó por mi culpa —continúo llorando— Te juro que como, como demasiado pero no sé por qué no subo de peso.
— Ey.
— Ese golpe no me habría hecho daño si no fuera un palo seco. No me gusta ver a la gente pelear, es horrible, me da mucho miedo. — Lloro más fuerte, él abre la puerta, y me abraza.
— No es tu culpa, perdóname, no supe cómo reaccionar.
Me aferro a su camisa, con tantos recuerdos tristes pasando por mi mente, no lo puedo controlar. — Escuchar a la gente gritar, me da mucho miedo. Es un miedo más fuerte que yo. No puedo.
— No, no. Me malinterpretas, yo… no estaba molesto contigo, yo jamás, jamás te tocaría, yo jamás... Estaba molesto porque te trataran así. Eres importante para mí, no quiero que te lastimen.
— Lo sé. Sé lo importante que es que una propiedad no pierda valor.
— Escúchame. —Levanta mi rostro, firme, con ambas manos—. Sé cómo nos conocimos y ya te expliqué lo que soy, el por qué acudí a ese lugar. Y ahora te diré lo que pienso de ti. No eres un objeto, Luna, no te veo así. Y no quiero que por nada del mundo vuelvas a decir lo que acabas de decir. Solo veo a una muy amable y capaz mujer frente a mí. Es todo lo que ven mis ojos.
Asiento, ahogándome en mis lágrimas, entierro la cara en su pecho, cada sollozo sacudiéndome el cuerpo, y él me sostiene, no me pide que deje de llorar, no dice nada más. Solo me sostiene, acariciando mi cabeza con una paciencia infinita. Y eso me hace llorar aún más,

porque por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo hacerlo. Que no tengo que estar alerta, ni fingir fortaleza. No sólo lloro por lo ocurrido, lloro por un centenar de cosas más.
Hasta que me calmo, me separo lentamente de él, y limpia con sus dedos mis lágrimas.
— Es vergonzoso, pero realmente necesito ayuda con mi camiseta.
— Está bien. —Él la agarra por el borde bajo, empieza a subirla, pero cuando trato de alzar el brazo…— No puedo —susurro con la voz quebrada. —Me duele mucho.
— Entonces voy a romperla.
Sus manos se deslizan por los bordes de mi camiseta. Casi al instante se libera un sonido rasgado y se abre en dos, cediendo bajo sus manos con una lentitud casi insoportable para mí que pienso tanto en él. Permanezco inmóvil, envuelta en el calor de su presencia. Cuando la prenda queda suelta, me encuentro frente a él en brasier. Sin embargo, no me mira; me tiende el trozo de tela para que me cubra mientras gira el rostro hacia un lado.
Me cubro los pechos, y solo así vuelve a mirarme, tengo un gran moretón con raíces que se expanden más allá de la camisa. Éstas quedan visibles para él, por lo cual se acerca, sus dedos me rozan la piel por un instante mientras escarba en la tela, bajándola levemente para observar el daño completo. Miro junto a él: un hematoma grande y verdoso, que será un desastre de colores en un par de horas.
Sus labios apenas se abren como si quisiera decir algo, pero se lo guarda. Me cubre con la camiseta otra vez.
— No es la gran cosa, soy así, te juro que me salen moretones por nada.
— Eso no es un moretón de nada, un hombre del doble de tu tamaño te dio un codazo, no debí arriesgarte.
— La pasé bien, en serio esto no es nada, la pasé muy bien en el juego.
— ¿No eres consciente de lo frágil que eres, cierto?... De lo pronto que puedes desaparecer —Acerca su mano a mi rostro, a punto de una caricia, pero retrocede— Voy a esperarte afuera.

— No se vaya —sostengo su mano, él me mira bastante impresionado, su pecho algo agitado—. Disculpa, es que si se va, ¿quién me ayudará a vestirme?
Ya debo tenerlo harto.
— ¿Dónde está tu otra camisa?
— En la mochila. —Me agacho y la saco, se la doy .— Señor Alessio..
— ¿Sí?
— Le agradezco por preocuparse por mí… pero, todos le vieron aventar a ese hombre por los aires, quedó expuesto, ¿no debería preocuparse más por… por lo que vayan a decir?
— Ese hombre aunque tenga boca, no puede hablar. Te pido una disculpa porque te mentí. El único entre ellos que es realmente mi amigo es Lukas. —Pasa mi top por mi cuello, lo baja fácilmente por mi torso. —Los demás trabajan para mí. Nadie dirá nada.
— Pero, y las cámaras, cualquier persona puede haberle visto.
— ¿Acaso viste a alguien más en este lugar?— Es cierto, y tampoco vi cámaras. Lo miro con desconcierto, mientras él se agacha y saca mi abrigo, lo pone sobre mis hombros.
— Hay muchas cosas que aún no sabes de mí.
— ¿Este lugar es suyo?
— Lo es.
— Y esos hombres estaban aterrados porque saben lo que usted es.
— Así es.
— ¿Debería yo sentir el mismo miedo? ¿Tanto así?
— Puedes sentir lo que quieras hacia mí, pero no miedo, eres la única que no necesita temerme, la única a salvo de mí.

Capítulo 9 - Beer Garden

Alessio

—Cuatrocientos noventa y ocho, cuatrocientos noventa y nueve, quinientos—. Al terminar la última flexión en parada de manos, bajo las piernas, apoyando las plantas de los pies en el suelo con un golpe seco. Jadeo al chocar la espalda baja contra el muro de la terraza, con las orejas ardiendo, con esa sensación tan liberadora que solo da una buena sesión de ejercicio o de sexo.
Me quito la camiseta empapada de sudor, destapo mi botella de agua y comienzo a beber.
Hoy se cumplen tres meses desde aquella noche.
Si no fuera porque soy inmortal, ya me habría tirado de un acantilado.
Miento, sería pecado privar al mundo de mi belleza, así que solo por eso no llegaría a ese extremo. No me gusta ver a la gente sufrir.
Estoy asimilando que tal vez, sólo tal vez, ella y yo debamos comenzar desde cero. ¿Qué tal una cita? Después de lo sucedido en la cancha esa idea ha rondado por mi cabeza. Podría tratar de conquistarla o preguntarle qué piensa si nosotros... Ridículo, Alessio, qué ridículo.
Lo turbio de este asunto tan turbio es que si ella recordara lo sucedido, yo podría invitarla a una cita y no se vería mal.
El problema de hacerlo ahora es que nuestra relación es distinta. Hay cabida para que me diga que no. Y nunca me han rechazado, eso sería humillante.
Justo cuando termino de beber, descubro que la tengo al frente. Misma ella, mismo yo, misma terraza, misma maldita sensación de querer morderle los labios en un beso.
— Señor Alessio, ¿le interrumpo?
Odio con toda mi alma que me digas Alessio, odio con toda mi alma que me digas señor. Quiero que me digas Ale, ¿por qué no terminas de recordar? No es difícil, no soy un tipo olvidable, soy Alessio Yvoty, ya deja de humillarme, dulce humana mezquina.
— ¿Qué sucede?

Se acerca despacio hacia mí. Respiración irregular, manos sudorosas, mirada esquiva, *¿Qué quiere?*
— Hoy es… la inauguración del Beer Garden, cerca de la universidad. Y… compré dos boletos.
— ¿Dos boletos?
— Sí. Em, uno extra por si se me dañaba, o se me mojaba en un día de lluvia.
— Ya veo…
— Lo cierto es que iba a invitarle a ir conmigo, ya sabe, para no dejar perder la invitación, pero Lukas hace unos días me dijo, accidentalmente, que usted tenía algo importante hoy, y por eso no me atreví.
— Sí… realmente tengo una cena pautada para hoy.
— Entiendo… bueno, nunca he ido a ese lado del campus que queda cerca de este sitio, pero me gustaría conocerlo y aprovechar de beber algo. Dicen que servirán buena cerveza… ¿podría decirle a Katherine que vaya conmigo?
— ¿Por qué irías con ella?
— Para no ir sola.
— ¿O sea que no vas a invitarme?
— Pero usted tiene planes.
— Invítame, y yo te diré si tengo o no planes.
— Bien — Saca un ticket del bolsillo trasero de su pantalón, sonríe mordiéndose los labios con vergüenza y agacha el rostro, ¿es esto una señal?, ¿por qué no puede sostenerme la mirada? Me acerca el ticket.
— ¿Vamos?
Tomo el boleto, miro con detalle la ubicación y la hora; el negocio que quería cerrar hoy es importante, pero el dinero siempre va a estar aquí, no importa cuántos siglos pasen. Ella no.
— Tocaré tu puerta a las seis en punto.
Brinca con emoción, yo me río y le tiro mi camisa en la cabeza. La dejo sola en la terraza, ya me he humillado demasiado como para que me vea con el rostro sonrojado.
— ¡Oiga! — grita molesta quitándose la prenda de encima. Yo escapo por las escaleras

…
Cuando llegamos, el Beer Garden está lleno de gente, hay mesas de madera bajo luces colgantes en faroles antiguos, flores moradas trepando los troncos, buena música de fondo, rock suave, batería, panderos, guitarra. Y por supuesto, la típica atmósfera de sitios así: parejas acurrucadas, risas en el aire, labios que se besan como si el mundo fuera a acabarse. Me siento como lo que soy, como lo que siempre he sido, un maldito espectador en el amor.
Todos me dan ganas de vomitar, no tengo estómago para tanta azúcar. Los odio, espero que todos terminen la semana que viene...
Estiro el cuello de mi sudadera negra un poco. Tengo el cabello recogido, pero un fleco se escapa de la coleta y lo paso detrás de mi oreja.
Luna continúa hablando con el camarero acerca de nuestra mesa. Cuando por fin deciden cuál, siento su mano delgada y cálida aferrarse a la mía. Me lleva entre la multitud, siguiéndolos.
Nos sentamos uno junto al otro, viendo hacia la tarima. Sé que ella me invitó, pero me adelanto:
—La cuenta a nombre de Alessio, ésta es mi tarjeta… sí, cobre todo de ahí. Dos jarras de cerveza para comenzar y carne a la parrilla, ¿quieres algo más? —miro a Luna.
—Iba a pagar yo.
— Tú lo has dicho, ibas…
—Una botella de agua por favor.
—Una botella de agua para ella y todo lo que después le pida.
El tipo se va y nos dedicamos a disfrutar la música. Retumba un bajo acompañado de la voz rasposa del vocalista.
Antes de pasar por acá fuimos a conocer esa parte de la universidad que quería ver, ella me pidió que le tomara varias fotos, le tomé casi cien, así que mientras esperamos la cerveza, ella las mira todas.
Pronto llega el mesero, trae la primera ronda, brindamos, y para mi completa sorpresa, la dulce y tímida señorita sentada a mi lado, alza la jarra y se la toma hasta el fondo.
Se limpia el bozo y alza la jarra— ¡Otra! —Con la cara completamente roja me mira a los ojos como si estuviera a punto de contarme un gran secreto. —¡Siempre quise hacer eso!

Suelto la risa, aprieto el agarre en mi jarra y bebo hasta el fondo para acompañarla. —¡Otra!
Pronto traen la parrilla, comenzamos a comer en lo que practicamos un poco su galés. Es lista, no habla fluido pero entiende gran parte de lo que le digo, responde todo lo que pregunto y lo que no logra responder lo responde en inglés, pero sabe de lo que estoy hablando, le ha puesto mucho empeño. No es en balde que el profesor llamara para decir que la certificará este año.
Es admirable cómo ha logrado superarse, cómo más nunca ha hablado de su pasado, cómo se esfuerza por ese gran sueño que tiene. Ese deseo de vivir una gran vida.
No me inspira pena ni lástima. Siento mucha admiración por ella. No todos los humanos son tan resilientes así. La gente no suele avanzar tan rápido como ella lo está haciendo.
Está completamente decidida a reconstruirse.
Pero como todos los humanos, tiene limitantes. La gallardía con la que comenzó a beber cerveza se le va a la quinta jarra. Y al parecer, Luna no es de las que se pone muy alegrona cuando toma, al inicio sí, pero ahora por alguna razón, aparentemente se bajoneó, se ve triste.
— ¿Qué te pasa?... ¿Qué sucede?
—¿Cree que algún día yo logre casarme?
¿¿Pero qué pregunta??...
—¿Te gusta alguien?, ¿conociste a alguien?
Niega.
—Solo pienso que… usted, en algún momento se casará, y quizás sea incómodo para su pareja que yo viva con ustedes, ¿cree que nuestro contrato termine antes?
—¿Por qué estás preguntando estas cosas?
—Sé que hoy iba a cenar con una mujer… 'Tiene una cena con Beatrice', eso dijo Lukas.
Bocón.
—Sí, iba a cenar con Beatrice, pero porque estoy tratando de absorber la compañía de su padre. —En realidad ella siempre ha querido tener algo conmigo, pero yo nunca mezclo afectos con dinero, mi relación con ella es de negocios, no tenemos la relación

que Luna cree. Sin embargo, es muy interesante el desánimo con el que pregunta, porque si le molesta, podría significar sólo una cosa…
—¿Eso te molesta? ¿Te molesta que cenara con ella?
Se queda callada, mirando a la tarima.
Si vas a darme luz verde dámela y me comeré tu divina boca ahora mismo pero deja de jugar con el maldito semáforo mujer, porque no te entiendo.
Sujeto su cara con suavidad, la hago mirarme, labios hinchados, piel sudorosa, ojos vidriosos, como de quien bebe por desamor.
—Te hice una pregunta, de hecho dos, y me gusta que cuando hablo me mires a los ojos. ¿Te molesta que tuviera una cena con ella?
—¿Cómo podría molestarme? —deslizo mi pulgar a su labio inferior, la siento temblar con mi toque. Su corazón latiendo con agitación, su piel expidiendo ese aroma dulce que tiene su sangre.
—Esa no fue la pregunta. —Me acerco a su rostro.
Pero toma mi mano y la baja lentamente, sus mejillas perdiendo el color poco a poco.
—¿Qué tienes?
—¿Puedes buscarme agua? creo, creo que ya me está pegando el licor.
—Claro.
Me levanto con un nudo en la garganta, un escalofrío en el cuerpo y un cosquilleo en mi bóxer. Juro que pensé por un instante que iba a darle un beso, que nos besaríamos.
Pido una botella de agua en la barra, me la dan y camino destapándola de regreso a ella. La recibe temblando, está ebria, no voy a dejar que beba más. —Oye, creo que ya fue suficiente, vámonos a casa.
—¿Por qué? solo una jarra más, una jarrita. Siempre quise venir a un lugar de estos y embriagarme. Aunque a veces bebía a escondidas con mis amigos, pero no es lo mismo, esto es más legal. —Río. —¿Así que puedes dejarme beber una jarrita más?
—Mañana te va a doler mucho la cabeza.
—¿Para eso existe el paracetamol?
Suelto una carcajada, río fuerte, muy fuerte, ella también.

—¡Otra ronda! —le digo al camarero, quisiera imponerme, pero es su decisión, esta es su decisión, yo también he bebido hasta no poder caminar, es un derecho que por supuesto no le voy a negar.
No bebe una jarra, bebe dos más.
—¿Por qué no me elegiste?
—¿De qué hablas?
—Cuando fuiste a la casa de venta dijiste que no habías encontrado nada y que te irías. ¿Por qué no me elegiste?
—No es que no te eligiera. Me sentí mal conmigo por estar ahí… era un acto muy hipócrita de mi parte, independientemente de mi necesidad de sangre, el quitarle la libertad a alguien cuando maté a tantos por la libertad de otros. ¿No te parece el colmo?
—Sí… debió ser una decisión difícil.
—Aun así estamos aquí, ¿te sientes bien conmigo?
—Vivir con usted es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ay cielos, perdón —se tapa la boca—. Tienes razón, creo que ésta sí debe ser la última jarra.
—*Oye,* fue un buen cumplido, deberíamos salir a beber más seguido, que me digas algo bueno de vez en cuando me cae bien, quiero decir, no sé si lo sabes pero también tengo un corazón.
— Un corazón eterno, de hecho. —reímos los dos. —Entonces, ¿puedo decirle otro cumplido?
—Adelante.
—No sé por qué asociaban tanto en el pasado el rojo en los ojos de los vampiros con la muerte. No veo muerte en tus ojos; Hay amaneceres y atardeceres donde el sol brilla en rojo como tus ojos, —acerca su mano a mis pestañas— las rosas también tienen el color de tus ojos, y sobre todo, los buenos libros de romance también son rojos. No veo ni una pizca de muerte en tus ojos rojos, veo vida, una larga, hermosa y eterna vida.
Aleja suavemente su mano de mi rostro. Ella habla de mis ojos, pero yo me quedo prisionero en los suyos, con ganas de decirle tanto, de preguntarle tanto, pero sabiendo que, no es la ocasión, no estando ebria.
—Gracias. Fue un gran cumplido también, en serio.
—Creo que ya quiero irme a casa, me siento algo cansada.

—Sí, vámonos a casa. —alzo la mano mirando a la barra— ¡Mesero!
…
Salimos a la calle, le ofrezco mi brazo para que se apoye y ella lo toma. En su mano derecha lleva una cerveza. Caminamos en silencio, hasta que subimos al auto y comenzamos el trayecto. Avanzamos rápido, no hay tráfico. En menos de ocho minutos entramos al estacionamiento.
Bajo del auto primero para ayudarla, le abro la puerta y caminamos de la mano hasta el ascensor. Cuando se cierran las puertas, ella se pone delante de mí, guinda sus dos manos en mi cuello, y me mira a los ojos, tambalea y la sujeto por la cintura, la agarro bien.
—Ey…
—Lo siento. —se muerde el labio inferior— Alessio… ¿puedo preguntarte algo?
—Sabes que sí.
Se alza de cuclillas, se acerca a mi oído y bajo la cabeza para escucharla, porque ni así me alcanza, sólo siento su respiración en mi oreja:
—¿Alguna vez te han besado con lengua?
La pregunta me eriza el cuerpo, ella vuelve a sus talones y mientras lo hace no me suelta el cuello. Llegamos a nuestro piso, el último piso de este rascacielos, pero ninguno de los dos bajamos. Las puertas se cierran, y el ascensor se queda estático.
—¿Te lo han dado a ti?
— Tramposo, pregunté primero…
— ¿No quieres decirme?
— No seas pesado, claro que quiero… Hace algunos años, tuve algo con un chico. Y él solía decir que yo besaba muy bien.
—¿Cómo se llamaba?
—¿Quién?
—Él.
—Creo que estoy tan borracha que no lo recuerdo — reímos suave, su agarre en mi cuello aprieta, y con ello, sus senos contra mi pecho, sus piernas contra las mías. —¿Te parezco bonita, Alessio?
—No recuerdas el nombre del chico que mencionaste, pero el mío sí.
—¿Cómo podría olvidarlo?

—¿Soy tan importante para ti?
—Te hice una pregunta, no me marees… no más de lo que estoy.
—Creo… que... Luna Thompson es la dama más hermosa que he visto en mis más de novecientos años de vida.
—Guau, eso es mucho tiempo, de seguro has visto muchas.
Resoplo— Y creí que eran bellas, pero Luna lo es más, más que todas ellas.

—Esa tal Luna Thompson, parece una chica afortunada.
No puede ser.
Río mirando accidentalmente sus pechos, luego al piso. Marco el botón del ascensor y las puertas se abren. Quito con suavidad su agarre de mi cuello y la tomo de la mano. —Ya llegaste a casa, te acompañaré hasta la puerta.
—Muchas gracias.
—¿Cómo dices que te llamas?
—No lo recuerdo, pero te aseguro que es un nombre lindo.
—De seguro que sí. —Llegamos a la puerta— ¿Te sabes la clave, o cómo vas a entrar?
—Sí me la sé, pero hazte a un lado, tú no puedes verla.
—Okey, okey. —retrocedo. Ella pone la clave y entra al penthouse. Diviso la sala desde el pasillo— Ese es un sofá cómodo, deberías dormirte ahí, no vayas a usar las escaleras.
—Oye, es un buen consejo, dormiré en el sofá, muchas gracias.
—Está bien, me iré.
—¿Seguro que no quieres pasar?, me da miedo que te vayas tan tarde.
—Muchas gracias, pero no puedo, es muy peligroso dormir junto a alguien que acabas de conocer, ¿no crees?
—Sí, tienes toda la razón, hasta luego. —Me cierra la puerta en la cara de golpe y pasa el seguro. Me quedo ahí, mirándola por un segundo como un idiota cuando rompo a reír. Saco ambas manos de mis bolsillos y me doblo hacia adelante, riendo ante su tierna forma de dejarme en la calle. El aire falta en mis pulmones, y las carcajadas que suelto son tan fuertes que termino apoyado en la pared, temblando, con dolor en las costillas. Me paso una mano por

la cara, aún riendo, y no puedo evitar pensar que ella está completamente loquita.
Río más fuerte, liberando todo, tratando de calmarme de algún modo, cuando saco mi teléfono. Me limpio las lágrimas y llamo a Katherine.
—Hola Kat, Luna hoy se quedará sola en casa, y además se pasó de tragos. Quiero que vengas a cuidarla. Sí, puedes venir ya, te esperaré en el pasillo. Treinta minutos está bien, no tengo nada que hacer, puedo esperar. Ah, y avísale a Lukas que hoy dormiré allá, sí, te veo aquí.— Cuelgo.
—Que si me han besado con lengua…—Resoplo.
Ya no puede esconderse.
Sí le gusto.

Capítulo 10 - La primera asignación

Luna

Finalmente ha llegado el día de nuestro primer viaje por trabajo.
Nunca imaginé que esta labor sería tan entretenida. Jamás tuve un gran amor por los libros además de leer romance, sin embargo, ahora he empezado a desarrollarlo. No solo he organizado sus diarios por fecha, sino también su biblioteca completa. Estaba polvorienta.
Alguien que tiene tantos libros, seguramente tiene el pasatiempo de leer desde hace mucho, sin embargo, ya llevaba algunos años sin realmente dedicarle tiempo, y entiendo el por qué, parece que en los últimos sesenta años se ha dedicado de lleno a los negocios. Trabaja demasiado. Ni él se ha salvado de las demandas de la modernidad.
En estos últimos días también he estado ocupada, así que no nos hemos visto tanto.
Sin embargo, mi ánimo vuela por las nubes; ver la biblioteca en su mejor versión, mis avances en la universidad y además de lo mucho que ha mejorado mi pronunciación en el Galés, me hace sentir muy orgullosa de mí misma y también preparada para empezar con mi verdadero papel aquí.
El único diploma que había tenido en mi vida fue el de la graduación de secundaria, y se siente muy bien ahora estar esforzándome tanto en obtener otros diplomas.
Hoy es la primera vez que voy a subir a un avión. Viajaremos a Santo Domingo, siguiendo la pista de los objetos que ha perdido. Antes de salir del cuarto, me permito una última mirada atrás; todavía me parece increíble que esa hermosa habitación sea mía. Más increíble aún es que éste sea el lugar al que siempre puedo regresar. Tras cerrar la puerta, bajo con maleta en mano hasta que encuentro a Alessio terminando una llamada telefónica en la sala. Cuando se desocupa, le aviso de mi presencia, aunque ya debe haberme sentido.
— Señor Alessio, ya estoy lista.
— *Hola,* ¿trajiste los diarios que te pedí?

— Sí, los del año que pidió.
— Muy bien.
Mi dueño es un vampiro. No recuerdo nada sobre mi primer día en esta casa. Sólo sé que desperté con el cuerpo lleno de marcas, que después supe por su misma boca eran mordidas. Él se disculpó por lo sucedido, y aunque sé que debería querer correr de esta casa, la verdad sentí muy honestas sus palabras. En relación a eso, hasta ahora su comportamiento ha sido respetuoso, por eso, confío en él a pesar de nuestro mal inicio, y ahora viajaremos juntos en busca de un rubí, uno de sus objetos perdidos.
A pesar de la mala memoria que tiene, él está completamente seguro de que extravió dicho objeto en Santo Domingo, por eso me asignó leer y llevar algunos de sus diarios con nosotros, así visitaremos cada lugar que pisó durante su estancia en la isla. Por lo menos, tenemos a favor que escribe todo, absolutamente todo lo que hace.
Antes de salir, él toma mi maleta, me extiende la mano y caminamos hasta el estacionamiento, subimos al auto.
Desde aquella vez en la escalera, desde lo sucedido en ese momento, no ha dejado de hacer esto. Cada vez que salimos me toma de la mano, aunque nuestra relación esté basada en un contrato esclavo. Parece algo normal para él. No sé si sea común para los de su especie o si sólo teme a que me resbale nuevamente, pero para mí tiene otro significado. En nuestra cultura como humanos, las personas sólo nos tomamos de la mano si somos pareja... Puede que él no tenga conocimiento de eso, o tal vez lo sepa y no le dé importancia. Me gustaría decírselo, pero no creo ser capaz de hacerlo; me daría mucha vergüenza insinuarle algo como eso.
Llegamos al aeropuerto bastante rápido, salimos tan temprano que no hallamos nada de tráfico. Él recibe otra llamada justo cuando estamos a punto de bajarnos. Por lo que escucho, trata de dejar todos sus asuntos resueltos antes de comenzar este viaje.
– Disculpa— dice al colgar.
— No se preocupe…. ¿Señor, por qué está tan seguro de que el rubí está en ése lugar?

—¿Por qué?... Mmm, porque la primera catedral de la Iglesia Católica en América se construyó en Santo Domingo. Yo fui invitado a la inauguración, y para ese entonces todavía tenía el rubí.
—¿Lo invitaron a usted? Pero si es un vampiro.
—A ellos les daba igual, invitaban a cualquiera que tuviera buenas reservas de oro. —Mira su reloj—. Vamos, no hagamos esperar más al piloto.
Él baja primero y me espera afuera. Toma mi mano para ayudarme a salir y camina conmigo hacia el avión. Subimos las escaleras y nos sentamos juntos en una mesa servida con carnes y frutos rojos, parece que la dieta de Lukas me persigue hasta en el aire. Pero no desaprovecharé estos preciosos alimentos, pretendo obtener más información del trabajo mientras los degustamos.
— Disculpe que pregunte tanto pero, ¿por qué es tan importante ese rubí?, usted literalmente podría comprar otro.
— No, no podría comprarlo. Ése rubí conserva cierto poder... especial. La llave que perdí sólo funciona cuando esa pequeña joya está en su centro.
— ¿Y cómo encontraremos algo tan pequeño?
— Para eso trajimos los diarios, espero que no te aburras leyendo mis crónicas durante el viaje.
— Seguro que no.— Contesto con entusiasmo, pero tras una hora de lectura, mi cabeza choca contra la ventanilla de la nave. «Sólo voy a descansar los ojos» me repito una y otra vez mientras trato de no dormir, mientras siento como suavemente el diario se me desliza de las manos hasta caer en mis piernas. Puedo levantarlo, retomar la lectura otra vez, es sólo que desperté demasiado temprano, y el sueño no me anima tanto.
—Te lo dije... en ese año mi vida fue particularmente aburrida —dice Alessio.
De repente, siento su perfume amaderado muy cerca. Toma el libro de mis piernas y me coloca una manta. No abro mis ojos, aunque sé que está aquí; es que esta sensación de descanso es muy reconfortante, relajante... hasta que percibo que su olor se vuelve permanente, y su aliento empieza a rozar mi cuello. No necesito verlo: está sobre mí. Por la irregularidad de su respiración puedo

imaginar sus labios temblando, dudando ante la tentación de morderme. Debe ser difícil, han pasado muchos meses sin beber sangre aunque viva con él. No tendría problema en saciarlo si ahora me lo pide, pero creo que este no es el lugar ni el momento. Hay otras personas aquí.
— Señor Alessio, puedo sentir su respiración.
— ¿No estabas dormida?
— No tan profundamente.
— Qué mala suerte...
— ¿Para quién?
— Para ambos, ¿no crees? — responde, separándose de mí, con una sonrisa ladina sin mirarme el rostro.
Camina por el pasillo del avión y se sienta distante, en otra parte.
¿Qué fue eso? A veces me da la impresión de que juega conmigo... Su comportamiento me confunde mucho. Lo cierto es que sus palabras logran arrebatarme el sueño. Y con tanto tiempo libre, logro devorar por completo uno de sus diarios, haciéndome una idea clara de dónde debemos empezar a buscar. Nos quedamos separados por todo el resto del viaje, hasta que aterriza el avión.
Sé que fue él quien marcó la distancia, y que yo debería esperar a que se sienta lo suficientemente cómodo como para acercarse a mí. Sin embargo, necesito preguntarle algo.
— Señor Alessio, ¿podemos hospedarnos cerca de la catedral?, pienso que es un lugar muy importante para nuestra búsqueda. Según lo que estuve leyendo, creo que usted no sólo vino a la isla por la inauguración, también tenía una amiga...
— ¿Una amiga?
— ¿No la recuerda?
— Me suena a que sí... — Responde levantándose del asiento.
— Ella se llamaba Marlene. Y usted fue a su matrimonio, incluso encontré esta invitación dentro de las páginas de su diario.
— Ah sí, ya la recuerdo. — Sus ojos parpadean con cierta lentitud al decir eso.
— ¿Quién era?
Me da la espalda, continúa caminando por el pasillo, hasta detenerse frente a la puerta. —Un amor no correspondido... eso fue Marlene.

—Vuelve a mirarme—. Tengo una casa a pocas cuadras de la catedral, ¿eso funcionará para ti?
—Claro, más que suficiente. —Miro su diario entre mis manos, introduzco la invitación de nuevo en sus páginas, viendo el nombre de Marlene hasta que queda completamente oculto. No sé por qué repentinamente tengo esta opresión en el pecho con sólo leer su nombre.
Pero alzo la vista, y de nuevo Alessio tiene su mano extendida hacia mí, quiere que bajemos de manos del avión. Acelero el paso para no hacerle perder tiempo, y tomo su mano. Bajamos juntos en completo silencio.
¿Cuántas mujeres pueden haber pasado por la vida de un hombre que ha vivido casi mil años?
…
Tras cuarenta minutos en auto, llegamos a la quinta... hermosa, adornada por doquier con buganvillas. Una soñada casona colonial, tan irreal que parece un oasis en medio del sofocante calor.
No hay sirvientes, igual que en el penthouse de Londres. Sin embargo, todo está cuidado y pulcro. Pasan pocos minutos cuando Alessio se acerca a mí. — Voy a salir. Hay cierta familia a la que necesito saludar cada vez que visito la isla, y aunque ya han pasado más de sesenta años desde la última vez que vine, debo cumplir con esa tradición.
— Está bien, estaré aquí.
— El servicio tiene indicaciones de abandonar la casa si la visito... así que, cualquier cosa que necesites usa mi tarjeta o agarra lo que quieras de la despensa. Esto es una extensión del Penthouse, siéntete en casa. Ah, tu habitación está marcada con un post-it con tu nombre.
— Gracias.
Hay dos camionetas y un auto deportivo estacionados en la entrada de la casa, él sube al jeep negro y abre el portón principal, se va despacio, yo le despido con la mano, y con el portón cerrándose a mi espalda, camino al interior de la casa.
Subo a la habitación que me ha sido asignada y me siento en el escritorio, saco el siguiente diario según el orden por fecha. Para mi

sorpresa, tiene título: *Marlene.* Dijo que no la recordaba, pero escribió un diario entero en su nombre, ¿cómo es posible?, hojeo hasta la página de inicio, me concentro en sus recuerdos.

Diario de Alessio

Sus labios… los he tocado sólo en mis sueños. Aun así, sé que saben a comerse un dulce de coco bajo el cálido sol de la playa. Soy su amigo, su confidente, pero en el fondo, en mis pensamientos, soy mucho más que eso. Ella no deja de suspirar por Emiliano. ¿Debería matarlo? Constantemente pienso en eso, pero sé que puedo ganar. Obtendré limpiamente el corazón de la Dama.

Día ciento veintitrés. Estaba decidido a revelarle lo que soy. Le escribí que tenía algo importante que contarle, y ella respondió lo mismo. ¿Nos confesaremos? Mi alma se agitó ante tal idea. Vino a visitarme a la quinta; jamás lo había hecho. Cuando doña Ana me anunció su presencia, el corazón me dio un brinco. ¡Cielos! Traía un hermoso vestido amarillo. Quise besar sus labios desde el momento que la vi, pero, por el contrario, le dije que se veía poco agraciada, sólo porque necesitaba ver ese gesto que hace con sus cejas cuando se enfada.

Sin demorar más, me tomó de la mano, se sentó conmigo, y, emocionada como una quinceañera, me contó que Emiliano se le había declarado, y que además... se besaron.

He vivido más vidas de las que podría contar un hombre mortal. A estas alturas, pensé que lo conocía todo; sin embargo, puedo decir con certeza que hoy he conocido la pena. No sabría cómo explicarlo, pero es un dolor más profundo que el de una puñalada en el costado. Me iré de la isla. No puedo soportar esto.

Día trescientos. He recibido otra carta de Marlene. Ella y Emiliano se van a casar. Me pide que sea el padrino de su boda. No sé cuántas botellas de vino he vaciado, pero lo he decidido: mi próximo negocio serán los licores. He de crear un brebaje que embriague de verdad, porque este vino insípido que bebo no logra hacerme olvidar sus ojos, ni mi desdicha.

Día trescientos cinco. Respondí la carta de Marlene. Seré el padrino de su boda. He decidido aceptar albergando la esperanza de que si contemplo con mis propios ojos su unión, quizás logre despertar de este ensueño funesto… tal vez, sólo tal vez, la realidad me golpee con la fuerza necesaria para hacerme olvidar todo cuanto siento.
Día trescientos cincuenta y uno. Marlene se casó ayer.

Luna

Hojeo la página de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás, buscando la continuación del día trescientos cincuenta y uno, pero no lo encuentro. —¿Qué pasó en esa boda? ¿por qué no escribió nada más al respecto? No es normal. He estado leyendo por horas, capítulo tras capítulo, obviamente tiene un estilo, una forma de escribir en la cual detalla cada suceso. Lo cuenta todo, siendo así, ¿por qué simplemente no escribió nada sobre la boda si era un evento importante?
Me recuesto en la silla y dejo que mis ojos se pierdan en el techo, intentando ordenar un poco mi cabeza después de tanta información. Cuando miro por la ventana, los últimos rayos del sol me acarician la cara y dejo escapar un suspiro; no me había dado cuenta de la hora. Levanto el teléfono: —Qué raro que él todavía no haya regresado.
Bueno, al menos ahora tengo más información. Cierro el diario y me pongo de pie, agarrando una toalla camino al baño.
Hace un calor insoportable, y el sudor se me ha pegado al cuerpo solo por estar sentada leyendo. Debo averiguar dónde está el control del aire acondicionado.
Cuando salgo del baño, el sol ya se ha ocultado por completo.
Es mi primera vez en el Caribe, y aunque estoy aquí por trabajo, no puedo evitar un cosquilleo de emoción recorriéndome.
Abro la maleta, recojo mi cabello con una peineta y saco un mini vestido naranja de falda en corte A. Me lo pongo; la tela es ligera, se ajusta con facilidad a mi cuerpo y me mantiene fresca en medio del calor.

Apenas termino de acomodarlo, los faros de una camioneta iluminan mi ventana.
—Parece que Alessio llegó.
Unto un poco de crema con aroma a pera en manos y brazos, abro la puerta del cuarto y bajo las escaleras. Llego a la camioneta para recibirlo, pero ya no está. El crujido de una silla de madera en el patio me hace girar la cabeza. Camino hacia allí y lo encuentro sentado en una mecedora de roble junto a la piscina, con los primeros botones de su camisa blanca desabrochados, respirando aire fresco. Me quedo mirándolo. De verdad lo respeto mucho, pero cielos, qué hombre.
— ¿Qué tal estuvo el día? —pregunta abriendo los ojos, inclinando su cabeza para verme. Sonrío con normalidad, tratando de fingir que no actuaba como acosadora hace un segundo.
— Bien… entretenido, me la pasé leyendo —camino hacia él —. ¿Y el suyo?
— Caluroso, y aburrido. Lo normal cuando paso mucho tiempo sin atender ciertos negocios.
— Lamento escuchar eso. —Creo que, aunque trabaja mucho, en el fondo, Alessio es bastante perezoso, siempre vive quejándose de su trabajo. Pero supongo que es normal, a nadie le gusta trabajar.
— Por cierto, tengo algunas preguntas que hacerle, pero viendo lo cansado que está, podemos dejarlo para mañana.
— ¿Qué me quieres preguntar? ¿es algo sobre el rubí?

Mientras estuve leyendo, me di cuenta de una cosa. Y aunque tal vez no estoy cien por ciento en lo cierto, creo que apunto al menos en la dirección correcta. Siento que Alessio no extravió sus cosas. Él sabe dónde están, pero todos esos recuerdos quedaron atrapados en su deseo por olvidar a Marlene. Casualmente, todas las cosas que extravió fueron después de eso. Es imposible que no esté relacionado. Se hizo esto a sí mismo... la olvidó a ella, y al sacarla de su mente, se fueron en adición un montón de recuerdos por accidente.
—No exactamente, pero sí encontré un indicio: ¿recuerda a la mujer que le mencioné, a Marlene Mejía?— Justo como en el avión,

pestañea lentamente, esquiva mi mirada. Creo que estoy dando en el clavo. —Sé que usted no mintió al decir que no la recordaba, pero necesito que haga un esfuerzo, porque ella es una pieza importante para saber del paradero del rubí.
—Ya te lo dije... ella es sólo un amor no correspondido.
—Ella es más que un simple amor no correspondido, en el fondo usted lo sabe.— Lo confronto, y él me mira a los ojos en silencio. El canto de los grillos y una música a varias cuadras es lo único que se oye.
—¿Qué quieres que te diga exactamente?— responde.
—¿Por qué no escribió nada sobre la boda de Marlene?, ¿por qué no lo documentó siendo un evento tan importante para usted, si además de todo era el padrino?
—¿Padrino? —Me mira con gran impresión, como si no supiese de qué hablo— ¿Qué dices?
—Digo, que quizás la razón por la que usted necesitaba un esclavo que leyera sus diarios es porque no es capaz de leerlos, de afrontar sus tormentos.
—¿En mi diario dice que yo fui el padrino de esa boda?
—Sí, eso fue lo que usted escribió.
Alessio se reclina en la silla, cierra los ojos, pensativo.
—Todas las cosas que usted perdió, las extravió por esos años. Así que he llegado a la conclusión de que algo sucedió en esa boda... algo lo suficientemente importante para hacerle querer olvidar todo.
—Estás tan segura de tus conclusiones que hasta yo estoy seguro de que lo que dices es verdad. — Se endereza en la silla. — Pero no logro recordar... han pasado muchos años. Simplemente no lo recuerdo.
—El hombre con el que ella se iba a casar... su nombre era Emiliano, ¿usted lo mató?
Ríe suave, se levanta de la mecedora y camina hasta quedar frente a mí.
—Ahora yo te haré una pregunta... Hace tres meses despertaste llena de mordidas en mi cama. No recuerdas nada de lo que pasó, comprendo, pero, en vez de llamar a la policía, elegiste quedarte conmigo. Te dije que era un vampiro, que me excedí al beber tu

sangre; tú sólo preguntaste con cuánta frecuencia necesitaba hacerlo. Y ahora te entrego mis diarios, lees cada cosa que hice los últimos siglos, sabes todo lo que soy, y, aun así, me preguntas tranquilamente, en esta casa donde no hay absolutamente nadie más... Me preguntas si maté a alguien, como si habláramos de caramelos., ¿Qué harás si te digo que sí? ¿Qué harás si te digo que yo maté a Emiliano?
— Si la respuesta es sí... estoy plenamente segura de que el Alessio de los diarios jamás se atrevería a hacerlo sin una buena razón... ¿Emiliano lastimó a Marlene de alguna manera? ¿Por eso lo mataste?
— ¿Entonces te gusto? ¿estás tan enamorada de mí que por eso no llamaste a la policía?, a pesar de estar llena de mordidas.
— Estoy tratando de ayudarte a recordar, Alessio.
— Yo también estoy ayudándote, Luna.
Un devastador silencio acompaña nuestra respiración acompasada, luego él simplemente agita suave la cabeza y se agacha.
— ¿Qué está haciendo?
— Claramente, me quito los zapatos.
— ¿Por qué?
— Hace calor, me bañaré en la piscina.
— Bien, le buscaré una toalla. —Giro hacia la casa, pero me detiene por el antebrazo. Me atrae hacia él con una oscura intencion que me arrebata el aliento.
— Contigo... voy a bañarme en la piscina contigo.
Ni termino de procesarlo cuando me da un jalón y ambos caemos al agua de la hermosa y refrescante piscina de la quinta, bajo las estrellas de una noche sin brisa en el Caribe.
Me toma desprevenida, no logro ni cerrar la boca a tiempo; subo urgida a la superficie, saco la cabeza del agua tan rápido como puedo, en busca de aire.
— ¿¿No cree que está un poco mayor para esto??
Él ríe.— ¡Se comporta como un niño! —grito sin pensar.
— ¿Estás llorando, Luna? —pregunta con una sonrisa burlona.

— Claro que no. —Me entró un montón de agua por la nariz, obvio que sí.

— Te digo que soy un vampiro y ni te inmutas, pero un poco de agua y lloras, ¿qué eres? ¿Un gato?
Qué grosero. Mejor que siga hablando solo, no pienso dirigirle la palabra hasta que me de una disculpa. Le doy la espalda.
De puntillas sobre el agua trato de alcanzar la salida cuando siento sus manos frenándome por la cintura.
— En ningún momento dije que te fueras... —me atrae suave hacia él, mi espalda choca contra su pecho; estamos cerca, demasiado cerca—. ¿Por qué quieres irte? ¿Acaso no tienes calor, Lunita? Hace un par de segundos te vi sudando…
Es cierto, acababa de bañarme y ya estaba acalorada otra vez, hace un calor tremendo, pero el que él esté tan cerca no ayuda a que baje mi calor, lo aumenta. — Viví algunos años en esta isla, y créeme que deberíamos estar agradecidos. Esta temperatura no está ni cerca del verdadero calor que suele hacer aquí.
— ¿Usted puede sentir calor?
— Estoy vivo, no muerto.
— Entonces… ¿por qué si es una noche tan calurosa, está tan cerca?, ¿los vampiros no sudan?
— Sabes perfectamente el por qué.
Un escalofrío recorre mi vientre y mi columna, alzo el rostro mirando la caída de agua de la piscina al frente, sintiendo cómo sus manos se aferran a mí suavemente, dándole gracias al cielo por la música de los vecinos, la cual cubre mis fuertes latidos. Creo que ha llegado ese momento del que tanto hemos hablado.
— *¿Necesitas beber mi sangre?*
Siento el roce de su respiración en mi cuello.
— Necesidad… usaste una palabra tan adecuada.
— ¿Y quién me atenderá si me desmayo o algo?... Lukas está a miles de kilómetros de aquí.
— ¿No crees que dañas un poco el momento?
— Lukas me daría la razón... No tengo problema en ser tu banco de sangre, pero para eso necesito estar viva. — su risa me respira al oído..
— Eres tan extraña.
— ¿Eso es bueno o malo?

— Bueno, definitivamente muy bueno, *dulce Luna*.
Creo que ha llegado a su límite. No debe ser nada fácil para él vivir conmigo: es un depredador y yo una presa. Todo este tiempo que me ha dado para recuperarme, se ha estado aguantando, aguantando y aguantando. Antes fue en el avión y ahora aquí. Son claras señales de que ya no puede resistir más, así que consentiré el asunto.
— Puedes alimentarte de mí, ahora y cuando desees, no tienes que abstenerte. Pero sí me gustaría darte un consejo.
— ¿Cuál? — enrosca sus brazos en mi cintura.
— Tienes que aprender a socializar.
— Soy una persona sociable.
— Pero no sabes socializar, son dos cosas distintas. Por ejemplo ahora, me abrazas invasivamente. No es la forma correcta de tratar con alguien cercano o un amigo.
— ¿Y cuándo dije que mi intención es ser tu amigo? — susurra en mi oído. Y el tono grave de su voz me desarma, me arrebata la palabra, el aliento. Hasta los vecinos apagan la música, todo se queda en silencio, dejando en evidencia el nervioso latir de mi corazón.
— Perdón por mojar tu hermoso vestido. Tú ganas, Lunita... prometo que haré un esfuerzo en recordar, ya que con honestidad no sé si maté al tal Emilio...
— Emiliano.
— Como se llame. Me esforzaré en recordar... con una condición.
— ¿Cuál?
Una de sus manos suelta el agarre en mi cintura, pasa frente a mis senos sin rozarlos, hasta acariciar suavemente mi cuello. Lo toma con suavidad e inclina mi cabeza hacia un lado.
Mi corazón late desbocado, mi pecho subiendo y bajando, mi aliento jadeando, justo así, me pellizca con los dientes, aprieta mi piel jalándola hacia él hasta que dejo de sentir, y justo cuando un hormigueo avisa la zona adormecida por la presión, él me muerde. Clava sus colmillos en mí y gimo con un grito acallado, porque, a pesar del tacto que ha tenido, es doloroso, realmente doloroso, pero a la vez extrañamente placentero. Mis pezones se endurecen de tal

manera que no puedo controlarlo, me cubro con un brazo, mientras él deglute despacio, mientras se sigue alimentando. Este acto, el morder a una persona, es algo demasiado íntimo. Y aunque parece obvio, la verdad es que no lo había pensado hasta ahora que lo vivo.
Siento cómo me vuelvo frágil en sus brazos, cómo él me sostiene pegando más mi espalda de su pecho, cómo me acaricia con la punta de su lengua mientras está bebiendo. Cómo mis mejillas se calientan al sentirlo. El sudor que se genera entre su cuerpo y el mío.
No dura mucho, suelta la mordida con una exhalación placentera, y me lame el cuello, siento la tibieza de su lengua recorriéndome. Saboreando las últimas gotas de sangre.
— La condición es que tú también te esfuerces en recordar todo lo que sucedió esa primera noche que llegaste a mi casa... Luna, ¿tenemos un trato?
— Sssí... sí... lo tenemos.
Lentamente me suelta, se sumerge en el agua y se aleja nadando. Lo miro temblando, sudando, con el cuerpo hirviendo. Comienzo a nadar hacia la escalera, tan lejos de él como puedo porque no quiero que me vea. No quiero que piense que soy una pervertida, una inmadura que no puede separar las cosas.
Salgo del agua y exprimo mi vestido. Con el recuerdo del susurro de su voz diciéndome que era hermoso. Agito la cabeza tratando de calmar mi corazón, corro descalza a la habitación.
¿Pero qué tanto es lo que quiere que recuerde?

Capítulo 11 — El secreto de la ceremonia

Luna

«Salí a supervisar algunos negocios,
volveré al mediodía,
llámame si me necesitas, Ale».

Otra vez sola en casa. Doblo la nota que Alessio me dejó y la guardo. Mis ojos se pierden en los mosaicos alegres de la cocina con motivos de ollas y calderos. Me sumerjo tanto que termino optando por preparar el almuerzo como vía rápida para hacer pasar el tiempo.

Con un delantal de cocina atado a mi cintura tiro unas cabezas de ajo sobre el pilón y comienzo a machacarlas. Luego pelo un manojo de zanahorias cuyas cáscaras caen en espiral sobre la tabla. Empujo rápido también unas papas, pero no sé si es que el cuchillo no está bien afilado o si las malditas están vivas, porque cada vez que trato de cortarlas se escapan rodando. Ah no, no no serán ellas quienes gobiernen en esta cocina. Las agarro y las pongo en fila con una tonada patriótica en mi mente:

—Escuchen, sé que es difícil ser una papa. Pero quiero que sepan que estamos juntas en esto, porque yo también soy una papa. Sí, Alessio se alimenta también de mí. Por eso en vez de tratar de escapar denle un gran propósito a sus vidas alimentándolo.

Y les prometo que su sacrificio no será en vano. — Apuñalo a la primera, y suelto una carcajada. Me tapo la cara, avergonzada de mi propia locura y hago rápido el picadillo antes de que otro tubérculo tenga que ser víctima de mi falta de hierro.

Ya con los ingredientes listos para el asado procedo a cocinarlo probando a cada tanto para controlar los sabores. Cuando el buen olor invade la cocina, sonrío satisfecha. Esta es la primera vez que cocino un asado para él, y huele divino.

Llego hasta el salón de la casa secándome las manos con un trapo y me siento en el sofá, en medio de un silencio que, lejos de ser tenebroso o abrumador, es aburrido.

Hasta que miro la puerta de la casa, y mi lado juguetón me susurra algo al oído:
«¿Cuántas veces en la vida se tiene la oportunidad de viajar con todo pago?».
No lo pienso mucho, luego de pasar por mi cuarto para alistarme, me hallo frente al portón de la casa con gorra y protector solar en la cara, lista para turistear un rato.
Apenas cruzo la esquina, el entorno se llena de vida. Las calles de Santo Domingo están llenas de colores vibrantes, risas y música. Camino a través de puestos de comida y artesanías, los vendedores bromean unos con otros acerca del calor y la faena del día. Pasan muchas palomas volando hacia una plaza y las sigo con la mirada hasta encontrarme con una estatua humana, aparentemente de un hada. Lleva la piel pintada de colores y un hermoso vestido que brilla en su pose estática. Saco un par de billetes y los pongo en el sombrero en el suelo, automáticamente ella se mueve y toca mi cabeza con la varita diciéndome que pida un deseo. No pido nada, pero pienso en Alessio. Últimamente no es algo que pueda evitar tanto, sin importar el esfuerzo.
Le devuelvo la sonrisa, sigo mi paso por los adoquines visualizando a un anciano que corta cocos en la esquina.
Me llama con la mano, su rostro iluminado por una expresión alegre. Saca un coco para mí, lo parte con el machete y le pone una pajilla. Comienzo a tomarlo y juro que de verdad jamás había bebido algo tan refrescante. Agradezco por su amabilidad y le pago. Responde *"thank you"* varias veces.
Continúo mi paseo con el coco en las manos, bebiendo a sorbos cuando me topo con un salón de belleza. Me detengo al ver mi reflejo en el cristal: ese cabello largo, sin forma… Ya no me veía como yo misma, y no lo había notado hasta ahora. Respiro hondo y decido entrar. Al principio solo pensaba en un corte de cabello nada más. Pero ya estando en el lugar la recepcionista me pasa un catálogo de spa facial y hasta servicio de uñas. Lo típico en un salón de belleza, aunque esta vez no están tratando de venderme algo extra porque sí tiene razón. Vivo en la torre más alta de Londres, me muevo en autos de lujo y aviones privados, pero se me hace muy

difícil pasar desapercibida; al estar tan desaliñada, se nota mucho que no pertenezco a ese mundo.
No quiero eso. No me gusta que la gente me mire y susurre cosas. Preferiría mil veces combinar tanto con el entorno que ni se den cuenta de que estoy ahí.
— Necesito estar en casa antes de las doce, ¿cree que podamos hacer todo en ese tiempo? —Tipeo en mi teléfono, la recepcionista lee mi pregunta en el traductor, sonríe y responde en perfecto inglés:
— ¡Seguro! Varias chicas pueden trabajar contigo al mismo tiempo, pero el único detalle es que debes pagar por adelantado.
Saco la tarjeta de Alessio y la coloco sobre el mostrador.
— Está bien, cargue todo aquí, por favor.
Realizado el pago, me llevan a lavarme la cabeza. La música de fondo es suave, una bachata lenta se mezcla con el murmullo de las secadoras y los cuentos de las señoras. El agua fría me refresca la cabeza, una amable muchacha frota mi cuero cabelludo y me hace masajes. Otras dos se turnan para hacerme las manos y los pies al mismo tiempo. Siento la mezcla de aromas, todo huele a champú, esmalte y café. Cada respiro es tan relajante que cabeceo a un lado, y las muchachas me despiertan con sus risas.
Cortan mi cabello en ese estilo bob que tanto me gusta: puntas por el mentón, flequillo justo sobre las cejas. Me ponen algunos rollos en la cabeza mientras esperamos que la mascarilla de barro verde se seque completamente. Justo estando así, como ama de casa en película noventera, la recepcionista se acerca a mi oído.
— Disculpa, ¿te llamas Luna, verdad?
— Sí, es mi nombre.
— Ok, creo que tu novio está sentado en la sección de espera.
— ¿Mi novio?
Con la mascarilla de arcilla todavía secándose en mi cara y la cabeza llena de moños, giro con calma, segura de que todo es una confusión. Pero ahí está Alessio, elegantemente sentado como nunca lo hace, agitando la mano con una expresión ridículamente agradable.

Me quedo sin habla, siento cómo la sangre se me sube a la cara, una mezcla de calor y escalofríos recorre mi cuerpo. Reacciono y alzo una carta de color para cubrirme, pero ya es tarde, demasiado tarde. Todos en la peluquería ríen, dicen que somos muy tiernos, pero es que nosotros no "somos". Esta es una broma demasiado pesada, incluso viniendo de él.
Muevo la carta un poco, hago contacto visual con él por un solo ojo. Sonríe y se acomoda en el asiento, dando gracias por un café que le entregan en las manos. Cruza una pierna a un lado y conversa con las señoras con las que hace espera. Habla en español, no entiendo nada, absolutamente nada, pero parecen chismosas que se conocen de toda la vida.
— ¿Qué dijo? —le pregunto a la recepcionista, mientras las señoras ríen y suspiran adorablemente.
— Dijo que ustedes comenzaron a salir hace muy poco, y que todavía te da vergüenza que te vea arreglándote, pero que para él siempre te ves bella.
¡¡Alessio!! Volteo a verlo con los ojos bien abiertos, pero él sonríe alegremente, todo para él es un chiste. Respiro hondo, me encojo de hombros y bajo la cabeza, mirando mis rodillas mientras los ojos se me aguan. Por más que todos se estén divirtiendo, tengo la cara cubierta de verde y mi cabeza horrible, soy una mezcla entre duende y espantapájaros. Cualquier persona podría verme en este estado y no importaría. Pero él... él era el único que no debía hacerlo. Por alguna razón, siento tanta vergüenza.
Por suerte parece darse cuenta. Se levanta de la silla con calma, agradece por el café y dice en voz alta que esperará afuera, lo dice en inglés así que entiendo. Por fin puedo respirar.
— Tu novio es muy guapo y se ve que te adora —dice la recepcionista mientras ayuda a la peluquera a remover mi mascarilla — tienes que cuidarlo, ya es raro ver hombres así.
— No es mi novio. Él solo estaba bromeando.
— ¿Bromeando?, chica su interés por ti es muy obvio.
Río suave. — No es lo que parece.
Solo llevo algunos meses viviendo con él, no tenemos "algo", aunque desde hace unos días para acá no ha dejado de hacer bromas

pesadas y molestarme. No es que tengamos otro tipo de relación. Parece que sólo está aburrido y le divierte fastidiarme.
…
— ¡Muchas gracias! —digo al salir de la peluquería. Al frente veo a Alessio recostado en la puerta de su jeep comiéndose una paleta de fresa en su espera, la cual se queda goteando unos segundos mientras una sonrisa se dibuja en su rostro.
— Ay por favor, no vayas a decir nada. —Le suplico.
— ¿Y por qué?, hasta donde sé tengo todo el derecho…—responde, caminando hacia mí. — Así que en mi opinión, te ves hermosa.
¿De verdad dijo eso?
Bajo la mirada, observo las gotas caer de su paleta.
— Se está derritiendo tu helado.
— Ah, no me había dado cuenta... ¿me ayudas? —sonríe, acercando la paleta a mi boca.
Dudo un segundo, sin embargo el calor hace que pase mi cabello detrás de mi oreja. Muerdo la paleta, pero al mismo tiempo, Alessio la muerde por el otro lado, rozando mis labios por un instante, dejándome petrificada mientras mueve lentamente su mandíbula deshaciendo el helado en su boca.
— Se derretía rápido, ¿no? —susurra sobre mis labios, su mirada justo al ras de sus lentes. Sin dejarme responder o cuestionar sube a la camioneta.
Cuando me dispongo a dar la vuelta para subir también, lanzo una mirada breve hacia la peluquería. A través del vitral veo a todas las señoras sonriendo después de presenciar la escena, y agacho la cabeza de golpe dejando caer mi cabello sobre el rostro hasta que entro al jeep. Pero ahí está Alessio, el causante de todo, recostado en su ventana, mirándome como si no hubiera pasado nada, como si nuestros labios no acabaran de tocarse.
Estoy tan nerviosa que por un segundo pienso en saltar del auto, perderme y no verle la cara nunca más, pero en cambio me pongo el cinturón, finjo normalidad también, aunque mi corazón palpite desbocado.
Sin perder tiempo, pisa el acelerador. El motor ruge, y salimos tan rápido que mi cuerpo se sacude, y sin pensarlo clavo mi mano en su

muslo.
— ¡Perdón! —grito de inmediato aferrándome al asa del techo, sin volverlo a mirar. Sin embargo, sus ojos continúan observándome insistentemente. ¿Por qué hace esto?, no quiero que lo haga, no quiero que lo haga porque me gusta de verdad, esa es mi realidad para qué lo voy a negar más si no logro sacármelo de la cabeza. Lo que para él es sólo un juego, es un deseo real para mí. Trato de ignorarlo, de mirar por la ventana y fingir que no me está viendo, que no está ahí. Pero es imposible. Sé que está mirándome, lo siento en cada parte de mi piel.
— Ya dije que lo siento, por favor... ¿podemos irnos? — Agrego con toda la cabeza roja. Él no se inmuta, como si no me escuchara aunque es obvio que lo hace. Tomo el valor y suavemente giro la cabeza, cuando encuentro su rostro de nuevo, siento que me desarmo aunque esté perfectamente sentada en el asiento. Me arde la cara, me tiemblan las manos. No quiero que me mire así, pero al mismo tiempo, no quiero que deje de hacerlo. Me gustas Alessio, me gustas.
— Sabes Luna, ahora que tienes el cabello corto y veo el parche que te has puesto... Estoy pensando en que quizás debamos
buscar otros lugares donde pueda morderte sin dejar marcas tan evidentes.
— ¿O-otros lugares?
— Sí... ¿tienes alguna idea?— Todos los sitios que se me ocurren son tan vergonzosos de mencionar, que de sólo imaginarlos, mis mejillas arden más, cuando pensaba que era imposible.
— ¿Pero en qué cosas piensas Lunita?... mejor hablemos de eso en la noche ¿verdad?, cuando estemos a solas en casa.
Me quedo sin palabras, él voltea la vista al frente, retoma el curso hacia la catedral en silencio, dejándome demasiado avergonzada para responder o tan siquiera respirar.
…
— Bien, aquí estamos, te presento la primera catedral de América. —Dice Alessio al bajar del auto mientras cerramos las puertas.
— Es linda... ¿no se te viene nada a la cabeza al verla?
— Absolutamente... pero, quizás adentro tengamos mejor suerte.

Toma mi mano, entramos juntos a la majestuosa catedral. Maravillosa, con techos abovedados y belleza histórica.
Los labios de Alessio se separan con impresión— Este lugar está muy bien conservado— Suelta mi mano, alejándose para ver todo. Hasta que se detiene frente a un ofrendario de velas estacionado a un lado del pasillo, y silente enciende una, cerrando los ojos como cualquier creyente.
— Jamás pensé que los vampiros creyeran en Dios. —Le digo, acercándome a su espalda.
— Cuando estás tanto tiempo vivo comienzas a preguntarte cosas...
— ¿En serio crees que te oiga?
— No lo sé. Estoy completamente consciente de lo que soy, pero aún así hago el intento... ¿y tú?... ¿por qué no enciendes una vela?
— Ah, yo no. —Rio— en serio, no sé orar.
— Niña... ¿pero qué tipo de educación recibiste?
— Quiero decir, no soy una persona de oraciones.
Me juzga con la mirada, enciende una vela y me la extiende.
— Solo por si acaso... no estaría mal que al menos lo intentaras una vez.
— Claro. —Tomo con cuidado la vela de sus manos, me paro junto a él y al cerrar los ojos solo puedo pensar en una cosa: «Si de casualidad fuiste tú quien me sacó de esa casa de venta... muchas gracias. Y también me gustaría pedirte que escuches las oraciones de Alessio, no es un mal vampiro».
— Listo.
— Eso fue rápido.
— Hice lo mejor que pude.
Moja sus dedos en agua bendita y me salpica dos veces con una sonrisa engreída.
— Que el Señor se apiade de ti, pecadora...
Separo los labios con indignación, él me jala de la mano y seguimos caminando juntos. Él, viendo las estatuas y los retratos a lo largo del pasillo; yo, mirando nuestras manos entrelazadas como por vez número cien. Esto no me hace bien.
— ¿Podemos detenernos?
— Sí, ¿qué sucede?

— ¿Por qué siempre me tomas de la mano?
— ¿Te molesta?
— No...
— Entonces, ¿por qué debería dejar de hacerlo? Soy tu dueño, solo tomo lo que es mío.
— Dijiste que no era un objeto.
— No necesitas ser un objeto para ser mía —contesta, clavándome su mirada con una intensidad que me paraliza, me quedo sin palabras, sin aliento. Siento de nuevo ese calor en las orejas, ese hormigueo en toda mi cara, en mi piel.
— ¿Te sonrojas de nuevo, Lunita? Ten pudor, estás en la iglesia.
Camina delante de mí, sin tomarme la mano por primera vez desde hace meses. Y aunque fui yo quien preguntó, por alguna razón no se siente nada bien.
— Creo que estuve de pie en ese lugar —señala hacia el altar—. Permanecí muy cerca de Marlene todo el tiempo, no creo que algo haya pasado el día de su boda. Justo ahora lo recuerdo claramente. Ella se casó... de hecho, fui la primera persona que la vio con su vestido de novia. Ella no solía usar el cabello recogido, pero ese día lo hizo. Me preguntó cómo se veía, y yo le dije que espléndida... ¿Ves? no cometí ningún crimen.
— Entonces, ¿qué fue lo que pasó?
— Creo que lo mejor sería volver a casa y tratar de averiguarlo. Después de parar en algún restaurante, por supuesto, me está dando hambre.
Cuando pasa a mi lado, su mano roza la mía, pero no la toma, sigue caminando adelante hasta llegar al auto.
— Bien... ¿qué quieres comer? ¿Comida caribeña? ¿Sushi?
¿Cómo le digo?... ¿cómo se lo digo?
— Yo cociné... —respondo en un tono muy bajo.
— ¿Qué dijiste?
— Yo cociné para ti.
Al escucharme, esa maldita y perfecta sonrisa vuelve a asomarse. Se quita el cinturón de seguridad, me toma del mentón y me obliga a mirarlo.

— Dímelo de frente, Lunita, por favor... es que no logré escucharte, disculpa.
— Yo —digo despacio— cociné para ti.
— Qué considerada... ¿te preocupa que me alimente bien?
— Sí. Quiero hacer todo lo que pueda por usted, quiero que siempre se sienta bien y que recupere sus valiosas memorias... Siempre haré lo que pueda por usted.
Alessio retrocede, aclara la garganta y vuelve a ponerse los lentes, sus mejillas un poco rojas. ¿En qué momento se bronceó? Aclara la garganta.
— Bien, vayamos a casa.
…
Mientras la luz del sol se torna cada vez más gentil, me dedico a calentar la comida y, después de pocos minutos, toda la cocina se llena con el aroma de mi asado.
— Huele muy bien —dice Alessio— creí haber visto un saco de naranjas ayer por aquí, quedaría bien con un jugo.
— Sí, lo moví, está junto a la nevera.
Carga el saco sobre su hombro, lo coloca en la encimera y, sacando las naranjas, comienza a exprimir el jugo. Diligentemente, sus fuertes brazos bajan la palanca del exprimidor, acentuando sus venas, permanezco mirándolo discretamente. Lleva a sus labios una rodaja y la prueba con gran gusto.
—Están dulces, tienes que probarlas.
Dejo lo que estoy haciendo y le doy el frente, él toma la mitad de una naranja y la exprime dentro de mi boca. Es increíble el sabor tan rico que tiene.
— ¡Qué dulce!
— Te dije que estaba buena— Él bebe el resto. Permanece frente a mí mientras las gotas caen en su lengua, y yo lo miro; de nuevo me parece tan atractivo... pero antes de que él pueda darse cuenta, vuelvo a concentrarme en emplatar el asado.
Tras algunos minutos, nos sentamos juntos en el mesón de la cocina para comer.
— ¿Qué tal?... ¿te gusta?— le pregunto.
— Exquisito—responde con la boca llena, feliz—. Esto está muy rico.

— Me alegra que te guste —le digo con una gran sonrisa.
Se siente bien cuando me ve con esa mirada agradecida. Me siento bien cuando hago cosas por él. Sobre todo porque sé que ha estado mucho tiempo solo, porque sé perfectamente cómo se siente esa soledad, y no quiero, mientras compartamos tiempo juntos, mientras este contrato siga vigente, mientras yo esté a su lado, no quiero que se sienta así.
Terminamos de comer tranquilamente, sirvo más jugo, y seguimos conversando en la mesa, con buena música de fondo.
— ¡Espera, adoro esa canción! — le digo—. ¿Cómo hago para subirle el volumen?
— Alisha, sube el volumen —ordena.
Inmediatamente, "Never gonna give you up" comienza a sonar más alto. Me levanto a bailar en la cocina.
— Claramente tendrás una indigestión.
— ¿De qué hablas? Esta canción no puede hacerle daño a nadie — sigo bailando.
— Vamos... ¿y a eso le llamas bailar?
Moviendo la silla hacia atrás, Alessio se levanta, toma mi mano y baila junto a mí, coreo la canción a gritos, canto a todo pulmón, y eso le causa gracia, así que él también pone más efusividad. Adoro que se sepa letra. Yo… tenía mucho tiempo sin cantar así.
Cuando la canción llega a su final, el volumen se desvanece gradualmente con las notas del coro en mis oídos... pero él permanece conmigo. Entre risas comienzo a soltar su mano, pero Alessio no.
— Debo ir a lavar los platos.— digo bajo.
— Botémoslos, puedo comprar otros.
— Viniendo de un filántropo, ese fue un comentario despreciable.
— Luna.
Lo miro a los ojos. — Qué extraño...
— ¿Qué cosa?
— Acabo de tener un déjà vu al verte a los ojos, Alessio.
— ¿Ah sí?— se acerca a mi boca— ¿algún recuerdo que me quieras contar? — Acorta más la distancia, como… como si estuviera a punto

de besarme, y cuando siento que está casi sucediendo, suelta un quejido de dolor y se agarra la cabeza.
— ¿Estás bien? —pregunto, tratando de ver su rostro, descubriendo sus ojos intensamente rojos— ¿Qué te sucede?
No me responde, desliza sus manos en mi cintura con una suavidad casi asesina, me carga y me sienta sobre la encimera. Siento el calor del aire que sale de su boca. Creo que va a hacerlo, creo que va a morderme.
— Re... recuerda lo que dijiste... dijiste que ya no me morderías en el cuello.
— ¿Eso dije?
— *Sí, eso dijiste.*
Sus manos pasan por debajo de mi camisa, no deja de verme a los ojos mientras lo siento, acaricia mi abdomen. La piel se me eriza al verlo bajar, lo hace lentamente, hasta que siento la humedad de su lengua deslizándose por mi piel, saboreando, pellizcándome suave. Cubro mis labios, sonrojada, trato de contener mi respiración agitada.
— *Luna... estás divina* —susurra— Pero cuando está a punto de clavarme los colmillos, algo le pasa y vuelve a sujetarse la cabeza, retrocede con un quejido, y se aparta de mí.
— ¿Estás bien?
— Sí… me iré a mi cuarto.
Abandona la cocina, no dice nada más, sólo me deja temblorosa sobre la encimera.
¿Hice algo que le molestara?
Bajo, me apoyo unos segundos sobre el granito tratando de estabilizar mi respiración, y me pongo a lavar los platos, más que por cooperar, simplemente para hacer algo que lograse anclarme a tierra. Todo completamente en vano, no logro controlar lo que siento por él. No logro separar las cosas. Cada vez que me muerde lo último que hago es asociar nuestra cercanía con su subsistencia lo asocio con mi urgencia de que sus labios y mis labios… tal vez… Mejor me voy a dormir y dejo de pensar en cosas que jamás pasarían.

Capítulo 12 - Choque de realidad

Alessio

Tenía mucho tiempo sin dormir tan profundamente,
pero el dolor de cabeza era tal que lo hice.
Abro mis ojos en la oscuridad de la noche. Toda la habitación en silencio, pero no hay calma, las personas con cargos de conciencia jamás tienen calma. Eso ya lo sé bien.
Me siento a la orilla de la cama, mirando el vacío, mirándome de cierta forma a mí mismo. Es muy lamentable tener todo el tiempo del mundo y no poder arreglarlo todo.
Por más que trato de andar con las manos limpias, lo cierto es que la eterna belleza. La bonanza de una larga vida... son bendiciones que no vienen sin maldiciones. La mía son estos malditos recuerdos que tanto quiero recuperar, pero que a la vez no quiero tener.
Me pongo de pie. Camino descalzo sobre el piso frío, apago el aire acondicionado, y me quedo viendo las ramas de los árboles por la ventana. Doy algunos pasos en la oscuridad cuando paso junto a una escultura de arcilla y la tumbo al piso. Me quedo mirándola porque, de algún modo, fue liberador escuchar ese ruido. Un ser como yo no merece calma, no merezco vivir tranquilo. Agarro una lámpara y la reviento contra la pared. El sonido es tan satisfactorio que busco otro objeto, y otro, y otro. Lanzo el reloj de mesa contra el espejo. El cristal se hace trizas. La jarra de agua contra la puerta, casi logro romperla. Un portarretrato de plata con mi foto, lo reviento contra el piso. Abro el clóset, tiro la ropa, destrozo las perchas, arranco una puerta y cuando estoy a punto de tirarla, escucho el quejido de Luna a mi espalda, seguido por el olor de su sangre. Volteo hacia la entrada de la habitación. Ahí está. Apoyada contra la pared, temblando, con los pies ensangrentados y los vidrios de la jarra clavados en la piel. Suelto la puerta y corro hacia ella.
La levanto en brazos sin pensarlo, aunque el vidrio me desgarra a mí también.
Los cristales se me clavan con cada paso, pero aún así camino sobre ellos, atravieso el pasillo, y entro a su habitación.

La siento sobre su escritorio.
— ¿¿Qué hacías ahí??
— Creí que alguien te estaba lastimando.
— ¿¿Y si así fuera, qué ibas hacer??
— Lo que sea.
— ¡Nada habrías podido hacer!
— ¡Algo hubiera hecho! ¿Crees que lo pensé mucho?, no me importaba lo que estuviese detrás de esa puerta, tenía miedo de que te estuviera pasando algo malo. ¿No lo entiendes, verdad?... Eres todo lo que tengo.
Las lágrimas se le escapan de los ojos y me siento roto, más de lo que estoy. Ya me había dicho que no le gustan este tipo de situaciones. Y de nuevo yo… Luna agacha la cabeza y la empujo con suavidad a mi pecho desnudo, la abrazo.
—No fue mi intención preocuparte. Olvidé por un momento que ya no vivo solo. Revisaré tu herida, ¿sabes si tienes botiquín aquí?
—Sí, está en la gaveta. —responde. Me saco los vidrios de los pies y mi piel se regenera ante ella. Pongo los fragmentos en la mesa. Abro la gaveta y saco el botiquín.
Arrastro una silla y me siento frente a Luna. Tomo su pie con delicadeza y empiezo a curarla.
—¿Qué te está pasando?— pregunta.
—Nada.
—¿Por nada destruiste toda tu habitación?
—Ya deja de preguntar tanto.
—Tus anillos... míralos, están destrozados...
—No es tu problema.
—Ahora estás siendo grosero.
—¿Por qué no dejas de meterte en mi vida?
No responde nada, sólo hojea uno de mis diarios, ignorándome completamente.
—¿Y ahora qué haces?
—Señor Alessio, le recuerdo que usted literalmente pagó siete millones para que yo me metiera en su vida... así que por favor, cuénteme lo que recordó de Marlene y yo lo escribiré por usted en su diario. Sé que es eso lo que le está pasando, así que

aprovechemos y dejemos un registro en sus memorias. Así encontraremos el rubí y podremos regresar a Londres.
Por alguna razón, no logro mantenerme firme ante sus palabras. Agacho la cabeza casi llorando. No puedo. Ya no puedo contener tanto dolor. Me inclino hacia el frente, hacia ella, y recuesto mi mejilla en su pierna. La abrazo. Qué ridículo debo verme, pero ya no aguanto.
—Jamás debes decir que me viste así —murmuro, con la voz rota.
—¿De qué habla?, no estoy viendo nada —responde, y esbozo una sonrisa al escucharla. Parece que es un don lo de hacerme reír.
Me limpio el rostro, suelto su pierna suavemente y me levanto. Camino hacia el centro de la habitación dándole la espalda.
—Llegué a la isla un día antes de la boda de Marlene, y mi barco de regreso salía dos días después de la misma. Tampoco quería ser masoquista. No pasaría más días en el pueblo. No le avisé a ella que había llegado, pero por aquel entonces las noticias volaban demasiado rápido, y al anochecer ella se enteró y decidió venir a verme.
—Un poco más despacio, por favor. Recuerda que estoy escribiendo.
—Entiendo. Yo… no estaba en casa. Había salido a caminar por la playa, y cuando regresé la encontré apoyada en el muro de mi casa. De inmediato me percaté de que algo le pasaba: su abdomen sangraba. En realidad, había sangre en toda la cuadra. Estaba tan inmerso en mis pensamientos que no lo percibí antes. Entonces, repentinamente, comenzó a llover. La tomé en mis brazos y la llevé adentro. La recosté en mi cama. Ya había visto algo como eso antes; a una herida así ella no sobreviviría. Entonces le pregunté qué le había pasado, y ella respondió que fueron ladrones. Tras su relato, también tuve que escuchar sus lamentos. Irracionalmente, comenzó a hablar de su cita con la modista, del vestido que había elegido, del maquillaje que no alcanzaría a usar. Luego, rompió en llanto al asimilar que ya no se casaría con Emiliano. Verla así me rompió por dentro. Me sentí devastado. Sufrí con ella. Y fue entonces cuando decidí romper mis propias reglas. Le confesé que era un vampiro, y que, si lo deseaba, podía convertirla en un ser inmortal como yo para que no faltara a su boda. Confundida, me dijo que no era

momento para mis chistes, pero, sin vacilar, le confirmé que no estaba jugando. Fue en ese momento cuando me rogó. Me suplicó que si estaba en mi poder le salvara la vida, lo hiciera. Al escuchar su petición, no lo dudé ni un segundo. Aferré mis colmillos a su abdomen. Yo, el vampiro que borró su propia raza de la faz de la tierra, hipócrita y conscientemente la infecté con mi veneno y la convertí.

Pauso el habla, no puedo con el nudo en mi garganta, Luna espera en silencio a mi espalda por varios minutos mientras lidio con mi propio sufrimiento. Busco en alguna parte de mi cuerpo fuerzas para continuar para decir lo que inevitablemente tengo que admitir.

—Una hora después, Marlene volvió a la vida. Ya no estaba herida. Y, bastante impresionada por lo ocurrido, conversamos al respecto. Le dije que su primer año sería difícil, porque al igual que un bebé, los vampiros recién convertidos necesitan beber sangre de su "progenitor" por decirlo así. Acababa de complicar las cosas, probablemente tendría que mudarme de nuevo a Santo Domingo, pero ella estaba viva, eso era lo que importaba. Entonces abrí mi camisa, estaba sedienta, y sobre mi cama se alimentó de mí y me sentí... Maldición no puedo hacer que escribas eso.

— Haga de cuenta que soy un lápiz, no emitiré juicio al respecto.

Respiro profundamente.

—Me sentí muy excitado. Quería hacerla mía en ese instante. Cuando sentí sus colmillos sobre mi piel, quise con todas mis fuerzas pertenecerle. Entonces dijo su nombre. Me llamó Emiliano. Perdiendo el control de sí misma, comenzó a morderme en todas partes y no paraba de llamarme de ese modo, y yo accedí, porque estaba tan enamorado que no me importaba que ella me rompiera si eso me permitía sentirla cerca de mí.

Entonces, cuando estuvo completamente saciada, le permití regresar a su casa, y yo dormí acostado en su techo. Estuve supervisando cada uno de sus movimientos hasta que llegó a ese altar. Fui su padrino, incluso abracé a Emiliano y lo felicité. La fiesta también estuvo buena; hablé mucho con doña Nena

(la madre de ella), y al caer la noche los vi subir al carruaje, partir. Y aunque Marlene me había dado la dirección exacta de su hospedaje,

fui un cobarde. No tuve el valor. No fui.
¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría verla o escucharla intimar con otro? Sin embargo, cerca de las dos de la madrugada, me llené de valor. Subí a mi caballo y fui, porque sabía que al amanecer volvería a darle hambre. Pero cuando llegué,
de inmediato percibí el olor a sangre. De una patada rompí la puerta de esa casa. Al entrar a la habitación, Emiliano yacía muerto en sus brazos. Estaba muerto, literalmente muerto,
y a pesar de eso, ella seguía bebiendo la sangre de su cadáver.
En ese momento recordé la razón por la cual los eliminé a todos: somos monstruos. Entonces me acerqué a ella, como una criatura confundida se acurrucó en mis brazos. Y yo le arranqué el corazón del pecho.
Caigo al piso de inmediato. Pierdo la fuerza por completo, aunque físicamente no me sienta herido. Estoy devastado por dentro. Lloro amargamente, en un llanto alto. Luna se acerca por mi espalda y me abraza. Se aferra a mí con todas sus fuerzas, pero aunque el toque de sus manos se siente cálido, no deja de doler.
—No vuelvas a decir que eres un monstruo. Los otros vampiros son los otros vampiros. Alessio es Alessio. Tú no mataste a Marlene, lo hicieron esos delincuentes. Tú no mataste a Emiliano, lo hizo Marlene. Y lo que sucedió con ella solo es prueba y experiencia de que hay cosas que no pueden ser salvadas.
Aunque tengamos las mejores intenciones, lo que no tiene reparo, no tiene reparo.
—Dijiste que serías un lápiz, ¿desde cuándo los lápices lloran?
—Estoy llorando porque tú estás llorando. Si quieres que deje de llorar, por favor deja de llorar.
Suelta mi espalda suavemente, busca mi rostro y se sienta junto a mí con el lápiz y el diario en la mano. —Terminemos con esto, ¿sí?, ¿qué sucedió después?
Observo la claridad de sus intenciones asomándose en la curva tranquila de sus labios, sin embargo, no puedo mantener la mirada, miro al piso y continúo.
—Tomé una pala... Cargué los cuerpos de ambos, me adentré varios kilómetros en el monte y los sepulté juntos. Me aseguré de que

estuvieran abrazados. Y antes de sellar todo, saqué de mi bolsillo la funda aterciopelada que contenía el rubí y lo enterré con ellos... porque esa sería la última vez que nuestra raza cometería semejante atrocidad.
— Encontramos el rubí.— Susurra, acariciando mi espalda como consuelo, yo asiento lento, ido.
— Sí. El rubí se encuentra sepultado con ellos. Ahí los dejé y quemé el terreno. Todos en el pueblo pensaron que ambos fallecieron en ese incendio desafortunado. Pocas semanas después, utilicé un testaferro para comprar esa tierra y actualmente está a mi nombre.
Luna termina de escribir y le pone punto final a las páginas en blanco que dejé en ese diario. Lo cierra con cuidado y se pone de pie a mi lado. Toma mi brazo con suavidad e intenta levantarme también.
— Te vas a caer, ¿qué haces?
—Necesitas un baño, tomar algo y descansar. No dejaré que te deprimas.
—No quiero hacerlo, no sigas intentando. No hay manera de que me hagas llegar hasta el baño.
—Alessio... ¿puedes sólo levantarte? Quiero ayudarte, pero mi pie está destrozado... por tu culpa.
— ¿Tratas de manipularme?
— No, para nada…
Logra sacarme una sonrisa baja. Suelto su mano y me levanto, no necesito apoyo pero ella insiste en abrazarme, me ayuda a llegar hasta el baño y pone un banco para que me siente en la ducha.
Comienzo a desvestirme y me da un tiempo solas, dice que va a buscar algunas cosas. Justo cuando logro amarrarme una toalla en la cadera ella toca la puerta. Entra con una vela encendida y un incienso.
— Te esfuerzas en vano.
— Que yo recuerde, no le pedí opinión al paciente— dice, señalando el taburete— Resoplo y me siento, abre la ducha con agua caliente y empieza a restregarme la espalda. Justo ahora, no parece tan tonto todo lo que está haciendo, sí me siento bastante relajado.
Y pensar que hace unos meses era yo el que la bañaba…

¿ahora quién es el perro adoptado?
— Mañana iremos por ese rubí y regresaremos a Londres.
El pasado debe quedar atrás, Alessio, y tu pasado en particular es muy lejano. Vas a superar esto y todo estará bien; y si no, haré que lo superes de alguna manera, no lo sé. Lo único seguro es que no me separaré de ti hasta que estés bien. Pero no demores mucho, mi existencia no es tan larga, y no me imagino ayudándote con tu depresión cuando tenga setenta, por favor págame un retiro.
Río con ganas. Tomo su mano enjabonada y con un jalón la siento sobre mis piernas.
— ¡¡Pero qué haces, mi cabello!!
— ¿Eso es lo que me vas a reclamar?
— ¿Te parece poca cosa?, el secado no me duró ni un día.
Sonrío mientras mis manos se afianzan en su cintura.
Cada día que paso junto a ella todo es más ligero, me fascina la forma tan natural que tiene para hacerme reír, para hacerme feliz, me fascina ella por completo.
— Gracias. Porque aunque sé que este dolor me acompañará por mucho, al menos puedo sonreír gracias a ti. Y no te preocupes, cuando tengas setenta no te pagaré un retiro, yo mismo te cuidaré.
— Eso pudiste haberlo dicho sin mojarme, esto es innecesario.— Dice con el ceño fruncido.
La sostengo entre mis brazos, el agua aún cayendo sobre nosotros.
— ¿De verdad no te das cuenta?
— ¿De qué cosa?
— De nada.
La agarro por el cuello y la beso. Nuestras lenguas se tocan suavemente, en un incendio lento que ella corresponde abriendo su boca para mí, dejándose guiar por mis labios, besándome con el mismo fuego con que yo la beso, acariciando mi lengua con la suya con una experticia que me eleva al cielo. Mis ganas aumentan y la aprieto. Devoro sus labios con más urgencia, su cuerpo se tensa pero su lengua no deja de buscarme. Su sabor, la combinación de nuestros olores, su sangre. Ella y yo, solos, en este pequeño rincón con el deseo ardiente de no soltarnos nunca.
Juro que no necesito nada más.

Capítulo 13 - Besos mojados

Luna

— Alessio —exhalo, arrastrándome de sus labios, él mordiéndome el mentón y chupándome hasta volver a mi boca.
— No hables.— Vuelve a besarme, sus labios tan deseosos como los míos, sus manos atrapándome en una jaula de la cual no quiero salir. No creo que esto esté bien. Aun así, lo admito, sí que he fantaseado con esto. Besar sus labios es algo que había deseado más veces de lo que me atrevo a decir, tal vez por eso mi lengua no pare de buscarlo, pero creo que no es el momento, no deberíamos estar así, no hoy.
Aparto mi boca y él me busca de nuevo. Lo esquivo, pero su aliento, sus ojos, su existencia entera me atrae de nuevo hacia él. Me entrego a sus labios, en un bucle del cual no puedo escapar, pero debo.
— ¿No te gusta? —murmura, apenas rozando mi boca con la suya.
—No es eso… Claramente lo disfruto ¿pero, por qué lo haces?
Sujeta mi rostro, enterrando sus pulgares en mis mejillas, su lengua entra en mi boca y encuentra la mía. Su beso me desarma de nuevo, me quita las preguntas, las razones sobre por qué no deberíamos estar haciendo esto. Toma mi mano y la apoya en su pecho, entre sus pectorales. El calor entre mis piernas comienza a subir justo cuando escucho el banco de madera crujir y ambos nos miramos por un instante. Su rostro pasa de moreno a blanco en un segundo cuando el taburete cede en pedazos y caemos torpemente al piso de la ducha.
Mi cara contra su pecho, su mano izquierda en mi cabello y la otra poco más abajo de mi cadera, casi tocando mi trasero. Ni bien alzo la cabeza, él comienza a reír, suelta una risa descabellada quejándose de un dolor en las costillas. Lo veo casi llorar de la risa, pero también observo mis pechos aplastados contra su cuerpo. Trato de levantarme, retrocedo de inmediato entre resbalones y aprieto accidentalmente su muslo. Continúo con la aparatosa huida hasta chocar sentada contra los azulejos del baño.

Observo cada detalle de su definido cuerpo, la pequeña toalla que lo cubre, la manera en que sus músculos se contraen mientras ríe. Hasta que finalmente su respiración va calmándose en lo que abre los ojos y contempla el techo. Lanza una última respiración profunda y se muerde el labio.
Levanta el torso apoyado en sus manos y permanece mirándome, con algo más que lujuria, con algo más que deseo. Lo más difícil es que se ve completamente bello: esos ojos rojos almendrados en tan perfectas facciones amazónicas. Esos brazos tan anchos que quiero volver a sentir rodeándome como hace un segundo. Pero así no, no por despecho, no por dolor.
Se acerca, quedamos de frente de nuevo, él apoya una mano en los azulejos y con la otra me alza el rostro. Vuelve a besarme, pero en vez de decirle que no, abro la boca aún más para recibirlo. Suelta mi rostro descendiendo a mi cintura, arqueándome hasta pegarme a él en un beso desgarradoramente perfecto. Besa tan bien, tiene la lengua tan rica que no hallo cómo decirle que no. Abro mis ojos lentamente y miro lo mucho que lo disfruta. Revela una sonrisa ladina entre cada beso, entre cada roce de mi boca con la suya.
También abre los ojos, me descubre observándolo y no aguanto la vergüenza. Hago a un lado mi boca, miro hacia el costado.
— *Para, para con esto* —susurro, y él me muerde la mejilla. —¡Auuuch! ¡Me dolió! —reclamo volviéndolo a mirar, y besa mi labio inferior hasta introducirlo por completo en su boca.
—Sabes riquísimo —murmura al soltarlo, sujetando mi cara con ambas manos, y besándome con más ganas, enteramente obsesionado. Tan intenso que hace que me cueste pensar.
Abrazo su nuca con mis manos, aunque la culpa me carcome, aunque siento que me estoy aprovechando de su vulnerabilidad, de lo mal que hoy se está sintiendo. Pero aunque la culpa me quema, sus labios arden más fuerte. Y yo quiero arder en ellos.
Lentamente desliza su mano hasta mis senos, como si conociera el camino exacto hacia ellos, roza mi pezón con sus dedos y me aprieta con deseo sobre mi ropa mojada.
—Quiero regresar a mi habitación —detengo todo.
—¿Por qué?

—¿Puedes levantarte? Quiero salir.
—Luna... ¿no te gustó?
—No es eso. Es que nada de esto está bien, te sientes decaído y yo fui lo primero a la mano. Solo deja que me vaya.
—¿Eso es lo que piensas? ¿Crees que te estoy usando?
—Jamás me habían tocado. Esta es la primera vez que un hombre me toca. Alessio, soy virgen. —Se queda congelado. No es muy común en estos tiempos que uno llegue a esta edad sin haberlo al menos intentado, pero esta es mi realidad. No le puedo mentir, no me puedo mentir.— Perdón... pero es que he idealizado ese momento toda mi vida, ¿suena tonto, verdad? Quiero que mi primera vez sea un momento mágico e inolvidable y, también pienso que tú deberías hacer eso con alguien que de verdad te guste.
—*Luna.* —suspira, relajando los hombros— Tienes un edificio enfrente, ¿cómo es que no lo ves?
Su pregunta traslada mi mente directamente a las palabras de la recepcionista en la peluquería. ¿Es algo real? ¿Que su interés por mí es tan obvio es verdad?
Calmo mi respiración junto a él. Alessio cierra la perilla de la ducha y nos miramos a los ojos en silencio.
—Si lo que dices es real, si de verdad te gusto, ¿podríamos tener esta conversación mañana, cuando ambos estemos vestidos?
Me dedica la misma sonrisa de siempre, acomoda mi cabello detrás de mi oreja y retira su mano de mi rostro acariciando mi mejilla.
—Está bien —responde levantándose y ayudándome a hacer lo mismo—. ¿Qué te parece si mejor hablamos de esto al regresar a Londres?
Sonrío conteniendo la alegría en mis ojos, siento que están brillantes como los suyos, y asiento. Le afirmo que estoy de acuerdo.
Miro hacia el baño a nuestro lado.
—Creo que el que tiene que irse eres tú. Acabo de recordar que yo ya estoy en mi cuarto.
—Es cierto —responde, y deja caer la toalla que tenía amarrada a la cadera. Me da la espalda mientras agarra otra toalla seca, se la echa al cuello al salir del baño, completamente desnudo. Y aunque sólo son segundos… lo veo entero. El recorrido desde sus hombros

anchos, sus fuertes glúteos hasta sus pantorrillas. Esta es la primera vez en mi vida que veo a un hombre desnudo.
Qué monumento.
Con el corazón golpeándome el pecho, giro la perilla hacia el agua fría y me quedo bajo ella un rato, intentando apagar el incendio que Alessio me ha causado.
…
Las horas pasan y soy víctima del sueño entre las sábanas. Cuando despierto, el fuerte sol de la mañana ya entra hasta mi cama… olvidé cerrar la persiana.
Cuando abro los ojos, lo primero que me viene a la mente es la imagen de Alessio, besándome… y no puedo evitar sonreír. Sonrío con mucha vergüenza, trato de esconder mi felicidad, pero fracaso rotundamente y termino cubriéndome la cara con la almohada.
Sus besos han desarrollado en mí un sentimiento incontrolable que empieza a acompañarme a todas partes. Incluso mientras me cepillo los dientes. Miro mi labio inferior en el espejo y recuerdo que él dijo que sabía riquísimo. Me ahogo. Comienzo a toser hasta escupir la pasta y permanezco ante mi reflejo. —Realmente todo eso pasó. —
Una sonrisa comienza a dibujarse en mi rostro, muerdo mis labios y grito por dentro, doy brincos de emoción.
Creí que estaba condenada.
Creía en serio que nada bueno me podría alcanzar. Pensé tantas cosas mientras estuve en esa casa de venta. Pero ahora esto... si realmente le gusto a Alessio...
—¡¡Ay, no puedo ni pensarlo!! —Me tapo la cara—. Esto es demasiado bueno. Sobre todo porque él es como un cien... y yo... soy un cuatro (cuando me arreglo).
¿Qué voy a ponerme?
En serio llevaba mucho tiempo sin preocuparme por eso, sin arreglarme intencionalmente para ver a un chico.
—Espera, no puedo ser demasiado obvia. —Si me arreglo mucho lo notará… exacto, tengo razón.
Pero… quiero estar bonita...
Me acerco al armario y poso mi mano sobre la puerta, mis orejas ardiendo.

Llevo mis dedos hacia mis labios y vuelvo a recordarlo. Sonrío. *Realmente fue divino.*

Quisiera contárselo a alguien... ¿Qué será de Michelle?, solía ser mi mejor amiga. Pero no volví a verla después de ser vendida...

¡Bueno! ¡Sin bajar el ánimo! Un pantalón blue jean, zapatos deportivos y una franela. Supongo que hoy iremos al terreno a sacar el Rubí. Exacto, eso y listo.

Me visto para la ocasión, pero cuando me miro en el espejo no me siento conforme. Así que coloco algunos pasadores en mi cabello y me echo dos toques de perfume. Preparada para salir, me detengo frente a la puerta y mi corazón comienza a latir muy fuerte, más de lo que puedo controlar.

—Respira… tú puedes. Sólo fue un beso… Unos —resoplo—. Calma, besar a alguien y luego saludarlo es algo completamente normal, puedes - hacerlo.

Giro la manilla. Comienzo a caminar hacia las escaleras, pero por alguna razón todo se mueve lentamente a mi alrededor… Porque sé que cuando baje, ahí estará él.

Capítulo 14 - Atentado de la isla

Alessio

—No cambiaremos esas instalaciones de gas en Westminster ni aunque me lo pida el Rey en persona. Todavía están vigentes.— Supuestamente estas son mis vacaciones, pero aquí estoy en otra insoportable llamada de trabajo. A veces no sé si a Antonio Meucci deberíamos admirarlo por inventar el teléfono o lincharlo.
—Eso respondimos, señor, pero quieren modernizar el tramo, meterlo en la nueva licitación.
—No pienso tocar una red que sigue legalmente operativa bajo la licencia anterior. Si mueven un solo tubo, el que se atreva a hacerlo responderá ante mí.
—La presión viene directo del gabinete.
Escucho, perdiendo el interés en la llamada al ver a Luna bajar por las escaleras, su corazón latiendo como pandereta en baile gitano, mejillas rosadas y su lengua tiernamente humedeciendo sus labios. Me levanto del sillón; short y hoodie sin mangas negro, estuve corriendo esta mañana.
Se adentra las manos en los bolsillos traseros del pantalón, camina lento hasta pararse frente a mí, mientras mi secretario continúa dándome un sinfín de razones inútiles, aun sabiendo que no voy a ceder, y menos ahora que ha perdido mi atención. —Entonces dígale al gabinete que aprenda a leer contratos. — Cuelgo la llamada, y bajo el teléfono, me ve a los ojos con esa mirada de cordero.
—Buenos días.— Me saluda.
—*Buenos días,* tardaste un poco hoy.
—Es que me quedé dormida.
—Eso imaginé… ¿nos vamos?
Asiente, yo le extiendo mi mano y ella delicadamente posa la suya sobre la mía, la acaricio tiernamente, siento cómo mi expresión se suaviza mientras la veo, ella corresponde el gesto, entrelazamos nuestros dedos y caminamos juntos hacia el jeep.

Sin embargo, no tiene gasolina, así que nos cambiamos a otra camioneta más alta y blindada. La ayudo a subir y cierro la puerta. Pero justo con eso, el aire me sopla en la cara la esencia dulce de su piel, de su sangre, ligado con un aroma frutal que me enloquece. Me apoyo del carro y respiro profundo. Logro subirme en la camioneta, solo para que el aire acondicionado y el espacio tan cerrado continúen torturándome del mismo modo.
—Luna.
—¿Sí?
—No, no es nada.
—Okey.
—De hecho, sí... ¿Te pusiste perfume?
—Em... sí —responde, volteando hacia la ventana con las orejas completamente rojas.
No puedo evitar reclinarme para observarla, contemplarla. No le gusto a esta mujer, la enloquezco. Apostaría lo que fuera a eso. Y no sabe lo que me prende que sea mutuo, que se esfuerce por mí.
Continúo con mis ojos en ella, aunque aún me da la espalda, hasta que enciendo el auto y salimos de la casa. Mi mirada persistente por el retrovisor. Simplemente no puedo parar.
— ¿Puedo preguntarte algo?
—Sí claro —dice, volviéndose hacia mí.
—Antes de que tu hermano te vendiera... ¿tenías novio?,
¿te gustaba alguien?— Ya sé que sí pero ahora quiero la historia completa, quiero saber quién era el tipo del que hablaba, quiero saber todo de ese casi muerto.
—Mmm... no, no realmente.
—¿No realmente?
Una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro. La sonrisa de alguien que está a punto de confesar sus secretos.
—No es tan interesante como tus diarios, pero... hubo cierta situación.
—¿Me la puedes contar?
—Creo que es lo justo... así estaríamos a mano.
—Realmente.
—Pues… me crié en una cuadra donde había muchos niños.

No sé cómo explicarlo... fue como si todos los vecinos se hubiesen puesto de acuerdo para tener hijos al mismo tiempo. Siempre jugábamos juntos y nuestros padres se sentían confiados. Literalmente nunca había un adulto supervisando mientras jugábamos. Era una locura, sobre todo porque no existía la definición de bullying como tal, y me molestaban mucho por mi apariencia.
—¿Por qué?
Ella resopla con una sonrisa.
—Te juro que era una niña muy fea.
—¿Cómo puedes hablar así de ti misma?
—Alessio, te lo juro era una niña muy fea. Delgada como una garza, pero velluda como un oso, y mi cabello siempre era un desastre. En fin... los años pasaron y nunca estuve en la mira de los chicos, pero siempre andaba con ellos. Era uno más del grupo. Eso fue así hasta hace poco. Esto que voy a contarte es relativamente reciente. Sucedió hace unos tres años, antes de todo esto.
—Ya me está dando curiosidad. — Creo que aunque en aquella ocasión no recordó su nombre, definitivamente este chico parece importante para ella... provee muchos detalles.
—Todo comenzó un día después de un partido de baloncesto. Siempre he sido muy miedosa. El grupo lo sabía, así que se turnaban para acompañarme a casa. Ese día le tocó a Norman. Lo conocía desde niña, ¡solíamos intercambiar calcetines! Por el camino hablábamos de todo y de nada. A pesar de las dificultades en casa, siempre que estaba con mis amigos los días eran muy buenos. Cuando llegamos a mi puerta, me pidió agua y se sentó en el suelo junto a la entrada. Regresé con dos vasos. Seguimos hablando hasta que, de la nada... ¡pum!
—¿Pum?
—¡Me besó! Y te juro que fue tan inesperado que me tomó varios segundos reaccionar.
—Puedo imaginarlo.— Sip, el cabrón fue su primer beso.
— En serio, recuerdo haberle preguntado si estaba mal de la cabeza, pero él simplemente continuó. Le advertí que nos podían pillar, y aun así no le importó. Yo no sentía nada por él,

absolutamente nada. Ni siquiera experimenté una emoción, algo especial al besarlo. Él no estaba en mi radar... y tampoco creía ser capaz de estar en el suyo.
—¿Por qué?
—¿Él era un diez rozando el once? Todas las chicas del vecindario se morían por él. Y yo era como un... ¿tres, o algo así? En fin, en ese momento pensé que no iba a volver a pasar. Dije: Tuve mi primer beso y fue genial. Pero al día siguiente, cuando regresé a casa, él estaba ahí esperándome. Y sucedió lo mismo. Ese día, y al día siguiente, y después, y después. Ya no era solo en el frente de mi casa, era en cualquier lugar donde me encontrara. E inevitablemente empecé a sentir cosas por él. Pero aquí viene la parte importante… Él tenía novia.
—Eso no lo vi venir.
—Al principio yo tampoco. Su novia era muy linda. A veces él la saludaba estando conmigo y yo no me sentía mal por eso.
Era mi primera experiencia de ese tipo y las riendas las llevaba él. Creo que no asimilé la magnitud de lo que pasaba hasta que llegó el baile de las luces y no me invitó a mí. La invitó a ella. Me sentí mal, pero luego estuve bien porque, después de llevarla a su casa, él regresó al baile y me llevó a la mía. No sé en qué rayos estaba pensando. Caí muy bajo por él. Después llegó el bazar de invierno y, mientras ella estuvo ahí, él ni siquiera me saludó. Ese día me sentí fatal. Recuerdo pensar: «Sé que no soy femenina ni estéticamente hermosa, pero tengo buenos sentimientos y soy una linda persona, ¿no merezco un poco más?». Esa misma noche, él subió hasta mi ventana y me hizo salir. A escondidas, nos sentamos en el callejón de atrás. Nadie pasaba por ahí. Y sucedió lo mismo. Me besó otra vez y lo detuve. Le dije que necesitaba que tomara una decisión.
—¿Y qué te respondió?
—No fue algo lindo. Dijo: 'Siendo honestos, me gustas tú. Me gustas más que ella, pero eres más alta que yo, no eres tan bonita, no hacemos buena pareja. No podría presumirte con mis amigos ni salir agarrados de manos. Por eso la elijo a ella'.
— Era un maldito enano ¿de qué mierda hablaba?
—Tranquilo— ella ríe—. Ahora yo también lo veo claramente.

—¿Y cómo terminó todo? — Trato de controlar la vena latente en mi frente.
—Esa noche se despidió de mí y se puso a llorar. Parece que le gustaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Yo también lloré. Y en ese momento sentí un poco de rabia hacia él, porque no fui yo quien fue tras él. Él jamás me habría interesado. Me trajo un dolor que yo no busqué. Dejamos de hablar, aunque lo seguía viendo en el grupo de vez en cuando. Después de eso cambió de novia unas diez veces. Creo que, en el fondo, nunca salí con nadie más porque, a pesar de todo, esperaba que un día recapacitara y me buscara de rodillas. Fue una estupidez.
—¿Quieres que te dé mi opinión? —pregunto, aprovechando el semáforo en rojo.
—Claro.
—Sigues siendo muy delgada, pero yo no diría delgada como una garza... Yo diría delgada como una hermosa modelo de revista.
—Para, ¿qué dices?— Mis oídos son bendecidos una vez más con su risa.
—Estoy hablando en serio. Y, por supuesto, sigues siendo muy velluda, pero no como un oso... más bien como un tierno durazno.
El semáforo cambia. Los autos de atrás esperan que arranquemos, pero nosotros nos seguimos mirando.
—Gracias — Susurra, y de inmediato empiezan a tocar las bocinas. Ella baja la cabeza y se queda en silencio mientras sigo conduciendo.
— También estoy seguro que cualquier hombre se moriría de ganas por ir contigo al baile de las luces... o al bazar del infierno.
—*Invierno*— Aclara.
—Como sea que se llame. Lo siento.— rio también—. Incluso yo... Yo también me sentiría orgulloso de presumirte en todos lados. Ese Norman era un completo idiota.
—Para por favor.— Ríe como una pequeña conejita
—Solo estoy siendo honesto. Llegaremos al doblar la esquina, ¿bien?
—Sí.
Creo que por eso anoche no quiso continuar. Es posible que ella sienta que le haré algo similar. ¿Pero qué puedo hacer para

demostrarle que me gusta de verdad?
—Ya hemos llegado. No bajes todavía. Buscaré algo en el maletero y vendré por ti.
—Sí.
Cierro atrás con un portazo. Camino tranquilamente hasta su puerta para ayudarla a bajar.
— Bien, la misión será fácil. Cada uno tomará una pala, abriremos la tumba, sacaremos el rubí, luego pondremos todo como estaba y hoy mismo regresaremos a Londres.
— ¿Hoy mismo?
— Sí, hoy.
— Parece que tienes prisa.
— ¿Tú no?
Sigilosa como el viento, Luna se inclina hacia mí y me besa la mejilla.
— Por supuesto que sí —responde, con una brillante sonrisa que me deja cautivado, y mientras aún intento procesarlo, tres impactos de bala atraviesan mi cuerpo y continúan su trayectoria hasta alcanzar su piel.
El primero la hiere en la pierna derecha, el segundo le perfora el hombro y el tercero va directo a su cuello, después de atravesar el mío. Logro desviar un poco la trayectoria golpeando la bala con la mano, destrozándomela en el proceso. Su sangre me salpica el rostro mientras intento desesperadamente salvarla.
Cierro la puerta de la camioneta, doy la vuelta hasta el asiento del conductor y, corriendo agachado, me lanzo dentro mientras otra ráfaga de disparos sacude el aire. Giro el volante como un loco y acelero mientras una lluvia de balas nos azota.
— ¡Estoy aquí, Luna, estoy contigo! —grito al emprender la huida. Pongo el piloto automático, me quito el cinturón y me abalanzo sobre ella. No deja de retorcerse de dolor.
— ¡Carajo! — Destrozo mi camiseta, improviso torniquetes con los retazos—. Mírame, mírame dulzura. No te vas a morir. Te estoy llevando a un hospital.
No puedo llevarla a un hospital, si nos siguen hasta ahí la matarán.
— ¿Por qué nos disparan? —pregunta temblando.

— No hables. Estarás bien. Yo me encargo.
Vuelvo al volante y observo los retrovisores con obstinación. No estamos seguros en ninguna parte. Tenemos que dejar la isla.
— Comando de voz.
— Comando de voz activado— Me responde la consola.
— Llama a Lukas, ahora.
El sonido metálico de las balas chocando contra el blindaje del auto retumba en nuestros oídos mientras espero.
— Hermano —contesta Lukas.
— ¡Nos emboscaron, Luna está herida!
— ¿Son disparos? ¿Eso que escucho son disparos?
— ¡¡Sácanos de aquí!!
— Dame doce horas. Tienes que soportar doce horas.
— ¡No tengo doce horas, maldición!
— ¡Estás en una isla cruzando el Atlántico! No hay forma de sacarte más rápido.
Me quedo en silencio. Miro la cara de Luna bañada en sudor, sangre y lágrimas.
— Ella no tiene doce horas, hombre.
— Envíame tu ubicación. Buscaré un punto de asistencia médica. Si logras evadir a tus perseguidores, en ese tipo de lugares suelen haber estudiantes de medicina. Puedes hacer lo tuyo para que la atiendan.
— ¡Ya te la envié, revisa!
— Por favor, dime que serás gentil con los médicos.
— ¡Pásame la puta ubicación!
— Calle Santomé, zona colonial. Es una pequeña casa rosada. Según internet, está abierto.
— ¿En doce horas en la pista de aterrizaje?
— Puedes poner un cronómetro. No demoraré ni un segundo más.
— Gracias.
Corto la llamada y continuo al volante, avisto más camionetas acercándose. Pronto llegaremos a la Zona Colonial.. En medio de todo ese tráfico nos alcanzarán. Tendremos que bajar del auto. Me pregunto si aquella ruta todavía existe... Parece que tendré que averiguarlo.

Pongo el vehículo en piloto automático y paso al asiento trasero. Le reclino el asiento a Luna, y se queja de dolor mientras la arrastro hasta mis brazos.
— Tranquila, tranquila. Escucha, vamos a saltar del auto.
— Me duele mucho, Alessio, me duele. —Solloza, aferrándose a mi camisa.
Me muerdo el labio lleno de impotencia, miro por la ventana.
— El auto doblará en el próximo callejón de la derecha. Ese será nuestro momento para saltar. Agárrate de mí. Uno, dos... ¡tres!
Salto con ella en brazos. Nos deslizamos por el asfalto hasta escondernos junto a un contenedor de basura, mientras el vehículo sigue su curso y los matones caen en la trampa. Cuando el entorno parece seguro, le doy un pisotón a la tapa de hierro de una alcantarilla y la hago volar.
— Ahora bajaremos por aquí. Hace siglos los Españoles construyeron un sistema de túneles por la zona colonial. Se conecta con todo en la ciudad. Será fácil llegar hasta la calle Santomé si lo usamos.
— No puedo hacerlo.
— Sí puedes, eres mi chica valiente, sí puedes. Te pondré en el piso y yo bajaré primero. Tú sólo tienes que arrojarte. Te sostendré al caer.
Ella comienza a llorar de nuevo. La siento en el suelo y se retuerce de dolor.
— Sólo tienes que aventarte, Luna. Voy a bajar. Déjate caer. — Salto y la espero con los brazos abiertos. Tres segundos después, se lanza sobre mí. Al atraparla, aprieto sin querer su herida en la pierna, provocándole un alarido desgarrador.
— ¡Lo siento!, ¡lo siento! Ya pasó... ya te tengo.
La acomodo en mis brazos, enciendo la linterna del móvil y corro mientras sigo el mapa con la ubicación. Cada paso que doy me golpea en la mente con los recuerdos de la muerte de Marlene. Si no llego a tiempo, no habrá solución posible. Luna morirá. No cometeré la misma atrocidad. Por eso corro con todas mis fuerzas bajo el eco de mis pasos en el túnel.

Ella se desmaya, su cabeza empieza a bailar en mis brazos. Mierda, mierda, mierda.
— ¡Luna! ¡No te rindas! ¡Estamos a unos pocos pasos y pronto Lukas vendrá por nosotros! ¡Volveremos a Londres! ¡No te rindas!
Con ella inconsciente, encuentro una puerta. La pateo descubriendo las escaleras. Subo y llego a un depósito.
¿Cruces y santos? Ya estamos en la iglesia. Sigo subiendo durante varios minutos. Al ver la primera ventana, salto a través de ella, rompiendo los vitrales en mil pedazos.
— ¡Perdón Dios! — Por el escándalo. La ventana ya la pagaron mis impuestos.
Bajo la sorpresa de los transeúntes regreso a la calle, me abro paso y corro hasta irrumpir en el punto de asistencia médica.
— ¡Necesito ayuda! ¡Ella recibió dos disparos! —grito jadeando al entrar.
— Llévela al hospital. Aquí no atendemos ese tipo de emergencias — responde con desdén el único doctor del lugar, jugando con su bolígrafo entre bostezos. Está sentado en un centro médico nuevo, reluciente y sin pacientes.
Recupero el aliento. Miro al guardia de seguridad que está junto a él.
— Disculpe, ¿sabe dónde está el hospital?
El guardia señala hacia la calle mientras empieza a explicar. Le arranco la llave del cinturón y le golpeo la cabeza contra la pared, dejándolo inconsciente Paso sobre él y cierro la puerta con seguro.
— Le recomiendo, doctor, que cuelgue ese teléfono si no quiere terminar como el oficial de seguridad o muerto, lo cual sería más productivo para mí. Cumpla con su juramento y saque las balas de su cuerpo. Ahora.
Recuesto a Luna sobre una camilla y el doctor empieza a inspeccionarla. Toma unas tijeras y le corta la ropa.
— Haré lo que pueda, pero aquí no tenemos el equipo suficiente para atender este tipo de heridas.
— Escucha inútil, los médicos de antes extraían balas hasta con licor y cuchillo. Si Luna muere, el infierno que te haré vivir será tal que me rogarás que te mate. Desearás ir al infierno de verdad porque incluso el diablo será más piadoso que yo.

— ¡Está bien! ¡está bien!, voy a hacerlo. Solo apártese, necesito esterilizar los instrumentos.
— No me voy a apartar de ella ni un maldito segundo, así que haz lo que tengas que hacer.
Tembloroso, comienza la cirugía. Una a una, las balas caen en la charola mientras él se dedica a coser sus heridas.
— Hazlo bien. No puede quedar con cicatrices, las mujeres odian eso. — Le digo, de brazos cruzados a su espalda, supervisándolo.
— Sé hacer mi trabajo. Soy un doctor. Ahora lo importante es que reciba una transfusión sanguínea. La necesita.
— Entiendo… ¿Cuál es tu tipo de sangre, doctor?
— ¿Mi tipo? AB+.— Su rostro empieza a trastornarse con su respuesta.
— ¡Qué suerte!, ella también es AB+. Muchas gracias doctor, ya tenemos un donante.
…
Después de un rato, todo permanece en silencio. Luna recibe la transfusión y yo me alimento de los restos de una bolsa de sangre extraída del doctor, mientras él permanece desmayado en un sillón.
La noche en que enterré a Marlene hubo un testigo. Un hombre al que se le habían perdido algunas vacas y regresaba tarde con ellas. Sentí su corazón latir y le ordené que se mostrara. El pobre me preguntó si era el diablo, y me reí.
¿Qué haría el diablo usando una pala?
Entonces pactamos. Esa noche cambié la vida de ese hombre. Le prometí una buena parcela y oro. Más fácil era matarlo, pero, la verdad, a pesar de la situación, parecía un tipo agradable. Así que acordamos que él sería mi testaferro. Lo pactamos con sangre; nos juramos lealtad y protección mutua. Y luego de varios años, cada sucesor mantuvo vigente el pacto. Nuestra colaboración constante provocó que se convirtieran en los dueños de esta ciudad. Tienen más autoridad sobre Santo Domingo que el propio Estado.
Me acerco a la charola que fue usada para atender a Luna.
— Éstas balas las compré yo mismo. Fueron parte de mi aporte este año para nuestra sociedad. ¿Y se atreven a usarlas contra mí?

Con las venas latiendo en mi frente y los ojos ardientes, aprieto las balas hasta pulverizarlas en mi mano. Entonces espero. Sentado junto a la camilla donde ella descansa, espero durante horas a que llegue el rescate. Pero en medio de ese tiempo, el doctor despierta.
— ¿Ella es tu novia? —pregunta, aún somnoliento.
— Ese no es tu problema.
— ¿Son extranjeros, no es cierto?
— ¿Te quieres morir?
— No, por supuesto que no. He pasado toda mi vida estudiando. Este es mi primer trabajo. Pagan mal y a veces doblo turno. No he tenido tiempo ni para tener novia. No estoy listo para morir definitivamente.
— Te creo. Mi mejor amigo es doctor.
— ¿Y le va como a mí?
— No, para nada. Tiene mucho dinero y le va bien con las chicas.
— Qué envidia...
Su respuesta me deja pensativo.
— ¿Tienes auto?
— Sí... es el que está parqueado al frente. Ay Dios... no te lo vayas a llevar, todavía lo estoy pagando.
— Puedo darte trabajo en Londres. De hecho, si vienes conmigo, amanecerás en Reino Unido.
— Deja el relajo…— Contesta en buen Dominicano.
— No estoy bromeando. Suelen decir que el tren de la oportunidad pasa una sola vez en la vida. ¿Vas a dejarlo pasar?
— ¿Qué tengo que hacer?
— Llévanos al aeropuerto, y vuela a Londres con nosotros.
— ¿Pero ustedes qué son?, ¿esto es una vuelta de mafia o algo así?
— No. Somos buenas personas.
— ¿Y por qué les dispararon? ¿Qué eres?, vi lo que hiciste con el guardia.
— No soy humano, definitivamente. Pero no soy un peligro.
— Bueno… Si por irme contigo dejo de vivir para pagar renta, pues vamo' a esto,
— ¿Cómo te llamas?
— Miguel. Soy el doctor Miguel.

— Miguel, toma las llaves de tu auto. Nuestro avión aterrizará pronto.
Toma su mochila y sale hacia el carro. Yo lo sigo, llevando a Luna en brazos.
— ¿Y esto es lo que le debes al banco? —pregunto despectivo al ver su hatchback.
— ¡Shhh! No lo insultes. Si jodemos mucho se apaga.
— ¿¿Sí llegaremos??
— *Tranquilo.* Yo me le sé el truco.
Me siento con Luna en el asiento de atrás. Durante el camino, no dejo de mirarle la cara. La abrazo y la aprieto contra mi pecho. Me tiene preocupado.
— El amor es complicado, ¿no? —dice Miguel, mirándome por el retrovisor.
— No es el caso. Entre nosotros todo ha sido fácil. El único problema es que ella es tonta. Apaga las luces mientras te estés acercando. Tendremos que bajar mucho antes y saltar la cerca de la pista por el monte. Estoy seguro de que el camino hacia la pista estará intervenido.
— ¿Quién te persigue? ¿La policía?
— Me persigue esta ciudad. Cada centímetro de ella. Detén el auto por aquí.
En medio de la oscuridad, bajo con Luna en brazos y me adentro por el monte. Pero Miguel no se despega del auto.
— ¡Suerte hermano!— dice.
— ¿No vienes?
— Balas, matones, entrar a un monte en medio de la noche... soy un académico esto no es lo mío. Regresaré a mi pequeño anexo.
— Buena suerte con eso, y gracias.
Me sonríe a la distancia agitando la mano, sigo mi camino y desaparezco entre la maleza.
Apenas avanzo unos metros cuando escucho una balacera. Me detengo helado, giro con los ojos desorbitados y entiendo que Miguel no logró regresar a su anexo como tanto quería. Aprieto los dientes y corro con toda la fuerza hacia la cerca. El sonido de un avión aterrizando retumba cerca.

De inmediato salto y caigo del otro lado de la cerca con la agilidad de un jaguar. Al fondo, distingo a Lukas haciéndome señas desde la puerta del avión. También veo las camionetas negras que se acercan desde el exterior. Subo con prisa las escaleras y pongo a Luna en sus brazos.
— Vuelvan a Londres y cuídala por mí.
— ¿Qué quieres decir con eso? ¿Tú no vienes?
— Tengo una regla: si alguien me levanta la mano, se la corto. Pero ahora acabo de añadir una segunda: si alguien le levanta la mano a Luna, le arranco la maldita cabeza.
Saco mis colmillos y bajo las escaleras, con una sed de venganza y sangre que desde hace cientos de años había sentido. todo porque la tocaron a ella.
Mi dulce humana.
Mía.

Capítulo 15 - La mano que no debe ser cortada

Alessio

Aunque somos criaturas vivientes como cualquier otra, tiene que haber algo en nuestra naturaleza vampírica, en nuestras venas, en la sed de sangre ardiente que irradia nuestra boca, definitivamente teñido con maldad. De otra manera, no me explico qué hago conduciendo un camión de volteo lleno de cadáveres directamente contra el muro de la maldita quinta Manzanillo, con una vena hinchada cruzándome la frente, sí, pero con una increíble sensación de gozo y satisfacción.

Aprieto el volante. El impacto del parachoques de acero contra el muro estremece mi cuerpo. Los cristales salen volando y cortan mi cara. Sigo con el acelerador apretado hasta el fondo mientras el interior del camión se llena con el olor de mi sangre y mi piel se regenera. Logro pasar al patio interior de la quinta. Todos los humanos ahí presentes corren horrorizados, guardias con ametralladoras en las manos apuntándome, otros gritando sin saber si correr o cagarse encima. — ¡¿Qué está pasando?!, ¡la explosión vino de allá!— Gritan, los inútiles. Malditas ratas traicioneras.

Pongo reversa y el pitido de alerta empieza a sonar mientras giro el volante. Al verme mover el camión los guardias reaccionan por instinto: abren fuego. La lluvia de balas golpea la carrocería y siento los impactos sacudir la cabina, algunos incluso me alcanzan, se sienten como pellizcos, putos pellizcos molestos, pero no freno.

Cuando por fin quedo de espaldas a la casa, activo el sistema de remolque y se alza con un ruido metálico, los cuerpos de todos los asesinos que maté desde el aeropuerto hasta aquí empiezan a deslizarse como una gran avalancha de estiércol hacia fuera. Decenas, se apilan unos sobre otros, formando una montaña de cadáveres frente a todos. Me observan petrificados mientras abro la puerta para ir a saludar de forma adecuada a ese desgraciado. — ¡¡Luis!! — grito, dando un portazo. El aire caliente del Caribe me golpea la cara con la nube de polvo del acontecimiento y el calentón del motor del camión.

El silencio se vuelve cortante. No se escucha ni un sólo suspiro. Sólo pasos que retroceden.
Me acomodo el cabello hacia atrás sin mirar a nadie. No hace falta. Ya sé cómo se ven. Labios secos, gargantas cerradas. Hieden a miedo.
Hay uno, el más joven de ellos, que apenas puede sostener su arma. Tiembla tanto que su rifle suena como una maldita maraca.
— ¿Es quien creo que es?— Susurra en llantos. Imbécil.
Comienzo a subir la montaña de cadáveres. Me da igual dónde piso: una cara, una rodilla, un brazo. Siento algunos huesos crujiendo bajo mi peso. Cuando llego a la cima, me siento. Desde ahí, los miro a todos, paralizados, sin saber qué hacer.
Mis ojos arden, en señal de que se han teñido de negro hasta la esclera. Es lo que pasa cuando la sed de sangre me hierve el cuerpo. Aún así, trato de ser civilizado:
— El jefe de los Manzanillo ¿dónde está? Que aparezca. — Ninguno se atreve a hablar o a moverse.
—Nadie dispare —escucho por las radios una voz nerviosa, tal vez de un supervisor con más neuronas que el resto.
Me harto rápido. No sirvo para esperar tanto.
—¡¡Luissss!! —grito con rabia soltando el apoyo de mi codo en mi rodilla—¡Tienes cinco segundos para aparecer ante mí o quemaré esta mierda!
Finalmente llega.
Maldito hijo de perra.
Hecho maraca, ese bastardo aparece arrastrando los pies desde el umbral de la casa, con la cara mojada, no sé si de sudor o de lágrimas. Me importa una mierda. Lo que importa es que está vivo. Y eso, por desgracia para él, está a punto de cambiar.
—Luis... —me masajeo la sien con los dedos manchados de rojo. — Hiciste algo excesivamente estúpido... Lo cual me lleva a pensar que no leíste el contrato firmado hace casi doscientos años por el tatarabuelo Manzanillo.
—Sí lo leí.
—Ah, conque sí eres estúpido. Disculpa por tenerte fe... Bueno. Hagamos esto fácil. Pagas la penalidad y me retiro.

—¿Penalidad?
—¿Acaso estás sordo? Me irrita tener que repetirte todo.
Me levanto. Camino hacia él sin apuro. Puedo oler su miedo, el de todos aquí. Los guardias me apuntan con sus escopetas, y el hombre entra en pánico —¡Bajen las armas— Grita.— ¡Mierda! ¡bájenlas!
Todos hacen lo que dice, y yo sigo avanzando hacia él.
—Gracias por evitarme otra masacre. Qué amable, Luis.
Le extiendo la mano con aparente cortesía. Él se acerca confiado, y justo ahí lo jalo hacia mí, le arranco el corazón del pecho.
Su sangre tibia comienza a chorrearme hasta el codo. Soy un tipo de palabra y me gustan las cuentas claras. Si digo que voy a arrancar tu corazón si me jodes, no dudes que te arrancaré el maldito corazón si me jodes, es simple.
—La penalidad... fueron unas letras pequeñas al dorso de la hoja. Hice que el viejo las escribiera con su propia sangre: "Si traiciono las palabras de este contrato, te pagaré con mi corazón". ¿Poético, no?... Y exquisito. — Abro la boca, le clavo los colmillos al corazón aún latente. La sangre me extasía la lengua. Estoy tan domesticado que hace muchos años que no probaba uno. Me alimento con calma, su cadáver desangrándose en mi mano izquierda, su corazón llenando mi estómago con cada mordida.
—Y ahora... que me he cobrado tu puta falta de lealtad —Alzo su cadáver. — me cobraré los dos balazos y las lágrimas de Luna.— Le agarro el cuello con ambas manos. Lo Aprieto como ropa mojada. Y con un crujido brutal, le arranco la cabeza. El chorro de sangre salpica todo mientras sostengo su cabeza por el cabello, mirándolo con tanto odio que me tiembla la mandíbula. Levanto el brazo tomando impulso, y lo estrello con fuerza contra el suelo. Su cráneo se revienta al instante como fruta podrida. Lo es.
Las armas empiezan a caer. Primero una. Luego otra. Luego todas. Y con ellas, sus portadores. Se arrodillan. Se inclinan. Rogando piedad.
—¿Suplican? Qué bonito gesto… pero se atrevieron a traicionarme, y la deslealtad es algo que yo no perdono.
¡Soy Alessio Yvoty, el patrón de este hombre que yace sin cabeza bajo mis pies, el patrón de todos ustedes, soy aquél al que juraron

servir. Soy, quien paga sus cheques, y nunca, nunca muerdes la mano de quien te da de comer. Es la regla más antigua de la vida. Todos ustedes morirán hoy ante mí!
—Permítame resarcir el daño que mi insensato padre ha provocado, patrón.— Escucho a una niña a mi espalda hablar. Cuando volteo, sostengo la respiración un poco perplejo al verla junto a la puerta. Es una mocosa. Doce, tal vez trece años. Delgada pero con temple firme.
—¿Él es tu padre?... ¿No deberías estar llorando en alguna parte, niña?
—No. No lloraría la muerte de Luis Manzanillo ni aunque mi vida dependiera de eso. Él es el asesino de mi difunta madre y un idiota en todo el sentido de la palabra. Técnicamente él se hizo con el apellido de mi madre debido a su enfermedad. Él no es un Manzanillo de pura cepa como yo. Sé que soy una niña, y que más fácil para usted sería quitarme la vida. Pero por favor, le ruego nos permita continuar con nuestro trato. Le juro que yo enderezaré la casa Manzanillo. Le serviré toda la vida, y me encargaré de que mis hijos y los hijos de mis hijos lo hagan también.
Esta mocosa... tiene los mismos ojos que el viejo.
— ¿Cómo te llamas?
—Victoria Manzanillo —responde con una reverencia. Me cruzo de brazos viéndola.
—¿Y qué harás con la escuela?
—La dejaré si es necesario.
—Te lo prohíbo —gruño—. No soporto a la gente inculta. Si vas a ser la próxima sucesora, asegúrate de graduarte de terminar tus estudios, y especializarte en algo útil. Si puedes mantener mis negocios en orden y estudiar al mismo tiempo, dejaré vivir a los tuyos.
—Sí señor.
—Y otra cosa… consíguete más hombres. Te acabo de dejar sin mercenarios. Y esta vez elige mejor, porque aniquilarlos fue demasiado fácil. Si algún día necesito apoyo, inútiles como esos no me servirían.

— Esta casa entrenará bien a sus hombres. A diferencia de mi padre, no escatimaré recursos en eso. Puede estar seguro, patrón.
Me giro hacia todos los demás. El suelo todavía manchado de sangre y cuerpos caídos.
—¡Ya oyeron a la niña! Ella es la nueva señora de esta casa. Si un sólo cabello cae de su cabeza. Volveré. Y los mataré.
—¡¡Sí, señor!! —responden en coro, como si fuera un maldito cuartel.
Miro de nuevo a la mocosa.
—Una última pregunta, Victoria… ¿sabes por qué tu padre me traicionó?
—Creo que quería vender uno de los terrenos que administramos para usted. Alguien lo estaba persuadiendo. Le ofrecieron mucho dinero.
Frunzo el ceño.
—¿Quién es ese alguien?
—No lo sé, solo le escuché decir que esa persona piensa que hay un tesoro escondido ahí. No sé qué puede ser tan valioso como para ofrecer tantos millones… solo otro loco, supongo.
¿¿Cómo carajos??
—¿Estás segura de lo que estás diciendo?
—Mi padre está tirado en el piso sin cabeza y con un agujero en el pecho ¿En serio cree que me atrevería a mentirle? — dice, inexpresiva, sin mover un solo músculo de la cara.
—Bien, entonces aquí va tu primera tarea. Disculpen… ¿alguien tiene papel y lápiz?
—Tengo un celular —responde ella— Sirve para anotar cosas también.
Mocosa engreída.
—Anota mi número de teléfono. Averigua quién era ese comprador y llámame apenas sepas algo.
—Sí señor.
—Otra cosa… Necesito un auto, y una pala.
—¡Consíganle al señor Alessio lo que pide! ¡Y recojan este asqueroso desastre! —ordena ella, como quien nace con voz de mando. Los guardias se mueven rápido.

Tiene el toque.
Desde que me traen lo que pido camino hacia el portón, sacudiéndome las manos, me detengo justo antes de cruzar.
—Victoria… puede que la próxima vez que nos veamos ya seas adulta. O tal vez una anciana. Pero volveré. No olvides nuestro acuerdo.

Capítulo 16 - El cuerpo jamás olvida

~ Londres ~

Luna

—¿Esos son los análisis de la señorita Thompson?— Escucho la voz de Lukas hablando con una enfermera justo afuera de mi habitación en la clínica.— Permítame verlos, por favor.
Se hace un breve silencio.
— Maravilloso, ya podemos enviarla a casa. Dígale al doctor Lewis que prepare la receta y el alta.
— Sí doctor.
La puerta se desliza suavemente y lo veo entrar. Lukas Sackler está de pie frente a mí. Podría preguntarle muchas cosas, pero,
de forma muy ansiosa escupo la más urgente. — ¿Alguna noticia de Alessio? — Parpadea desconcertado.
— Okaaayyyy. Buenos días Lukas, ¿cómo amaneciste?, ¿de casualidad te atropelló un camión?, ¿no?, ¡qué bueno que estás bien!
— Lo siento. En verdad lo siento— me disculpo con mucha vergüenza— Hola, Lukas.
— Hola... ¿cómo te sientes hoy?, ¿lista para ir a casa?
— Eso creo. Aunque voy a necesitar ayuda un par de semanas. Será difícil hacer las cosas con bastón y cabestrillo. Al menos alguien que me ayude con la comida y esas cosas.
— Katherine está ocupada por estos días pero ya contraté una enfermera. No te preocupes.
— Bien... Disculpa que pregunte otra vez, pero... ¿él? ¿aún no llama? han pasado muchos días.
— Sí, hablamos anoche. Estaba en España y me comentó que después iba a Francia... luego tenía que resolver algo en Shanghái.
— Eso suena a un viaje largo.
— Le he informado a él lo mucho que has mejorado, y te traje algunos abrigos que él me pidió. Sólo eso. Pero tienes su número de teléfono, así que si quieres hablar con él sólo llámalo.

— Claro... gracias.— No estoy muy segura de que significa eso, ni siquiera sé qué fecha es hoy para empezar.
—También dijo que posiblemente demore un año en regresar.
Tal noticia apaga algo en mí, no sé cómo explicarlo pero todo se vuelve gris. Y creo que Lukas lo nota.
— Pero no pierdas el ánimo, los días pasan rápido.— Afirma con una gran sonrisa que no combina para nada con la noticia tan pésima que acaba de darme. Sin embargo, aprecio que se esfuerce por levantarme el ánimo. O eso creo.
…
Pasa el rato y traen el alta. Lukas me empuja en una silla de ruedas por el pasillo. Va saludando alegremente a todos. Yo sólo observo sus conversaciones, con la mente en otro lado, en otro nombre.
De repente, una mano aparece entre la gente y se aferra a mi muñeca. — ¿¿Luna Thompson?? — pregunta una joven asiática, bastante impresionada por verme.
Lukas Toma mi bastón y lo empuja con fuerza contra el hombro de ella, obligándola a retroceder un paso con espanto, sucede tan rápido que no logro pararlo.
— ¿Quién eres? — Le pregunta, yo intervengo de inmediato.
— ¡Espera, Lukas! ¡Yo la conozco! ¡Conozco a esta chica!
El corazón se me estruja. Extiendo mi único brazo libre y, entre lágrimas, Michelle, mi mejor amiga, hace a un lado el bastón y me abraza. Las dos lloramos con mocos incluidos, como si tuviéramos doce años. Por fin nos reencontramos.
— ¿¿Pero qué te pasó?? ¿¿Quién es este tipo?? — pregunta, todavía sorprendida.
— Doctor Lukas para usted, no soy ningún "tipo" — responde, ofendido. Ella lo ignora.
— ¿Qué fue lo que pasó contigo?
No puedo mentirle... es la única amiga real que he tenido en mi vida. Quiero sentarme en mi cama con ella, llorar juntas, hacer una marquesa de chocolate y comérnosla directo del molde para no tener que lavar el envase. Quiero volver a tener doce, salir a todas partes con ella sin importar que nos gritaran "¡ahí viene el número 10!" por mi delgadez y su sobrepeso. Pero no nos importaba.

Éramos el maldito número 10 más icónico de toda la maldita escuela. No vivíamos por chicos. Vivíamos como chicos. Fuimos tan felices.
— Michelle…— Susurro acariciando su rostro con una sonrisa compartida, pero sé que no es el momento para ponernos al día, no es cortés jugar con el tiempo de Lukas.— Justo hoy me dieron de alta. Tuve un accidente. ¿Puedo anotar tu número? Prometo que te llamaré y volveremos a vernos.
— ¡Sí, claro!, ¿necesitas que lo anote yo misma?
— Por favor, sí. — Le paso mi teléfono.
— ¿Segura que todo está bien?
— Sí. De verdad. — La miro con sinceridad. — Te prometo que estoy bien.
— Okey…— ella baja la voz—Te ves muy bonita, me alegra mucho ver esas mejillas rojas y rellenitas. También hueles caro. ¿Te conseguiste un árabe?
— No— rio.
— Te ves costosa, me encanta.
— No me he conseguido ningún árabe, ya deja de bromear. Si Lukas te escucha podría pensar mal.
— Está bien, está bien. — Ella suelta mi mano con suavidad— ¿Hablamos pronto?
— Sí, lo prometo.
Michelle se hace a un lado, me despide agitando suave la mano y Lukas me lleva en la silla hacia una camioneta lujosa que seguro le hará pensar que su teoría es real. Río a mis adentros de solo imaginar, pero muchas cosas están pasando ahora y no tengo tanto ánimo. Volvemos al Penthouse.
…
— ¿Estás segura de que no necesitas que llame a la enfermera otra vez?, podría quedarse a dormir — pregunta Lukas luego de pasar la tarde conmigo.
— Estaré bien. Ella dejó todo preparado para mí, será fácil. ¿Qué tanto puedo hacer además de dormir?
— Bueno, déjame guardar mi nuevo número en tu teléfono. Cualquier cosa, llama o escribe. Vendré de inmediato.

— Gracias.
Termina de guardar su contacto y me despido, asiento con una pequeña sonrisa, Lukas se encamina hacia la puerta. Lo veo cruzar el umbral y cierra con suavidad. Yo camino despacio hasta el sofá. Apoyo el bastón del reposa brazos y me dejo caer con cuidado, soltando un leve suspiro al acomodarme porque se siente muy confortable. Los cojines ceden justo en los lugares correctos, y la tela es tan suave que se siente casi como un arrullo, de manera inevitable me quedo dormida.
Cuando vuelvo a abrir los ojos ya es de noche. Tengo algo de letargo, se me hace que el tiempo ha pasado demasiado rápido y yo debería seguir durmiendo. Sin embargo, tengo hambre.
— Qué oscuro está todo — Me apoyo con cuidado en el sofá, tomo el bastón y camino despacio hasta el interruptor de la luz.
— Una no se da cuenta de lo grande que es este lugar hasta que se queda sola.
Con las luces encendidas, mi vista se dirige hacia la mesa.
El aire huele delicioso. La comida sigue allí, tapada, justo donde la dejó la enfermera.
Me pregunto si Alessio ya habrá comido...
¿Dónde estará ahora mismo?
Cuando me siento en la mesa, aparece como un recuerdo frente a mí, sonriente, justo como él es. Pero lo que veo no es más que un fantasma, desaparece de mis ojos. Empiezo a comer.
Sostener el tenedor con la mano izquierda es toda una tortura. Enrollo y desenrollo una porción de pasta que parece huir de mí. Lo hago hasta que justo al acercar la comida a mi boca, en mi mente cae un susurro dulce, pero repentino:
«Abre la boca, la pasta se enfría».
Alessio...
¿Cuándo… cuándo me dijo eso? ¿cuándo fue?
Su fantasma regresa. La imagen clara de su rostro, de su sonrisa, de nosotros sentados en esta mesa cenando, viene a mi mente. Comíamos pasta, en medio de una amena charla, y él enrolló un poco en su tenedor, la puso en mi boca porque… porque no quería que siguiera atentando contra mi vida. Él quería que yo viviera.

«Come bien a partir de ahora…. Sólo puedo prometerte que aquí es seguro, y que a mi lado jamás tendrás carencias. Si eso es suficiente. Por favor, quiero que desees vivir, Luna.»
El tenedor se me cae al plato, ocasionando un escándalo. Cubro mi boca abierta con la mano, tratando de controlar mi impresión. Lo recuerdo, santo cielo, lo recuerdo todo. Él ayudándome en la ducha, la cena a la luz de las velas, aquella historia, sus colmillos, mi sangre en su boca.
Empiezo a temblar, mis ojos se llenan de lágrimas por la emoción, el aire pasa tan rápido por mis pulmones que me veo en la obligación de tomar el bastón y levantarme para respirar. Camino hacia el sofá. Me paro justo en medio del salón y miro hacia el balcón.
«Tu sangre, huele dulce... Luna»
Su voz no sale de mi mente, su respiración, la imagen de él mordiendo mis senos, sus caricias... todo regresa con una fuerza abrasadora, mi piel se calienta, mi salivación aumenta. Sobre todo porque en este lugar, justo en este lugar, él me preguntó si quería dormir con él.
— Le dije que sí. Cielos, yo le dije que sí.—
Suelto el bastón y retrocedo dos pasos, tropiezo con la alfombra y caigo aparatosamente de espaldas.
Un grito adolorido raspa mi garganta mientras me aferro al tapete. Siento que se han soltado algunos puntos. Y peor que eso, un calambre me atraviesa la pierna como un jodido puñal.
Busco en mis bolsillos mi teléfono para llamar a Lukas, pero no lo encuentro. Lo más probable es que lo haya dejado en la mesa.
Me volteo e intento arrastrarme, pero el dolor me paraliza.
Me quedo tirada en el suelo, jadeando, llorando…
¿Por qué no me dijo nada?
Todo este tiempo él estuvo consciente de lo que hicimos, y yo…
«Tranquila… Eres preciosa, me gusta lo que haces, todo lo que estás haciendo, lo haces bien, me gusta, hazlo».
— Fue intenso, fue hermoso, y sí, fue mágico.
Pero... ¿por qué lo hice en la primera noche? ¿Qué me pasó?... Me siento tonta haciéndome estas preguntas cuando sé perfectamente la respuesta; me enamoré de él desde el momento en que lo vi.

Me atrae hasta cómo respira, todo de él, su mera existencia no hace más que seducirme, siendo sincera, lo que más deseo en el mundo es estar con él.
Lágrimas resbalan por mis mejillas, quedan atrapadas en mis orejas por segundos hasta seguir su trayectoria al suelo. Toco mis labios mientras cierro los ojos, espero a que pase este dolor, recordándolo, pensando en su forma de morderme y apretarme los labios, en sus dedos hundiéndose en mi piel, en su insaciable deseo.
¿Todo este tiempo ha estado esperando por mí? ¿O habrá comenzado a salir con alguien más?... Dijo que estaba soltero. ¿Es por esto que actuaba así en el viaje? ¿De verdad le gusto? No me quiero ilusionar, no me quiero ilusionar.
¿Más de lo que estoy?
Me cubro los ojos con el antebrazo, permanezco llorando.
Por los puntos, por el maldito calambre, y por no saber dónde está él. Quince días en el hospital y ni una llamada.
¿Cuesta tanto hacer una llamada? Estoy molesta, jodidamente molesta.
Lo odio.
Lo odio.
¿A quién engaño?, no lo odio ni un poco.
Me muerdo los labios, consumida por mi llanto. Permanezco en el piso por varios minutos cuando el panel numérico suena.
Escucho pasos apresurados que se detienen frente a mí; un hombre rubio, trajeado, treinta o cuarenta años. Sé que trabaja para Alessio pero no recuerdo su nombre, creo que es Jhon. Pierde el color del rostro cuando me ve y se tira al piso para levantarme de inmediato.
— ¡No se preocupe, señorita, el señor Lukas ya viene! —me sienta en el sofá. — ¿Se golpeó en la cabeza?
— No, no me golpeé en la cabeza. —Él textea en su teléfono justo al escuchar mi respuesta.
— Bien, no sé si ofrecerle agua porque a veces es contraproducente después de caerse así de espaldas.
— Está bien, no tengo sed… ¿Cómo sabe que me caí de espaldas?, no se lo dije.
— Em… es que la encontré así en el piso, por eso pensé.

— ¿Y por qué vino? ¿Cómo supo que necesitaba ayuda?
— Hay… Hay unos sensores de ruido en la puerta. Cuando se escucha algún estruendo o sonido, me envía una notificación. Demoré en llegar porque casualmente estaba en el baño. ¿Tiene botiquín?, creo que necesitamos un par de gasas para esa herida — señala mi pierna.
— Sí, está en la primera puerta del pasillo.
Aunque extraña toda esta situación. La verdad agradezco mucho que este hombre haya llegado, pensé en serio que iba a desangrarme en el suelo.
No pasan ni quince minutos cuando aparece Lukas por la puerta junto a la enfermera, ambos casi al borde de un infarto. Revisan mi herida, declarando lo que ya sabía: varios puntos se soltaron y tendrían que volver a suturar. Me inyectan un analgésico directamente en la zona afectada, y en cuanto el dolor comienza a disminuir, Lukas vuelve a suturar dedicadamente. Siento cada tirón del hilo, cada presión de sus dedos, pero trato de mantenerme quieta, de pensar en otra cosa que no sea en esa aguja entrando y saliendo de mi piel.
— No puedes estar sola todavía —dice él— y esto lo ha demostrado. La enfermera se mudará contigo un tiempo. Créeme es lo mejor.
— Tienes razón, y gracias. Me da mucha vergüenza tener que molestarte.
— No hay de qué, para eso son los amigos.
…
Los días pasaron rápido, como hojas llevadas por el viento, y así se cumplieron dos meses. Dejé atrás el bastón y el cabestrillo. Avancé en mi recuperación asistiendo con constancia a las sesiones de fisioterapia para completar el tratamiento.
El centro no quedaba lejos, solo a unas cuadras. Ir en auto era un absurdo. Aun así, Lukas no aprobaba que fuera caminando. Supuestamente porque era demasiado esfuerzo. Pero yo sabía que había algo más: Miedo.
Todavía no he podido ver a Alessio para tener las respuestas que busco en torno a lo sucedido. Y el círculo de seguridad en mi entorno durante su ausencia se ha vuelto asfixiante.

Así que aprovecho cada consulta en el centro de fisioterapia para despejar la mente, e ir de compras, pues queda en un centro comercial.
«¿Quieres que te dé mi opinión? Sigues siendo muy delgada. Pero yo no diría delgada como una garza... Yo diría delgada como una hermosa modelo de revista».
Un nuevo recuerdo llega a mi mente. Justo cuando estoy de pie frente a la luminosa entrada rosa de una tienda de lencería. No era algo que había olvidado, era de una de nuestras charlas en Santo Domingo.
No logro dejar de pensar en él, peor aún es no saber si él piensa en mí tanto como yo lo pienso. Miro la fachada de la tienda con una chispa de culpabilidad. Me siento como una mujer entrando a un culto religioso con un strapless, y eso que estoy vestida con modestia. Es esta situación, son estos pensamientos;
el imaginar su reacción al verme con uno de esos conjuntos se siente completamente indebido.
Y sí lo es. Compórtate como una chica decente ya.
Eso soy...
Tengo la cabeza hecha un lío.
Pero a ver, estoy fantaseando con esto y él ni siquiera me ha llamado. Durante estos meses no ha llamado ni una sola vez. Aunque yo tampoco lo he hecho. Y tampoco lo voy a hacer.
Eso le corresponde a él.
¿Y si regresa sin avisar y lo hacemos de nuevo?
En serio tengo que comportarme ya, no puedo ser tan disponible.
—Aunque... la última vez en la ducha…— Ráfagas de recuerdos de aquellos besos en Santo Domingo irrumpen en mi mente, de su lengua, de su sonrisa, de sus manos en mi cuerpo. Tengo que parar.

— No voy a entrar. De ninguna forma voy a entrar a esa tienda.
...
— Buenos días, señorita. ¿Busca algo en especial?
— Hola, ¿puede decirme cuánto cuesta ese set color rosa, por favor?
¿En qué momento llegué aquí? ¿y qué hago preguntando precios?
— Sesenta libras.— Ella responde.

— Creo que me lo llevaré.
— Es una buena elección. Aunque, por su tono de piel me gustaría recomendarle colores con más carácter, como el verde oscuro, el negro o el rojo. Le harían resaltar aún más.
— Es cierto... mmm, no puedo decidirme por uno... Me llevaré los tres.
— Bien. ¿Pagará en efectivo o en tarjeta?
— ¡En efectivo!, perdón.— Aclaro la garganta. — Deseo pagar en efectivo. — No quiero que él sepa que estuve aquí.
¿No le gustaría probar nuestro nuevo perfume? Va genial con las piezas que está comprando. Su aroma es una mezcla de cereza y flores.
La vez que utilicé perfume, él lo notó de inmediato..
Acepto probarme la fragancia, y después de eso… bueno, no sé qué pasó exactamente. Juro que solo iba por un par de cosas. Pero de algún modo terminé pasando como treinta minutos en la tienda.
Y ahora estoy en la camioneta, rodeada de bolsas hasta el cuello. No tengo idea de cómo llegaron todos estos paquetes aquí.
Esa vendedora hace demasiado bien su trabajo. Lo bueno es que por fin voy a poder llenar el resto de mis gaveteros.
Con ayuda del personal del edificio, logro subir todo al penthouse… Cada empleado, con una pequeña montaña de bolsas y paquetes en sus manos, me siguen al apartamento. Y por el camino llevo la cara sonrojada, finjo no notar el exceso. Dejan todo en la sala. Cuando se van, el lugar parece más boutique que casa.
—Creo que exageré un poco.
Me acerco a una de las cajas, la destapo con cuidado y aparto el papel rosado que envuelve las prendas. La lencería es preciosa. El encaje floral se ve dulce, pero también provocador. Paso los dedos por la tela suave, y justo entonces, la voz de Alessio se cuela en mi mente como un susurro que me eriza la piel:
«¿Estás bien, dulce humana?».
Entrecierro los ojos tratando de hallar calma. Pero mi imaginación trabaja más rápido, y lo veo en mis recuerdos: yo boca abajo contra la cama, Alessio dándome placeres, su voz grave gimiendo a mi oído. Esto últimamente me pasa todo el tiempo, en cualquier lugar.

Estas memorias me atrapan sin aviso, sin razón. Y me vuelven cautiva del deseo de tenerlo.
No sé cómo, pero tengo que controlar esta situación, no puedo seguir así, no debo.
Camino hasta el lavabo, abro la llave y me refresco el rostro con agua fría para calmar el calor que subía por mi cuello. Mientras me seco con la blusa, miro todas las bolsas otra vez, y, de alguna parte, reúno el valor para medirme algo. Me quito la franela y me paro justo al frente.
Soy una mujer. Comprar lencería es completamente normal.
No tengo por qué sentirme culpable, ni nerviosa, ni avergonzada.
Estoy tratando de convencerme de ello.
Dejo caer mi brasier al piso, meto la mano en uno de los paquetes y saco el conjunto rojo que la vendedora me recomendó con tanta seguridad. Abrocho la parte superior y la ajusto, queda perfecto, abrazándome y levantándome los senos. Casi al instante cae al piso mi pantalón. También mi tanga. Con suavidad, deslizo las bragas hacia mis caderas y me rocío perfume mientras camino al espejo.
Nunca he sido materialista al extremo, pero tampoco voy a negarlo: me gusta el olor a nuevo que hoy inunda este lugar, y sobre todo, me gusta cómo me veo.
—Carajo… soy muy bonita.
¿En qué momento permití que otros me convencieran de que era fea? Mi belleza no es convencional. No tengo la cintura tan marcada, tengo el cuello y las extremidades largas. No es lo común, pero incluso él lo dijo… dijo que estoy divina.
Sé que está mal que mi autoestima dependa de un hombre, pero Alessio me ha hecho mirarme desde su perspectiva. Me ha hecho ganar confianza y sentirme linda. Eso en ningún universo puede estar mal.
Según sus diarios, en los últimos años no ha tenido pareja oficialmente. De hecho, además de Marlene, no ha estado conectado sentimentalmente con ninguna otra; sin embargo, ha dormido con un centenar de mujeres; a muchas de ellas ni siquiera les preguntó el nombre. Eso me hace pensar... si seré lo suficientemente relevante en su vida como para ocupar una mención en sus diarios,

y de ser así... ¿qué cosas escribiría? Siento mucha curiosidad en saberlo.
Me tiro en el sofá, quedo hundida entre los cojines mientras observo los spots de luces en el techo.
No soporto su ausencia.
La costumbre de estar cada día con él hace que odie, en serio odie que no esté.
Lo extraño y… quiero besarlo otra vez.
Muerdo el dorso de mi dedo índice, lo lamo despacio, empapándolo de saliva mientras su voz me invade la cabeza. Algo se derrite en mi pecho y ese calor viaja directo a mi vientre. Me arqueo, gimiendo suave. Recuerdo sus caricias; me toco como él lo haría, me deseo como él lo hacía. Beso y muerdo el dorso de mi mano recordando la forma tan obsesiva en que él me besaba. Mis pezones se erectan debajo del encaje y los aprieto. Deslizo mi mano debajo de mis bragas, pierdo completamente la cordura por él.

Capítulo 17 - El lenguaje de las flores

Alessio

Trato, en serio trato de apartar mi vista de la pantalla de mi laptop, con todas mis fuerzas lo intento, pero ahí está ella, como en una maldita película porno ante mis ojos, mordiéndose el dedo mientras ve hacia la cámara. Tocándose el cuerpo en un conjunto de encaje rojo, por si fuera poco. Haciendo que mi boca se humedezca por la urgencia de arrancárselo. Todo mi cuerpo arde. Aferro mis manos temblorosas a la silla. Pero justo cuando aprieta sus senos y veo su mano deslizarse hacia sus bragas. Cierro de golpe la maldita laptop y me levanto con el mismo impulso.

Camino cubriéndome los labios, mis ojos ardiendo, mi encía palpitando, cediendo ante mis colmillos. No pude seguir mirándola. Me estoy quemando, solo, en un apartamento en Shanghái, a miles de kilómetros de ella, necesitando que cruce por mi puerta y me solucione este problema. Pero eso no va a pasar. Estoy muy jodido. Mierda…

Apoyo una mano en la pared y la golpeo suave con el puño. Respiro tratando de arreglar la incomodidad feroz en mi boxer.

—¿Para qué carajos ha comprado tanta lencería? — ¿Para quién? demonios.

Justo cuando deliro casi en cólera por no tener esa respuesta, una llamada entra en mi teléfono, lo agarro observando la foto de Lukas. Exactamente el hombre que quiero matar.

—¿Con quién está saliendo Luna? —le pregunto sin más.

—¿Buenas tardes?

—Te dije que la cuidaras.

—Eso hago.

—¿Entonces cómo es que sale con alguien?

—¿Qué tal si la llamas y le preguntas?

—No quiero invadir su espacio.

—Tienes cámaras en todos los malditos pasillos de la casa, y una docena de guardias cuidándola, ¿no te parece que ya invades su espacio?

Tranco la llamada. Frustrado por no poder estrangular con mis propias manos al desgraciado que la está enamorando. Maldita sea, llamo a Lukas otra vez.
—¿Para qué mierda habías llamado?
—Para recordarte que tienes doce reuniones por videollamada mañana entre las dos y cinco de la tarde, y que por nada faltes a la cena con el Presidente del Consorcio de Energía Chino.
—¿Por qué no está llamándome mi secretario?
—Porque está de vacaciones, tus empleados tienen una vida. Deberías copiarles el ejemplo, por cierto.
—¿Así como tú tratas de copiarme?
—Oye, voy a decirte algo solo para que mejores tu humor de mierda; no sale con nadie, ella literalmente no sale. La llevo todos los días con el fisioterapeuta, asiste a sus clases de galés y ahora francés. Y sale de compras de vez en cuando. Eso es todo.
—¿No sale con nadie?
—No que yo sepa.
Cuelgo la puta llamada y arrojo el teléfono a una esquina. Me da igual si se rompe o no. No puedo seguir escuchando la incompetencia de Lukas. "No que yo sepa" ¡¡Tiene que saber!!
Me aflojo el nudo de la corbata y me acerco al bar, destapo una botella de coñac, me sirvo en un vaso pero tomo del pico de la botella. Esto de que me guste tanto una mujer… tanto al punto de no poder controlarme, jamás me había pasado, no así.
La última vez creí que estábamos en la misma página, que le gustaba. La forma en que se abalanzó sobre mí en el ascensor, ese beso en la ducha. Tengo que estar volviéndome loco pero definitivamente parecía ser un SÍ.
Tal vez sea un sí, pero los pensamientos de los humanos pueden ser volátiles, tal vez sí le gusto pero tenemos tanto tiempo sin vernos que ya está olvidándose de mí. Por eso está considerando verse con alguien más.
Lo mato, lo mato, lo mato, quien quiera que sea lo mato.
Cálmate.
De esto precisamente estaba hablando, Alessio, cálmate.

No puedo llamarla, ¿qué le voy a decir? ¿Hola, soy el imbécil por el cual te dispararon en una isla a kilómetros de tu país natal, me dejas entrar en tu vida?
No voy a llamarla, solo me acercaré si ella quiere. Lukas me dijo que le recordó que tiene mi número. Ella lo sabe, tiene mi número y si no me llama, tal vez eso quiera decir que no quiere verme. Y estaría bien, digo, pensando las cosas, si Luna lo desea, si no quiere estar más junto a mí, si es completamente indeseable para ella seguir con este contrato, estaría bien, yo estaría de acuerdo en anularlo…
Esa es una de las razones por las que no la he llamado.
No quiero escucharla decir que se quiere ir, quiero apretar sus cadenas, quiero ser egoísta y abrazarla a mí, que se quede mía, no la quiero lejos, no quiero compartirla. No puedo ni siquiera imaginarla con alguien más.
A Emiliano no lo maté, pero si alguien roza siquiera los labios de Luna, por supuesto que lo mataría.
Tal vez deba disculparme, eso es, tal vez si me disculpo por lo sucedido ella quiera hablar conmigo. Y si algo aprendí del siglo XVIII es que las flores tienen un lenguaje y que la manera en que un caballero, vampiro o no, debe pedir disculpas es enviando las adecuadas. Aunque mis problemas de memoria no me permiten traer a mi mente los nombres de cada una.
Regreso a mi escritorio y enciendo mi laptop, aún apagada por el empujón que le di. Hago una búsqueda en internet sobre el significado de las flores para refrescar mi mente.
Tomo el diario que llevo en curso y dibujo a lápiz un boceto de lo que me gustaría entregarle. Rosas blancas. Trazo primero las siluetas y las líneas de los tallos, largos con cortes naturales. Dibujo los capullos de las flores abiertos y grandes con eucaliptos ornamentales. Las envuelvo en papel satinado, pliegues suaves… como su voz.
Si se trata de pedir perdón, este tipo de rosa es la dama elegida por excelencia. Representa la pureza de un sentimiento, la sinceridad sin doblez, el arrepentimiento sin orgullo. En la época victoriana, enviarlas era una forma de decir "mi intención es honesta, mis palabras son limpias" sin tener que pronunciarlas.

Y si bien nada en mí es inocente, lo que siento por Luna no tiene mancha. Es lo único que se ha mantenido impoluto en mí desde que la conocí. Y quiero que lo sepa, que sepa que me duelen las heridas que recibió y todo lo que le ha pasado. Que lamento haberme alejado pero era necesario, que la extraño con una desesperación que no me permite dormir. Que, aun cuando no lo merezca, deseo que me perdone.

Culmino el boceto y camino con el diario en mano hasta mi teléfono tirado en el piso. Le tomo una foto al diseño y se lo mando por correo con mi dirección a la Floristería Andrea Quarrington, la más emblemática y sofisticada de Londres. Conocida por sus arreglos de alta floricultura y su estética impecable.

Espero que Luna pueda recibir los sentimientos que no logro expresar con mis palabras. Y que no piense en nadie más, sólo en mí.

…

Siete días pasan después de la recepción del gran bouquet de rosas, ya está cerca de marchitarse. En aquél día vi por la cámara de la sala cómo sus delicadas manos lo recibían y sacaban cada una de las flores para acomodarlas en un jarrón de cristal sobre el comedor. Definitivamente las amó, incluso tomó una y la llevó a su habitación. Nunca pensé en envidiar a una flor, pero bueno, aquí estoy.

Sin embargo, no me llamó. Ni un gracias me envió, así debe ser la rabia, el rencor que me guarda en su corazón. He revisado los servicios una y otra vez, ella tiene internet, he pagado el año completo de su teléfono y el del penthouse, así que por falta de posibilidades no es. Sigue sin perdonarme, ese es el asunto. Pero no planeo desistir, quiero que me quiera, que me desee como yo la deseo, quiero eso con cada fibra de mi cuerpo. La necesito, mi corazón yace en llamas más fuertes que las de un sol ardiente. Luna Thompson, perdóname.

Saco mi diario de nuevo, con lápiz en mano, y empiezo otro boceto. Magnolias blancas, rosadas, una combinación de ambas por todo el arreglo. Las blancas florecidas en símbolo de mi determinación inquebrantable, de la perseverancia de mi intención; las rosadas en botones cerrados en señal de sus sentimientos, que con mucho

respeto, le pido hacer a un lado porque su indiferencia no logrará alejarme del recuerdo de sus tiernos labios. Salal como follaje para mayor presencia, los tallos verdes de cada flor visibles en prueba de mi sinceridad, sujetos por un cinto con lazo blanco, que dibujo con mucho detalle. Porque esto que siento, es serio.
Le escribo otro correo a la prestigiosa floristería, envío el boceto pidiendo la elaboración de una réplica exacta para ser enviada a mi residencia. Y espero que esta vez en serio, ella logre escuchar, lo que con estas flores trato de expresar.
…
Tulipanes, gypsophilias rosadas, hortensias, flores de loto, orquídeas. En las últimas semanas lo he intentado todo. Nunca había sentido tanto odio, nunca me habían ignorado de este modo.
¿¿Pero qué puedo hacer??
Agarro mi libreta otra vez, dibujo un gran jarrón bañado en oro con forma de copa, y con extremo cuidado e intención trazo las líneas de cada una de las cien rosas rojas de este arreglo. No quiero perdón, no quiero hablarte más de mi buena intención, quiero que sepas que te codicio, que te ansío, que sí o sí quiero un sí. Que mi inmortalidad no va a aceptar no tenerte, que mi sangre clama por la tuya, que te necesito, que te pienso cada infame noche, que es imposible que tú no pienses en mí porque, aunque me enloqueces, no estoy loco. Tus labios me lo dijeron, tu lengua me lo gritó en la boca. Eres mía, quieres ser mía. Tu voz, tus ojos, tu aroma, todo de ti te delata cuando estoy cerca. Luna Thompson, tú me deseas como yo te deseo. Ya deja de mentir.
Dibujo también dalias rojas, cada trazo triangular en los pétalos con la misma pasión que denotan. Dedaleras cayendo como cascadas. Borro el trazo sobre el boceto justo ahí, porque sé bien lo que estas flores significan. Aún así mis manos, mi cuerpo y mi alma juegan en mi contra completando el trazo. Y no me queda más que admitirlo, envío este ramo entero de flores rojas porque estoy perdidamente obsesionado por ella.

Capítulo 18 - Los custodios

Luna

Hoy es un día lluvioso, pero es lo normal para ser Septiembre, la temporada de lluvia está a un mes de llegar. ¿Cómo se ve la ciudad cuando llueve desde un rascacielos?, simple, no se ve.
La neblina cubre todo debajo de la ventana, solo quedan visibles las puntas de algunos edificios. y las luces parpadeantes en rojo de las antenas para advertir a los helicópteros.
La verdad al principio me daba algo de vértigo, pero ya no.
Me he acostumbrado a esta vida, a estar lejos de las coloridas casas del vecindario. A los saludos cordiales pero no íntimos.
A la tranquilidad de este penthouse.
He continuado leyendo y registrando los sucesos importantes de los diarios de Alessio.
Sé perfectamente que él no me ha pedido que siguiera, pero tampoco me pidió que me detuviera, así que cumplo con mi trabajo en su ausencia. Leyendo y clasificando sus memorias.
Gracias a los conocimientos que he adquirido en este primer semestre de carrera, me he visto obligada a tener que hacer algunos cambios en su biblioteca. Alessio guardaba diarios con cientos de años de antigüedad como si fueran revistas de un quiosco.
Debido a eso, a muchas páginas se les ha borrado la tinta y cuesta mucho leerlas, sin contar el deterioro de las hojas, algunas más frágiles que ramas huecas. Por eso clausuré la ventana de la biblioteca para evitar que la luz directa continuara dañándolos, y cambié las bombillas por unas sin radiación UV. También reorganicé todo, trasladando algunos volúmenes modernos a otras estanterías para liberar los armarios con vitrinas de vidrio que ahora albergan sus diarios. Por último, le pedí a un técnico del edificio que independizara el sistema de climatización de esa habitación del resto de la casa, manteniendo temperatura y humedad estables. Sé que parecen medidas extremas, pero solo es lo básico cuando se trata de conservar archivos antiguos.

Y no mentiré, también me emociona mucho aplicar lo que estoy aprendiendo en mi carrera, soy una nerd de biblioteca, una feliz nerd de biblioteca.
Justo ahora, con guantes en ambas manos para evitar el contacto de mi sudor con las hojas, me hallo en la mesa de la sala, últimamente mi oficina de trabajo. Sé que el ambiente es algo húmedo para los diarios, pero necesito algo de ventilación para no ser asesinada por el polvo de aquellos que no he logrado limpiar aún; por eso mantengo el balcón entreabierto, con un purificador de aire encendido junto a la mesa para que el papel no sufra demasiado. Estos días han sido de mucha dedicación para mí en esto. Los leo, creo fichas índice que adhiero en el interior de cada uno para identificar su contenido. Guardo cada uno al terminarlo en una funda de poliéster tipo mylar y lo llevo a la vitrina. Es un proceso lento, en el cual también preparo fichas aparte con los sucesos más relevantes por siglo para Alessio, las guardo en una caja especial que pienso entregarle al volverlo a ver, con la intención de que le ayuden a recordar en su regreso. Sin contar que también fotografío cada una de las páginas y las guardo en un banco de memoria externo fuera de la red. Es un trabajo arduo, de muchas horas, pero completamente fascinante; no siento peso alguno sobre mis hombros al cumplir la labor por la cual me compró.
Justo cuando muevo otro diario hacia el centro de la mesa, algunas hojas caen. Ya lo había visto antes, la primera vez me asusté, pero parece que era normal para él dejar hojas sueltas adentro. Creo que si se acababa un diario pero tenía escritos que adjuntar, solo doblaba las hojas y las metía, sin importar la fecha ni el suceso. Pero siempre tenía notas fascinantes. Pienso que eran tan importantes que no podía dejarlas fuera y las adjuntaba sí porque sí.
Confieso que este tipo de memorias se han vuelto mis favoritas, cada vez que veo hojas sueltas literalmente leo oro. Sin embargo, me veo interrumpida esta vez. Mi teléfono suena, y la foto de Lukas se muestra en la pantalla.
— ¿Hola?
— ¿Qué tal Luna? acabo de ver tus llamadas de la mañana, disculpa por no atenderte ¿querías hablarme?

— Sí, de hecho sí.
— ¿Qué sucede?, ¿necesitas que vaya a verte?
— No, sólo quería preguntarte... ¿recuerdas a la amiga que vi en el hospital aquella vez?
— Sí, sí la recuerdo, ¿qué pasa con ella?
— Me gustaría verla.
Lukas se queda en silencio, un silencio largo.
— Seré honesto, tienes un contrato de esclavitud con Alessio, debido a eso yo no puedo autorizar esto sin decirle, ¿por qué no lo llamas?
Han pasado siete meses desde la primera noche que estuvimos juntos, cuatro desde que nos besamos en Santo Domingo, y no me ha llamado, si él no lo hace no veo por qué hacerlo. Y si lo hiciera, me vería patética, muy patética.
— Es que... quería que me ayudaras a conseguir ese permiso. Realmente me hace falta conversar con alguien.
— Claro. Sabes, llamaré a Alessio ahora mismo y lo obligaré a decir que sí, ya verás.
— Gracias Lukas, también quería comentarte que llegaron varios paquetes para él, los puse en el mismo lugar de siempre, y también la misma floristería volvió a enviarle flores, esta vez rosas rojas, están muy hermosas. — La tarjeta dice para Alessio, sólo eso, deben apreciarlo mucho.
— Ahh, está bien, tú sólo recibe todo lo que envíen a la casa, ya llegará él y verá qué hacer con sus cosas. Te voy a colgar para llamarlo.
— Okey, me avisas, y muchas gracias Lukas.
Vuelvo a mi asunto, levanto las hojas que se habían caído del diario. Están en muy buen estado y el idioma no es Galés, así que son de este siglo. Parece que Ale estuvo husmeando en sus cosas hace un par de años. ¿¿Pero cómo me atrevo a llamarle así?? Agito la cabeza con algo de calor en el rostro. Concentro mis ojos en las líneas, e inicio la fascinante lectura.

-

Diario

12 de mayo de 1979

Londres

Algunas cosas han estado difusas últimamente en mis pensamientos. Por eso elaboro este escrito. En busca de claridad y de establecer los pilares de mi razonamiento para la toma de futuras decisiones.

Los custodios de la humanidad. Es el nombre que le di a las familias que me juraron lealtad.

Los Manzanillo en el Caribe, Aguirre en España, De Noailles en Francia, Zhao en China, Walton en Estados Unidos y Sackler en Reino Unido.

Todos administran mis negocios y a la vez me deben su riqueza, todos son conscientes de sus pactos conmigo. Y de las consecuencias de traicionarlo.

¿Qué es lo único que pido a cambio?

Lealtad, y que me ayuden a mantener cerrada esa bóveda. Protegerla de los humanos tontos y ambiciosos.

Aún recuerdo esa época donde la arqueología tuvo su auge… Un grupo de millonarios quería abrir esas puertas. Malditos idiotas, el hecho de que los humanos tengan más armas no quiere decir que hayan evolucionado como especie. Si abren esa bóveda, Los Primeros volverán a esclavizarlos a todos y me buscarán.

Por ninguna razón puedo permitir eso, amo este mundo, amo su naturaleza. La belleza única que hay en la vida humana, tan llena de contradicciones y pasiones, me fascina.

Me gusta el sushi y la comida, me gusta ir al cine, y me agradan las personas, no todas pero algunas valen la pena, como Ilenka.

En aquellos años en que el Reino Vampiro se alzaba en su vanagloria bajo el dominio del emperador Mikael, la señora Ilenka, una humana que conocí a las afueras de la ciudadela, siempre me hacía una deliciosa tarta de fresas. Pero Mikael, se enteró que yo me alimentaba de su comida en vez de su sangre, y la mató.

Esa fue la gota que derramó mi copa. ¿Qué ocasionó la caída del Reino Vampiro?...

Una tarta de fresas.

Ya estaba harto de todos sus horrores y de su poca capacidad de convivencia, ¿qué somos los vampiros sino otro ser vivo? la especie al tope de la cadena alimenticia. ¿Por qué no morimos?, ¿qué o quién nos creó?, ¿de dónde nacimos? Nunca conocí a nadie que lo supiera. Incluso los humanos aún debaten el origen de su propia existencia, si fue Dios o sólo ciencia. En lo que a mi origen respecta lo único que sé es que huele a selva, flores y agua de río.
No soy ni me considero un demonio, esa connotación nos fue dada por los humanos porque los depredábamos. Supongo que lo mismo sucederá con las gallinas, para ellas los humanos han de ser diablos.
Como especie no teníamos la necesidad de matar, como si lo hacen la mayoría de los depredadores. Tras años de salvajismo, comprendí el valor de las fugaces vidas humanas. Entendí su belleza y su dolor. Traté de hacerles entender más de una vez a mis iguales. Podíamos tener una relación simbiótica con ellos, beber sólo lo necesario y a cambio cooperar, compartir conocimientos, vivir en paz.
Pero todos los veían como alimento, como el pasto que las vacas mastican. La única diferencia es que el pasto no grita, no sufre, no llora, no suplica, y si lo hace, no lo hace de una manera audible. El pasto no te ruega piedad mientras deja caer su última gota de esperanza de sus ojos. Lo que mi raza estaba haciendo era irracional, cruel y poco sostenible, éramos la plaga de la tierra. No quedaría un sólo humano vivo a ese paso.
Me molestó su falta de razonamiento, me molestó su indiferencia ante el dolor ajeno, me molestó su primitivismo... Me molestó que me quitaran el chance de seguir comiendo tranquilamente mi tarta. Me molestó que la señora Ilenka y yo, ya no pudiéramos volver hablar, por eso los traicioné, por malditos.
-

Presente - Shanghai

Alessio

Observo a Luna en la pantalla. Está en la mesa de la sala con mi diario abierto frente a ella. Dice que mis diarios deberían estar exhibidos en museos. Incluso comenta que es increíble que una simple tarta de fresas provocara su independencia.

Aunque suena tierna al decirlo. La verdad es que no es tan fácil para mí. Hay quienes, de saber mi verdad, darían lo que fuera por gritarle al mundo que soy un vampiro. Hay políticos que babearían por la oportunidad de acusarme y quedarse con mis bienes. Pero si eso ocurriera. Si intentaran arrebatarme lo que es mío, yo no tendría más opción que responder. Y entonces la guerra volvería. Con la llegada de la tecnología aprendí que incluso siendo inmortal debo protegerme las espaldas y estar al día. Tengo un sistema de modo muerto: me reporto siempre el día veintisiete de cada mes, es una rutina para mí. El día que no lo haga, comenzará un conteo regresivo de doce horas. Si no me presento ante al sistema, a través de los conductos de calefacción de la ciudad se liberará una toxina elaborada del veneno de mis colmillos, capaz de transformar a quienes la inhalen en vampiros sin necesidad de morderlos.
Como una infección, invadiría sus pulmones y su sangre, y en cuestión de días el Reino Vampiro renacería conmigo como rey; el resto de humanos volvería a ser ganado. Las élites lo saben. No saben exactamente cuál es el arma que tengo oculta, pero sí saben que todo se iría al carajo si cruzaran la línea de nuestra antigua colaboración.
Esto no es un plan es un seguro. Porque ellos son muchos y yo sólo uno. Pero esos son pensamientos extremos. Al igual que el resto, solo deseo vivir en paz. Y por eso todos desarrollamos armas. Si alguno cambia de opinión, pues destruimos la paz entre todos. A eso le llamo familia e igualdad.
Luna trabaja y estudia mucho últimamente. Le agradezco un montón que lo haga en la sala, pues así puedo mirarla por la cámara. Parece que el oficio se le ha hecho fascinante, sobre todo por las tazas de café que siempre acumula sobre la mesa. Es impresionante cómo busca la forma de alargar sus horas. Ese empeño suyo, ese buen ánimo que le pone a casi todo, me atrae mucho. También se ha vuelto a cortar el cabello. Mi dulce humana tiene un perfil precioso, las capas que caen al ras de su mentón la hacen ver muy elegante. Ella naturalmente es muy elegante.
Justo cuando la contemplo Lukas me llama, ya sé la razón, escuché algo de su conversación.

— ¡Lukas Sackler!, ¿cuántos paracetamol has recetado hoy?
— Hola, Alessio... el único paracetamol que voy a recetar hoy será para mí. Me provocas dolor de cabeza.
— Sí... debe ser doloroso extrañarme. Mejor toma ibuprofeno.
— Dios… Te llamo por Luna.
— Eso lo sé, cuéntame bien el asunto. — No aparto la vista de la laptop, casualmente ella se levanta de la silla y estira los brazos, acaricia los pétalos de las rosas rojas que le envié.
— Está pidiendo salir... encontrarse con una amiga, y quiero que le digas que sí.
— ¿Cómo se llama la supuesta amiga?
— Michelle.
Ahh, es la amiga de su infancia.
— Lo permito. Puede encontrarse mañana con ella, si tú vas de chaperón, por supuesto.
— ¿Crees que ya no tengo suficientes cosas que hacer? — protesta.
— Qué triste... desde aquí voy a mirar las lágrimas de Luna cuando le digas que no. Qué mal, Lukas.
— Eres peor que un dolor en las bolas.
— También te amo. *¿Ah?, me colgó*. — Pongo el teléfono a un lado.
Miro a la hermosa pero rencorosa mujer que me tiene cautivo tomándose un descanso mientras sigue contemplando el arreglo.
¿Si te gustan tanto las flores que te envío, por qué sigues molesta conmigo?
Justo su teléfono suena, Lukas le llama de nuevo y ella le atiende, conversan por casi dos minutos. Supongo coordinando todo. Pero cuando ella cuelga, lejos de estar feliz, su rostro se apaga, se vuelve triste. Se sienta en los primeros escalones de la escalera, hundiendo su cabeza en sus rodillas:
— Alessio habla con Lukas con tanta frecuencia que hasta le molesta. Si no te llama es porque no le interesas, ya supéralo.
¿Qué? ¿qué dijo?
Trato de llamar a Lukas para ver qué fue lo que hablaron.
Pero su teléfono suena apagado. Es una mala maña que tiene. Cuando lo harto demasiado lo apaga por un día o dos.

Luna se levanta con desánimo, sube paso a paso la escalera agarrándose de la baranda, como si le costara levantar cada pie. Camina con el mismo pesar hasta su puerta. Cambio a la cámara del pasillo para verla. Y se queda ahí, sosteniendo la manija sin tirarla, mientras mira fijamente la puerta de mi recámara al final del pasillo. Algo se aprieta en mi pecho al verla dirigir sus pasos hasta allá. Deslizando su mano por la pared, llega hasta mi puerta, tira de la manija y abre. Le toma al menos un minuto pasar. Yo comienzo a rogar que no cierre para poderla mirar.
Afortunadamente no lo hace y la persigo con el zoom. Se toca el rostro frente al espejo de mi cuarto. Camina hacia la cama, acaricia las sábanas. El corazón latiéndome fuerte en el pecho, con una leve sospecha de lo que está sucediendo, esperando tan siquiera una leve señal de confirmación.
La escucho murmurar algo, casi inaudible, y le subo todo el volumen a esta cosa. Ella continúa:
— Si tan sólo pudiéramos repetirlo… una vez.
¿Qué?
Ella se acuesta al pie de la cama, aferrándose a las sábanas. Escucho su llanto, demasiado impresionado para emitir sonido.
— *Ale* —pronuncia mi nombre, mi corazón al borde del colapso— *Prometiste que no dejarías caer tus siete millones.*
Muero y vuelvo a nacer.
Ya recordó.
Las palabras se atascan en mi garganta. No quiero hablar, quiero abrazarla, romper esta distancia en un mísero segundo.
¡Por el cielo y la tierra, ella ya recuerda!
Me agito, camino como un león enjaulado.
¿Por qué absolutamente todo ha tenido que complicarse justo ahora?
Quiero estar con ella, pero aún no he descubierto quién me persigue, quién trata de obtener la llave. No puedo acercarme, sería un riesgo. ¡Mierda! No sé cómo carajo ese supuesto comprador del terreno sabía que el rubí estaba ahí, que yo robé la llave y… ya conozco a esa clase de idiotas. Si al menos doy una señal de que ella es importante para mí, no dudarían en usarla.

No quiero que le hagan daño. No quiero que Luna muera de forma violenta ni prematura. Por ahora, no puedo regresar junto a ella, por mucho que me duela, hasta que descubra y mate a ese bastardo. Hasta que termine de verificar que todas las lealtades a mi alrededor son certeras. De lo contrario, lo sucedido en República Dominicana se volverá a repetir.
Ella continúa hablando:
— ¿Será que le dije algo hiriente?
— No, no lo hiciste.
— Él… repentinamente me olvidó.
— No lo he hecho.
— Ya ni siquiera hablamos y lo más fuerte de todo es que no sé ni el porqué.
Solloza.
Esto me rompe, no me gusta, no me gusta para nada verla así.
— Tal vez yo deba hacerme a la idea de que no le importo, de que Alessio y yo nunca vamos a estar juntos.
Eso jamás.

Capítulo 19 - Al final del camino

Luna

— ¿Está bien que me siente delante? — pregunto mientras me subo a la lujosa camioneta de Lukas.
— Sí, no hay problema. No tengo novia, nadie va a reprochármelo — me responde con una sonrisa amable — ¿Y a dónde quedaste con tu amiga?
— En Dragon Park.
— ¿El parque de atracciones?, ¿no están mayores para eso?
— Tal vez .— río con vergüenza.
— Ustedes con sus gustos, abróchate el cinturón.
— Sí.
Cuando arrancamos hacia mi encuentro con Michelle, empieza a sonar un solo de jazz por los parlantes y mi mente se pierde entre los edificios que observo por la ventana.
A veces se me dificulta entender cómo es que Lukas y Alessio son tan amigos… es que son personas tan diferentes. Lukas es calma y Alessio es tempestad, casi un huracán. La forma en que se expresan, cómo se visten… Alessio siempre de negro y Lukas la mayor parte del tiempo con tonos claros. ¿Cómo dos seres tan distintos lograron hacerse tan amigos?
Le observo con discreción. Mantiene la espalda recta y ese mismo perfil distinguido incluso cuando conduce. Manos más arregladas que las mías, se nota que es extremadamente meticuloso y pulcro.
— Si continúas mirándome así terminaré sonrojado.
— ¡Perdón!
— No te disculpes, era una broma… ¿Querías preguntarme algo?
— No, bueno… de hecho, sí. ¿Cómo conociste a Alessio?
— ¿No sabes la relación que tenemos?
— No… creo que no.
— Somos amantes.
— ¿Amantes?
— Sí.
— ¿QueEEEEE?

Él ríe, burlándose, hasta eso lo hace de forma elegante. Revelando que claramente me ha tomado el pelo desde el principio. Retiro lo dicho, Alessio y él son idénticos.
— Lo siento, es que me imaginé la cara que pondrías y me pareció divertido. No tengo esos gustos, tranquila. Sin embargo, sí tengo una relación aparte de la amistad con él. Uno de mis antepasados le juró lealtad y, de generación en generación, la antorcha ha pasado hasta llegar a mí. Nos hicimos amigos un día en que él fue a conversar con mi padre y yo interrumpí su reunión para recordarle a papá nuestra partida de videojuegos. Mi viejo se puso como loco, le tenía un miedo terrible a Alessio. — Es cierto. El apellido de Lukas estaba en la lista de los custodios. Él es un Sackler, esa es su verdadera relación. Un pacto firmado con sangre. — Pero Alessio le dijo a mi padre que jugaría conmigo y que después hablarían de negocios. Luego de eso, sus visitas a mi casa aumentaron e íbamos juntos a todas partes, hasta que mi padre falleció y me tocó a mí jurarle lealtad. Para ese punto ya éramos uña y mugre… por supuesto yo la uña y él la mugre.
Rio suave.
— No se me despega.
— Lo sé… aspiro poder seguir siendo así con Michelle.
— Oye, no pongas esa cara de nostalgia, ya casi llegamos.
Saca una sonrisa para tu amiga.
— Es cierto, debo poner buena cara.
— ¡Exacto chica! — Sube el volumen de la música. Con muy buena vibra continuamos el camino hacia el parque.
Cuando las atracciones se alzan a lo lejos, no puedo evitar revelar una sonrisa. Siento como si de alguna forma, volvieran esos valiosos días pasados..
Después de dar varias vueltas, Lukas estaciona cuadras antes porque el parque está lleno.
— Disculpa por hacerte caminar — me dice, mientras recorremos la larga acera que nos lleva a la entrada.
— Tranquilo, esto me ayuda con los nervios.
— Espera ¿no es tu amiga?, ¿por qué estás nerviosa?
— Hace mucho que no la veo… quiero que todo salga bien.

— Ya entiendo, creo que en realidad estás emocionada.
— Eso creo.
Cuando entramos al parque, saco mi teléfono y marco su número. Tras dos tonos, escucho el ring de un teléfono a mi espalda.
Me giro y ahí está ella, Michelle. Ambas soltamos un grito agudo en cuanto nos vemos. Nos lanzamos a abrazarnos y comenzamos a girar entre saltos.
— ¡Mírate, estás bellísima! — exclama mientras me detalla sujetándome por los hombros. Y por supuesto, ¿cómo no iba a verme fabulosa? Llevo unos pendientes de oro blanco marca Vglarux, un conjunto negro deportivo de short a dos piezas marca Lyly y los últimos sneakers lanzados por la prestigiosa marca IVW. Y aún así con todas las compras que hago, no logro gastar ni la mitad de la manutención que Alessio me da, es altísima. Mi cabello huele al champú Imperio de Jeancarlo. Mi rostro lleva todos los pasos de esos fabulosos tutoriales de skincare aplicados, cubiertos por sutiles toques de maquillaje. Mi vida ha dado un giro de la tierra al cielo.
— Qué cosas dices… — respondo con modestia — sólo gané algo de peso. ¿Recuerdas a Lukas?
— Ah sí… el maltratador.
— Me disculpo por eso — Interviene — Soy sobreprotector con Luna. Comencemos de nuevo, mi nombre es Lukas Sackler, un placer.
— Placer mutuo, mi nombre es Michelle Wang — contesta ella correspondiendo el apretón de manos.
— Bien, las dejaré solas para que puedan hablar, cualquier cosa estaré a unos pasos. Buscaré algo de beber.
Cuando Lukas se va, Michelle me empuja por el hombro, algo muy normal en nuestro trato. Nosotras somos… algo escandalosas.
— ¡Desgraciada!, ahora mismo me vas a contar, ¿dónde has estado?
Me rio.
— ¿Quieres que te invite a un hot dog? Tengo con qué pagar.
— Sinvergüenza.
— No, claro que no. Pero sí tengo con qué pagar.
Caminamos hacia el carro de comida, nos sentamos en la banqueta de al lado y con cada bocado nos ponemos al día.

— ¡Ese maldito de Xavier! — exclama Michelle después de tragar apresurada los restos de su salchicha.
— Baja la voz — le pido.
— Tu hermano te vendió como un saco de papas, ¿cómo quieres que me calme?
— Lo sé… Pero ahora estoy bien, tuve suerte, mi dueño es… — me muerdo el labio inferior. — muy bueno.
— ¿Qué es eso que acabas de hacer? — pregunta señalando mi boca.
— ¿Qué cosa?
— Eso. ¡Esa puti-señal que acabas de hacer!
— No hice nada.
— Él y tú tienen algo… ¿¿Lo tienen??
— Bueno…
—Dios mío. Sí tienen algo, ¿sigues siendo virgen?
Bajo la mirada con la cara enrojecida, niego.
— Y yo que siempre creí que sería la primera, pero miren a la tímida Luna.
— Oye.
— Es verdad lo que dicen de las calladas eh…
— No quiero hablar de eso aquí.
— No, bueno, me imagino que no.
— Michelle.
— ¿Y sí gemiste? digo, en las películas el sexo suena así pero siempre he creido que es fingido.
— Para nada es fingido.
Nos desarmamos de la risa, mi rostro rojo, el suyo también.
— No puedo creerlo. — Dice.
— Ni yo tampoco.
— ¿Y cómo llegaron a eso?
— Es difícil de explicar.
— Ay mierda… ¿él te obligó?
— ¡Por supuesto que no! Fue consensuado... y tierno.
— Mierda, te brillan los ojos… ¿tienen una relación?
— Michelle. — la interrumpo y tomo sus manos entre las mías — ¿Somos amigas, verdad? ¿Me creerías cualquier cosa que te diga?

— Obviamente.
Trato de buscar las palabras exactas, porque cada vez que una frase con el término "vampiro" pasa por mi cabeza, mi mente se nubla, quizás es debido al sello. Sin embargo, después de algunos segundos, agito la cabeza y consigo el juego de palabras adecuado.
— Alessio es alguien muy particular…
— ¿A qué te refieres?
— Él tiene apariencia joven, pero es… bastante longevo. Es bueno. Alessio es muy bueno conmigo. Pero…
— ¿Es un vampiro?— pregunta sin más.— Porque si lo fuera ahora todo sí tendría sentido. Que un hombre se tomara la tarea de comprarte para además mantenerte como una reina sonaba a fantasía. Lo del vampiro es mucho más razonable.
Reímos.
— Dios, Michelle... ¿Somos raras, verdad?
— Orgullosamente sí. Entonces, ya que tu bonita mejor amiga sigue soltera… ¿el tal Alessio no tiene amigos?
— De hecho sí. El hombre con el que me viste llegar.
— Espera… Él se presentó como Lukas Sackler. ¿Me estás diciendo que ese hombre es el heredero del Grupo Sackler?
— Sip, y no tiene novia… o al menos eso me dijo cuando veníamos de camino.
— No inventes, ¿ya me lo estabas colgando?— reímos otra vez—. Mejor dejemos de hablar de chicos. ¿Nos subimos a la montaña rusa?
— No. Eso es para pobres.
— ¡¡Desgraciada!! — Trata de empujarme de nuevo pero la esquivo. Rápido me abraza, caminamos hacia las atracciones. Como en los viejos tiempos, nos divertimos.
Subimos a la montaña rusa entre gritos y risas descontroladas. Luego de varias sesiones de adrenalina, nos lanzamos a recorrer el parque hasta que llegamos al laberinto de espejos. Corremos entre los reflejos, jugando a asustarnos como cuando éramos niñas.
—¿Asustada, Mich? —le pregunto entre risas, pero sólo mi eco me responde— ¿Michelle?— Las luces del laberinto parpadean. Todo mi cuerpo se pone en alerta y los reflejos distorsionados de los espejos

no ayudan a que ésta sensación de inseguridad creciente deje de encogerme el estómago. De nuevo, me siento como la gacela del documental, con el pensamiento latente de que en cualquier momento algo saltará de la oscuridad.
— Michelle, esto no es divertido. Por favor sal ya — insisto, mirando entre los espejos, hasta que en uno de ellos, veo a un hombre rubio detrás de mí. Pone una pistola en mi cabeza y el grito se me queda atascado en la garganta. Suena un disparo y suelto un grito horrorizado agarrándome la cabeza como loca.
Pero no hay sangre, sigo de pie.
En un pestañeo, veo al hombre que me apuntaba tirado en el piso, con un disparo entre las cejas.
Suelto otro grito, pero un brazo fuerte me jala lejos del cadáver. Es Lukas, y lleva a Michelle consigo.
— ¡Tómense las manos y no se separen! — Dice, con una vena en su frente, corremos entre los espejos. Lo sigo a ciegas, con el miedo aún en el pecho. Michelle llorando sin parar.
— ¡Cálmate! — pide Lukas—. ¡Cálmate! ¡Si quieres salir viva de aquí, tienes que calmarte!— Ella asiente y continuamos el paso. De pronto, él nos hace detenernos en completo silencio, escuchamos el golpe continuo de un tacón de zapato masculino. Mi garganta se seca. Todavía hay otro asesino, asaltante, quien quiera que sea, aquí.
Lukas nos arrastra detrás de unas cajas de madera.
— Espérenme justo aquí — Susurra, y lo miro a punto de llorar. Ya viví algo similar.
— No nos dejes.
— Volveré, confíen en mí. — Asiento, él desaparece entre los espejos.
No pasa ni un minuto cuando escucho una balacera que revienta algunos cristales, junto a los gritos de las personas afuera. Me tapo los oídos, Michelle también, ambas temblando entre llantos. Cuando por fin todo queda en silencio, solo escuchamos el sonido crujiente de pasos acercándose sobre los vidrios rotos.
— Perdón, Michelle, perdón — susurro.
— No es tu culpa — me responde entre sollozos silenciosos.

Cuando aparece Lukas de repente y soltamos un grito.
Él nos tapa la boca y nos mira enojado. — ¿Nunca han jugado a las escondidas? ¡La idea es que no nos encuentren.!— Respiro aliviada. Él retira sus manos de nuestros labios— ¿Alguna sabe cómo salir de aquí? — Michelle asiente.
— La octava puerta es la verdadera — dice señalando un reflejo que muestra una puerta con el letrero de "SALIDA".
Avanzamos entre los espejos, con mucho silencio, hasta que por fin cruzamos al exterior y nos recibe la oscuridad de la noche. Corremos entre las atracciones vacías, sin soltar nuestras manos.
—¡ Por aquí! — nos apura Lukas.
Pero cuando estamos a pocos metros de la entrada del parque, vemos una camioneta negra que se detiene y de ella bajan más asesinos.
Mi garganta se aprieta, pero aún así busco una salida con la vista.
— Lukas — le digo, señalando un muro a nuestras espaldas. No es tan alto, podemos saltarlo.
— Gracias a Dios. ¡Suban!, ¡suban! — Nos ayuda a trepar. Entre los tres logramos saltarlo y echamos a correr por un callejón rumbo a la calle. Mi corazón latiendo aterrado.
— ¡Los encontré! — grita alguien detrás de nosotros, y un escalofrío me paraliza por un segundo pero Lukas regresa y me jala del brazo.
— ¡Te quieren a ti, no dejes de correr! — Grita. Avanzamos tan rápido que siento que me falta el aire, pero sigo adelante sin mirar atrás. Y cuando la salida está más cerca, nuestra esperanza de escapar se ve nublada. Dos hombres cierran el paso al frente. Lukas dispara y caen al suelo, con una puntería que me deja helada.
— ¡No disparen, el jefe la quiere viva! — grita alguien a lo lejos, y justo después suena un disparo que hace a Lukas caer al piso.
— ¡¡Lukas!! — grito, volviéndome hacia él, pero Michelle me sujeta con fuerza.
— ¡Vámonos, Luna, vámonos! — me suplica, pero me resisto. No puedo dejarlo, él ha cuidado de mí todos estos meses. Forcejeo tratando de alcanzarlo. Viendo todo suceder lentamente, porque en el fondo, sé que es posible que muera por elegir quedarme y no correr.

Entonces escucho un grito desgarrador que nos desconcierta a todos, y luego otro, y otro…
Los matones dejan de correr hacia mí a medida que caen al piso entre gritos de pánico y paredes que son salpicadas con sangre. Miro hacia la oscuridad del callejón, sudando frío. Viendo como el último hombre en pie se desploma al piso al ser atravesado en el pecho por un tubo que le es arrojado. Mi corazón salta de tal modo que me tiemblan las rodillas.
Pero al ver la silueta que sale de la sombra, vuelvo a recuperar el aliento, con un pequeño temblor en los labios mientras trato de mantener las ganas de llorar en mis ojos; Un hombre alto, de piel morena, vestido de negro y con el cabello largo cubriéndole el rostro aparece ante nosotras. La brutalidad de la escena deja a Michelle sin habla. No sucede lo mismo conmigo y no porque esté acostumbrada. Quién me quita la voz no es el miedo, es él.
Alessio se agacha junto a uno de los cuerpos tendidos en el suelo y sin una pizca de piedad se limpia la sangre de las manos con la camiseta blanca del muerto. — Gracias por servir para algo — dice.
Se levanta peinando su cabello hacia atrás y deja su rostro al descubierto. Hermoso e irreal, igual que sus ojos rojos que me miran fijamente desde la distancia, desarmándome, porque yo no estaba preparada para verlo, ni hoy ni nunca, mucho menos en este momento. ¿Cómo lo saludo? ¿Qué le digo? No sé qué hacer.
Comienza aproximarse, justo se topa con su mejor amigo tumbado en el piso.
— ¿Lukas… te dejaste matar? — pregunta haciendo una pausa.
— No. Sólo estoy tirado. Tengo chaleco.
— Bien. — Alessio camina sin prisa hacia nosotras. Mi amiga se aparta a un lado.
— Hola, Michelle — le dice con cortesía, sin dejar de acercarse a mí.
Es él, de verdad es él. Y está aquí.
Mis pies empiezan a retroceder por puro instinto. ¿Siempre fue tan alto?, ¿por qué estoy tan asustada?... Ya no me persiguen pero mi corazón no se calma. ¿Por qué siento éstas ganas de correr?, ¿es su sed de sangre? ¿y si lo es, cómo es que la siento?, acaso es… ¿tanta? Lo miro, tan perfecto que me ruboriza la piel, no tengo duda alguna, ¡este vampiro va a destrozarme!
— *Mi dulce y hermosa Luna.* — Dice con una sonrisa cuando se detiene tan cerca que su aliento me roza la cara — ¿Estás bien?
No respondo. Sólo permanezco viéndolo, consumida por los nervios, incapaz de emitir más palabra que mi exhaltada respiración.
— Supongo que tendré que averiguarlo — susurra contra mis labios. Sujeta mi mentón con ternura y me entrego a él, dejando que su lengua me tome tan voraz

como nunca había sentido.
Nos besamos con un ritmo profundo, lento. Con una dulce añoranza en medio de roces que se tornan cada vez más urgentes. Y lo son, siento en su boca, que él, tanto como yo odiaba esta soledad, esta condena que nos privaba del otro. Mi difícil viaje por el desierto ha llegado a su fin. Toda mi sed está siendo saciada, mi cuerpo entero siente una arrolladora catarata arrastrándome a sus aguas, y no me resisto, me sumerjo en él. Había deseado este momento más que cualquier cosa en mi vida; su abrazo apretando mi cintura hasta dejarme en puntillas en un beso que ninguno de los dos busca terminar. Por el contrario, con cada segundo nuestros labios se abren más. Sofocante, justo como lo recordaba, por un momento me olvido de todo y solo disfruto con deleite el sabor de sus labios. Pero me separo para mirar sus ojos, para confirmar que esto no se trate de otro sueño.
Él vuelve a besarme, enterrando sus dedos en mi cuerpo.
Se aferra a mí denegando toda posibilidad de soltarme, como si mis labios fueran algo necesario, preciado.
— Em…— Interrumpe Lukas desde el suelo— ¿alguien recuerda que me dispararon?
Alessio se ríe en mis labios, pero continuamos besándonos.
A lo lejos aúllan las sirenas de la policía.
Todo, absolutamente todo queda en un tercer plano.
Porque nuestros labios al fin se han reencontrado.

Capítulo 20 - Reencuentros

Luna

—¡Patrón! —grita el conductor de una van a la salida del callejón, tocando la bocina dos veces. Alessio alza el rostro por encima de mi cabeza y pasa un brazo sobre mis hombros ocultándome en su pecho.
— Ayuden a Lukas, está herido.
Con su orden varios hombres se bajan del auto, pasan junto a nosotros. Uno de ellos se detiene en frente. Alessio conversa con él.
— ¿Ves aquél tipo? lo dejé vivo para que lo interroguen.
Llévenlo a la mansión.
— Sí señor.
Lo miro otra vez. Tras disculparse, le pide a Michelle que suba a la camioneta, sin dejar de observarme. Ella se niega, nerviosa. Suelta una cadena de excusas apresuradas, que obviamente Alessio no va a aceptar, así que intercedo.
— Deja que hable con ella— Le pido. Él asiente, y mis pasos me llevan hasta Michelle.
— Por Dios sí es un vampiro — Ella susurra apenas me tiene en frente.
— Escucha, lo que te dije sobre él es cien por ciento cierto, es muy buena persona, sólo va a hablar contigo, por eso quiere que subas, es todo.
— ¿No sé comerá mi corazón?, porque tengo algunos libros de historia que dicen que…
— No Michelle, no. No se comerá tu corazón.
— La policía está llegando. — Advierte Alessio, y Michelle consiente el asunto, sube a la camioneta. Yo me acerco a él, pero justo su teléfono suena con una llamada.
Aun así entrelaza nuestras manos y se acerca conmigo a la camioneta.
— Estoy de camino a la casa Sackler. Los quiero a todos allá — Dice, antes de ayudarme a subir. Cierra la puerta y elige el único asiento individual de la van, se hunde en él y antes de que pueda reaccionar

me jala por las caderas y me sienta en sus piernas. Su mano se ajusta en mi cintura, yo apoyo mis manos inevitablemente en su pecho. El rostro me hierve de la vergüenza.
— No podemos demorar más cuando el tipo se burla en nuestra cara. — habla furioso por la llamada — ¡Llevo meses en esto!... No quiero escuchar esa mierda. Pedí su nombre, y lo quiero esta misma semana en mi teléfono, sin excusas. — Lo observo destapar una botella de ron con los dientes y darse un trago. Me doy cuenta que, a pesar de su enojo, de la rabia casi tangible con la que habla, su mano no ha dejado de acariciar suavemente mi cadera, es un toque que se siente intenso por el calor que emanan sus dedos.
Lo hace aquí, frente a todos, frente a Michelle y a Lukas. Creo que nunca podré volver a mirarlos a la cara, aunque hay varias filas de asientos vacías que los separan de nosotros. Les presto atención a lo que hablan por un instante:
— ¿Estás herida? — Lukas le pregunta, mientras la enfermera le revisa la espalda.
— No, pero gracias por preguntar. ¿Qué tal tu espalda?
— Fatal — admite él y ambos se ríen. Michelle saca una envoltura de chicle de su cartera y se la ofrece. Empiezan a entablar una charla en un tono casi inaudible. Mi corazón comienza a sentirse más tranquilo, porque de alguna manera logramos sobrevivir a lo sucedido, todos estamos bien.
Estamos todos, eso es lo importante.
— ¿De verdad estás bien? — susurra Alessio apartando mi cabello de mi oído. Sus dedos rozan mi hombro en el último arrastre, haciendo que todo dentro de mí se tambalee.
— Sí, estoy bien.
— Y hermosa también.
Sonrío agachando mi rostro por la vergüenza, hay demasiada gente aquí, y también, después de ese beso tenemos una conversación pendiente, pero este no es el lugar ni el momento. — Tenemos que hablar. — le digo.
— Cuando y cómo quieras.
— *Ale*. — Replico.
— ¿Cómo acabas de llamarme?

— Deja de jugar, es en serio.
— No respondiste mi pregunta. — Trato de ignorarlo, de que un milagro haga que pase por alto ese desliz, pero él se acerca a mi oreja, susurra:
— Cuando el vehículo pare, ¿quieres quedarte a solas conmigo aquí o quieres que salgamos con los demás?
— Quiero bajar de esta camioneta lo más rápido posible.
— ¿Por qué tanta vergüenza?.. ambos sabemos que no es la primera vez que te sientas sobre mí.
— ¡Alessio! — le reclamo entre dientes.
— *Entonces lo recuerdas.* — Responde con viveza, sus dedos bajando algunos centímetros de mis caderas, erizándome toda la piel.
Caí en su trampa, ya sabe que lo sé, que finalmente he recordado lo que tanto quería. — Hablaremos cuando todos se vayan — Afirma, y no menciona nada más al respecto, por todo el camino, sólo permanece pensativo, hasta que llegamos a la mansión Sackler.
A través de la ventana, puedo ver una larga fila de hombres alineados esperando, y justo cuando el vehículo frena, un preocupado mayordomo desliza la puerta desde afuera.

— ¡Señor Alessio!, ¡Señorito Lukas!, ¿todo bien? — Pregunta, y sobre la risa de Alessio, Lukas protesta:
— ¡Dime señor a mí también, Sebastián!
— Ha pasado tiempo, qué bueno verte tan bien, mayordomo. — Dice Alessio.
— La salud del sirviente es reflejo del buen patrón, mi señor.
Alessio asiente.
— Atiende al señorito primero.
— Cállate.
— Sólo es de cariño, Lukas… Atiéndelo primero, Sebastián. También a la señorita Wang, nuestra invitada. En un rato entraré a la casa para atender los asuntos de trabajo pendientes.
— Me encargaré de todo señor.
Uno a uno, todos en la van comienzan a bajar. Hasta que llega el turno de Michelle, la cual, aprovechando que Alessio mira algo en su

teléfono me hace la señal de la cruz y me guiña un ojo. — Que el Señor te proteja — Gesticula. Bajando con una risa acallada. Yo de verdad no hallo dónde meter la cara.
— ¿Cierro la puerta, patrón? — pregunta el chófer.
— Sí, y déjanos solos.
La puerta de la van apenas se cierra cuando siento su mano subiendo de mi rodilla hasta el muslo. Las luces del auto se atenúan y ya está sobre mí. — ¿Puedo? — Su aliento me roza el cuello, cargado de necesidad, y ni bien le digo que sí, su boca me aprieta, el pellizco de su mordida se siente fuerte hasta que el dolor agudo y placentero de sus colmillos hundiéndose en mi piel me arrebatan un suave gemir. Mi cuerpo tiembla por el recuerdo, su mano aprieta mi pierna, temblando también, quizás por la sed, por la abstinencia. Mis senos son comprimidos bajo su pecho a la vez que mi entrepierna se humedece.
Arqueo la espalda sin poder contenerme, sin saber si está mal o bien que me guste su maltrato, pero es tan placentero que no puedo disimularlo. Enredo mis dedos en su cabello mientras su boca succiona mi sangre, entre chupadas y pellizcos que lo muestran perdido en mí. Como si solo yo pudiera calmar su sed, como si solo quisiera entregarse de este modo entre mis brazos. No lo sé. Puede que solo sea una percepción de lo bien que se siente verlo tan complacido al beber de mí. Pero no me importa. Lo adoro así.
Mi respiración empieza a agitarse, su mano sube tanto que se desliza debajo de mi short apretandome con fiereza los gluteos, haciendo de la humedad de mis bragas un indecente mojadero.
— *Ale.*— Le insto a calmarse, a ir más despacio, y de inmediato suelta la mordida con un gemido placentero al deglutir, se alza lentamente, mirándome a los ojos con los labios manchados de sangre.
— ¿Podemos hablar? — Le pregunto, ambos casi jadeando.
Él asiente.
— Déjame hacer una cosa antes.
Se acerca a mi cuello y lame la mordida. Lo hace despacio, su lengua recoge deliciosa y tormentosamente lento las sobras de sangre bajando por mi piel. Separando involuntariamente mis labios,

mis piernas. Su lengua pasa por mi piel mas de cinco veces cuando se queda prendido en un punto que aprieta con sus labios hasta hacerme un doloroso y excitante chupón. Justo cuando me rompe mis defensas. Cuando me deja la boca salivando de deseo, Se aparta despacio y vuelve a mí.
— Ya podemos hablar.
Me acomodo la ropa, su mano retrocede por mi pierna hasta ocultarse en su bolsillo. Trato de sentarme bien, pero es que así sobre él no puedo ni pensar, no puedo ni elaborar una simple oración sin titubear.
— ¿Puedo bajar?
— Claro — Levanta las manos como bandido desarmado.
Me escapo de su regazo y me siento en el asiento del frente, volviendo a acomodar mi ropa, tratando de disimular el calor que todavía me sube de la entrepierna hasta el cuello.
— Bien.
— ¿Sólo bien? — réplica —. Pensé que esa noche había valido más que eso. Me siento usado.
— No me refería a eso, me refería a que ya podemos comenzar a hablar.
— Lo sé — responde acomodándose en el asiento, mostrando esa sonrisa ladina otra vez —. Pero me gusta sonrojarte. Me gusta que podemos hablar todo el tiempo de casi cualquier cosa; ningún tema es aburrido contigo. Me gusta encontrarte cada día en mi casa. Me gusta lo perceptiva e inteligente que eres. Tu bondadoso corazón. También adoro esas hermosas caderas y los tres lunares que tienes en el pezón izquierdo.
— ¡Pero…!
— Lo que trato de decir es que me gustas, Luna. Me gustas mucho. Y quiero saber si tú sientes lo mismo.
Su confesión queda suspendida en el silencio entre nosotros. El tiempo parece detenerse en lo que mis labios tratan de formular una respuesta. Pero la seriedad de su pregunta me hace encontrar aplomo. Consigo elaborar los cuestionamientos que debo hacer.
— Antes de responderte — lo miro fijo — ¿puedo preguntarte cuántos años más crees que vivirás?

— ¿Por qué la pregunta?
— Es importante… tengo un punto.
— Bueno, llevo aquí mucho tiempo. Más de seiscientos años desde que encerré a los Primeros, y antes ya había vivido unos trescientos más. Siento que apenas llego a mi madurez. En un contexto humano, supongo que soy un adulto joven, eso pienso. Honestamente, creo que me queda mucho por vivir. Lo siento en mi fuerza, en mis venas.
— Entiendo… He seguido leyendo tus diarios. Y en definitiva lo de Marlene fue importante para ti. Sufriste mucho por ella. Por eso te pregunto; ¿No es cruel que intentemos esto sabiendo que yo viviré mucho menos que tú?
— ¿Te preocupo?
— Sería realmente cruel e ilógico que tuviéramos esta charla si así no lo fuera.
— ¿Sabes qué es cruel? que no respondas mi pregunta. ¿Luna Thompson, yo te gusto?
— Sí. — respondo, sin dejar de mirarlo a los ojos — Me gustas mucho ¿no es obvio?, te pienso todo el tiempo, pero… también tengo miedo.
— ¿De qué?
— De ti.
— ¿Por qué?
— Porque no es tan sencillo. No es como que yo pueda tener algo contigo y si no funciona recoger e irme... si por alguna razón no funciona, igual tendré que verte cada día de mi vida. Incluso si me haces a un lado y traes a otra mujer a tu casa, yo tendré que servirles.
— Eso que acabas de decir es muy ruin. Jamás te haría algo como eso. Te respeto. Esto es… ¿Esto es por lo que me contaste antes? ¿por la experiencia que tuviste con ese chico?
— Fue hace años.
— ¿Es por eso?
— No lo sé… Tal vez sí o tal vez no. Sólo trato de… cuidar de mí misma de algún modo, protegerme un poco. Perdón si te he molestado.

— No. No me ha molestado. Y creo que haces las preguntas correctas.
Me sonríe amablemente, le correspondo. Se siente como si algo entre nosotros hiciera clic, mucho más que un clic.
— Sabes… acabo de pensar en algo — dice — Ven conmigo adelante. Hay un lugar al que quiero llevarte.
— ¿Qué?, pero si acabamos de llegar.
Abre la puerta y se baja, se quita la camisa frente a mí, y le dice a uno de los guardias en la puerta que le traiga otra.
Trato de no mirar, pero es que es muy difícil. Le devoro el abdomen entre cerrando los ojos. Reviviendo el recuerdo del sabor de su piel en mi mente sin querer.
Él apoya ambas manos en la van durante la espera y, al hacerlo, vuelve a mirarme de frente.
— ¿Qué haces?— le pregunto.
— No puedo salir manchado de sangre, me aseo un poco. ¿Tienes de esas toallitas húmedas que las mujeres usan?
— ¿Toallitas desmaquillantes? Sí.
— ¿Puedes limpiarme la cara por favor?
— Claro. — Se acerca a mí. Saco una toalla de mi cartera y empiezo a limpiarle la cara. — ¿Vas a decirme a dónde vamos?
— Ya vas a ver — Llega el guardia y le entrega la camisa, él la cuelga en un gancho interior mientras le sigo limpiando.
— Continuemos hablando — dice — acabas de admitir que te gusto, pero no dijiste el por qué. Eso fue injusto... ¿Qué te gusta de mí?
— ¿En serio tengo que decirlo?
— Me da curiosidad saber.
— Bueno, además de lo obvio...
— ¿Qué es lo obvio?
Que estás bien bueno.
— Que eres lindo... apuesto en realidad.
— Gracias.
— También es muy agradable pasar el tiempo contigo. Pero... lo que más me gusta de ti es que eres confiable, si justo ahora me dijeras que salte de un edificio porque tú me atraparás abajo, yo saltaría sin pensarlo.

Cuando limpio la última gota de sangre, él se queda mirándome.
— Nunca te pediría que saltes de un edificio. Pero comprendo lo que tratas de decir... me esforzaré por mantener tu confianza.
— Gracias. Ya terminé.
Se tira la camisa encima y empieza a abotonarla.
— ¿Cómo me veo?
— Justo al lado tienes un espejo.
— Pero quiero tu opinión.
— Te ves muy bien… ¿Te encanta que te lo digan, verdad?
— Sí — ríe.
— Eres de lo peor.
— Lo siento. — se muerde el labio — Ya estoy listo, ven, vamos adelante. — Justo cuando bajamos nos topamos con su auto deportivo. Con razón nunca lo veía en el estacionamiento, parece que lo dejó al cuidado de Lukas todo este tiempo. — Mejor, usemos mi auto.
— Bien. — Me parece muy buena idea, y también me deja más tranquila. Sobre todo porque acabamos de escapar de la policía con esa van, y no es muy buena idea regresar a la ciudad conduciendo el vehículo de un delito.
Cuando entramos a su auto, juro que huele embriagadoramente a su perfume. Es impresionante que se haya quedado impregnado después de tanto tiempo. Aprovecho que él inicia una llamada por teléfono para sacar mi bolsito de maquillaje.
— Señor Vittorio. Disculpe las altas horas — dice, yo con un pañuelo a toques secando mi sudor frente al espejo del parasol, intentando no parecer demasiado pendiente de su conversación, aunque es casi imposible.
— ¿Usted podría recibirme en la tienda? Voy de camino — Se queda unos segundos en silencio, escuchando. — Sí, voy con una dama — confirma, y ese detalle me hace mirarlo, él sonríe y sigue conversando. Saco mi polvo compacto, paso la mota suavemente por mi cara.
— Muchas gracias. Estaremos allí en breve. — cuelga la llamada.
En serio trato de morderme la lengua para no preguntarle, pero la curiosidad me gana.

— ¿Vas a decirme a dónde vamos?
— Es una sorpresa.
Reímos suave, como en un susurro. Él sube el volumen de la música. "Careless Whisper" suena en las bocinas.
Trato de contenerme pero él empieza a cantar primero, y la verdad, es que otra de las tantas cosas que adoro de él es que tenemos el mismo gusto musical, cantamos juntos por todo el camino, hasta que nos detenemos frente a una tienda en Old Bond Street. Una calle muy conocida en nuestro país por albergar tiendas para gente rica.
Él apaga las luces del carro, miro todo a nuestro alrededor.
— Ya llegamos. — Dice.
— Sí… pero todo está cerrado. ¿Qué hacemos aquí?
— Para Alessio Yvoty, esta ciudad nunca duerme. Voy a abrirte la puerta.
Desciende y rodea el vehículo hasta alcanzarme, tomándome de la mano para ayudarme a bajar. Quedamos frente a la fachada de la joyería QUA, la más costosa del país, si no mal recuerdo.
Nos acercamos a la puerta de cristal. Un hombre joven rubio, trajeado y con bigote inglés nos abre de inmediato.
— Señor Alessio bienvenido. Bienvenida usted también señorita, por favor, pasen adelante.
Nos recibe amablemente. Alessio me presenta, le dice mi nombre y le doy la mano, éste hombre me provoca un escalofrío extraño. Pero su expresión es tan afable y educada que la calidez de su trato sustituye cualquier pensamiento que mi cabeza sobrepensante busque crear.
Justo como creí, ésta es la joyería Quarrington, y este hombre es su dueño. Pero qué lejos ha llegado esta chica de Newham.
Nos lleva a una zona VIP donde ocupamos un cómodo sofá, el señor nos pregunta si deseamos algo. Yo digo agua, Alessio igual. Nos sentamos a gusto, el caballero comparte con nosotros, hasta que entramos en el tema de nuestra visita.
— Bueno, ya me ha contado algo por teléfono — continúa el joyero —. ¿Qué pieza desea que le muestre a la señorita?
¿¿A mí??

— Quiero regalarle a mi novia un anillo de promesa.
¿¿Su novia?? ¿Desde cuándo somos novios?
— Con mucho gusto. ¿Tiene alguna preferencia?
— Sí, que sea el más caro de la marca.
—Anillos así suelen hacerse por encargo, pero traeré las mejores opciones. Nuestro anillo "Eternel" sería perfecto para ella.
— ¿Es lo suficiente costoso?
— Cuesta ciento veintisiete mil libras esterlinas.
— Qué decepción, me hubiera gustado algo más caro.
— Es una pieza exquisita. Tal vez si la ve, logre cambiar de opinión — responde Vittorio, levantándose del asiento a una bóveda con contraseña numérica. Saca un estuche aterciopelado y la acerca a nosotros colocándola en la mesa. Cuando lo abre, un diamante deslumbrante con una etiqueta de cinco quilates queda expuesto. ¿Un anillo de promesa? Hay gente que se casa con joyas como ésta.
No puedo evitar que mis ojos brillen al mirar.
— Los dejaré a solas un momento — dice Vittorio, cerrando la puerta de cristal tras él.
Alessio toma mi mano y la acaricia suave.
— No sabía qué hacer para que me creyeras, pero quiero tener una relación contigo.

— ¿De verdad?
— Claro. No quiero que nos besemos a escondidas en callejones oscuros. Quiero que nos hagamos compañía, que podamos volver juntos a casa sabiendo que entendiste que me gustas de verdad. Quiero saber si quieres ser mi novia. Te lo estoy pidiendo en serio, con este anillo en mi mano. Y estoy ansioso de que me digas que sí, porque quiero que me vean contigo, quiero presumirte con todos mis conocidos.
— ¿Y tendremos citas?
— Muchas de ellas.
— ¿Comeremos helado juntos?
— Todas las veces que quieras.
— ¿Por qué? — Mi voz se quiebra. Es que nunca me habían tratado así, tan bien.

— Porque de verdad me gustas.
— Pero no me llamaste en seis meses.
—Lo sé, es complicado, y prometo que te lo explicaré. Pero por ahora, ¿puedes responderme?
— Sí quiero ser tu novia. Pero por favor, Alessio. No me rompas el corazón.
— No voy a hacerlo. — Se acerca a mi rostro. — Este es el único edificio del que te pediré que saltes. Puedes confiar y saltar, no te voy a fallar.
Toma el anillo, lo desliza en mi dedo anular y me besa la frente.
— Ahora es oficial… Eres mi novia. — Afirma y se muerde el labio inferior.
Lo miro con ojos llenos de esperanza, enamorada, deseando de todo corazón ser feliz.
Y aunque su naturaleza sea un indicativo de peligro, le doy mi confianza, y mi corazón. Por él estoy dispuesta a ignorar las señales. Estoy dispuesta a lo que sea que él demande.
…
Regresamos a su auto, después de un brindis, las atenciones del señor Vittorio fueron más que agradables. Alessio conduce hacia la mansión de Lukas con una mano en el volante y la otra entrelazada con la mía. De vez en cuando me dedica una sonrisa, lleva mi mano a su boca y la besa.
¿Esto es real?... ¿Es un sueño?
Todavía no puedo creer que él haya regresado, que estemos juntos.
Cruzamos el portón y nos acercamos a la casa; veo a Lukas en la entrada como madre esperando a su hijo que llega fuera de horario en la madrugada. Nos bajamos del auto y nos intercepta de inmediato.
— ¿Se puede saber dónde estaban?
— ¡Lukas, qué bueno verte vivo! — responde Alessio risueño como la brisa de la mañana. —Tengo algo que contarte. Le pedí a Luna que aceptara ser mi novia.
— ¿Y le dijiste que no, verdad Lunita? Mereces algo mejor que este vampiro mafioso, egocéntrico y narcisista.

— No lo escuches. — me dice Alessio, pasando su brazo sobre mi hombro. — Solo está envidioso porque ya casi cumple cuarenta y sigue solo.
— No tengo cuarenta, tengo treinta.
— Uy, qué diferencia.
Rompo a reír con ellos.
— La verdad es que le dije que sí, te he fallado Lukas, lo siento.
— Bueno... déjame ver bien ese anillo. — Dice, soltando un suave silbido al sostener mi mano. — Siempre que lo utilices debes llevar un escolta, me parece que tienes la inicial de una casa en el dedo.
— No es necesario — dice Alessio.
— Luna y yo ya no vamos a separarnos.
— Te noto un poco enamorado.
— ¿Para qué te voy a mentir? — Me mira con picardía.
— Bueno, muy hermosa la velada, pero necesito que usted, mi estimada dama, me devuelva a mi jefe.
— Claro, es todo tuyo.
Reímos. Pero cuando nos quedamos en silencio, la mirada de Alessio se oscurecen un poco. Es claro que está preocupado por lo sucedido hoy.
— Bueno, buscaré a Michelle e iré a descansar. — Me zafo con suavidad, y comienzo mi camino hacia la puerta. No doy más de cinco pasos cuando Alessio me llama y me pide que le espere. Me alcanza.
— ¿Sí? — pregunto volviéndome hacia él.
— ¿Te veo en un rato? — Susurra, y me besa suave en los labios.
— Nos vemos en un rato, novio.
— Querida novia. — Besa mi mano derecha, abre la puerta para mí y le pide a un sirviente que me ayude a acomodarme. Él regresa con Lukas, yo comienzo a subir la gran escalera de mármol hacia la habitación de huéspedes.
No hay mal que dure cien años, eso se suele decir. En mi caso duró dieciocho años. Siempre me presento como Luna Thompson a cada lugar que llego, la gente sabe mi nombre pero no me conoce. No saben todas las cosas que pasé. Los gritos y golpes que todavía me quitan el sueño en las noches. Las heridas en mi alma que aún

duelen aunque estén aparentemente cicatrizadas. Mi situación inicial era difícil, muy difícil.
Así que, aunque mi ruta de escape siga envuelta en oscuridad, me alegro por mí. Me alegro por ser capaz de dormir ocho horas, ya sea de día o de noche sin miedo; me alegro por lograrlo, aunque todavía con algunas pesadillas. Me alegro por haber ganado peso, por comer cada vez mejor. Me alegro por mi buen desempeño académico, por cada nueva tarea que aprendo y por los idiomas que con mucha fascinación estudio.
Me alegro por mi trabajo. Por poder comprar cosas por placer y no solo por necesidad. Por mirarme al espejo sin buscar ni encontrar defectos.
Me alegro por haberte conocido, Alessio. Aunque sé que la moral debería llevarme a odiarte, aunque soy consciente de que todo en tu historia está manchado de sangre, has cumplido nuestro acuerdo, has cumplido tu palabra. Pero, por encima de todo, te has ganado mi corazón, y no solo por una noche en tus brazos, o porque tengas un rostro y cuerpo esculpido a mano.
Me has ganado con tu amabilidad y tu respeto.
Oficialmente estoy saliendo con Alessio Yvoty. Y podría gritarlo con mucho orgullo. Yo también le quiero presumir.

Capítulo 21 - La debilidad del guardián

Alessio

Cuando termino la charla con Lukas afuera, camino junto a él a través del salón principal de la mansión Sackler. Una verdadera reliquia arquitectónica cuyo lujo antiguo nunca pasa de moda; suelos de mármol blanco que reflejan la luz amarilla de las lámparas de cristal. Muebles antiguos de madera oscura tapizados en color crema, cortinas pesadas y pinturas costosas que lo vigilan todo. Lukas me da una palmada en el hombro, volviendo a felicitarme por mi noviazgo, y nos adelantamos hasta llegar al cruce del largo pasillo donde se encuentra el secreto más grande de esta familia; el primero de los Espejos Gemelos.

Nos paramos enfrente. De inmediato el sistema de reconocimiento facial de la cámara que tiene integrada nos reconoce y el espejo cede hacia atrás, abriendo la puerta de hierro forjado que nos lleva hacia el jardín interior de la casa. Los espejos gemelos no siempre funcionaron con tanta tecnología. Antes, el mecanismo era manual: bastaba con jalar un aplique de luz para activarlo. Pero ese truco se volvió conocido por causa de las películas de ficción, así que cada generación moderniza el acceso.

No hay día en que cruzar al patio interior no me traiga recuerdos. Estuve ahí cuando se planeó, cuando se construyó, y si bien pasan los años, sigo admirando incansablemente su belleza. Esas columnas cubiertas por enredaderas verdes casi por completo, los rosales y faroles antiguos que proyectan una luz ambarina. Andamos entre ellos sin prisa sobre los caminos de piedras hasta llegar a una caída de agua. Debí quedarme viviendo en la mansión Sackler, la verdad. Es majestuosa. Pero no me gusta vivir entre tanta gente.

El camino nos lleva frente al segundo espejo gemelo. En cada lado hay una estatua de mujer. Una tiene corona de flores, otra de oro. Hay una historia bastante interesante detrás de esto, una que a veces me llena de nostalgia, pero es tan importante que incluso después de haber olvidado tantas cosas, nunca necesité recordarlas a ellas. Sus rostros han permanecido con gratitud en mi corazón.

Igual que el espejo anterior, la puerta se abre, mostrándonos una escalera muy iluminada que desciende a las cavernas bajo la mansión, donde yace la base de mi organización: varios pisos de sótano de personal calificado y milicia privada.
¿Para qué nos preparamos? Para nada. Los Primeros jamás saldrán de esa bóveda. Pero es mejor prevenir que lamentar.
La profundidad de esta base es de seis pisos. El primer nivel es el corazón estratégico: monitoreo, recopilación de información, vigilancia en tiempo real y datos fluyendo constantemente. En el segundo piso se encuentra la cocina y el comedor, todo ordenado e impoluto como siempre; tenemos un código de conducta que es obligatorio para todos cumplirlo. Recorro cada nivel con la intención de inspeccionar. Al llegar al tercer piso miro a los hombres practicando con objetivos de tiro en las salas. Y en las colchonetas de pelea, todos se turnan para tratar de ganarle en un mano a mano a Katherine.
Me detengo entre el mar de gente, todos se abren como si yo fuera una gota de mercurio.
Katherine y su contrincante paran la pelea y agachan la cabeza.
— Continúen. —Les pido.
El hombre empieza con dos ganchos rápidos, derecho e izquierdo; Katherine los bloquea con los antebrazos. Recibe una patada baja que también detiene sin perder el equilibrio. Responde con un gancho a la mejilla, no es contundente, lanza otro que falla y al tercero le da directo en el abdomen. Él se recompone, intenta esquivar el siguiente, ambos lanzan al mismo tiempo y quedan trabados de brazos. Katherine aprovecha y cierra el agarre, golpea con fuerza sus costillas, el hombre suelta un alarido, y sin soltarlo, ella le lanza otro gancho a la cabeza. El hombre la empuja, lanza un golpe que ella esquiva, otro que detiene con el antebrazo frente al rostro, y en el mismo movimiento lo empuja, le da otro golpe al abdomen y remata con un rodillazo al rostro que lo tira al suelo. Se incorpora rápido, me mira y baja la cabeza; el otro, tirado, hace lo mismo.
— Bien, pero no excelente. Pareciera que entrenan para ganar. No para sobrevivir. Recuerden su propósito aquí... Pueden seguir. —Me

retiro, y todos responden con un enérgico "¡sí!" a mi espalda.
Miro la escalera. Más abajo están los cuartos comunes, el piso de generadores, y la salida subterránea. Pero ya tendré tiempo para inspeccionar después. Hay algo que debo resolver ahora. Detengo la marcha cuando subimos al piso de monitoreo de nuevo, y Lukas comienza a darme un informe detallado que termina en lo mismo: aún no hay culpables, ni sospechosos, ni nombres. No tienen nada.
— Explícame para qué carajo gasto millones al año para mantener estas instalaciones si cuando necesito un maldito nombre no lo encuentran.
— Estamos trabajando, pero no eres el único con tecnología a la mano. Si algo está claro entre lo sucedido en Santo Domingo y lo de hoy, es que, sea quien sea quien esté detrás, tiene millones trabajando también.
— Pues eso claramente es una pista. Sabes creo que lo que falta aquí es motivación. Pon una recompensa. Cien mil euros para el primero en este cuartel que me consiga información. Quiero saber quién es el hombre que se atreve a enfrentarme.
Quiero todo: su nombre, su rostro, su dirección, el nombre y apellido de sus vecinos, su ascendencia, su descendencia. Todo lo que se debe saber de ese maldito cadáver.
— Así se hará.
— Entre otras cosas, quiero hablar contigo.
— Podemos ir al laboratorio.
Miro a mi alrededor. Todo el mundo en la sala se para de golpe, salen corriendo llevando sus tazas de café. El último al salir cierra la puerta.
— Sé honesto Lukas, ¿qué opinas de lo que está sucediendo?
— No tiene caso que sigas escondiéndote. Sea quien sea, ya sabe que Luna es importante para ti.
— Me mantuve lejos para protegerla.
— Créeme que no sirve de nada si envías más de veinte arreglos florales a tu penthouse donde claramente no estás pero ella sí.
Chisto. Me sirvo agua del bebedero en un vaso de papel, y lo bebo.
— Da igual, no tengo debilidad. Pon la recompensa y yo mismo le sacaré el corazón a ese maldito.

— Estás muy equivocado si crees que no tienes una debilidad. Tal vez antes era cierto, pero no en los próximos sesenta años, suponiendo que ella tenga una vida larga.
— No hables mierdas.
— Lo sabes, pero no me meteré en tus asuntos, ni voy a preguntar qué tan lejos llevarás esto porque sé que lo llevarás lejos.
Así que, empieza por aceptarlo: Luna Thompson es tu debilidad. Y eso es una excelente noticia para tus enemigos.
— Me importa un culo. Que vengan. Les mataré hasta la ascendencia. Así que es mejor que estés preparado.
— Siempre lo estoy.
— No me parece. Lo que pasó hoy fue completamente tu falta. No puedes apagar tu maldito teléfono cuando te plazca.
— Me disculpo.
— Miras de manera difusa la línea de nuestra amistad y el pacto que tenemos. La línea existe, es muy real. Y si la cruzas, habrá consecuencias.
— No volverá a suceder, señor — agacha la cabeza, yo me encamino hacia la puerta, y justo cuando llego a la manilla
me doy cuenta de que él no me sigue. Lo veo todavía con la mitad del torso inclinado sin levantar la cabeza.
— ¿Qué haces? —le pregunto, frunciendo el ceño. — Ay miren, asusté al señorito.
— ¡Cállate, mierda!
— ¿Necesitas un abrazo, negro? —me acerco.
— No me toques, imbécil.
— El hecho de que ahora tenga novia no quiere decir que dejemos de ser amigos.
— ¡¡Quítate!!
— No te quedarás solo, ven.
— ¡¡Que te quites, mierda!!
— Señorito Lukas —dice Sebastian, aclarando la garganta, y exploto de risa. Por favor que nunca le quite ese maldito apodo.
— ¡Sebastian, te he dicho mil veces que no me llames así!
— Hago el esfuerzo, señori…
— Aahh— Lukas suspira— ya di lo que venías a decir.

— Oye, ten mucho cuidado cómo le hablas al anciano. — Le reprendo— Te sostuvo en sus manos antes que tu padre y tu madre, y te limpió el maldito trasero toda tu niñez.
— ¿Era necesario decir todo eso? ¿Ahora cómo me saco esa imagen de mi cerebro?
— Fue todo un honor servirle mi señor.
Dice Sebastian y me río de nuevo. En serio, disfruto ver a Lukas enojado. Es un hobby muy recreativo y barato.
— Ya denme un respiro —dice— por favor prosigue, Sebastian.
— Sí. Es referente al hombre que capturaron; es un simple matón. No pertenece a una organización especial, sólo lo contrataron para secuestrar a la señorita Luna como cualquier trabajo habitual del bajo mundo.
— Debe haber más, tortúrenlo —ordeno.
— Le amputé dos dedos y amenacé con quitarle el pene. Es un pobre bastardo, no sabe nada —responde Sebastian.
— Ya veo… en ese caso. El plan de la recompensa sigue en pie. Lukas, reúne a todos los hombres de esta base. Quien me entregue el nombre del maldito que está coordinando estos ataques, tendrá cien mil euros en su bolsillo en veinticuatro horas.

Capítulo 22 - Noche de Chicas

Luna

Hay dos días demasiado importantes en la vida de una chica, el día que se gradúa, y definitivamente el día en que un chico pone un anillo en su dedo. Me detengo antes de entrar a la habitación de la casa Sackler donde dormiré con Michelle, solo para apreciar mi anillo. Para recordar ese beso tras rescatarme hoy. Para acariciar mis labios pensando en Alessio. Para inhalar una vez más los restos de su perfume amaderado impregnado en mi ropa.

Necesito que alguien me pellizque, necesito que me pellizquen en serio.

Abro la puerta de la habitación, Michelle se levanta de la cama al verme, mi cara como la de alguien que acaba de ver un milagro.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasó? —pregunta, pero juro que estoy tan deslumbrada que no me salen las palabras. Afortunadamente, mi mejor amiga no es como yo, de las dos, ella es la más avispada.

—¡Dios mío! —se lleva ambas manos a la boca al ver el anillo en mi mano.

—Es de promesa. Me pidió que fuera su novia. — Gritamos, ambas comenzamos a saltar juntas.

—¡No puedo creerlo, no puedo creerlo! —su voz se alza incluso más emocionada que la mía.

—¡Tengo novio!

—¡Tienes novio!

—¡Soy su novia!

—¡¡Somos ricas!!

Río escandalosamente, Michelle es una loca sin remedio.

Nos lleva alrededor de quince minutos dejar el escándalo, nos tiramos en una de las camas mirando el techo. Se siente como en los viejos tiempos.

—Me hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad del grosor de una enciclopedia —ella dice.

—¿En serio?

—Y tuve que firmarlo con mi sangre. Fue… bastante creepy. Pero lo hice porque confío en ti. ¿Seguimos siendo amigas como antes, verdad? ¿Puedo confiar?
—Alessio no va a hacerte nada, solo lo hace por seguridad, porque necesita tu silencio… y yo también.
—Entonces puedes contar conmigo. Aunque prácticamente ya le vendí mi alma a tu novio.
—No bromees.
—Está bien… ¿Y cómo fue?, ¿cómo te lo pidió?
—Hermoso. Me habló con tanta seguridad, seriedad. Y no me besó en los labios cuando me lo pidió, me besó en la frente.
—Ese es un tipo de beso muy tierno.
— Lo sé, ¿qué opinas?
—Amiga… aplastó como mosquitos a los delincuentes que querían llevarte y te pidió ser su novia el mismo día. Va en serio. ¿Y ese beso en la frente? Me atrevería a decir que no quiere solo salir contigo, quiere que seas la madre de sus hijos.

Capítulo 23 - Planes

Alessio

Cuatro y cincuenta y siete de la madrugada. Ya casi termino mi hora de trote, darle la vuelta completa a la mansión Sackler ha sido un buen ejercicio matutino desde siempre.
El aire es frío, pero el calor de mi cuerpo lo compensa.
Es la atmósfera perfecta, sobre todo porque nunca me topo con nadie a esta hora. Puedo correr y expandir mis pulmones tanto como quiera, además el pasto expele un olor muy fresco y me gusta terminar justo con la salida del sol. Darse un buen trago de agua fresca con semejante vista, es algo que disfruto.
Pero esta mañana parece que me tendré que cohibir de tal espectáculo, pues a medida que me acerco al portón, distingo la silueta de una mujer en tacones. Y que yo sepa, de las mujeres en esta casa, la única que puede andar con un par de esos a las cuatro de la mañana, es Katherine Winslow.
Su presencia aquí solo puede significar una cosa: trabajo.
Ya sabía yo que tener una mañana perfecta después de una noche perfecta solo podía ser un milagro.
Me detengo a pocos metros, ambas manos en la cintura mientras recobro el aire, registro el tiempo en mi reloj, y me acerco a ella.
—¿Quién se murió? —Es lo primero que se me ocurre preguntarle, de resto no sé qué podría hacer ella aquí.
—Buenos días señor. Afortunadamente todos en la casa estamos con salud. Me disculpo por el atrevimiento de molestarle, pero he encontrado información relevante sobre el hombre en cuestión.
Sabía que una recompensa agilizaría la investigación, pero no tanto. Vaya que el dinero tiene poder.
—Te escucho.
—Estos son los registros telefónicos de la casa Manzanillo. —Me pasa una tablet con la información—. Como puede observar, reciben contadas llamadas internacionales. Pero hay un número que se repite constantemente.
—Es un número de Reino Unido.

—Así es señor. Un número que no está en el registro de contactos de la familia. La señorita Manzanillo me proporcionó acceso al teléfono de su difunto padre, y en los meses que antecedieron el atentado en la isla, tuvo al menos veintidós llamadas telefónicas con ese número. Y a pesar de eso, nunca lo registró. Estuve investigando, y ese número está registrado a nombre de una compañía británica.
—¿Cuál?
—El grupo W&W.
—No los conozco... ¿A qué familia pertenece?
—El CEO se llama Sámuel Harris. Su fortuna es heredada. Proviene de una familia de artesanos que tras incursionar en el negocio de licores, fundaron una cadena de bares. Con una administración inteligente y agresiva, escalaron hasta posicionarse en el sector licorero. Pero aquí viene lo interesante: aunque aún no puedo confirmar que él fuera quien intentó adquirir el terreno de Santo Domingo, sí hay otras propiedades suyas que él ha tratado de comprar activamente.
—¿Cuáles?
—Doscientas hectáreas en las Islas Feroe, Dinamarca.
Hizo una oferta y trató de comprarlas. Cien hectáreas en Zanzíbar, Tanzania; ofreció cinco veces su valor. Y hace tres años, usted decidió vender uno de sus edificios en Nueva York... adivine quién lo compró.
—Tal parece que tengo un admirador... Averigua más sobre el tal Sámuel y su familia. Katherine, esto es importante para mí, no te permitas fallar. Te doy permiso para llamarme directamente ante cualquier hallazgo.
—Sí señor.
—Y… cuando entres a la casa, dile a Sebastian que quiero verlo. Lo esperaré justo aquí.
Me siento en la roca de la entrada, quitándome la camisa y derramando gran parte de mi botella de agua sobre mi cuerpo. Bebo el resto y permanezco viendo el amanecer. Pocos minutos después aparece Sebastian a mi espalda, con una camiseta limpia y perfumada en un gancho y un paño blanco.

—Muchas gracias viejo amigo. —Sostengo la toalla en la mano y comienzo a secarme. Sebastian admira el sol al igual que yo.
—Katherine me ha dicho que quiere hablarme.
—Sí. ¿Hiciste lo que te pedí?
—Oh... eso... por supuesto, señor. Estaré viejo, pero sigo siendo eficiente.
—Me alegra escucharlo. Puedes comenzar.
—Por supuesto, procederé a exponer todas las ideas de citas que diseñé. A esta primera opción he decidido llamarle: Pasión Celestial.
—¿Qué? —Río.
—Será más fácil identificar las opciones si le ponemos nombres.
Está viejo, no lo critiques, está viejo, no lo critiques.
—Bien, ¿entonces de qué trata la opción Pasión Celestial?
—Usted le dirá a la señorita Luna que empaque unas botas porque tendrán una escapada de tres días...
—Suena bien, las mujeres adoran la espontaneidad.
—Entonces, abrirá la puerta de su camioneta de lujo, esta vez debe usar una con techo panorámico, y tomarán juntos el largo camino de dos horas hasta Albrighton. Eso les dará tiempo suficiente para conversar y dejar fluir sus sentimientos. Al llegar, estacionarán frente a un romántico glamping; mantas y almohadas en medio del bosque, acompañadas de una cena romántica y un espectáculo gourmet en vivo a cargo del famoso chef Aldwyn. Al terminar, el ambiente silencioso los invitará a contemplar las hermosas estrellas. Será una gran oportunidad para demostrarle sus vastos conocimientos culturales, contarle leyendas amazónicas, de las constelaciones. Ella preguntará algo como: ¿Es esta la constelación de Acuario? Y seguramente se equivocará. Justo ahí, usted tomará su mano, suave pero firme, y le señalará la constelación correcta. Sus miradas se cruzarán, se perderán en un beso apasionado, bajo el cielo estrellado y unirán sus almas nuevamente.
—Suena bien, pero el clima de Albrighton es muy impredecible. Si llegara a estar nublado, se arruinaría todo el plan.
—Eso pensé. Lo cual me llevó al plan número dos: Abrazo Nocturno. Todo comenzará en la cocina, con la preparación de una cena casera y velas...

—Disculpa que te interrumpa, querido Sebastian, pero me adelanté. Ya hice algo similar con ella.
—No podía esperar menos de usted, señor. Bien, entonces nos queda el plan número tres: Noche Ardiente en el Mediterráneo. Sueño dorado en el principado de Mónaco, yates, Fórmula 1, champán... y en la noche, se abrazan en una habitación del mejor hotel de Monte Carlo con vista al océano.
Qué idea tan ridículamente buena.
—Sebastian, quiero que sepas que acabas de sumar un cero al cheque de tu retiro.
—Me alegra escuchar eso, señor.
—Ya puedes irte.
Asiente y me da la espalda caminando de regreso a la casa, pero se detiene a pocos pasos.
—¿Sucede algo?— le pregunto.
—Señor... en todos estos años, nunca lo vi interesado en el romance. Solo quiero desearle felicidad y la mejor de las suertes.
—Gracias, de verdad.
Sebastian se va, y yo me quedo mirando el paisaje. Me emociona esta nueva etapa junto a Luna... me emociona mucho. Pero me preocupa mi sombra, me preocupa la vida vacía y desordenada que he llevado durante cientos de años hasta ahora. Me preocupa el karma... Por favor, si en algún momento tienes planeado cobrarte, lo único que pido es que no sea ahora. Me quedan muchos años para que puedas destruirme... no lo hagas ahora.

Capítulo 24 - Dulces tentaciones

Luna

Son las siete de la mañana cuando un asistente llama a la puerta para avisarnos que el auto para llevar a Michelle a su casa nos espera afuera.
—¡Ya vamos! —respondo desde la habitación.
Michelle se mira al espejo, encantada al ver cómo lavaron y plancharon su ropa. Yo, trato de atarme las trenzas.
—Es impresionante que mi ropa luzca ahora más nueva que cuando la compré.
—No exageres.
—Es en serio. ¿Por Dios, Luna, qué haces? —pregunta al ver los imperfectos y enormes lazos que hice con mis agujetas. No es que no sepa, las ato y eso es suficiente para mí. Pero según ella se necesita un postgrado para saber atar agujetas. Su cara de horror se desvanece al agacharse. Desata mis trenzas de nuevo y hace un trenzado discreto que se oculta detrás de la lengua del zapato.
—Esto me trae recuerdos. Solías atar mis trenzas todo el tiempo.
—Claro, es que me desespera que creas que esos lazos tan grandes se ven bien. ¿Cuándo te harás un nudo decente? —Mira por un segundo mi rostro—. Ey, ¿por qué estás tan pálida?
—Bueno, es que... estoy nerviosa por volver a ver a Alessio. Nerviosa es poco, siento que me falta el aire.
Ella busca algo en su cartera.
—Toma, mastica chicle, es bueno para los nervios.
—Gracias.
—Yo... no sé qué decirte, ni siquiera he dado mi primer beso. Pero pienso que debes actuar normal, deja que todo fluya.
—No puedo actuar normal, esta noche dormiremos en la misma casa, solos.
—Eh... Ese es un gran punto que claramente no debemos ignorar. Pero amiga, no estés nerviosa. Todo lo que te está sucediendo es maravilloso. Eres la esclava de un vampiro millonario que se

enamoró de ti. ¿A cuántas personas les pasa eso? Eso te convierte en la mismísima Cenicienta.
—Michelle...
—Una versión oscura de la Cenicienta.
Ambas reímos.
—Luna, solo sujétate de mi brazo hasta la escalera si quieres, pero tienes que llevarme a mi casa ahora, si no mi mamá va a explotar. Es muy linda cuando te invita a tomar té, pero no quieras ver a una madre asiática furiosa.
—Lo sé… lo dices como si no nos hubieran regañado juntas mil veces. Bajemos, puedo con esto.
Cuando salimos al pasillo, la luz cálida de la mañana nos rocía atravesando el hermoso vitral. Caminamos hacia la escalera dándole los buenos días a cada guardia, a cada sirviente.
—¿Cuánto crees que cobren al año? —susurra Michelle, y la regaño con los ojos. No tiene pelos en la lengua y eso la hace indiscreta.
Todo sucede tan rápido que ni cuenta me doy cuando llegamos hasta la mitad de las escaleras. Justo ahí, alzo el rostro y encuentro su mirada. Alessio me ve desde abajo sus ojos tan cálidos como el sol. Pero yo agacho la cabeza. Termino de bajar fingiendo concentrarme en mis propios pasos, esforzándome por controlar este temblor en las rodillas y no caer.
—Buenos días, Michelle —saluda Alessio al vernos llegar. En un pestañeo sus ojos se posan en mí—. Mi amor, ¿cómo amaneciste?
—Bien, muchas gracias. —Pude haberme desmayado con su saludo, pero por alguna especie de milagro femenino, sigo de pie. Tiene el cabello semi recogido y lleva un conjunto deportivo negro. Parece una celebridad de boxeo. Es perfecto.
—¿Michelle, qué te parece si nos adelantamos al auto? —sugiere Lukas.
Ella se marcha con él. Alessio y yo quedamos solos.
—¿Podemos hacer eso de nuevo? —le pregunto.
—¿Qué?
—Darnos los buenos días… es que no te pregunté cómo habías amanecido.
Él se acerca a mí y me abraza por la cintura.

—Buenos días, mi amor —dice.
—Buenos días, Ale… —Se muerde el labio inferior con una sonrisa—. ¿Dormiste bien?
—Un poco fría la cama, pero sí, descansé.
Reímos. Mis mejillas como una caldera. No necesito un espejo para saber cómo me veo.
—¿Estabas entrenando? —le pregunto.
—Corrí un rato. —Roza mis labios con los suyos.
—Alessio… aquí hay personas, no estamos solos.
—¿Y?... mejor, que se vayan enterando de una vez. —Me da un beso suave, acaricia mis labios con ternura hasta que abre lentamente mi boca y une su lengua con la mía.
Me aferro a su pecho, a este breve pero hermoso momento, él abrazando mi cuerpo contra el suyo, en nuestro primer día de novios —. Este sí es un saludo de buenos días... —susurra con una sonrisa.
Sus ojos se desvían a mi cuello, con una mirada bastante débil, mientras se humedece los labios. Creo que está teniendo algunos recuerdos, y justo ahora es inevitable para mí el no tenerlos.
—Cre-creo que Lukas y Michelle nos esperan —le digo.
Él asiente, me dedica una sonrisa labial y salimos tomados de la mano.
Subimos a un sedán negro, Lukas al volante, Alessio junto a él, Michelle y yo atrás.
A medida que avanzamos, las calles comienzan a cambiar. El lujo y las fachadas impecables son sustituidas por ladrillos viejos, verjas oxidadas y jardines sin podar. Las casas dejaron de ser mansiones. Las aceras y señales se miran descascaradas. Todo eso que alguna vez formó parte de mi rutina, ahora me parecía feo. Y siento que Michelle se siente casi o igual como yo: expuesta.
Pero por nada del mundo agachamos la cabeza, de aquí somos. Este es nuestro barrio, nuestro origen.
Michelle rompe el silencio a pocas cuadras de llegar:
—Es en la casa de ladrillos con ventanas blancas.
Sí… justo como la recordaba. La casa de la señora Wang era la más bonita de toda la cuadra.

Sonrío con mucha alegría en mi corazón. Solo tengo hermosos recuerdos de ese lugar. El auto finalmente estaciona, Michelle baja primero, yo salgo detrás, pero al bajar me acerco a la ventana de Ale.
—Pueden esperar aquí si desean, no demoraré mucho.
—Está bien.
Me doy la vuelta, comienzo a caminar a la casa, y justo cuando estoy perfectamente al alcance de una pantufla voladora, aparece la señora Wang con una.
Ay no.
—¡Michelle Wang! ¿¡Estas son horas de llegar!? —grita, y me quedo petrificada. Tal vez si no me muevo no me ve.
—Mamá, ya lo hablamos por teléfono, me quedé con Luna —responde Michelle. Traidora.
—Hola, señora Wang —me acerco, temiendo por mi vida. Pero en vez de gritarme, sus ojos se suavizan.
—Lunita, por Dios... ¿dónde habías estado, querida? Bienvenida a casa.
—Estaba trabajando. Conseguí un trabajo.
—¿A dónde?
—En el centro, por eso me mudé.
—Ah qué bueno verte. —Me abraza. Ese respiro me llena el alma, es de esas señoras con hombros anchos, abrazarla es como abrazar a un oso. —¿Y ese auto caro? —pregunta, y juro que se me hiela el cuerpo, no me deja ni explicarle. — Les hice una pregunta, ¿de quién es ese auto? ¿andan en malos pasos?
—No señora —respondemos las dos.
—¡¿Todo lo que les he enseñado y así es como van a terminar!? ¿¡Andando de noche con mafiosos!?
—No señora.
De repente escucho una voz en chino hablando a la distancia, es Alessio, no entiendo ni papa de lo que dice, pero miro a Michelle y ella me susurra que se está presentando. Trago lento.
La señora Wang les pide que se acerquen. Lukas y Alessio llegan a la entrada con nosotras.

—Él dice que es tu novio, ¿es la verdad, Lunita? —pregunta la señora Wang, todavía con la pantufla en la mano.
—Mamá, estoy aquí, puedes preguntarme a mí —interviene Michelle.
—Silencio, deja que Luna responda.
Trago saliva, y contesto:
—Es cierto. Ellos no son mafiosos. Lukas es doctor y también un reconocido empresario en el sector farmacéutico.
—No es lo que usted piensa, señora —interrumpe Lukas—. Solo Luna y Alessio son pareja. Yo no tengo otro tipo de relación con su hija, somos amigos.
— Exacto, y Alessio es dueño de un conglomerado empresarial, también mi novio.
La señora Wang suspira como si le quitaran un peso de encima.
—Bien. Me siento más tranquila al saber que mis chicas andan con buenos muchachos. Sin embargo… — Michelle y yo nos miramos con ojos saltones— si quieren estar cerca de ellas, van a tener que ganarse mi confianza.
—Haremos lo que nos pida, señora Wang —responde Alessio con esa voz tranquila.
—Pues hay muchas cosas que hacer en esta casa.
—¡Mamá! —protesta Michelle.
—¡Silencio!... ¿O es que acaso tus amigos son tan refinados que no pueden ensuciarse un poco las manos?
—Pero si estamos para servirle, mi señora —dice Alessio—. Por favor, díganos en qué podemos ayudar.
…
No sé cómo sucedió esto, pero terminamos todos adentro. Yo en la cocina ayudando a la señora Wang a cocinar mientras miro a Alessio sin camisa pasando la podadora por su césped, Lukas lanzando maldiciones en voz baja mientras arranca la maleza de las flores con la mano, y Michelle siendo regañada como por quinta vez por no prepararles la limonada más rápido.

—Mamá, esto es demasiado, no puedes hacer que limpien todo el patio, tiene meses así —dice Michelle.

—Tú calla. ¿Crees que esto va a ser gratis?, les estoy cocinando un delicioso doufu. Luna, ¿cómo va el jengibre?
Enderezo la espalda sintiendo ese corrientazo—Ya casi termino de picarlo, señora Wang.
La amo pero es terrorífica cuando se molesta.
—Dulce Lunita, cómo me hubiese gustado que fueras mi hija.
—¡Mamá, sigo aquí! —dice Michelle.
—Deja de estarte quejando y sirve la limonada.
Ella levanta la bandeja y atraviesa las puertas francesas hacia el patio. Yo continúo picando el jengibre, pero un pequeño desliz me hace cortarme. Siseo al sentir el ardor y observo la sangre acumulándose en la yema de mi dedo. Lo llevo a mi boca para detener el sangrado. Justo cuando alzo la mirada, Alessio me observa de labios entreabiertos. Cierra los ojos y me da la espalda.
Yo bajo la cabeza y vuelvo a concentrarme en el asunto, la podadora vuelve al trabajo también.
Al estar todo listo, la señora Wang emplata la comida y nos sirve. El almuerzo fue muy bueno, lleno de conversaciones interesantes, miradas agradables, sonrisas. Y lo mejor de todo: la casa de la señora Wang recuperó su brillo. Ellas perdieron la costumbre de cuidar de las flores desde que su esposo murió de un infarto en ese mismo jardín.
Antes siempre estaba reluciente. El señor Wang lo cuidaba con sus propias manos. Creo que perderlo justo ahí fue demasiado para ambas. Significa mucho para mí esta acción hacia ellas. Después de todo, son familia para mí, la única real que he tenido. Los momentos más felices de mi niñez los pasé en ésta casa.
—Gracias —le digo a Alessio, mientras nos despedimos agitando la mano desde la acera. Él voltea justo cuando una brisa fresca nos acaricia.
—No hay de qué.— sonríe con suavidad.
Subimos al auto, iniciamos la ruta hacia la torre más alta de Londres, al penthouse. Y cuando nos bajamos frente al edificio, Alessio se apoya en la ventana del auto y le da la mano a Lukas. — Gracias hermano — dice, Lukas no le responde, es claro que no le

gustó hacer de jardinero— Ya quita esa cara de amargado, te saldrán arrugas.
—Soy negro. No me saldrán arrugas —responde poniéndose un par de lentes oscuros y subiendo el cristal.
—Sí le saldrán. — Murmura Alessio, mientras vemos el auto alejarse. Y justo en ese instante, el cielo relampaguea, comienza a llover con tanta fuerza que parece como si alguien hubiese volcado una cubeta entera.
Alessio me toma de la mano y echamos a correr hacia adentro. Entramos al ascensor riéndonos, mientras nos elevamos hasta el último piso. Al llegar él abre la puerta. Nos quitamos los zapatos mojados en la entrada.
— Espera aquí. — Camino hacia el armario a un lado. Tomo una toalla blanca y seco su rostro, la pongo sobre sus hombros.
— ¿Solo trajiste una? ¿con qué vas a secarte?
— No es necesario, yo estoy bien.
Él se quita la toalla y me limpia el rostro.
— ¿Cómo esperas que yo me sienta cómodo con eso?
— Perdón… solo quería hacer bien mi trabajo.
— ¿Tu trabajo?
Humedece sus labios antes de morderse el inferior. Me cubre la cabeza con la toalla, dejándome parada como un fantasma en medio del recibidor. ¿Lo dañé, verdad?
Cuando consigo quitarme la toalla, él ya empieza a subir las escaleras.
— Oye. — camino hacia él, por lo menos se detiene— Compré helado el otro día, si quieres puedo servir un poco. —
Qué manera tan arrastrada de llamar su atención, pero es que no quiero que se vaya, necesito arreglar lo que antes dije.
— ¿Sí?
—Sí… —mi voz escapa con un hilo de aire— ¿Qué sabor prefieres?
— Me gusta el helado de fresa, con sirope de chocolate.
— Me gusta también, lo serviré.
— Pero me bañaré primero... quizás demore unos minutos.
— Claro.

— También me gusta la cereza… ponle dos — añade con una sonrisa ladeada, mirando hacia abajo de perfil.
— Entonces helado de fresa con dos cerezas y sirope de chocolate… Bien.
Al llegar al último peldaño, Alessio se pierde por el pasillo en dirección a su habitación. Me quedo sola en el silencio que deja atrás. Mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura que no pasó desapercibido para él.
— ¿De qué acabamos de hablar...? — siento que no era precisamente de helados.

Capítulo 25 - Quiero ser tuyo

Alessio

La vena yugular externa es la más superficial y se encuentra fuera del músculo esternocleidomastoideo, en el cuello. Suele ser azul oscuro, pero la de Luna tiene un tono violáceo. No es demasiado prominente ni delgada en exceso, tiene el tamaño ideal. Mis colmillos se hunden fácilmente en ella. Un diseño preciso, como si hubiese sido creada para mí.

¿Qué hago subiendo esta escalera? Estoy escapando eso es obvio. Al estar tan cerca de ella, en esta soledad, pude ver la sangre fluyendo y latiendo por su cuello; la boca se me hizo agua, pero he decidido ser un novio decente. No quiero arruinar los planes que he hecho para nuestro reencuentro, así que, viendo que era incapaz de controlar mi deseo, tiré la toalla sobre su cabeza y me fui. Aunque debí demostrarle que la relación que tenemos no es de trabajo ni mucho menos forzada por un contrato, pero ya habrá tiempo.

Sólo han pasado 24 horas desde que le pedí ser mi novia, y nadie tiene sexo con su novia tan rápido. Sé que la regla de los tres meses no aplica con nosotros; ya nos hemos saltado ese paso y un montón de otros más. Aún así, quiero que la próxima vez que estemos juntos sea especial. Estoy muy interesado en saber cómo se siente tener un romance, y ella parece la indicada para eso.

Es mi novia, quiero que la próxima vez que estemos juntos sea algo que siempre recordemos con felicidad, pero tan obsceno que sea nuestro y de nadie más.

Escucho su voz desde la sala. — Compré helado el otro día, si quieres puedo servir un poco.

No hagas esto, Luna. No me llames. Estoy tratando de correr hacia algún lugar antes de que pierda la última gota de cordura que me queda. Deja de llamarme antes de que te devore sobre la cocina o en cualquier parte de esta casa.

— ¿Sí?

— Sí… ¿Qué sabor prefieres?

El de tu cuerpo bajo el mío. ¿Sabes lo que estás provocando, mujer? ¿Ahora cómo me saco este antojo de la mente?
Iré por ella.
No, no voy a hacerlo.
— Me gusta el helado de fresa... con sirope de chocolate. — respondo con la boca hecha agua, recordando el sabor dulce de su coño en mi lengua.
— Me gusta también ese sabor, lo serviré.
Soporta la tentación. No caigas, guerrero. Al final tendrás tu recompensa. Sólo llega hasta el cuarto y échate agua.
— Me bañaré primero, quizás demore unos quince minutos.
— Claro.
¿Por qué no cerré la boca y me fui? Ahora mi mente no para de trabajar sola. Me imagino sus senos cubiertos de sirope, y mi lengua probándolos
— También me gusta la cereza… ponle dos.— Quiero volver a probar esos dos pezones rosados. Me está volviendo loco.
Camino hacia mi cuarto casi trotando; buscando descargar esta adrenalina de algún modo.
— Soy un macho, un maldito macho. — Me digo cuando cierro la puerta. Hay que tener dos bolas enormes para soportar una tentación así.
Limpio el sudor de mi frente y me quito la ropa, visualizando una erección monumental entre mis piernas.
Carajo. —¿Y si regreso? —No, no es una puta cualquiera, Alessio, es tu novia, y dije que me iba a comportar. Le daré una velada especial. ¿Pero qué tendría de malo? —Igual va a pasar. Ponle orden a tu lujuria, no eches a perder los planes por algo que perfectamente puedes solucionar.
Me niego, no voy a hacerme una paja.
— Entro en la ducha y giro la manilla hacia el agua fría. Cierro los ojos y trato de calmarme. Los abro lentamente mirando los azulejos de mi baño. ¿En qué puto momento se me ocurrió que era buena idea instalar los mismos azulejos que en mi casa de Santo Domingo?
Los recuerdos de los besos que compartimos ella y yo en aquél baño invaden mi mente. Bajo mi cara mirando entre mis piernas y me

resigno. Entonces, los quince minutos que debían durar este baño se convirtieron en veintinueve, porque una obscena fantasía se apoderó de mi mente.

— Luna... Luna... Luna.

...

Cuando salgo de la ducha, visto un jogger negro, una franela blanca, doy tres pasadas del peine por mi cabeza y me encamino hacia la sala. Tendremos una noche normal... eso es lo único que pasará. Salgo al pasillo, y de inmediato siento su divino olor. Creo que ella también se bañó.

¿Debería regresar y fingir un malestar?, no la he visto y ya me estoy descontrolando. Pero no es buena idea. Ella podría preocuparse y venir a buscarme a mi cuarto, eso terminaría mucho peor… mucho mejor.

Tomo la escalera y la veo sentada en el sofá. Tiene el cabello mojado. *¿Cuál de todos mis pecados estaré pagando?*

Nota mi presencia y se levanta emocionada hacia la nevera. Creo que va a preparar los helados.

Me siento en el mesón de la cocina. Ella está hablando, estoy seguro de que dice algo, pero su voz se escucha lejana mientras miro la etiqueta de esa famosa marca de lencería asomando por el cuello de su pijama de satén rojo. La confección no es nada provocativa, solo un short y una camisa holgada. Pero mi mente no deja de preguntarse si ese conjunto de encaje rojo que le vi en Shanghái está debajo de eso.

— Alessio.

— Disculpa, ¿qué me decías?

— Te preguntaba si estabas seguro de querer sólo dos cerezas, hay bastantes.

— ¿Saben bien? — Sé perfectamente su sabor.

— ¿Quieres probarlas?

— Primero las damas.

La veo acercar la fruta a sus labios y no lo pienso. Le robo la mitad de la cereza con la boca. En el instante en que nuestras lenguas se rozan, mi cuerpo se enciende. He vivido cientos de años. Un beso no debería prenderme tanto. Es de lo que trato de convencerme. Pero

me estoy quemando. Mi corazón explota al sentir su mano apoyándose en mi pecho. Cualquier parte de su cuerpo sobre el mío es un regalo. No importa lo insignificante que sea el contacto, me prende.
— Tienen buen sabor las cerezas, ¿estás de acuerdo? — Pregunto frente a su boca. Ella no responde pero se saborea los labios. AYÚDAME POR FAVOR. No quiero sólo cogerte, quiero ser un novio decente.
Hablamos acerca de a dónde comeremos. Ella sugiere el sofá, con esa voz dulce y tierna que desde que la conocí me ha domado por completo. ¿Podía ella elegir un lugar con menos probabilidades de sexo?, no lo creo, cualquier lugar es propicio para eso.
— Está bien. — Accedo, pero me siento en el sillón, ella se sienta sola en el sofá.
La verdad, me viene muy bien el helado, con este fuego que llevo por dentro al menos refresca mis labios. Comemos por varios minutos, hasta que ella decide romper el silencio.
— Y bien, pasaron seis largos meses. ¿Por qué no me llamaste?
Esto ayuda. Quiere que hablemos de temas serios.
— Recibiste dos balazos, casi tres. Con mi mano interrumpí el que se dirigía a tu cuello. Te ibas a morir.
— ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que no me llamaras?... ¿Es así como esto será?, ¿si te necesito desapareces? Lo siento... es que no se sintió bien despertar sin ti en el hospital, y tampoco se sintió bien que nunca me llamaras después de eso.
— Creí que estarías molesta, que necesitarías espacio.
— Fue demasiado.
— Quiero… quiero explicarte todo sobre mí. Quiero explicarte cómo funciona mi entorno y los riesgos. He pactado con algunas familias. En mis diarios podrás tener más detalles de ellos. Ese día del atentado en Santo Domingo, la familia Manzanillo me traicionó, eso fue lo que sucedió. Y tuve que arreglar algunas cosas con ellos. Pero después de desenterrar el rubí, decidí viajar a visitar a las familias que no veía desde hace mucho tiempo, para bajar la probabilidad de que algo así pudiera volver a suceder, pero el riesgo nunca será cero. Ese viaje era algo que de todos modos ya estaba pautado para

este año. Por eso no regresé a Londres contigo inicialmente. También, me enteré de que hubo un tercero incitando ese atentado y decidí buscarlo. Quería matarlo para asegurarme de que no estuvieras en peligro por estar cerca de mí. Solo de ese modo me sentiría plenamente seguro de volver a tu lado.
— Pudiste haberme contado esto por teléfono.
— Realmente pensaba que no querías verme. Pero más allá de todo, me mantuve distante los primeros meses porque soy alguien consciente, no te llenaría de ilusiones sin confirmar si de verdad podríamos estar juntos.
— ¿Estabas dispuesto a dejarme… para siempre?
— Estaba dispuesto a permitirte tener una vida longeva y sin balas.
— Mierda, sigues sin entenderlo.
¿Qué? ¿por qué me mira así?, ¿acaso no es lógico lo que estoy diciendo?, ¿por qué ahora agacha la cabeza?
— Ven aquí.
Ella deja su helado sobre la mesa y se levanta... la veo caminar hacia mí y despejo mis manos para recibirla. Se detiene frente a mí y me invade el dulce olor de su sangre ligado con un aroma de cerezas y flores. Adoro cuando usa perfume.
Tomo su mano y hago que tome asiento sobre mis piernas, sus orejas se calientan. Cada vez que está cerca de mí, su corazón se acelera, siento como su sangre la recorre con fuerza.
No sé por qué se entristece con lo que le estoy diciendo... pero estoy seguro que las palabras están de más en este momento.
Jalo su camisa de satín, acerco mi boca a la suya, la beso disfrutando la suavidad y el sabor de sus labios. Doy todo de mí en este beso, porque quiero que sepa lo mucho que la he pensado. Abro los ojos despacio, y descubro que sus pestañas están mojadas.
— No llores. — Susurro mientras vuelvo a besarla, pero no me hace caso, mi boca se llena con el salado de sus lágrimas. De repente, siento su mano rozar con la mía, la tomo y no pierdo la oportunidad de unirlas.
Aquí estoy mujer... te pertenezco.
Separo mis labios de los suyos.

— Dejemos el pasado atrás, anoche te hice una promesa, y ese anillo que está en tu dedo tiene un significado. Tú y yo nunca nos volveremos a separar. — Miro sus ojos ilusionados, y mi corazón late más rápido, conozco estos síntomas:
Yo, Alessio Yvoty, estoy jodidamente enamorado de Luna Thompson.
Jodidamente.
La cargo en brazos y la recuesto del sofá, no tengo segundas intenciones, sólo la quiero besar. Lo hago tanto como puedo, tendido y lento. Quiero que lo sienta, en cada beso que le doy quiero que sepa lo desesperado que estoy por conseguir su perdón.
El deseo se me sube a la cabeza, y con eso mis ganas de beber de ella. Nos miramos a los ojos... siento que ya me conoce.
— ¿Tienes sed? — pregunta, abriendo un botón de su camisa. Me invita a beber de sus senos. No sé cómo, pero por Mónaco me contengo; merecemos ese momento. Mi mente continúa fuerte hasta que la tela se desliza sobre su seno, dejando al descubierto mi sueño más anhelado, pero en este momento mi peor tormento: aquel hermoso brassier de encaje rojo.
¿Por qué lo tiene puesto? ¿por qué?
Lo compró para mí.
El darme cuenta de esto hace que una sonrisa se asome en mi cara sin permiso, la miro con detalle y percibo lo prendida que está. Todo este tiempo creí que ella era mi víctima. Pero no he sido más que su tierna presa... estoy acorralado.
— Te queda bonito… tus senos se ven hermosos en ese encaje. — Se merece ese cumplido. Me apodero de sus labios y la urgencia lleva mi lengua a su cuello, a la curva de senos, a su abdomen, a sus piernas. Me aferro a su muslo derecho. Puedo retener mi deseo, no mi sed de sangre. La escucho gemir mientras hundo mis colmillos, también percibo el aroma de su coño empapado. Esta mujer va a hacer que Mónaco se vaya al carajo. Quién lo diría, su libido es mayor que el mío.
Quiero explotar de la risa por este nuevo hallazgo. Sonrío mientras la muerdo, pero me contengo; no quiero que piense que me estoy burlando. Soy demasiado afortunado por tener a una mujer que arda

de deseo. Es literalmente la fantasía de cualquier hombre o vampiro. ¿A quién carajo no le gusta una mujer que le encante follar?
Entrecierro los ojos ante los recuerdos de nuestro primer encuentro, con las fantasías de todo lo que quiero hacerle, y luego de darme un último gran trago, la suelto, subo a su boca nuevamente.
— ¿Cuándo compraste lencería? — Pregunto, sin limpiarme su sangre de la boca todavía. Se pone nerviosa, más deliciosa todavía. Sujeto su mentón.
— Mírame. — Le hago creer que hablo en serio, aunque claramente ya sé la respuesta.
— ¿Para quién la compraste?
— Para ti... quería verme linda en tu regreso.
Su respuesta me eriza la piel, ¿para qué pregunté?
— ¿Sí? pues asegúrate de empacar todo eso. — Me levanto. Oficialmente estoy escapando de nuevo. — Nuestro primer viaje como novios será a las ocho de la mañana.
— ¿Espera, qué? — Pregunta desde el sofá, arreglándose la ropa, con la sangre caliente, y su clítoris llamándome en palpitaciones. Me muerdo los labios mientras tomo de nuevo la escalera.
— ¿No te lo conté?... Cariño, debes empacar, nos vamos a Mónaco en la mañana.
Guarda todo ese deseo, no dejes que escape de tu vientre, serás bien recompensada.

Capítulo 26 - La luna que brilla en Mónaco

Luna

«No quería que se fuera, ni que parara. Alessio… ¿sí piensas en esa noche tanto como yo?».

Me tomó al menos dos horas empacar y preparar todo para mi viaje con Alessio. ¿En qué momento planeó todo esto?

Sólo llevaré una maleta, y estoy a punto de elegir cuál de sus diarios debería llevar para el viaje. Ahora que sé que él tiene el rubí, debo esforzarme aún más en encontrar la llave. Sin importar el tipo de relación que tenga con él, mi razón de ser en esta casa es ayudarlo a encontrar los objetos que perdió. He traído algunos de sus diarios a mi habitación, los uso como lectura nocturna para adelantar trabajo, pero si voy a ausentarme por tiempo, debo darles el almacenamiento adecuado y también elegir los que estén en mejor estado para continuar con la labor durante el viaje. Justo mientras los organizo, siento una lluvia inesperada sobre mis pies. Al mirar hacia abajo, descubro un montón de hojas sueltas. ¿Cómo no las había visto antes? Me agacho para recogerlas y, al tenerlas entre las manos, distingo el año de su escritura… fue al comienzo del Reinado Vampiro. Posiblemente éste sea el primer diario de Alessio. ¡¡El primero!! Apago de inmediato la luz de la habitación y saco el teléfono para alumbrar apenas mis pasos. Son documentos de hace casi setecientos años, la luz directa podría dañarlos. Voy al armario y reviso la caja donde guardo mis materiales de estudio. Encuentro un bombillo de luz infrarroja y lo instalo en la lámpara del escritorio.

Enfoco mi mirada en las hojas, cada página está casi ilegible. El tiempo y el mal almacenamiento son la razón clara. Froto una pequeña cantidad de polvo de grafito con un algodón sobre la hoja. Las hendiduras de la escritura revelan el más exquisito Galés antiguo. El escrito reaparece en el papel recordando lo que el tiempo quiso borrar. Cambio de lugar las hojas, organizo cada una por fecha. Utilizando una lupa para ayudarme, me adentro en sus recuerdos:

1320 año del Señor Mikael Ashbourne
El Emperador Carmesí
Veufort
Capital del Reino Vampírico

Mi nombre es Yvoty, aprendí a hablar galés y el arte de su escritura gracias a Mikael, un vampiro de origen celta que por linaje heredó y extendió su dominio sobre ésta y muchas tierras. Aquí soy un foráneo, vengo de lejos, cruzando el océano del sur, de donde el agua siempre es cálida y se escucha el canto del hoatzin. Escribo esto porque no quiero olvidar quién soy ni de dónde vengo. El primer recuerdo que tengo sobre mi niñez es el dolor. Por alguna razón, por muchos años tuve terrores nocturnos, los días que recuerdo de mi infancia fueron muy sombríos incluso bajo la luz del sol. También recuerdo que era una criatura delgada, pequeña. Caminaba sobre mis cuatro extremidades, y que en distintas ocasiones fui atacado por yaguares. Aunque fue extremadamente doloroso, gracias a eso comprendí y aprendí que no podía morir... o al menos no tan fácilmente. Con el tiempo, ellos también entendieron que no valía la pena atacarme, y no se acercaron más.
La primera vez que vi a un humano fue mientras bebía agua del río. Un niño, con facciones similares a las mías y la piel de mi color. Sin embargo, era distinto, estaba erguido sobre sus dos pies. El encuentro duró pocos segundos, porque un yaguar saltó de la nada y lo devoró, pero en ese momento comprendí que también podía erguirme sobre mis dos pies, incluso miré mi reflejo en el río y confirmé que no era muy distinto a él.
Entonces, sentí curiosidad, quería saber más… Al caer la noche, seguí el rastro de su olor y me llevó donde su gente.
Una mujer trató de abrazarme, creo que pensó que estaba perdido.
Pero por aquel entonces yo no sabía ni siquiera qué era lo que estaba frente a mí; mi mente era similar a la única criatura con la que había convivido, mi mente era como la del yaguar.
Rugí mostrando mis colmillos y comencé a devorarla en vida. Sus gritos alertaron a su gente, poco después llegaron hasta mí.

— ¡Yaguareté!, ¡Yaguareté!— Gritaban los hombres que me rodeaban. Esa fue la primera vez que escuché ese término, pensé que se estaban refiriendo a mí, pero no, se referían al yaguar a mis espaldas. Cuando lo vi me abalancé sobre el animal, y le clavé mis colmillos. Los yaguares son criaturas rápidas, no logré matarlo con esa mordida, pero ya habíamos tenido esa conversación en el pasado, y huyó.
— ¡Yaguareté Avá! — gritó uno de los hombres señalándome mientras hacía retroceder a los suyos. No me importaba de qué hablaba, sólo quería llevarme a mi presa, la arrastré al monte y me fui lejos con mi comida. Esa fue la primera vez que bebí sangre humana.
Se sintió mejor que tomar agua del río, se sintió mejor que devorar venados, mejor que el caimán, mejor que el sabor del mono, del capibara o del tapie. No volví a tocar su carne, sólo con beber su sangre quedé satisfecho. No por un rato, sino por varios días. Descubrí que así como el venado nació para comer pasto, como el yaguar nació para comer carne, en ese momento yo entendí que había nacido para beber sangre.
Mi alimento no era el pasto ni la carne, era la sangre y no cualquier sangre…
Sangre humana.
Cuando volví a tener sed, regresé al mismo lugar y entré en desesperación, pues descubrí que ya no estaban, se habían movilizado, y ni siquiera podía olfatear el rastro, había un olor a hierbas quemadas tan fuerte que confundía mis sentidos.
Ni lentos ni tontos, la gente de esa tribu supo que yo volvería y emigraron... se fueron lejos, cubriendo todo tipo de rastro.
Lo cual me creó un problema, ¿qué iba a comer?
Ya no podía volver a mi alimentación de antes después de probar semejante manjar, me sentía más fuerte, más rápido... incluso mi regeneración se completaba en sólo segundos.
Necesitaba más sangre.
Quizás más nunca volvería a encontrarme con esa misma tribu, sin embargo, ya conocía el olor a sangre humana. Arrasé con las tribus aledañas. Todos ellos me llamaban igual que lo hizo esa tribu aquella

noche: “Yaguareté Avá”. Más adelante supe que significaba “hombre jaguar”.
Me hallaba feliz rumbo a diezmar sus poblaciones, hasta que llegó ese día… Acechaba a dos humanos que acechaban a un tapie. En esa etapa de mi vida mi inteligencia no estaba muy desarrollada, seguía siendo muy instintivo... primitivo.
En cambio, la presencia de ellos ahí sí era planificada, una trampa. En resumen, habían descubierto que yo nunca realizaba ataques cerca de cierta cueva y querían comprobar si era que yo no podía acercarme ahí.
Los hombres corrieron en dirección al lugar, y yo fui detrás de ellos, tan rápido como un yaguar. Entraron en la cueva y yo traté de seguirles, sólo quería alimentarme, no andaba mirando los detalles.
Entonces, mi cabeza retumbó. No pude dar un paso más, todo mi cuerpo temblaba.
La cueva estaba llena de cristales color rojo, su color brillaba gracias a pequeños orificios en el techo que filtraban la luz del sol. El color no era el problema, sino el ruido. Había cierta resonancia entre los cristales que para mí era insoportable. Afortunadamente no llegué a adentrarme tanto y pude correr.
Huí de ese tormentoso lugar, pero entonces los humanos confirmaron sus sospechas. El cristal rojo era mi debilidad.
Así que picaron la piedra e hicieron collares, cada uno portaba un rubí en el cuello.
Creyeron que eso me iba a alejar. Pero en pequeña cantidad el sonido era más suave, soportable. Alma que encontraba sola por el río, era el desayuno del vampiro.
Pero los hombres de las tribus siempre estaban un paso delante de mí. No les tomó mucho tiempo darse cuenta de que sí había funcionado su invento. Yo, ya no podía acercarme a las aldeas. Sólo atacaba a las presas que andaban solas por la selva, por lo cual, decidieron que el agua se recolectaría en grupo, y cuando estaban en grupo el resonar no me permitía acercarme.
Comencé a pasar hambre, y con el tiempo a debilitarme. Pero el cristal rojo no podía evitar que los yaguares bajaran a las aldeas, y ya que durante mi dominio estuvieron alejados, los humanos no los

cazaban, por ende se multiplicaron, demasiado. Eran un problema peor que yo. Los yaguares no tienen debilidades, sólo dientes y garras filosas, hambre.
Así que el jefe de la tribu fue a buscarme, y me encontró sentado debajo de un árbol, sediento. Lo amenacé mostrándole mis colmillos a la distancia. Él sólo dejó un tazón de sangre a varios metros, y se fue. Por supuesto lo bebí entero, me sentí mejor... ¿Pero cuándo comería otra vez?
Pasó una semana, y él me volvió a visitar. Esta vez trajo a una joven mujer, cabello liso y negro como el mío, rostro pintado con líneas rojas de onoto, el labio inferior perforado con un palito. Senos pequeños y redondos. El aroma de su sangre era exacto al que me sirvieron en el tazón aquella vez.
Se veía muy asustada. El jefe de la tribu le hizo un corte en la mano, derramó su sangre en el tazón y me la ofreció. No hablaba el mismo dialecto que ellos, no hablaba ninguna lengua para ese entonces, pero mis ojos lograron entender lo que este hombre me ofrecía. Ellos ya sabían que yo no devoraba la carne, por eso me entregaron a esa muchacha.
Con un ejemplo tan simple me hicieron entender que no necesitaba matar para beber, podía beber sin matar, saciarme infinitamente de esa mujer.
Así lo hice, entonces la guerra por la supervivencia entre los hombres y Yaguareté Avá, como ellos me llamaban, llegó a su final. En cuanto a la mujer, mi relación con ella fue nefasta. Constantemente bebía hasta dejarla inconsciente, solía gritarme y decirme cosas, yo no entendía absolutamente nada. Llegó un punto en que me exasperó y la empujé, entonces ella me reventó un palo en la cabeza. Eso me dejó mareado e impresionado, tenía una fuerza brutal, no existen muchos humanos así, por eso, más nunca peleé contra ella, no tenía sentido, sería molesto y terminaría perdiendo mi comida.
— Xapono... xapono.— La mujer decía eso tantas veces que me enloquecía, así que me acerqué a la aldea tanto como pude, la resonancia era muy molesta, todos huyeron despavoridos al verme ahí a plena luz del día, entonces informaron al jefe y salió a verme.

— Xapono. — Le dije.
Me miró extrañado al principio, pero luego señaló la estructura de palmas y madera donde todos se resguardaban de la lluvia. — Xapono. — Contestó, entonces lo entendí y me di la vuelta.
— ¿Ipia? — Preguntó él, y de nuevo yo no entendía nada. — Ipia — dijo de nuevo señalando a una mujer. Entonces, entendiendo su cuestionamiento, tomé un palo, y le hice entender con señas que Ipia me había golpeado con un palo en la cabeza.
El hombre soltó una carcajada. Hasta eso era nuevo para mí, así que lo intenté, y me reí con él, se sintió bien. Todos en la tribu estaban muy impresionados.
Así que me fui de ahí, busqué algunas palmas y le hice un Xapono a Ipia, una casa.
Cuando ella regresó parecía muy contenta, sonreía, creo que eso era lo que quería, pues no me volvió a gritar.
Esa misma noche, ella se acercó a mí. Yo no confiaba en ella, estaba listo para darle otro empujón si me golpeaba, me crié con la ley de la selva, sobrevive el más fuerte, no me dejaría someter por mi presa. Pero esta vez fue distinto, ella estaba temblando mientras sus manos se acercaban a mi cara, y no me golpeó.
Me acarició. La punta de sus dedos se deslizaron por mis pómulos hasta llegar a mis labios. Esa noche, fue la primera vez que alguien me besó, y también la primera vez que estuve con una mujer.
Con el paso de los años aprendí su cultura, su lengua, sus costumbres y comenzamos a entendernos mejor. Ella me explicó que había estado en pareja, pero que era infértil, por eso, al poco tiempo su hombre la rechazó, y esa también fue la razón por la cual fue entregada a mí. Porque de todas las mujeres ella era la única que no podía dar vida, creyeron que si su propósito no era dar vida, al menos podía sacrificarse por la tribu.
Aunque nunca la vi como algo más que mi presa, creo que Ipia fue mi esposa, mi primera esposa. De hecho, ella fue quien me puso nombre, me llamó Yvoty.
Ipia me explicó que su nombre significaba flor para la gente de su tribu, y que quería que me llamara igual que ella. Por eso me nombró Yvoty, porque en la lengua de otra tribu que ella conoció, la

palabra Yvoty también significaba Flor. En un sentido más profundo es la representación de la conexión con la naturaleza.
Pasaron varios años, el largo cabello de Ipia se volvió plateado, el jefe de la tribu falleció, y el nuevo jefe era su hijo, teníamos una buena relación. Todo siguió bien, hasta que llegaron los pelirrojos; una pareja con una niña en brazos. Ellos no vestían como nosotros, cubrían todo su cuerpo con lo que ahora conozco como ropa. No hablaban el idioma de la tribu, por lo cual no pudieron explicar su invasiva aparición. Estando a la distancia, afiné mi oído para escuchar a los jefes de la tribu mientras decidían qué hacer con ellos.
— Los caras blancas son fantasmas; espíritus malignos que penan por la tierra, ¿qué serían si no? Jamás hemos visto seres tan pálidos.
Ellos estaban muy confundidos por la apariencia de los pelirrojos y creaban conjeturas bañadas de sin razón. Creían que no eran humanos, sin embargo, ante mis ojos sí lo eran. Podía oler su sangre, definitivamente eran humanos, todos ellos por igual, pero no me metería en su dilema.
— Matemos al macho, conservemos a la cría y a la hembra, es lo que se debe hacer — dijo el más anciano, y así fue.
Al bebé y a la hembra se les permitió vivir y el macho murió ese mismo día, dejaron su cadáver tirado al medio de la selva, ella lo encontró y pidió ayuda a gritos, la gente de la tribu le ayudó a enterrarlo, ella siempre pensó que lo había matado un animal.
Tiempo después, a la bebé la picó un alacrán mientras jugaba por la aldea frente a todos, y también falleció. Al final sólo quedó ella, pero a pesar de su belleza, de sus curvas y sus voluptuosos pechos, de sus ojos verdes y esa hermosa cabellera roja hasta la cadera, todos tenían miedo de desposarla, creían que ella era de mala suerte, y ya que Ipia no podía continuar alimentándome, me la ofrecieron y acepté.
Al comienzo ella me temía. Me temía como si me conociera. Como si supiera lo que era capaz de hacer, por mucho que me esforzara por caerle bien. Alimentarse de ella era molesto, lloraba por el más mínimo corte, y gritaba si sentía mis colmillos. Me tenía tanto miedo que era un fastidio, sin embargo, tuve paciencia.

En comparación al trato que le di a Ipia, con ella fui muy gentil desde el principio, aunque su comportamiento era confuso, y no lograba entender la tormenta que se reflejaba en sus ojos cada vez que teníamos buena cercanía. Eventualmente ella me buscó y compartimos lecho. Esa primera vez ella lloró mucho al terminar. Lo cual fue confuso para mí, pero posteriormente lo comprendí. Era un sentimiento llamado culpa, que para nada impidió que repitiéramos nuestro encuentro, esa noche y muchas otras.
Ana fue mi segunda mujer, mi segunda esposa.
Con el tiempo, yo mismo le enseñé el lenguaje de la tribu, y luego de varios meses comenzó a comunicarse muy bien. Entonces mencionó aquél nombre. — Mikael... llegamos aquí huyendo de Mikael. Mikael es como tú. — Eso fue lo primero que me dijo al aprender, y de verdad no me lo esperaba, ya llevaba al menos dos vidas humanas cuando ella dijo eso, y en todo ese tiempo jamás había visto a otro como yo.
— ¿Por eso me temías?, ¿Mikael te lastimó? — Le pregunté.
— A mí no, pero sí a muchas personas. Mi fallecido esposo era el Rey. El último Rey humano con vida de la alianza contra los vampiros, nuestra familia era la única esperanza que le quedaba a la gente. No lloré cuando murió mi esposo y no lloré cuando murió mi hija, porque sé que este mísero final es lo que merecemos por fallarle a todos y escapar. Ahora soy la mujer de quién debería ser mi enemigo, soy la mujer de un vampiro.
— ¿Qué es un vampiro?
— ¿Acaso no lo sabes?, los tuyos han esclavizado el mundo, no existe ni un solo humano libre, me sorprende que nadie aquí lo sepa. Me sorprende mucho que todavía exista un lugar libre como éste. Yvoty, ser esclavo significa dolor, mucho dolor. Significa que no puedes sentir con el corazón, ni comer, ni andar sin la orden de tu señor. Es vivir como un ave sin plumas. Éstas tribus, ésta gente son vida, los vampiros son muerte. Y tú… tú eres un vampiro, te alimentas de sangre, tienes ojos rojos, fuerza y velocidad como Mikael.
— No soy Mikael, ni él llegará aquí, no puede.
— ¿Por qué?

— Por la misma razón que yo no entro en la aldea, las personas aquí tienen una protección especial.
— Aún eres puro… ¿sólo te alimentas de mí, verdad? eres diferente. Escucha, los vampiros que conozco no son como tú. No cazan por subsistencia, son crueles. No quieren a las personas, no necesitan más, tienen ganado para una eternidad, justo ahora lo que les importa es apoderarse de todo. Cuando ellos descubran este lugar, si no pueden entrar a la aldea, la quemarán con las personas dentro. No hay nada bueno en esos vampiros, no tienen amor.
Yo... no sentía aprecio por los humanos de la tribu, pero tampoco me desagradaban, a diferencia de la idea de volver a estar solo, eso sí me desagradaba, y mucho. Por eso les advertí, y ellos a su vez le advirtieron a las tribus vecinas.
Comenzaron a prepararse. Hicieron collares, flechas, y cuchillos de cristales rojos, y al poco tiempo, descubrieron que era un recurso finito. Luego de un mes de excavación, la cantidad de cristal rojo que quedaba en la cueva era escasa, y a pesar de una extensa búsqueda, no hallaron otro yacimiento como ese en la región.
Así fue como el nuevo jefe se acercó a mí.
Al ver que vino solo hasta mí, pensé que posiblemente era el jefe más estúpido que haya pasado por la tribu. Me pidió que luchase junto a ellos, y por supuesto le dije que no.
Pero él me ofreció algo a cambio... inmunidad ante el cristal rojo, mi única debilidad. Ese hombre estaba desesperado, y por supuesto, yo no pasé por alto la oportunidad de aprovecharme de eso.
Rodeado por los sutiles murmullos de la selva, llegué ante el chamán, custodio de los secretos ancestrales de la tribu. Frente a mí, él movió las hojas de la planta sagrada, desencadenando un espiral de humo que parecía abrir una puerta entre dos mundos. Me sumergí en la densa neblina, y de repente, mi conciencia se elevó. A mi alrededor, la selva adoptó una nueva forma, una sinfonía de colores y sonidos misteriosos.
Fue entonces cuando emergió de las sombras un jaguar, solemne y atemorizante. Su pelaje era rojo sedoso con manchas brillantes, y sus ojos resplandecían como las estrellas.
Me llamó por mi nombre, y sin chistar caminé hacia él.

— Bebe. — Me dijo señalando el agua roja que corría por el río, lo hice y sentí que me quemaba por dentro, fue increíblemente doloroso, tanto, que sudo al recordarlo. Escuché voces, cantos, vi a otros como yo caminando por la selva, atravesando los ríos, vi sus ojos rojos, los caminos que tomaban guiados por las estrellas, pero también vi su sangre, su muerte, y desperté.
La visión llegó a su fin, sin que pudiera entenderla del todo, pero la conexión fue persistente.
Luego de beber de ese río rojo me sentí diferente, más ligero, más fuerte. La forma en la que veía, la forma en la que escuchaba. La manera en la que pensaba, todo fue diferente.
— Pelearé junto a ustedes — Les dije.
Entonces, todas las tribus de la zona consensuamos trasladarnos a la costa por recomendación de la Reina Ana. Y ahí esperamos durante dos años hasta que las tribus de pescadores nos alertaron sobre la llegada de los barcos. Naves gigantes como nunca habíamos visto, tal cual como ella nos dijo. Tras escuchar la señal de alarma, todos se alzaron en armas, sin distinción de edad o género, guiados al frente por los guerreros de las tribus, los cuales se escondieron entre el follaje de la selva esperando mi señal. Yo, por mi parte, caminé solo hasta la playa y allí esperé a que los vampiros llegaran.
Un grupo de veinte llegaron a la costa en pequeños botes.
Se acercaron a mí y los miré con detalle. Pero ninguno era Mikael, Ana me había dicho que él tenía el cabello como el sol y que siempre tenía una expresión amable y calmada, como aguas llena de caimanes. No estaba para perder el tiempo, así que les arranqué el corazón a todos.
— ¡Mikael! — Grité, y luego de un largo silencio, otro bote fue lanzado al agua, y vi bajar al vampiro que Ana describió.
Mientras se acercaba, ella también vino a mí.
— Va a matarme.
— Sólo si él es más fuerte. Y no lo es. — contesté.
— Reina Ana…— dijo Mikael al pararse frente a nosotros— veo que tienes nuevos amigos. Es una pena que traicionaras a los anteriores.
— Los vampiros que le acompañaban comenzaron a reírse.
— Suban a sus naves y váyanse, aquí sólo encontrarán muerte—

Dije en el lenguaje de la tribu y Ana tradujo.
Al escucharla, aumentaron las risas. Y bajo un canto de guerra que vibró desde lo más profundo de mi espíritu, comencé a darme golpes con mi puño en el pecho. En menos de un minuto, la playa se llenó de nuestros guerreros y Mikael se vio obligado a retroceder a los botes ante el resonar del cristal rojo.
Un grito de júbilo y victoria inundó la playa. Sin embargo, algo dentro de mí no encajaba... la sabiduría del yaguar me gritaba que Mikael iba a regresar.
Entonces, al caer la noche lo esperé sentado sobre el tronco de una mata de palma. Llevé a Ana conmigo, y permanecimos ahí hasta que apareció.
— ¿Qué magia es esa?... ¿qué pasó en la mañana?
Ana tradujo sus palabras.
— Mi poder — Contesté. No iba a exponer la existencia del cristal rojo. No iba a revelarle el secreto de nuestra defensa.
Le dije que si se quedaba sólo encontraría muerte. El contestó que efectivamente ése día se iría, pero que regresaría luego... quizás meses o años después pero que regresaría con tantos vampiros que no seríamos capaces de cubrir todos los frentes. Mi mente se expandió a niveles que nunca había imaginado, y por la expresión de Ana, ése tipo era capaz de cumplir lo que estaba diciendo.
Preguntó mi nombre, y Ana se lo dijo. Entonces, él propuso algo que ninguno de los dos estábamos esperando:
— Ven conmigo Yvoty, y me olvidaré de que esta parte del mundo existe. Ya los he visto, son aborígenes, no son un peligro, y la tierra... todavía hay muchos lugares por explorar en el mundo. Pero dudo que yo pueda encontrar otro vampiro como tú, eres el verdadero tesoro de esta campaña.
Ana se alarmó de inmediato y tras terminar la traducción me pidió que no le creyera, que todo lo que decía era mentira. Que sus palabras eran muerte, como una flor con veneno.
— ¿Hay alguna manera en que podamos obligarlo a cumplir?— Le pregunté.
— Los vampiros hacen algo llamado pactos de sangre. Lo que juran con sangre, lo cumplen— Respondió Ana.

Era arriesgado, pero también una buena idea. Si pactaba con él podía evitar que atacara nuestro territorio, un lugar por el que mi corazón estaba arraigado de una manera muy extraña. También me daba mucha curiosidad conocer más de mi origen. El único asunto era Ana. Yo no conocía las reglas del nuevo mundo al que pensaba partir, pero sí sabía lo que le hacían en la tribu a los traidores, así que ella no podía regresar a su tierra. Seguramente allá le esperaba la muerte; por eso no podía llevarla conmigo. Había que dejar correr el agua, su tiempo a mi lado había llegado a su fin. Le dije a Mikael que me iría con él al amanecer. Me despedí esa noche de ella. Llenó mis oídos de enseñanzas y advertencias. Yo también le entregué mis conocimientos sobre las tribus y la selva. Ambos, con el verdadero deseo de que el otro sobreviviera, aunque no nos volviéramos a ver.
En la mañana, antes del primer rayo de sol, fuimos nuevamente a la costa. Él ya me esperaba. Hicimos un pacto de sangre cortándonos las palmas, estrechando nuestras manos.
Yo juré irme pacíficamente con él; Mikael juró no tocar esas tierras. Subí a su barco. Me marché. Fue la decisión que más me incomodó por dentro, pero la más acertada para el bienestar de todos, incluida Ana.

Presente
Luna

Me sumergí tanto en las memorias de Alessio que perdí hasta la noción de la hora. Cada día comprendo mejor cómo creció hasta convertirse en el vampiro que es. Y, de cierto modo, siento mucho pesar porque su larga vida lo obligue a ver constantemente cómo todo empieza y termina. Quisiera abrazar su corazón solo por eso. Me levanto del asiento, agarro una carpeta con fundas de polipropileno y almaceno cada hoja en orden para continuar la lectura durante el viaje. La guardo en un maletín de mano. Higienizo mi habitación y me acuesto en la cama.
Creo que está comenzando a perturbarme lo que pueda encontrar en las siguientes páginas. Es posible que el hombre que caminó junto a Mikael desaparezca en las próximas letras, y se muestre ante

mí un Alessio despreciable. Pero estoy preparada... Es solo historia, no hay nada de él que pueda asustarme.
A medida que me adentro en mi ensueño, solo puedo imaginarlo a él, sus labios en los míos, sus colmillos apretando mi piel. Sus ojos, mi deseo, ¿cuándo terminé así?... Es bueno saber que él también gusta de mí, pero, lo que Alessio no sabe es que él no solo me gusta. Estoy profundamente enamorada, mucho más que estar enamorada. Lo amo.
Estoy sumergida en él, casi ahogándome y no quiero que nadie me salve. Cada suspiro que sale de mi ser lleva su nombre. Cada vez que alguien lo menciona, cada vez que lo veo... siento mariposas revoloteando en mi estómago, y mi piel se eriza con el simple roce de sus manos, incluso sólo con su voz.
La idea de volver a ser suya se ha convertido en mi mayor anhelo.
Pero trato de calmar mis sentimientos para encontrar descanso en el sueño. Así lo consigo. Despierto antes de la salida del sol. Y luego de pasar horas en rituales de ducha, salgo del baño con la piel como seda, expeliendo un olor a fruta agradable y costoso. Con el tiempo he acumulado cosas tan exclusivas que no hay nada en mí que no lo parezca: mis pestañas rizadas, mis uñas cortas con la manicura intacta, mis pies suaves como mantequilla. Mi cabello al ras de mi mentón, brillante, sano. Pongo rollos en mi cabeza para darle algo de vuelo mientras me maquillo: delicado, sin mucha base, dejando ver la belleza natural de mi piel con finos toques a brocha de las marcas más costosas, ordenadas en múltiples filas dentro de mis gaveteros. Una diminuta tanga de encaje blanco queda debajo de un vestido de mangas largas, ajustado en el torso y suelto en la falda, de la misma tela y tono. Como he subido de peso, me queda algo justo en el escote, lo cual no da espacio para usar brasier, pero mis senos lucen perfectos: ni caídos ni apretados, provocativos con recato, en una curva natural que grita: "No quiero dormir con un hombre, quiero dormir con Alessio Yvoty".
Al verme en el espejo saco de mi gavetero mi última arma: un perfume con feromonas. Lo rocío como una brisa sobre mí. No sé por qué anoche se detuvo. No sé por qué no dormimos juntos, pero si es deseo lo que le hace falta, planeo dejarlo embrujado.

Tomo mi maleta, abro la puerta y casualmente lo encuentro en el pasillo. Viste un conjunto beige de lino. Tiene dos botones de la camisa abiertos, y una pequeña medalla de oro reposa sobre su divina piel morena. Alguien traiga una cubeta para toda la baba que se me está cayendo. Aprieto las piernas, no debí usar una tanga tan pequeña, tengo el miedo real de gotear sobre sus pies.
Levanto la vista lentamente. Él lleva unos lentes rojos a través de los cuales me arranca la ropa con la mirada, esta vez tomo la iniciativa:
— Buenos días.
— Sabes perfectamente cómo me gustan los buenos días. — Responde. Alessio me subestima. Subestima todo lo que siento, lo mucho que lo deseo. Me acerco y, apoyando una mano en su pecho, me alzo en las puntas de mis heels de rattan de diez centímetros, alcanzo su boca.
Percibo la sorpresa en sus labios, pero sus manos se entierran en mi cintura de inmediato, la derecha descendiendo lentamente, casi propasándose, yo deseando que se propase. Nuestros cuerpos se ajustan perfectamente. Mis poderosos 1.75 metros contra sus 1.92 daban la talla perfecta, más aún en tacones, para que mi cadera se ajustara a la suya, permitiéndome sentir el gran bulto aún dormido en su pantalón. No me siento vulgar, no se siente vulgar, se siente perfecto. Todos los besos deberían ser así de intensos, en completa sincronía con el cuerpo del otro.
Por segundos me pierdo en su calor, en su pecho duro y musculoso, en la experticia de su lengua, en la necesidad de la mía... Siento que desea empujarme y arrebatarme la ropa en el cuarto, pero una vez más se contiene, se aparta suave, besándome la mejilla, acariciándome el rostro con el suyo hasta llegar a mi oído. Dejándome caliente, con los labios humedecidos.
— Hueles tan bien que podría comerte. —Susurra, y su voz atraviesa como una cosquilla mi vientre junto al aroma de su perfume. ¿Qué hago? ¿lo haremos aquí? ¿contra la puerta? Cierro mis ojos, que pase lo que tenga que pasar. Pero perderemos el vuelo. El jet es suyo ¿podría reservar otro, no? Tantas cosas llegan a mi mente.
— ¿Luna? —Escucho su voz a lo lejos y abro los ojos lentamente, lo veo con mi maleta junto a la escalera. — ¿Sueñas despierta, amor?

Pregunta con esa típica sonrisa descarada, *¡odio eso de él!* Trágame tierra.
Camino con las piernas temblando y la cara llena de vergüenza, dejamos el penthouse rumbo a su avión. Conversamos todo el camino.
Él me cuenta las cosas que hizo durante su ausencia y yo solo le miro, romantizando aún más su perfecta existencia en mi cabeza. Soy tan feliz; estoy segura de que no existe una mujer con más suerte que yo.
Subimos al avión y él pide champaña, nos sirven la bebida burbujeante en copas de cristal alargadas, me entrega una y alza la otra.
— Por nosotros... y por Mónaco. —Choca su copa con la mía. Bebo sin quitarle los ojos de encima, él hace lo mismo. Juro que siento cada trago de su boca, codicio cada gota sobre sus labios.
— ¿Qué te parece si jugamos algo? —Sugiere, y siento desde lo más profundo de mi ser que debo responder no, pero digo que sí. Sí a todo lo que Alessio me proponga.
— Bien, es un juego de preguntas... —Prosigue.
— ¿Como verdad o shot?
— Sí. —Los dos sonreímos.
— Acepto. ¿Quién comienza?
— Las damas primero.
— Bien.
Se me vienen un montón de preguntas interesantes a la mente y escupo la más estúpida.
— ¿Cuál es tu color favorito?
¡Maldición, Luna! ¿Cuántos años tienes?
— ¿Mi color favorito? Mmm... es una pregunta muy buena, de hecho. Nunca lo había pensado. Creo que me gusta el rojo.
— ¿En serio? También es mi color favorito, por eso amo la Navidad.
— Acabas de quitarme dos posibles preguntas.
— *¡Ay perdón!* —Río cubriéndome los labios— Lo siento, no me di cuenta.
— No te disculpes... Bien, ahora es mi turno: ¿Qué es la mejor cosa que te ha pasado en la vida?

Es una pregunta normal, pero mi mente me trae una imagen de su cara entre mis piernas. ¿¿Por qué?? No pedí tener ese pensamiento.
Me sirvo la copa de champaña hasta el tope y me la bebo.
Sin ningún tipo de respeto, él comienza a reír tan fuerte que se quita los lentes para secarse las lágrimas.
— Yaaaaaaa, ¿puedes parar?
— Perdón, perdón. Es tu turno, te toca preguntar.
¡Bien! Esta vez haré una buena pregunta.
— Has vivido novecientos años, eso es mucho tiempo...
¿por qué no has tenido hijos?
— ¿Por qué la pregunta? ¿quieres que los tenga contigo?
— Tú no puedes hacer preguntas, no es tu turno. —Ríe mordiéndose el labio.— Estoy muy joven, no pregunto por eso, sólo me da curiosidad.
— Voy a responderte… Hace mucho tuve dos relaciones. En lapsos de tiempo distintos, claro. Pero ellas tenían en común que no podían concebir. Una era infértil por nacimiento y la otra dejó de menstruar muy joven. Creo que tuvo menopausia precoz. Entonces, cuando me mudé a Veufort, ¿recibí mi primera clase de orientación sexual?
Rompemos a reír.
— Y entendí que tenía otras prioridades, que no quería hijos por un tiempo, entonces me cuidé de eso. No lo sé, no hay una razón específica. Supongo que, a pesar de los cientos de años que he vivido, igual me sentía muy joven para eso. No sé si me explico.
— ¿Te sentías? ¿Por qué lo dices así?
— No hay más respuestas para ti, amor. Es mi turno... ¿Cuál es el atributo físico que más te gusta de mí?
— Tu boca. —Respondo sin pensar, él me mira reclinado del asiento, cubriendo la mitad de sus labios con el dorso de su mano, con una sonrisa más allá de ser ladina: lujuriosa.
¿Cómo fue que esa respuesta salió de mí?
Sirvo otra copa entera y me la tomo.
— ¿Si respondiste la pregunta por qué bebes?
— Se acabaron tus preguntas, ahora es mi turno.
No sé si es la cantidad de licor en la champaña o él, pero estas dos copas ya me calentaron.

— Si hoy fuese tu último día en la Tierra, ¿a dónde irías? —Le pregunto, y luego de dedicarme una intensa mirada, toma la botella y se la empina. Es una lástima que no respondiera.
— No sería tan relevante el lugar, siempre que pueda estar contigo.
Finalmente responde, y descubro un nuevo tono de rojo en sus mejillas morenas.
— Mi turno. —Él dice. Yo respiro hondo. Acabo de descubrir que la champaña me afecta como un afrodisíaco, es eso o todo mi organismo ya está al borde del colapso de tanto desearlo. Miro mis pezones erectos a través de la tela de mi vestido. No puedo hacer nada por ellos, no tengo brasier, pero al menos cruzo las piernas, rogando en serio que mi vampiro tenga serenidad y que pregunte algo decente. Es lo único que pido, porque ya no puedo más.
— En este viaje... ¿deseas que durmamos en habitaciones separadas o en la misma cama?
No voy a responder eso. Tomo la botella para llenar mi copa, pero está vacía. Él se la bebió justo antes de preguntar.
— Creo que no te queda otra opción que responder.
Aparece una azafata de la nada y comienza a recoger la mesa. Ni su interferencia hace que dejemos de mirarnos, mi pecho subiendo y bajando... Estoy mil por ciento segura de que él conoce la respuesta, solo pregunta por vanidad.
— Señor, ¿traigo otra botella?
— No. Y por favor avisa a la tripulación que nos den privacidad.
Contesta, mientras sus ojos permanecen en mí. De repente, escucho un suave chasquido, y la mesa que tenemos enfrente se pliega. Él la mueve hacia la pared, dejando en evidencia que mis largas piernas están más cerca de él de lo que esperaba.
Se endereza en su asiento y acaricia mi tobillo, toma mis pies y los sube sobre sus piernas.
— Está bien, cariño... igual ya sé la respuesta a eso. — Desabrocha mis sandalias, y con cada caricia mi intimidad late más fuerte. Alessio, por lo más sagrado, no hagas eso.
Entrecierro mis ojos al momento que sus manos suben con un masaje por mis pantorrillas. Le retiro la mirada, no puedo verlo a la cara.

— Hueles tan dulce.
— Gracias, es un perfume nuevo.
— No, no es nuevo. Tú y yo lo sabemos bien.
Su mirada se torna intensa aunque cristalina. Valida completamente todo lo que he sentido desde anoche porque aunque no hable lo escucho; dice que él también quiere, que se muere de ganas por tenerme. Y como una gota de agua esclarece todo en mi mente justo recuerdo lo agudo que es su olfato. Sonrío, mordiéndome el labio inferior al entender a qué perfume se estaba refiriendo. El de mis bragas mojadas.
Él mantiene la mirada y continúa acariciando mis piernas.
— ¿Te sientes bien conmigo? —Pregunta.
— ¿No se nota?
Sus ojos bajan a mis pezones dos segundos y vuelven a los míos.
— Se nota.
Baja su boca a mi tobillo, me muerde sin hacerme sangrar, sin lastimarme, pero lo suficientemente fuerte para que se me escape un gemido y mis pezones se erecten más. Permanece con la mordida cerrada. Solo veo su perfil y sus largas y hermosas pestañas, mientras siento su lengua chuparme y acariciarme la piel. Se levanta del asiento y se acerca, apoya su mano izquierda en mi reposabrazos, con la otra me sujeta el mentón haciéndolo bajar con su pulgar para que yo abra la boca y me besa.
Me agarra la nuca con tanta fuerza que se me juntan las piernas por la necesidad de buscar fricción en el asiento. Esto no es una cosa de hoy, ni de ayer, es de hace nueve meses cuando lo conocí, son unas ganas que mi cuerpo ya no puede soportar.
Cuando nuestros labios se separan, un hilo de saliva queda colgada entre ellos. No me molesta, no le molesta. Se rompe cuando Alessio me limpia con delicadeza.
— Eres la mujer más hermosa de todo el maldito mundo, Luna Thompson.
Sin dejar de verme a los ojos, baja una mano entre mis piernas y las separa. Ambos observamos mis muslos mojados, como sospeché, la tanga me falló. Él baja, sus manos apoyadas en ambos reposabrazos y me limpia con la lengua entre suaves pero profundos

murmullos. Tras retirarlo todo me mira a los ojos y deglute, con las comisuras de sus labios rebosadas de mí — ¿Me limpias? — Pregunta, y le seco el exceso en sus labios con los dedos. No sé que le causa gracia, pero ríe a sus adentros como si yo acabara de hacer algo tonto o incorrecto.
— Gracias, mi amor. —Me da un beso suave y regresa a su asiento con la postura de un Rey.
Yo volteo a la ventana y me cubro el rostro con la mano. Veo las nubes, las islas desde el aire.
— Tengo que ir al baño. —Le digo aún sin voltear.
— No me sigas provocando.
— Pero no puedo quedarme así.
— Si entras al baño, voy a follarte en el baño.
— Tengo que cambiarme la ropa interior.
— Si quieres te la quito con la lengua.
Bajo la mano de mi rostro a mi boca. Él no sabe lo que es la decencia o el filtro. Lo miro a los ojos, él cruza las piernas y alza el mentón. Agacho la cabeza y peino mi cabello, me acomodo en el asiento.
— Alessio estás loco.
— Para ti soy "Ale" o "Mi Amor", no te permito menos.
Río dulcemente frente a él, tanto que me inclino hacia adelante con ardor en las orejas. Él también ríe y llama a la azafata. Me pregunta si quiero algo, le digo que agua y me sirven de inmediato. Cuando ella se va, vuelve a quedar esta juguetona tensión entre nosotros. A la cual él termina cediendo.
— Está bien, puedes ir al baño, no vamos a hacer nada.
— No te creo.
— Hazlo ahora o podría arrepentirme, podría cambiar de opinión y hacerlo justo aquí.
Me levanto de golpe, él suelta una carcajada que lo hace hundirse en el asiento. Yo agarro mi pequeño bulto de viaje y corro al baño para cambiarme la ropa interior. Pero por si acaso, sólo por si acaso, no cierro la puerta con seguro.
Pero él cumple con su palabra.
Lamentablemente nada pasa.

Cuando vuelvo a mi asiento, el cansancio me alcanza en silencio y termino quedándome dormida en algún punto del trayecto.
…
— Luna... —Escucho la voz de Alessio a lo lejos— cariño —varias veces… Al abrir mis ojos observo mis piernas de nuevo sobre él y mis tacones guindando en su mano.
— Debes ponerte el cinturón de seguridad, vamos a aterrizar en Mónaco.
Asiento amablemente en lo que espabilo, arreglo mi ropa y me pongo el cinturón. El piloto logra un aterrizaje excesivamente tranquilo, Alessio me devuelve mis tacones y los amarro en mi tobillo. Saco un espejo de mano y arreglo mi cabello. Nos despedimos de la tripulación. Subimos al auto y luego de una larga ruta nos detenemos en un restaurante. Es lujoso, tiene pinta de ser mucho más que caro, entro junto a él y agradezco al cielo que mis tacones sean de los gruesos, mis piernas aún están temblando.
En este sitio, la gente es tan refinada que hablan como si contaran un secreto. Ni siquiera podemos tener una conversación con normalidad sin que nadie más nos oiga. No sé si es por los nervios de todo lo que este viaje significa o si es algún tipo de estrés por el vuelo, pero me siento muy presionada. El mesonero trae la carta; sonrío y agradezco. Comienzo a hojear mientras la boca se me seca. Estoy tan nerviosa que tengo ganas de vomitar.
— ¿Qué te pasa?— Alessio me quita el menú despacio y toma mi mano.
— Estoy bien. —Sonrío.
— ¿No te gusta este lugar?
— Por supuesto, es muy bonito.
— Puedes ser honesta conmigo.— Me entrega una sonrisa y siento plena confianza de conversar.
— Bueno... es que no estoy cómoda. No sé la razón.
— Tampoco lo estoy, es extraño, ¿qué te gustaría comer?
— ¿En este país hay Yumpsi Burger?
Escucho mis palabras y quiero quitarme el zapato, pegármelo en la cabeza, ¡mierda!

— Sí, hay uno, y qué bueno que lo mencionas porque se me antoja una hamburguesa doble. —Ambos sonreímos ampliamente y nos levantamos de la mesa, él deja una propina generosa y salimos del restaurante. El valet trae el auto, subimos y Alessio cruza la ciudad a una velocidad que libera un cosquilleo en mi estómago, con muy buena música de fondo.
Comienzo a ver el mar, y él baja las ventanas, entrelazamos nuestras manos mientras miramos juntos el camino hasta que paramos muy cerca de la costa, y descubro que el restaurante con la mejor vista de la ciudad, casualmente era el Yumpsi Burger de Monte Carlo, ubicado frente al mar Mediterráneo. Ningún otro tenía una vista tan privilegiada. La franquicia lo jugó todo con esa locación.
Estaba alucinada con el paisaje. No paraba de parlotear mientras me comía una hamburguesa, y durante el tiempo que demoro en hacerlo, Alessio devora tres. Nos tomamos una foto. La primera foto con mi novio, la tomamos en este Yumpsi Burger. Hasta ahora no me había fijado que no teníamos ni una sola foto juntos.
Ahora tengo varias, qué emoción.
Paseamos por toda la ciudad hasta llegar a las tiendas, me compra un bolso de edición especial y un hermoso par de botas negras. Avistamos una tienda de relojes y lo obligo a comprarse algo para él. Elige dos relojes de caballero, paga cien mil euros por cada uno sin chistar, y ciento veinte mil por otro de dama que le supliqué como diez veces que no comprara. Pero no tiene remedio, ya lo había pagado y cerrado en mi muñeca antes de que pudiera protestar. Y la verdad, combina con el anillo, no me quedó más opción que decir gracias.
Avistamos una tienda de flores, me pide que escoja el arreglo que quiera, elijo un hermoso ramo de margaritas con gypsophilas envuelto en un papel blanco. Nunca me imaginé caminar por Mónaco de la mano de mi novio con flores y bolsas de compras, no mentiré, se siente muy bien, mucho más que bien.
Sobre todo porque justo como prometió, comemos helado juntos en una cita. Conoce cosas de mí que no sabía, pregunta de todo, como chiquillo preguntón. A cada cosa que le respondo le saca un por qué, alargando alegremente nuestra charla, hasta que volvemos al auto y

la ruta toma una inclinación hacia arriba. Según él, vamos a un mirador, al Jardín Exotique de Mónaco.
— Entonces no te gusta el picante. —Pregunta.
— No lo paso, siento que cierra mi garganta.
— ¿Pero no eres alérgica?
— No, es sólo que no me gusta.
— A mí me gusta mucho.
— Entonces te cocinaré con picante.
— Carajo—Su mano aprieta el volante.— ¿puedes repetirlo?
— ¿Qué cosa?... ¿Tienes… algún fetiche con el picante?
— No. El fetiche es contigo. —Cielos, quiero cohibirme de preguntar, pero la curiosidad me gana.
— ¿En la cocina?
Él asiente lentamente. — Sobre la encimera, ¿y tú?... ¿algún fetiche?
— No creo que sea un fetiche, más bien una fantasía.
Su mano se desliza hasta mi pierna, mientras mantiene la vista fija en el camino.
—Dímela.
— Frente a una chimenea en una habitación rural donde haga mucho frío, desnudos, con una gran manta alrededor.
Me mira por un instante, y algo se enciende en sus ojos: le gusta la idea.
— Te hacía más pura.
— Lo que siento por ti es muy puro. —Ríe alegremente— Y, deja de subestimarme, también tengo deseos.
Tomo su mano, y apoyo mi cabeza en su hombro. Observo la hermosa cuesta bordeada de arbustos florales, hasta que llegamos a la entrada del jardín.
Me gustaría saber si él alguna vez ha estado tan enamorado así como yo me siento. Quisiera saber más profundamente qué es lo que siente por mí. Pero no lo pregunto porque estoy consciente de que aunque nuestra historia ya lleva meses, apenas estamos comenzando. Me basta con el roce de su pulgar sobre mi mano, con sentir su perfume cerca de mí.
Andar por el jardín es precioso, hay cactus, flores naranjas y amarillas en tonos muy exóticos. Subimos por un pequeño sendero

serpenteado que nos lleva a un mirador con un arco tupido de flores fucsia, donde la ciudad se revela ante nuestros ojos: los tejados naranja, edificios bajando como cascadas hasta el mar turquesa entre arbustos y mucha vegetación salina.
Alessio me abraza por la espalda apoyando su barbilla en mi hombro.
— *Este lugar es hermoso.*— Le digo.
— Podemos venir cuantas veces quieras.
Nos quedamos justo así, sus brazos cerrados como un candado sobre mi clavícula.
— Sabes… quería decirte que mientras tú no estabas, siempre llegaban arreglos florales al penthouse.
— ¿Ah sí?
— Sí, tenían una tarjeta con tu nombre, sea quien sea quería realmente agradarte. —Suelta un bufido, con una risa interna.
— Entonces fue eso.
— ¿Qué?
— Yo enviaba las flores, y la floristería ponía una tarjeta con mi nombre, pero la verdad es que eran para ti.
Me separo despacio, quedamos frente a frente y lo miro a los ojos, él trata de continuar:
— Te envié...
— Veintidós arreglos florales en total, y podría hablarte de cada uno, porque eran tan bonitos que disequé una flor por arreglo, para que pudieras apreciarlos al regresar.
— ¿En serio hiciste eso?
Asiento, observando una mezcla de emoción y confusión en sus labios.
— Entonces sí te gustaron.
— ¿Estás bromeando? eran hermosos... ¿Por qué me ves así?
— Es que trataba de pedirte disculpas por mi ausencia, por todo, con esas flores, pero nunca te llegó el memo.
— Más vale tarde que nunca.
Una ola de turistas pasa caminando a nuestro lado, los saludamos asintiendo. Alessio saca su teléfono y se lo da a uno de ellos.
— ¿Disculpe, puedes tomarnos una foto bajo este arco por favor?

— Claro.
Vuelve a mi lado, y en lo que el turista hace la cuenta regresiva, Alessio aparta con delicadeza un mechón de cabello de mi rostro. Abrazando mi cintura me da un beso en los labios. Por un segundo siento que no hay nadie más en el jardín, ni turistas, ni flores, ni cámaras… sólo él y yo.
Se siente tan hermoso y digno ser amada en voz alta y no en callejones sombríos. Toda mujer merece esto. Tener un amor real.
— Muchas gracias por la foto. — Alessio se despide del señor, y caminamos de la mano hasta un banco.
— ¿Te duelen los pies?, se ven rojos .
Quisiera decirle que no, ¿pero conocer media ciudad con tacones de diez centímetros en los pies?, estoy destrozada.
— Sí, quiero descansar.
— Entonces ya nos vamos, sólo déjame hacer una llamada. —Saca el teléfono e inicia una conversación de negocios que con cada paso lo lleva más aparte. Justo aparece un hombre joven y albino, bien parecido, de traje, sombrero y lentes.
Pregunta si puede compartir asiento conmigo. Le digo que sí, es que la verdad no hay otro cerca.
— ¿Una tarde calurosa no?
— No tanto, señor. Al menos hay mucha brisa, eso lo hace agradable.
— Así es… ¿Primera vez en Monte Carlo?
— Sí, soy turista —Contesto sonriente.
— Ya veo, no puedes irte sin visitar el casino, es lo mejor de la ciudad. También soy turista. Bueno... un turista frecuente. Mucho gusto, me llamo Tyler.
— Un placer, Luna —Estrecho su mano.
— Luna es un nombre muy bonito, la traducción tiene cierto significado especial en mi cultura… Bien, creo que ya descansé lo suficiente —se levanta del asiento— fue un placer conocerte, también tienes una voz muy dulce.
— Gracias.
— Hasta pronto. —Sacude la mano y se aleja. Qué amable...
se nota que es una persona muy agradable.

Alessio se da la vuelta y me saluda desde lejos, comienza a caminar de regreso todavía conversando. Se sienta junto a mí y me agarra de la mano. Habla de un proyecto en yo no sé dónde. Finalmente cuelga, y mira el ambiente con extrañeza, su nariz moviéndose de forma muy graciosa.
— ¿Qué sucede?
— Creí haber sentido un olor…
— ¿A qué?
Menea la cabeza.
— A lobo.
— ¿Lobos en Mónaco?, Mi amor, hay mejores formas de decirme que necesito un baño. — No —ríe— no es eso, es que en serio el aire trajo hasta mí ese olor.
— ¿Algún millonario con mascotas exóticas?, deben haber cosas muy raras en todas esas enormes villas.
— La verdad sí… sobre todo de lobos aquí.
— ¿No tienes hambre?, me está dando hambre.
— Así es señorita pies cansados —Me carga y suelto un grito mitad susto mitad risa.
— Nos vamos.
— ¡Ale bájame!
— No.
— ¡Ale!
— No quiero amor.
…
Cuando dejamos el jardín, recorremos la ciudad de nuevo hasta llegar al puerto. La verdad, creí que ya íbamos al hotel. No me molesta, solo pienso que debí llevar conmigo unas sandalias más bajas para cuando me cansara.
Estacionamos frente a una hilera de yates y miro a Alessio desde adentro hablar con un capitán. Demoran al menos cinco minutos en eso. Finalmente, terminan su charla y él viene por mí, abre la puerta del auto y me ayuda a bajar.
— Creí que ya íbamos al hotel.
— Sí, este es nuestro hospedaje. Dormiremos sobre el mar Mediterráneo.

No puedo ocultar mi sonrisa. Él se aprovecha y me besa la boca.
— ¿No te da miedo dormir en medio de la nada? —le pregunto con una chispa de sarcasmo.
— No... ¿y tú?, ¿tienes miedo?
— Mi novio es un vampiro de novecientos años... creo que sabe lo que hace.
Sonreímos sobre nuestros labios bajo la luz del atardecer y vuelve a besarme. Caminamos de la mano y subimos a la embarcación. Algunos ayudantes cargan las maletas, también mis flores. Cuando las colocan en mis brazos y los veo descender del barco, lo comprendo: definitivamente dormiremos juntos. Esta noche pasará.
Sobre el comedor del salón hay un jarrón fijado lleno de rosas rojas. Abro mi ramo de margaritas y comienzo a introducirlas todas.
Alessio me ayuda y me muestra nuestra habitación: es enorme, con una cama amplia en el centro y ventanales de piso a techo que dan directo al mar. Una puerta de cristal se abre hacia la terraza. Cortinas blancas pero de telas gruesas se balancean suavemente. Los textiles de la cama y los muebles siguen la misma línea, todo cálido, acogedor, perfecto.
No demoro mucho adentro. Me pongo un bikini pequeño, de esos que se amarran con lazos en las caderas. Un pareo en la cintura y camino a buscarlo hasta que lo encuentro al timón, ya con un short y sin camisa. Vaya que los hombres no demoran en nada.
Me pide que me acerque y me coloca justo delante de él, abrazándome con su cuerpo, haciendo que naveguemos juntos.
— ¿Seguro que tienes licencia para esto? — Bromeo.
— Tus manos son las que están sobre el timón, ¿tú tienes licencia?
— Se supone que era mi broma, tenías que dejarme ganar.
— Por supuesto que no... —Lo miro indignada y me guiña el ojo— Yo nunca pierdo.
Navegamos mar adentro, y mi corazón no para de apretarse por él... su perfume, sus brazos, su respiración, cada beso en mi mejilla, en mi cuello; sólo hace que lo quiera más.
— ¿Te gusta el mar? —pregunta.
— Sí, el agua tiene un efecto tranquilizador en mí.

— ¿En serio?, entonces haremos esto más seguido... quiero más momentos como este contigo.
— Yo también quiero más de estos momentos. — Planta un beso en mi cabeza.
Justo cuando estamos en pleno mar, muy lejos de la costa, él comienza a disminuir la velocidad, tira el ancla.
— ¿Por qué paramos? —No recibo respuesta, solo su mano en mi cuello guiándome a sus labios. Me da un largo beso, de esos en los que tienes que abrir toda la boca. Se me escapan algunos suspiros del gusto, casi gemidos... cada que me toca o me besa, juro que veo el paraíso.
— ¿Quieres ir a nadar? —Asiento, me toma de la mano y lo sigo hasta la popa. El agua es muy cristalina, un espectáculo de tonos turquesa con destellos de luz solar reflejándose sobre ella.
— Qué belleza —me congelo al contemplar. Alessio toma impulso y salta al agua sin esperar. Lo miro emocionada.
— ¡Ven! —Me llama con una sonrisa. Me quito las sandalias, envuelvo mi anillo en el pareo y lo dejo sobre una silla. Salto también.
Todo con Alessio es tan divertido.
Comenzamos a nadar. Me sumerjo y abro los ojos bajo el agua. Un ardor inicial me recibe, pero pronto se desvanece y me acostumbro, se vuelve tolerable. Me sorprende la cantidad de peces: son muchísimos y de varios colores. Saco la cabeza y grito con emoción:
— ¡¿Los viste!? —Él asiente y nos sumergimos de nuevo.
Seguimos nadando, hasta que me canso y él hace de isla para mí. Me engancho con las piernas a su torso. Nos besamos largamente, sus ojos melosos entre mis pechos y mis labios, debil, como quien se ha rendido. Y yo también; dejo que me toque que haga lo que quiera conmigo. Acaricia mis glúteos, los aprieta mientras me besa. Ese deseo ardiente en nuestros labios vuelve a sentirse. Justo cuando la parte superior de mi traje se desata, dejando mi pezón izquierdo casi en evidencia y el derecho completamente afuera, él lo acaricia con los dedos y vuelve a besarme. Lo aprieta de forma placenteramente dolorosa, luego desliza su boca por mi piel,

haciéndome un fuerte chupón allí que me queda marcado. Vuelve a besarme mientras me amarra el traje.
— *¿Te gustó?*
— *Sí.*
— A mí también.
— Uy no me había dado cuenta.
Mi burla enrojece sus orejas, me mira con una chispa de vergüenza y me alza con malicia, yo muriendo de la risa entre suplicas de arrepentimiento, pero es tarde, Alessio me arroja al mar y caigo como bomba. Jugamos un rato.

Subimos al barco para saltar de nuevo, lo hacemos unas diez veces más y nos quedamos besándonos en el agua otra vez, hasta que la luz del sol comienza a desaparecer.
— No me gusta nadar de noche— dice— siento respeto por la inmensidad del mar, ¿te parece bien si subimos?
— Sí.
Volvemos al yate, y me pongo mi anillo. Mis hombros y mi rostro quemados por el sol. Agarro una toalla de las tantas colgadas por ahí y me seco. Caminamos hacia el bar, donde Alessio se sirve un trago.
— ¿Uno solo?, ¿no hay nada para mí?
— ¿Qué te gustaría beber?
— Bueno… como ya empecé el día con champaña creo que sería lo mejor continuar.
Él destapa una botella y el corcho sale volando. Sirve la mezcla espumante en una copa y me la da. Tomamos dos o tres tragos. Él sentado en un taburete en la barra, yo de pie entre sus piernas mientras charlamos.
— ¿Quieres salir a ver las estrellas?, hoy hay superluna. —Asiento. Caminamos a la terraza con botella en mano hasta una tumbona redonda del tamaño de una cama. Tiene varios cojines y respaldar, así que los acomodamos y nos sentamos, uno al lado del otro. Pero Alessio me jala de la mano para que estemos más cerca. Así que nos sentamos con mi espalda contra su pecho, sus brazos rodeándome, su erección contra mis glúteos, y mi cuerpo encendiéndose más de lo que está.

— Creo que jamás había visto un cielo así — Le digo, la verdad se veía precioso, éramos el único punto de luz en el océano, así que las estrellas hacían con el mar de Mónaco una ilusión de cielo infinito, mientras las olas se movían lentamente y la luna brillaba con un amarillo color miel.
Los dedos de Alessio se deslizan por mi abdomen, acariciándome en círculos mientras conversamos.
— Una superluna sólo puede verse tres o cuatro veces al año.— Me cuenta.
— No lo sabía… entonces somos afortunados por disfrutarla con ésta vista.
— Totalmente.
— Lo cual es muy romántico.
— Era completamente la intención.
— Así que éste viaje es nuestra primera cita.
— ¿Va bien?
— De maravilla.
— ¿Alguna vez te habías sentido así estando con alguien? —me pregunta.
— No. Es la primera vez que vivo algo así. Ya tienes varias de mis primeras veces. — Me da un beso en la mejilla.
— Es un honor. —Reímos en murmullos. — Quiero decirte algo… Esta también es mi primera vez sintiéndome de este modo, así que eso te hace dueña de esta primera vez para mí.
Busco su mirada.
— ¿Podrías explicarme en qué sentido?... es que leí en tus diarios sobre tus esposas.

Su abrazo se cierra un poco más.
— Entiendo tu incomprensión, pero lo que te digo es completamente cierto.
— ¿Las amaste?
— Sí, aunque no de la manera romántica que imaginas. No era capaz de sentir de ese modo en aquél entonces. Eran emociones más asociadas a la compañía y al descubrimiento de muchas otras cosas, ellas fueron las primeras personas con las que sostuve

conversaciones en mi vida. Las recuerdo con mucha estima y respeto. Incluso hay dos estatuas en la casa de Lukas para su remembranza.
— Me parece un hermoso gesto, muy hermoso.
— ¿Qué es lo que quieres preguntarme en realidad?
Sabía que iba a notarlo... ha vivido demasiado.
— Es sólo… creo que es muy pronto para preguntarlo, pero, me gustaría saber qué es lo que sientes por mí. — me da otro beso en la mejilla.
— Estoy mucho más que enamorado, puedo asegurarlo.
— ¿Qué tanto?
— No puedo describirlo.
— Inténtalo.
— No puedo, te juro que no puedo.— Me da un beso teñido de deseo. Su peso me recuesta despacio sobre el colchón de la tumbona en lo que él se posiciona sobre mí desatando ágilmente mi bikini. *Está pasando, está pasando.*
Mis manos se hunden en su nuca, en su espalda, nuestras piernas rozan con delicia por la humedad y el calor. Tira a un lado la parte superior de mi traje y se levanta para quitarse el short.
Me siento en topless, mirándolo. Cuando desata el nudo y lo baja por sus piernas, contemplo su sexo erecto, fuerte. Se queda de pie frente a mí sobándolo, preparándose para nuestro encuentro. Por cada tres centímetros de piel, tiene un músculo tonificado. Llego a sus ojos y no están en los míos; así como yo lo veo, él me ve. Y no sé por qué razón, si son los nervios o no, pero siento vergüenza, cubro mis senos.
— No… —me suplica— no lo hagas, por favor. No te tapes. Eres hermosa, demasiado hermosa.
Bajo mis brazos despacio, y él vuelve a contemplarme, embelesado. Regresa y me besa, pellizca mis labios, desciende entre chupones lamiendo mi cuello, mis senos. Quiere mi sangre, quiere mi cuerpo. *Me quiere.*
Su lengua me recorre hasta mi abdomen, se detiene justo ahí y después de varias chupadas y lamidas me muerde sin contenerse, me aprieta muy fuerte, clavando sus colmillos, haciéndome sentir un

dolor impresionante. Se me escapa un gemido casi grito y me aferro a él. De inmediato se detiene, respira jadeante sobre mi piel. Pero yo… quiero saciarlo, lo quiero tanto que deseo que él tenga absolutamente todo lo que desee de mí.
— No pares, soy tuya.—
Susurro, acariciando su mano—. Bebe cuanto quieras.
Una lágrima baja de mi ojo derecho y se anida en mi oreja.
— Es por eso que no puedo. No es como aquella noche, no debo maltratarte.
— No me haces daño.
— Lloras porque sí te daño, sé que te duele. Beber es una cosa pero saciarme duele demasiado.
— Entonces quiero tu dolor.
— No sabes lo que pides.
— Sí sé, sé cuánto duele, lo sé bien, lo recuerdo bien… Y lo quiero. La fuerza de tus mordidas en mi piel, los pellizcos, tú recorriéndome, desesperado, buscando un nuevo lugar para beber mi sangre. No me estás obligando. Quiero volver a tener en mis mejillas esas lágrimas, las lágrimas de saciarte.
— Luna —susurra con el ceño fruncido.
— Quiero volver a sentirte… Sólo soy una humana enamorada de un vampiro. Soy tuya Alessio. ¿Eres mío?
— Lo soy.
— Entonces cumple mi deseo, por lo más sagrado, vuelve a besarme y toma todo lo que quieras de mí.
Ni termino la frase y sus labios chocan contra los míos. La lujuria impregnada en su lengua y el deseo en sus caricias me desarman. Su sexo empieza a rozarme, tratando de penetrarme. Lo he deseado tanto que entra fácil. Siento su grosor entero expandiéndome, complaciéndome. Embiste con deliciosas ganas. Le muerdo la oreja con un gemido atrapado en mi garganta y él arrastra su lengua hasta mi cuello.
Me muerde, jodidamente fuerte. Mis ojos se bañan de lágrimas y alzo mi voz, gimo alto entre el dolor y el placer. Él no se contiene, sigue embistiendo hasta que suelta mi cuello y pone su rostro sobre el mío. Su barbilla, manchada de mi sangre. Nos besamos de

inmediato. Se siente sucio y divino a la vez. Sobre todo por las continuas palpitaciones de mi clítoris ante cada desliz de su sexo en mis adentros.
Me muerde los senos. Gimo otra vez mientras aprieto su cabello entre mis dedos. Extrañamente, comienzo a sentir mucho disfrute con el dolor de sus mordidas, pero sobre todo en sentir su respiración desesperada, sus ojos rojos reducidos a nada y su lengua tan húmeda por mí.
Me suelta y alza su torso duro y sudoroso, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza, aumentando el ritmo de sus embestidas. Yo, derritiéndome de placer frente a sus ojos, mis senos saltando con cada empuje, hasta que se apiada de mis gemidos y los acalla con un beso. Un beso, mientras me penetra lento, divinamente lento, en un jugoso juego que mantiene hasta dejarme sin aliento en una oleada de excitación que late por todo mi cuerpo. Me ha hecho correrme. Chupa mi labio y ríe en el tono más sexy y profundo posible.
Comienza a besar todo mi cuerpo hasta llegar al muslo superior, solo un poco debajo de mi cadera derecha. Me pellizca la piel sin dejar de mirarme, me entierra sus colmillos haciéndome retorcer de placer y dolor frente a él. Bebe muy fuerte, degluta con glotonería. Y tras otra lamida, me suelta.
Nos miramos a los ojos. No necesitamos decir nada, nos entendemos sin emitir palabra: ninguno de los dos quiere parar.
Acaricia mi cintura y me ayuda a voltearme. Quedo boca abajo y me acaricia la piel desde los glúteos hasta el cuello. Voltea mi rostro y me besa. Vuelve a concentrarse en mi cuerpo. Sus dedos se deslizan suavemente por mi espalda hasta posicionarme en cuatro. Él adentra su cara entre mi coño y mis glúteos. Se me hace agua la boca al sentir el rico placer que me provoca su lengua. Por cada roce, suelto un gemido. Moviéndome, buscándolo involuntariamente, entregándome a cada orden de mi cuerpo que sólo desea más del suyo.
Alessio lo disfruta. Escucho sus gemidos a mi espalda cuando me saborea, cómo se traga mi jugos a sorbos.

— Dios mío... —susurro, y él para, me atrapa con sus brazos por la espalda.
— Sólo yo soy tuyo, lo dijiste —me muerde la oreja. Todo mi cuerpo aprisionado de manera asfixiante por él.
— *Ale.*
— Dilo —no me suelta, habla con mi oreja entre sus dientes—. Vuelve a decir que eres mía.
— Soy tuya… sólo tuya.
Me derrito en sus brazos. Volvemos a besarnos y siento cómo va posicionándose detrás de mí. Su erección choca contra mis glúteos y él la guía más abajo. Me penetra el coño desde atrás e inhalo con fuerza.
— ¡Un momento amor!— se detiene— Ahora sí necesito un momento —jadeo.
— Está bien.
— Entra despacio, ¿sí?
— Eso hago, cariño.
— Bien amor. Puedes continuar.
Me agarra las caderas, empuja lento, dejando una sensación tan carnosa que me desarma. Lo mantiene en lo que me acoplo, y empieza a subir el ritmo, a empujar más seguido, más fuerte y hondo, hasta que el choque de nuestra piel y nuestros gemidos se apoderan de todo, seguido de varias nalgadas que me da en lo que abro más las piernas para recibirle. Me agarra ambos senos, los aprieta y embiste más duro.
Me deja casi sin aire, pero por nada del mundo le pido que pare. No quiero.
— Mira cómo te abres para sentirme, como me buscas… ¿pero quieres un consejo? —se acerca a mi oído como en un secreto.
— Junta las piernas, cariño. Júntalas y te chorrearás en mi pene otra vez.
— *Ale.*
— ¿Te ayudo?
Acomoda mi posición, junta mis piernas, y aún sin moverse, se siente exageradamente enorme cuando ya antes se sentía enorme. Él empuja fuerte, su pene se desliza apretado, y mis labios se

separan ante la jugosa fricción, ante la sensación de la falta de espacio, del empuje forzado, de sus testículos chocando contra mi vulva, del roce en los lugares exactos, en un ritmo que me hace gemir como loca por varios minutos, hasta que no aguanto el placer y bajo la cadera interrumpiendo el coito.
Él me agarra las caderas y me regresa a la posición, me da otra nalgada y empieza a follarme más duro, tan rico, que justo como él dijo, mi coño se hace agua y late descontroladamente en su pene. Él empuja profundo, lo deja quieto y duro hasta que mi interior deja de latir, hasta que yo disfruto plenamente, hasta que dejo de retorcerme y temblar con espasmos debajo de su cuerpo.
Como si no fuera suficiente, me muerde suave la nuca, se queda ahí un rato, destapando mi fetiche por el dolor.
Es definitivo: soy adicta a esto.
— Tengo una maldita obsesión con tu cuerpo, Luna... ¿no te da miedo estar con alguien así?
— *Muérdeme.*
— ¿Qué?
— *Muérdeme en la nuca otra vez, por favor.* — le suplico, casi chillando por las ganas.
Lo hace y suelto un tierno gemido ascendente que le deja claro cómo me derrite por dentro ser objeto de su obsesión, de su placer. Empieza a moverse de nuevo y comienzo a llorar de tanto gusto, por las caricias que su sexo me hace cada que entra y sale de mí. Esto no es una tortura, es lo mas divino que he podido experimentar. Pero mis piernas ya no aguantan, me tiro a la tumbona, mi cuerpo desnudo frente a él.
Se tumba a mi lado también, acaricia mi cabello despacio, me besa, y antes de que pueda darme cuenta, ya ha posicionado mi cuerpo de lado, él detrás de mí, introduciendo su polla hinchada otra vez.
— Trata de no cansarte tan rápido, ¿sí?... tengo nueve meses de ganas acumuladas y estás jodidamente buena.— Empuja, empuja, empuja. Embiste más rápido, arropando mis senos con su brazo como un candado, impidiéndome escapar de su follada.
Cómo si quisiera hacerlo.

Lo beso, mis labios vibran en los suyos con el movimiento, hasta que su ritmo se vuelve tan rápido que me quita el aire, me obliga a aferrarme de la tumbona con ambas manos, mis senos saltando. Se levanta y me recuesta boca arriba nuevamente, me arrastra hacia él por las piernas y siento una gotita de pánico.
— ¡Espera! —No me hace caso, toma mi cadera y la eleva hacia él.
— ¡Espera! —Digo de nuevo y explotamos de la risa. Retoma la intención, acariciando mis muslos, buscando consentimiento en mis ojos antes de entrar. Me penetra muy suave, lento, él de rodillas agarrando mi cadera con firmeza. Se muerde los labios al sentirme y comienza a hacerlo más rápido, exhalando con placer al cielo. Justo ahora no es por mí, lo hace para él. Se ve muy excitado, lo disfruta demasiado, y todo lo que he mojado solo hace que la sensación se disfrute mejor.
Aumenta el ritmo con estocadas profundas que sacuden mi cuerpo hacia él. Me agarra más fuerte, sus dedos hundidos en mi piel rozando el límite de la necesidad y el hambre en cada empuje, hasta que grito, siento un dolor intenso y él se detiene.
— Lo siento, lo siento mi amor, ¿te lastimé?
Casi me explotas el vientre, pero okey.
— Sólo un poco más despacio —jadeo y guío su sexo adentro. Lo invito a continuar... me da tan duro, tan deliciosamente duro.
Cambio la posición. Él se queda de rodillas y yo me siento de espaldas a él, apoyando mis manos en el colchón de la tumbona. Cabalgo en círculos sobre su sexo, hasta hacerlo romperse, lo pongo a gruñir. Me toma por el cuello y me besa en la boca.
— ¿Qué estás haciéndome? —pregunta entre jadeos. Y lo empujo con las manos, lo acuesto sentándome sobre su erección y empiezo a balancearme de adelante hacia atrás, en un baile lento que desata deseo y un brillo lleno de éxtasis en sus ojos.
Mi mente estalla con recuerdos de sus besos, de sus palabras, de sus tiernos juegos, pero sobre todo, con esa imagen de él tan serio en la joyería, sosteniendo mi mano y pidiéndome ser su novia. — *Alessio* —gimo suave entre el movimiento, y me acerco a su boca, mirando fijamente a sus ojos: — *Alessio yo te quiero, te amo con todo mi corazón.*

Él me besa y entierra sus dedos en mi cadera, en un festín de embestidas que me hacen llorar de placer. Lo siento temblar, latir dentro de mí. Me entierra su sexo en lo más profundo y siento la tibieza de su semen en mis adentros. Gime fuerte, en un tono grave, escandaloso, y me corro también. El gusto es tanto que empiezo a restregarme en él y no lo soporta, trata de agarrarme, de hacerme parar pero me muevo en círculos sobre él hasta que ambos dejamos de latir.
Permanezco sobre Ale sin una gota de fuerza, todo se lo entregué. Respiro despacio, me tumbo a su lado, por nueva vez estamos él y yo, volcados boca abajo mirándonos. Como en aquella noche.
— Por favor no vayas a olvidarme.— suplica.
— No lo haré. Él de los problemas de memoria eres tú, ¿o no te acuerdas?
Sonreímos con un silencio armonioso entre nosotros, mientras compartimos el mismo aire, mientras nuestros ojos buscan razones infinitas para mirarse bajo el susurro de las olas del mar.
— No puedo mover ni un sólo músculo. — Le digo.
— Eso no fue lo que me pareció hace un minuto.
— Muy gracioso.
— Dame otro beso. — Me besa él, porque de verdad yo no me quiero ni mover.
— Te buscaré agua.
— Sí, gracias.
— Y un tensiómetro.
— Ya no exageres. — Me levanto con él, tratando de encontrar mi ropa pero justo recuerdo que yo misma provoqué esta situación al ponerme el bikini más pequeño de toda Europa, y usando mañas sacadas de internet, como la del perfume.
Alessio regresa con agua, entre los dos nos bajamos la botella, me alza de frente, sus brazos apretando mis glúteos y mis manos acariciando su rostro mientras me lleva al baño, pone a llenar la tina. Mientras me guía a sentarme en el borde, se arrodilla, abre mis piernas y toma con su lengua los restos de nuestra eyaculación, me aferro a sus hombros entre gemidos, y volvemos a besarnos. Es que no empalaga, quiero que lo haga, que sigamos así. Cada uno toma

su respaldar en la bañera, nos miramos desde ambos extremos, la definición de picardía no existe, la acabamos de inventar. Sobre todo yo, agarro una esponja y me tallo delicadamente, saco la sal de mi piel con toda la lentitud que puedo, porque adoro que él no consiga alejar sus ojos devotos de mí.
Nos arreglamos en la misma habitación, ninguno se viste formal de hecho ni nos vestimos, solo nos cubrimos con batas de baño. Alessio prende las velas del comedor y nos sentamos a cenar. Filete de ternera con puré y vegetales. Volvemos a conversar, esta vez sobre mi carrera en la universidad. Básicamente sobre unos créditos extras que pienso tomar, él me escucha, no había tenido tiempo de contarle todo lo que había aprendido y los cambios que había hecho en la biblioteca. Se los cuento en galés, sostenemos una charla muy amena practicando el idioma. Me levanto para servir el postre, solo un par de raciones de sandía. Le confieso que me está costando un poco el francés. Me dice que a él en su momento le costó también, me da ánimo, consejos. Sostiene mi mano, acaricia mi anillo, y vuelve a derretir mi corazón con un beso en la frente.
Se levanta para cerrar las puertas del yate, de modo que podamos dormir, yo voy abajo a ponerme una pijama; una bata de seda corta que cae como un bálsamos sobre mi piel rojo camarón marcada por el bañador. Saco crema y aprovecho el espacio a solas para mimarme, apoyo una pierna en la cama y me unto con masajes generosamente, lo mismo con la otra, para cuando termino lo descubro de pie bajo el marco de la puerta.
Por el ruego que observo en su mirada, no creo que haya cerrado el yate sólo para dormir.

Capítulo 27 - El sol que brilla en Mónaco

Ale

«Yo te quiero, te amo con todo mi corazón» El susurro de sus palabras anoche me despierta del descanso, abro los ojos con lentitud. Me recibe la frescura del aire acondicionado y la calidez dorada del sol filtrándose entre las cortinas. Hay… cierto aroma a

sudor, a fluidos, y a perfume desvanecido con agua salada entre éstas sábanas.

Miro a mi lado. La novia más hermosa del mundo yace dormida junto a mí. El edredón se le ha enredado en las piernas dejando su torso descubierto. Tiene el cuerpo lleno de marcas; mordidas, moretones y chupones por todas partes. Una obra de arte pintada por mí. Acaricio su piel, las hermosas mordidas que le hice, hasta llegar a esos botones rosados que adornan sus senos. Justo cuando siento su suavidad entre mis dedos, a mi mente llegan los recuerdos de sus múltiples súplicas. Anoche me rogaba que por nada del mundo la dejara de morder. Qué dádiva que le gusten mis colmillos, qué agradable se siente por fin no ser rechazado a causa del dolor que provoco o el miedo.

No voy a engañarme a mí mismo, incluso ahora que estamos envueltos en éstas sábanas, que la tengo frente a mí, siento temor. Tengo en el pecho el temor real de que despierte y no recuerde lo que hicimos. Fui un salvaje de nuevo con ella, pero esta vez porque me suplicó que así lo hiciera.

A quien engaño, tenía muchas ganas de ella.

Arreglo con mis manos su cabello despeinado, se lo quito un poco del rostro, y ella abre los ojos con lentitud. Sonríe con los labios hinchados de tanto besarnos.

— Buenos días— Saludo. Ella me da los buenos días también y acaricia mi rostro. — ¿Sí me recuerdas?

— ¿Qué pregunta es esa?

— ¿Cómo me llamo?

Ella suelta un bufido, sonríe con ternura, pero el tema para mí es serio.

— Por favor responde.

— Eres Alessio… un vampiro cruel y aterrador, pero también eres Ale, mi Ale.

Mi pecho se llena con una agradable calidez.

— ¿Y recuerdas lo que hicimos anoche?— Su cara se enrojece pero aún así no desvía la mirada ni por un segundo.

—Lo recuerdo todo.

—¿Qué es todo?

— Alessio esto es...
—Por favor.
— Está bien. Recuerdo que hicimos el amor, muchas veces, en muchos lugares; primero en la terraza, luego aquí en la cama. Después me levanté a mirar el mar de madrugada, y justo mientras lo hacía, tú… nos besamos y me pediste que me aferrara a la ventana, que no dejara de mirar el mar. Se sintió muy bien. Luego en la orilla de la cama... Fue la segunda mejor noche de mi vida.
—¿Segunda?— Levanto una ceja.
—La primera fue la noche en que nos conocimos, obvio. — Sonríe con una dulce felicidad en la mirada, la cual correspondo arropándola con mi cuerpo. Hago que me agarre los glúteos mientras la beso, le restriego mi boca por la piel hasta llegar a su cuello.
—Oye, espera —susurra—, tengo que lavarme la cara primero.
— Lunita... tú no saldrás de esta cama en toda la mañana.
—Pero quiero desayunar.
—Te presento tu desayuno.— Tomo mi sexo, lo hundo en ella. Su cuerpo, húmedo por todo lo que hicimos anoche se mantiene sobreexcitado; entro fácil. Gime y le muerdo suave el cuello. Comienzo a empujar con su respiración entrecortada, su voz temblorosa en mi oreja. Se entrega enredando sus dedos en mi cabello.
—Te amo, Alessio, te amo.
Repite entre dulces jadeos, volándome el corazón y la mente, haciendo que este inicio tierno evolucione a una locura en la cual no puedo dejar de entrar en ella. Le subo las piernas para sentirla mejor y ella aprieta las sábanas con ambas manos, pero no me pide que pare. Se le ve el disfrute en los ojos, en la voz, y, sobre todo, lo siento cuando me aprieta, en la manera en que su interior late y se humedece cada vez que me recibe.
Su voz se eleva pronto, y le doy lo que me pide. Mantengo el mismo ritmo que la ha llevado al borde para que mi dulce Luna pueda correrse. Estruja mi cabello entre sus dedos y suelta un grito, luego otro, mientras se aferra con ambos brazos a mi cuello.
—¡Ale!

—No te cohibas mi amor, deja que pase.
La animo a rendirse, a dejarse dominar por el placer, y lo hace. Grita de nuevo, su voz aguda, distorsionada, hecha humedal. Comienza a sudar, a temblar. Su cuerpo vibra bajo el mío, y justo ahí, me alzo, cierro mi mano con suavidad en su cuello y aumento la frecuencia y profundidad. Sus labios separándose al sentirme, hasta que se entrega, cierra los ojos y comienza a reír entre jadeos, muy suave. Verla disfrutar de esa manera me lleva al límite también, comienzo a gemir, su orgasmo provoca el mío, me invita a eyacular y una ola de calor que no consigo detener me abraza. Libero mi semen dentro de ella con una última sacudida. Me desarmo sobre su cuerpo, jadeando contra su cuello, sintiéndome inexplicablemente más que complacido, extásico, completo. Ella también.
Vuelvo a besarla y la atraigo. Me siento en la cama y la acomodo sobre mí. La abrazo mientras los dos disfrutamos de este divino beso. Aferro mis manos a su cuerpo, ella acaricia mi rostro, buscando mi lengua con el mismo deseo que yo lo hago.
Acaricio sus caderas, entregado, fiel devoto de su belleza. Mientras me besa las pestañas, me pellizca con los dientes las mejillas y vuelve a besarme.
Adoro sentirme tan deseado, y sobre todo, adoro no tener que separarme de ella después de cada coito. Yo jamás había logrado esto.
—Soy tuyo —susurro, besando sus labios. Conteniendo lo conmovido que estoy.
—*¿Ale?* — Ella busca mis ojos, y la beso de nuevo. No se traga la finta, iinsiste en buscar mi mirada— ¿Qué sucede? — Pregunta.
Carajo… saber que me conoce tanto así me prende casi al grado de ponerme duro otra vez.
—Me pasa esto… esto que tú y yo somos cuando estamos juntos. No tengo que mentirte, sabes cómo he sido, pero en esos tantos encuentros antes de conocerte, cada vez que terminaba necesitaba un espacio, acostarme a un lado en la cama o distanciarme. Por más que disfrutaba, siempre había ese extraño momento de rechazo. De asco por no senitr nada más que placer.
No era de mi completo disfrute permanecer con nadie entre

caricias después del sexo, pero contigo no es así, podría quedarme en tu pecho por horas.

—Entonces hazlo.

Ella empuja suavemente mi cabeza hacia sus senos y me abraza. Me derrito en su calor, en su amor, me relajo tanto que casi me quedo dormido. Ella igual, apoya su mejilla en mi cabeza y permanece ahí, acariciándome el cabello. Los minutos pasan y no se siente mal. La muerdo suave de vez en cuando, sin dolor, sólo como juego. Quiero cerrar con llave esa puerta y que jamás volvamos a salir. Ni yo mismo entiendo por qué me siento así.

Comienzo a cantar, me viene a la mente una canción sesentera cuyo nombre no logro recordar, pero era como una balada melancólica con tintes de rock suave. Cada palabra va llegando a mi cabeza y la repito imitando la voz rota del tipo que la cantaba, el pobre le preguntaba a su chica con evidente embriaguez si no le dolían las mejillas por ser tan bella. Justo cuando llego a esa parte Luna ríe suave.

Trato de besarla pero por la vergüenza no se deja. Sujeto su rostro. ¡Déjate besar, mujer!

Le devoro la boca, la beso en los labios, entregado, conforme con lo jodido que estoy. Ella me pide que la suelte entre risas. Las risas más bonitas que he escuchado en mi larga vida.

— Definitivamente deben dolerte las mejillas— Murmuro, con un "también te amo" atrapado en mi garganta, que aún no soy capaz de soltar.

…

Por la tarde me dan ganas de cocinar. Hay suficiente comida preparada en la nevera, pero hoy se me antoja algo distinto.

Langosta.

Me arrojo al mar y saco tres, enormes. Al subir con la pesca, me encuentro con mi novia tomando sol en bikini y aplicándose bronceador. Amo el dinero, pero sobre todo amo cómo luce en ella. Se ve muy cuidada, delicada.

— Ah ya volviste, ¿cómo te fue?

Alzo el saco lleno con una sonrisa, libero las langostas en una cubeta con agua. Me lavo las manos mientras la veo batallando por

ponerse bronceador en la espalda.
—¿Necesitas ayuda?
—Sí, por favor.
Camino hacia ella. Cuando me siento en la tumbona, se acuesta boca abajo, le desato el nudo de la espalda y el del cuello, le aplico el bronceador. Pero mientras lo estoy haciendo, las voces de mi cabeza me repiten que la deje desnuda. Me resisto, pero ella ganan y jalo con maña la prenda, la escondo en mi bolsillo.
— Ey… ¿no esperas que me quede así?
—Te ves muy linda desnuda, la verdad.
—No juegues.
Ella se sienta, cubriéndose los senos.
—Alessio.
—¿Qué?
—No puedo andar así.
—¿Por qué?... sólo yo te voy a ver.
Una sonrisa comienza a dibujarse en el rostro de ambos.
Nos gusta la idea.
— Y como petición personal, ya que voy a cocinar, ¿sería mucho pedir que te sientes en aquella tumbona? Es que así te puedo ver los senos desde la cocina. Gracias.
Me doy la vuelta aguantando la risa, esperando no terminar con el pote del bronceador golpeando mi cabeza, pero afortunadamente llego a salvo a la cocina. Empiezo a buscar las ollas, y justo cuando alzo la vista, veo a Luna en topless, acomodándose en la tumbona como le pedí. Asiento frente a sus ojos, me ajusto el bóxer y abro la ventana. Empezó a hacer calor.
— ¿¡Hace calor, no!? — Le pregunto a la distancia, y ella ríe. Saca un libro y se pone a leer. Yo, cocino felizmente mientras la veo.
Pongo algo de música, el vapor de la cocina y los sazones comienzan a rodearme. En lo que la langosta se cuece comienzo a preparar la salsa, me centro en derretir la mantequilla o al menos trato, el derretido soy yo, no logro quitarle los ojos a Luna de encima. Saco mi teléfono. Tecleo y borro cada sucio pensamiento que se me pasa por la mente, hasta que logro enviarle el más decente:
— Hoy te follaré las tetas.

La veo levantar el teléfono, se sienta haciendo sombra con su mano en la frente para poder leer, su delgada cintura en una curva perfecta y sus divinos pezones al aire. Cuando parece que por fin logra ver, ríe en silencio volteando la mirada al mar. Se sienta en pose de indio y comienza a escribir una respuesta. Pronto llega:
— Procura que esa langosta quede bien.
Maldición ya me da órdenes, es perfecta.
Le pongo más ánimo a los sazones. Me muevo por la cocina como participante de un concurso televisivo de chefs, rio mordiéndome el labio mientras cocino, ella también. Le envío otra pregunta, seguimos hablando por texto:
— Dime lo que te gusta, ¿qué otras cosas quieres que te haga?
— No lo sé aún —responde, dejándome inquieto. Pronto llega otro mensaje— Me gusta todo lo que hemos hecho hasta ahora.
Comprendo y es obvio. Es nueva en esto.
Añade otro mensaje:
— ¿Por qué mejor no me cuentas tú? ¿qué te gusta?
— Muchas cosas.
— Dímelas.
— ¿Puedes venir a la cocina?
Ella se levanta de la tumbona, comienza a recoger sus cosas y, por alguna razón, se me hace un no sé qué en el estómago.
¿Qué - mierda - me pasa? Agrego los aderezos a la mantequilla con las manos temblando y justo cuando la mezclo, Luna se para junto a mí, semidesnuda. Agarra una manzana de la cesta y la muerde. Apoya su cadera del mesón mirándome mientras sus labios se mueven lentamente al masticar.
— El sol te ha quemado mucho las mejillas, ¿no? —pregunta.
— No, no, mi piel no puede quemarse.
— Ya veo.
Justo caigo en la cuestión de que está burlándose de mí. Rio suave y le bajo el fuego a la hornilla. La agarro por las caderas enredando mis dedos en su bikini. Soy el hombre aquí, no vas a ponerme nervioso o lo que sea que estés haciendo conmigo.
Toda la valentía con la que llegó abandona su cuerpo en un segundo.

— ¿Te parezco un juego?
— No seas así, ambos jugábamos.
Le pellizco las caderas mientras mis ojos la recorren.
— ¿No vas a responder?, me refiero al último mensaje —pregunta.
— Me halaga que sientas curiosidad.
— Es que creo que… si vamos a ser pareja debo saber lo que te gusta, ¿no?
— Estás en lo correcto.
— Entonces dime qué te gusta.
— ¿Planeas complacerme?
— Deja de jugar.
Me alejo de ella un momento para apagar la salsa, regreso limpiándome las manos con un paño de cocina.
— Me complacen cosas muy particulares… ¿Qué me gusta? Ver cómo te retuerces de placer por mí. Anoche, mientras te mordía y tú suplicabas más, ese tipo de cosas me vuelven loco.
Respira despacio, desvía la mirada. Yo la traigo de nuevo a mis ojos.
— ¿Puedes explicarme qué sucedió anoche? ¿acaso, sientes placer cuando te muerdo?
— Mucho.
Sonrío.
— No sabes lo extraordinaria que eres. No tienes idea de lo que acabas de confesarme. Has atado una soga a tu cuello que jamás voy a soltar.
— ¿Quién te dijo que quiero que la sueltes? ¿Qué te hace creer que no estás atado por mí más bien?
— Voy a morderte mucho.
— Eso quiero. Sólo… ten cuidado cuando lo hagas.
— Puedes confiar. Seré delicado… ¿Qué otras cosas te causan placer? ¿si te amarro, te gustaría?
— No lo sé… no lo sé. Tal vez si duele un poco sí. Sueno como una loca.
—No, no lo eres. Creo que te estoy entendiendo, y si me dejas, puedo darte el tipo de placer que te gusta.
— Pero no hablábamos de mí, hablábamos de ti.

— Y te respondí: mi placer está en verte retorcer de placer, como anoche cuando te mordí la nuca, o como hoy en la mañana cuando te agarré por el cuello y comenzaste a sonreír. Mi placer está en tu placer. Eso es lo que me gusta.
— Entonces…
— Podemos probar algunas cosas —agarro una cucharada de salsa y la soplo. La acerco a su boca y le doy— podemos probar hasta averiguar qué es lo que más te gusta. ¿Está buena la salsa?
— Sí, me gusta mucho.
Acaricio sus pezones.
— Eso es lo que quiero que me digas la próxima vez que te haga algo que te guste, quiero que me lo digas, ¿trato?
Asiente.
— Lo mismo si no te gusta. También quiero que me lo digas.
— Tú placer está en mi placer… entendido, voy a servir la mesa, para ayudarte.
—Sí, pero antes dame un beso.— Le devoro los labios y me empuja entre risas.— ¿Qué?
— No vamos hacer nada sin almorzar.
— Pero si sólo era un inocente beso.
— ¿Inocente? Mírate el short.
Bajo la cabeza y subo a sus ojos de nuevo.
— Estás muy bonita, ¿cómo quieres que el pobre esté? —Rodea mi cuello con sus brazos, con una risa contenida en su boca.
— No te burles, te quito el bikini y te follo ahora mismo.
Ríe y me llama loco.
Abre el almacenaje en busca de los platos, Ese traje de baño no le cubre nada. Le doy una nalgada y se me queda viendo indignada. Alzo las manos y doy un paso hacia atrás. Me da la espalda y le doy otra.
— ¡Alessio! —Se tira sobre mí tratando de darme una nalgada también, pero me planto como una roca con la espalda contra el mesón.
— ¡Tramposo! ¡Eres un tramposo!
Por mí reclámame toda la vida. Yo solo disfruto cómo te brincan los pechos. Me gustas carajo.

Luna sirve la mesa y almorzamos juntos. Se sienta sobre mis piernas y me da la comidita en la boca.
¿Acaso esta no es la vida que merezco?
Entre cada bocado no dejo de calentarla, de acariciarle las caderas, de prepararla para lo que ambos sabemos que sucederá cuando este sol ardiente caiga de nuevo y la noche llegue.
Mientras tanto, compartimos juntos bajo el hermoso clima de Mónaco, buscamos cosas que hacer. Subimos a la mini cancha de golf en la cubierta. Sacamos una caja de pelotas biodegradables, de esas hechas a base de comida de pescado, y comenzamos a jugar apuntando al mar.
Ella en topless todavía, con la curva de su bikini negro sobre sus caderas y una gorra roja ajustada en su cabeza. Hace un buen tiro. Me preparo para hacer el mío pero ella me sabotea, no me deja apuntar bien, la agarro con un solo brazo y con el otro sostengo el palo y le doy a la pelota. Le gano por mucho, pero aun así dice que va a jugar, hace un tiro bastante bueno. Después de un par dejo de molestarla y me siento a verla, me sirvo un trago, contento, y brindo en nombre de ella cada vez que logra golpear la pelota más lejos. La veo hasta que el sol comienza a ponerse, y miramos el atardecer, sentados con una manta. Ella entre mis piernas.
— Alessio.
— ¿Sí?
— ¿Es posible que esto sea un sueño?
— ¿A qué te refieres?
— A que tal vez, nunca logré salir de la casa de esclavos, y esto sea solo un escape de mi mente.
— Oye.
— Es que no suelen pasarme cosas buenas. Y es muy extraño, definitivamente es muy extraño que yo esté siendo tan feliz. Esto no puede ser real, de ningún modo esto…— Cubro su boca con mi mano, le acaricio las mejillas con el contacto. Ella la baja despacio y voltea para mirarme a los ojos.
— No estás soñando, y por supuesto que ya no vives en la casa de esclavos. Esta es tu vida —rio— perdón, no es ni el tres por ciento de lo hermosa que tu vida va a ser a partir de ahora.

— ¿Entonces, esto sí es real? —Su voz se quiebra, y la abrazo.
— Claro que lo es mi amor.
— Perdón, perdóname.
— ¿Por qué me pides perdón?
— Porque tuvimos un día tan hermoso y lo estoy arruinando.
— Tú no arruinas nada, lo embelleces.
La saco de mi pecho y le sostengo la cara, los labios hinchados y la nariz roja.
— Mírate… ¿Cuántas personas pueden decir que se ven tan bien al llorar?.. habla conmigo, ¿todavía no has sanado eso?
— A veces tengo pesadillas.
— ¿Por qué no me lo habías dicho?
— No quería molestarte.
— Tú no me molestas, saca eso de tu mente. Si te pasa algo, quiero que me lo digas. ¿Desde cuándo tienes pesadillas?
— Desde que mi hermano me dejó en ese lugar. Cuando estaba ahí, nunca podía dormir, cada vez que cerraba los ojos era un tormento. La primera vez que dormí de verdad fue en tu casa. Esa semana no tuve malos sueños, pero después volvieron. Creo que sufro de insomnio.
— ¿Por qué sientes que no puedes dormir?, ¿a qué le temes?
— A despertar.
— Escucha, mírame —sostengo su rostro— no estás en ningún sueño, saliste de ese lugar, esto, nosotros, todo es real, soy real.
— Alessio eres un vampiro. Y no existen vampiros desde hace cientos de años, quizás todo lo he imaginado.
— Luna.
— Estas cosas no me pasan a mí.
Sostengo sus manos. Le doy aplomo para que deje de temblar, y guío una a mi corazón y otra al suyo. — No es un sueño, ambos estamos vivos. ¿Lo sientes?
— Sí.
— No soy una fantasía. Estoy aquí. Este yate es real. El mar, el sol, tus lágrimas, tu risa, todo. Solo somos, posiblemente, los dos seres con más suerte en el universo.
— Eso somos.

— Exacto... ¿Tienes sueño ahora?
— Sí.
— Ven aquí.— La acurruco en mi pecho, sobre mis piernas.
La cubro bien con la manta.
— Cierra los ojos, yo seré tu guardián mientras duermes.
— ¿De verdad?
— No me iré a ninguna parte, estaré justo aquí cuando despiertes.
— ¿Lo juras?
— Te lo juro.
— Muchas gracias.
— Es un honor.
— No te sientas culpable por lo que te dije, la verdad es que muchas noches duermo a gusto en casa, sobre todo desde que estudio, tengo la mente tan ocupada que no me da chance ni de sentir miedo.
— No, no es eso... Es porque en tu corazón sabes que esta es tu realidad, me conoces, sabes que no tienes por qué sentir miedo, sabes que no voy a traicionarte como te traicionaron, y no voy a hacerlo.
La ausencia de su respuesta me hace mirar hacia abajo, se ha quedado dormida. Le beso la frente, me levanto con ella en brazos y camino hasta el camarote, cierro el yate. Esta no es la idea de noche en pareja que tenía en mente, es mucho mejor.
Me adentro en las sábanas con ella, le doy calor con mi cuerpo mientras veo los comentarios en la tele de la fórmula uno para mañana, justo como le prometí la cuido hasta el amanecer.
…
Cuando el sol dorado entra a la habitación a través de las cortinas, Luna abre los ojos tiernamente. Su mirada se encuentra con la mía al instante. He estado sentado frente a la cama esperando que despierte. Pestañea despacio, en lo que una sonrisa labial se dibuja en el rostro de ambos.
— Hola vampiro. —Susurra.
— Buenos días, humana.
— Estás aquí.

— Sí, suelo cumplir mis promesas. Y como ves… —abro la cortina y la luz del sol golpea su cara— todo es muy real.
— Alessio por Dios, mis ojos.
Me acerco a la cama, acaricio su rostro con la mano derecha, mientras los destellos de luz se reflejan en mi reloj de oro. Le doy un beso; ella me sostiene la cara y enreda sus dedos en mi cabello.
— ¿Dormiste bien?, ¿alguna pesadilla?
— Dormí de maravilla.
— Me alegra saberlo… Cuando regresemos quiero que converses con Lukas sobre esto. Si necesitas ayuda, él conoce a los mejores especialistas.
— No creo que sea necesario.
— No voy a presionarte, pero viviste algo muy difícil, tu mente está herida, ¿lo comprendes?
— Sí.
— Deseo verte bien, y dormir es importante. No quiero que mi chica tenga pesadillas.
— Gracias… aceptaré la ayuda, hablaré con Lukas.
— Me alegra escuchar eso. Bueno, hoy tenemos un lugar reservado en el puerto Hércules para ver la Fórmula uno.
— ¿Desde el yate?
— Así es. Voy a subir a navegar. Ponte linda, quiero que nos tomemos otra foto.
— Está bien.
Le doy otro beso y salgo de la habitación. Subo a cubierta, tomo el timón y navego hacia la costa. En unos cuarenta minutos ya estamos entrando en el bullicio del puerto. Se siente la emoción en el ambiente: yates por todas partes, gradas del otro lado de la calle llenas de gente, el sonido de motores rugiendo a lo lejos.
Justo entonces, Luna sube. Lleva una falda larga de lino ajustada a la cintura, con detalles de encaje, y un top con forma de flor que le deja la espalda completamente descubierta. El anillo que le di brilla en su dedo a juego con su nuevo reloj. Su cabello corto peinado en capas, es la mujer más elegante de este mundo. Ni bien la veo, suelto una mano del timón y me la llevo al pecho fingiendo un

infarto. Ella ríe suave y se para a mi lado, observamos juntos la costa.
— Parece que es un día especial. — Dice. Yo paso mi brazo sobre sus hombros.
— Esta carrera es importante, es el Gran Premio de Mónaco.
— Sigo sin entender por qué es tan especial, ¿no son sólo coches dando vueltas?
— No cariño, es historia, lujo, y un desfile de todo lo que representa poder. Una gran parte de gente acaudalada suele venir en estas fechas, también porque es el circuito más técnico y exigente del calendario. Aquí no se corre por velocidad, se corre por maestría. Es tan angosto y lleno de curvas que solo los pilotos con verdadero talento pueden estar aquí. Los ojos del mundo miran esta carrera. Y verla desde un yate propio como éste—le doy un beso en la sien—no cualquiera puede. Ser rico no es suficiente, hay que tener conexiones.
— Entonces estamos en la zona VIP de las zonas VIP.
— Exactamente. Aquí no vienes solo a ver la carrera, vienes a que te vean viéndola.
Observo cómo se dilatan sus pupilas. Luna y yo compartimos muchas cosas, pero esta es de mis favoritas: su ambición. Tiene ese brillo de quien quiere entenderlo todo, encajar sin forzar, mira con discreción pero con atención. Aprende rápido, replica lo debido, apunta siempre a más. Ahorra cuando debe, pero no le tiembla el pulso para gastar. Le gusta la buena vida, y sabe vivirla. Cualquier persona que la conozca hoy en día jamás adivinaría su origen. Pensarían que nació en cuna de oro. Su rostro, su piel, su manera de hablar con tono dulce y medido, su forma de vestir. Tal vez no nació siendo rica, pero sí nació para tener dinero. Se le da tan natural que pareciera tener Sangre Real en las venas.
Mientras nos acercamos, recibo una comunicación por radio y veo una lancha acercándose, la marina ha enviado personal para asistirme con el amarre. Le doy el visto bueno, tomo a Luna de la mano y caminamos a la popa. Nos sentamos en una cómoda mesa. Tenemos la mejor vista a la carrera; yates de cada lado con el mismo propósito aunque ninguno más caro que el mío. Pantallas led

que muestran a los narradores del evento y sobre todo el servicio contratado. Nos muestran el menú y ambos consentimos en pedir ensaladas y agua. Pasan algunos minutos y comenzamos a comer.
— Estaba leyendo un poco sobre esto antes de subir, y en internet dice que la gente suele apostar en estas carreras.
— Sí, es cierto. — Le respondo limpiándome la boca con una servilleta mientras aún mastico.
— Me parece emocionante.
— ¿Apostar?
— Por una vez no estaría mal.
— Podemos hacerlo.
— Solo podría apostar quinientos euros, para ti sería aburrido.
— De hecho me parece divertido. — Saco mi cartera, cuento quinientos euros y los pongo sobre la mesa. Ella saca su monedero de piel beige y desliza el cierre desplegando el interior con varios miles de euros en billetes. Rio entre impresionado y conmovido por lo viva que es. Al igual que yo, cuenta quinientos euros y los pone en la mesa. Yo decido duplicar la apuesta. — Quinientos euros más y el ganador elije lo que haremos esta noche.
— Me parece bien.
— ¿Trato hecho?— Le extiendo la mano y ella posa la suya con delicadeza, le doy un beso en el dorso y la miro a los ojos, le beso los labios también, no en un modo tierno, le devoro la boca en lo que mis dedos se clavan en su cuello. Ella me aparta con delicadeza, algo avergonzada por el acto ante tanta gente, pero me recompensa con un beso en la mejilla, y seguimos degustando nuestra comida.
Media hora después la carrera comienza, ella le va a la escudería de los dos toros rojos, yo le voy a la del caballo negro encabritado. Los autos arrancan y el sonido es brutal, pasan frente a nosotros como truenos, uno tras otro, tan cerca que casi se puede sentir el aire que empujan. Luna se apoya en la barandilla de la popa, los ojos bien abiertos, entre la pista y la pantalla, vemos cada pase por las curvas más pronunciadas, y cada vez que uno de su escudería adelanta, me mira triunfadora.
— Voy de cuarta. —Cizañea.

— Pura suerte.
— ¿Suerte? Elegí a los mejores, ya admítelo.
— Son rápidos, sí. Pero este circuito no se gana con velocidad. Aquí se gana con estrategia.
— Por favor cariño, es una carrera, por supuesto que se gana con velocidad.
Rio con los labios entreabiertos. Es malvada.
Seguimos la carrera entre gritos, bocinazos y una mezcla de emoción - calor. El circuito aprieta, los adelantamientos son cada vez más agresivos. Luna no se despega de la barandilla, casi parece que va a lanzarse a la pista cada vez que su piloto gana posición.
— Te vas a caer, mujer.
— ¡Ya casi gano!
Libero una sonrisa, aunque en el fondo me pica que vaya a la delantera. Los autos rugen al pasar frente a nosotros en la última vuelta. La algarabía en el público aumenta. Luna se lleva las manos a la cabeza y, solo pocos segundos después, vemos en pantalla el coche de su escudería cruzar la meta. Luna pega un grito que vibra hasta mis tímpanos.
— ¡¡Gané, gané!!
Salta también, como si hubiera ganado la copa ella misma, y antes de que pueda decir algo, se me lanza encima. La atrapo al vuelo, la cargo mientras da brincos en mis brazos y me besa la mejilla una y otra vez.
— ¡Mil euros, Alessio, quiero mis mil quinientos euros!
— Seguro estaba amañado.
— ¡Aprende a perder!
— Estaba amañado.
Le entrego su dinero entre risas, ella me regala un billete de cien como compensación. Me tiro a reír en el sofá, no puedo creer que me haya ganado. Pocos segundos después ella se sienta en mis piernas.
— Lo siento mi amor, pero la suerte hoy está de mi lado. —me da un beso suave.
— Eso parece.
— Así que… yo decido qué vamos a hacer en la noche.

— Tú decides.
— Bueno, me gustaría ir al casino. Dicen que es muy lindo.
— ¿Quién?
— La gente, escuché a un turista decir en el jardín que es uno de los mejores lugares.
— La verdad, sí… ¿piensas volverte apostadora profesional?
— No, pienso lucirte un vestido rojo que compré.
— ¿Ah sí? —le pellizco los labios.
— Tiene brillos y… un lindo escote.
— Me gustaría ver ese escote, definitivamente.
— Pero es en la noche.
— Así es.
— Podemos descansar un poco en el camarote.
— ¿Si me mostrarás tu escote?
— Alessio.
— Tengo curiosidad.
— Hay gente en el barco.

— Voy a echarlos. Baja tú primero y te alcanzo. —vuelvo a besarla, se sonroja.
— Está bien, te voy a esperar. Compré otro atuendo en Londres que también te quiero mostrar.
— ¿Lo llevas puesto?
— Sí.
— No te desvistas, quiero hacerlo yo.
— Bien, pero no tardes mucho amor.
— ¿Tengo cara de no estar interesado?
— Te ves bastante urgido la verdad, por eso te voy hacer el favor para que dejes de sufrir.
El tono meloso de su voz me estremece el cuerpo entero.
— ¿Te gusta provocarme verdad?
— ¿De qué hablas?— se aleja despacio. Yo me levanto como una bala a sacar a todo el mundo de este barco.
…

Casino

No mentiré, me siento bien liviano, pasamos la tarde muy bien. La verdad me hacía mucha falta tener una relación formal, el sexo con amor es muy distinto.
La verdad me alisté bastante rápido para nuestra cita de hoy, un traje negro completo, cabello semirecogido, lo básico.
¿Pero Luna? Luna parece estar fabricando el vestido, me gusta mucho y todo, pero ya llevo una hora sentado aquí.
Finalmente escucho sus pasos y me levanto del asiento.
—Por fin —digo volteando, encontrándome posiblemente con la mujer más hermosa de todo el planeta. Cabello desordenado a un lado, vestido rojo adherido a su cuerpo como una segunda piel. Espalda descubierta, escote en V profundo ajustado a sus senos. Es de una tela pesada, casi líquida, que cae cubriendo sus pies. Sostiene un bolso de pelo sintético blanco que le da un toque de ternura. Lo mejor del asunto es ese labial rojo, que espero me perdone, pero lo voy a arruinar.
—Disculpa la demora, es que se trabó el cierre y tuve que coserlo, emergencia de mujer.
La beso en los labios como si no la hubiera besado en todo el día, mientras la rodeo con mis brazos. —A ver,—le tomo la mano con una sonrisa y la hago girar lentamente sobre sí misma—. Fiu… qué belleza.
—Ya… basta. —Susurra con una sonrisa.
—Solo digo la verdad —respondo, sin poder apartar la mirada de ella. Tomo su mano y caminamos hasta mi auto. Su perfume invade hasta mis pensamientos mientras conduzco hasta el casino. Al llegar, nos bajamos y vemos de frente la estatua de Nike, la diosa de la victoria.
—¿Sabías que es una costumbre hacer una reverencia frente a esta diosa antes de entrar?
—No, ¿cómo lo sabes? —finjo con una sonrisa.
—¿Crees que iba a venir sin hacer mi tarea?...
—Mi chica es la más lista.
—La tradición dice que si te inclinas ante la diosa al llegar, ella te dará buena suerte en el casino.

—¿En serio?... Pues me inclinaré, quizás tenga la suerte de quitarte ese vestido sobre la rueda de la fortuna...
—¡Alessio!
—No tiene que ser hoy, puede ser otro día… ¿por qué piensas tan mal de mí?
Nos inclinamos y seguimos al interior, encontrándonos con el opulento vestíbulo iluminado por lámparas de araña que destellan como estrellas suspendidas en el techo. El murmullo suave de la actividad de juego y la risa ocasional resuenan a nuestro alrededor.
A medida que avanzamos, escucho el sonido del crujir de las cartas y el tintineo de las fichas.
Mis ojos se desvían para mirar la hermosa espalda de Luna, sin defecto alguno. El escote es tan pronunciado que, si tan solo se le baja un centímetro más, se le ven los glúteos y aun así se ve elegante. ¿Cuántas mujeres pueden decir eso?
Observo cómo los hombres a nuestro alrededor la miran, la codician. La acerco más a mí y coloco una mano en su cintura. Marco mi territorio. Malditos descarados. Miren lo que quieran, pero ella es mía. Es más, ni siquiera miren, les arrancaré los ojos.
Se acerca un mesero con una bandeja de martinis. Tomo uno y ella también.
Paso por la mesa de naipes y gano la partida.
Paso por la ruleta y gano también.
Sería ilógico vivir tanto tiempo y no saber cómo funciona el azar.
Me siento en las máquinas con Luna, le doy buenos consejos. Ella gana dinero, y yo besos.
Todo es perfecto... solo hay una cosa que me molesta: mi teléfono.
No deja de vibrar. Así que, para asegurarme de que todo esté bien, decido atender.
—Cariño, voy al baño, regreso en un momento. —Le doy un beso y la dejo sentada en una máquina.
— Hola Katherine, espero que Lukas se haya muerto o algo similar, de otro modo no creo que exista justificación para doce llamadas consecutivas.
— Lamento molestar señor, pero he descubierto algo importante.
— Habla.

— He confirmado que el hombre que presionó a Luis Manzanillo para la venta del terreno de la isla fue el señor Sámuel Harris... quien además se presentó en el parque de diversiones donde Luna y Lukas sufrieron el atentado tan sólo quince minutos después de que lograran el escape. Le envié una foto de la cámara de seguridad a su correo.
— Ya la recibí.
Hago Zoom para poder verlo... un hombre albino.
— Katherine, ¿cuál es el nombre completo de este tipo?
— Espere un momento señor... Tyler Sámuel Wolf Harris... ¿Señor?...
Un pitido agudo se mete en mis oídos, un montón de recuerdos me golpean la mente, sé que es imposible que sea el mismo hombre, pero sé perfectamente que su descendencia vive en Londres. Y se me hiela la sangre, la garganta, al confirmar que no estaba loco cuando sentí ese olor a lobo cerca de Luna en la visita al jardín.
Mierda.
— Katherine, prepara la extracción, Luna y yo regresamos a Londres ahora mismo.
— Señor, ya me he adelantado, la ayuda ya va en camino, pero también tengo que contarle otra cosa.
— Ahora no puedo, llámame después.
Salgo del baño, camino casi corriendo y llego a las máquinas. Mi corazón recibe una puntada cuando no veo a Luna sentada en la silla, sólo está su martini.
Mi mundo se distorsiona. De nuevo otra ráfaga de memorias; bosques, colmillos, sangre, muerte.
Cálmate, quizás sólo cambió de máquina. Cruzo los tres pasillos y no la encuentro; cierro mis ojos y me concentro. Aún siento su aroma, sigue aquí adentro.
Entonces la escucho, escucho su voz — ¡Suéltame!... ¡te digo que me sueltes!
Camino hacia el eco, hago uso de mi pase vip y subo las escaleras, recorro el segundo piso… No está. Subo al tercer piso. Tampoco. Sé que estoy cerca, el maldito olor a can es tan molesto que me cuesta olerla a ella, pero no puede pararme. ¡Están en la azotea!

Tumbo la puerta de una patada y encuentro a Luna, cerca del muro, en los brazos de seguramente algún tataranieto de aquél maldito hombre lobo.
— Bonjour Alessio, por fin nos conocemos.
— Suéltala.
— Déjame pensarlo... No.
Sonríe y se lanza de espalda al vacío con ella en sus brazos.

Capítulo 28 - Romance cruel

Alessio

Un terror impresionante estalló en mi pecho, me obligó a dar tres pasos al frente, extendiendo mi mano con desespero, pero justo en ese instante lo recordé. Él dijo mi nombre, no sólo eso, me ha buscado por meses. Y aunque no me agraden, los lobos no son seres tan estúpidos como para iniciar una guerra que saben que van a perder, no harán daño sin razón.
Mi brazo se tumba a mi lado en lo que mi mirada se llena de repudio y peino mi cabello. Doy la vuelta, bajo lentamente las escaleras.
Al llegar al casino, un mesonero me ofrece un vaso de martini y lo acepto, lo bebo completo y lo dejo sobre una mesa de póker, entro ambas manos en mis bolsillos y camino despacio hacia la puerta.
Cuando salgo lo encuentro en la calle, su mano en el cuello de Luna. Ella asustada, con lágrimas bajando por su cara. La gente alrededor corriendo y haciendo escándalo. La cuadra entera está llena de hombres armados con ballestas. Algo completamente inusual para esta ciudad tan pacífica, para esta época.
Miro a Luna. — Tranquila. — Verla asentir entre temblores libera una rabia que tensa mi mandíbula y cada músculo de mi cuerpo. Clavo mis ojos en los de Tyler.— Tu plan no es del todo estúpido, vienes contra mí sabiendo que por causa de la Corona no puedo matarte.

También sabes que ella me importa. Así que tienes mi atención. Pero te advierto, no quedará ni rastro de ti si le pasa algo.
— No me parece que ella te importe de verdad, te veo muy calmado.
— Es mera sabiduría. ¿Sabes cuál es la parte más aburrida de estar tanto tiempo vivo?... que experimentas las mismas situaciones una y otra, y otra vez. Creo que me pasó algo similar con un antepasado tuyo, aunque no logro recordar exactamente cómo fue. De hecho, al principio creí que eras él, y te confieso que casi me da un infarto, figurativamente. Por suerte, sólo eres una copia barata de lo que fue Tyler Wolf, tu ancestro. Pero aquí me tienes. Ahora, si no te molesta, no me hagas perder más el tiempo, dime, ¿qué - quieres?
— La llave, entrégame la llave, Alessio.
Suelto un bufido con una risa atascada como bocina vieja, río mirando a todos los presentes, este tipo debe haber fumado algo demasiado fuerte. Y aunque me juzgan como un loco, no paro de reír, el chiste de verdad estuvo demasiado bueno.
— La llave está bajo la protección de los humanos, ¿para qué querría algo como eso?
— ¡Basta! Sabes perfectamente que la robaste. Enterraste el rubí en Santo Domingo y la llave la escondiste en otro sitio. ¿O la llevas siempre contigo? No soy alguien con quien puedas jugar, y tienes razón en pensar que no me importa esta mujer. Si no me dices dónde está la llave, voy a romperle el cuello, lo cual sería muy triste. ¿Pero no pasa nada, cierto? Ya que tu vida es tan larga, tienes mucho tiempo para llorar y recuperarte de eso.
— Tyler, voy a tener misericordia por tu juventud, porque tu gente no merece morir por culpa de un líder al que no le importan sus vidas.
— La llave, Alessio, o la chica muere.
— ¿Para qué la quieres?
— ¿Es un chiste? ¿Un vampiro cargando con la llave que contiene a los de su especie? No vas a quedarte con ella. Entrégamela.
— ¿Y quién debería guardarla? ¿Tú?... Por favor, te mueres si te dan un solo tiro en la frente. Eres tan frágil como cualquier humano.

— Sabes que soy un alfa, no durarías ni cinco minutos contra mí en una pelea, te invito a comprobarlo cuando quieras.
— No creo que vivas tanto tiempo —señalo mi frente— tienes un punto de luz roja entre las cejas, ¿sabes lo que eso significa? Que hoy podrías tener el honor de morir a manos del mejor doctor y asesino de Londres. Llegas tarde, Lukas.
Tyler mira a sus hombres, todos siendo apuntados por francotiradores también. La familia Sackler está aquí.
— Sí, lo siento —responde Lukas—, pero no vine con las manos vacías.
Giro la cabeza lentamente. Un hombre junto a él apunta con un arma en la sien a un muchacho bastante joven, de cabello negro a diferencia de Tyler, pero de facciones idénticas a él.
— ¡Hermano! —grita.
— Pero mira nada más qué maravilla. Tú tienes a mi novia, y yo tengo a tu hermano. Es el momento perfecto para un intercambio.
— Puedes hacer lo que quieras con esa basura, devóralo, y verás que lo que tratas de poner en la balanza tiene un valor inferior a lo que yo te ofrezco.
— Guao, ¿estás bien, niño? —le pregunto al pobre a mi espalda y su rostro se arruga entre lágrimas. — Escucha, Tyler, tus problemas familiares me saben a mierda. Estás en Mónaco, la cuna de la realeza mata lobos. O te matamos nosotros, o te matan ellos, pero veo difícil que logres salir vivo de aquí, lo cual sería un puto problema ya que eres el protegido del Rey Oliver. Deja de tentar mi paciencia, suelta a mi novia, última advertencia.
— Me iré cuando me des lo que vine a buscar.
Mierda.
No quería llegar a este extremo, por ninguna razón quería, pero si algo tienen los lobos es que son crueles, no les importa nadie, ni su propia sangre. No conocen el amor ni la piedad aunque se jactan de ellas. Son como una secta. Si doy un paso hacia él, bien podría romperle el cuello a Luna solo presionando con los dedos. No tengo que poner a prueba su fuerza bruta, la conozco. Eso más la determinación en su mirada, apunta a tragedia al cien por ciento, es un maldito idealista. No le importaría matarla a ella, no le pesaría.

Así que eso solo me deja una opción, una a la que por nada del mundo quería recurrir, y espero, de verdad espero, que ella pueda perdonarme.
— No le digas nada. — Ella niega entre sudores— Si este es mi final, lo entiendo. Lo que él te pide vale mucho más que mi vida.— Frunce el ceño, muerde sus labios como quien se prepara aun con miedo para recibir la muerte. Y a pesar de que eso me llena de ira, no dejo de mirarla a los ojos, no dejo a un lado lo que sé que tengo que hacer.
— Luna, te ordeno que vengas conmigo.
Sus pupilas se dilatan, a través de ellas logro ver cómo mis palabras retumban en su cabeza. En una cuestión de segundos, su mirada se vuelve vacía como la de una muñeca. Es lo que le pasa a cada humano cuando está bajo el trance de la marca de esclavitud.
Esta es la verdadera razón por la cual los humanos jamás iban a poder ganar su independencia por su propia mano contra el Reino Vampiro. La razón por la que Ana y su esposo perdieron la guerra y huyeron lejos. Si un vampiro te marca con un sello de esclavitud, nunca podrás oponerte a su voluntad. Cuando te ordene algo, tendrás que obedecerle.
Cuando marcamos a alguien, liberamos una secreción especial que altera la función cerebral de nuestra víctima, obligándola a responder a nuestras órdenes. Es un desbalance enorme y un grave error de la naturaleza darle tal capacidad a seres tan despiadados como nosotros.
Tyler, aún apretándole el cuello, logra ver con horror cada suceso en estas fracciones de segundos: sus músculos contrayéndose, sus dientes apretados como los de una criatura sin razón, venas marcadas en sus brazos justo cuando remueve con mucha violencia su mano de su cuello, ejerciendo una fuerza fuera de sus capacidades. Y aunque se libera, la resistencia logra fracturarle la muñeca.
Ante la impresión de oír el crujir de su hueso al romperse, Tyler se queda atónito y abre los brazos dejándola escapar, completamente estupefacto ante el hecho. Ella corre hacia mí, con los ojos abiertos pero inconsciente, en otro estado de mente en el cual es incapaz de

sentir cualquier emoción o dolor, solamente adoración hacia el vampiro que la marcó.
Llega de golpe a mi pecho y la cubro con mis brazos, soltando un respiro con alivio. Me quito el saco y lo pongo en sus hombros de inmediato. Vuelvo la vista al frente, mi mirada se oscurece.
— No lo mates— Lukas advierte.

— No fui yo quien empezó.
— Si pelean aquí, será una masacre.
— Me agradan las masacres, hay mucha sangre.
— Alessio— lo miro — No me conseguí a su hermano en la esquina, hay algo que debo contarte.
Parece grave.
Empiezo a calmar mi respiración, elijo confiar en Lukas, pero Tyler no ayuda. — ¿¿Qué mierda le hiciste a esa mujer?? —me señala— ¿¿qué mierda fue eso?? ¡Es por esto que no puedes tener la llave, no me importa la historia de mierda, eres un vampiro!, ¿qué si le dices que muera?... ¿¿morirá, verdad??
Miro a Luna.
— ¿Qué si esclavizas a más personas? ¿al jefe del ejército o al presidente? No te permitiré acumular más poder del que ya tienes Yvoty.
— No te lo tomes a pecho—Lukas dice— Vámonos, la policía de Mónaco ya está en camino, las cosas son más complicadas de manejar aquí, lo sabes. No le hagas caso.

— ¡Tú no eres diferente! ¡Eres lo mismo! ¡Vampiro asesino!— Tyler sigue, y Lukas suelta tres disparos al cielo.
Tyler me mira a los ojos, rabiando, y un instinto primitivo se arrastra por mi espina hasta instalarse en mis manos. Quiero abrirle el abdomen y arrancarle las entrañas. Pero se va, da la media vuelta y se larga con su gente. Lukas libera a su hermano también, yo lo detengo por el brazo. El sonido del agarre hace que Tyler voltee de nuevo.

— Un brazo roto por una muñeca rota. — Aprieto y le rompo el hueso a su hermano. El chico se tira al piso gritando de dolor.
Nosotros nos vamos. No creo en el ojo por ojo. Ni en la igualdad. Quién me dañe o se atreva a tocar mi gente. Recibirá un daño mucho peor. Hoy es la excepción.
Caminamos hacia una van negra, cargo a Luna en mis brazos y subimos con Lukas, él cierra la puerta. El conductor nos saca de ahí.
— Estoy dejando vivo al maldito que secuestró a mi novia, así que quiero una explicación de por qué no podía matarlo, y asegúrate que sea una buena. —La presión en mi pecho se desvanece, la ira no.
— Hoy matamos a doce lobos, explicarlo a la realeza será difícil, si es que se enteran. Pero matar a su líder sería una declaración de guerra, te acabo de salvar de una escalada terrible.
— ¿Por qué hiciste eso?
— ¿Recuerdas a la amiga de tu novia?, Tyler la secuestró para sacarle tu ubicación. Después de lo del parque creí que podría pasar algo así. Por eso le di un dispositivo de pánico. Ella lo presionó, y fui en su rescate. Fue un maldito charco de sangre.
— Carajo.
Los Wolf, conforman la Guardia Privada de los Reyes de Inglaterra. Su orden, Los Custos Coronae, les han servido como perros desde tiempos que no puedo ni recordar. Levantar un dedo contra ellos sería levantar una espada en contra del Rey, pero tampoco creo que las recientes acciones de Tyler sean bajo sus órdenes, así que creo que estamos bien… espero.
— Revisa su muñeca —le pido—. Ella no sentirá nada de lo que le hagas al menos por un par de horas.
— ¿No me digas?
— ¿Disculpa?
— Es la segunda vez que me haces atenderla inconsciente. — ¿Crees que quise hacerle esto?
— No puedo revisarla aquí.
— ¡No quiero que sienta dolor!
— ¡Tiene la muñeca fracturada!, ¡te explicaré lo que eso significa para un humano: sentirá dolor hoy, mañana y durante las próximas

ocho semanas!, ¡tienes que dejar de ser tan bestia!
Lukas saca un botiquín debajo del asiento.
— Controla tu tono cuando me hables o te cortaré la lengua.
— Solo me amenazas porque estás perdiendo la discusión.
— ¿De qué discusión hablamos?
— ¡Alessio, mírala!— Luna tiene la expresión ida, su mente aún esclavizada, bajo los efectos de la marca, acaricia mi rostro con fascinación, como si yo fuera un dios. Aprovecho también y acaricio el de ella.
— No es tu problema.
— ¡Trátame con respeto o dejaré de ser tu amigo!— Qué fastidio. — Tienes sentimientos por Luna, lo veo. Pero toda tu vida has tratado a la gente como fichas. Y no me molesta, firmé un contrato que dice que eso es lo que soy, te entregué mi vida a cambio de una fortuna. Si tengo que ser un daño colateral de lo que sea que planees, lo acepto. Pero ella cree que eres bueno.
— Soy bueno.
Me mira con ojos a media asta, yo le aparto la mirada.
— Te lo dije aquella vez y te lo repito ahora, Luna es una persona. Una muy buena persona según he podido ver. Y lo más importante, te acepta como eres. Deberías tratar de no cagarla.
— Ya cállate, das migraña.
— Malagradecido.
— ¿Dijiste algo?
— ¡Dije que eres un malagradecido! Sé que lo escuchaste bien, no te hagas.
— ¡Trato de no cagarla, pero no sé qué está pasando! ¡Tú deberías ser quien me diga! ¡Ya deberías haberme dado una explicación de qué es lo que está pasando en este siglo de mierda!
— ¡Explicación me debes tú! ¿Qué hacía Tyler preguntándote por la llave?
Ha logrado callarme.
— No es lo que estás pensando.
— Entonces dime qué pensar. Porque me estás haciendo trabajar a ciegas. Hoy maté a doce lobos, a doce personas. Y esa es solo la cuenta de hoy, porque hasta ahora he matado a mucha gente más

en tu nombre, en nombre de una causa que supuestamente es justa y por eso logro dormir cada noche. Dime que eso sigue siendo así.
— Sabes que sí.
— Alessio.
— Si quieres que te diga que estoy tratando de abrir una bóveda donde están los únicos vampiros que podrían matarme. ¿Adivina? ¡Por supuesto que no!
La camioneta se queda en silencio, avanzamos unos minutos hasta que Lukas se arrodilla frente a Luna, comienza a entablillar su muñeca.
— Estoy haciendo mi puto trabajo. No me traiciones.
— Lo mismo digo— Mis ojos se clavan en los suyos como una guillotina. Es él quien no debe dar paso en falso hacía mí.
— Si algo se mueve en la sombra, lo descubriré.
— Eso espero.
— Cambiando de tema, ¿qué vamos a hacer con su amiga?
— ¿Con la soplona?
— No es una soplona, ella no fue quien los delató. Michelle Wang aguantó la tortura de los Harris, de su boca no salió ni una sola palabra referente a ustedes, fue el capitán de vuelo quien los delató. No es una traidora.
— Ahh —acaricio los labios de Luna—. Parece que sí tienes una verdadera amiga entonces.
— Por seguridad tuve que traerla conmigo, Sebastian ha reservado todo el hotel Monte Carlo para nuestra gente.
¿Qué vamos a hacer con ella?
— Dale trabajo y una habitación en tu casa cuando se recupere... esa chica ya no podrá tener una vida normal.
— ¿En mi casa? Tú eres el que está ocasionando todo este lío, ¿por qué no te la llevas a la tuya? —Termina el vendaje, regresa a su asiento.
— Porque todavía no he cogido sobre el mesón de la cocina con Luna. Necesito privacidad.
— ¿Y yo no tengo derecho a coger sobre el mesón de mi cocina también?
— ¿A ver y con quién?

— Es...
— Ay parfavar, además ya vives con una manada de gente incluyendo a Sebastian, quien por cierto se la pasa en la cocina, no creo que tengas chance de cumplir esa fantasía ni aunque encuentres con quien... Una persona más en tu casa no hará la diferencia, tienes habitaciones de sobra. Ni notarás que ella vive ahí.
Resopla. — ¿Y qué tipo de trabajo quieres que le ofrezca?
— Bueno... habla dos idiomas según sé, y además tiene buena resistencia, que haya soportado más de doce horas en cautiverio ya es un logro. No lo sé, averigua en qué es buena.
— Bien, ¿y qué le digo a Luna?... en relación a ella.
— Nada todavía. Después de lo que pasó esta noche no quiero preocuparla más. Podrás decirle mañana después del medio día.
— Bien.
…
Cuando llegamos al hotel, llevo a Luna a la suite, permanezco con ella mientras Lukas completa su revisión usando un radiógrafo de mochila. Se ha quedado dormida… hay muchas cosas que quiero reprocharle cuando despierte, ella también a mí, siento que mucho más ella a mí.
— Fractura no desplazada del radio distal. No requiere cirugía, solo inmovilización. Mandaré a comprar la férula y todo lo que necesite. Le administraré antiinflamatorios y analgésicos, si me lo permites.
— Claro, haz lo que sea que tengas que hacer.
Mientras Lukas prepara todo, alguien toca la puerta. Es Jhon, me informa que Michelle está despierta, y me entrega una carpeta que contiene su reporte médico. Al abrirla, me encuentro con una foto que me cierra el estómago. Sus heridas son bastante graves. Pareciera que la hubiera golpeado un animal.
— Lobos… ¿Lukas, puedes cuidar de Luna?
— Sí, me quedaré aquí con ella.
— Bien, saldré un momento, si demoro manda a alguien a buscarme en la piscina. No te apartes de ella. A veces sufre de pesadillas.
— Está bien.
Volteo de nuevo. Pero Lukas me lee la mente antes de que pueda decir palabra:

— No te preocupes, me encargaré de encontrar un buen somnólogo para ella.
— Gracias.
…
Paso por recepción y pago por un presente. Me entregan una canasta bastante decente: frutas, semillas y algunos libros. Me pareció un descaro presentarme en la puerta de esa muchacha con las manos vacías. Después de todo, fue por nuestra culpa que terminó así.
Llego a su habitación, la puerta está entreabierta, después de dos toques entro, la miro con vendajes hasta el cuello, muchos moretones en el rostro. Ella saluda primero.
— Vaya, no lo tomes a mal pero nunca pensé que vendrías a verme.
— Hola Michelle.
— Hola.
— Para una ocasión como esta hubiera preferido otro tipo de presente, pero espero te agrade.— Pongo la canasta en su mesa de noche.
— Gracias. ¿Y Luna?... ¿dónde está?
— Ella está bien... afortunadamente bien.
— Qué alivio. — exhala relajando su rostro.
— Creo que ya fueron suficientes emociones fuertes para todos hoy, así que le dije a Lukas que guardara el secreto de tu situación hasta mañana al mediodía. Sé que ella estará aquí desde que se entere.
— Me parece bien.
— Quería darte las gracias personalmente por no delatarnos, por eso he venido hasta aquí.
— Ah, eso... si yo hubiera sabido que igual otra persona los iba a delatar, hubiera soltado la sopa desde un principio, la verdad. — Ambos reímos.— Me hubiera ahorrado muchos de estos moretones.
— Ciertamente.
— Me parece que tienes muchos enemigos.
— No tanto así, mi vida nunca había sido tan agitada como ahora.
— Entiendo. Iba a pedirte que te alejaras de ella, que te apartaras de su vida y no volvieras a buscarla nunca más. Pero… siendo honesta, no había conocido esta versión de ella. Esta en la que su

piel no está pegada a sus huesos y no tiene ojeras. No había conocido la versión feliz de Luna. Así que creo que si la dejaras, la destruirías. Sé que no soy nadie para exigirte nada, pero ya he visto de frente un arma dos veces desde que te conocí. No quiero eso para ella.
— Me esforzaré más.
— Confío en que así será. Aunque debes saber que quienes me tenían cautiva se referían a ti con mucha hostilidad. No creo que te esperen días de paz.
— Gracias por advertirme.
— Por favor, prométeme que siempre la cuidarás... que no la lastimarás o romperás su corazón; prométeme que, sobre todas las cosas, no dejarás que su familia se acerque a ella de nuevo. Conozco a Luna desde hace mucho, y todas las veces que la he visto llorar es por ellos. La vida no ha sido amable con ella; mi mayor deseo es verla feliz. Por favor, promete que ella será feliz.
Asiento.
El gesto es suficiente para Michelle, comprende al ver mis ojos la seriedad de mis intenciones. Me despido con cortesía y abandono su habitación. Bajo directo a la piscina.
Un camarero me trae una cerveza y me quedo sentado en el borde, pensando en muchas cosas. Mi mente se vuelve una telaraña compleja, turbia, donde todo se cruza, se enreda. No debí hacerlo. No debí usar la marca en ella. Debí matarlo, mierda, debí matar a Tyler, sin importar las consecuencias.
Mis manos todavía tiemblan, reclaman su sangre. Los latidos de mi corazón se aceleran, no dejo de ver los ojos de Luna, sus lágrimas, su miedo. Cuando despierte ha de pensar que soy un monstruo. Tal vez lo soy. Pero ella no debería haberlo descubierto así. ¿Por qué me importa tanto? ¿Qué lugar ocupa ella en mi vida? ¿Qué lugar deseo que ocupe? Nunca me había dolido tanto oír un hueso partirse y eso que he escuchado miles. ¿Más allá de todo, qué está pasando?, ¿por qué mis días tranquilos de repente se vuelven tan turbulentos? Es un buen siglo, estas cosas no me pasaban ni en el siglo veinte, lo cual es mucho decir teniendo en mente todas las vidas que se perdieron.

Tyler es un problema. La monarquía inglesa, otro. Es como si me hubiera relajado en el juego y las piezas del tablero comenzaran a moverse más rápido que yo. No es tiempo de tomar vacaciones, tengo que encontrar esa llave antes de que alguien más lo haga. Saco la funda del rubí en el bolsillo de mi camisa, veo su brillo carmesí.
Algo demasiado turbio se mueve en las sombras, no lo veo con claridad todavía, pero sé que está ahí.
La cabeza se me nubla de recuerdos, de voces, de sonrisas, de falsas sonrisas, tratando de recordar, tratando de ver lo que todavía está oculto para mí. Tratando de encontrarle rostro a este mal presentimiento. E incapaz de lograrlo me empino la séptima botella, en nombre de una mujer que probablemente despierte odiándome. Me jode demasiado que por primera vez en siglos me importe alguien y todo se empiece a tambalear. Si la hubiera conocido sesenta años antes, todo sería tan fácil.
Justo cuando la pienso de nuevo, su aroma llega a mi nariz. Volteo rápido hacia atrás. Ella está de pie con la férula puesta, Lukas detrás de ella. Le hago señas a él para que se vaya. Ella se acerca hasta mí.
— ¿Me puedo sentar?— pregunta sentándose.
— ¿Qué haces despierta tan tarde?— miro mi reloj— son casi las tres de la madrugada.
— No podía dormir.
— ¿Tuviste una pesadilla?
— No, solo no podía…
— Vuelve a la cama, necesitas descansar.
— Quiero quedarme aquí contigo... ¿Estás molesto?
— Sí. Pero no contigo. Me arrepiento de no haberle arrancado la garganta a ese hombre lobo.
— La verdad me deja más tranquila que no lo hayas hecho... que no se desatara un conflicto peor.
— Se atrevió a tocarte, no debí dejarlo vivo.
— Pero estoy bien.— Miro la férula en su brazo y termino otra botella. —Cuando desperté le pregunté a Lukas sobre qué me había pasado en el brazo…

— ¿Y qué te dijo?
— Nada. Me dijo que te preguntara a ti.
— Luna...
— Creo que sé lo que me pasó... leí sobre esto cuando estaba en secundaria, si no mal recuerdo. Los vampiros pueden manipular a aquellos que marcan. ¿Lo hiciste? ¿Me manipulaste con la marca esclava?
La miro a los ojos, queriendo tirarme al suelo a pedirle perdón.
— Sí.
— Ya veo... ¿y cómo te sientes?
— ¿Esa pregunta no debería estar haciéndola yo?
— Bien... pregúntame cómo me siento entonces.
— ¿Por qué estás haciendo esto?
— No veo nada de malo, solo conversamos.
No entiendo el punto. Aún así, cedo.
— ¿Cómo te sientes?
— Aliviada.
— ¿Qué?
— Hoy me enteré que los hombres lobo en verdad existen, de hecho, uno trató de secuestrarme. Saltó conmigo desde un edificio, apretó mi cuello y amenazó con matarme. Luego vi que nos tenían rodeados. Pensé que moriría honestamente, pero gracias a ti, escapé solo con una muñeca rota. Así que... Sí, me siento aliviada, y por supuesto me duele la muñeca. ¿Qué tal tú?
— No lo sé... no sé cómo me siento. En realidad... sí, un poco... Estoy molesto, por tantas cosas que ni siquiera entiendo. A veces pienso que no debí robar esa llave para empezar, pero sé que si no lo hubiera hecho, viviría con la incertidumbre de que algún día un idiota podría intentar abrir esa puerta. También me siento como un maldito salvaje por lo que hice con tu muñeca. Perdón por eso.
— Sabes, si yo estuviera en tus zapatos, habría hecho lo mismo.
— ¿Qué?
— No era una situación negociable, ni siquiera tenías lo que él te estaba pidiendo, y como pintaba la cosa, Tyler me iba a llevar consigo. Si dejabas que eso pasara... quién sabe lo que me podría haber sucedido. Y en cuanto a la llave. Si yo hubiese traicionado a

los vampiros más poderosos del mundo, también sería hermética al respecto. Sobre todo por ese tal Mikael, en tus memorias parece alguien terrible.
Enredo mis manos despacio en su cabello y sello sus labios con mi boca. La beso con la mayor delicadeza que puedo, respiro su mismo aire, su olor. Estuve a punto de perderla, otra vez. Los humanos son demasiado frágiles. Ella es demasiado frágil.
— Sé que no tengo moral para decirlo, pero en realidad sí estoy molesto contigo.
— ¿Por qué?— susurra.
— Por la manera en que renunciaste a tu vida, te pedí que desearas vivir.
— ¿Crees que yo debería arruinar algo que te has esforzado cientos de años en proteger? Yo soy solo una porción de tu vida. Si entregas la llave, si la tuvieras y lo hicieras… vivirías un infierno quien sabe por cuánto tiempo y millones sufrirían las consecuencias.
— No eres una porción.— Justo comienzo a entender a Lukas. Ella de por sí está deshumanizada, y anda con alguien que de humano no tiene nada— Tu vida es importante, para mí eres importante, así que no voy a escuchar las razones que quieras darme, te pedí que vivieras y eso tienes que hacer cada día de tu vida hasta que tu cabello emblanquezca. No vuelvas a menospreciar tu vida.
— Tranquilo.
— No vuelvas a hacerlo.
— No lo haré.— Hallo honestidad en sus ojos, ella me da otro beso. Y me quita la ansiedad, el peso sobre mis hombros que ninguna de estas botellas me pudo sacar.
¿Por qué nos parecemos tanto?... Ella es tan poco complicada que me entran unas ganas incontenibles de devorar su boca cada vez que la escucho hablar. Su voz me hace sentir calmado y tranquilo. Soy un vampiro. He construido la paz que soñé con mis propias manos durante cientos de años, sin embargo, esta mujer que llegó a mi vida con las manos vacías me ha dado algo que ni el dinero, ni el terror de mi nombre pueden comprar... seguridad. Me siento seguro con ella, puedo bajar mi guardia porque sé que no hay variaciones

en su lealtad, no existen dudas entre nosotros, y ante las dudas ella siempre me elige a mí.
— Tenemos que encontrar esa llave, lo antes posible. — le digo.
— La vamos a encontrar, cariño.
Sus ojos llenos de determinación me dan la fuerza que necesito. Aun sabiendo que amarme es como caminar sobre hielo delgado. Que en cada paso que da a mi lado se pone en riesgo. Que esa piel suya no fue diseñada para hacerme compañía. Que aunque mis intenciones sean puras, mis colmillos no lo son. Aún sabiendo todo eso, no cambia su mirada hacia mí, en vez de alejarse se acerca. Y como una dulce trampa, yo apretaré sus cadenas.

Capítulo 29 - El príncipe de Mónaco

Palacio Grimaldi

Alessio

—Su Alteza Serenísima el Príncipe Gabriel Leclerc de Mónaco. —Vocea el heraldo del Palacio mientras las puertas del vestíbulo se abren. ¿Qué hago aquí? Fui citado tras romper la delicada paz de los monaguenses en mi desagradable encuentro con Tyler anoche.

—¡Alessio Yvoty!

—¡Gabriel, amigo! —Me levanto a saludarlo, correspondiendo su abrazo.

—Por favor, siéntate. ¿Te apetece algo?

—Un vaso de agua, por favor.

—¿Agua?... ya escucharon al señor.

Gabriel Leclerc. Su padre me lo presentó cuando tenía dieciséis. A juzgar por sus entradas, pronto empezará a quedarse calvo. Tenía algo de tiempo sin verlo. Sabía que después de lo de anoche me llamaría, solo que no creí que fuera tan rápido. Él... me recuerda un poco a Mikael. Su falta de empatía, su personalidad banal y egoísta, su obsesión por el lujo y lo perfecto.

Es un ser humano bastante cuestionable, aun así, me cae bien, porque tiene una cualidad que aunque acepto en mí, no admito en otros: no es un mentiroso.

—Qué bueno verte. Aunque no me dijiste que vendrías a Montecarlo. Te hubiera recibido mejor.

—Vine por placer... en compañía de una dama.

—Ah... tantos años sin venir y logras traerte una mujer. Debe ser hermosa. ¿Cuándo la voy a conocer?

—Algún día. —Ni loco.

—Esperaré con ansias ese momento... ¿Y cómo viste la ciudad?

—Hermosa, elegante... aunque infestada de perros.

—Eso supe... sin embargo, te puedo garantizar que esos canes saben que no son bienvenidos. Si se atrevieron a cruzar nuestras fronteras, te aseguro que olfateaban algo... o a alguien.

—Pues tienen mierda en la nariz. Olfatearon mal.

—No lo creo. No vendrían voluntariamente a este principado sin una razón.
Los Leclerc fueron inquisidores de los hombres lobo durante casi doscientos años, y aunque el tiempo los haya ablandado, siguen pasando sus costumbres de generación en generación. Gabriel es un experto cazador.
—Sucede que ellos creen que tengo algo…
—¿Y lo tienes?
—No realmente. Lo extravié. —Recibo el vaso de agua en mis manos, bebo un poco.
—¿Lo que perdiste está aquí en Mónaco?
—A decir verdad, no lo recuerdo.
—Es entendible... ¿Cuántos años has vivido?
—Príncipe Gabriel, es mala educación preguntarle la edad a alguien mayor.
Reímos.
—Cierto… bueno, ya que estás aquí, tal vez pueda ayudar un poco en tu búsqueda.
Se levanta del asiento y me invita a seguirlo. Dejamos lejos el vestíbulo, también el pasillo. Descendemos por una majestuosa escalera de mármol cuyos escalones se endurecen cada vez más hasta convertirse en piedra gris. Bajamos tanto que aparecen las paredes originales del palacio. Con zarpazos y arañazos de lobos, marcas que susurran cosas, horrores del pasado.
—¿A dónde vamos? —le pregunto. Comienza a incomodarme el asunto.
Nos detenemos frente a una puerta modernizada. Él marca seis dígitos en un panel con contraseña. La puerta se abre y un aire frío nos recibe. Sigo en espera de su respuesta. Él desvía el tema.
—Hoy en día hay demasiados millonarios. Hacer dinero se ha vuelto fácil para las masas. ¿No te parece molesto, Alessio?
—En la mayoría de los casos, me da igual.
—A mí sí me molesta. Entrar a un restaurante de lujo y ver a alguien usando cuchillo y tenedor para cortar una langosta en lugar de pinzas… es simplemente repugnante. La falta de cultura y etiqueta

es injustificable en estos tiempos, sobre todo con tantas formas gratuitas de obtener educación.
—En ese aspecto tienes razón.
—Lo sé. Lo que más me irrita de esos nuevos ricos es que poseen recursos similares a los nuestros, pero con una diferencia por demás notable: poseen un cerebro vacío de historia y repleto de ignorancia. Los nobles y millonarios de antaño, sí recordamos. Nosotros sí sabemos quién eres tú, ¿no es así, amigo?
Presiona un interruptor y, una a una, las luces del salón se encienden, revelando más de quince grandes cuadros alineados a ambos lados. En todos estoy yo, posando junto a los antiguos príncipes de Mónaco. Retrato tras retrato. Mi rostro repetido a lo largo de los años. De los siglos.
—No sabía que guardaban esto. —Digo con impresión, cuando entro.
— "Alessio es amigo"... Mi padre, su padre y el padre de su padre. Todos dejaron esas palabras en sus testamentos. Y ahora me toca a mí. Así que voy a ayudarte en lo que necesites. Siéntete libre de buscar en nuestra sala de las reliquias. Y si encuentras lo que has perdido, puedes llevártelo.
—¿A cambio de qué? —pregunto.
No es que desee rechazar su buena voluntad, pero si algo me ha enseñado el tiempo es que no hay nada gratis en la vida. Especialmente cuando parece dado con afecto.
—De que te vayas. Por favor, haz que esos lobos salgan de Montecarlo. Me enfermaría tener que enfrentarme a ellos.
A diferencia de mis predecesores, odio ensuciarme las manos. El olor a sangre me da asco. Mis días como cazador terminaron cuando mi padre partió.
—Entiendo. Siendo ese el caso, voy a mirar.
Avanzo lentamente sobre la alfombra roja del salón. Mis ojos recorren las vitrinas llenas de objetos antiguos. Joyas, mapas, jarrones, una copia a mano de la Declaración de la Independencia Humana. Antigüedades varias que me hacen viajar a otros tiempos. Hasta que llego al final de la sala. Exhibido sobre una peana iluminada con luz tenue, reposa un abrigo invernal. Largo, de corte

militar, confeccionado en lana gruesa de color gris oscuro, con botones dorados pesados y cuello alto de terciopelo negro. El forro interior, de seda granate, bordado a mano con el escudo familiar Leclerc. Símbolo que, por alguna razón, hace que caiga una gota sobre las aguas quietas de mi laguna mental.
—Príncipe...
—¿Sí?
—¿A quién pertenecía ese abrigo?, ¿por qué es relevante?
—Puedes verlo en la inscripción que está en la placa.
Albert Leclerc – Tratado de Groenlandia
«Éste será nuestro secreto, Alessio».
La imagen del príncipe Albert vistiendo ese abrigo arribó a mi cabeza como un fugaz recuerdo. Con los detalles exactos de algo muy valioso que escondimos lejos, muy lejos de aquí.
—Muchas gracias. Creo que ya encontré lo que estaba buscando.
—Excelente. Mandaré a empacar el abrigo para ti.
—No es necesario. Lo que busco no está aquí. Me iré de Mónaco, puede estar tranquilo, Alteza. No verá más lobos en sus tierras.
—Gracias. Sabes que siempre eres bienvenido, pero esta situación es especial.
—Lo entiendo.
—Aprovechando que estás aquí, hay algo que debo entregarte. —Camina entre la multitud de objetos y toma un elegante maletín de cuero marrón con broches dorados. Al abrirlo, me muestra su contenido: una botella de vino con una copa reposando sobre una suave gamuza beige.— Esto se ha añejado por varios años. Creo que le comentaste a uno de mis antepasados que te costaba mucho embriagarte, así que hizo este vino para ti... lo encontré hace poco.
—Muchas gracias, príncipe. —Contesto, recibiendo el presente con una sonrisa.
—De nada. Y por favor, no te pierdas tanto. Recuerda que para esta casa eres un amigo. Cuenta conmigo para lo que necesites. Y también, me gustaría decirte una última cosa. Más bien darte un consejo, si me lo permites.
—Lo escucho, Alteza.

—En cuanto a la mujer de la que me contaste... No te enamores. La gente con tanto poder como nosotros no puede enamorarse. Es un terreno peligroso, lleno de complicaciones y consecuencias que pueden afectar nuestra posición. El costo es elevado, y además, sufrir es poco elegante. Por favor, no malinterpretes mis palabras, amigo. Puedes relacionarte con quien quieras, solo no te apasiones. En nuestro círculo, la fortaleza emocional puede protegerte más que la propia riqueza.
Me toma algunos segundos asimilar sus palabras.
—Tendré cuidado, Alteza.
Asiento y me retiro. Sintiéndome incómodo, molesto, para ser honesto. Y no porque fuera entrometido, sino porque lo que acababa de decirme era cierto.

Capítulo 30 - Un lazo inquebrantable

Luna

Mi estómago se apretó al escuchar la noticia sobre Michelle. Quise llorar, pero contuve las ganas para no añadir una capa extra de drama a todo lo que ya había pasado. Saber que ella estaba bien, cuidada por Lukas y en el mismo hotel que nosotros, me dio un poco de calma.
Sin embargo, un mareo me envolvió al pensar que pude causarle daño. Que puse en peligro por segunda vez a la única amiga que he tenido en toda mi vida. La única.
Creo que conocí a Michelle cuando tenía cinco años. Solíamos tener el mismo peinado. En realidad, yo he llevado ese mismo corte toda la vida, pero por aquél entonces el flequillo me cubría los ojos.
Ella recién se había mudado al vecindario con su familia desde China. De hecho, no hablábamos el mismo idioma, no entendía lo que le decía, así que intenté con señales, y comenzamos a comunicarnos con mímicas. Esa mañana logré hacerle entender que quería invitarla a construir un cohete de cartón, afortunadamente

ella me entendió. Juntamos las cajas, prendimos fuego imaginario y comenzamos la cuenta regresiva. Volamos hacia el espacio juntas, caminamos sobre la luna, sobre las estrellas; para mí ella era una de ellas.

Luego cumplimos siete y comenzaron a caerse nuestros dientes. Al comienzo se me cayó uno solo, pero a ella le faltaban los dos de arriba. Todos se burlaban de Michelle, no paraba de llorar. Así que tomé un marcador negro y me pinté los dos dientes de arriba, para que así se burlaran de mí y no de ella, para que la dejaran en paz. Ese día me dijo que seríamos mejores amigas toda la vida, y así fue.

Cuando cumplimos once, por alguna razón ella comenzó a aumentar de peso. Solía decir que todo el bullying que recibíamos era su culpa. Y yo le peleaba que no. No solo peleaba con ella, peleaba con todos, pero yo era tan ligera como un mondadientes; tampoco es que lograra mucho. Era una juventud bastante condenada, supongo, debido a la época. Yo era flaca y extremadamente pobre, Michelle tenía sobrepeso. Fuimos todo lo que precisamente no se debía ser para tener una vida social normal. Todos fueron unas mierdillas con nosotras. Aun así, no dejamos de visitarnos la una a la otra. No nos hizo falta más nadie, fuimos muy felices.

«¿Cómo llegaste aquí?» Era lo que ella me preguntaba cada sábado que la despertaba para ir a jugar. Tocaba su puerta a las nueve de la mañana y su mamá, aun en pijama, me abría, me dejaba pasar siempre.

Michelle solía quejarse mucho sobre eso, yo era su reloj despertador. Sin embargo, toda esa lucha fue para nada, al final me pegó su maña. Ahora la que se levanta tarde soy yo.

Crecimos escuchando a las Spice Girls. Nos poníamos el maquillaje de su mamá y bailábamos por horas frente al espejo. Cielos, cómo extraño esas horas, en las que jugábamos a ser una de esas chicas... una de esas hermosas chicas.

Yo tenía problemas en casa, muchos. De vez en cuando llegaba con uno que otro moretón en los brazos, estaba muy delgada, cenaba casi todos los días en su casa, y mis zapatos de la escuela tenían un hoyo en la suela.

Mi hermano Xavier solía ser mi primer hater. Si alguien se burlaba de mi apariencia en público hasta hacerme llorar, él era el primero en reírse.
Recuerdo que una vez le reclamé eso frente a todos, y él pateó un balón de fútbol hacia mi estómago con tanta fuerza que me sacó el aire, me dejó babeando y llorando en el suelo frente a mi mejor amiga. Quise desaparecer en ese instante por la vergüenza que tenía. Por ver su rostro asustado al descubrir cómo era mi vida. Mi relación con Michelle era algo inmaculado. La única felicidad que tenía, y que ella viera mi realidad, me destrozó por dentro.
Creí que ella se iba a alejar de mí. ¿Quién quiere estar con alguien que viene de una familia así? Sin embargo, cuando salimos de la clase de gimnasia encontré el hoyo de mi zapato reparado con cartón y tape. Un cartón que era idéntico al de su cuaderno de dibujo.
Sostuve el zapato en mis manos y lloré frente a mi casillero. No fui capaz ni de decirle gracias. Cuando se es tan pobre, no quieres molestar a quienes amas con tu pobreza. No quieres pedir ropa, pan o comida. Juro por lo más sagrado que sólo quería ser su amiga, no quería que cargara con mis problemas, ni que los supiera, mucho menos que los resolviera. Así que fingí no haber visto nada. Ella me esperó a la salida de la escuela e iniciamos nuestro camino rumbo a casa como siempre. No tocamos jamás el tema. Pero en mi corazón estaba lleno de amor y agradecimiento hacia ella, porque era verano y por fin podría caminar sin cojear a casa. El calor del asfalto ya no me quemaría el pie.
Yo sabía, en el fondo de mi corazón, que de la manera que fuera, algún día se lo iba a poder devolver.

Michelle no es solo mi amiga, es mucho más que eso. Creo que somos hermanas. Yo haría lo que fuera por verla feliz.
Cuando cumplimos catorce, comenzamos a ir a las máquinas de arcade. Éramos tan buenas jugando juntas que nos ganamos rápido la admiración de los chicos que frecuentaban el sitio. Por primera vez, formamos parte de algo, hicimos un grupo de amigos.
En aquel entonces, a ella comenzó a gustarle alguien mayor.

Me lo contó y no estuve de acuerdo. Aun así, la acompañé a cada fiesta donde ese chico iba a estar. Nunca la dejé sola mientras iba a todas partes motivada por su obsesión por él.
Siempre la cuidé y ella me cuidó.
Pero en una de esas fiestas tuve que tirarle un cóctel en la cara al chico que a ella le gustaba, y nos corrieron. Sepultando toda posibilidad de que lo de ellos pudiera suceder. Y sepultando toda esperanza cercana de tener vida social.
Después de esa noche, por primera vez, ella y yo dejamos de hablar. No nos vimos durante una larga semana. Hasta que los chicos del arcade nos obligaron a conversar... era un grupo muy sano, y querían que resolviéramos nuestros problemas.
Le confesé que el chico que le gustaba trató de besarme y que por eso le tiré el ponche en la cara. También le dije la verdad completa, lo confronté por los rumores de él con otras chicas. Era importante para mí asegurarme de que no fuera a jugar con ella, o tal vez aclarar el malentendido, pues necesitaba saber si contarle o no a Michelle lo que había escuchado de él.
Cuando hablamos, me confesó que ella también sabía de los rumores, pero que precisamente se había interesado en él por eso. Porque si para él estaba bien andar con cualquiera, tal vez no tendría problema en estar con ella.
Sentí mucha rabia. Era una chica preciosa, hermosa en muchas formas.
Lloró en mis brazos, y recuerdo haberle dicho:
En algún lugar, te juro que en algún lugar, existe el hombre perfecto para esta chica hermosa y perfecta que veo justo aquí. No hay nada malo en ti, Michelle, es solo que eres demasiado para los chicos de esta cuadra. Algún día conocerás a un apuesto chico, un caballero que hará todo por ti. Y yo me sentiré muy feliz, aplaudiré y te tiraré arroz mientras te casas. Serás muy feliz, Michelle Wang, te lo juro.
Le dije eso mientras acariciaba su cabello. No dejaba de llorar, pero, mientras seguía aún en mis brazos, comencé a llorar también. Y yo tengo un defecto, uno que a veces logro ocultar y otras no. Cuando lloro mucho, se me cae la baba, y ese día le inundé la cabeza.

Así que me duele, incluso ahora que estoy parada en su puerta, con flores y regalos, me duele mucho saber que estuvo a punto de morir por mi culpa. Que aunque Alessio calló mis labios, deseé cambiar de lugar con ella, deseé que me hubiera pasado a mí. Porque eso hacen las mejores amigas.
Yo daría la vida por mi Michelle. Yo daría la vida por mi mejor amiga.
No importa que ya no nos veamos tanto como antes, el tiempo no es relevante, nada cambia entre nosotras, ni cambiará.
— ¿Se puede?
Toco antes de entrar. Ella responde que sí, y un amable caballero del hotel me ayuda a entrar las bolsas de los regalos que le compré. Yo voy detrás de él con un enorme oso de peluche con el que cubro mi cara. Es que no sé ni cómo mirarla.
— ¿Estos regalos son para mí?— pregunta ella y me quedo en silencio.
— Así es señorita, son para usted— responde el caballero.
— ¿Pero quién los manda?
—Yo —respondo— fui yo quien trajo estos regalos y también este oso... Lo dejaré aquí y me iré.
—¿Pero por qué?
—Es que no puedo verte. No después de todo lo que te ha pasado desde que nos reencontramos.
—Ahhh, lo dices por el ojo que me quitaron, eso no es gran cosa, amiga...
—¿¿Te quitaron un ojo?? — bajo el oso de mi cara. Ella me mira con una expresión tranquila, casi pavoneándose de lo fácil que es engañarme.
—Sabía que andabas de llorona, ya ven, merezco un abrazo.
Camino hacia su cama con las mejillas mojadas, me acerco y le doy un abrazo, me quedo llorando en su hombro.
—Tienes dieciocho, por Dios, ¿cuándo vas a aprender a llorar?
—¿Cómo quieres que no llore?, mírate, tienes toda la cara golpeada, y es mi culpa.
—Estoy bien, además habrías hecho lo mismo por mí, ya descuida.
—Cuéntame todo, por favor.
—Te conozco, Luna, si te cuento no dormirás como por un mes.

—¿¿Tan malo fue?? Ellos... ¿se propasaron contigo?
—No, afortunadamente no... Pero creo que con mirarme a la cara puedes deducirlo, me dieron una paliza.
—Lo lamento tanto.
—No es tu culpa. Existe gente mala, y ya.
—Alessio me dijo que iba a encargarse de que estés bien, se lo pedí mucho.
—Eso es una buena noticia, ¿me van a adoptar?
—Michelle.
—Está bien, no bromearé más.
—Tampoco tienes que presionarte por tu mamá. Lukas se encargó de convencerla de que estabas trabajando, incluso usó un simulador para fingir tu voz en la llamada, ella no está preocupada.

—Preocupación va a sentir cuando me vea llegar con todos estos paquetes de diseñador. ¿Trabajo y bolsas de lujo? Pensará que soy una prostituta.
—¡Claro que no! —río— Yo le diré que te las regalé, sabe que tengo un novio rico, jamás te reclamará eso.
—¿Y cuánto dinero gastaste en todo esto? Vas a dejar a Alessio en la quiebra.
—No creo que eso sea posible, la verdad.
—Presumida.
—No, no es eso, es en serio. Pero no te preocupes, él apoyó mi idea. Sé que parece mucho, pero siento que no es suficiente, jamás podré pagarte lo que hiciste. Puedes odiarme con libertad.
—No te odio. Me siento feliz de haberte encontrado, nada cambiará ese hecho, pero... la verdad no quiero pasar por algo como esto nunca más, y quiero que podamos ir juntas al parque sin ser apuntadas con un arma.
—Acerca de eso, estuve hablando con él —mi expresión se torna seria.
—¿Sí?
—Me dijo que todo lo ocurrido últimamente jamás había pasado antes, por eso no puede prometer paz ni asegurar que no vuelva a suceder. Al parecer, llegué a su vida en una temporada turbia. Así

que la decisión será nuestra: ofreció reubicarte con tu madre, con todas las comodidades, pero lejos de mí y de los problemas que puedo atraer. Si no quieres eso, puedes mudarte a la mansión Sackler… Según él, es la única forma de mantenerte a salvo.
—Ya veo. ¿Entonces, qué tal si abrimos los regalos que me compraste y después hablamos de eso?
—Michelle...
—¿De casualidad me compraste lentes? No creo que exista maquillaje que cubra este desastre.
—Sí, te compré unos. Costaron como mil libras.
—Me lo imaginé. Lo cual me recuerda algo que quería decirte: la próxima vez que Alessio quiera gastar su dinero en un regalo para tu mejor amiga, dile que te lo dé en efectivo.— Sonrío. —¿Qué? No puedo tener un abrigo de quinientas libras y desayunar pan con mermelada.
Reímos a carcajadas.
—Bueno, me aseguraré de hacerlo así la próxima vez... —muerdo mis labios, recuerdo todo lo que ha pasado y vuelvo a llorar.
—Ey... solo miremos los regalos, no llores, hablaremos de cosas complicadas después. Eres mi amiga. No hay distancia que pueda cambiar eso, ¿lo entiendes? —Ella sujeta mi mano.
—¡Lo sé, pero...
—Por favor, tráeme esa enorme caja de lazo rojo.
— Oye.
—¿Me regalaste todas estas cosas para dejarlas ahí? Quiero abrirlas, por favor, abramos algunas cosas.
Asiento, limpio mi cara, seco mis manos en mi pantalón y voy en búsqueda de la caja. Conociendo a Michelle, sé que sería capaz de dejar de lado su propia seguridad solo por quedarse conmigo. Y eso me inquieta. Porque, honestamente, siempre he querido que estemos juntas toda la vida. Pero me aterra que lo haga a costa de su propia seguridad, me aterra esa bondad silenciosa, esa forma en la que se entrega cuando nadie la ve. Quizás yo deba tomar la decisión por ella, apartarme si es lo que la mantiene a salvo. No lo sé. Sólo sé que, pase lo que pase, juntas o separadas, quiero que tenga su final feliz. Quiero que ambas seamos felices.

Las horas pasan, y logramos cambiar el tema de conversación mientras masticamos algunos de los bombones de chocolate que le traje. La actualizo sobre ciertas cosas. Comprende unas, otras no tanto.
— A ver, déjame ver si entendí: a pesar de haber aprobado educación sexual con la mayor nota de la clase, ¿estás teniendo sexo sin protección con tu novio?
— Sí.
— ¿Y qué harás si quedas embarazada?, aparte de nadar en dinero, claro está.
— La idea no me molesta, pero… es muy pronto.
— ¿Y por qué no le dices a Lukas que te recete anticonceptivos?
— Me da muchísima vergüenza, pero creo que lo haré. Hablaré con Lukas.
— ¿De qué quieres hablar con Lukas? —dice Alessio entrando sin tocar la puerta, y ambas nos enderezamos en la cama.
— ¿Estás enferma?
— No... por, por supuesto que no. ¿Qué haces aquí?, ¿no habías salido?
— Ya volví. ¿Entonces qué quieres hablar con él? —Saca su teléfono y lo llama—. Estoy en la habitación de Michelle, ven ahora.
— Oye no es nada, en serio.
— Seguro te duele la muñeca, ¿es eso?
— No, de verdad, no me duele nada.
— Hola a todos. —Dice Lukas entrando a la habitación—. Estaba justo al lado, ¿para qué soy bueno?
— Quiero que revises a Luna, creo que se siente mal.
— ¿Te sientes mal?
— Luna se siente bien. —Responde Michelle—. Es sólo que yo quería comer sushi para la cena en vez de ostras, entonces tenía mucha vergüenza en pedirlo, y por eso le supliqué a ella que hablara con Lukas en mi nombre.
— Ah, conque era eso... claro, haré que avisen al chef.
Alessio me mira, para nada convencido.
— Aun así, quiero que le hagas un chequeo general —dice — vamos a viajar y no sé cuánto tiempo tardaremos en regresar a Londres.

— Está bien, ven conmigo, Luna. Te haré unos análisis de sangre. — Abriendo la puerta, Lukas me guía a pasar delante de él y salimos al pasillo, pero justo en ese momento recibe una llamada y me pide un momento. Yo me quedo pegada a la puerta esperando que termine, justo en ese momento escucho a Alessio hablando con Michelle.
— Mentiste —dice él.
— ¿De qué hablas? —Michelle responde.
— Claro que no me dirás nada, aguantaste una paliza por no delatar a tu amiga.
— Sigo sin entender.
— Sabes bien de lo que hablo.
— En realidad no... —contesta Michelle, en lo que la escucho destapar otro bombón de chocolate.
— China mafiosa. — Suelta Alessio, y al escuchar sus pasos me alejo de la puerta corriendo. Me paro frente a Lukas y le dedico una sonrisa, Alessio asiente con seriedad y se va por el lado contrario del pasillo.
Gracias por no delatarme, Michelle.
Mi querida compañera del crimen.

Capítulo 31 - *La esclava*

Luna

— Por favor, toma asiento —dice Lukas, cuando entramos en su suite— Entonces ordenaré que compren más cajas de los medicamentos que previamente te indiqué y las colocarán con tu equipaje, no tienes que preocuparte. Todavía no sé a dónde viajarán, pero contactaré a un médico local desde que sepa, para que te haga evaluaciones y esté para ti cuando necesites.
¿Has sentido dolor?
— Por ratos... sólo a veces.
— En cuanto al vuelo, la presión en la cabina puede afectar ligeramente la hinchazón. Si sientes incomodidad, aplica compresas como te enseñé y trata de mantener la muñeca elevada, sólo por el vuelo.
— Gracias.
— Siempre. Te extraeré dos tubos de sangre, el pinchazo dolerá un poco.
— Okey. —Contesto mientras él tantea mi brazo.— Lukas...
— ¿Sí?
— ¿Tienes secretos con Alessio?
— ¿Qué tipo de pregunta es esa?
— ¡Ah!, no, me refiero, espera... Reformularé la pregunta: ¿puedo tener un secreto de médico/paciente contigo?

— Depende, si es muy grave tengo que decirle a Alessio.
Tú dime y yo seré honesto contigo sobre si puedo guardar el secreto o no.
— Bien... es que... cuando él y yo, ya sabes... no usamos protección.
— Entiendo, ¿y tienes algún malestar?
— No, no. La verdad estoy perfectamente saludable.
— Entonces te preocupa quedar embarazada.
— No es una preocupación, es sólo que me gustaría planificarlo.
— Bien, permíteme explicarte. Los condones no funcionan con vampiros como Alessio. Su piel secreta una enzima dérmica con base lipídica muy similar en estructura a ciertos aceites naturales, que

degrada rápidamente polímeros como el látex, provocando microfisuras imperceptibles. Es una respuesta biológica de su especie ante la fricción: su piel percibe el material como daño y lo descompone. Te recomendaría pastillas, pero al intercambiar fluidos, incluyendo saliva, con él de forma tan constante, recibes compuestos bioactivos que alteran tu ciclo hormonal y reducen la eficacia del anticonceptivo. En palabras simples: mientras más íntima sea su relación, tu cuerpo entra en un estado de hiperfertilidad. Esto él lo sabe perfectamente, por eso eyacula afuera. El autocontrol ha sido siempre el método más seguro en su caso, y según su testimonio, es lo que le ha funcionado.
Así que, si contigo está actuando diferente, lo recomendable es que tengan una charla de pareja.
— Entiendo… gracias, doctor.
— De nada, Lunita. Ya está listo todo, recuerda ir despacio respecto a tu mano... y en relación a la pregunta, por supuesto guardaré el secreto.
— Gracias.
Alessio lo sabe, entonces está claro que lo hace conmigo de ese modo intencionalmente. Desde la primera noche que estuvimos juntos él nunca... Alessio jamás ha terminado afuera. No sé cómo voy a hacerlo, pero tengo que... él y yo no podemos pasar esta charla por alto, tengo que dejarle saber lo que pienso.

Aeropuerto de Nuuk, Groenlandia

Nuestro traslado de Mónaco a Groenlandia fue casi inmediato. En menos de cuarenta y ocho horas habíamos salido del paisaje veraniego perfecto a una fría tundra, según pude ver por la ventana al aterrizar. Alessio estuvo callado durante todo el trayecto. No en un mal modo; me ha tratado de forma amable. Pero se siente extraño, él no es una persona de silencios.
Cuando llegamos, trato de ayudar en algo, pero no me deja, no deja que toque ni una sola maleta. Y es algo verdaderamente descortés tratar de ayudar y que te ignoren. Busco entenderle, conocer la

razón por la cual, aunque caminamos de manos, estamos tan lejos del otro.
—Podía llevar ese bolso, no es necesario que hagas todo por mí.— le digo.
—Tienes una férula, sujetabas el bolso con la única mano funcional que tienes. Necesitaba tomarte de la mano, es todo.
La verdad, nada ha cambiado entre nosotros después de lo sucedido, pero su actitud me deja ver que él no está bien del todo. Debajo de ese tono calmado, sé que sigue preocupado y molesto. —¿Trajiste suficientes abrigos? —me pregunta antes de subir a la camioneta, sin decirme "amor" o "cariño".
—Sí. Pude comprar abrigos suficientes aunque todo fue de último minuto. También hice tus maletas y guardé varios para ti.
—Gracias.
¿Sólo "gracias"? El Alessio de siempre me habría dado un beso o al menos, no sé, dicho algo.
—Hoy estamos a -6 grados celsius, pero si no mal recuerdo, aquí generalmente hace más frío. Cuando lleguemos, quiero que bajes del carro y entres a la casa de inmediato. Tienes una fractura, el frío no será tu amigo.
—Está bien.
Después de decirme eso, permanece callado. No habla de absolutamente nada más en todo el camino. Algo le pasa, y lo hace tan obvio que siento que el aire que tomo en este pequeño espacio junto a él me corta. Evito decir palabra.
Luego del trayecto, llegamos a un hermoso pueblo nevado con un gran lago y casas rojas de madera por todas partes. También, veo una cabaña muy hermosa junto al agua con su propio puerto. Me sentí mal por un segundo al pensar que de seguro ese sería nuestro destino. Pero respiré con tranquilidad al saber que no fui ni codiciosa ni vanidosa. Sí era su casa, la propiedad junto al lago era de Alessio, y la verdad, no me culpo por haberlo sospechado, gritaba su nombre por todos lados.
Cuando estaciona, me da las llaves de la puerta y bajo del auto, justo como él dijo. Me encamino rápido a la casa. Cuando la gente

está de mal humor necesita espacio, y voy a dárselo, a ver si se le pasa.
Camino sobre la nieve, me planto frente a la puerta de madera negra, y al abrirla, mis ojos se alumbran. La casa por dentro es muy vistosa, cálida, justo como en un cuento de Navidad. Incluso hay una chimenea de piedra. Paso mis dedos suavemente por la cabecera. —¿Dónde estará el leñero?
Lo encuentro en un estante flotante junto a la pared y comienzo a agarrar madera. El esfuerzo me hace darme cuenta de lo necesario de tener dos manos; es tedioso sacar una por una.
—¿Era muy difícil pedir ayuda? —pregunta Alessio a mi espalda haciéndome brincar del susto.
Es imposible que haya sacado todas nuestras cosas. Volteo hacia la puerta. Me retracto, sí lo hizo.
—Qué rápido eres.
Enciende la chimenea en un pestañeo, confirmando mis palabras. De inmediato me acerco. Adoro el aroma a leña quemada.
—Esto era innecesario. — dice— La casa tiene un sistema de calefacción.
Dios pero qué gris.
—¿Hice algo que te molestara?
No sé si hago bien en confrontarlo, pero no quiero seguir así.
—Sí.
—¿Puedes decirme qué?
—Tienes secretos conmigo. Me ocultas cosas... ¿Qué puedes preguntarle a Lukas que no puedas preguntarme a mí?
—¿Sí sabes que Lukas es doctor?
—Te pregunté ayer si estabas enferma y me dijiste que no, así que no es algo de salud.
—Sí es algo de salud.
—¿Entonces sí te sientes mal?
—No es eso, Alessio —trato de no mirarlo, pero siento sus ojos exigiendo que lo haga. Lo miro.
—¿Cómo es que tienes vergüenza de decirme algo... si te conozco entera? —me acaricia la cara.
—Es que... tal vez... no me siento lista para preguntártelo.

—¿Por qué?
Su teléfono comienza a sonar. Sea quien sea, muchas gracias, me has salvado.
—Puedo atender después —cuelga la llamada y me besa en la boca.
Se supone que estas son cosas que debería poder hablar con él, ¿por qué estoy tan nerviosa?
—Dime, ¿qué te pasa?
—Bueno, cuando tú y yo...
—¿Sí?
—Ya sabes...
—No sé, por eso te pregunto.
—Me refiero a... cuando... —suspiro, intentando juntar valor, y lo suelto todo— En realidad, quería que Lukas me recetara anticonceptivos. No sé qué pienses al respecto, pero creí que era importante tener planificación. Las parejas se planifican, y además no es bueno hacerlo sin protección. No es que no me guste. En realidad, me gusta mucho, se siente muy bien, pero...
El sonido de alguien tocando la puerta nos interrumpe. Aún así, él se mantiene mirándome en silencio, y tras la insistencia, camina a ver quién es.
Alessio es una persona fácil de leer, al menos siempre ha sido así para mí, pero esta vez no he podido obtener nada de sus ojos. Su cara no me dijo absolutamente nada, y acabo de soltar, posiblemente, el peor vómito verbal de la historia.
—Lo siento, era el cuidador de la casa. Quiso verificar si todo estaba bien —dice al regresar, acercándose peligrosamente hasta que nuestros cuerpos quedan a un centímetro de distancia.
— La primera vez que sucedió... ¿sabes de qué hablo?
Asiento frente a su rostro y él prosigue.
—Fue un accidente. Quise contenerme, pero no aguanté las ganas de hacerlo dentro de ti porque esa noche fue jodidamente buena. Pero siendo completamente honesto, a pesar de que al inicio me asusté un poco, no le di importancia. Dije: puedo tener un hijo o dos con ella. Si la embarazo o no, igual tendrá que vivir todos sus días junto a mí. Es mi esclava. Así que no me pareció mala idea.

Las palabras no me salen, enmudezco. ¿¿Qué puedo responder ante eso??
—Después pasó el tiempo y no quedaste embarazada... Dije: okey, está bien. Pero entonces me creaste un problema mayor.
—¿Yo?
—Sí... —se acerca a mi oído y trago la poca saliva que me queda—. Ahora que sé lo que se siente, ¿cómo carajo hago para dejar de correrme dentro de ti? ¿Um? ¿Puedes darme esa respuesta? Porque cuando veo tu hermosa cara debajo de mi cuerpo, lo único que quiero es... ¿carajo, ya podemos subir ?

—S-sí. Digo, ¡no! ¿Qué tal si nos sentamos a tener esta conversación?... Alessio.
La sonrisa que tanto amo y que me había negado desde temprano volvió a asomarse en su rostro mientras se sentaba frente a mis rodillas en la alfombra junto a la chimenea. Hago lo mismo que él, me siento.
—Ya te dije mi opinión. Podemos tener algunos hijos. Me siento bien haciéndolo de este modo. El sexo contigo es distinto, es más intenso, íntimo. No lo haría de este modo con más nadie. Nunca lo he hecho.
—Es que yo... no quiero tener hijos con mi novio. Quiero decir, si alguna vez tengo hijos, quiero tenerlos con mi esposo. — Lo dije, ya está. No he dejado de mirar al suelo mientras le hablo, pero se lo dije. —Además, todavía no conseguimos la llave, y realmente he idealizado la maternidad de cierta manera.
—Mírame a la cara cuando hablas Luna.
Parpadeo unas tres veces y finalmente le obedezco. Lo miro.
— ¿De qué forma has idealizado la maternidad?
¿Qué?... No se suponía que preguntara eso.
Clavo mi mirada hacia el piso de nuevo.
—Bueno... me cortaría el cabello un poco más. También usaría vestidos largos con estampados de flores y saldría a pasear en las tardes con una pequeña cartera redonda. Me sentaría en algún café para hablar con señoras, y ellas halagarían el tamaño de mi barriga. Entonces, mi esposo iría a buscarme en su auto para ir a comprar

ropa para el bebé. Debería ser color blanca o amarilla. Comeríamos helado de camino a casa. No sé... en general, debería tener una vida muy tranquila al momento de concebir un bebé. Creo que hablé mucho. —Lo miro de nuevo.
—No, está bien. Respondiste lo que pregunté.
Nunca lo había visto así, tan tranquilo. Quizás sea la luz dorada de las lámparas o el crujir de la leña junto a nosotros lo que me hace verlo de este modo. Es precioso.
—Te prometo que a partir de ahora nos cuidaremos.
Me controlaré. Pero pediré algo a cambio, una compensación.
—¿De qué tipo?
—Sexual por supuesto.
Un cosquilleo se anida en mi vientre.
—¿Recuerdas lo que me contaste en Mónaco?
Acaricia mi rostro.
— ¿Lo de la cabaña y la chimenea?…
— Sí. ¿Imaginabas un lugar como éste?
— De hecho sí, este lugar es casi una réplica de lo que soñé.
— Me alegra saberlo. Bien, lo que quiero como compensación es muy específico. Te diré qué es cuando llegue el momento.
—Está bien… ¿entonces, ese momento será...?
—Hoy en la noche, si quieres por supuesto.
—Sí quiero —muerdo suave mis labios. Él sonríe levemente y se levanta.
—Es posible que la llave esté en esta localidad, por eso vinimos hasta acá. Voy a bajar al sótano a buscar algunos planos.
¿Te parece bien si nos encontramos frente a esta chimenea a medianoche?
— Me parece perfecto.
— Entonces aquí nos veremos… Mandé a preparar una habitación para ti. Imaginé que querrías un lugar para tus cosas. No lo sé, algo de espacio.
—Sí, la verdad es que sí. Te agradezco. —Me ayuda a levantarme, agarra mi maleta y comienza a subir por la escalera de madera. Yo voy detrás.

La distribución aquí es similar al penthouse. Al fondo hay un marco con una gran puerta, y a la izquierda está mi recámara. Es bastante acogedora, tiene también una mesa de estudio, un sofá para leer y un vanity para colocar mis cosas.
—Esta es tu habitación. Allá está el control de la tele. Tiene también un baño pasando el clóset. Cualquier cosa sólo avísame.
—Gracias. ¿Por favor puedes poner mi maleta sobre ese banco? Es que... sólo tengo una mano y así es más fácil.
— Sí, claro. —La pone justo donde le pedí—. Ya está... me voy al sótano. Recuerda: a medianoche, frente a la chimenea... te estaré esperando para cobrar esa compensación.
—Ahí estaré.
Una sonrisa vibra tratando de escapar de la comisura de sus labios. Me da un beso en la mejilla y se va.
La verdad, al quedar a solas me tomé el tiempo para hacer nada, exactamente nada. Me quité la ropa, me puse una bata holgada y, mientras una mascarilla hidratante reposaba en mi cara, tomé una revista sobre el ropero y me senté a llenar un crucigrama. Había una mesa con chocolates y vino, así que, luego de buscar un tutorial en internet de cómo abrir una botella con una sola mano, saqué mi plancha del cabello y calenté el pico hasta que el corcho salió. Hablé un rato por teléfono con Michelle también, sigue bajo el cuidado de Lukas y me dice que la está pasando bien.
Aprovecho el tiempo para retocar el gel de mis pestañas, me pinto las uñas, saco mi laptop y termino una tarea de la universidad que tenía pendiente. Cuando la subo a la plataforma, me quedo dormida un rato largo en el sofá. Al abrir los ojos, la vista hacia afuera ya es oscura. Miro mi teléfono y todavía falta mucho para las doce. Aprovecho y me doy un baño. Uno bien largo, en el que llevo mi teléfono y veo una película también.
Ciertamente, me da curiosidad lo que planea Alessio. Por momentos me disocio y lo pienso. Las ganas de estar con él comienzan a hacer estragos con mi cuerpo. Mis labios se humedecen, mis pezones se endurecen, mi corazón late emocionado por él.
Quisiera de verdad que lo nuestro pudiera perdurar. No me quiero menospreciar, pero, es alguien con mucho dinero, más rico que los

ricos. Y eso que dijo hoy, sobre cómo pensaba de mí la noche que me conoció… simplemente no logro sacarlo de mi mente. ¿Es un pensamiento antiguo o sigue pensando así de mí? ¿Cuáles son sus planes? ¿estoy yo en ellos?
Miro mi anillo.
Esa noche en la joyería dijo que no quería jugar, que iba en serio.
Acabo de darme cuenta del verdadero valor simbólico de una sortija.
Con solo verla recuerdo sus palabras, sus ojos, sus intenciones.
Pero a veces me pregunto si es sincero. Si no soy un capricho pasajero. Porque la diferencia entre nosotros es tanta que es difícil creer que no esté sólo usándome, pero, ¿qué podría usar de mí que no pudiera usar de otra mujer?
Hay muchos matices entre nosotros, y me pregunto cuánto tiempo podremos seguir ignorándolos.
Porque para mí es muy fácil sentirme orgullosa de estar con él, pero, ¿cómo se sentirá él cuando alguien le pregunte por mí?, ¿qué cosas dirá cuando alguno de sus amigos trate de conocerme?
No podrá decirle que soy una condesa, o la hija de...
No soy nada.
Cubro mis labios con sobresalto. Ese pensamiento ha apuñalado mi corazón de repente. Trato de calmarme. De no recordar, de no pensar en mi historia, de quién soy y de dónde vengo.
De centrarme, porque no puedo borrar lo que fue. Esta soy yo, Luna Thompson. ¿Cómo que no soy nada? Soy una sobreviviente.
Y si Alessio está conmigo, es porque quiere, y porque me quiere. Esa es la única razón, porque literalmente me conoció con las manos vacías. No tengo nada más que mi amor para ofrecerle.
Salgo de la tina y comienzo a buscar en mi maleta algo que le dé más razones. Algo que haga relucir mis senos y le apriete el bóxer. Él es mi primer novio, mi primer hombre, mi primer amor. Lo que siento por él no lo había experimentado antes. Estoy muy enamorada. Y siento que, aunque él aún no lo diga, siento que él también me ama a mí. Lo siento en sus labios, en su cuerpo, en su habla, en la forma en que sus ojos se suavizan cada vez que se desnuda frente a mí.

Consigo un conjunto negro con liguero. Parecía buena idea usarlo, pero mientras trato de ponérmelo, lucho con lo complicado que es vestirse con una sola mano.
Cuando completo la hazaña de ajustarlo a mi cuerpo, me veo en el espejo, luce muy bien, mucho más de lo que pensé. Pero, aun así, retrocedo con el estómago hecho un nudo y caigo sentada en la cama.
¿No te da vergüenza hacer esto?, ¿y si se burla de mí? No, Alessio jamás, nunca haría eso. Además, ya me ha visto usando lencería, y le gusta.
—Necesito trabajar mi autoconfianza.
O tal vez lo único que necesito es terminar ese vino que está sobre mi gavetero… Lo hago, bebo del pico directo. Bebo tanto como puedo buscando el valor que me falta en esa botella. Comienzo a peinar mis cejas, coloco rubor en mis pómulos, en mis párpados. Saco mi perfume, lo rocío en mi cabello, lo arreglo de distintas formas hasta que lo dejo de lado en capas desordenadas. Avisto unas medias panties negras; hay límites, hay límites. No usaremos eso.
Saco una bata negra de seda y cubro mi cuerpo. Me doy otro trago. Ése último, a las once y cincuenta.
Cuando faltan dos minutos para las doce, abro la puerta y camino por el pasillo. Lo hago despacio, aunque sé que para nada vale el sigilo, él ya debe haberme oído, incluso antes de salir. Así que continúo, a pesar de que el piso de madera se empeña en revelar cada uno de mis pasos.
En cuanto llego a la sala, veo frente a la chimenea un colchón sobre la alfombra cubierto con varias mantas de piel sintética.
Se miran cálidas, suaves. También velones encendidos alrededor, arrojando sombras en las paredes. A cada lado, un sillón. Uno para él. Uno para mí.
Entonces aparece desde la cocina, cabello suelto, sin ningún tipo de atadura o liga. Viste un pantalón pijama negro, sin camisa. Se acerca a mí sosteniendo una botella de vino y dos copas. Llena una, me la da sin decir nada, con una mirada que arde más que todas las llamas de esta sala. Luego se sirve la suya, se sienta en uno de los

sillones mientras me hace un gesto para que ocupe el otro. El colchón y la chimenea quedan justo en el centro, como si fuéramos a iniciar algún tipo de negociación respecto a nuestro encuentro.
—¿Pudiste descansar? —Inicia él la charla.
—Sí… aunque parece que tú no tanto. Este lugar es un sueño.
—Entonces valió la pena.
— Totalmente… Me dijiste que llegado el momento me dirías qué compensación querías.
—Así es, pero el momento no ha llegado todavía. Tengo otras cosas en mente.
Río suave, llevo la copa a mis labios, lo observo recorriendo mis piernas con la vista, de forma discreta, hasta que vuelve a mis ojos.
— Cuando estemos ahí— señala con la vista el colchón— voy a darte tres órdenes y quiero que las sigas. ¿Qué pides a cambio?
¿Yo?
— Bueno… quiero…. Quiero hacerte tres preguntas a cambio, tres preguntas en las que estás obligado a decir la verdad, sólo la verdad.
—Tres órdenes, tres preguntas, me parece bien. Las damas primero. Comienza.
Termino mi copa. He bebido tanto que ésta me adormece los músculos con un hormigueo lujurioso. Respiro, intento disimular el estremecimiento que Alessio me provoca. Llevo el cabello detrás de la oreja. Acomodo mi postura en el sillón.
— Dirás la verdad.
— Seré completamente honesto.
— Okey… ¿habías hecho esto por alguien alguna vez? ¿Por qué lo haces por mí?
—Esas son dos preguntas.
—Debes darme dos respuestas entonces.
—Yo, definitivamente nunca me había arrodillado para poner velones en el piso para una mujer. ¿Por qué lo hago por ti?...
Me vuelves loco.
Bajo la mirada, sonrío mientras veo mis piernas. Me quedo en silencio unos segundos, sin saber cómo reaccionar, y vuelvo a mirarlo. Tiene la misma expresión seria de siempre, pero sus ojos

rojos… de nuevo los ha suavizado para mí. De repente el corazón se me estruja, los sentimientos me nublan la vista porque lo que siento por él es cada vez más fuerte. Porque si esto no funciona, ¿después de él... quién?
—¿Pasa algo? ¿O estás lista para tu tercera pregunta?
—Estoy lista. —Respiro— Hace un rato dijiste… dijiste que la primera noche que nos conocimos no tenías problemas en tener hijos conmigo. Lo pensaste así porque era tu esclava. Quiero saber si ese pensamiento sigue en tu corazón, si sigues viéndome de ese modo… Porque con cada día que pasa, lo que siento en mi pecho hacia ti crece. Y quiero saber cómo me ves de verdad. Yo soy tuya porque me marcaste para siempre. Pero Alessio, ¿eres mío de verdad? ¿O sólo estás pasando el rato conmigo? Quiero saber…
—Agotaste tus preguntas.
—Quiero saber qué esperar de ti —me impongo— quiero saber si soy tu novia o tu esclava. Aunque sé que esta marca es irreversible y me acompañará hasta el día de mi muerte, quiero saber cómo me ves. Porque yo no solo quiero hacerte compañía, no quiero solo ser tu esclava, ni la madre de tus hijos, por mucho que me honre el título si lo llegase a tener algún día.
—Luna...
—Lo que más quiero en la vida es ser tuya, verdaderamente tuya, en este punto me faltaría el aire si no lo fuera. Alessio, si esto no existiera —toco los lunares gemelos de su marca en mi cuello—, ¿seguiría siendo tuya? ¿Seguirías siendo mío? ¿Soy solamente tu esclava?
—¿Terminaste? —pregunta con frialdad. Yo asiento con temor, y él se levanta de la silla. Camina hacia mí, todo mi cuerpo vibrando y contrayéndose. Es que, nunca le había hablado como lo acabo de hacer. Nunca había ignorado sus advertencias, sus órdenes de este modo.
Cuando llega frente a mí, su mano alcanza primero mi rostro y me besa los labios. Le doy pase libre a su lengua, lo tiene desde el día en que lo conocí. Sus manos aún no se deslizan por mi cuerpo y ya estoy rendida, entregada a él.

Abre el nudo de mi bata y su lengua me recorre el cuello hasta los senos. Me pellizca con los dientes, lo hace fuerte, desquitándose, molesto de algún modo. Me aferro a él y sigue bajando.
Se arrodilla frente a mí, sus dedos comienzan a rozar mi clítoris sobre la ropa interior y mientras lo hace no deja de verme a los ojos ni permite que yo le quite la mirada. Mi aliento lleno de placer, sale de mis labios entre gemidos inaudibles cuando comienzo a sentir la suavidad de sus dedos entre mis pliegues, entre mis jugos, y toca justo en ese lugar que me desarma. Pierdo el control, buscándolo, en solo dos balanceadas él saca los dedos y empuja mis caderas hacia delante, me llena de placer con su lengua.
Me restriego en él con los ojos mojados, por las lágrimas que no alcanzaron a salir tras mis reclamos. Le agarro el cabello, lo aprieto, y justo vuelvo a sentir sus dedos dentro de mí a la par con su lengua.
—*Ale.*
Lo abrazo con mis muslos, mis piernas sobre sus hombros, me pierdo entre sus murmullos llenos de gusto al lamerme, entre mis gemidos, entre los sorbos tan deliciosos que toma tan mezquinamente de mí.
Dejo caer mi cabeza hacia atrás y me rindo al placer con los labios abiertos. Miro al techo, tratando de buscar aire, de comprender cómo puede ser el sexo con él sea tan bueno.
No se queda ahí por poco tiempo, tal vez treinta minutos, no lo sé. Lo que sé es que se dedica por completo a hacerme retorcer de placer entre ruegos y súplicas de más.
Comienzo a sentir un hormigueo en mis talones que sube lentamente por mis muslos instalándose en mi clítoris. Mis piernas pierden completamente la fuerza y él me sujeta, me lame con más entrega hasta hacerme latir. Gimo escandalosamente, apretándome los senos, me corro duro y abundantemente en su boca.
Quedo temblando, latiendo, trato de acomodar mi postura en lo que miro hacia abajo. Tiene la barbilla mojada y la boca llena de mis fluidos. Mira dulcemente mi coño y lo acaricia con el dorso de su mano, le da un tierno beso y aún arrodillado me ve a los ojos:
—Mírame y dime, mi amor, ¿quién es el esclavo?

Mi pecho se aprieta, y con un impulso lo beso en los labios, me tumbo sobre él y caemos al piso. Siento su erección rozándome, buscándome, su aliento, sus manos, sus colmillos pellizcando mi piel. Me empuja con su cuerpo hacia el colchón. Caemos ahí, él sobre mí.
Ríe grave, suave.
—Ahora es mi turno de jugar, ¿no?
Me quedo en silencio, sólo espero sus órdenes, un trato es un trato.
— De rodillas, la mejilla contra el colchón.
Mis labios tiemblan por un momento.
— Pero mi muñeca.
— No dije que usaras tus brazos, dije mejilla contra el colchón.— Ordena de nuevo, mirándome a los ojos. Yo me acomodo despacio, me siento de rodillas dándole la espalda. Él se acerca, acaricia mis hombros, mi cabello.
— No te preocupes, voy a cuidar de ti— planta un beso en mi hombro, permanece ahí acariciándome con sus labios. — Dame tu brazo, el que te duele.
Lentamente lo paso hacia atrás, él me agarra con suavidad por la parte superior de mi antebrazo, lejos de la férula en mi muñeca. Lo mantiene ahí firme.
— Dame el otro.
Hago lo mismo, me aprisiona ambos brazos.
—Ábrete para mí, cariño —susurra en mi oído empujándome suave hacia adelante, mi mejilla contra el colchón. Él corre a un lado mi tanga, entra en un solo roce que me arranca un gemido de la garganta. Permanece quieto, dando algunos segundos para que mi cuerpo se acostumbre a su tamaño.
—Tienes prohibido gemir sin gritar mi nombre. Cada vez que te penetre, quiero que grites mi nombre. Si no lo haces, si no cumples tu parte del trato... voy a molestarme mucho contigo. Y no quieres eso, no en la posición en que estás. —Empuja— No quieres eso — empuja— te juro que no lo quieres.
Aprieta el agarre en mis brazos y empieza a empujar muy fuerte, me monta con todo su vigor, y aunque tengo su nombre en mi lengua no sale, no me sale, solo puedo inhalar aire mientras todo nuestro

peso recae en mi rostro contra el colchón. Gruñe y aumenta la profundidad de sus estocadas. Es entonces cuando por fin suelto su nombre, balbuceándolo de todas las formas posibles mientras muerdo las sábanas. El roce es dominante, abrumador, me saca latidos de todas partes. —*¡Ale! ¡Ale!*— Por cada vez que lo repito, sus gemidos aumentan; tal parece que no soy la única con la mente nublada por el gusto. Cada vez que gime, el sonido se oye más prolongado, más profundo y más necesitado de aire que el anterior, como si estuviese luchando consigo mismo para no rendirse, para no eyacular todavía.

La saca de repente, escucho su respiración agitada, mis gemidos húmedos sobre las sábanas desvaneciéndose. Él libera mis brazos lentamente y me acuesta en la cama. Mis glúteos hacia él. Comienza a provocarme, los aprieta, los acaricia, tensa y juega con mi lencería.

—Me gusta. Quiero que sigas usando cosas como esta, cariño. Quiero que lo hagas—vuelve a azotarme con mi liguero.

—¿Cuál es tu segunda orden? — susurro.

—Loto.

—¿Cómo es?

—Ambos sentados. Tú encima de mí, de frente…

Me incorporo despacio, todavía temblando, y cuando alzo el torso lo encuentro ya sentado, su piel sudada, sus ojos rojos llenos de deseo actúan como imanes llevándome de rodillas hasta él. En cuanto llego sus manos toman mi cintura, nos besamos con un hambre que me recorre entera. Me sienta en sus piernas y nos abrazamos con urgencia, devorándonos. Me llena de golpe, profundo, arrancándome un gemido que se ahoga contra sus labios. Me muevo sobre él con creciente desespero, enredando mis manos en su cabello, subiendo y bajando sintiendo divinamente cada roce de nuestra piel.

Se siente íntimo, romántico, exactamente como siempre imaginé. La casa invernal, las velas, la chimenea, él acariciando mi cuerpo, deseándome con fiereza. Un amor así, que arrebata el aliento. La fantasía no era tanto el lugar, era la vivencia, el con quién estar. Y estar con él así, abrazados, mis senos contra su pecho, mi boca

contra la suya mientras hacemos el amor rodeados por mantas cálidas, es más que un sueño.
Siento el calor de su cuerpo envolviéndome, el ritmo acompasado de su respiración mezclándose con la mía. El mutuo deseo, el movimiento lento pero profundamente sincronizado que nos estremece por dentro. Un vaivén tan perfecto que pareciera que compartimos un solo cuerpo. Sus besos, sus murmullos placenteros mezclándose con mis jadeos, lo tierno que se siente este momento con cada ola de placer.
Nos detenemos, aún unidos, solo para besarnos más, para acariciarnos más. No creo que ninguno de los dos sepa exactamente lo que hace, yo solo arrastro mis labios sobre su piel, beso y muerdo cada rincón que veo, él hace lo mismo. Por varios minutos.
—¿Dónde habías estado? —murmura besándome el hombro— ¿Por qué dejaste que estuviera solo tantos años? ¿Por qué?
Sostiene mi rostro, no sé qué responder.
— Dijiste que me amas, ¿es verdad?
— Lo es.
— ¿De verdad me amas, mujer? ¿O sólo estás jugando conmigo?
— ¿Juegas tú conmigo? Porque sabes que te amo, te dije que te amo y tus labios siguen cerrados.
— Me obligo a mantenerlos así, me esfuerzo como un loco para evitar liberar lo que sabes perfectamente que siento, porque me aterra el poder que tienes sobre mí. Dime, dulce Luna. ¿Qué deseas que te diga? Si me elevas, me rompes y me rehaces a tu antojo. Si tu sonrisa o la ausencia de ella ya decide cómo será todo mi día. ¿Por qué eres tan codiciosa? No conforme con verme de rodillas ahora también quieres mi corazón en bandeja de plata.
— No me lo niegues, si ese amor es mío, no me lo niegues, por favor.
Él arrastra sus labios sobre mi oído. —No te follo como lo hago por lujuria. Tampoco por tu perfecto cuerpo, por buena que estés y te desee. Te follo porque te amo. Estoy enamorado de ti, mujer.
—Alessio.
— ¿Ves lo celoso e irracional que me vuelves? ¿Lo fácil que puedo matar y fundar océanos enteros de sangre por tu nombre? Es

porque te amo.
—*Ale.*
— Cada plática, cada mirada, cada gesto pequeño o inmenso que he tenido hacia ti es porque te amo. Y te digo algo más. ¿Sientes lo duro que estoy? Lo apretado que se siente tu pequeño coño cuando estoy adentro. Lo duras que se ponen mis venas alrededor, tanto que estoy seguro de que puedes sentirlas. ¿Sabes por qué mi pene se endurece así contigo? Es porque te amo y adoro follarte con todo ese amor y porque es la primera vez en novecientos años que amo a alguien.
—¿Es la primera vez? —susurro. —Sí, mi amor, eres la primera y la única. No hay sentimiento pasado que pueda compararse con lo que siento por ti.— Sus labios sellan sus palabras en los míos con un beso, en una promesa mutua en la cual ambos temblamos de miedo, pero aún así nos entregamos, porque sería mucho más aterrador no tenernos, no estar juntos. Eso siento.
Su cadera retoma el movimiento, nuestros cuerpos sudan en este caliente abrazo, en esta necesidad insaciable de sentirnos.
Me recuesta en la cama, su cuerpo arropando el mio, cada estocada más apretada, a la vez más urgida y hambrienta. Me hace sentir su amor profundamente, me llena entera hasta arrebatarme el habla del gusto tan placentero. hasta que lentamente baja el ritmo. Me da un breve respiro.
— Mi tercera orden es la compensación. Lo único que te pido a cambio por quitarme el placer de eyacular en ti.
—Dímela.
Alessio enreda sus dedos en mi tanga, la desliza por mis piernas hasta sacarla completamente. Mientras se acerca a mí chupa la parte mojada de la tela, arruga la prenda en su mano y la mete en mi boca. Me da un beso en la mejilla, y se acerca a mi oreja.
— Te diré lo que quiero.
Asiento.
— Cuando cuente hasta cinco mi mano entrará en ti.
Mi alma se hiela por un momento, mis ojos se expanden por lo inesperado de su requerimiento. Enmudezco, y aunque quisiera hablar, la tanga en mi boca no me deja hacerlo. Él posa su rostro

sobre el mío, embelesado, tierno, con cierta dulzura en los ojos que no concuerda para nada con lo que me está pidiendo. Me acaricia la cara. —¿Si te prometo que no voy a lastimarte, me dejas hacerlo?
Alessio...
—Si te juro que cuando acabe vas a rogarme que lo haga de nuevo, ¿me dejas?

Aunque tengo algo de miedo, asiento, le doy mi consentimiento. Y en sus labios se dibuja la sonrisa más libidinosa que jamás le haya visto. Una mezcla entre morbo y deseo. Me saca la tanga de la boca, sustituye el vacío con su lengua, me da un beso húmedo de más, me acaricia con su nariz al terminarlo y mete la tanga otra vez. Retrocede hasta mis piernas. Juega con mi clítoris usando su dedo del medio, me mira dulcemente, con una chispa de malicia en los ojos, como quien sabe que está a punto de jugar con fuego, de quemar un bosque más bien. —Voy a contar hasta cinco. Cada vez que diga un número pondré un dedo adentro. Si en algún punto quieres parar, sólo escupe la tanga y dilo.
La caricia se vuelve cada vez más intencional, su dedo empuja sutilmente hasta entrar. Ni bien lo mete completo, acerca su boca, me acaricia con su lengua, dice "uno", y mi vientre se comienza a calentar. Lo escucho chupar, sorber, lamer, todo muy deliciosamente.
—Dos.— Adentra un segundo dedo, muerdo la tanga, aprieto mis senos. Muevo mi pelvis hacia él, busco su boca, sus dedos para restregarme en ellos. Pierdo la vergüenza, me entrego por completo, y él se separa de mí tras un chupón.
—Buena chica... ¿Se siente bien? ¿um? Ruégame por el número tres. — Le ruego con gemidos sofocados que continúe. Él juega con mis jugos, lo hace acariciando profundo y lento con ambos dedos, y en una última salida, la entrada se vuelve intensa. Mis ojos se expanden al sentir mayor grosor.
—Tres —confirma, y comienzo a tener espasmos, a salivar más, a desear más. me besa el vientre, me acaricia suavemente justo cuando siento una fuerte presión entrando en mí, *Carajo, Alessio en un tipo con las manos enormes*— Cuatro. — Se acerca a mis labios, todo mi cuerpo sudado por las caricias de sus manos. Me saca la tanga y la tira a un lado, comienza a besarme mientras me folla con

sus cuatro dedos, y el calor de sus labios me hace lubricar más. Se queda mirándome con un morbo lujurioso, contemplando mis gemidos con una sádica expresión.
—No me veas así.
—¿Por qué?
—Porque no quiero, si lo sigues haciendo voy a abofetearte.
— ¿Quieres abofetearme?, hazlo, me gustaría sentir eso.
Lo abofeteo, no tan duro como para dañarlo pero sí para dejarle la sensación de haber sido pellizcado. Y aunque tiene la piel dura como una piedra, el asunto logra descolocarlo. Me mira con los labios abiertos, yo temblando. Pronto suelta sonrisas entre exhalaciones mientras hunde su pulgar en mí, con él, toda su enorme y suculenta mano. Mis labios y piernas se separan.
—Cinco.— Libero un gran gemido, me retuerzo de placer y él comienza a mover la mano suave mientras me besa en los labios, nuestros cuerpos sudados subiendo y bajando en sincronía.
Entierro mis dedos en su cabello, me apodero de sus labios cuando el placer comienza a abrumarme. Jadeo fuerte, me quejo a su oído de algunos pellizcos, y cambia la caricia para complacerme.
Mis piernas se tensan, mi espalda se curva, buscando más de ese grosor inmoral, de esta grotesca pero divina forma de amar. Me deshago en sus brazos, el roce me lleva al límite y sollozo de puro gusto. Él saca la mano y deposita rápido la densa gota blanca que obtuvo de mí, en su lengua. Me agarra por las caderas y sustituye el vacío con su pene, comienza a follarme fuerte, en una escalada de placer que ninguno de los dos soportamos.
Cada estocada más profunda, más impetuosa. Lo escucho gemir, me da un beso en los labios sin dejar de hacerlo. Abrazo con mis piernas sus caderas, el placer aumenta para ambos y mi corazón se aprieta al verlo tan vulnerable, tan rendido sobre mí y, sobre todas las cosas, tan caballero. Justo como le pedí, eyacula afuera, sobre mi vientre.
Su respiración me golpea la cara, con una intensidad que no logra calmar. Se tumba a mi lado, entrelaza nuestras manos y comienza a reír. Me mira y hago lo mismo. Tengo una mezcla de sinvergüencería

en el pecho que no sé cómo manejar. Me besa la frente y acaricia mi piel iluminada por los cálidos rayos del fuego de la chimenea.
Me invita a sus brazos, pero estoy agotada, no quiero moverme. Él regresa, se recuesta sobre mí.
— ¿Fue mucho? —pregunta.
—No lo creo.
— ¿te asusté?
— Un poco.
—¿Puedo darte un beso?
—¿Me estás pidiendo permiso para darme un beso?
—¿Puedo?
Sonríe ante mis ojos y no hallo el valor de decirle que no.
Su mano mojada de mí sujeta mi cara, y con la mano izquierda acaricia mi pierna. *Te quiero, Alessio. Te quiero.* Deslizo mi mano por su rostro hasta caer a las sábanas. Él la toma y la lleva a su cara de nuevo.
—Acaríciame Luna, adoro que me toques.
Lo obedezco, sintiendo una calidez en mi corazón pero a la vez algo frío. La verdad, después de todo esto, ahora lo entiendo un poco. Hacer el amor y no eyacular juntos se siente distinto. Es distante. Pero aprecio que haya valorado mis ilusiones y que mis decisiones sean importantes para él.

Capítulo 32 - *Tundra*

Ale

Hemos pasado unos cuarenta minutos en carretera desde que salimos en camioneta de la cabaña. Vamos rumbo al fiordo: un paraje nevado y remoto, rodeado de acantilados y aguas heladas.

Según los planos que encontré en el sótano, allí se encuentra una cueva que oculta algo muy valioso dentro de un depósito.
Luna va a mi lado, revisando un diario y otros documentos, bastante tímida desde lo de ayer.
Mantengo la mirada en la carretera, concentrado en el trayecto que ya empieza a desdibujarse entre la nieve. Me detengo frente a una encrucijada sin señales, sin letreros, mal día para ser un forastero sin recuerdos.
— ¿Qué sucede?— pregunta Luna.
— Solía ser amigo de Albert, un antiguo príncipe de Mónaco, y él me trajo aquí hace varios años, juntos escondimos algo valioso bajo el hielo. Pero el tiempo ya ha hecho lo suyo. No recuerdo si tomar el camino de la izquierda o el de la derecha.
— ¿Dices que está bajo el hielo?
— Sí, eso creo.
— Es que en ése letrero que está tirado a la derecha dice cuevas glaciares.
Lo observo, sujeto su mentón y le doy un beso. — Qué lista es mi chica.
Tomo el desvío hacia la derecha, o lo que queda de ella. El asfalto está agrietado, casi borrado por la nieve. El clima aquí tiene un temple muy fuerte. Pero más allá de eso, lo que realmente me inquieta es el tiempo que ha pasado desde la última vez que vine. Espero que no encontremos sorpresas.
La verdad no debí venir con Luna. Pero debido a los recientes acontecimientos, y evaluando los posibles riesgos, siempre va estar más segura conmigo que en cualquier otro sitio.
Decido cambiar la música y llevo la mano hacia la consola donde, sin querer, tropiezo con sus dedos, y ella me esquiva. Retira la mano evitando el contacto. ¿Qué fue eso?, lo analizo por algunos segundos, pero no le encuentro lógica a su reciente acción. Me decido a averiguarlo, detengo el auto.
— ¿Por qué paramos?
— Creo que está fallando el motor o algo. — Por supuesto miento, el auto es nuevo. — Bajaré a mirar. — Abro la puerta y camino hasta el capó aguantándome la risa, lo destapo y pongo mis manos al calor.

Ésta finta me ha salido cara, se me están congelando las nalgas. Aguanto un poco más y regreso al auto, ella me aborda de inmediato.
— ¿Todo bien?, lo estuve pensando y creo que podemos pedir una grúa, o ¿llamar a Lukas?, nunca imaginé que este auto se pudiera averiar, ¿qué hacemos?
— Ya lo resolví no tienes de qué preocuparte. — Sujeto sus manos con las mías, acerco mi boca y las caliento con mi aliento, ella tiembla mientras lo hago, y algo me dice que no es por frío. Alzo la vista, tiene la cara completamente roja. Por eso es que estoy tan jodido, es demasiado tierna, ni bien respira y yo me derrito.
— ¿Te pasa algo?— le pregunto.
— No, nada...
Acaricio su cara, su cabello.
— Salimos tan temprano esta mañana que no pudimos conversar.
— ¿Acaso, tenemos algo pendiente?, creo que llevo todas tus cosas al día, y también tuve una llamada con Sebastian esta mañana.
Es gracioso verla esforzarse por cambiar el tema...
Lunita, no vas a ganar.
— ¿Te gustó?
— ¿Q-qué cosa?
— Sabes de lo que hablo. ¿Te gustó?
— A-amanecimos abrazados que preguntes eso está de más.
— ¿Puedes responder?
— No, porque no sé si es normal que me guste.
— Entonces, sí te gusta.
— No, eso... Dios. —Se lamenta y yo sonrío, le doy un tierno beso.
— Espera. No sé si eso es lo que realmente quiero decir. Eres el único hombre con el que he estado. No tengo con qué comparar, por eso no sé si la forma en la que lo hacemos es lo habitual, no sé si está bien o está mal, no sé si las otras parejas hacen el amor de la forma tan intensa como nosotros lo hacemos.
— Te aseguro que no.
— ¿Y eso está bien?
— ¿A ti te hace sentir bien?
— Sí. Mucho.

— A mi también… Escucha, he vivido por mucho, no me importan cosas como la vergüenza o el qué dirán. Mi prioridad es sentirme bien, y ahora complacerte. Tengo todo el tiempo del mundo para eso, si te sientes bien no pongas peros.
— Está bien, y perdón por la bofetada. Fue… no lo sé.
— No me pidas perdón por eso, claramente lo disfruté.
Me acomodo en mi asiento, giro la llave de la camioneta y la enciendo.
— Guao, realmente la reparaste. — Sonríe emocionada. La miro y le dedico un guiño; Esta es la mejor mentira que he dicho en mi vida.
Tomo el volante y sigo el camino. Rodamos un par de kilómetros, hasta que de forma inesperada, la ruta se ve interrumpida por una enorme cerca que bloquea el paso en medio de la nada.
— Esto no estaba aquí.
— ¿Hace cuánto?
— Creo que... ¿hace cien años?
— Pareciera que estamos en propiedad privada.
— No puede ser propiedad privada. Tengo mala memoria, pero en cuanto al dinero nunca se me olvidan las cosas, yo pagué mucho por varias hectáreas en éste terreno.
— ¿Quieres que llame a Lukas?
— Sí, por favor llámalo.
Estoy tan cansado de mis lagunas de mierda. Si Luna tiene razón y el trauma de lo sucedido con Marlene fue lo que me hizo olvidar tantas cosas, ¿por qué sigo así? Le arranqué el corazón ya está hecho, fue hace mucho. ¿Por qué no recupero mis recuerdos?
— Ale, tengo a Lukas al teléfono.
— Gracias cariño. — Lo tomo y lo pongo en mi oreja. — Ey...
— Hermano, ¿para qué soy bueno?
— Tengo un pequeño problema. Estoy viendo una cerca kilométrica en un terreno que si no mal recuerdo es mío.
— ¿Todavía estás en Nuuk?
— Sí, aún sigo en Groenlandia.
— Bien. Llamaré a la oficina de gestión de patrimonio, dame al menos diez minutos.
— Apúrate, las horas diurnas literalmente valen oro aquí.

Cuelgo el teléfono y se lo entrego a Luna. Comienzo a hacer un cálculo mental. Nos tomó una hora llegar hasta aquí y ya son las once… ya no nos va a dar tiempo de hacer nada hoy. El sol suele ponerse a las dos de la tarde en estas fechas.
— Vamos a tener que regresar mañana.
— ¿En serio?
— Sí. Los días son cortos en esta ciudad. Aunque… espera aquí, daré un vistazo antes de irnos. No vayas a bajar del auto.
Abro la puerta y camino hacia la cerca. Comienzo a trepar para ver mejor sobre la malla. ¿Para qué ponen una cerca si del otro lado no hay nada?
— La lógica de los humanos es extraña.
— Dansk skovvagt hænderne op! ~ ¡Guardia forestal Danesa arriba las manos!
Mierda... esto es malo.
— Si alzo las manos me voy a caer, oficial. — respondo en Danés.
— ¡Baje!
Tiene más sentido.
Desciendo lentamente, y justo como él pide, alzo las manos. Por el sonido que hizo su arma al recargar, porta una escopeta.
— Queda usted arrestado por violar la seguridad de un área protegida.
— Pero si no crucé, sólo estaba mirando.
— Lo vi trepar la barda.
— Para mirar...
— Tiene derecho de guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra en un tribunal.
¿En serio me están arrestando?
No vale la pena poner resistencia, Nuuk es tan pequeño que si mato a este hombre su esposa podría ser mi vecina. ¿Qué hago?
— Mi novia está en el auto oficial, no habla Danés ni kalaallisut, y no sabe conducir, sólo vinimos a mirar, ella tiene una fractura en el brazo este frío no le hará bien, por favor pase esto por alto.
Mientras trato de explicar, Luna baja de la camioneta. Claramente antes de salir fue lo único que le pedí que no hiciera. Cómo me molesta.

— ¿Qué hacen aquí? — Pregunta el oficial mientras me saca la billetera del bolsillo.
— Ya le dije sólo estábamos mirando... somos turistas.
— ¿Alessio Yvoty es tu nombre?
— Sí señor.
— ¿Eres de Reino Unido?
— Sí señor.
— No pareces de Reino Unido.
Racista.
— Es que mis abuelos fueron inmigrantes.
— Te quitaré las esposas y quiero que camines con las manos arriba hasta la camioneta, te vas a parar junto a la camioneta, ¿entendiste?
— Sí, entendí.
— Un movimiento en falso y disparo.
— Entendí oficial.
Me quita las esposas y con las manos arriba camino hacia la camioneta, si esto fuera otro escenario ya le habría arrancado la cabeza.
— ¿Cómo te llamas? — Le pregunta a mi novia. Después de todo el maldito si habla inglés.
— Luna.
— ¿Qué hacen aquí?
Si ella no responde lo mismo que yo, él querrá apresarnos y por supuesto eso no pasará, tendré que matarlo.
— Estamos paseando... somos turistas.
Chica inteligente, si pudiera le lamería el cerebro.
— Déjame ver tu identificación.
Mierda, Luna no carga identificación.
— La olvidé en casa señor. Lo siento, lo siento oficial. — Comienza a llorar. Miro a mi chica y vuelvo a mirar a ese hijo de perra a los ojos, a ti no te parió una mujer.
— Pueden bajar las manos. Suban al auto y regresen a casa, ésta es una reserva protegida y es propiedad del gobierno de Groenlandia, necesitan un guía y un permiso oficial para poder entrar. Y de hacerlo, la entrada es a través de la puerta, no saltando la barda.
¿Pero de qué mierda está hablando?

— Sí oficial, nos iremos de inmediato.
Tomo la mano de Luna, helada, ¿cómo se le ocurre bajar sin guantes?, abro la puerta y le pongo uno de inmediato, la cubro bien y cierro. Subo al vehículo, nos vamos.
— Alessio...
— Hiciste todo bien, no te preocupes. — Me molesta mucho que no me haya hecho caso, pero, no es el momento, todavía tiene los ojos mojados. Mi teléfono comienza a sonar, es Lukas.
— ¿No podías tardarte más?
— Lo siento. Tengo malas noticias, a comienzos de este año esa área se declaró zona protegida, el terreno ya no te pertenece, se lo vendiste al gobierno, era eso o enfrentar una expropiación.
— Pero no recuerdo haber accedido a eso.
— Le pagas a una compañía para que se haga cargo de esos litigios, ya que es un asunto reciente seguro lo incluirán en el informe de este año.
— Lukas hay algo que me pertenece ahí, necesito sacarlo.
— Va a estar muy complicado. Los delitos ambientales son fuertemente penados, sobre todo si hay millonarios de por medio, somos el fetiche de los activistas. Si entras ahí y te descubren extrayendo algo buscarán la forma de joderte de la manera más pública posible.
— Veré qué hago, mientras consígueme una visita guiada para mañana.
— Bien.
Cuelgo el teléfono y el silencio vuelve a adueñarse del interior del auto. Mientras que en mí todo empieza a arder, pero me obligo a concentrarme en el camino, en el sonido de las ruedas sobre calle, en la respiración tranquila de Luna a mi lado. Toda esta tensión, más la discusión con el oficial, han despertado cierta ansia en mí algo difícil de controlar. Mi mandíbula se tensa. Mi salivación aumenta, Quiero detener el auto, morderla.
Pero sigo conduciendo. No sé cómo lo logro, resisto varios kilómetros.
Sin embargo, cuando nos acercamos al pueblo, mi voluntad mengua. Luna comienza a hablar de algunos descubrimientos que ha hecho

en mis diarios y difícilmente la puedo entender. No escucho nada, solo el sonido de su sangre, de su corazón. Aprieto el volante, temblando, creo que han pasado cientos de años desde la última vez que tuve tanta sed. Ni yo mismo entiendo del todo este estado.
Llegamos a la casa y parqueo la camioneta con una precisión que debo agradecerle al cielo. Abro la puerta, sujeto su mano y camino con ella hacia adentro.
— Alessio, espera. Caminas muy rápido.
Cierro la puerta, la empujo contra ella, y clavo mis colmillos en su cuello. Me sumerjo con ojos cerrados y el dulce sabor de su sangre se apodera de mi boca. Abrazo su cuerpo, mis manos aprietan su piel mientras bebo. Luna se estremece, soltando un suspiro entrecortado que roza mi oído. Siento una gota escapando y retiro mis colmillos, la atrapo con mi lengua. No sé si esto es gula o deseo, pero quiero hasta las sobras. Me siento como un animal; he pasado mi lengua cinco veces en el mismo sitio, porque aunque la gota ya no esté, el sabor de su piel en sí es muy bueno.
La muerdo de nuevo, suelta un quejido, yo me siento en el cielo.
Ya es suficiente, Alessio. Es suficiente.
Mi mente lo sabe, ella es frágil, pero mis colmillos no quieren renunciar a esto.
Ya es suficiente, bebiste suficiente.
Mi conciencia me lo repite nuevamente, trato de soltarla, pero siento su mano sobre mi cabeza, empujándome. Hace que mis colmillos se hundan en ella de nuevo.
— Sáciate. Bebe hasta que estés lleno —susurra.
No sé qué me pasa.
Mis ojos repentinamente se llenan de lágrimas, un éxtasis recorre mi sangre y mi piel mientras continúo bebiendo, caigo de rodillas junto a ella frente a la puerta. La oigo suspirar.
Esto debe dolerle, debe estar pasándola mal.
— *Te quiero, tranquilo, te quiero.* — Escucho su voz en mi oído y siento sus manos acariciando mi cabello. Bebo con más fuerza entre gruñidos mientras me tiembla todo el cuerpo. Finalmente la suelto... sus mejillas están rosadas, sus pestañas muy mojadas y respira agitadamente apoyando su cabeza en la puerta.

— ¿Te he satisfecho? — me pregunta con una sonrisa mientras su mano temblorosa trata de secar mis lágrimas. La suavidad de su toque sobre mi cara atraviesa mi alma. Limpia incluso la sangre alrededor de mi boca, Acabo de romper nuestro acuerdo, le dije que siempre bebería con su consentimiento, pero lo que acaba de pasar fue algo que ni siquiera puedo explicar. Me siento expuesto, ¿por qué si tengo ropa puesta me siento tan desnudo?, tal vez es porque ella está viendo una parte de mí que no quería que nunca viera.
La abrazo. Beso su cabeza y me aferro a ella como si fuera lo único que tengo. La caliento con mi cuerpo. La protejo como si alguien quisiera arrebatármela del pecho, acaricio su cabello y la mantengo junto a mí. Hasta que sus ojos se cierran y rodeada por mis brazos se queda dormida.
La cargo para llevarla a su cama, pero mientras subo las escaleras me detengo a observarla. Me quedo así durante cinco benditos minutos, hasta que reúno el valor para dejar de hacerlo y pongo el pie en el siguiente escalón.
Camino hasta su cuarto y la acuesto en su cama, saco el teléfono de su bolsillo y mientras lo pongo en la mesa de noche descubro que tiene la foto que nos tomamos en aquél restaurante de comida rápida en Mónaco. Le sonrío a la pantalla, y recuerdo la miseria que se avecina. Lo sé... muy en el fondo lo sé, ella tarde que temprano va a morir, como lo hacen todos los humanos, eso va a destrozarme.
…
Gracias a que Luna se pasó la tarde dormida, pude resolver varios asuntos pendientes. El médico que Lukas recomendó vino a verla, y aunque me dio lástima despertarla, no podía desaprovechar una visita así en un lugar tan remoto. Mientras él la examinaba, preparé té. Luna tiene la nariz como un reno. Al final, acompaño al doctor hasta la puerta y, volvemos a quedarnos solos.
— ¿Qué hora es? — Ella pregunta.
— Las cuatro de la tarde.
— En serio oscurece muy temprano aquí, ¿Lukas te consiguió el guía?
— Sí, afortunadamente. Mañana por fin podremos entrar en el terreno.

— ¿Eso es té?
— Sí, tómalo, yo me serviré otro.
La veo caminar hacia el patio nevado mientras lleno mi taza. Esta chica definitivamente quiere pescar un resfriado.
— El punto de tomar té es calentar tu cuerpo. — Le digo, se ríe como si fuera un juego.
— Es que está muy bonita la vista. ¿Podemos quedarnos aquí un rato?
Exhalo despacio. Busco dos chaquetas adentro y regreso. Nos sentamos en la escalera frente a las puertas francesas con vista al patio de tablones de madera y el muelle frente al lago.
— ¿Puedo preguntar por qué tienes tantas casas?
— Puedes preguntar lo que quieras. Tengo muchas casas porque es la mejor forma de guardar el dinero. Verás, cuando compré este terreno sobre el que estamos, no me costó mucho dinero. Era una comunidad en medio de la nada, pero me fijé en que, aunque hacía frío, era un frío manejable en relación a otras zonas con clima similar y que el lago albergaba corrientes marítimas, así que difícilmente se congelaría. Son las condiciones de un buen lugar. Así que era cuestión de tiempo para que la gente se mudara y la tierra aumentara su valor. Si yo quisiera vender esta casa hoy, podrían darme mucho dinero por ella. Es un beneficio grandísimo en relación a las monedas que pagué inicialmente, y aunque incluya los costos de construcción de la casa, sigo ganando.
— Entonces... ¿En algún momento venderás esta casa?
— No lo sé, pero si tuviera que hacerlo, sería un buen negocio.
— Es una casa muy hermosa, qué lástima que esté cerrada y vacía durante el año.
— No está cerrada y vacía durante el año, tengo una compañía que se encarga de rentar este espacio por internet cuando no lo estoy usando. Me deja beneficios extras, y ya que está en constante uso, recibe mucho mantenimiento, eso hace que perdure en el tiempo y también ayuda con la seguridad, ninguna de mis propiedades pasan más de dos o tres días cerradas, ¿comprendes?
— Cielos eres muy inteligente. En la secundaria yo no tuve grandes honores académicos, ni tan buenas notas como ahora, pero gané

varias medallas en atletismo. También me dieron un diploma en reconocimiento por servir a mi comunidad y a la escuela.
— ¿Te gusta servir a las demás personas?
— Sí, es que... no puedo explicártelo, deberías intentar hacer caridad al menos una vez, conversas con muchos tipos de personas, y todas son diferentes, todas tienen historias maravillosas que vale la pena oír, aunque algunas de ellas tuvieran finales tristes.
— ¿Y tu historia?, ¿tuvo un final triste?
— No. Gracias a ti no lo tuvo.
Que diga eso mirándome a los ojos me hace sentir... bueno.
— Crecí en medio de una situación muy complicada, pero aun así tuve una gran infancia junto a Michelle... Lo siento.. — Se cubre la cara y veo cómo sus lágrimas se anidan en su mentón. Creo que su pasado le trae recuerdos muy tristes. No ha sanado esa herida, lo mismo sucedió en el yate. Tiene muchas cosas que curar. Trato de aliviar su pena acariciando su espalda.
— Está bien llorar, Luna, sobre todo si no pudiste hacerlo antes, no importa que ya seas mayor, si necesitas llorar, llora.
Alza la cara y la miro, ¿qué es eso que tiene en la boca? ¿baba?
— Es que fue muy difícil... era muy pequeña — Enmudece de nuevo y sus lágrimas la ahogan. No puede ni hablar. Pongo mi taza en la escalera y le quito la servilleta.
Le limpio la baba y la ayudo con su taza, le hago beber un poco de su té.
— Perdona, qué vergüenza.
— Si no puedes hablar ahora, puedes hablar después. Siempre voy a estar aquí.
Le digo eso como la cosa más normal del mundo. Pero ella me dedica una tierna sonrisa y sus ojos brillan como si mis palabras fuesen un tesoro. Solo dije la verdad, siempre voy a estar, no puedo morir.
— Gracias.
— No hay de qué... Ahora págame, para mí todo tiene un precio, esta terapia no te va a salir grat... — No termino la frase y siento su boca sobre la mía. Juro que estaba bromeando, en serio, no iba a cobrarle la charla, pero no me cae mal este beso.

— ¿Ya podemos ir adentro? — Acaricio sus mejillas mientras le pregunto, ella asiente y la llevo en mis brazos, sonríe alegremente para variar.
Pasamos la noche en mi cuarto, donde permanece dormida, cubierta por una manta caliente color gris que cubre su desnudez. Yo no logro conciliar el sueño, miro el paisaje por la ventana sentado en el sillón. Hay algo que he estado pensando desde ayer. Pero tal vez sea insensato tomar una decisión tan importante en una época dónde hay tantas sombras e inciertos.
Y como siempre, miro a las estrellas buscando una respuesta. Justo veo una fugaz pasar.
— *Tal vez sea una señal.*

Capítulo 33 - ***Sombras del Pasado***

Diario de Alessio
Reino Vampiro
Año 1313 de los hermanos Ashbourne

Mikael y yo no cruzamos ni una sola palabra durante el largo viaje de cuarenta días al Reino Vampiro. No hablábamos el mismo idioma, así que permanecí en ese barco silente, envuelto en mis propios asuntos: dormir.
Hasta que un buen día, uno de sus hombres comenzó a gritar.
Ni idea de qué decía, pero por la algarabía en el barco, supe que por fin habíamos llegado a su tierra.
Arreglé mi guayuco y crucé la puerta con mi largo cabello trenzado, pero hacía un frío tan desgraciado que al final tuve que soltarlo. Usé mi cabello para cubrir mi espalda con la esperanza de sentir abrigo. De dónde venía jamás hacía tanto frío.
Mikael me esperaba para salir. Bajamos del barco y caminé con él mientras miraba asombrado la gran ciudad que se alzaba ante mis ojos. Recuerdo sentirme abrumado por la multitud y el bullicio. El caos a mi alrededor hizo que mi cabeza comenzara a dar vueltas. Creí que me desmayaría, no estaba acostumbrado a andar entre tantas personas. Entonces, mientras caminábamos por el puerto, un vampiro jaló mi cabello. Lo hizo con tanta fuerza que me dolió el cuello.
La risa cruel y estridente de la multitud se elevó a mi alrededor, sus voces resonaron en mi mente. Nunca me habían humillado, no sabía lo que era eso. Sólo sabía que me sentía expuesto y muy molesto.
Le arranqué la cabeza al osado, y de una patada la mandé al fondo del mar. El puerto, tormentosamente ruidoso, quedó sumido en un sepulcral silencio ante el suceso. Silencio que Mikael rompió con su risa.
«Ven, Yvoty». Dijo. Como escuché mi nombre, lo seguí.
La entrada de la ciudad estaba infestada por un asqueroso olor a carne descompuesta. Juro que era detestable, me costaba respirar.
Había cerca de cuarenta humanos colgados en la entrada. Pensé que era una forma demasiado extraña de guardar la comida y también

poco eficiente; los cuervos se llevaban sus ojos y sus cuerpos estaban llenos de larvas y moscas. Sentí mucho asco, la verdad.
A medida que avanzábamos, notaba las miradas persistentes sobre mí. No tardé en sospechar la razón: era mi ropa. Ellos vestían de una forma muy distinta a la mía, o tal vez simplemente era yo por completo. Me veía muy diferente a ellos. El color de mi piel, el brillo de mi cabello, mi aroma, mi musculatura. No tenía por qué agachar la cabeza. Yo no era un ser inferior. Entonces caminé con la frente en alto, sintiendo pena por esas pobres criaturas; era la primera vez que veían un ser tan hermoso como yo.
Al paso de Mikael, todos agachaban la cabeza y guardaban silencio. Esa reverencia impedía que pudiera ver sus caras, así que miré para atrás. La mayoría de los vampiros estaban acompañados por mujeres humanas. Parecían muñecas hechas con la misma aguja. Todas vestían ropas excesivamente coloridas, tanto que la combinación era molesta a la vista. Pero eso no fue lo que llamó mi atención… A pesar de que parecían alimento en buen estado, los ojos de todas estaban oscurecidos por ojeras y tenían una sonrisa alargada. No era natural.
Las cicatrices junto a la comisura de los labios sugerían que habían sido hechas a cuchillo, y las de algunas aún estaban frescas.
Después me enteré de que esas mujeres tenían un rol en la sociedad vampírica: Las Dormilonas. Mujeres excesivamente hermosas, generalmente de la realeza, que ganaban la gracia de ser la amante de un vampiro.
Ellas no podían ser devoradas, ni mucho menos tocadas por otras manos que no fuesen la de su vampiro. Sin embargo, solían estar tristes casi todo el tiempo, incluso en la corte o en las grandes fiestas organizadas por la Corona. Por eso Mikael ordenó que a todas se les marcara la sonrisa, un procedimiento "estético" para que jamás dejaran de sonreír.
En el momento que las vi, las piezas empezaron a unirse en mi cabeza. Por eso Ana temblaba y gritaba cada vez que yo me acercaba. Justo como dijo, los vampiros de aquí son crueles.
Volví a mirar al frente y continuamos el paso hacia el castillo. Con cada zancada intentaba descifrar en los rostros ajenos si no

percibían aquel olor a podredumbre que se me colaba por la nariz. Llegué a pensar que en serio no les servía. Había un hedor proveniente del lugar al que nos dirigíamos que yo ya había sentido desde un kilómetro atrás. Cuando llegamos a la puerta, no pude más: mi garganta estalló y comencé a toser.
Nadie abría la puerta del castillo, así que Mikael la rompió con una patada. Cuando esas tablas volaron fue que salió el verdadero mal olor. Si antes estaba tosiendo, con eso me atraganté, vomité.
Entramos en el castillo; habían varias botellas tiradas en el piso. También una mujer moribunda con la cadera rota tumbada al pie de la escalera. Posiblemente una sirvienta, no pasaría de dieciséis.
—¡Air! —gritó Mikael furioso. Bajé con él y sus hombres al calabozo. El epicentro del mal olor. Había un montón de comida descompuesta en todas las celdas, arropada por ratas y gusanos. Jamás en mi existencia había visto tantos muertos o algo como eso.
¿En qué carajos me metí?
Me replanteé mi estancia allí.
A los gritos, Mikael hizo que sus hombres abrieran las celdas y comenzaran a recoger todo el cochinero. Algunos me miraban solicitando que trabajara, y aunque entendía los gestos, me hice el tonto; había ido con Mikael y si él se iba yo también. Preferí mil veces ser su cola que limpiar eso.
Pasando por encima de la agonizante sirvienta, subimos las escaleras mientras él seguía gritando: «¡Air! ¡Air!». Caminamos por todas las habitaciones hasta llegar a un balcón, donde vimos a alguien en el jardín. Su rostro se llenó de ira, bajamos de nuevo por la escalinata y nos dirigimos al patio.
Encontramos a un vampiro con el cabello dorado como el de él, tirando alimento en una fosa que evidentemente acababa de cavar. Alzó la cara y, a diferencia de todos los vampiros que habíamos visto por el camino, él tenía los ojos azules. Titubeante, comenzó a balbucear ante nuestra repentina llegada, y con un fuerte bofetón Mikael hizo que Air, su hermano menor, cayera de culo en la tierra.
Fue incómodo.
Miré a los lados y vi un árbol. Me subí en esas ramas mientras que Mikael educaba a su hermano con el tacón de su bota, y ahí

descansé hasta el día siguiente.
En la mañana, él fue a verme con esa sonrisa falsa que siempre mostraba, y me hizo señas para que bajara.
Mi primera impresión sobre Véufort, la Capital del Reino Vampiro, fue muy mala. Pero los días pasaron y me di cuenta de que esa no era la normalidad, sino el resultado de la mala administración de Air durante la ausencia de Mikael.
Al pasar los días, lo único que siguió igual de esa horrible imagen fueron los gritos y el llanto de los humanos. Lo escuché tanto que en un par de meses se hizo costumbre.
Luego de dos años, gracias a Mikael, aprendí a hablar y a escribir. Los encargos que me impuso después de eso no me enorgullecen, pero mi plan era vivir en el bosque, y él dijo que me otorgaría mi deseo si trabajaba para él durante un centenio.
Era mucho tiempo, pero luego recordé que el tiempo para mí no era un problema, así que acepté.
Con cada año, descubrí nuevos aspectos de nuestra raza... de hecho, aprendí que podía hacer cosas que jamás imaginé: Cambiar el color de mis ojos, convertir a humanos en vampiros, hibernar... todas esas costumbres raras que tenían las adopté, e incluso descubrí por qué jamás vi un infante en Véufort.
Si los humanos experimentaban el terror desde temprana edad, su sangre se volvía muy amarga. Por eso, desde que un niño humano nacía, lo enviaban a la granja, con Nina.
Lejos... donde el horror de la ciudad no llegaba, vivía Nina, otra hermana de Mikael. Su castillo en el bosque fue lo más hermoso que vi desde que llegué, después de ella, claro está. Nina, por mucho, era la joya más hermosa del Reino. Caí a sus pies desde el instante que la vi.
Tenía una hermosa cabellera dorada hasta la cintura. Su piel era suave y blanca, sus mejillas me recordaban al rosado de las flores de mi tierra. Deseé con todas mis fuerzas que Mikael desapareciera para comerle la boca.
Nina no se alimentaba de humanos, era la razón principal por la que vivía lejos de Mikael. Desde que comenzaron a hablar sentí el chispazo, esos dos estaban bien peleados.

En la granja, los niños humanos tenían una vida hermosa bajo el cuidado de Nina hasta cumplir dieciséis, momento en que eran llevados bajo el vil engaño de ir a estudiar hasta Véufort,
donde eran esclavizados.
En esa misma estancia, Mikael me preguntó si me había gustado su hermana, y de inmediato supe lo que debía responder. Le dije que no. Él se rió y me llamó maldito mentiroso: «Lo único que podría justificar que no te guste mi hermana es que seas maricón, es tan bella que incluso a mí me gusta. Quédate unos días, si se enamora de ti tal vez deje la terquedad y vuelva a Véufort, juro que no te pediré nada más si logras eso.»
Una cosa llevó a la otra y luego de un par de días el antojo se me dio, mi boca terminó sobre la bendita boca de Nina. Me encantó eso, qué mujer tan hermosa.
Pero como toda flor, tenía espinas… Me dijo que estaba enamorada de Mikael y me atraganté con una manzana que recién estaba comenzando. Para ser hermanos tenían una manera demasiado extraña de estrechar lazos.
También dijo que detestaba su forma de ser y pensar: «Yvoty, nada de lo que ves en Véufort es lo correcto, no creas que tú eres un inculto y que todo lo que te enseña mi hermano está bien, usa tu cabeza, juzga cada cosa que ves, separa el mal del bien. Si ves algo y te dan ganas de vomitar es porque es repulsivo, si ves a alguien llorar y sientes ganas de llorar es porque lo que ves es triste. No tienes por qué ser un monstruo, ¿entiendes?»
Asentí sus palabras, recordé algunas cosas que había visto en la ciudad, y de repente me dieron ganas de llorar... no sé por qué.
Nunca se lo dije, pero ese día ella logró despertar mi conciencia. Creo que de ser capaz de ver el futuro, Nina jamás me habría dicho esas palabras.
Al final del mes, no logré que ella regresara a Veufort, sólo conseguí una carta dirigida hacia Mikael. No sé lo que decía, pero se puso muy contento cuando se la di. Me dio honores, un terreno en el bosque y de inmediato partió hacia la granja. Por la cara que llevaba... tendría un buen invierno junto a Nina.

Sin embargo, yo no tuve la misma suerte, ese infeliz de Mikael nunca daba algo de gratis. Mi terreno en el bosque resultó estar junto al territorio de los hombres lobo. Lugar que los vampiros ni se atrevían a pisar porque eran criaturas macabras, terribles. Llevaban una maldición que en las noches los volvía irracionales, peores que los vampiros y se habían reproducido demasiado, eran muchos. Para poderme asentar ahí yo debía cargarme no a una ni a dos manadas, debía cargarme al clan entero.

Aunque sonaba imposible, estaba seguro de que podía hacerlo. El problema no eran los lobos sino el desgraciado Mikael.

Era obvio que no me había dado esos terrenos para que tuviera una vida feliz y longeva ahí. Sabía que después de matar a los lobos, él por fin vendría por mí.

Y me daba pereza. Era un fastidio enfrentarme a los lobos, y era un fastidio seguir el plan de Mikael. Así que afiné mi nariz, y por semanas lo busqué... busqué y busqué hasta encontrar al Alfa de la manada, entonces lo conocí. Conocí a Tyler Wolf I, oficialmente, el único hombre que me ha hecho dudar de mis capacidades.

Si yo mido uno con noventa y dos metros, él mediría en su forma lobizna algunos tres, era irrastreable de día, y de noche no razonaba, era una bestia maldita, peligrosa y errante. O al menos eso pensé hasta que vi a una Dormilona acercarse a él. ¿Qué estaba haciendo alguien como ella ahí? ¿Qué tipo de emoción o sentimiento podría hacer que una mujer expusiera su vida a tanto peligro? Una sola hebra de pelo de lobo sobre su ropa habría sido suficiente para que su vampiro la ejecutara, un sólo zarpazo de ese animal también podría matarla. Sin embargo, no conforme con estar cerca, compartieron un abrazo. Ella conseguía domarlo. Mi deber era reportarlo a Mikael, pero no lo hice. Una idea mejor pasó por mi mente. Al terminar el encuentro, la seguí. No regresó directamente a la ciudad; ingresó a una cabaña en el bosque.

Desde que recibí el terreno, había caminado por ese bosque cientos de veces y nunca había visto esa casa. Estando ahí entendí el porqué. Estaba por debajo del nivel del suelo, en el centro de una depresión, por eso nunca la había visto antes.

Me detuve un momento, pensé en las acciones que estaba por realizar una vez más y siguió pareciéndome buena idea. Pero no quería ser descubierto. Así que afiné mis sentidos; no percibiendo el olor de nadie alrededor, me dirigí hacia la puerta y toqué. Toqué dos veces, pero nadie me abrió. Tuve dudas reales sobre si lo estaba haciendo de la forma correcta. Así que decidí probar de nuevo, y esa vez una mujer mayor abrió. Fue extraño encontrarme con ella. Olía a vampiro, pero también olía a humana. Realmente olía mucho más a humana.
Me dio las buenas noches y preguntó cómo podía ayudarme. Pero yo, impresionado por no saber qué era, me quedé pasmado.
Le dije que estaba allí por la mujer que acababa de entrar, que no era un inquisidor, que solo quería hablar. Aun así, permaneció en la puerta. Le advertí que iba a entrar de todos modos, que podía ofrecerme algo para tomar o podíamos recurrir a la violencia. Finalmente, me abrió y me pidió que me sentara.
Pocos minutos después, la Dormilona entró a la sala, recién bañada y con ropa limpia. Le dio las gracias a la anfitriona y anunció que regresaría al centro. Cuando me vio, casi se le va el alma. Señalé la silla frente a mí y la invité a conversar.
Ella no dejaba de temblar mientras hablábamos, así que dejé de perder el tiempo y fui claro: o ella me ayudaba a establecer una alianza con ese Alfa o yo la delataba.

Esa noche, en la pequeña cabaña de la señora Ilenka, ella y yo pactamos. Me sentí de buen ánimo; podría quedarme con la tierra sin necesidad de matar a los lobos ni convertirme en presa de Mikael. Fue una buena jugada, pero en el fondo estaba teñida de traición. Era un peligro.
El nombre de la Dormilona era Natalie, y su dueño era el vampiro Adrian. Su trabajo eran las artes… entretener a Mikael, en realidad.
Siempre organizaba bailes y obras de teatro para el disfrute de la alta sociedad vampírica. De día estaba ocupado con los ensayos y en las noches con las presentaciones. Esa brecha fue lo que le permitió a Natalie desarrollar su amorío con Tyler.

Aun así, yo comencé a pasar más tiempo en esas fiestas para asegurarme de que el tal Adrian le diera tiempo suficiente a Natalie de profundizar su relación con nuestro amigo peludo.
Varias veces pasé la noche entera de fiesta con él. Sin embargo, al poco tiempo comencé a darme cuenta de que mi presencia allí no era necesaria. El tipo ni interés tenía por su casa. Realmente no estaba ni al pendiente de Natalie, así que mis apariciones en sociedad comenzaron a disminuir y mi presencia en la casa de la señora Ilenka a aumentar.
Mientras Natalie hacía sentadillas por el bosque, yo miraba las estrellas con la señora Ilenka. Era realmente hermoso. Teníamos un amplio lienzo, y cada vez que descubríamos una nueva constelación la plasmábamos en él.
El pasatiempo que era de ella, pasó a ser mío.
Con cada constelación me contaba historias. Recuerdo en particular una de las últimas. Señaló al cielo y me habló de la constelación de Orión. Según el relato, se enamoró de Artemisa, la diosa de la caza. Entonces Gaia, la diosa madre de la Tierra, se sintió eclipsada y planeó un engaño. Le pidió a Artemisa que disparara una flecha a una silueta en el horizonte. Ella lo hizo, inocentemente, sin saber que esa flecha atravesaría el corazón de Orión.
Lamentándose profundamente por lo que había hecho, Artemisa dibujó su silueta en el cielo, entre las estrellas, donde nunca sería olvidado su amor.
Ilenka me preguntó si me parecía una historia hermosa y yo le dije que era horrenda. Se defendía diciendo que su amor estaba plasmado en las estrellas. Y yo le dije que sí. Estaba plasmado en las estrellas después de destrozar su corazón con una flecha. Qué horror.
Aunque le expresé que el relato me era repugnante.
A mis adentros sí me había gustado una parte: El plan de Gaia. Aunque nefasto, había funcionado. Me pareció un engaño brillante.
Esa misma noche, Ilenka hizo una tarta de fresas para mí. Eso que puso en mis manos era la cosa más linda que había visto en mi vida. La masa se veía dorada y crujiente; las fresas estaban colocadas delicadamente sobre la crema batida. Ni siquiera parecía real.

Le pregunté si se podía comer, y con mucha emoción me animó a hacerlo. Llené mi boca con la primera cucharada, y después otra y otra. Estaba tan divino que solo dejé de comer cuando el plato estuvo vacío. Con mucha gentileza, ella me dijo que podía ir a comer a su casa cuando quisiera.

Y mientras aún conversábamos, un olor a perro mojado invadió mi nariz. Supe que alguien se acercaba y me levanté del asiento, encontrando a un hombre albino y sin camisa que sujetaba la mano de Natalie.

Sonreí. Finalmente la mujer lo había logrado. Había traído a Tyler Wolf, en su forma humana, ante mí.

Al momento se asustó y la tomó de rehén, pensando que era una trampa. Le dije que se calmara, que solo quería hablar. Nadie le había traicionado.

Después de esa noche, nos reunimos varias veces. Él quería que yo le revelara cómo matar a un vampiro de sangre pura para así poder acabar con Mikael y sus iguales de una vez por todas. Porque una bruja poderosa les había dicho que si ellos eran capaces de eliminar tal mal sobre la tierra, su maldición sería revertida. Pero la verdad, ni yo mismo lo sabía. Por esa razón, las negociaciones entre nosotros quedaron estancadas por meses.

Manipulé a Natalie para llegar hasta él, precisamente para evitarme los conflictos con ambos bandos y vivir tranquilo en mis tierras. En cambio, lo que Tyler proponía era derrocar al Imperio Vampiro, y yo no quería esa mierda. ¿¿Por qué nada me salía bien??

Pasé muchos días frustrado en casa de Ilenka, pero nuestras conversaciones se volvieron cada vez más largas. En una de ellas le pregunté por qué se le permitía vivir en libertad sin llevar la boca marcada. Me explicó que era mestiza: su padre había sido un vampiro de alto rango y su madre, una bruja.

Describió a los brujos como humanos con habilidades especiales. Su madre, mediante varios rituales, intentó purificar su sangre, y por eso Ilenka había perdido casi por completo sus rasgos vampíricos. No se definió ni como bruja ni como mestiza, aunque bromeó diciendo que tenía “habilidades especiales”.

También me contó que, al crecer, fue amante de un vampiro muy poderoso. Pero en la visión de futuro que él había construido para sí mismo, no había lugar para alguien como ella.
Fue desterrada de la ciudad y confinada en aquella casa, sin derecho a enamorarse de nadie, pero tampoco siendo visitada por el vampiro que la condenó. Aun así, aseguraba estar bien: era consciente de que el mundo era peligroso, y al menos allí tenía refugio.
Le pregunté qué significaba aquella palabra extraña que había pronunciado: "enamorarse". Quise saber cómo se sentía. Respondió que, al principio se sentía algo confuso, pero que si en algún momento lograba mirar a los ojos de alguien y los encontraba únicos, tan únicos que buscara pretextos, incluso absurdos, para volver a mirarlos, esa sería la señal.
Me sentí desconcertado. Le pregunté si eso era algo bueno. Ella sonrió y respondió que sí, que se sentía muy bien. Pero si realmente era algo bueno o no, dependía de las circunstancias, y de si ese amor era correspondido.
Eso me creó una nueva interrogante: ¿es diferente si es correspondido?
Respondió que no lo sabía, porque a pesar de que ella sí se había enamorado, nunca la amaron, no de verdad. Que por eso no podía explicarme, porque no sabía cómo se sentía. Se levantó a lavar unas zanahorias y yo la detuve, con mucho respeto la llamé por su nombre.
Le dije: Señora yo la amo. No diga que no conoce el amor porque yo la amo. Amo pasar el tiempo junto a usted y mirar las estrellas. No creo estar enamorado, pero definitivamente yo la amo.
La señora Ilenka me agradeció, me dijo que me prepararía otra tarta de fresas.
Yo… nunca pude entender ese lazo materno que las mujeres de la tribu tenían con sus hijos. Nunca pude entender la manera en que las madres de las diferentes especies de las que me alimenté defendían a sus crías, porque yo no tuve una mamá. Sin embargo, un sentimiento muy fuerte creció en mi corazón hacia Ilenka. Las bufandas que hacía para mí durante el invierno, la comida caliente esperándome sobre su mesa, las historias que me contaba mientras

mirábamos las estrellas y, por supuesto, su maravillosa tarta de fresas.
Había algo trabado en mi garganta que no lograba decirle. Nunca se lo dije, me daba mucha vergüenza admitirlo. Nunca me sinceré ni siquiera conmigo mismo al respecto, pero la verdad... muchas veces pasó por mi mente decirle *madre*.
Una tarde, caminaba por el bosque de camino a su casa y sentí el olor de su sangre. Juro que el corazón se me iba a salir. Corrí tan rápido como pude y, al llegar a su casa, encontré a Mikael limpiándose la boca con una servilleta. Entendí quién era él, entendí quién era ella.
Me dijo: ¿Por esto ya no venías al palacio? Ahora que ya no jugarás a la casita espero que tengas tiempo para acabar con los lobos.
No le respondí nada a Mikael. Ni lo miré, juro que si lo hubiera hecho, los dos habríamos muerto algunas veinte veces ese día.
Me pidió que recordara que los vampiros somos señores de los humanos. Que el imperio se levanta con sangre, no con palabras estúpidas y tartas de fresas.
Lo confronté, le pregunté si por eso la había abandonado ahí.
Él fingió no saber de qué le hablaba.
Aunque lo negó, mi corazón ardió con un sentir muy extraño. No eran celos como los de la diosa Gaia. Era ira, odio, mucho odio. Algo dentro de mí se quebró y los cristales desgarraron mi alma. Esa noche, decidí traicionar a Mikael de la misma forma que Gaia traicionó a Artemisa.
Con mis propias manos cavé la tumba de Ilenka, la enterré. Y con los ojos llenos de lágrimas, puse una silla en frente, me senté a comer la última tarta que me horneó, vimos juntos las estrellas.
Casualmente, la constelación que más brillaba esa noche era la de Orión. Juré que iba a matarlo, lanzaría esa flecha, iba a matar a Mikael.
Tres años pasaron después de la muerte de Ilenka, y durante ese tiempo me convertí en la mascota de Mikael. Adulaba cada una de sus acciones como una foca, buscaba tesoros y se los ofrecía. También viajé y esclavicé varios pueblos que aún se le resistían, los puse en su mano.

Hice que Nina se mudara definitivamente a Véufort y tuve grandes contribuciones con el desarrollo y la renovación de la ciudad. Me convertí en su hombre más confiable.
Mikael solía llamarme hermano y yo le correspondía con una sonrisa. Sonreía feliz porque sabía que era cuestión de tiempo para que los lobos volvieran con sacos llenos de cristal rojo. Yo les confesé la única debilidad que conocía acerca de los vampiros, les enseñé el lenguaje de la tribu, cómo y dónde encontrarlos.
También empecé a trabajar en mejoras para el castillo. Convencí a Mikael de convertir los calabozos en la bóveda del tesoro. Un lugar para albergar y exhibir con opulencia su riqueza.
Los esclavos comenzaron el trabajo bajo mi mando. Di instrucciones personalmente al encargado de la obra para que hiciera ductos entre las paredes con respiraderos al exterior. Estos ductos también pasaban por debajo del suelo.
¿Para qué querría hacer eso?
Sería una pregunta normal, pero estos humanos estaban con la mente tan bloqueada por el miedo hacia los vampiros que simplemente hacían lo que se les pedía sin razonar. Como lo previ, para nuestra querida y hermosa doncella Nina el ruido y el polvo provocado por la renovación comenzaron a ser muy molestos. Y yo amablemente le sugerí que invitara a Mikael a pasar una temporada en la granja junto a ella. Por otro lado, hice un hermoso bouquet de rosas rojas y se lo entregué a Mikael para que se lo diera. Pues negar una petición después de entregar un regalo tan tierno como ese, era imposible.
Después de todo eso sólo me quedaba un problema por
resolver: Air.
La compañía femenina no le atraía, ni la masculina. Sus amantes fueron señoritas muy jóvenes y todas sin excepción tuvieron un final trágico. Tampoco tenía amigos, ni pasatiempos y por más que lo estudiaba no lograba descifrar su comportamiento, no lograba entretenerlo. Así que me vi en la tediosa tarea de tener que llevar mi plan a cabo con él dentro del castillo.
Era tan molesto como una piedra en el zapato, aun así, siempre estuvo metido en sus propios asuntos. Afortunadamente, nunca se

involucró en el trabajo de renovación de la bóveda del tesoro. Aunque era nefasta la terrible sensación de sentir esos gélidos ojos azules a mi espalda todo el tiempo.
Logré avanzar.
La parte más complicada fue la puerta; teníamos que blindarla con los cristales, pero si poníamos los cristales en la puerta, todos sentirían la resonancia antes de entrar y el plan se iría al carajo. De eso se encargó Tyler; sus herreros hicieron el diseño de la puerta. Después de dos meses, finalmente, la bóveda del tesoro estuvo lista. Envié invitaciones a todo el alto mando alrededor del mundo para la fiesta que se llevaría a cabo ahí.
Busqué a los mejores pintores disponibles. Llenaron los murales de gorriones pintados con oro líquido y también se hicieron réplicas a gran escala de los retratos ya existentes de Mikael y sus hermanos. La bóveda fue llenada con réplicas de sus tesoros; las piezas originales no estaban ahí, las había reservado en otro lugar para mí.
También llevé a los humanos más hermosos ante mis ojos para que les sirvieran. Y solicité a Adrián, el esposo de Nataly, que preparara un baile.
Máscaras artesanales bañadas en oro fueron entregadas a todos los invitados. Una expresión de asombro llenó las bocas de cada vampiro al llegar a la puerta; el brillo y la abundancia de mi creación los dejó atónitos.
Fueron recibidos por esclavos humanos con sus cuerpos desnudos, solo cubiertos por algunas capas de pintura que retrataban el cielo de noche y las constelaciones que tanto adoraba mirar mi querida Ilenka. Me pareció poético, lo hice a propósito.
Cuando Mikael llegó junto a sus hermanos, no pudieron disimular el encanto. Él se sentó sobre un trono de oro macizo, la única pieza de oro real en esa sala, y yo me arrodillé, besé el piso ante él.
Recuerdo haberle dicho que ni todo el oro del mundo reflejaba la grandeza de su imperio. Alcé la voz deseándole vida eterna a Mikael el Conquistador. Todos hicieron eco de mi voz.
Mientras era adulado, sus ojos brillaban. Y frente a todos los miembros de la nobleza besó a su hermana.

La razón de su extraña cercanía quedó en evidencia. Aun así, la fiesta continuó, uno a uno, los tres monarcas se mezclaron con los invitados alardeando de su enorme riqueza.
Fingí disfrutar la fiesta, tomé a una humana y, luego de besarla, bebí de ella. Mikael me dio un par de palmadas en la espalda, mientras trataba de hacerme ver como siempre tuvo la razón.
El escuchar su voz me hizo sentir tan molesto que casi mato accidentalmente a la humana de la que estaba bebiendo. Pero respiré hondo, seguí con normalidad la fiesta.
Gracias a los artistas de Adrián, el salón se llenó de acrobacias, malabares. Y mientras todos miraban a los actores escupiendo fuego, los hombres de Tyler comenzaron a verter los rubíes por los ductos, comenzó el resonar.
Atormentados por el ruido, todos los vampiros cayeron sobre sus rodillas. Lo vi todo desde el marco de la puerta. Algunos humanos lograron escapar, a otros no los dejaron. Mikael logró alzar la cabeza, en medio de los gritos desgarradores de sus iguales y me miró a los ojos. Yo sonreí.
Él dijo: ¿Por qué?
Yo le respondí: Por mi tarta de fresas.
Sus ojos se expandieron y vibraron ante mi respuesta, entendió el mensaje, esto fue por Ilenka. Y sin perder tiempo, cerré las puertas bajo un desgarrador grito con mi nombre. Tyler apareció detrás de mí con las placas hechas del cristal rojo para recubrirlas. Abrimos los compartimientos, las colocamos y las cerramos de nuevo, todo esto en cuestión de segundos. Por último, saqué la llave de mi bolsillo, la introduje de inmediato.
Según el diseño de la puerta, la llave debería girar sola después de ser puesta en el cerrojo. Permanecí frente a esa cerradura junto a Tyler mirando la maldita llave por varios segundos que parecieron en realidad años. Comenzamos a discutir, a empujarnos, hasta que la llave finalmente giró, y junto a ese giro, todos los sistemas de seguridad de la puerta se cerraron también.
Los encerramos.
Los lobos de inmediato comenzaron el ataque a la ciudad, mientras que la presión que había manejado durante años en torno a eso de

repente dejó mi cuerpo y sentí por instantes todo tipo de malestar.
Luego de un gran aullido, comenzó la masacre de los convertidos. Sin ningún tipo de piedad asesinamos a todos: hombres, mujeres y niños. Esa noche, Véufort se tiñó de rojo, pero no del rojo de la sangre humana, sino del rojo de la sangre de los vampiros.
Mis viajes de conquista en nombre de Mikael no fueron en vano, el mensaje con la hora y la fecha fue entregado a lobos y humanos alrededor del mundo. Y en cada rincón donde el mensaje llegó se levantó la rebelión.
Ganamos.
Pero Natalie no sobrevivió; Tyler no se la llevó con su manada una noche antes, como le pedí, así que su esposo, Adrian, le hizo asistir a la gala y no le dio tiempo de salir. Mas bien, la engañaron. Tyler le prometió que la sacaría de ahí, y no lo hizo. La utilizó para su propio beneficio, para el de toda su manada más bien. Natalie, quien fue una de las personas que más riesgos tomó durante esta campaña fue utilizada como un cordero.
Cuando salió el sol y le pregunté por ella, él me dijo que sus razones para participar en esta campaña siempre habían sido claras. Querían eliminar a los vampiros Ashbourne para obtener la liberación de su maldición, pero como no iban a asesinarlos sino a encerrarlos, el pago no era suficiente. Así que decidió agregar un sacrificio, entregar aquello que más amaba. Condenó a muerte a Natalie, su único amor según dijo, para obtener algo de piedad para los suyos, para reducir los efectos de su maldición. Dicho sacrificio estuvo completo, cuando la llave giró y la puerta estuvo cerrada.
Nunca lo perdoné.
Mi relación con los lobos terminó justo ese día. Si este tipo fue capaz de hacerle eso a su amante, ¿qué me esperaba a mí?
Al año siguiente, supe que ese lobo tuvo dos crías fruto de ese sacrificio, un lobo negro y un lobo blanco, a los cuales llamaron arcanos. La presencia de estos lobos arcanos les permitió controlar su maldición, conservar la cordura, no sentir dolor.
Posterior a la caída del Reino Vampiro, los lobos mantuvieron una relación de convivencia intermitente con la humanidad;
son criaturas de cuidado.

Capítulo 34 - ***Adiós***

Luna

Sentada en el escritorio de mi habitación, guardo cuidadosamente las páginas del diario de Alessio que acabo de leer, cuando mi móvil comienza a vibrar sobre la madera. Atiendo la llamada con rapidez.
—¿Michelle?
La señal es mala. La llamada se corta antes de que escuche su voz. Frunzo el ceño.
—Le enviaré una foto.
Me tomo una selfie y la envío. La imagen queda cargando sin avanzar. Suspiro, dejo el teléfono a un lado y me estiro sobre la cama.
Creo que por hoy fue suficiente. Si sigo leyendo, tendré pesadillas. Haré café.
Todavía no puedo creer que Alessio se haya ido a la excursión sin mí.«Hará mucho frío y no quiero que te enfermes, ¿entiendes, cariño?»
Cuando me lo pide así, y más si acaricia mi cara, no sé cómo decirle que no. Me pregunto si estará bien. En este momento siento que no soy útil para él.
El sonido de la cafetera italiana comienza a subir, llenando la casa. Ese silbido que anuncia que está listo el café me recuerda a mi infancia. Los domingos en casa. Café y pan tostado para el desayuno. Siempre igual.
Estoy a punto de servirme cuando el teléfono vuelve a vibrar. Contesto enseguida, pero la señal sigue fallando. En su lugar, aparece un mensaje.
Amiga, mi madre se encontró con la novia de tu padre. Ezra ha fallecido. Le dio un ataque de asma y estaba solo. Lo siento mucho. Intentaré llamarte más tarde.
Me quedo inmóvil.
¿Mi padre?... Hace como cuatro años que no hablamos. No fue por una pelea ni por algo concreto. Simplemente dejamos de hablar. Me

quedo con el teléfono en la mano sin saber qué responder. Sin saber cómo me siento.
Esa conversación que teníamos pendiente, se ha evaporado para siempre.
Me hundo en el sofá con la taza de café humeante entre mis manos. No bebo. Solo la sostengo, dejando que el calor me toque la cara. Me quedo ahí un rato largo y finalmente lo tomo, sintiéndome extraña. Justo me fijo que el suelo está sucio, y me levanto a buscar una escoba. Ando por toda la casa, subo las escaleras, entro a cada habitación. Hago un recorrido completo sólo para encontrarla en el vestíbulo, dónde inicialmente había buscado con la mirada y aparentemente no estaba. Ahora simplemente está allí, en su lugar de siempre. La tomo y empiezo a barrer.
El roce seco sobre la madera llena la casa. Un sonido sordo, molesto, hueco. Que me hace recordar que el mismo hombre que me llevaba de la mano a la escuela y decía que era su princesa fue el mismo que llevó a nuestra familia a la ruina y manchó la cuadra entera con la sangre de mi madre al arrastrarla por el piso en medio de una borrachera. Pude ver la sangre de Vivian sobre la acera de camino a la estación de policía y, al regresar, hasta los niños lo sabían. No dejaban de mirarme con lástima. Lo peor fue que mi madre lo perdonó. Todos lo hicimos. Mi mente infantil bloqueó ese horroroso recuerdo, impidiéndome verlo como el monstruo que en realidad era. Ante mis ojos, sólo veía a un héroe, sólo observaba a mi padre.
¿Por qué, si tengo este nudo en la garganta al saber de su muerte, ¿por qué si claramente me duele, no puedo llorar? ¿Eso me hace mala hija? Abro el armario bajo el fregadero. Saco la regadera. Camino hasta la ventana y comienzo a regar las dracaenas, mientras mi mirada se pierde en la vista invernal del majestuoso lago de Nuuk.
Ojalá que Alessio no regrese tarde… N
o regreses tarde por favor.

Capítulo 35 - ***El gran hallazgo***

Ale

— ¡Aaaachú!... Perdón, disculpen mi falta de modales, es que, a pesar del brillante sol, ¿no les parece que es una mañana muy fría? —Les pregunto a mis compañeros de excursión y todos ríen. Ser simpático se me da bien, sin embargo, ya estoy harto de la charla de este guía. Sorprendentemente, mi cabeza está fresca esta mañana, sé dónde estoy, la cueva que busco me espera a sólo un par de kilómetros, ya viene siendo hora de que comience el show.
— Maldición, cuánto lo siento, chicos, la suela de mi bota se ha despegado, ¡qué estafa!, parecía de buena marca.
— Podemos regresar, señor, si así lo requiere. —Sugiere el guía.
— ¡No!, no. No se preocupen, por favor, no quiero arruinarles el viaje a todos. Imagina a esta hermosa pareja de recién casados perdiendo la oportunidad de admirar los espectaculares glaciares por mi culpa, jamás podría perdonarme eso... Para regresar sólo tengo que caminar en línea recta, ¿correcto?
— Sí, es un alivio que haya sucedido en este punto, estás a pocos metros de la salida.
— Bien, caminaré hasta allá y le pediré a mi novia que me venga a buscar, muchas gracias.
Pero qué fácil.
Camino lentamente hacia la salida hasta que mis queridos compañeros del tour desaparecen de mi vista. Me oculto detrás de una pequeña elevación del terreno cubierta por nieve.
— Qué frío tan maldito. —Mientras dejo caer mi ropa al suelo, saco un traje blanco de invierno para camuflarme en la nieve. Lo último que quiero es toparme con otro guardia molesto. Sólo a mí se me ocurre venir a buscar esto en la época más fría del año.Tengo hielo hasta en las putas pestañas.
Sigo mi camino con las bolas tan pequeñas como granos. Tras quinientos metros alzo la vista y veo un zorro ártico. No voy con frecuencia a Japón, pero sí he estado ahí un par de veces. Encontrarse a un amiguito de éstos puede ser un augurio muy

bueno o muy malo... Aunque, si no mal recuerdo, el kitsune blanco puede ser un mensajero divino, un símbolo de buena fortuna.
— ¿Voy por buen camino, verdad? —El puto animal me saca los colmillos y se va. Genial, la buena fortuna ahora se fue al caño. Mejor sigo caminando.
Tras algunos kilómetros, una delgada fisura en una pared de hielo aparece ante mis ojos y la reconozco de inmediato. Me paro frente a ella, calculando todos los riesgos posibles.
— Esto es una mala idea, tiene toda la pinta de una mala idea. — Respiro hondo y una nube de vapor sale de mi boca. Me lo pienso por última vez, pero no tengo opción. Mi tranquilidad por el próximo siglo depende de hallar esa llave. Así que me posiciono de lado, entro en la fisura, y rápidamente una ráfaga de recuerdos junto a Albert pasando entre estos muros llega a mi cabeza.
Es impresionante que guardáramos algo en este lugar, pero más impresionante aún es que yo haya compartido la ubicación de algo tan importante con él. ¿En serio teníamos una relación tan cercana?
Tras cinco minutos caminando entre las paredes, el espacio por fin se vuelve menos angosto y la boca de una gran cueva con estalactitas aparece ante mis ojos.
Bueno, teniendo en mente que yo existo, lo más probable es que el hombre de las nieves exista también... Espero que esta no sea su casa.
Abro mi mochila y saco los planos que traje. El ambiente está un poco cambiado, sin embargo, supongo que la abertura A1 es esta que veo a la izquierda, y la chica que estoy buscando, la A2, es esta de la derecha. Así que vamos por allá. Con suerte, volveré con Luna antes de la cena.
Avanzo por el túnel con cautela, mis sentidos se agudizan con cada gota que cae a mi alrededor. Y aunque la oscuridad me arropa, veo claramente. Nada escapa de mis ojos, distingo hasta la textura del hielo en las paredes. Aun así, no me fío, prendo la linterna y continúo mi camino. Cuando, de un resbalón, pego el culo contra el piso.
— ¡Mierd! — El hielo traicionero me dejó en una posición lamentable. Me río de mí mismo.

Sin embargo, el impacto desencadena una reacción múltiple. Las estalactitas comienzan a crujir y mi mano se alza en un santiamén, atrapando en el aire una lanza afilada que amenazaba con perforar mi cráneo. Un suspiro de alivio escapa de mis labios. Pero mi victoria es efímera. Tras un parpadeo, otra estalactita desciende velozmente. Esta vez, mi reacción no es suficiente. Atraviesa el aire con un zumbido silencioso y se clava en mi hombro.

Tenía tiempo sin sentir un dolor tan agudo. Pierdo la fuerza y mi cuerpo comienza a temblar al compás del dolor propagándose desde mi herida, silenciando mi risa.

— Sabía que no podía venir con Luna. —Digo en medio del dolor y arranco el pedazo de hielo de mi hombro, pero mi herida sana lentamente, permitiendo un desastre de sangre en mi traje. En este frío, mi cuerpo no trabaja tan rápido. Sigo mi camino como puedo y, tras una hora, encuentro la puerta del depósito. La alumbro con mi linterna.

— Bueno, ya estamos aquí. —Me acerco a la cerradura y la miro con detenimiento.— ¿Cómo carajo se abre esto?

Paso unas cuatro desesperantes horas intentando recordarlo, hasta que por fin, mi brillante cerebro me da la respuesta. Me froto las manos y sujeto la primera palanca; el hierro rechina al jalarla. Repito el movimiento seis veces y marco la letra F. Hago lo mismo cuatro veces más, hasta completar mi apellido en francés. La palabra Fleur queda grabada en la puerta. Los engranajes se activan, los seguros se retiran uno por uno y la estructura se abre ante mí en una oscuridad tremenda.

Exhalo vapor de mi boca varias veces. Miro el reloj antes de entrar. Le prometí a Luna que le llevaría un pastel de chocolate y ya la repostería está por cerrar. Estoy fracasando como novio.

— ¡A ver, voy a entrar! ¡Sean amables, eh!

Alumbro con la linterna, busco en la pared algún interruptor que encienda la luz. Afortunadamente, lo consigo, lo empujo hacia abajo y, tras dos chispazos, las luces se encienden. Un enorme depósito aparece ante mí.

— ¿Pero... qué... ca-rajos es este lugar? —¡Dos o tres aviones podrían caber aquí! Mi mente no logra procesarlo, sigo sin ubicar

este escenario.
Hago un recorrido por el lugar primero, asegurándome de no tener acompañantes. Cuando confirmo todo despejado, me acerco a una de las miles de cajas de madera que están ante mis ojos. Ejerzo presión y no logro destaparla. Está bien sellada. Ejerzo más fuerza y rompo la tapa. Remuevo algunas capas de paja y siento un fuerte aroma a metal que me pone a vibrar los dientes. La sensación es tan fuerte y familiar que me hace recordarlo todo.
— Cobalto... ay, mierda, ¡mi-erda! —Sonrío y me tapo la boca. No puedo creer lo que estoy mirando. Suelto una carcajada.
— ¡Acabo de hacerme más rico!
Siento tanta felicidad que, mientras me río, se me salen las lágrimas y el eco de mi desquiciado amor por el dinero resuena en las paredes de hormigón hasta apretarme las costillas.
Aquí no está la llave.
Hace mucho tiempo, el príncipe Albert hizo una inversión muy costosa para conseguir una enorme cantidad de cobalto. Su plan era invertir en recursos para desarrollos tecnológicos, sin embargo, su mentalidad estuvo muy adelantada para la época y el proyecto terminó quedando varado. Desesperado por evitar el bochorno ante su familia, acudió a mí en una reunión secreta para que le comprara todo el cargamento y así recuperar lo invertido. Lo escuché y supe que algún día su visión se haría realidad. En la actualidad, el cobalto se utiliza para casi todo: baterías, prótesis médicas, catalizadores químicos, pintura automotriz, y seguro tendrá un montón de usos más que desconozco. Ni siquiera una vida tan larga como la mía alcanzaría para gastarme todo el dinero que voy a generar.
Si no mal recuerdo, hay un túnel al final de este depósito para sacar todo esto. Llamaré a Lukas para que busque la manera de hacer el traslado. Ni de coña le dejaré mis millones al Estado de Groenlandia.
Contemplo todo orgulloso, con las manos en las caderas. Cuando un susurro malicioso me quita la paz entera: —La cena. Mierda, la cena.
Comienzo a recoger, vuelvo a poner la tapa, sello la puerta y comienzo mi camino de regreso. La noche es helada, necesito calentarme rápido, este dolor en mi hombro no para de joder.

Salgo por la misma fisura que llegué, y los cinco minutos que toma pasar por ella se me hacen eternos, porque en serio odio, odio con todo mi corazón el frío.
Al salir, veo un espectáculo de luces boreales en el cielo. Sin embargo, no tengo tiempo para eso, acelero el paso. La temperatura está bajando. Avanzo como setecientos metros y, a pesar de lo jodido, no me falla el olfato. Huele a lobo.
Miro a mi costado y los veo. Lobos silvestres. Seguramente el olor de mi sangre los atrajo hasta aquí. Parece que me vieron cara de cena. ¿Hasta cuándo tendré que repetirle al universo que detesto el olor a perro?
Camino más rápido, pero estos animales son bien sabios. En pocos metros ya estoy rodeado. Y no puedo matarlos; si la Guardia Forestal encuentra lobos muertos, abrirán una investigación y no los quiero cerca de esta zona.
—Queridos amigos... ¿alguna vez han jugado a las traes? —Veo sus colmillos, sus gruñidos, y supongo que no. Así que me adelanto, le doy un manotón en la cabeza al que tengo al frente— ¡Las traes! —grito, y me largo a correr. Inicio una carrera con la jauría entera detrás de mí, como si no hubieran visto comida en meses.
No sé si esto es muy divertido o si solo estoy de buen humor por mi reciente hallazgo, pero corro con el corazón en la garganta como si en verdad estuviese asustado. Por supuesto, no logran alcanzarme. Finalmente salto la cerca. Mi felicidad se acaba cuando recuerdo que no llegué hasta aquí en mi camioneta, vine en el autobús de la excursión.
—¡¡Mierda!! —Voy a tener que caminar con este dolor de mierda hasta el pueblo.
Empiezo a mover las nalgas, no llegaré más rápido parado sin hacer nada.
Después de otra kilométrica caminata, llego a la entrada del pueblo con los labios quemados por el hielo. Como pensé, la repostería está cerrada. Aparte de que llego tarde, no llevaré el pastel… mal, todo mal.
Miro a mi entorno, miro bien, me doy cuenta de que no hay cámaras.

¡No hay cámaras!
Me acerco a la puerta de la pastelería y le doy un fuerte giro a la manilla, suficiente para forzarla y entrar. Saco tres fajos de billetes de mi bolso y los pongo sobre el mostrador. Escribo una nota cortés, tampoco hay que ser tan mierda.
| Señor pastelero:
Tuve que robar su tienda porque mi novia quería pastel y ya estaba cerrado. Usted no debería cerrar tan temprano, la gente trabaja, ¿cómo piensa vender? Le dejo estos fajos de billetes porque rompí la manilla de su puerta y no sé a cuánto vende los pasteles, espero sea suficiente. Muchas gracias.
Pongo la nota al lado del dinero y cierro la puerta. Me voy caminando tranquilamente por la calle con mi pastel en mano. Aunque el susurro de mi delito me recorre las piernas un poco, arranco a correr hacia mi casa. Desaparezco de la escena de inmediato.
Cuando veo la fachada de mi casa, sonrío entre exhalaciones, con mucha felicidad, y camino lentamente hasta allá.
Abro la puerta y Luna me aborda con un repentino abrazo. Me quejo, todavía me duele el hombro.
—Mi her-mo-sa Luna, ¿llegué muy tarde?
—¿¿Esto es sangre??
—Te traje pastel de chocolate.
—¿Esta es tu sangre? —Sus manos comienzan a temblar.
—Tranquila, solo fue un rasguño.
—Toda tu ropa está manchada, esto no es un simple rasguño. ¡Quítate la ropa! —Baja la cremallera de mi traje.
Qué atrevida.
—Despacio, yo también quiero, pero...
—¡No es un juego! —Reclama con los ojos aguados.
—Cariño, estoy bien. ¿Me dejas poner el pastel en la cocina? —Me quita absolutamente todo lo que traigo encima y lo pone sobre el mesón.
—Siéntate aquí. —Arrastra una silla de la barra. Cuando tomo asiento, ella me da la espalda para buscar un botiquín pero no se lo permito. Sujeto su muñeca y la empujo entre mis piernas. Termino

el trabajo que ella comenzó y dejo caer hasta mi cintura la parte superior de mi traje.
—Ahora que estoy en calor, la herida comenzará a cerrarse más rápido, ¿lo ves?
—Aun así... ¿te peleaste con alguien?
—No, fue un accidente en el hielo. La sangre es escandalosa, eso es todo.
Cada vez que miro a Luna a los ojos, una suave melodía comienza a sonar en mi cabeza. Su compañía es tan agradable como una balada.
—Tengo hambre. —Le digo. Ella agacha la mirada y despeja su cuello. Sonrío con un bufido—. Me refiero a tu comida, huele bien. ¿Qué cocinaste?
Su rostro se llena de vergüenza y me invita a la mesa. Camino junto a ella, veo que se esmeró: hay muchos platillos, vino y velas. Que se haya esforzado así para recibirme hace que mi sangre se caliente. Valió la pena robar ese pastel.
Y no solo puso esfuerzo en la cena, la casa está limpia y perfumada. E incluso en ella... estoy seguro de que ese vestido es nuevo y el peinado también. La cuestión está en si me como su comida o la devoro a ella... o ambas.
—Qué maravilla, solo dame un minuto, necesito asearme. —Voy al fregadero, me lavo las manos y meto la cabeza bajo el grifo. Luna me espera con una sonrisa y una toalla.
Ella... desde el día en que la conocí, siempre es ella. La beso en la boca, sus manos se apoyan en mi pecho... como adoro que haga eso.
El no haber encontrado la llave hoy es algo que me decepciona. Sin embargo, me emociona tener que viajar contigo para buscarla otra vez... Luna... mi Luna.
¿Por qué no puedo dejar de besarte? ¿Por qué esto para mí se ha vuelto tan necesario e importante?
—Siéntate, te serviré. — La veo atenderme con tanta felicidad que hasta yo me siento feliz.
Le pregunto durante la cena qué tal su día, y me cuenta con detalles cómo limpió la casa. Sé cómo se limpia una casa, pero cuando ella lo

cuenta suena más emocionante. Escucho embelesado, no me pierdo ningún detalle y comento ante lo que me parece interesante... todo.
La comida y la plática están tan buenas que me olvido del mundo entero. Miro su mano y veo el anillo que le di... ese diamante le queda perfecto.
Anoche estuve pensando en algo mientras miraba al cielo…
No quiero que se vaya nunca, no quiero que me falte nunca. Sé reconocer algo valioso cuando lo veo... Luna Thompson no vale siete millones, es una joya invaluable, y la quiero. La quiero conmigo, todo el tiempo que me sea permitido.
—Cásate conmigo.

Capítulo 36 - Algo sin precedentes

Meses antes

Ale

Un diario escrito el catorce de febrero, titulado 'Luna'
Hace cinco días conocí a la señorita Thompson en un mercado de esclavos y la adquirí.
Estoy comenzando a olvidar algunas cosas de mi pasado, por eso pensé que sería buena idea ir a ese lugar. Resolvería dos problemas: Tendría un buen sirviente y además alimento. Siendo sincero conmigo mismo; ya extrañaba el sabor de la sangre fresca.
Aunque aprecio la belleza femenina, ella no llamó mi atención a primera vista en un contexto romántico. Sin embargo, me sentí extrañamente atraído desde el instante que le pedí que sujetara mi mano en esa casa de venta. Esa mujer delgada y andrajosa, me miró con esos ojos negros llenos de tristeza, y yo encontré belleza.
Esos ojos eran hermosos, genuinamente hermosos, como obsidianas. Y al observarla más tarde, con atención, me di cuenta que sus labios también se miraban tiernos, que me agradaba su sonrisa y su cabello.
Me pareció curioso que el negro de sus ojos me recordara a esa piedra negra de gran belleza que se forma luego de una erupción volcánica. Tal vez, esta compra no haya sido tan mala. Tal vez ella sea una auténtica obsidiana.
Esa misma noche le confesé lo que soy. Su reacción fue por mucho extraña, lo tomó con calma y eso despertó mucha curiosidad en mí por ella y por su pasado.

Afortunadamente, pudimos conversar algunos minutos durante la cena y saqué algunas conclusiones sobre ella. Es amena, con un nivel cultural aceptable, lo cual hace que se pueda charlar tranquilamente, y aunque tiene el defecto de hacer chistes que nadie le ha pedido, es de las pocas personas cuyas bromas dan risa de verdad.

Me agrada.
Hundí mis colmillos en su piel y bebí de ella esa misma noche.
Me faltan palabras para describir lo divina que sabía. Su sangre era ligera, tibia, tan dulce que dejaba cada trago reposar en mi lengua antes de deglutir, se sentía como miel en mi boca. La cual después tragué en grandes cantidades de forma sedienta y grotesca. Olvidando por completo que era un caballero, que ella es una dama. Me abstuve de besar sus labios; quise impedir con todas mis fuerzas que mi arrebato se mezclara con otro tipo de emociones, pero ella besó los míos. En ese instante, decidí que lo descubriría... Decidí que miraría en qué otros rincones de su existencia podría encontrar más belleza. Caímos juntos sobre las sábanas de mi cama. Sus besos eran tan profundos que acariciaban mi alma, su voz un elixir que alimentaba mi hombría, y su piel una razón de peso para que cualquier hombre rogara por tener un día más de vida.
Nunca olvidaré los tres lunares que adornan su pezón izquierdo, ni la forma en que mis manos se ajustaban con precisión a sus caderas como si hubieran sido diseñadas exclusivamente para que yo las sostuviera.
No recuerdo la última vez que perdí el control. Ni siquiera estoy seguro de que haya sucedido realmente. Pero esa noche, Lukas tuvo que venir a mi penthouse, pues dejé su cuerpo en un estado trágico... disfruté mucho, me gustó. Y pude confirmar lo que mis ojos sospecharon una hora antes de nuestro acalorado encuentro:
No sé por cuáles cosas pasó esta mujer, ni qué desastre la llevó a la situación en la que la encontré, pero de algo estoy seguro: De ese desastre ha nacido una auténtica gema.
Luna es una hermosa obsidiana. He pasado la mayor parte de mi vida solo. No tengo lamentos sobre eso, me gusta mi soledad. Sin embargo, con cada día que pasa ella hace que quiera compañía... su compañía. Por eso he comenzado este diario hoy catorce de febrero casualmente Día de San Valentín, porque tengo el presentimiento de que ella va a ser o una amiga importante o mi gran amante.

Capítulo 37 - *Veintiocho de Diciembre*

Londres - Presente
Ale

Hasta la fecha he escrito once diarios con el nombre de Luna, uno por cada mes que ha pasado desde que se mudó conmigo, y justo ahora, mis pensamientos son invadidos por mi más reciente escrito.
Ella enumeró detalladamente los anhelos que deseaba cumplir al concebir un hijo.
El tema para Luna parecía importante, así que después de escucharla atentamente decidí que, a partir de ese momento, para mí también sería importante.
Los vestidos estampados con flores, la cartera redonda, llevarla al café para que hable con señoras e ir a comprar ropa de bebé blanca y amarilla, la vida tranquila que pide. Hice notas muy detalladas al respecto. Estoy dispuesto a cumplir cada uno de esos anhelos que ella diseñó en su cabeza. Estoy dispuesto a lo que sea. Amo a esta mujer. Es un dulce que degusto diariamente sin empalagarme. Ella es la manzana y yo el tonto que estaría dispuesto a desafiar a un Dios por morderla.
Me he entregado. Toda mi existencia le pertenece. Y en cada rincón de mi piel prevalece el nombre de Luna Thompson.
Recorro con la vista sus manos abiertas en el ventanal, la curvatura de su espalda hasta sus glúteos, donde su cuerpo se une al mío con mi polla empapada de sus fluidos por tanto follarla. El sol cae al horizonte, y en la torre más alta de la ciudad de Londres estamos nosotros, devorándonos en la cima del mundo, sobre todo y sobre todos. Nosotros.
—¡Aless! ¡Ale! —Gime sofocada mientras sujeto sus caderas y arremeto contra ella tratando de saciar estas ganas, este vicio que tengo de ser de ella.
Otro delicioso jadeo sale de su boca y escala hasta un grito agudo cuando aumento el ritmo. La aprieto con más fuerza y la melodía chiclosa de nuestros cuerpos chocando se apodera de mi cabeza.

Deslizo mis manos por su abdomen hacia arriba y alcanzo sus pechos. Los aprieto mientras la abrazo contra mi cuerpo en medio del vibrante movimiento que la deja de labios abiertos, invitando mi lengua adentro. Acepto devorarle la boca, le doy un beso hambriento, y libero sus pechos, pongo mis manos sobre las suyas en el cristal.
—¿Te gusta esta ciudad?— Le pregunto, pero su voz se corta mientras trata de responderme. Sé que no puede hablar, le estoy dando lo suficientemente duro para que no lo haga.
Llevo mi mano hasta su nuca, la agarro por el cuello.
—Respóndeme —gruño, y el dulce tono de sus gemidos entrecortados por el empuje de mi polla en su pequeño coñito inunda mis oídos. Mierda, se siente muy rico.
Siento un divino placer que recorre mi abdomen hasta mi boca y tuerzo los ojos. Imagino lo sabroso que sería beber de ella en este momento. Suelto su cuello y le doy una fuerte nalgada. Dejo la silueta de mi mano marcada.
—¡Carajo! —grito extasiado. Entre las súplicas y balbuceos confusos de ella perdiendo el control.
Mantengo el movimiento— ¡por favor!— suplica, y detengo la intensidad, lo hago más lento.
—¿Cuál es el favor que quieres que te cumpla, humana hermosa? ¿Ah? ¿Acaso te gustó alguno de esos edificios a nuestros pies?
—Cariño...
—Elige uno —susurro. Tomo su mano derecha y bajo todos los dedos menos el índice. Hago que su huella comience a deslizarse por el cristal. —¿Acaso te gusta ese con cristales verdes? No, ese no te podría gustar, no va con tu personalidad. —deslizo su dedo más a la derecha y dibujo accidentalmente una línea recta. —Ese de ahí, ¿lo ves? Es el segundo condominio más caro de esta ciudad. El primero es este edificio en el que vivimos, pero ya es mío, así que mejor concentrémonos en lo importante. ¿Verdad que aquél edificio es lindo? Cariño, no me dejes hablando solo, por favor.
—Sí, sí lo es. Es muy lindo. —Veo su reflejo en la ventana. Tiene una expresión tan lasciva en la cara. Hoy le daré hasta que no me aguante.

—Tienes tan buen gusto, Luna. Y ya que te gusta ese, papi te lo va a comprar. —Sujeto su mentón y le devoro los labios con un largo beso.
—¿Sí?
—Sí. Creo que ese condominio se llama Empire Sky. Sería bueno ponerle otro nombre por el cambio de dueño. ¿Cuál deseas ponerle?
Comienzo a moverme lentamente en ella mientras trato de tener una respuesta a eso. El roce jugoso de su interior complaciéndome. Tomo sus caderas con ambas manos y contemplo su cuerpo.
—El que tú quieras, cariño. El que tú quieras.
El sonido de su voz me provoca un subidón; me endurezco más dentro de ella. Hundo mis pulgares en sus hoyuelos de Venus, la follo sin reservas, rápido, profundo, en una escalada de excitación que se funde con nuestros gemidos, rompiendo el silencio de manera desquiciante. Mi pelvis choca contra sus glúteos redondos, enrojecidos, vibrantes por cada embestida. Mi respiración se vuelve fuego, la mente se me apaga, y cuando el orgasmo me arrastra, saco mi sexo y eyaculo con un espasmo violento sobre su culo. Se ve preciosa con mi semen recorriéndola. Es una imagen bella.
Sigo frustrado. Le propuse matrimonio y ella se quedó dormida. No sé qué tanto hizo ese día, pero no duramos ni veinte minutos en esa mesa, y aunque comprendo, me siento lastimado. Nunca le propuse matrimonio a nadie, que yo recuerde, pero para mí fue un momento importante. Ella ni se enteró.
—Sube al mesón de la cocina —Ordeno, mientras retomo el aire.
—Cariño, pero... quiero agua.
—Sube al mesón, Luna.
Pasa por mi costado y escucho el roce de sus pies descalzos contra el piso. Hace lo que le digo, se sienta completamente desnuda sobre el mesón de la cocina, yo estoy igual que ella. Me acerco al fregadero, lavo mi sexo, luego las manos, y en silencio le sirvo agua. Se la doy directo en la boca, observando cómo traga con esa delicadeza que me enloquece. Dejo el vaso a un lado. Me recibe entre sus piernas abiertas, su calor me envuelve de inmediato. Me inclino y beso sus labios. Qué divinos son, cielo... qué divinos.

¿Por qué pierdo el tiempo? Ella como mucho vivirá algunos setenta años si sigue comiendo tanto helado sin hacer ejercicio.
Debo volver a preguntárselo.
Han pasado más de quince días desde que regresamos de Groenlandia. Solo trato de encontrar un momento adecuado.
—Cambiemos.
Me siento en el mesón de la cocina. Miro hacia abajo, me corresponde con esos mansos ojos negros y sostengo su cara. Acaricio sus mejillas con la punta de mis dedos. Es tan bella.
Pero su mirada en realidad lo que trata de buscar es una respuesta, confirmar si su sospecha es acertada. Y no estás equivocada, cariño. Eso que piensas es exactamente lo que quiero que hagas.
—¿Cómo empiezo?
—Puedes lamerlo, ponerlo en tu boca… Solo hay una regla: no lo muerdas.
Asiente y humedece sus labios. Mi plan era que su boca lo levantara, pero ese pequeño gesto que acaba de hacer me ha prendido. Ni siquiera me ha tocado. Solo se mojó los labios. Lo sujeta con su mano y mis dedos retroceden como garras sobre el mesón. Baja lentamente y siento sus suaves labios rozándome. La calidez de su lengua me arropa y de inmediato tuerzo los ojos.
Alessio, cálmate. Ya has hecho esto antes.
No puedo calmarme.
—Luna— ciseo— Luna. — Sus caricias me desarma. Una de mis más grandes fantasías desde que conocí a esta mujer se hace realidad. Ella lo toma como uno de esos helados que tanto adora y con gusto me prueba con su boca.
—¿Así está bien?
—No pares, cariño. —Empujo su cabeza hacia abajo.
Los hombres suelen arrodillarse. En el pasado vi cientos de esas propuestas y me parecieron ridículas. Ahora entiendo. Entiendo lo que ellos sentían y ya no me parece ridículo. Porque yo también me arrodillaría ante Luna y le rogaría como un perro que pasara el resto de su vida conmigo.
— No te tragues la saliva, cariño. Déjala caer. Así. Buena chica— ciseo— lo haces bien.

Habría sido más fácil si esa noche ella me hubiese escuchado. Todo estaría listo. Seguro estaríamos preparando nuestra fiesta de compromiso, pero ahora ya no siento la confianza de hacer lo mismo. No quiero verme como alguien mezquino.
En Groenlandia estaba completamente justificada una propuesta sencilla bajo la luz de las velas de esa cena. Pero aquí en Londres no. Debo poner esfuerzo, sino parecerá que es algo en lo que no estoy interesado.
¿Debería llevarla a un sitio lujoso? ¿Contratar a un especialista? Mientras me sumerjo en las distintas posibilidades, ella se atraganta conmigo. Se separa con los ojos vidriosos y la boca abierta buscando aliento. Mierda, qué rico.
Sus brazos me rodean y abraza mi espalda baja, vuelve a tomarla. Me encorvo hacia ella y le hundo la cabeza, hago que la sienta entera, mientras libero un profundo gemido, el placer me consume por dentro, enredo mis dedos en su cabello, la empujo varias veces más y hago que la suelte. Toma un montón de aire, labios y ojos mojados. A Lunita se le olvidó respirar.
Bajo del mesón y la empujo con mi cuerpo a la nevera. La beso, entierro mis manos en su piel y la cargo allí, ella me ruega que eyacule, que lo haga ya, así que se me ocurre una idea mejor, la llevo hasta la lavadora. La siento y abro sus piernas hacia mí.
—Cariño no puedo.
— Te lo pido mi amor, un poco más, solo un poco más.
La beso mientras masajeo su coñito cansado, tomo mi sexo y froto con la punta su clítoris, sus labios se separan de placer, la pongo a latir sólo con ese roce y entro completo en ella. Primero suave, despacio, sus manos sosteniendo mi rostro en un tono tan cursi y romántico que me lleva al límite. De repente, me posee la fuerza de todo el deseo que siento por ella, choco contra mi dulce Luna como si la odiara, pero la amo. La amo tanto carajo.
La lavadora empieza a sonar como si estuviera encendida, y los gemidos de Luna invaden la cocina. Se niega a mirarme el rostro, no hallo cómo quitarle esa timidez, esa mala costumbre de esconderse.
—Mírame. Mírame mientras te follo— Gruño. Verla derretida por el sexo tan bueno que estamos teniendo hace que comience a sudar.

Todos mis músculos se contraen. Me aferro a sus piernas y las venas de mis brazos se marcan. Me aprieta tan rico que no aguanto, valientemente logro sacarlo. Me corro en su abdomen mientras le devoro la boca.
—Cariño.— Susurra en un respiro.
—Eres mía. Mía y de nadie más.
—Sí, cariño. —Sujeta mi cara con ambas manos.
—Dilo. Di que eres mía, por favor. Te quiero escuchar decirlo. Mírame a los ojos mientras lo dices.
—Soy tuya, Ale. Tuya y de nadie más.
—Repítelo.
—Soy tuya, cariño. —Nos ahogamos en un profundo beso que alberga todos nuestros sentimientos.
—Thompson Residences. Así se llamará el edificio.
—¿Sí estabas hablando en serio?
—¿Cuándo no lo he hecho?
—Es que no puedo creer que me vayas a regalar un edificio. —Sonríe mientras se cubre parcialmente los labios. Me siento emocionado al verla tan feliz.
—Pues creo que es mejor que te vayas anotando en un curso de administración.
—No puede ser. ¡Ay, te amo! ¡Cariño, muchas gracias! —Me besa la cara entera mientras sus brazos rodean mi cuello. Me gusta esta sensación. Creo que consentirla va a ser mi nuevo pasatiempo.
—¿Vemos una película en mi cuarto?
—Me encantaría amor, pero hoy no puedo. Quiero ir a visitar a Lukas. De hecho, voy tarde.
— Bueno, ¿igual me haces un favor?
—Sí, claro.
—¿Puedes llevarme hasta mi cuarto? Es que no quiero caminar.
Me río descaradamente.
—No da risa.
—Por favor. Claro que sí da.
—Yaaa.
—Señores pasajeros, el vuelo directo a la habitación de Luna está por abordar. Abróchense sus cinturones. —La agarro por la cintura y

me la subo en el hombro.
—¿Pero qué haces? ¡¡Así no!! —Su hermoso culo queda cerca de mi cara. Le doy otra fuerte nalgada.
—¡Alessio!
— ¡Por favor, no se levanten de sus asientos, estamos despegando! —Comienzo a subir las escaleras en una carrera armonizada con los gritos y las risas de ella.
Me gustaría congelar este momento. Me siento muy feliz.
…
Después de lo sucedido en Mónaco, los días han sido tan tranquilos que incluso Lukas ha vuelto a dar consultas. Ni siquiera cobra por esto, lo hace por vocación, y también realiza cirugías gratuitas para personas que no tienen cómo cubrirlas a través de la fundación benéfica de su familia. Es una tradición entre los Sackler cumplir un rol protector y altruista dentro de la sociedad londinense. Fueron de las primeras familias de color en alcanzar estatus y establecer linaje elitista, sin embargo, no siempre fueron ricos. El primero de ellos conoció la esclavitud de humanos para humanos, y por ende el dolor, la miseria. Así que al momento de pactar conmigo estableció con su puño y letra el código de conducta de la familia, el cual hasta el sol de hoy se cumple.
Cuando llego, Lukas todavía sigue atendiendo a la última paciente, quien acompañada de su esposa le agradece por la cirugía y le comenta su mejoría entregándole una canasta con obsequios que él insiste en no conservar pero aun así lo hace por respeto. Las mujeres salen y yo me levanto del asiento. Me paro en la puerta.
— ¿Tiene tiempo para otro paciente, doctor?
— No, ya voy de... Alessio. — Al descubrirme esboza una sonrisa.
— Me duele que no hayas reconocido mi voz a la primera.
— Hablo con muchas personas al día. Además, ya ni me visitas.
— Precisamente, he venido para corregir eso. — Acomodo mis lentes negros y alzo el brazo mostrándole un six pack de cervezas colgando en mi mano— Hice una reserva en la cancha — Afirmo.
Él ríe y se quita la bata médica, nos vamos.
…
Arribamos al club bastante rápido.

Por nuestra clara diferencia de fuerza, cuando estamos solos no jugamos contra el otro, hacemos desafíos de tiros a media cancha mientras hablamos de todo y de nada.
— Sigo atascado en el nivel de la ciudad infestada — Dice Lukas encestando el balón.
— Ah sí, ese nivel fue un asco, duré varias semanas en pasarlo, pero me quedé ahí. No he tenido mucho tiempo para jugar últimamente.
— ¿Y cómo lo pasaste?
— Usé el lanzallamas. Encontré algunos galones de gasolina en el techo del supermercado, rocié a esos malditos y los quemé. Así gané el juego.
Él ríe meneando la cabeza.
— Gracias por el dato. No puedo creer que por fin completaré el nivel.
— Eso te pasa por no hablar con el rey primero.
— Cabrón.
Es mi turno, encesto. Lukas se queda jugando pero yo camino hacia los bancos.
— ¿Quedan cervezas todavía?
— Sí, quedaba una, tómatela.
Me siento, destapo la lata en lo que Lukas llega y se sienta a un lado.
— Qué puto frío.— me quejo.
— Es un recordatorio de que vienes de lejos. Sabes que debes tener cuidado cuando llega el invierno, si quieres entramos.
— No, está bien... Aquí la vista es agradable.
— Como quieras, por cierto, ¿ustedes vendrán en año nuevo a mi casa, no? les tengo asientos reservados.
— Sí, iré con Luna, creo que ya te lo había confirmado.
— Es que hay que preguntarte, cambias fácil los planes.
— No en éstas fechas, año nuevo es para estar con la familia.
Ambos sonreímos. Lukas es la amistad más real que he tenido los últimos doscientos años.
— ¿Y bien? ¿qué me quieres decir? No es que no la haya pasado bien pero, ¿cervezas y una reservación para jugar baloncesto?,

¿qué?, ¿me pedirás matrimonio?
Suelto una carcajada.
— No en realidad. Sólo vine a pedirte que seas el padrino de mi boda con Luna.
— No - me - jodas, ¿es en serio?
— Voy a proponérselo pronto.
— ¿Te vas a casar?
— ¿No merezco un abrazo?— extiendo los brazos.
— No te me acerques doppelganger ¿qué hiciste con Alessio?— Vuelvo a reír. — Nah, no es cierto, ven aquí. — Rodea mi hombro y me da dos palmadas. — Felicidades amigo, estoy muy feliz por ti. Claro que acepto ser tu padrino.
— Gracias. Más te vale que cuando decidas casarte me devuelvas el honor y me pongas de padrino. Si pones a otro lo mato.
— ¿Se supone que esto es una demostración de afecto?
— Sólo hago valer mi derecho.
— ¿Cuál derecho?
— El de ser tu único amigo.
— Estás loco. ¿Y ya compraste el anillo?
— Sí. — Entro la mano en mi bolso, saco una caja aterciopelada roja, los ojos de Lukas se sorprenden cuando la destapo.
— Amigo, es... es por mucho la joya más hermosa que he visto en mi vida. No tengo dudas a ella le va a encantar.
— ¿Tú crees?
— ¿De dónde esa falta de confianza?, digo eres despreciable como persona, pero eres un gran partido, por supuesto que dirá que sí.
— Eso espero.
— Miren nada más. El tema te pone nervioso.
— Nunca había hecho esto antes.
— ¿Qué?
— Nunca le he pedido a una mujer que se case conmigo.
— ¿Me estás diciendo que en novecientos años nunca te casaste?
— No así, no formalmente.
— Hermano... ¿tienes los pies puestos sobre la tierra cierto?,
¿no hace falta que te lo diga?

— Sí, estoy consciente. Estoy consciente de que estaré junto a ella sólo por el resto de su vida. Seré feliz, y aprovecharé cada momento.
— Eso me deja más tranquilo. La vida humana tiene etapas, y creo que tú como vampiro vivirás etapas también. Tal vez ésta sea una de esas etapas, sólo el tiempo nos dejará saber. Pero sin importar lo que pase, vive esta etapa al máximo. Sé muy feliz con Luna. ¡Estoy emocionado carajo! — Me da un empujón, yo rio.
— Pensé que ibas a llorar.
— ¿Y qué si sí? mi amigo se va a casar, pronto haremos una puta despedida de solteros.
— Parece que ya tienes todo planeado.
— Oh sí, ya verás.

Capítulo 38 - *Tiempo de cortar*

Luna

La regla número uno de ser un esclavo es cortar toda conexión con tu pasado.

La violación de esta cláusula es causa válida para una devolución. Nunca quise eso, porque jamás había estado tan cómoda y feliz en un lugar como lo estoy al lado de Alessio.

Por eso al principio me mantuve firme en ese aspecto. Pero de vez en cuando me preocupaba mi mamá, me preocupaba Vivian. Sobre todo después del fallecimiento de Ezra.

Ella era una mujer muy hermosa en su juventud, recuerdo haber encontrado en una gaveta una foto de su baile de graduación. Parecía una sirena, tenía un hermoso vestido azul cielo ceñido al cuerpo y llevaba su cabello castaño con ondas.

Creo que por más sacrificios que haga una persona por ti en nombre del amor, si te trata mal, jamás logrará que sea recíproco. Y creo que ese fue el problema entre Vivian y yo.

Ella trabajaba mucho para poder cubrir los gastos de la casa, ya que mi padre no cumplía con sus responsabilidades, él no aportaba nada, ni para nosotros ni para ella. Ni con dinero, ni con su presencia, cuando por fin estaba, no fregaba ni su propio plato.

Ahora que he crecido puedo entenderla un poco mejor, debió estar muy estresada. Pero pedirle a tu hija que se arrodille para darle bofetadas hasta el cansancio, no creo que fuera una buena forma de relajarse, Vivian.

No sé si hay una edad adecuada para que alguien explore su propio cuerpo. En mi caso, la primera vez que me toqué fue un accidente. Estaba jugando sola en mi cuarto y me di cuenta que acariciarse se sentía bien. Ella me descubrió y me pidió que me sentara.

Yo estaba muy asustada, no era del tipo que soluciona asuntos con el habla.

Mi cama era de roble, de esas que tienen una gran bola circular de madera en cada esquina. Ella agarró mi cabeza y con mucha fuerza la pegó contra una de esas bolas. Ese golpe fue muy fuerte, un zumbido se apoderó de mis oídos mientras ella me regañaba. Perdí

la habilidad de escuchar momentáneamente, y como no contestaba a sus reclamos, lo volvió hacer, golpeó mi cabeza contra la bola de madera y caí sobre mi cama. Empecé a suplicarle. Le supliqué aterrada a la mujer que me había dado la vida que no me la quitara.
Esa imagen siempre se quedó en mi mente, y cada vez que ella decía que me amaba, yo recordaba cómo golpeó mi cabeza contra la bola de la cama sin importarle mis súplicas, mis lágrimas.
Mi corazón lo sabía, yo veía todos los días en el vhs la única película de magia y fantasía que me había regalado papá.
Ese trato, esos gritos. Eso no era amor.
Luego, ella comenzó a chantajearme con esa situación: «Pórtate bien Luna o le diré a tus amigos lo que hiciste. Arregla tu ropa Luna o le diré a todos lo que hiciste». Por supuesto dejaba de jugar de inmediato y hacía lo que ella me decía, me aterraba que todos lo supieran. Si me dijera eso hoy me reiría, tocarse es algo tan normal, todos lo hacen. Hasta los perros en plena calle.
Trataba de hacerme sentir culpable por algo de nuestra naturaleza, por eso saqué la nota más alta en educación sexual. Aprendí a proteger y a valorar mi cuerpo con esas charlas de la escuela. Pero eso fue mucho después.
Tu cuerpo es tuyo, debes cuidarlo, si necesitas espacio ve al baño, ponle seguro a la puerta, no dejes que nadie te vea, cuídate mucho hija. En retrospectiva, creo que esas eran las palabras que me habría gustado escucharle decir.
Otro día, quise limpiar para que encontrara la casa bonita al llegar del trabajo y accidentalmente una cubeta con jabón se me cayó al suelo, justo cuando ella llegaba. El miedo me consumió y traté desesperadamente de arreglarlo, pero no hay nada más difícil y condenado que sacar jabón líquido del suelo.
Ella me dio una fuerte paliza. Lo hizo de forma tan brutal que mis pequeños pulmones dolían de tanto llorar. Lo más turbio que me ha pasado en la vida fue que una hora después de lo que hizo, una hora después de golpearme y llenarme de cortadas provocadas con sus uñas, me pidió perdón. Me dijo que me amaba, buscó algodón, agua oxigenada. Me curó los golpes y las cortadas que ella misma me causó.

¿Entonces si alguien me trata así significa que me ama?
Era muy confuso.
Esa noche, me senté junto a mi ventana, y le pedí al Caballero de la Luna que me rescatara. El Caballero de la Luna era el protagonista de esa película de fantasía que veía de niña. Hasta cierta edad creí que él era real, por eso, esa noche, con mis ojos llenos de lágrimas le rogué que viniera por mí, le supliqué con toda mi alma... pero no llegó.
Al día siguiente, de nuevo, ella brutalmente me pegó.
Eso fue así hasta que cumplí trece años, mido 1,75 metros desde esa edad, mi mamá es pequeña, muy pequeña. Nunca le levanté la mano a mi madre, el cielo sabe que no miento, sin embargo, a esa edad trató de pegarme no recuerdo por qué razón y le sujeté ambos brazos. «Lo que sea que me quieras decir, dilo hablando, no voy a permitir que me sigas pegando». Le dije eso y me maldijo, me gritó "maldita, te maldigo" unas seis veces, sus gritos debieron escucharse por todo el vecindario, pero yo no solté sus brazos. Estaba dispuesta a protegerme, y eso la asustó, más nunca me pegó, ni lo intentó.
¿Fue lo correcto?, no lo sé, jamás tuve ni la más pequeña intención o pensamiento de hacerle daño, yo sólo quería que no me golpeara otra vez. Que esa abusiva relación que teníamos en la que ella descargaba sus frustraciones conmigo, terminara de una vez. No estaba dispuesta a seguir siendo su costal de boxeo. Su utensilio anti-estrés. Eso debía parar ahí.
Con el tiempo nuestra situación económica empeoró porque ella se quedó sin trabajo. Creo que tocar fondo la hizo entrar en razón, y comenzó a esforzarse por ser más amable. Tal vez porque sabía que pronto las canas le llegarían y necesitaría a sus hijos.
Por la razón que sea, nuestra relación estaba mejorando aunque comíamos sólo arroz blanco por varios días seguidos. No sólo su bolsillo estaba roto, su mente también. La entiendo, debió ser difícil llegar a los cuarenta y estar en el mismo punto de inicio pero ahora con un par de bocas que alimentar. En serio la entiendo, debió ser difícil y doloroso. Vivian terminó en un sanatorio y como no sabíamos nada de Ezra, Xavier se hizo cargo de nosotros.

Un mes después de mi llegada a la casa de Alessio, me las arreglé mientras hacía unas compras y pasé por el sanatorio, me dijeron que ya le habían dado de alta, y que se había ido con su hermana.
Para mí, era imposible acercarme hasta allá; era demasiado arriesgado, incumplía el contrato de venta y estaba recién llegada al penthouse, yo no quería arruinarme la vida.
Por eso, comencé a separar algo de dinero y se lo mandaba por mensajería con una de esas empresas de envíos. Al principio eran pequeñas cantidades, una parte de lo que Alessio me daba y luego comencé a ser más generosa a medida que mis mensualidades aumentaban.
La muerte de mi padre me ha hecho pensar en muchas cosas. Vivian tiene sus años... y aunque sé que la forma en la que fui tratada no fue la correcta, no quiero que me pase lo mismo con ella. No quiero que muera, sin volver a verla... independientemente del pasado, ella es mi madre. Y si podemos sanar algo de nuestra desgraciada relación antes de que ella parta. Me sentiré conforme.
En el último sobre de dinero que le envié, dejé una nota citándola a un café. Si ella quiere, sólo si ella quiere, hoy nos volveremos a ver y empezaremos desde cero. Justo ahora, la espero mientras tomo un mocachino. La espera se hace larga, estaba pensando en irme, pero finalmente la veo cruzar la puerta lentamente con un bastón. Me levanto a ayudarla, la sujeto con delicadeza por el brazo.
— Muchas gracias joven.
— Soy yo, mamá. — Digo esa frase y su rostro se llena de sorpresa.
— Luna... ¿en verdad eres tú?
Sonrío y la llevo hasta la mesa, hablamos un largo rato sobre mi tía y las cosas que han comenzado hacer desde que salió del sanatorio. Se siente agradable poder hablar con ella de este modo.
— ¿Y qué has hecho con tu vida?, ¿entraste a la universidad?
— No, no… No lo he hecho todavía, por el momento sólo trabajo. — Estudio en una universidad para familias ricas, sólo con una beca podría entrar ahí y ella sabe que mi récord académico no era tan impresionante. Si le digo, tendré que hablarle sobre Alessio y no puedo hacerlo, no confío en que ella guarde el secreto, quiero evitar complicaciones.

— ¿En qué trabajas?
— Trabajo para una aerolínea, pagan muy bien.
— ¿Y qué tal tu salud?, ¿qué es eso que tienes en el cuello? — Mierda, olvidé cubrirme.
— ¿Esto?, no sé, ¿tengo algo?...
— ¿Es un chupón?, ¿si trabajas para una aerolínea?
— ¿Qué tratas de decir?— mi mandíbula cede lentamente— Por supuesto que trabajo en una aerolínea. Es sólo que tengo novio, como cualquier chica de mi edad.
— Seguro es un vago sin futuro. ¿Para qué quisiste verme? Si estás embarazada no voy cuidar niños te lo advierto, no ando bien de salud y estoy vieja.
— No, mamá. No estoy embarazada, y si lo estuviera, lo último que haría sería confiarte a mis hijos.
El aire se carga de tensión, nuestras miradas afiladas como cuchillos.
— Siempre fuiste así, igual que tu padre. Te agradezco por el dinero que mandas, pero con eso no me callarás la boca, ¿que ese chupón te lo hizo tu novio?, los chicos decentes no dejan a sus novias como putas.
—¿Eso es todo lo que vas a decir?, ¿tienes años sin verme, y eso es lo único que me puedes decir? Mamá mírame, estoy viva y bien. ¿No podrías decir que te alegras por eso?... ¿no puedes?
— Hija.
— Y el hombre que me hizo este chupetón, de puta como dices, me ha tratado mejor que cualquier persona que haya conocido. Es un buen chico. Y lo sé porque toda mi vida estuve rodeada de hombres inservibles gracias a ti, así que conozco la diferencia perfectamente, ¿Quieres que sigamos la charla con ese tono o podemos hablar tranquilamente?
Su mirada tiembla entre la sorpresa y la amargura que siempre tiene, finalmente cede.
— Lo siento hija. Yo... Tienes razón, disculpa.
A pesar de su arrepentimiento, el cuello se me tensa y mis manos comienzan a temblar. No vine para esto, no vine a pelear, si hay algo

que salvar, quiero hacer un esfuerzo, quiero salvar este lazo — ¿Quieres que te pida café?
— No, ya no bebo café hija. Los medicamentos acabaron con la salud de mis riñones.
— Entonces te pediré jugo.
Cambiamos completamente de tema y vuelve la amenidad. Lo mejor será no hablar más de mi vida, hay muchos huecos, preguntas a las que no puedo dar respuestas, y ella tiene su carácter.
Comemos y reímos durante la charla, recuperamos la comodidad. Pero ya debo ir despidiéndome, no quiero que Alessio se entere de este encuentro, debo regresar al penthouse antes que él.
— Ya tengo que irme.
— ¿Sí?, ¿podrías llevarme?
— Aún no tengo auto. — Si ve que ando con chófer pensará que tengo dinero y querrá vivir conmigo. No puedo traerla a casa, no es mi casa, es la casa de Alessio y aunque ahora somos novios, no quiero pasarme.
— Ya veo… En realidad hija, quería pedirte algo más de dinero. — Sujeta mi mano.
— Claro, sólo dime cuánto es.
— Cinco mil libras.
— Es mucho dinero, ¿pasa algo? — Me dejaría sin efectivo.
— Tu hermano estuvo hospitalizado.
— ¿Hablas con Xavier?
— No. En realidad, cuando salí del sanatorio me tomó mucho tiempo llamar a casa, de hecho, me extrañó leer tu nota, porque justo acababa de llamar a Xavier y cuando le pregunté por ti me dijo que estabas en el extranjero. El tuvo una bacteria bastante peligrosa en el estómago, eso me dijo. Ya está en casa.
Sin embargo, no podrá trabajar por un tiempo...
— No puedo ayudarte.
— Pero pensé que ganabas bien.
— Sí tengo dinero, pero no te lo daré sí se lo vas a dar a él. Te daré la misma cantidad que usualmente te mando para tus gastos.
— Pero hija es muy poco, con eso no podré ayudarlo.

— No es mi problema, no es mi hijo, ni mi hermano, ni nada.
— ¿Cómo puedes hablar así de tu hermano?, Tienes la posibilidad de ayudarlo y te rehúsas. No se puede ser tan mala persona.
— Mamá te voy a decir la verdad porque creo que mereces saberla. No hablo con tu hijo. Por la sencilla razón de que él me vendió a una casa de esclavos por míseras veinte mil libras.
— Siempre fuiste una pequeña mentirosa, pero no mientas con algo tan serio.
— Yo no... —Tomo aire antes de continuar, porque se me hace un nudo en la garganta—. Yo no estoy inventando esto. Estuve ahí por meses, tras unos barrotes, viendo cómo hombres y mujeres me miraban como desecho. ¿Sabías que en una ocasión vi a un anciano comprar a un niño? ¿Para qué carajos necesita un anciano un niño? Y la chica de la jaula de al lado tenía los pechos grandes. Todos los clientes querían "probar" la mercancía, pero como el vendedor no los dejaba, ella tenía que subirse la camisa cada vez que alguien pedía, para que "al menos" los clientes pudieran mirar. Al menos, decían, como si no fuera nada.
— Ya basta Luna esto es...
— ¿Grotesco, cierto? Es poco. Deseé morir durante muchas noches, sobre todo la primera semana, porque los guardias de la casa me pegaron la cara contra las rejas cuando intenté huir, y me dolía toda la cabeza. Sin contar que el baño era común: teníamos que bañarnos al mismo tiempo, y a veces pisaba la menstruación de las otras chicas.
— Luna, no quiero escuchar esto, es suficiente.
— Sólo quería que entendieras, la razón por la cual, no moveré ni un dedo para ayudar a Xavier.
— Son hermanos no deben estar peleados.
— ¿¿Sí escuchaste lo que te acabo de decir??— Golpeo la mesa, todos los comensales nos miran. Retrocedo.
— Tienes que comprender a Xavier hija, él estaba muy joven cuando tuvo que hacerse cargo de ti. No pudo cumplir ninguno de sus sueños por trabajar para alimentarte. Debió ser muy duro y seguro tú no lo ayudaste.
— Mamá... ¿lo estás justificando?

— Él siempre fue un buen niño. Mi hijo jamás te haría algo así y si lo hizo debió estar desesperado. Le debes las gracias por cuidarte todos estos años.
— No sé por qué te pedí venir. Creo que esta cita fue un error. Ni tú, ni Ezra, ni Xavier me quisieron. Nunca me quisieron, ni un poco. Jamás tuvieron ni el mínimo de cariño, o tan siquiera un poco de respeto por mí como ser humano.
— Luna.
—¿Y sabes cómo lo sé? Porque he conocido personas que de verdad me aman. Ahora comprendo perfectamente cómo se ve el amor, porque estoy siendo amada. ¿Quieres que te diga algo más? El precio que tu hijo le puso a mi vida, no vale más que los zapatos que hoy llevo puestos, los cuales por cierto compré en Mónaco con la tarjeta negra de mi novio millonario, no es ningún vago. Me marcho, y quiero que sepas que no te mentí. No tengo auto, es cierto, pero afuera me espera un chófer en una camioneta que debe valer al menos medio millón porque mi hombre me ama. Y cuando se trata de protegerme o consentirme, no escatima ni un centavo. Esta será la última vez que nos veamos. Quiero que sepas que te perdono. Lo hago por mí, porque no pienso cargar ni un solo pensamiento más hacia ti ni hacia ninguno de ustedes. Simplemente dejarán de existir. Los sobres con tu manutención seguirán llegando. Espero que tengas una vejez tranquila. Te deseo suerte, Vivian.
— Espera hija yo…
— ¡¡Tú no tienes una hija!! — Reclamo entre dientes. — Tienes - un - hijo, y se llama Xavier, si necesitas hablar con alguien búscalo a él. Pagaré la cuenta.
Dejo dinero de más sobre la mesa. Limpio mis lágrimas, y me levanto.
— Ah, y se me olvidaba. Soy bilingüe, y sí voy a la Universidad.
Camino hacia afuera, Jhon me abre la puerta y subo a la camioneta.
— ¿Está bien señorita? — Me pregunta antes de iniciar el trayecto. Él es hoy mi chófer y desde que llegué de Groenlandia mi guardaespaldas. Qué ironía… de nuevo un extraño me aprecia más que mi propia familia.

— Estoy bien. Sólo había alguien fumando y me dio alergia... ¿Tienes familia Jhon?
— Soy viudo... pero tengo una hija de quince años.
— Debe ser hermosa. — Abro mi cartera y saco las tres mil libras extras que había ahorrado para Vivian. — Toma, es una propina. — Él agarra el dinero despacio, bastante impresionado.
— Muchas gracias señorita, con este dinero pagaré algunas cosas de los "dulces dieciséis" de mi hija, gracias.
— Qué bueno que te sirva para algo Jhon, y qué bonito que hagas una fiesta para tu niña... ¿Por favor puedes llevarme a la tienda de vestidos del otro día?, necesito recoger mi atuendo de año nuevo.
— Sí señorita.
— Y por favor... dame privacidad.
Cierra la ventana y mis labios comienzan a temblar. Me desmorono, yo que estoy sensible y él me recuerda que no tuve fiesta de dieciséis, ni siquiera un pastel de cumpleaños, sólo lágrimas. Una fecha tan especial para una chica la pasé llorando en mi cuarto.
Me he pasado la mitad de mi vida llorando.
— Ya no más... no tengo por qué llorar más. — Abro mi cartera y saco un pañuelo, comienzo a limpiar mi cara. Tengo una buena vida, tengo a Michelle, tengo un hombre que me ama, una colección de vestidos y hasta un edificio. Esta es mi vida, es mi realidad, no tengo ni una sola razón para llorar, no traeré mi pasado al ahora, no permitiré que nadie arruine mi presente.
No voy a llorar más.
…

31 de diciembre

Hoy Alessio y yo iremos a nuestra primera fiesta de fin de año. Contraté una estilista a domicilio. Estaba haciendo algo en la cocina cuando ella llegó y Alessio amablemente le abrió la puerta, la recibió por mí. Él ha tenido una serenidad extraña últimamente, la verdad han sido días tranquilos. Se ve muy lindo.
Subo a mi cuarto con Kendall, es una linda y amable chica de California. Mientras preparaba sus herramientas, me estuvo contando su experiencia como emprendedora, no fue fácil para ella dejar su ciudad y abrirse paso como estilista en Londres.

Escucharla me dio otra razón para no llorar más por mi pasado, todos vivimos dificultades tratando de hacer lo mejor por nuestras vidas, y así como hizo ella, a veces la solución está en agarrar todas nuestras cosas e irnos lejos. Comenzar desde cero con toda la experiencia acumulada de las derrotas pasadas. Me alegra verla triunfar, me alegra ver a las personas haciendo sus sueños realidad, siento una genuina felicidad cada vez que escucho que a una persona le va bien.
Kendall comienza con mi peinado. Arregla mi cabello de lado y me hace unas dramáticas ondas de agua. Mi largo cuello se luce. Y me llena un buen presentimiento, no puedo esperar a ver el resultado final. Me pregunta qué tipo de maquillaje quiero y yo le muestro una foto.
— Aaah, ¿te gusta el estilo doujin?
— Sí, pero que se vea natural.
— La verdad te va muy bien, sólo tendré que ponerte algunas pestañitas, ¿estás bien con eso?
— ¿Me veré como la chica de la foto?
— Te dejaré más tierna y brillante que la chica de la foto.
Sonrío con emoción.
Pasa casi una hora, me miro al espejo y al ver el resultado tan hermoso me dan ganas de llorar.
— ¡Ni se te ocurra! — Kendall saca un pañuelo no sé de dónde y atrapa mis lágrimas, nos reímos juntas. Su trabajo es precioso, sostengo sus manos mientras le doy las gracias, qué talento tan bendito tienen las personas que se dedican a embellecer a una mujer. Hacen arte.
Mientras aún hablamos, tocan la puerta, es él.
— Ya voy a terminar cariño.
— ¿Puedo entrar?, estoy aburrido...
— Te prometo que ya voy a terminar, sólo dame treinta minutos más.
— ¿¿Treinta??— suelta la risa— lo dices como si fuera poco.
— Por favor cariño, sólo unos minutos más.
Kendall sonríe con la mirada llena de ternura y mi corazón late emocionado.

— Okey, te esperaré abajo.
Deslizo la cremallera del portatrajes, saco lo que me pondré esta noche: Un hermoso vestido ceñido al cuerpo de color negro sin escote, es largo hasta el piso; las luces del techo se reflejan en los cientos de cristales Swarovski bordados a mano.
— Es muy hermoso. Date la vuelta, te ayudaré a ponértelo. — Kendall amablemente me ayuda a vestir. Todas las lágrimas que no me dejó derramar las botó ella. Por alguna razón luce más emocionada que yo.
Me miro en el espejo, y delicadamente pone en mi brazos una estola de color blanco.
— Siento que estoy viendo a la protagonista de algún cuento.
— Muchas gracias, todo esto es gracias a ti kendall, muchas gracias.
— No, no es por mí. Hago esto desde hace años. Eres tú, te ves hermosa porque eres una persona hermosa, por eso luces tan bien.
— Gracias. — Sonrío con ganas de llorar y ella me alcanza con el pañuelo otra vez.
Me pongo unos pendientes brillantes, pequeños como lágrimas. Una delicada gargantilla y deslizo por mi dedo el anillo que Alessio me dio. También me pongo una pulsera que hace juego. Mientras, Kendall recoge sus cosas, me tira un beso y se va.
Todavía llevo la férula, pero al menos ya puedo mover la mano. Me cuesta un poco, aun así consigo atar mis tacones negros de punta. Un poco de perfume, el clutch entre los dedos, y me dirijo a la puerta. Antes de salir, miro el anillo en mi dedo. No lo dudo. Abro. El primer pie se posa fuera de la habitación, y bajo la escalera con calma; no quiero empezar el año con una caída.
Llego hasta la sala y veo a Alessio. Está ahí, contemplando las estrellas, como aquella noche en que lo conocí.
—¿Ya estás lista? —pregunta al girarse. Lleva un esmoquin con una faja de satén negro, camisa blanca y un lazo oscuro en el cuello. Su piel luce fresca, suave. Y sus ojos vibran ante los míos mientras me dedica una sonrisa.
Da su primer paso hacia mí, su perfume amaderado llega primero.
— Creo... que ya no tendré necesidad de mirar tanto el cielo, mi hermosa Luna está justo aquí.

No digo nada, sólo veo sus ojos. Se acerca a mi boca.
— Espera, tengo brillo.
— ¿Sí?, sería interesante saber su sabor. — Me besa con tanta ternura. Abro mis ojos y casualmente los suyos ya me estaban mirando, se separa de mí y con los dedos comienza a limpiarse la boca.
— Es de sandía... te ves maravillosa Luna, muy hermosa.
— También te ves guapísimo.
— Gracias cariño. Sonríe con esa mueca de zorro que siempre hace. Me ofrece su brazo, juntos caminamos hasta la salida del penthouse, subimos a una elegante limosina.
— A la mansión Sackler. — Le dice al chófer y entrelaza nuestras manos, miro por el oscuro cristal las luces de esta ciudad.
Todas las veces que me alegré por las bendiciones ajenas.
Las veces que compartí mi comida con otros a pesar de tener hambre, aquellos trabajos de caridad.
El mantener mi buena voluntad a pesar de todo lo que me pasaba. Nada fue en vano, pienso que toda esa gentileza me rodeó y me empujó hasta este momento, hasta el día que conocí a Alessio.
Y sé que ya estoy grande, sé que la película que veía de niña era ficción, sin embargo, creo de todo corazón que el Caballero de la luna...
Por fin vino por mí.

Capítulo 39 - *El baile de año nuevo*

Luna

Tenía tiempo sin visitar a Lukas, ver la mansión Sackler decorada con luces de navidad es un espectáculo, parece un castillo mágico.
Llegamos y nos recibe personalmente en la entrada, se siente muy cálido abrazarlo. Conocerlos a él y a su gente me ha hecho reflexionar en algo importante. Yo no pude decidir de quién nacer, fui puesta en este mundo sin mi consentimiento. Sin embargo, sí puedo elegir a quienes conformarán mi familia en el futuro. Sí puedo elegir y acercar a mi mundo a las personas que hacen más bonita mi vida.
Entramos al salón y me encuentro al señor Sebastian, me da un beso en cada mejilla y me persigna. — Que Dios la bendiga señorita, feliz víspera de año nuevo.
Qué bonito se siente ser cuidado y apreciado de este modo.
Adoro la tranquilidad y calidez que ha crecido en mi corazón desde que conocí a todos los presentes aquí.
Todas las parejas se dirigen a la pista de baile y me pongo muy nerviosa, la boca se me seca, yo no sé bailar vals. Lukas lo nota, me extiende su mano y me lleva consigo al centro.
— Te juro que no sé bailar. — Susurro con apuro.
— Lo imaginé, por eso te fui a rescatar.
— Gracias, me hubiera dado mucha pena con Alessio, muchas gracias.
— Tranquila. Un pie a la izquierda, ahora a la derecha, muy bien. Lo haces bien.
Mientras bailamos, me cuenta que una vez se escapó y tuvo que llamar a Alessio para que le ayudara con una mentira para su padre. Que lo fue a buscar de inmediato y regresaron juntos con pizza para todos. No sé por qué me lo cuenta pero siento que habla con nostalgia, me da un giro y cuando vuelvo a mi lugar ya no caigo en sus brazos, caigo en los de Alessio. Me pierdo en sus ojos y olvidó los nervios, bailo junto a él.
Lo amo demasiado.

Cerca de las once de la noche, me saca discretamente de la fiesta, y caminamos juntos por uno de los tantos pasillos. Abre una puerta y aparecen unas escaleras de piedra antigua. Prende la luz, baja el primer escalón y me extiende la mano, la tomo. Descendemos, uno a uno, los peldaños, envueltos en una complicidad silenciosa. Hasta que el descenso nos muestra el hermoso destino. Nunca había estado en una bodega de vinos. Las paredes son de piedra, y los techos abovedados, me siento como en una película española.
Llegamos hasta una mesa, y me invita delicadamente a tomar asiento.
— Elige un año.
— ¿Un año? ¿a qué te refieres?
— Elige un año, y yo te traeré una botella.
— Ahh, okey... ¿qué tal 1990?
— Buena elección... — Sonríe mientras alza las cejas. Camina por la bodega. — Aquí está. — Agarra una botella y le saca el corcho, sirve dos copas. — Este ha sido un gran año.
— En realidad sí. — Sonrío. Salí de esa casa de esclavos, conocí a un vampiro y ahora soy su novia, tengo un empleo, estoy por terminar el primer año de mi carrera universitaria y continúo aprendiendo dos idiomas. Quitando lo malo, ha sido el mejor año.
— Creo que nunca te lo he preguntado... Pero, ¿cuál es el sueño de tu vida, Luna?, ¿cuál es tu meta?, ¿qué es lo que más deseas?
— ¿Lo que más deseo?... disculpa que cambie de tema pero, ¿me puedo levantar?, es que pasé mucho rato sentada mientras me maquillaban.
— Sí, de hecho podemos caminar... así conoces el lugar.
— Mejor.
— ¿Ahora puedes responder la pregunta que te hice?
— Claro… El sueño de mi vida ya lo hiciste realidad.
— ¿Qué era?
— El sueño de mi vida siempre fue tener un hogar. Ya sabes… un lugar seguro al cual siempre poder regresar, donde todos se respetan, se quieren. — Sonrío, y empiezo a mirar las botellas, busco cambiar el tema, no quiero empezar a llorar. Saco una del

estante, leo la etiqueta. Se ve bastante vieja, dice "Napoleón Bonaparte". — ¿Oye, de verdad esta botella perteneció a Napoleón?
Volteo llena de curiosidad, y lo veo. Veo a mi novio arrodillado con una hermosa caja de terciopelo, y un anillo, un enorme anillo brilla ante mis ojos.
— Alessio...
— Sé que no me preguntaste, pero el sueño de mi vida ya se hizo realidad también. En el fondo quería dejar de sentirme tan solo, y quería que mi eterno corazón latiera de verdad, y tú lo hiciste realidad. Luna Thompson, ¿te gustaría?... ¿Puedes ser mi esposa por favor?, ¿Quieres casarte conmigo?
Veo el anillo, veo las lágrimas vibrando en sus pestañas, y se me cae la botella.
— ¡Ay Dios!
— No te preocupes no pasa nada.
— ¿¿Si era de Napoleón??
— Él ya está muerto, no importa.
— ¿¿Era caro cierto??
— Luna. Sigo aquí, de rodillas... — Sonríe, y lo miro mientras mi pecho sube y baja por mi emoción.
— Cariño claro que sí, sabes que sí. — Me lanzo a sus brazos, Alessio me atrapa con ternura y firmeza, me recibe como si hubiera esperado por éste "sí" toda su vida. Me aferro a su cuello, le beso. Me corresponde y mira a mis ojos.
— Gracias por aceptarme, te amo.
— Gracias a ti mi amor, mil veces gracias a ti.
Él vuelve a besarme.
— No puedo creer que rompiera la botella de Napoleón.
— ¿De qué estás hablando?— ríe en mis labios.
— No lo sé, estoy muy nerviosa.— Sujeta mi mano temblorosa, me da aplomo y posa un profundo beso en el dorso.
— Este anillo, lo mandé hacer al regresar de Groenlandia exclusivamente para ti, tiene incrustados más de cien diamantes, y esta piedra negra que ves en el centro, es una obsidiana. No es una joya preciosa, es una piedra volcánica.
— Brilla como una gema.

— Sí... una preciosa gema que nace después de la erupción de un volcán. La belleza que renace sobre el desastre. El día que te conocí, vi tus ojos y lo supe. Eres una hermosa obsidiana, mi amor.
No hay maquillaje que me haga contener estas lágrimas, mis mejillas se humedecen mientras lo miro hablando de mí con tanta belleza, con tanto amor. Toma el anillo de promesa que me dio y lo cambia de dedo para despejar el espacio de este hermoso anillo de compromiso. Lo desliza suavemente hasta ajustarlo. Es precioso.
— No puedo esperar a la hora en que seas mi esposa y que tu nombre lleve mi apellido.
— Luna Yvoty... es perfecto. — Me cubro los labios. — Cariño, te amo.
— Ven, ¡vamos a contarle a todos! — Me jala en una carrera y comenzamos a subir las escaleras.
— Espera, ¡mi vestido! — La estola cae por las escaleras y Alessio aparatosamente regresa a recogerla, continuamos el ascenso sin parar de reír. Abre la puerta y caminamos juntos de la mano. Entramos al salón. Y curiosamente, nos miran callados. Parece que todos lo sabían menos yo.
— ¡¡Dijo que sí!! — Grita, y un estallido de silbidos y aplausos inundan el salón, todos nos rodean; Lukas y Jhon cargan a Alessio sobre sus hombros. Y yo... descubro a Michelle entre la multitud, corro hacia ella.
— Perdón por demorar. — Me dice mientras me extiende ambos brazos.
— No te disculpes, ¡me voy a casar!
— ¡Te vas a casar! — Gritamos.
— ¿Espera, qué haces aquí?, ¿te vas a quedar?
— Sí, por siempre, juntas hasta las canas. ¡Tiraré el arroz!
— Vale. — mi voz se quiebra y la abrazo. — Tú me lo tiras primero y luego yo a ti, ¿está bien?. — Una a la otra nos limpiamos las lágrimas mientras sonreímos.
Qué felicidad.
Miro a Alessio a los lejos, está riendo... está riendo de verdad.
— ¡Faltan cinco minutos para año nuevo! — Grita Sebastián y la emoción inunda el salón. Alessio me extiende su mano, voy hacia él

sin soltar a Michelle, nos abrazamos todos, alzamos las copas. Y empezamos a hacer bromas entre tanto, hasta que comenzamos a contar. Cuando suenan las campanadas nos fundimos todos en abrazos y felicitaciones.
— Feliz año nuevo cariño. — Me dice Alessio, y me da un intenso beso en la boca, me guindo de su cuello, no lo pienso soltar. Y los corchos de champaña empiezan a volar, menos mal nos tomamos fotos al llegar. Estos fiesteros arruinaron todo mi vestido.
Qué más da estar bañada en champaña. Me voy a casar.

Capítulo 40 - ***El primer día del año***

Ale

La última noche del año, salí con mi novia de mi apartamento, pero, el primer día del año, regresé de la mano de mi futura esposa. Esa madrugada, subimos la escalera hacia nuestros cuartos lentamente. La miré y mi corazón me afirmó aquello que pensé desde que salimos de la mansión Sackler. No quiero separarme de ella.
Sin embargo, sé perfectamente qué hora es; son las cuatro de la madrugada, necesita descansar. La dejo en la puerta de su habitación, acaricio su frente con un beso y me doy la vuelta. Mi intención de llegar a mi recámara es interrumpida por ella. Su mano se aferra a mi camisa y vuelvo a mirarla.
Suavemente me encamina hasta adentro, me invita a pasar.
Le sigo como un pobre atrapado en un hechizo, nos detenemos justo al centro de su recámara. Todo su cuarto con una embriagadora esencia a frutas y flores. ¿Me pregunto a qué olerá nuestra habitación cuando comencemos a dormir juntos cada noche?, imagino una mezcla muy interesante.
— ¿Puedes ayudarme con el traje?
Se da la vuelta lentamente, miro su cuello en primer lugar, luego acerco la mano a su espalda, deslizo la cremallera. Su vestido cae al instante al suelo, y se da la vuelta en ropa interior. Le recorro el cuerpo con la vista.

— ¿Te ha servido mi ayuda?— Sí, muchas gracias.
— Supongo que ya puedo retirarme.
— Eres un vampiro muy ingenuo si piensas que te traje hasta aquí sólo para que me ayudaras con el vestido.
— ¿Crees que soy ingenuo?
— Eso creo.
Se acerca y me da un beso, la alzo hasta encajarla en mi cintura, mis manos recorren su piel en lo que camino a su cama. Caigo sobre ella, sentir sus brazos alrededor de mi cuello, saber que estoy siendo amado por ella del mismo modo en que yo la amo. Es muy placentero.
Esa madrugada hicimos el amor hasta que los rayos del sol comenzaron a colarse por las cortinas. La fiesta, el baile, la comida. La emoción de saber si aceptaría o no mi propuesta. Todo lo que disfrutamos hasta ahora, me hace querer descansar también.
El primero de enero amanecí en la cama de Luna, y también dormimos abrazados mientras duró la luz de ese primer día del año.
Desperté en la noche algo desorientado, no es común que yo duerma tan profundamente, no es común que yo baje la guardia de este modo, de hecho me espanté un poco al abrir los ojos. Luna no está conmigo en la cama, ni en la recámara. Me paso la mano por el rostro para despertarme un poco y me levanto. Camino desnudo hasta mi cuarto, me pongo unas pantuflas y tomo una bata de terciopelo color negro. El invierno en Londres se está fortaleciendo.
No hago ruido al caminar, ella no percibe mi presencia mientras bajo las escaleras. Me detengo un instante para verla. Tiene una bata de satín color bronce con bordes de encaje negro. Se ve hermosa pero... ¿qué está haciendo?
Desciendo dos escalones más, se me hace difícil descubrirlo, hasta que la sorprendo limpiándose ambas manos en la bata después de pasarlas por su cara. Está llorando.
Camino hacia ella, tomo una manta del sofá y la pongo sobre sus hombros. — Cariño— Se sorprende al verme y trata de disimularlo. Sostengo su rostro con ambas manos, la miro a los ojos... finalmente deja de suprimir sus sentimientos y llora de verdad.

— ¿Por qué estás tan triste?... ¿es por la propuesta?, ¿no quieres casarte conmigo?
— Por favor no vuelvas a decir algo como eso. Claro que sí quiero casarme contigo. — Aferra su mano derecha a mi bata.
— ¿Entonces qué te pasa?
— Es que me propusiste matrimonio, y... Acabo de recordar que la novia es llevada al altar por su padre.
— Oh es eso... no te preocupes cariño, haré que tu padre te lleve al altar si eso quieres.
— Ése es el problema. — Se ahoga en sus lágrimas— Mi padre murió mientras estábamos en Groenlandia.
Se cubre la cara mientras sus sollozos resuenan en toda la sala. La miro desconcertado. ¿Desde cuándo estaba guardando esto?, ¿cómo se enteró? Más preocupante aún: ¿por qué no me lo dijo? Tantas preguntas invaden mi cabeza y las ignoro, sé perfectamente lo que está ante mis ojos. Una hija de luto. — Cariño, lo siento tanto. — La abrazo, la caliento con mi cuerpo, no soy bueno consolando gente, pero hago lo mejor que puedo.
— Lo más ilógico de todo es que estoy segura de que si estuviera vivo nunca le pediría que me llevara al altar, no sé por qué asocio nuestra boda con él, no sé porqué estoy llorando. Dije que no iba a llorar más, no sé por qué estoy llorando otra vez.
Acaricio su cabello mientras ella se desahoga.
— ¿Será por qué sientes tristeza?
Se separa de mi pecho y me mira con los ojos llenos de lágrimas.
— Puede que no hayas tenido una buena relación con él. Pero eso no quita el hecho de que tu padre ha fallecido cariño. Independientemente de si fue bueno o no. Tienes emociones atrapadas en torno a todo eso. Son tuyas, no por él, y por supuesto aflorarán ante algo tan definitivo como la muerte.
Coloca sus manos sobre su vientre, y veo en sus ojos como todo en ella se desmorona. No tengo conocimiento alguno de lo sucedido, pero creo que a pesar de que han pasado varias semanas. Luna acaba de asimilar que su padre ha muerto.
— Ven, vamos al sofá.

La dejo con la manta y me pongo a cortar verduras en la cocina para hacerle una sopa. Ocasionalmente, me acerco y acaricio su cabeza. En el fondo estoy enojado con ella. Carajo, eso era algo importante, ¿por qué no sintió la confianza de contármelo?, ¿habrán otras cosas que me esté ocultando? Trato de no pensar tanto al respecto, no quiero ser desconfiado.
Me siento frente a ella, y llevo una cucharada de sopa a su boca, luego otra. Tras algunos minutos el plato llega hasta la mitad y sus mejillas comienzan a recuperar el color. Qué alivio. Esto me recuerda la conversación que tuve en Mónaco con Michelle. Ella me dijo que los Thompson sólo logran lastimarla, que no permitiera que Luna los volviera a ver. Y ya estoy comprendiendo la razón de tan específica petición. Es claro que ese lazo debe cortarse, pero no sé cómo intervenir sin causarle más sufrimiento. De cualquier forma, este no es el momento.
— Cariño, no te preocupes por tu caminata al altar, no lo harás sola. Creo que la señora Wang estaría más que feliz de llevarte.
— También lo creo. — Sonríe con la nariz y los labios hinchados.
— Yo se lo pediré. Le pediré tu mano a la señora Wang. —
Sus ojos me miran con ilusión y yo me acerco a sus labios.
— Tranquila, puedes ser tan frágil como quieras, tú no tienes que ser fuerte, no si no puedes. Yo seré fuerte por los dos.

Capítulo 41 - ¿Esto es Londres o Nueva Orleans?

Ale

Las semanas pasaron y llegamos a finales de enero. Para mí, el tiempo es irrelevante, pero mierda, ¿cómo llegamos aquí tan rápido?
Salgo de la recepción del edificio al sedán donde mi chófer me espera, pero de camino el frío me congela la nariz y suelto un escandaloso estornudo.
Odio el frío.
Subo a la parte trasera del auto. — Al palacio de Buckingham. — Digo, e iniciamos el trayecto.
De pronto, mientras miro las calles y los edificios, me aborda un recuerdo… uno bonito: el primer amanecer en Londres sin vampiros. En aquel entonces la ciudad se llamaba Véufort. Esa mañana, los humanos caminaban temblorosos por las calles, pálidos y escuálidos, cubriéndose los ojos ante la luz del sol mientras se acercaban, harapientos.
—Son libres. Rieguen la voz —les dije. Entonces un hombre se abrió paso entre la multitud hasta llegar a mí.
—¿Cómo debemos llamarle, señor? ¿Cuál es su nombre? —
me preguntó. Le di la espalda; sólo quería tomar mi botín e irme.
—¿No tiene nombre? Por favor, permítame darle uno como agradecimiento. Déjeme ponerle un nombre. Y también… tengo unas tierras que en el pasado pertenecieron a mi familia;
hay oro oculto en ellas. Quiero dárselas por la gracia que hoy hemos recibido. Déjeme agradecerle en nombre de todos. — Escuché la palabra "oro" y me detuve. Lo miré.
—A veinte kilómetros de la salida de Véufort verá unas colinas. En la cima de una de ellas hay un tejo negro. Bajo sus raíces yace un depósito: los tesoros de la monarquía humana. Soy primo lejano de Ana la Traidora.
— ¿Se refiere a la Reina Ana?
— Así es.
— La conocí mientras vivió.
—¿De verdad?
—Sí. En parte, gracias a ella estoy aquí.

—No puede ser.
—Aunque Ana sintió miedo como la mayoría y huyó, al final se enfrentó a Mikael para defender a los humanos del sur. Ayudó a salvar mi hogar. Me gustaría que dejaran de recordarla como traidora.
—No lo sabía. No sabía eso, señor. A partir de ahora me aseguraré de contar la verdadera historia. En cuanto al nombre… no tengo una espada con la que bendecirlo como es debido, pero tengo esta rama de álamo. Si no le importa, la posaré sobre sus hombros; es nuestra costumbre.
—Bien.
—En nombre de los sobrevivientes del holocausto humano, yo, en representación de todos mis hermanos y del cielo, te bendigo y te doy un nuevo nombre. A partir de ahora te llamarás Alessio. Recíbelo como regalo y recordatorio de este glorioso día.
Me tocó los hombros con la rama, una vez en cada uno, y la multitud rompió en aplausos.
—¿Qué significa?
—Defensor de la humanidad, señor. Ese es el significado de Alessio, su nuevo nombre.
Asentí y me despedí. Ellos tenían una nueva vida que comenzar, y yo, un mundo por recorrer y tesoros que administrar. Aquella fue la primera vez que hice algo que me hizo sentir verdaderamente orgulloso. Me marché feliz, aliviado al saber que esas personas no volverían a llorar bajo el yugo de los vampiros.
Los años pasaron y aquel hombre tuvo descendencia. Una descendencia que, hasta el día de hoy, sigue en el Palacio de Buckingham, el mismo lugar al que me dirijo esta mañana.
— Hace tanto que no visito este sitio. — Murmuro mientras el auto se acerca a la entrada del Palacio. Cuando nos detenemos, bajo del mismo. El rey Oliver y su esposa la reina Maxine, me reciben en la entrada.
—Gracias por el honor, majestades.
—El honor es mutuo, Alessio —me invitan a pasar. Una breve caminata nos conduce hasta la sala de audiencias. La reina nos deja a solas y cierra las puertas con suavidad. Tomo asiento en un sillón

vintage de estilo victoriano, mientras Su Majestad se acomoda en un sofá de la misma colección.
—Honestamente, llegué a pensar que no volvería a recibir una visita tuya.
—¿Qué le llevó a tener tal pensamiento, majestad?
— Visitas otros palacios constantemente, menos el mío, y eso que vivimos en la misma ciudad.
— Parece que las noticias vuelan. —respondo tras una leve risa.
—Ya sabes lo que dicen: los ojos del Rey están en todas partes.
— Eso dicen.
—He escuchado que tienes problemas con los Harris.
— No tengo problemas con nadie, como sabe soy alguien pacífico.
— Escuché historias sobre francotiradores apuntando a mis guardianes en Mónaco.
— En las leyes modernas existe un principio llamado legítima defensa.
— Aún así.
— Soy el defensor de la humanidad, no de los licántropos, majestad. Creo que he dejado claro con los años mi postura en relación a ellos.
— Los licántropos son aliados de este país y de la humanidad. Fuiste tú quien nos enseñó eso.
— Creo que hay una pequeña malinterpretación de la historia. Los lobos no son amigos de nadie. Son criaturas que hacen lo que su manada necesita. Afortunadamente, en ocasiones esas necesidades se han alineado con las de la humanidad, pero el día que no sea así, sacarán los colmillos.
—Como todos… ¿acaso los seres vivos no actuamos de esa forma, Alessio?
Hablar con el monarca británico siempre es igual, sin importar el año ni el descendiente que ocupe el trono: es como conversar con alguien que evidentemente sabe algo que tú no. Alguien capaz de ofrecer consejo, pero también, alguien cuyas palabras pueden resultar incómodas, como si escondieran una sutil reprimenda.
—Supongo que tiene razón, majestad… Pero, particularmente, no me gustan los perros. Y creo que en Francia opinan lo mismo, por eso terminaron emigrando más lobos a este país. Lo cual es

preocupante porque aquí están buena parte de mis inversiones y mi hogar desde hace siglos. Por el bien común, deberían aprender las normas básicas de convivencia. Como sabrá, estoy algo viejo; la paciencia no es precisamente una de mis virtudes.
— Mi padre solía decir que nunca es tarde para cultivar nuevas virtudes. Quizá este sea un buen momento para que cultive la paciencia, señor Alessio. Como Rey, quiero mantener la paz y que usted colabore sería de gran ayuda.
Es increíble que haya pasado más de un siglo y no se atrevan a decirme que han extraviado la llave. Prefieren confiar en esos lobos mal olientes antes que en mí. Al parecer, Tyler no ha cometido la torpeza de delatarme ante el Rey, pero el fortalecimiento de su alianza no me inspira nada de confianza.
—¿Hay alguna razón adicional para que haya decidido reforzar su estrecha relación con los lobos, majestad?
—No, sólo necesidades alineadas, como siempre.
Ha trazado una línea y no voy a cruzarla. No quiere hablar del tema. No quiere que descubra que la llave se ha perdido, y lo mejor que puedo hacer es conservar mi distancia.
— ¿Y a qué debo tu visita? Me alegra verte, pero imagino que has venido por una razón.
— Sí. Me voy a casar. — Su rostro pierde el color. — No se preocupe, obviamente mi futura esposa es una humana.
—Eso supuse, perdón —ríe—. Estoy muy feliz por ti, sólo que no estaba en la lista de posibles cosas que pensaba escuchar hoy. ¿Planeas… convertirla?
—No.
—Respondiste muy rápido.
—Majestad… Creo que he sido claro en mi posición respecto a los vampiros y, sobre todo, en la práctica de convertir humanos en vampiros. Mi postura no va a cambiar: no hay futuro para los vampiros. El futuro es de los humanos.
—Tiene sentido. Sabemos los sacrificios que has hecho en nombre de ese ideal. ¿Y piensas tener descendencia?
—Sí.

—Eso también lo has respondido rápido… y creo es lógico que quieras que alguien de tu linaje herede tus bienes y tu legado. Por lo que sé, los hijos nacidos entre vampiros y humanos suelen conservar nuestra bondad. Y aunque no fuera así, estoy seguro de que sabrás educarlos. Es importante que sigas manejándote con discreción; de saberse, sería polémico. Aunque cuentes con el apoyo de las élites, hay extremistas entre la población que no aceptarían ni siquiera tu presencia aquí. No por ti, sino por lo que hicieron los tuyos. Ya sabes lo que pasa cuando el pueblo se levanta.
—No se levantarán contra mí. Si acaso, lo harían contra el Estado. Yo les doy empleo y lleno sus bolsillos, ustedes se los vacían. No querrá poner eso en una balanza, majestad… Lo importante es que sigamos colaborando como lo hemos hecho por cientos de años.
—Sospecho que hay más cosas detrás de esa respuesta.
—Digamos que no me gusta que me presionen, ni ser menospreciado.
— Tranquilo Alessio. Somos amigos. Sólo te daba un consejo. Por supuesto que cuentas con nuestro respaldo.
—Agradezco escucharlo… aunque, honestamente, no entiendo su preocupación. Todos sabemos que las masas duermen. Después de tanto tiempo, ustedes han logrado su cometido. Aunque no estoy seguro de que sea prudente que los hombres hayan olvidado cómo empuñar un arma. Hay una bóveda debajo de este castillo que debería ser razón suficiente para que cada londinense durmiera con un fusil cargado bajo la cama.
—Son tiempos de paz. Por eso los hombres pueden dedicarse a ser felices. Te invito a hacer lo mismo. Nuestras fuerzas armadas se encargan de la bóveda. Nada malo va a pasar.
—En ese caso, majestad, seguiré su consejo. Por eso he venido: quería decirle en persona la noticia.
—Aprecio el gesto… y espero recibir una invitación para la ceremonia.
Sonrío y hago una reverencia.
—Pronto la tendrá, majestad.
…

Tras salir del Palacio, abro mi agenda y tacho la primera tarea de la lista de pendientes antes de mi boda. No es que tuviera que pedirle permiso al rey para tener hijos, es sólo que sé los problemas que puedo atraer, y no los quiero.

Mientras avanzamos, el tráfico se complica y quedamos varados un buen rato. Le digo al chófer que me iré caminando, bajo del auto.

He tenido una sensación extraña desde que salí de casa esta mañana… como si alguien me estuviera observando. Es incómodo, y hacía tiempo que no lo sentía. Al estar tanto tiempo vivo, uno se acostumbra a estas cosas. Sin embargo, me molesta la remota posibilidad de que algunos mitos humanos sean ciertos. Por eso jamás giro la cabeza cuando voy por la calle y escucho que alguien dice mi nombre. Nunca lo hago. En Sudamérica suelen decir que podría ser el diablo. No creo que sea el diablo, pero por si acaso, siempre sigo caminando.

Al llegar a la entrada del centro comercial, me topo con un hombre. Nuestros ojos se cruzan por accidente y veo el intenso azul de los suyos. Es un hechicero, o lo que sea, pero hay magia en esos ojos.

La presencia de brujas y hechiceros es relativamente común en esta ciudad, pero ya llevaba años sin toparme con uno. La gente con habilidades especiales pueden sentirme y por lo general tratan de evitarme.

—Buenas tardes —trato de ser amable.

Pero el tipo me ignora. Lo observo alejarse con una chispa de intriga en mi pecho. Sigo caminando, hasta que veo a mi prometida conversando con Jhon. Él me ve de inmediato y me saluda. Me agrada ese hombre: siempre está alerta y tiene buen instinto. Desde que Lukas me habló de él, supe que sería el guardaespaldas perfecto para mi Luna.

—Hola, cariño. —Sonrío y beso sus labios. Cierro los ojos e imagino que el centro comercial está vacío. Por segundos, me pierdo en su boca.

—Te compré un regalo. —me dice con alegría, poniendo una caja en mis manos.

Nunca se lo he dicho, pero me encanta que tenga estos detalles conmigo.

—No puedo esperar a llegar a casa para abrirlo.
Le paso la caja a Jhon, tomo su mano y caminamos juntos hacia la salida. Pero al llegar a la puerta, el ambiente vuelve a sentirse pesado.
Alzo la vista y veo a dos mujeres al otro lado de la calle. Hago que Luna suba al coche primero con Jhon. Yo me quedo mirándolas fijamente hasta que, ante mi insistencia, se marchan. Encontrarse con un hechicero en Londres ya es raro. Encontrarse con un hechicero y dos brujas el mismo día… ¿Desde cuándo Londres se ha convertido en Nueva Orleans?
No tengo asuntos pendientes con brujos. Sea lo que sea, no tiene que ver conmigo. Subo al auto con Luna.
—Danos privacidad, Jhon.
Él cierra la ventana.
—Y bien… ¿ya elegiste un lugar para la boda?
—Eres un chismoso.
—Sólo soy un hombre que quiere casarse. Ya casi estamos en febrero; no puedes tardar un mes eligiendo un lugar.
—Es que tú quieres casarte en un palacio, no lo pones fácil.
—Si hubieras elegido el Palacio de Versalles como te dije, ya tendríamos fecha. Tengo amigos.
— Bueno, creo que ya tengo un lugar.
—¿Por qué me miras así?
—¿Así cómo?
—Como si hubieras roto una montaña de platos.
— No he roto ningún plato. Aún.
—Anja…
—¿Qué opinas de las bodas en la playa?
—Cariño. No, por favor—Odio las bodas en la playa, son un cliché sin clase y de mal gusto que las productoras de cine han puesto de moda. — Hay personas importantes que debo invitar a esta ceremonia, un palacio es la mejor opción, y también es lo que te mereces. ¿Lo entiendes?
—Sí. Bueno, de todos modos creo que era muy costoso. No importa.
¿Qué?
—No. No hay nada muy costoso para mí. Enséñame.

Me acerco a ella y saca una tablet de su cartera.
— Estuve mirando varios lugares con la planificadora y acordamos que Rodas sería un buen sitio para la boda.
—¿Rodas? ¿En Grecia?
—Sí… pero todo esto es hipotético, no iba a decidir sin ti.
—No te preocupes. Sigue.
—Ella me mostró esta estructura. Iría sobre el mar, a pocos kilómetros de la costa.
Observo las fotos: tres plataformas flotantes unidas entre sí por puentes y estabilizadores de anclaje submarinos. Dos de ellas son techadas. Hay arreglos florales por todas partes, espacios demarcados para el bar, los músicos y los invitados, una pequeña fuente central en la más grande y un largo muelle para la llegada de los yates, los cuales anclan a varios metros alrededor. La estructura tiene columnas dóricas. Es un diseño muy helénico, lujoso.
— Me gusta, acepto esta idea para la recepción. Pero ya que quieres casarte en Rodas, la ceremonia oficial será en el Palacio de los Grandes Maestres. ¿Te parece bien este cincuenta-cincuenta, cariño?
—Claro. ¿Entonces?…
— Llamaré a un amigo en Grecia, y muy pronto tendremos fecha para la boda.
—Alessio, tu mano.— Reclama.
—Está bajo tu falda, lo sé. Yo la puse ahí. Es que… cada vez que recuerdo que vas a ser mi esposa, me entran unas tremendas ganas de cogerte.
—Por Dios, para, ya casi llegamos.
—Lamentablemente, sí. — retiro la mano justo cuando Jhon abre la puerta.
—Qué amable, Jhon.
Te voy a despedir, cabrón.
Bajo junto a Luna, le tomo la mano y caminamos hasta el restaurante.
—Bienvenidos a El Festín. ¿Tienen reserva?
—Sí, a nombre de Alessio Yvoty.
—Oh, sí. Una mesa para Alessio Yvoty y Luna Thompson. Por favor, síganme.

Atravesamos el restaurante hasta una mesa junto a la ventana.
—¿Te apetece algo en especial, cariño?
—Lo que pidas estará bien.
—Dos porciones de carpaccio de remolacha y almendras. Dos filetes de solomillo Wellington, ambos término medio. Y antes de la comida, dos copas de vino tinto de este año. Gracias, eso es todo.
Cuando el camarero se va, miro al frente.
—¿Todo bien, amor?
—Creo que… No, olvídalo…
—Dime lo que sea .
—El mesonero… no anotó nada mientras pedías. Sólo fingía mover el lápiz.
—También lo noté.
—¿Cómo va a recordar todo eso? Es raro.
— Eres lista, Luna. Tanto que a veces siento ganas de lamerte el cerebro.
—¿Algo no está bien, cierto?
—Cierto. Sólo me di cuenta cuando ya estábamos dentro. Pero no dije tu nombre al hacer la reserva, sólo pedí mesa para dos, y ese anfitrión dijo tu nombre completo. Además, no llamó a ningún mesero: fingió tomar la orden él mismo.
— Cielos tenemos que salir.
—Tranquila cariño. Actúa normal. Tendremos que seguirles el juego un rato. Ni siquiera es real lo que ves por esa ventana: hay un manto. Los de fuera no pueden vernos, y nosotros no podemos verlos a ellos.
—Okey, supongo que esto es…
—Brujería. — afirmo.
— Mierda… ¿una pregunta, y los fantasmas también existen?, porque: hombres lobo, ahora brujas… me pone pensativa todo esto, cariño.
—¿Tienes miedo?
—Un poco. ¿Cómo vamos a salir?
—No lo sé.
—Ay Dios.
—Qué bueno que te hayas vuelto creyente.

—Alessio.
—Cuando nos conocimos me preocupaba tu alma, de verdad.
—No tienes ni idea de cómo salir de aquí, ¿verdad?
—Más o menos.
—¿Por qué tan tranquilo? ¿Es por aquella historia del jaguar?
—Algo así.
—Okey… Ya sabemos que el coco no puede llevarse tu alma, ¿pero y la mía?
Me río en su cara.
— Deja de reírte. Tengo miedo, en serio.
— Cariño, ni el coco quiere problemas conmigo. No va a pasarte nada. ¿Tienes audífonos?
— Sí.
—Pon una canción que te guste y sube el volumen. Que no deje de repetirse.
—Okey, ¿"unforgettable" está bien? —veo sus manos temblar mientras busca en su cartera.
—Cariño… —doy una suave palmada en la mesa— No tienes de qué preocuparte. Hazlo con calma.
Una sonrisa se dibuja en su rostro.
— Bien, pondré la canción.
—Y cierra los ojos. No los abras hasta que yo te diga.
—Okey, cierro los ojos.
—Yo quedo a cargo.
—Tú quedas a cargo.— Cierra los ojos lentamente.
— Aquí tienen las dos copas de vino, señor —dice el mesero mientras deja las copas y fija sus ojos en Luna.
—Gracias. Y ya no es necesario que traigas el carpaccio.
Le arranco el corazón del pecho. Su cuerpo se desploma mientras miro a los brujos disfrazados de comensales. Sonrío, dejo caer el órgano sobre el plato y el rebote hace vibrar la porcelana. Me siento a comer. Y ni bien pico la primera porción empiezo a escuchar los murmullos llenos de palabras antiguas con esa típica pesadez del otro mundo..
—¿Ya empezaron con el recital? Los buenos modales se han perdido en este país. Pensé que al menos me dejarían comer. —Agarro el

corazón con la mano, lo muerdo en tres pedazos y me lo trago—. Este es el asunto. — Me pongo de pie tras limpiarme con una servilleta—. No tenemos por qué hacer esto. Díganme qué quieren y se los daré. Soy civilizado.
—Queremos a la chica —dice un brujo pelirrojo, avanzando.
— ¿A ésta chica? — señalo a Luna— Amigos, en ese caso no soy tan civilizado.
Tomo la silla, la estrello contra el suelo y levanto dos estacas, una en cada mano. —Bien. ¿Quién va primero al cielo? Perdón, al infierno. La Biblia dice que los hechiceros no entrarán. No se lo tomen personal, no fui yo quien la escribió.

Capítulo 42 - *Amor a ciegas*

Luna

Me gustaría controlar mi corazón. Confío en él, confío en Alessio, pero ¿realmente todos los comensales eran brujos?,
¿no son demasiados enemigos?
Mientras tengo estos pensamientos, siento que la silla en la que estoy sentada se desplaza, y en un giro brusco, me deslizo sobre el suelo. El viento golpea mi cara y mi flequillo cede. Mi cuello se tensa al frenar tan abruptamente, y en cuestión de segundos, mi rostro se ve salpicado. Aprieto mis pestañas y me espanto en reacción a lo que sea que haya sido eso, me aferro a la silla y mientras aún lo asimilo, otra serie de gotas cae sobre mi rostro. Conozco perfectamente el olor de la sangre, eso es.
Vuelvo a apoyar mis pies sobre el piso. Las vibraciones me lo cuentan todo. ¿Mesas?, ¿sillas? Numerosos objetos están chocando contra el suelo.
Trato de concentrarme en la música. Trato de desconectar mi mente de aquello. Pero mi búsqueda de paz se ve interrumpida por otro

giro violento de la silla, siento que me elevo y rápidamente caigo sentada de nuevo. Hubo fuerza en ese golpe, mis glúteos chocaron contra el asiento con tal ímpetu que se me aguaron los ojos involuntariamente.
De nuevo hay quietud.
Extrema quietud, ¿terminó?
Una mano rodea mi brazo, me levanta del asiento y me hace dar unos pasos. Mientras camino, un aroma a pachulí invade mi nariz. Alessio no huele así. Me quedo firme sobre mi último paso, no me muevo ni un centímetro más. La mano que me sujeta me aprieta y se estremece, mi cuerpo vibra a la par, y tras pocos segundos me suelta.
Tengo una idea clara de cómo me veo. No hay una parte de mi cuerpo que no esté temblando en este momento, estoy de pie, en medio del restaurante, en medio de una pelea entre mi novio y un clan de brujas. No puedo controlar mis rodillas, debo parecer una gallina.
De repente, soy jalada y mi cara se estrella contra una persona. Segundos después, siento algunas caricias en mi espalda baja. Es él. Gracias. Cielos, de nuevo estoy con él.
Mientras estoy apoyada en su pecho, las vibraciones de su torso al mover el brazo me reprenden, siento cada movimiento, cada golpe que da.
—Alessio. —Se me escapa su nombre y su lengua pasa rápido por mi oreja.
—Aquí estoy.
Dice pegando su boca a mis audífonos, damos algunos pasos juntos y vuelve a sentarme sobre una silla.
Apoyo mis manos sobre mis muslos y trato de buscar valentía en algún rincón de mi mente. El miedo y la incertidumbre que siento al no saber lo que en verdad está pasando abre un hueco en mi pecho. Se siente vacío. Se siente oscuro, y no me gusta la oscuridad.
Un gran golpe sobre la silla llega sin aviso, grito y caigo aparatosamente pero antes de chocar algo me detiene y desciendo despacio, mi respiración se agita. Él está a cargo. Dijo que estaba a cargo.

Una mujer me toma en sus brazos, siento sus pechos mientras trata de levantarme, da dos pasos conmigo, comienzo a gritar y arañarla, pronto suelta un gemido doloroso y se cae. Yo ruedo junto a ella.
Permanezco algunos segundos en el piso, casi sin aliento, el corazón latiéndome a mil por minuto. Acomodo mis audífonos movidos por el impacto, trato de concentrarme en la música, trato con todas mis fuerzas de no pensar tanto y, de nuevo, aquella mujer vuelve a intentar cargarme Sé que es la misma porque su ropa huele a cigarros. Empiezo a patalear y empujarla. Aún así logra levantarme, da dos pasos conmigo en brazos y tras otro gemido, cae, volvemos a rodar por el piso.
¿Y si él no puede?, ¿y si por primera vez no puede?, ¿qué pasaría si esto supera sus capacidades? Necesito ver, necesito saber que él está bien. Debe haber algo. Debe haber una cosa que yo pueda hacer.
Alessio, déjame ayudarte. Abro mis ojos y me llevo el susto de mi vida. Está justo sobre mí, sus ojos son negros, completamente negros hasta la esclera, hiperventila sobre mi rostro.
Me quito un audífono.
— Ale.
—¿Puedes levantarte por ti misma? Quiero evitar tocarte en este estado, podría hacerte daño sólo con un roce, y no me perdonaría eso mi amor. —Me dice entre jadeos.
—Sí puedo.
—Cuando lo hagas mantén tus ojos cerrados, no quiero que ensucies tu mirada.
—Los brujos ya no están, ¿cierto?
—Oh, ellos están. Es precisamente eso lo que no quiero que veas.
—Bien. —Hago lo que me dice, cierro mis ojos, me levanto y camino guiada por su voz. Lo escucho abrir la puerta y finalmente salimos.
—Ya puedes abrir los ojos, Luna.
—¡Señor!, ¿pero qué le sucedió? —Jhon se escucha nervioso.
—¿Dónde está Jhon? —Alessio agarra a Jhon por el cuello mientras pregunta y lo alza del piso.
—¡Cariño!
—Luna sube a la camioneta.

Le obedezco, me siento atrás, él abre la puerta del conductor y hace que Jhon se arrastre hasta el asiento del copiloto. Él toma el volante, ¿qué está pasando?
—Te daré una oportunidad para que hables. Si no hablas antes de que lleguemos a mi casa, debes saber que de mi apartamento no saldrás vivo.
—Miro a Jhon por el espejo retrovisor. Ahora todo tiene sentido, no es Jhon. —¿Dónde está Jhon?, ¿qué le hiciste? —Mi voz se quiebra. No puede estar muerto, su hija lo espera.
Alessio le da un golpe y su nariz comienza a sangrar.
Retrocedo sobre mi asiento, temblando.
—Perdón, cariño. No volveré a hacer eso frente a ti.
Acelera el vehículo y comienza a hablar con Lukas por teléfono. Yo agacho la cabeza y me concentro en mis piernas. ¿Acaso no estaba todo bien esta mañana?, ¿cómo es que siempre las cosas terminan complicándose tan rápido?
Pasan los minutos y veo la calle donde está su edificio. Él gira abruptamente y baja hacia el estacionamiento, me agarro con fuerza de la puerta. Va demasiado rápido.
Cuando llegamos, el estacionamiento está lleno de camionetas y hombres armados. Veo a Lukas. Corre hacia nosotros, abre la puerta del copiloto y pone una pistola en la cabeza del Jhon falso.
—¿Te pusiste la pulsera que te dije? —Pregunta Alessio mientras se baja. Lukas asiente y entablan una conversación afuera. Finalmente, él se lleva al hombre y casi al instante Alessio abre mi puerta.
— ¿Estás bien mi amor?
— Lo estoy.
—Lamento esto.
—No me pidas disculpas, por favor, estoy bien. ¿Qué está sucediendo?
—Conversemos arriba. —Me ofrece su mano. Camino junto a él y somos seguidos por los hombres de la familia Sackler.
El ascensor va a su máxima capacidad. Puedo asegurar que soy la única persona dentro de este pequeño espacio que no representa un peligro para nadie. Entramos al penthouse y Lukas ya está en el balcón pateando al hombre que trajimos del restaurante. Alessio me

toma del brazo y juntos subimos las escaleras, lo hacemos muy rápido, demasiado. Abre la puerta de mi cuarto y hace que me siente sobre la cama. Se arrodilla ante mí y comienza a desatar mis sandalias.
—Trata de dormir.
—Para. No puedes tapar el sol con un dedo.
—No estoy tratando de taparlo, simplemente hay cosas que no necesito que veas.
—¿Tomaste esa decisión por mí?
—Sí, lo hice. Porque no quiero que tengas más pesadillas.
—¿Al menos me dirás por qué los brujos te están persiguiendo?
Me ignora y abre la puerta de mi clóset, saca una bata.
—Ponte esto, vendré más tarde.
—¿No me dirás?, ¿así es cómo esto será?
—No hagas drama de esto por favor.
— No es drama. Mírate, te costó trabajo vencer a esos brujos, no fue algo tan simple para ti. Lo que sea que esté pasando quiero saberlo. No es un drama, lo único que pido es que me dejes saber. Es la única forma en que yo pueda... no lo sé, tal vez, ¿hacer algo?
—Luna, que te preocupes por mí es muy tierno, de verdad lo aprecio, pero tú misma lo has dicho, me costó trabajo a mí. A mí. ¿Imagínate ahora qué podrías hacer tú?
—Al menos deja que te acompañe aquí en casa. — mi voz se quiebra.
—No verás nada lindo allá abajo. Verás lo peor de mí.
—Lo sé. Y aun así quiero estar contigo, por favor.
— Trato de que estés bien.
— Alessio.
— Escúchame, mi amor, escúchame por favor. Has avanzado mucho, y este tipo de situaciones sólo afectarán tu progreso.
— Aun asi no puedo esconderme, sigo viviendo, y si pasan cosas malas. Debo afrontarlas. Puedo con esto.
Respira profundo.
—Si te sientes incómoda en cualquier momento, sólo tienes que subir.
—Te prometo que eso haré, no te molestaré.

— No hago esto porque piense que seas una molestia, lo hago para proteger tu mente. ¿Estás segura que quieres bajar?
— Sí, quiero hacerlo.
Alessio sujeta mi mano y camino descalza junto a él de regreso a la sala, escucho los quejidos del hombre mientras está siendo torturado. No hacemos nada malo, comprendo lo que está pasando, Alessio debe protegerse. Su medio es hostil, no puede mostrar debilidad. Me siento en el sofá y veo de frente lo que sucede en el balcón. Ese hombre no es Jhon, lo más probable es que haya matado a Jhon. No sé si este pensamiento es puro o bueno, pero si ese infeliz mató a Jhon, se merece todo lo que está sufriendo.
La paciencia de Alessio no dura mucho y sus manos se posan sobre su cabeza. Yo debería cerrar mis ojos, creo que lo va a matar.
—Con razón viniste tan voluntariamente, querías ser los ojos de tu aquelarre dentro de mi casa, ¿no es verdad? Una especie de portal. Ahora que veo tu mirada aterrada me daré el placer de explicarte lo que ya es obvio para ti. Tu gente nunca podrá llegar aquí, no pueden entrar en mi morada, no pueden ver a través de mí, sin embargo, yo sí puedo ver a través de ustedes. Pude verte a ti claramente cuando trataste de hacerte pasar por Jhon en la salida del restaurante. Y pude verlos a ellos cuando andaban dando vueltas alrededor de Luna por el centro comercial.
—¿Qué eres?
—Yo no doy explicaciones. Habla o buscaré a tu familia y a la familia de tu familia. A quién sea hasta desatarte la lengua.
—Hay una recompensa.
—¿De cuánto?
—Ocho millones de libras, pero estoy seguro de que pronto el precio aumentará. Doce aquelarres quieren a esa chica, están en una carrera para encontrarla.
¿A mí?
Todo esto…
El ataque del restaurante…
¿Todo lo que ha pasado es por mí?
—Ya puedo imaginarme la razón, pero aun así me gustaría preguntar por qué.

—Ella nació un martes nueve a las nueve de la noche.
—¿Quién filtró esa información? No pudo haber sido la casa de venta, ellos saben perfectamente lo que soy. Además, aunque así haya sido, es ilegal tomar posesión de un esclavo con dueño.
—¿Sí entiendes lo que significa nacer un martes nueve a las nueve, cierto? A los aquelarres de este país les importa una mierda de quién sea la chica, la tendrán.
—Ahora que lo pienso, todos ustedes, los de tu clase, tienen la maña de compartir pensamientos. Visiones, ¿así les llaman? Tú debes saberlo, claro que debes saber todo, responde: ¿quién la entregó?
—No puedo decirlo, es cosa de brujos.
—Lukas, ¿ya averiguaste cómo se llama su hija?
—Sí, Amanda. Apenas va al jardín de infantes.
—Ya escuchaste, habla o dile adiós a tu querida Amanda.
—No te atreverías.
—Dice que no me atrevería. —Toma aire y le da una fuerte bofetada.
—¡Habla mierda! ¡No tienes ni puta idea de lo encabronado que estoy! ¡Si no quieres ver a tu hija muerta abre la puta boca y dame el nombre!
—¡Ya te he dicho demasiado, mis ancestros me rechazarán!
—¡Lukas! ¡Trae a la mocosa!
—¡Sí, señor!
— ¡Si te digo más, mis ancestros me rechazarán! ¡Ni siquiera mis hijos tendrán un lugar para descansar! Eso es peor que la muerte.
—Tus ancestros no pueden entrar aquí, imbécil. No pueden pasar a mi morada, ni siquiera lo sabrán. Y si lo supieran, ¿qué tipo de padre pone sus creencias por encima de sus hijos? ¡Das asco! —Lo abofetea de nuevo.
—Ellos siempre saben. — Murmura temblando, una liga de baba y sangre cayendo de su boca.— Los ancestros siempre saben.
—Le voy a dar una última oportunidad a tu hija. Habla.
—El que vende al cordero siempre está protegido. Es un hechizo muy poderoso. No sólo se trata de los ancestros, quien lo delate morirá en el momento que pronuncie su nombre.
—Entonces muere y salva a tu hija. Asume la responsabilidad de tus actos.

Un siniestro soplido del viento se apodera del lugar. Cada hombre y cada mujer en este penthouse tiene sus ojos sobre ese hombre, esperando escuchar el condenado nombre. Agacha la cabeza y veo sus lágrimas chocar contra el piso. Las lágrimas de un condenado a muerte. Lentamente, voltea y me mira a los ojos. —Diré el nombre, pero no permitas que él toque a mi hija.
—¡¡Maldito!! —Alessio golpea su cabeza y cae al piso. —¿¿Quién te dio permiso de hablarle??
—¡Espera! — me levanto— Cariño, por favor espera. —Miro fijamente a ese hombre a los ojos. —Te juro que si nos das el nombre, nadie tocará a tu familia. Tienes mi palabra.
Él asiente y se pone de rodillas ante mí
. —Confiaré en su palabra, señorita.
—El maldito nombre. —Alessio quiere matarlo, la quijada le tiembla. Y sus ojos… nunca los había visto mirar a alguien con tanto odio.
El hombre respira profundamente:
—Xavier Thompson.
Escucho el nombre de mi hermano y un vacío invade mi estómago. El hombre muere al instante, cae a los pies de Alessio, siento como los ojos de todos en esa habitación gradualmente se posan sobre mí, excepto los suyos. Alessio no me mira, sigue mirando el cadáver que yace a sus pies.
—¿Lukas, sigues aquí?
—Sí. —Responde desde la puerta.
—Averigua dónde vive Xavier Thompson.
—Entendido.
Alessio pasa por mi lado y no dice ni una sola palabra, toma las escaleras y yo reacciono de inmediato, voy detrás de él. Entramos a su cuarto.
—¿A dónde vas? —No me responde, sólo tira la camisa al piso y entra al baño. Lo escucho lavarse la cara, lo espero y tras un minuto regresa secándose con una toalla.
—Al menos, ¿puedes mirarme?, ¿puedes hablar conmigo?
—No es un buen momento. —Saca una camisa del clóset y comienza a vestirse.
—¿Qué vas a hacer?

—No necesitas saber. —Camina hacia la puerta, trato de pararlo y se zafa de mis manos.
—¡Alessio! —Grito. —¡Si sales por esa puerta terminamos!
Se detiene justo bajo el marco.
—¿Recuerdas por qué pagué siete millones por ti en vez de cinco?
—Dijiste que no querías brujas detrás de ti en el futuro.
—Una mujer que nace un martes nueve, exactamente un martes nueve a las nueve puede concebir hijos sobrenaturales no mestizos. Cualquier ente o criatura puede nacer de tu vientre y no heredar tus genes humanos. Eres un receptáculo, ¿sabes lo que te harían esas brujas si te agarraran? ¿Sabes cuántos hijos te harían concebir? Estarías en labor de parto hasta que la luz de tus ojos se agote. Ese ni siquiera es el mayor problema porque te puedo asegurar que jamás te apartarán de mi lado. El problema en sí es tener enemistad con ellos. Acabo de exterminar a casi un aquelarre entero. Los brujos jamás mueren sin dejar problemas, siempre tienen un doliente, un amigo, un primo. Pasarán sesenta años y aun después de tu muerte seguirán buscando venganza. En pocas palabras, acabo de perder permanentemente la valiosa paz por la que tanto he trabajado, sin contar el peligro en el que estás ahora. ¿Rogarás por la vida de tu hermano después de saber eso?
—¿Entonces sí vas a matarlo?
—¿Ya puedo cruzar la puerta?
—Cariño, yo… odio a Xavier tanto o más que tú, ¿pero cómo he de causarle semejante dolor a alguien que amé? cómo voy a manchar mis manos con la sangre de mi propio hermano?
— No serán tus manos las que se ensucien.
—¿Podríamos hablarlo?
El silencio que prevalece en la habitación después de esa pregunta agita mi alma.
—No.
Sin mirar atrás, cruza la puerta ignorando mi advertencia.
Sé lo que eso significa y mi corazón se rompe en mil pedazos.

Capítulo 43 - *La copa de la Venganza*

Alessio

No por desconfianza ni por mala intención, pero luego de enterarme de la muerte del padre de Luna, mandé a investigar a su madre y a su hermano.

Quería saber dónde estaban. Cómo y dónde vivían, pero sobre todo si representaban un peligro para ella. Según Katherine, la investigación aún estaba incompleta; sin embargo, le pedí que me enviara lo que tuviera, y mientras avanzo a la casa de mi casi difunto cuñado leo lo que tenemos sobre ellos en una tablet, también observo algunas fotos..

Vivian, su madre, no se parecía a Luna en su juventud; era de baja estatura, castaña y de ojos claros. Sin embargo, sí compartían algunos rasgos, facciones óseas similares. El mismo prototipo elegante de belleza.

Ezra, su padre, creció en la misma cuadra que ella, así que fueron novios desde muy jóvenes y comenzaron a vivir juntos antes de que él terminara la universidad. Su primer embarazo fue de Xavier, un varón, que llenó de felicidad sus vidas y mantenía llena de flores y risas su casa. Pero lo que fue dorado, poco a poco se tornó gris. Muchos vecinos confirman el relato de que el hombre comenzó a dormir fuera de casa y de que constantemente se escuchaban gritos por las noches. El chisme de la cuadra era que él tenía un amante en la oficina y que quería dejar a Vivian, pero que ella buscó embarazarse por segunda vez para impedir que se fuera. Y sí funcionó.

Aunque el brillo de la casa volvió por algunos años de nuevo. Si antes los vecinos se quejaban por los gritos. Comenzaron a llamar a la policía al escuchar gritos de auxilio y golpes.

Ese fue el entorno en el que Luna creció, hasta que su padre se fue definitivamente de la casa. Y los moretones que antes llevaba su madre, comenzó a llevarlos ella.

Aunque sus vecinos denunciaron, especialmente la señora Wang. Nunca lograron reunir las pruebas que la policía requería para

quitarle la custodia. No era igual en aquellos años que ahora. Y en relación a los parientes por parte de su padre. Queda pendiente esa parte de la investigación, pero según los relatos. Ellos jamás buscaron la custodia, tampoco intervenían.
Al bajar del auto y ver la que era su casa. Siento pena y, de cierto modo, dolor. El cual se liga con la rabia que ya de por sí me hierve en las venas.
El pasto está muerto, las paredes son de piedra gris y oscura, las bisagras de las ventanas están por caerse. Hay una enredadera que sube hasta el techo. Todo se ve mohoso, excepto la puerta. Subiendo las escaleras hay una llamativa puerta de madera de color rojo. Mientras lo miro todo, comienza a llover. Ni siquiera he visto a mi cuñado y ya el cielo lo está llorando. Pero las gotas de lluvia que caen sobre mi cara se ven interrumpidas. Lukas se para a mi lado sosteniendo dos paraguas, uno para mí.
—Parece que no hay nadie en la casa.
—Tenemos tiempo, lo esperaremos. — Caminamos rodeando la casa hasta el patio; llegamos a la puerta de atrás, roja también. Sostengo la manilla en mi mano y, en un solo movimiento, la rompo. Entramos. Hay algo en esta casa que se siente extraño. Algo más allá de la pesadez que los gritos dejaron en estas paredes. Algo más… turbio.
Hay adornos que cualquiera podría pasar como clásicos. Pero sé bien que no lo son. Todas las paredes tienen una cornisa de madera con motivos celtas. Y sobre la chimenea hay algo que arrebata completamente mi atención. Un calendario druídico con un año y mes marcados.
—¿Pasa algo? —Lukas pregunta a mi lado.
—No, solo estoy mirando.
Siempre he pensado que hay algo en ella, no lo sé… extraño. El hecho de que no le tema a lo que muchos podrían llamar horrores deja mucho que pensar. Su calma siempre ha sido intrigante para mí.
Me siento en un sillón a esperar, a esperar y pensar. En todas las formas en las que lo podría matar, vienen a mi mente distintos escenarios. Sin cabeza, sin corazón, o una muerte lenta

arrancándole las entrañas. Pero en cada uno de ellos, veo los ojos llorosos de Luna de fondo, esos que suplicaban piedad. Y por ella, solo por ella, estoy dispuesto a ser piadoso. Piadoso a mi modo.
—Lukas.
—¿Sí?
—¿Puedes traer una botella de vino?
Tarda algunos segundos en comprender.
—Sí, de inmediato.
Se retira y quedo solo por algunos minutos; pronto vuelve y sirve una sola copa, la pone en la mesita junto al sillón del frente.
Permanezco esperando una hora sentado, cuando la puerta se abre lentamente, y un hombre joven entra, deja su abrigo junto a la puerta. Enciende las luces y su rostro se espanta al encontrarme aquí.
—Siéntate.
Su pecho se agita, su respiración y los latidos de su corazón también. Camina despacio, toma su lugar en el sillón.
—Me gusta el color rojo de tu puerta, es una buena elección aunque muy particular.
—Gracias. Ligué la pintura con sangre de cordero; de ese modo los brujos no pueden entrar a mi residencia ni intervenir en mis sueños, así que asumo que no eres uno.
—No... no lo soy.
Ni bien termino de hablar, saca un arma con silenciador y vacía su cartucho en mi pecho. El dolor de los impactos hace que me llene de ira. Corre hacia la puerta. Lukas le atraviesa el pie, cae al piso, y lo apunta con su arma en la cabeza. Yo me levanto lentamente. Me saco las balas del pecho. Tiro una por una al piso en lo que me acerco a él.
Con una sola patada lo estrello contra la pared; comienza a toser. Lo agarro por un mechón de pelo y hago que vea a mis ojos. Pero es precisamente eso, sus ojos tan idénticos a los de ella lo que me hacen retroceder otra vez. Le doy un puño en la cara y lo llevo a rastras por el pelo de regreso al sillón. Vuelvo a tomar asiento.
Lukas me da un pañuelo y me limpio las manos, no acostumbro a tocar mierda.

Como si la patada lo hubiera desquiciado, Xavier comienza a reír con sangre en los labios.
—¿Te molesta si fumo? —pregunta.
—Adelante, cuñado.
—Entonces Luna te envió.
La presión en mi sangre se dispara.
—Pongamos reglas: no menciones su nombre, o te arrancaré la cabeza.
—¿Qué eres?... ¿hizo ella un pacto con un demonio o algo así?
—He vivido mucho tiempo y nunca he visto uno.
—Ay, mierda. —Suelta una risa nerviosa que lo lleva a toser—. Eres un vampiro. Creí que estaban extintos... Nunca más le creeré una mierda al gobierno ni a ningún estado. ¿De quién es esta copa de vino? No importa, la tomaré igual.
Reacciona a mi existencia casi con la misma normalidad que Luna.
—Tienes pésimos modales. No te ofendas, pero en comparación con tu hermana te comportas como un asno.
—Sí, ella es la buena, yo soy la oveja negra. Supongo que es un sentimiento que puedes entender, digo... por tu color de piel.
Suelto la risa, tomo aire despacio.
—Lo dejaré pasar. Solo porque somos familia y porque reconozco que fue un gran chiste.
—Gracias. Entonces, ¿si viniste a matarme, por qué no lo has hecho?
—Tengo algunas cosas que preguntarte. ¿Por qué la vendiste?... vamos, cuéntamelo, por favor no te lleves ese secreto a la tumba. Hay que ser muy hijo de puta para vender a tu hermana de la manera que lo hiciste, dos veces... y la mierda que menos me encaja de esta historia, es que en este punto seguro has facturado al menos medio millón de libras con ella pues los brujos pagan bien. Pero sigues viviendo en este basurero. ¿Dónde está ese dinero?
Agacha la mirada, mira a la cortina y se pasa la mano por la cara, seguro limpiándose las lágrimas.
— ¿Cómo te llamas, cuñado?
— Alessio.
—Bien, te haré una pregunta… ¿sueles soñar?

La mierda de responder preguntas con más preguntas ya veo que es un asunto familiar.
—De vez en cuando... definitivamente sueño muy a menudo.
—Yo no. He soñado solo 11 veces en toda mi vida. La primera vez, soñé que alguien perdería su billetera con todo su salario a tres cuadras de mi casa, yo tendría siete años cuando mucho... ¿y adivina qué?
—¿Sí la encontraste?
—Sí, pero hubo un error en la predicción. En mi sueño la cartera era roja. En cambio, la cartera que encontré en realidad fue rosada, pero por supuesto tenía un mes de salario adentro.
—Eso debió ser...
—Sorprendente.
—Disculpa que te interrumpa, cuñado, pero, ¿en qué se relaciona esto con lo que te pregunté?
—Tú lo has dicho... soy un condenado, hoy me voy a morir. Dame la oportunidad de tener una última charla.
—Lo permito.
—Después tuve otros sueños... que, aunque de forma no precisa, igual se convirtieron en predicciones, igual se hicieron realidad, ¿bastante creepy, no? En una de ellas fui un buen samaritano y le salvé la vida a mi maestra en la secundaria. Llamé a la ambulancia justo antes de su clase porque yo sabía que le daría un derrame cerebral.
—¿Y si le dio un derrame cerebral?
—No, pero le dio un infarto.
—Las cosas comenzaron a ponerse serias.
—Muy... no sé cuánto te haya contado mi hermana acerca de nuestra familia, pero nuestro padre era un desgraciado. Yo... nunca pude controlar los sueños; de haber podido hacerlo ya sería millonario. Sin embargo, hubo una semana en la que deseé con todas mis fuerzas encontrarme a papá. Quería darle una maldita paliza, y lo soñé... soñé que lo vería en la farmacia. El sueño me dio la fecha, la hora y el minuto exacto en el que debía estar ahí para encontrármelo.
—¿Y lo encontraste?

— Ah por supuesto que lo encontré. Esa fue una gran charla entre padre e hijo, nadie se metió. Los vecinos no llamaron a la policía ni viendo su sangre correr por el piso. Todos sabían que se lo merecía. Luego, soñé que conocería a una chica. La mujer de mis sueños era mayor, un poco mayor que yo. Era rubia y sus ojos eran verdes. Desperté enamorado de ella y ni siquiera la había visto una vez. Cuando la conocí, descubrí que era una hermosa española, todo lo contrario a mí. Era dulce, educada, tenía un buen empleo, hablaba varios idiomas y le iba muy bien.
—Perfecta para que tú le arruinaras la vida.
—No... —se lleva el cigarro a la boca—. Te juro que ella era lo único en mi vida que no estaba dispuesto a arruinar. Pero ya sabes cómo es, un vidrio roto lo único que hace bien es cortar. Cuando me dijo que estaba embarazada, abandoné la beca que tenía en la universidad y conseguí dos trabajos más. Le llevaba flores casi todos los días, semanalmente compraba ropa para ella y muebles para acomodar la habitación de la niña. Nunca me pidió nada, pero no dejaba que lo hiciera tampoco, yo averiguaba qué necesitaba y se lo daba.
—¿Tienes una niña?
—Sí. Ella tenía cuatro meses de embarazo cuando nos enteramos.
—Felicidades.
—Ya sabes que eres tío. Sé que soy un mal tipo, pero nunca le prometí a ningún dios que sería un santo. Lo único que me prometí es que jamás sería un gusano como mi padre. Jamás sería un mal esposo y jamás dejaría a un hijo sin amparo. Y a pesar de que ya sabes quién me importaba una mierda, tampoco estaba en mis planes que ella terminara donde terminó.
—Evidentemente algo te hizo cambiar de parecer. —dice Lukas.
—Sí, hace más de un año. Justo en la semana que mi hija estaba por nacer, tuve una visión. Digo que fue una visión porque no estaba dormido cuando pasó. Estaba despierto, sentado en una cafetería.
Miro a Lukas con extrañeza, y luego de un segundo volvemos nuestra atención a Xavier. Él señala ese reloj druídico.
—Dentro de seis años, el cuatro de mayo a las dos de la tarde, esta ciudad será destruida. Disculpa por llorar, pero... no puedo evitar

ponerme así cuando lo recuerdo. En mi visión, el puente de Londres se había caído, es la primera señal ¿entiendes lo que digo, cuñado? Londres será el epicentro de una gran catástrofe.
Me enderezo sobre mi asiento.
—Sé que es muy posible que me vaya al infierno por lo que le hice a mi hermana, sin embargo, no me arrepiento. Con el dinero de la primera venta saqué a mi mujer y a mi hija de este país, y con el dinero de la segunda venta les garanticé un futuro. Cuando llegue el día, tendrán alimento, dinero y resguardo.
Me levanto, camino hacia él y le doy una fuerte bofetada, le dejo la cara marcada.
—Te arrepentirás de jugar conmigo.
—No estoy jugando.
— El reloj que señalaste, ¿quién te lo dio?
— La copa de vino... ¿estaba envenenada, verdad?...
— ¡Responde!
— Creo que por primera vez mis sueños me jugaron en contra. No me fui de esta ciudad porque en el último que tuve vi que Londres podría salvarse si me quedaba, en ningún momento vi mi muerte.
—¿Habían vampiros en tu visión?
—Jamás hice algo bueno por mi hermana; nunca me importó.
— ¡Xavier!
— La volvería a vender sin remordimientos. Sin embargo, te cuento esto como el único y último acto de amor de mí hacia ella. Solo faltan seis años para que todo pase... y pasará.
—¡No te atrevas! —Lo golpeo.
—Alessio. —dice Lukas.
—¿Fueron vampiros? — Lo golpeo— ¿Viste vampiros?
—¡Alessio!, ¡él ya está muerto! No le sigas hablando, cuando el Ciantróxido hace efecto es letal, ni siquiera debes poder escuchar su corazón.
Es cierto, no lo escucho.
—Trata de calmarte. Aun si lo que dijo es real. Hay cientos de eventos que podrían destruir esta ciudad, no solo vampiros. Tenemos tiempo para investigar y detener lo que sea que vaya a pasar. Tenemos los recursos para hacerlo.

—Tienes razón. Ve al auto primero... yo me encargaré de quemar la casa.
—¿Seguro?
—Sí, hay algo que quiero hacer antes de irme.
Reviso el bolsillo de Xavier, tomo su teléfono y lo guardo en mi bolsillo. También abro su cartera, me quedo con la foto de su esposa y de su hija.
Él no estaba mintiendo.
Ni una sola de sus palabras fueron mentiras. He visto a los humanos mentir miles de veces y la mirada siempre es la misma. En cambio, los ojos de él pedían ayuda. Sus ojos lucían desesperados.
—¿Quiénes son estas personas en realidad?—Una hija nacida un martes nueve. Un hijo capaz de ver lo que va a pasar. No puede ser casualidad. Tomando el pasillo, comienzo a subir las escaleras, y guiado por el aroma llego hasta la habitación que era de Luna.
Sus cosas, aunque llenas de polvo, están intactas. Abro el clóset y descubro siete camisas colgadas, dos pantalones y tres pares de zapatos. Todo a mi alrededor, aunque bien organizado, luce feo y gastado. Al dar la vuelta para irme, clavo mis ojos sobre el tocador y veo un portarretrato en forma de corazón con una pequeña foto de Luna de cuando iba a la escuela. La saco de ahí, la acaricio con los dedos, luego la pongo en mi cartera justo como Xavier tenía la foto de su mujer y su hija.
Tenemos algunas cosas en común... yo también traicioné a aquellos que me llamaban hermano. —Pero qué pésima comparación.
Saliendo al pasillo, abro la puerta de la habitación de Xavier y, al encender la luz, un lienzo siniestro queda en evidencia ante mis ojos. Hay dibujos perturbadores en las paredes e incluso en el piso. Personas con el rostro distorsionado, como si sus caras se derritieran con ácido, aviones cayendo, edificios derrumbándose, fuego y… la corona del rey está tirada en el piso; el puente de Londres ha caído.
La carga, el horror y la pesadez de este lugar me quitan la valentía por un instante. Permanezco de pie frente a la puerta sin atreverme a dar un paso más dentro de la habitación.
Levanto mi teléfono y llamo a Lukas.

—Todavía no podemos quemar este lugar, haz que un psicólogo forense de nuestro equipo venga de inmediato. Encontré algo. Averiguaremos exactamente qué fue lo que vio.
—Entendido.
Cuelgo la llamada y bajo despacio hasta la sala, el cadáver de Xavier aún en el sillón. Mis ojos vuelven a fijarse en el maldito reloj. Agarro una manta junto al sofá y lo tapo, lo llevo conmigo.
…
Al regresar a casa, lo primero que hago es pedirle a Katherine que me traiga una camisa. Me salpicaron algunas gotas de sangre. De ninguna manera puedo presentarme así frente a Luna.
Subo las escaleras de mi apartamento y veo la luz amarilla de su habitación iluminando el pasillo. No hay manera de que pase por ahí sin que me vea. Creo que incluso lo planeó así.
Me detengo en la puerta y la veo sentada sobre su cama. Acaba de bañarse; su cabello está mojado y peinado hacia atrás. Viste un jogger y un suéter color ocre. Desde que sus ojos se cruzan con los míos, muerde sus labios. No llora, pero sé que tiene muchas ganas de hacerlo.
—¿Puedo entrar?
—¿Es tu casa, no? —Ese puñal me atraviesa despacio. —¿Supongo que está hecho?
—Sí, no sintió dolor. — Se levanta hacia mí y el sonido de una bofetada resuena en el cuarto. No sé ni cómo llegó tan rápido.
—¡Mierda! —grita, sosteniéndose la mano, quejándose de dolor.
—¿Estás bien?
—¡Dios, cómo duele!
—Cuando estoy molesto todo mi cuerpo se endurece, quizás sea por eso. Déjame ver.
—¡No te acerques!
—¿Qué haces?, no me apartes.
—¡Dije que no!, ¡tienes que aprender a respetar lo que digo!
—Claro que te respeto. —trato de agarrar su muñeca.
—¡Que no!, ¡no me toques!
—¿Es por esa mierda que dijiste antes? ¿En serio quieres que terminemos?

No responde. Está tan concentrada en el dolor que creo que ni me escuchó.
—¿Qué haces? —reclama cuando me acerco.
—Quiero que te sientes. Sabes, esto es absurdo, no te voy a obligar.
—Entonces vete.
—¡Siéntate!
— No - me grites.
—Okey. —respiro. —Perdón, por favor, ¿puedes dejar de ser tan terca y sentarte?
Me hace caso. Se sienta y me deja revisarle su mano.
—Está muy roja, pero no tienes huesos rotos. —hundo mi pulgar, dándole un masaje. —Entiendo el tipo de respeto que me pides y voy a dártelo.
—¿No te parece un poco tarde para eso?
—No, no es tarde. Puede que en tu cabeza nade la loca idea de que nosotros terminamos por esta tontería, y puedo permitir que fantasees con eso un rato si eso te hace sentir bien, pero tú y yo no hemos terminado. Me has dicho que me amas, y yo he repetido lo mismo estando sobre ti tantas veces que ni puedo contar, así que deja de decir cosas sin sentido.
—Nunca asumí que habíamos terminado... es solo que no me escuchas, no respetas mis palabras.
—Sí lo hago, pero quieres que peleemos por algo estúpido y no te voy a dejar.
—¿Algo estúpido? Mataste a mi hermano.
—¿Y? ¿Cuál es el problema? ¿Que no lo verás en Navidad? ¡Por favor, si matar a alguien no fuera un delito, ese tipo te habría descuartizado y vendido en partes! Y te aseguro que tampoco te habría dejado descansar en paz; habría exhumado tus restos para también venderlos. No ames a alguien que nunca te amó.
—Alessio, por favor, para. Yo no puedo...
—Ya volví. Con este té no volverá a desmayarse, señorita Luna. Es la receta de mi tío. —dice Katherine entrando a la habitación.
¿Qué mierda?
—¿Quién se desmayó? ¿Cuándo te desmayaste, Luna?... ¡Katherine!
—Señor. —Vibra con mi llamado.

—¿Por qué no me llamaste?
—Perdone, no volverá a suceder.
—Sabes bien... —Luna sujeta mi muñeca.
—Alessio, aún me duele la cabeza, por favor baja la voz.
Me guardo mis reclamos, le hago caso.
—Yo le daré el té, puedes irte. —tomo el té de sus manos y me siento frente a Luna otra vez.
—Solo deja el té en la mesa, quiero descansar.
—Yo no soy el villano de esta historia. No lo soy, y no voy a dejar que me hagas sentir mal porque no he hecho absolutamente nada malo, pero entiendo que no te sientes bien, así que... hablaremos en la mañana cuando estés mejor.
—No hablaremos en la mañana.
—Hablaremos cuando quieras.
—Nunca voy a querer.
Le agarro la cara y la beso. Este incontrolable sentimiento que tengo por ella me obliga a hacerlo. Trata de separarnos y no la dejo.
—Sí vamos a volver hablar, deja de decir cosas para herirme. No fui yo quien te hizo daño, no fui yo quien te lastimó. Deja de pagarlo conmigo, no es justo.
Ella agacha la cabeza, asiente y comienza a llorar.
—Te ayudaré con el té.

Capítulo 44 - ***La Villa en Cotswolds***

Alessio

Hay muchas cosas que me preocupan en este momento. Decir que la visión de Xavier no me quita el sueño sería algo completamente falso. Y no solo duermo menos, como menos, me esparzo menos, salgo menos, aunque las brujas tienen mucho que ver en eso último también.

Lukas trabaja día y noche con los mejores psicólogos y analistas que hemos podido conseguir para tratar de descifrar el tipo de evento catastrófico que Xavier predijo en su visión.

Los días pasan muy rápido y se acerca el cumpleaños de Luna. También el aniversario de la primera noche que estuvimos juntos. Es una fecha digna de una celebración grande, sin embargo, debido a la situación actual es más prudente permanecer dentro del Reino Unido, de este modo, la familia Sackler podría actuar rápido ante cualquier emergencia.

Tengo un hotel boutique en Cotswold, creo que es un sitio que le va a gustar mucho. Espero que se apiade de mí por ser una fecha especial. Después de lo sucedido con su hermano percibo cierta herida entre nosotros... es pequeña, casi invisible, pero igual de molesta que la sensación que queda sobre la piel al cortarse de más con un corta-uñas.

Desayunamos juntos, almorzamos juntos, cenamos juntos. Sin embargo, no estamos juntos... tengo telarañas en el pene.

Cada segundo que pasamos debería ser bien aprovechado, me gustaría que ella lo entendiera y dejara de dar tantas vueltas.

Luego de dos horas en auto, finalmente llegamos. Pasaremos siete noches en este hotel de campo. ¿Cuál es mi plan?, terminar abrazado con Luna en algún rincón de este complejo.

No quiero hacer el amor con ella, quiero que tengamos sexo.

Es un deseo completamente romántico y puro.

— Es un lugar muy bonito, nunca habíamos venido aquí. — Ella admira la estructura de estilo clásico campestre a nuestro alrededor mientras tomamos un café en el restaurante.

— Me alegra que te haya gustado, después de todo estamos aquí para celebrar tu vida.
— Gracias.
— Gracias a ti por existir. — Juro que no hay nada que esos ojos negros no puedan obligarme a decir o hacer, incluso ahora que sonríe de la forma mas sencilla no puedo evitar sentirme atrapado.
— ¿Y qué podemos hacer aquí?
— Muchas cosas...
— ¿Cómo cuáles?
Cariño…
— Podemos ir a los establos.
— ¿Aquí hay establos?
— Sí, ¿te gustaría montar a caballo?
— Me encantaría — Responde ilusionada, quiero arrebatarle esa bendita inocencia con la que me mira y corromperla.
Terminamos la comida y la fragancia del heno y la madera nos recibe al entrar en el establo. Nos acercamos hacia los cuartos de los caballos, donde solo queda uno para los dos, ¿será muy obvia mi intervención?
— Si quieres podemos esperar a que regresen. — Me dice.
— O podemos subirnos los dos en el mismo. Anda, te ayudaré.
Me da la espalda y yo la agarro por la cintura, deslizo mis manos con suavidad deseando poseerla, me recargo sobre su hombro y siento el calor de sus mejillas.
— ¿Lista?
— Sí.
La ayudo a subir y en el último empuje le aprieto el culo, se le escapa un quejido. — Lo siento. — Digo de inmediato, claro que no me arrepiento, sí quería sentir eso.
Apoyo mi pie en el estribo y finalmente subo. Me siento detrás de ella, la ropa es lo único que nos separa. — ¿Todo bien, amor?
— Sí, todo bien.
Comenzamos el paseo. Se supone que yo tengo que seducirla a ella, este es mi plan. Mi - plan. ¿Por qué pareciera que sólo yo me muero por comérmela? Esto me ha puesto un poco de mal humor, no tiene que ver con ella. Más bien tiene que ver conmigo.

Valórate Alessio, valórate.
Después de un rato, decidimos detenernos y bajar del caballo para admirar el paisaje. El aire frío nos envuelve, la nieve cruje bajo nuestras botas y por un instante todo parece tranquilo… hasta que una gran bola de nieve golpea mi cabeza. Volteo, es ella.
— Jo... te vas a arrepentir de hacer eso.
— ¿Por qué?, ¿tendré que llevarte al hospital?
Río, me da mucha gracia su búsqueda de pleito.
— Sabes que estoy en mejor forma que tú. — No completo la frase y otra bola de nieve me golpea, esta vez en la cara.
— Mierda, ¡perdón!— dice entre risas— en serio no quería darte en la cara.
Me rasco la barbilla y me agacho a recoger nieve del piso.
— Alessio… — Ella empieza a correr. Como si pudiera escapar. Ésta me la va a pagar.
Tiro la bola apuntando a su espalda y siento una tremenda felicidad al ver volar mi misil hacia a su objetivo. La sonrisa victoriosa que tengo se borra de mi cara en el momento que la bola la impacta con tal fuerza que la hace caer aparatosamente al suelo.
— ¡Mierda! — Corro hacia ella, llego en segundos, la levanto y la ayudo a sentarse, tiene la cabeza y la cara llena de nieve.
— Perdón cariño debí medir mi fuerza. — De la nada, me explota otro barril de nieve en la cara.
Con sonrisa risueña ella se levanta y comienza a saltar emocionada.
— ¡Gané!, ¡lo hice!... lo siento cariño pero eres - muy - ingenuo.
Ahora sí me encabroné.
Llevo mis manos al suelo, hago la bola de nieve más grande que haya visto en mi vida. La lanzo de nuevo hacia ella, ésta vez con más fuerza. La tumbo y me niego a ayudarla. Que sufra.
A quién quiero engañar...
Camino hacia ella una vez más, la ayudo.
— Cariño eso fue muy cruel y... desventajoso.
— ¿Quién hizo trampa hace un segundo?
— Pero soy una dama.
— Y yo un caballero, por eso te ayudo a levantarte.
Sonríe de forma tan dulce que no puedo soportarlo más.

Cruzo la línea y me acerco a su cuello, su mano sujeta el cierre de mi chaqueta.
Tengo tantas ganas... de ella... pellizco con mis dientes su cuello y lo suelto, me obsesiono y lo repito hasta ver la marca de un óvalo rojo sobre su piel.
La miro a los ojos. «Ten piedad Luna, dale de comer a este mendigo».
— Creo que deberíamos regresar, hace frío.
¿Más frío que el que hay en tu corazón?, cuánta crueldad.
— Yo también lo creo. — Respondo.
En el top de cosas más difíciles que he hecho este año, definitivamente el soltar su mano en el pasillo del hotel para que ella se fuera a su cuarto está dentro de las primeras cinco.

Capítulo 45 - *Asuntos internos*

Luna

— ¿¿Dónde??... ¿dónde está? — Arrojo la ropa fuera de mi maleta buscando el estuche donde estoy segura que traje la rasuradora. — Mierda esto es un desastre, no está.
Me siento en la cama, agacho la cabeza y apoyo ambas manos en mi frente, las dejo caer y me enderezo nuevamente.
Entre lo sucedido con Xavier, mis clases online, y todo lo demás, me he abandonado a mí misma. Parezco la versión prehistórica de un chimpancé.
Mi prometido es un gran partido, tengo que esforzarme, no me puedo descuidar.
Espera. Estoy en un hotel de lujo.
Me levanto y abro la puerta del baño, miro al lavamanos y me encuentro con una linda cajita de madera llena de artículos de uso personal. Un suspiro lleno de alivio calma mi pecho, me acerco y tomo una rasuradora. Me miro en el espejo.
— Bien, declaro la temporada de depresión terminada.— me señalo — Tú vas a pasarla bien con tu novio en este viaje. Vas a ser una chica sexy y divertida, y también vas a terminar de ponerle fecha a esa boda.
Eso vamos a hacer.
Me siento en el inodoro para rasurarme sin tener que lidiar con los pelos... juro que a pesar de que me baño a diario no me había fijado lo mucho que me había crecido el vello. — Esto va a tomar mucho tiempo quiero llorar.— Tuerzo los ojos y miro al techo. — Chica sexy y divertida, chica sexy y divertida. — Mi determinación me impulsa a terminar con esto.
Lo peor de todo, la cosa más desgraciada e injusta de ser una persona velluda es que no puedes salir nunca sin afeitarte las axilas o las piernas. Lo peor es que lo hago e igual sé que en tres días ya luciré como un cactus. Qué karma.
Entro a la ducha, comienzo a bañarme.

Lo que sucedió la noche de la muerte de mi hermano, lo que sentí. Lo que viví junto aquél desmayo, me aturdió mucho.
No estoy comprometida con cualquier hombre; mi futuro esposo es alguien poderoso. Las limitaciones normales que cualquier persona podría tener, él no las tiene; el miedo común a la muerte que todos poseemos, él no lo posee. Tampoco tiene título de Rey, sin embargo, tiene la riqueza y la influencia de uno.
Creo que inconscientemente me enamoré de él al instante que le ordenó al hombre de la casa de venta que me quitara las cadenas. El impacto que su presencia ha tenido sobre mi vida, sobre mi mente; nunca seré capaz de explicarlo con palabras. En solo horas, me sacó de una jaula y me llevó directo a la cima del mundo. Y no me importa que haya sido por su necesidad de alimentarse o por la pérdida de sus recuerdos; sé que cualquiera lejos de nuestra realidad cuestionaría su búsqueda y nuestro encuentro, pero él necesitaba un ayudante del que pudiera alimentarse y yo necesitaba salir de esa maldita casa. Punto.
Una extraordinaria casualidad hizo que nuestras necesidades se alinearan. No importa lo que digan, fue el negocio de nuestras vidas.
Entiendo los motivos que lo llevaron allí, y agradezco haber sido yo quien saliera con él de ese lugar, porque, de no ser él, mi destino pudo haber sido peor.
Infinitamente peor.
No tengo miedo en decir con orgullo que soy su posesión más preciada, una estatuilla de cristal en la palma de su mano que él protege y adora. Pero sólo él. He aprendido de sus memorias que si alguien profana lo que para él es santo, una sola palabra lo posee y no descansa hasta que la guillotina de su voluntad imparta lo que él considera justicia, no descansa hasta ver la sangre de su enemigo, no descansa hasta cobrar su venganza.
Aun así, mis manos trataron de detenerlo cuando fue contra mi hermano, porque aunque me aferré a esos barrotes por meses rogando justicia, nunca quise ser yo quien se manchara las manos para impartirla, nunca quise ser yo quien tomara la vida del hijo mayor de Vivian y Ezra. No fue así en aquel entonces ni mucho menos ahora, porque ya estaba conforme. Yo ya me había vengado

al estar en una posición mejor, yo ya había ganado al apartarme de su lado y vivir junto a Alessio.
Sin embargo, no soy una estúpida. Estoy plenamente consciente del daño que causó y que sigue causando. Estoy tratando de explicarle a mi mente, estoy tratando de asimilar todo lo que ha pasado los últimos meses y todos estos años. Estoy tratando de mantenerme cuerda y de seguir con mi vida. Eso quiero, no quiero seguir restregándome más en el lodo de mi pasado. No deseo eso.
Quiero ser feliz con Alessio. Quiero ser tan feliz como nunca en mi vida lo he sido, y no voy a dejar que nada lo sabotee. Ni yo misma.
Salgo goteando de la ducha y me arropo con una toalla. De mi maleta saco una loción y la unto pensando en el día de nuestra boda. Mis mejillas se enrojecen con solo imaginar que seré su esposa. Me siento tan animada que me provoca una visita relajante al sauna. Me acerco al teléfono y llamo a la recepción. Me indican la ubicación y, vistiendo una bata, salgo hacia allá. Llego al lugar y está vacío. Entro con tranquilidad.
En tres días será mi cumpleaños número diecinueve, y también el aniversario de mi romance con Alessio, un vampiro. Yo nunca había sido deseada con la intensidad con la que él me desea, nunca había sido amada de la forma tan real como él me ama.
Soy de él, le pertenezco, y quiero pertenecerle para siempre.

Capítulo 46 - *Una pequeña casualidad*

Alessio

No hago nada dando vueltas en esta cama. Cubro mi cuerpo con una bata de baño, arrojo una toalla en mi cuello y camino hasta llegar al sauna.

Abro la puerta y encuentro a Luna sentada cubierta solo por una diminuta toalla. Se espanta al verme y cruza las piernas.
—¿Hola? —No esperaba encontrarla aquí—. Cariño, tienes que pasar el seguro cuando estés sola en un sitio como este. Cualquiera pudo haberte visto.
— Pensé haberlo hecho, disculpa. Em, puedes pasar, no tengo problema.
Cierro con seguro. Estoy agradecido por ser yo quien se encontrara con ella, si otro hombre la hubiera visto… mejor no voy a pensar en eso. Me siento justo frente a ella. Sonríe con una mueca sin mostrar los dientes.
¿Por qué tiene esa mirada esquiva?
La miro bien. ¿Está temblando? Quise preguntarle qué le pasa, pero las palabras se quedaron en mi boca. Sus ojos miran al piso, su mano izquierda sujeta el nudo de la toalla exactamente sobre su pecho. Se me ocurre iniciar una conversación para aliviar un poco la tensión.
—No me dijiste que querías venir al sauna — le comento.
—Fue algo repentino.
—Ya veo…
—¿Y tú? ¿Qué te trajo por aquí?
—El frío. Vine en busca de calor.
—Eso pensé.
Algo le pasa. Algo tiene. Miro sus ojos negros, miro su cuerpo, miro cada centímetro de ella sin disimulo, trato de descubrir lo que me esconde.
—Cariño.
—¿Sí? —sus labios dudan al responder.
—¿Te estabas tocando?
Sus ojos se expanden ante la sorpresa, luego, simplemente se muerde los labios y encuentra la valentía de sostenerme la mirada.
— Sí. Es que estaba pensando en ti. —Se levanta del asiento y la recibo sobre mis piernas.
Aprieta mi cabello y sus labios se apoderan de mi boca mientras mis manos tratan de deshacerse de la toalla que la cubre. Necesito sentir su piel, quiero tocar su piel.

Correspondo el arrebato de su beso. El deseo de ella es el mismo que tengo. Me quita la toalla de las piernas, toma mi sexo con su mano y lo pone adentro. Está tan mojada que me deslizo y la siento entera en un solo movimiento.
Me saborea, cierra los ojos y se muerde la boca al sentir como la choco por dentro. Apoya sus manos en mi nuca y sus caderas empiezan a moverse. Me enloquece y recuesto mis manos del asiento de madera, ella baja sus manos hasta mis hombros. Se apoya en mí, se vuelve obsesiva mientras su coño me aprieta y me llena de placer. Me aferro a sus glúteos, ella no para de moverse, suspira y sonríe hacia el techo. Yo llevo mi boca hacia su pecho, me adueño de su pezón derecho. Sujeta mi cara y reclama mi boca. La forma en la que nuestras lenguas se mezclan deja claro lo caliente que estamos y lo mucho que nos hemos deseado.
Aprieto sus glúteos otra vez y la ayudo a moverse más rápido, cierro mis ojos y gozo esta rica sensación por la que tanto he rogado. Los abro y miro sus senos, recorro el camino hasta sus labios, escucho sus gemidos acallados, me excita tanto ver cómo lo disfruta, permanezco hipnotizado. Me quita el mando e impone su ritmo. Yo abro más sus glúteos y mis dedos acarician su ano. Quiero darle más placer pero no logro concentrarme, estoy tan prendido que solo puedo sentirla en este momento. Deslizo mis manos por su espalda y la sostengo.
Siento cada roce, siento en cada parte de mi cuerpo la forma en la que su interior me abraza. Esta sensación es tan persistente. Se aferra a mi cuello de nuevo y su baile se vuelve impetuoso, cada golpe es más fuerte, más caliente.
—No pares, cariño, no pares. —Creo que nunca habíamos tenido un sexo tan rico—. ¡Levántate! —Lo saco nervioso y hago un desastre de semen sobre su abdomen.
¿Desde cuándo soy precoz?
No, no lo soy, ella me hizo esto.
Permanece sobre mí y la admiro. Su piel es tan blanca que brilla. ¿Cómo lo hace? Carajo, está muy hermosa. Mis ojos continúan recorriéndola, veo mechones de cabello pegados a su cuello por el sudor.

—¿Muy mayor para estos juegos, anciano?
Voy a dejar que se burle, porque aunque quiero replicar no puedo hacerlo. Me vació entero.
—Cariño —acaricio sus caderas con mis dedos—. Te extrañaba tanto.
—Yo también. Gracias por ser tan paciente.
— No hay nada que agradecer, amor.
Aclara la garganta.
— Hablando de amor, ¿de casualidad, tus amigos en Rodas, ya te dieron una fecha?
—Sí, nos casaremos el siete de abril.
—Entonces el siete de abril.
—Sí. —Acomodo su cabello detrás de su oreja.
—Espera, ¿el siete de abril?
—Sí. ¿Pasa algo?
—Es en dos meses, Alessio, eso es muy poco tiempo.
—Supongo que necesitaremos mucha ayuda.
—Te lo tomas con tanta calma.
—Quiero casarme contigo, Luna. Quiero hacerlo lo más pronto que se pueda.
—Okey, está bien. Ya que falta poco quiero poner mis condiciones.
—¿Tienes condiciones?
—Sí. Tengo condiciones para casarme contigo.
—Pero si ya habías dicho que sí.
—Cierto, pero aún puedo retractarme.
Esto se llama extorsión.
— Bien, ¿cuáles son tus condiciones?
—Quiero que consultes conmigo cada decisión que nos involucre, quiero que me escuches, que respetes cuando diga sí y quiero que respetes cuando diga no. En realidad lo que quiero es que siempre podamos entendernos.
—Accedo.
—Bien. Sé que... quiero decir, si yo fuera tú y pagara siete millones por un esclavo nunca cedería mi derecho, eso lo entiendo.
Y además, en cuanto a la marca vampírica, sé perfectamente que fue una acción sin retorno, pero aun así quiero existir en esta sociedad, quiero ser una persona.

—Entiendo. Te devolveré tu partida de nacimiento, tu identificación y tu pasaporte. Todo lo que quieras.
—Y hay algo más que quiero.
—Sólo pide.
—Si alguna vez me eres infiel, deberás darme una carta de libertad, firmar mi demanda de divorcio, permitirme conservar los bienes que acumulé y desaparecer de mi vida.
—¿Estás pensando abandonarme, cariño? ¿Qué obtendré a cambio si tú me eres infiel?
—Mi corazón. Si me entrego a otro hombre estando casada contigo, podrás devorar mi corazón.
—No es justo. No te mataré solo porque te enamores de alguien más, no soy alguien tan inestable. Además, el trato no quedaría en igualdad de condiciones, yo no puedo ofrecerte lo mismo, no puedo morir.
—No tengo nada más para ofrecerte, mi corazón es lo único que tengo, además de la confianza de que no voy a perderlo.
—Accedo.
—La otra condición sería que siempre me des mi lugar frente a...
—Accedo.
—Estás incumpliendo la condición de escucharme.
—Darte el respeto que mereces frente a los demás por ser mi esposa es algo que no tienes que pedirme, lo haré con placer.
—Bueno, básicamente, eso es todo lo que pido. Así que hagamos de esto un pacto de sangre.
—¿Quieres hacer un pacto de sangre conmigo?
—Sí. Quiero que esto que hablamos hoy se cumpla aunque más adelante cualquiera de los dos quiera cambiar de opinión.
—Pero no tenemos cómo escribir un contrato aquí.
—No es la única forma de hacer un pacto de sangre.
Las palabras ya han sido escritas en nuestros corazones.— Acercándose a mis labios, me besó. Me dio una fuerte mordida. Luna me rompió el labio, bebió mi sangre y por supuesto le correspondí.
Mordí su boca y bebí. El pacto de sangre fue hecho, estaremos juntos.
Ella será mía y yo seré suyo. Hasta que la muerte nos separe.

Capítulo 47 - *Aniversario*

Luna

¿Qué se puede hacer si las personas a las que se supone que debías importarles nunca les importaste? ¿cómo vivir? ¿cómo seguir?
En mi caso, tuve que importarme a mí. Decidí que yo me importo.
Aprecio cada esfuerzo que he hecho hasta ahora por sobrevivir, aprecio las largas distancias que he caminado, incluso con zapatos rotos. Aprecio cada lágrima que he derramado. Aprecio haber sido suficientemente fuerte para superar cada humillación que pasé. Cada aprendizaje, cada esfuerzo que he hecho para seguir existiendo. Aprecio mi cuerpo, mis manos, mis pies; no me importa que no sean perfectos, me hacen andar todos los días, los aprecio.
Eres genial, vas a estar bien, vas a ser feliz, te amo. Sé que tener que decirse esas palabras puede sonar solitario o doloroso, pero no es así. Son demostraciones de cariño que tengo por mí misma. Desde hace mucho tiempo. No sé si al morir simplemente me convertiré en pasto y mi existencia desaparecerá. O no sé si mis recientes conversaciones con Dios habrán sido escuchadas y cuando ese día llegue iré al cielo... no lo sé.
Mientras tanto afirmo que me amo. Tendré los detalles más hermosos conmigo y me trataré lo mejor posible. Porque aunque la soledad algún día me arrope y nadie quiera estar a mi lado, aunque a nadie más le importe, yo me importo.
He sido una muy buena chica hasta ahora, mi corazón y yo lo sabemos, eso es suficiente.
El tiempo que Alessio pasa últimamente haciendo ejercicio es ridículo. No sé que haya motivado esta nueva afición tan repentina. Pero lo estoy acompañándolo en el gimnasio del hotel. Mientras veo vestidos de novia en mi tablet, él salta la cuerda con los audífonos puestos. Yo no diría que salta, más bien baila, ¿acaso saltar la cuerda no se trata sólo de pasarla bajo los pies? ¿qué son todos esos movimientos? Lo hace con mucho ritmo, parece que lo pasa bien. Y la verdad yo también.

No tiene franela, viste un jogger deportivo color verde botella, sneakers blancos y una gorra roja. Lo que más me emociona es que ese outfit se lo regalé yo, me gusta que use colores vivos.
Su piel se mira sudorosa y brillante, hay una cadenita de oro con un dije de candado saltando sobre sus pectorales y las líneas que definen cada cuadro de su abdomen están bien marcadas. Disfruto la vista, es muy atractivo.
Organizar esta boda se escapa de mis capacidades, la lista de invitados es de trescientas cincuenta personas. Según la organizadora, para eventos como éste es una lista pequeña. Pero aquí no se trata de la cantidad, sino de la exclusividad y de las clase de personas que irán.
De todos ellos sólo la señora Wang y Michelle son mis invitados, el resto son amigos de Alessio, príncipes, reyes, millonarios y políticos. He reservado clases de etiqueta para cuando regresemos a Londres, no tengo ni la más mínima idea de cómo debería actuar ante ellos.
Lo último que conversé con la organizadora de nuestra boda es que ella estaba teniendo dificultades para coordinar la llegada de todos en Diágoras, el aeropuerto de Rodas. Más de ciento cincuenta aviones privados aterrizarían ése día. Controlar el tráfico aéreo, estacionar todas esas naves mientras dure el evento será un completo desafío, algunos invitados tendrán que llegar un día antes.
Cynthia es una señora muy experiente, entre su lista de clientes destacan las bodas de grandes millonarios, conseguimos su contacto gracias a Gabriel Leclerc. Creo que es un viejo amigo de Alessio, algo así. El hecho de que ella se esté encargando de todo me provoca un tremendo alivio. Yo jamás podría organizar un evento así.
Tras un grito enérgico, Alessio se quita los audífonos y camina hacia la mesa donde estoy sentada, se detiene justo en frente y toma la botella de agua. Él empieza a beber y yo me concentro en las gotas de sudor bajando por su abdomen. La belleza siempre debe ser apreciada, y más si el monumento es mi futuro esposo.
— ¿Por qué me miras?, ¿te gusto? — dice con altivez.
— No, ya estoy comprometida amigo. — señalo mi anillo.

— Ah... en ese caso yo podría darte una buena despedida de soltera. — se acerca a mi cara y no sé qué responder a eso, me gana la batalla de palabras.
— Me preocupa lo bien que te queda el papel de fuckboy.
— No soy un fuckboy, soy un hombre comprometido coqueteando con su mujer. — Me da un beso. — Aún sudado huele tan bien, huele a... macho.
Tira una colchoneta en el piso y comienza a estirarse, yo vuelvo a concentrarme en los vestidos. Pasan casi veinte minutos y sigo sin poder elegir.
— Pareces estresada.
— ¿Por mi boda dentro de dos meses de la cual me enteré hace dos días? no, por supuesto que no. — Nota el sarcasmo y se ríe.
— Déjame ayudarte, se levanta y se seca con una toalla, la pone alrededor de su cuello, arrastra una silla y se sienta junto a mí.
— ¿Esos vestidos te gustan?
— Mmm sí, pero no me convencen.
— Será más fácil decidir para ti en el momento en que sepas en qué te vas a convertir.
— ¿A qué te refieres?
— Justo ahora eres la novia de un millonario, eso eres ante los ojos de muchos, sin embargo, para los invitados de nuestra boda. Cuando camines al altar verán en ti a una Reina, una extensión de mi riqueza y poder. Cariño, reinos enteros han ardido por el honor de una mujer, tu estatus será superior al de todos los presentes en ese lugar. Las mujeres arderán de envidia y los hombres te codiciarán. Sus ojos valuados en millones apuntarán hacia a ti como puñales, porque ni duplicando sus fortunas igualarán tu poder. Siempre tendrán que tratarte con cortesía y respeto, aunque ellos hayan nacido en castillos y tú en Newham. ¿Estás preparada para eso?
La verdad no.
Sus palabras me ponen algo ansiosa. No estoy preparada para algo así, pero no hay nada que no pueda hacer por él, no hay nada que pueda asustarme si voy a estar junto a él.
— Sí lo estoy. Estoy preparada.

— En ese caso, me gustan estas fotos… Éste estilo conservador, es perfecto. Me gustaría que llevaras una larga capa sobre tus hombros. — Acaricia mi clavícula. — Un vestido bordado con diamantes e hilos de oro blanco. — Sus dedos alcanzan mi rostro. — Hay una tiara floral de diamantes en mi colección que me vino justo a la mente. Cuando regresemos a Londres quiero que te tomes la libertad de elegir lo que desees, y si nada te gusta, puedo comprártelo.
— Está bien, haré lo que digas.
— ¿Estás tratando de seducirme?
— No, sólo dije: está bien, haré lo que digas. — Lo empujo.
— Ey...
— Necesito concentración. — Se inclina hacia mí y me besa en la boca. Este beso no le correspondía, lo ha robado.
— Ya quiero ser tu esposo. — Sonríe y se levanta del asiento, comienza a caminar hacia la puerta. — Adiós, tú te lo pierdes...
— ¿Qué? — Me rio.
— Te pierdes este bombóm. Nos vemos en la noche.
Creo que el vampiro con el que me voy a casar,
está loco.
…
Horas más tarde, me encuentro en mi habitación cuando escucho a alguien tocando la puerta. Me acerco mientras peino mi cabello.
— Un momento por favor. — Abro, y un exhausto botones me recibe con un enorme ramo de flores. — Cielos, ¿crees que esto pase por aquí?
— La verdad no, señorita. Si me permite buscaré unas tijeras.— Deja el ramo con suavidad en el suelo y se va corriendo por el pasillo.
—¡Gracias... y disculpe! — Pobre, a lo que Alessio lo ha puesto, le daré una buena propina.
Hoy es mi cumpleaños número diecinueve, y también el aniversario del día que conocí a Alessio. El nueve de febrero si antes era una fecha importante, ahora tiene un lugar más relevante en mi corazón. Esta fecha además de ser el día de mi nacimiento, ahora es un recordatorio de que la vida puede cambiar para mejor en un instante.

Agradezco cada momento y cada sonrisa que Alessio ha traído a mi vida, le agradezco por enseñarme que hay belleza en las segundas oportunidades.
Mis ojos se pierden en la enigmática belleza del anillo de obsidiana que me regaló. Mis pensamientos son interrumpidos por el regreso apurado del botones, corta con agite algunas flores, con gotas de sudor acumulándose en su frente. Amo este detalle de Alessio, pero sí que se ha pasado esto es un exceso. Finalmente el ramo logra pasar por la puerta. Le pido al hombre que lo deje sobre la cama y le doy doscientas libras. Cierro la puerta, y tomo la tarjeta del ramo.
Feliz cumpleaños mi vida,
Recuerdo claramente la primera vez
que nos encontramos. No pude dejar
de mirar tus hermosos ojos negros.
Después de un año, nada ha cambiado.
Quiero seguir mirándolos, hoy, mañana
y siempre. Te deseo salud, riqueza y una vida
entera de felicidad.
Con amor,
Alessio.
— Qué tierno. — Le doy un beso a la carta y la guardo en mi maleta. No quiero perderla.
Termino de arreglarme, deslizo un vestido largo de seda color champagne. El escote de la espalda llega hasta mis caderas, amarro unas sandalias doradas en mis pies y arreglo de nuevo mi peinado semi recogido. Doy una última vista a mi habitación antes de salir.
Dentro de poco siempre dormiremos juntos, para toda la vida... Una sonrisa se dibuja en mi cara al tener este pensamiento. Descansar en sus brazos cada noche, sentir el calor de su piel, es algo que de todo corazón deseo.
Bajo al lobby, parece que he llegado primero que él. Le sonrío al joven de la recepción con amabilidad, camino hacia la ventana y permanezco observando la nieve. Mientras mis ojos se pierden en los árboles, su mano se posa en mi espalda baja. Sonrío y cuando hago el intento de voltear sus labios me encuentran. Quería decirle buenas noches, pero no me dio la oportunidad. ¿Está bien que nos

besemos así en público? Abro los ojos y la sorpresa me arropa. — ¡Tu cabello! — Reacciono sin disimulo.
— Ah sí... pensé que como ahora seré un hombre casado debía lucir un corte más... formal.
Se ve tan distinto, tiene un corte clásico de caballero. Lo hace lucir mayor, lo digo en el buen sentido. — Te queda muy bien.— afirmo con ilusión.
— Gracias. Aunque casi no logras verlo. Hace un segundo ibas a matar a un vampiro con ese vestido.
Me rio, sé que mis ojos están brillando.
— ¿Cómo lo haces, Luna querida?...
— ¿Qué cosa?
— ¿Cómo es que cada día estás más hermosa?
— Te podría hacer la misma pregunta pero ya sabemos la respuesta.
— Muy chistosa. — Sonríe y me ofrece su brazo.
— ¿A dónde vamos?
— A celebrar tu cumpleaños.
— ¿Saldremos?... es decir, ¿no cenaremos aquí en el hotel?
— ¿Te gusta arruinar las sorpresas?
— Es que bajé sin abrigo. — Debió avisarme, él sí vino preparado, viste un abrigo de terciopelo negro Ssobre su traje del mismo tono.
Su brazo rodea mis hombros, me cubre con su abrigo. — Sólo será hasta el auto mi amor, vamos.
Subimos y emprendemos el viaje nocturno.
Este hombre y sus secretos...
El traslado dura unos quince minutos, y después de subir una colina, veo asomarse una gran casa. Si esta casa pertenece a Alessio, es la propiedad más grande suya que haya visitado hasta ahora. Tiene grandes jardines, techos azules y ventanales enormes. Es más grande que la mansión Sackler. Sonrío y busco sus ojos; él me corresponde la mirada.
— ¿En serio no vas a decirme nada?
— No comas ansias, lo verás por ti misma.
Me muerdo los labios tratando de dejar de sonreír... ¿por qué lo hago?, es estúpido, voy a sonreír. Libero mis emociones, mi rostro

está tan caliente que fácilmente podría cocinar ahí.
Él acerca sus dedos a mi cara, me pellizca.
— Tenía tiempo sin ver esas mejillas ponerse tan rojas.
Humedezco mis labios y miro al frente.
¿Qué nos espera en esa casa?, siento mucha emoción.
Al llegar abre la puerta de la camioneta y me ofrece su mano, sonríe con una mueca ligera que, como siempre, logra desarmarme. Lo amo tanto... Bajo del auto y entramos en la casa. Hay una gran escalera ante mis ojos, los escalones están cubiertos con ramos de flores y regalos.
— Feliz cumpleaños Luna querida.
— Cariño... — Cubro mis labios. — son muchos regalos, no sé ni por dónde comenzar, ¿dónde voy a guardar todo esto?
— Tenemos mucho espacio para eso.
— No me alcanzara la noche para abrirlos.
— Puedes tomarte tu tiempo, ó abrirlos cuando quieras.
— Tienes que dejar de hacer esto, el ramo de rosas que por cierto ni entraba por la puerta, éstos regalos... ¿qué me darás en San Valentín dentro de cinco años?, te quedarás sin posibilidades.
— Confío en los humanos, sé que inventarán cosas más costosas de aquí a entonces.
— Ale...
— ¿Puedo hacerte una pregunta?
— Por supuesto.
— Si yo… te dijera que nos casáramos hoy, digo, me refiero al matrimonio civil, ¿aceptarías?
— ¿Hoy?... — Miro a mi alrededor. — Sí, no veo porque no... Ay Alessio. — Toma mi mano y sonríe, caminamos al interior de la casa. Hay una gran mesa y un hombre esperándonos junto a ella. También una pareja, y a pocos metros un pianista.
Una dulce melodía comienza a sonar con nuestra entrada.
— Le pedí al gerente del hotel y a su esposa que fueran nuestros testigos, los conozco desde hace bastante tiempo.
— Tienes que cuidar mi corazón Alessio soy humana, un día de estos vas a provocarme un infarto.
— Quiero cuidar tu corazón querida, por eso te traje hasta aquí.

Entrelazamos nuestros dedos y caminamos hacia el oficial.
Entre tantas cosas que dijo durante el acto, solo una se anidó en mi mente:
«Ya no serán de aquí ni de allá, serán de ustedes. Donde ambos estén, esa será su tierra, ése será su hogar».
Alessio firma primero. Cuando es mi turno, sostengo el bolígrafo y contemplo el papel por una última vez. Me siento tan agradecida con la vida por este momento. Finalmente estampo mi firma en el acta. Alessio deja escapar un suspiro de alivio que hace reír a todos. Estoy muy segura que el humor no faltará en este matrimonio.
— Puede besar a la novia. — Dice el oficial y Alessio se acerca a mí, apoya su mano izquierda en mi espalda baja, su mano derecha sujeta mi cabeza hasta enredarse en mi cabello y se adueña de mis labios. Mientras nos besamos, la felicidad que siento no me cabe en el pecho. Ya no somos dos novios, dos amantes, ahora somos esposo y esposa. Me ha convertido en su señora, mi vida acaba de cambiar para siempre, me ha dado la certeza de que sólo seré yo, y que para mí sólo será él.
Nos apartamos lentamente, en el brillo cristalino y puro de sus ojos puedo ver mi reflejo, seguro él también se ve en los míos.
— Señora Yvoty, tiene otros papeles que firmar. — Dice, mientras sigo cautiva en sus brazos. Giro la cabeza y vuelvo a mirar la mesa, él me deja libre y camino hacia el oficial.
Hay otra acta en la mesa. Tomo el documento en mis manos. Dice: Misiva de manumisión. Pongo el papel de nuevo en la mesa y entrelazo mis manos, porque es de mal gusto temblar frente a otros como lo estoy haciendo. Mi mirada se cruza con la del oficial, él sonríe con amabilidad. Y mientras mis ojos se nublan, volteo, miro Alessio.
¿Cómo he de agradecerte? ¿cómo he de devolverte tanto amor, tanto respeto y cariño?
— Adelante. — Susurra invitándome a firmar mi carta de libertad.
Tomo el bolígrafo, pero no logro darle aplomo a mis manos.
Los recuerdos del dolor y la desdicha que impregnaron mi existencia en esa casa de esclavos me abruman. La angustia y la crueldad resuenan en mi mente, impidiéndome firmar el papel.

— ¿Todo está bien? — La mano de Alessio se posa sobre la mía, me ayuda a apretar el bolígrafo, recupero la confianza que mis nervios por un momento me hicieron perder.
— Sí. — Respondo con una sonrisa, él me da un beso en la cabeza y retrocede. Firmo el documento. Vuelvo a ser una mujer libre.
En una ocasión como ésta, supongo que no está de más llorar de felicidad. Dejo mis miedos atrás y lo miro con una amplia sonrisa. Pero mis lágrimas de alegría se ven interrumpidas por mi mente, un hallazgo repentino toma lugar. Me doy cuenta de lo que acaba de pasar y me rio. Juro que no me molesta, me da risa, mucha risa. Yo, como muchos tantos, he caído en su maña. Tengo un pensamiento sobre esto y creo que él lo sabe. Alessio Yvoty, no tenías necesidad de tenderme esta trampa, de igual forma yo habría corrido a tus brazos.
— Ya te diste cuenta...
— ¿Desde hace cuánto querías darme libertad?
— Desde que casi mueres en mis brazos en Santo Domingo.
— Querías hacerlo... pero no querías que dejáramos de estar sujetos.
— Una afirmación muy perspicaz, digna de mi señora... Así es, sólo hice un pequeño cambio de contrato. Perdí una esclava, gané una esposa. Lo único que jamás esperé fue ése pacto de sangre, gracias por ese obsequio.
— Te voy a matar.
— Aunque quisieras hacerlo cariño, no creo que vaya a fun…— Lo jalo por la corbata hacia mí.
— Ya no hables más. — Alcanzo sus labios, lo beso. Beso a este descarado manipulador y mentiroso que tanto amo.
— Alessio…
— ¿Sí?
— Te amo.
— Yo te amo más Luna... te juro que yo te amo más.

Capítulo 48 - *Una fiesta Sangrienta*

Luna

De regreso a la escalinata, tomo el regalo más grande de la multitud de obsequios por mi cumpleaños, me siento en un escalón y rompo el papel. Llevo la caja a mi corazón y miro los ojos de Alessio.
— ¿Cómo conseguiste esto?
Él se apoya con una mano en la baranda, su mirada fija en mí. —¿Te gustan? —pregunta con una sonrisa.
— Hay una lista de espera enorme para comprar éstas brochas de maquillaje con piedras preciosas. Tener una era un sueño, tener dos ya era avaricia.
— Bueno, ahora ya tienes el juego de treinta piezas.
Muerdo mi labio inferior mientras sonrío, dejo el regalo a medio abrir y tomo otra caja, una larga.
— Pesa bastante.
— ¿Qué podrá ser?
La destapo con prisa, viene en una caja negra, quito la tapa y el más divino olor a coco y vainilla endulza mi nariz. — No te lo creo. — Quito el papel con prisa— ¡No te lo puedo creer, es una vela de cuenco!, ¡tiene nueve mechas! La pondré en mi cuarto, no, no, no. La pondré en la sala.
— Dónde quieras.
Agarro otra caja, la agito.
—Estos parecen zapatos.
Él inclina la cabeza a un lado. — No lo sé.— Dice, con una sonrisa que se jacta de sí saber.
Rompo el papel de regalo. Son unas hermosas sandalias de mariposas color dorado.
— Qué bellas. Y tienen el tacón grueso.
— Fingiré que no revisé tu closet antes de comprarlas.
Mi boca no disimula la sorpresa, miro a mi alrededor.
— ¿Me estás diciendo que tú compraste cada uno de éstos regalos?... ¿tú? ¿en persona?
— No. Algunos los pedí por internet.

Bajo los escalones con mi caja de sandalias de mariposas, me niego a soltarla. Porque éstos no son solo regalos. Él, que es alguien tan ocupado, que definitivamente tiene tantas cosas que hacer, ¿dedicó tanta atención para elegir cada uno de estos obsequios para mí? Quiero decir, hay incontables cajas aquí.
En ellas hay algo mucho más valioso que los objetos en sí o el dinero. Aquí hay esfuerzo, tiempo. Y me siento muy conmovida por eso. Me detengo justo frente a él y miro a sus ojos.
— Son las sandalias más hermosas que he visto en mi vida.
— Que bueno que te gustaran.
—Quiero usarlas, ¿podrías... ayudarme por favor?— toma la caja con una sonrisa y se arrodilla ante mí. Delicadamente, desata mis sandalias. Bajo de ellas; siento su mano tomando mi tobillo y deslizando las nuevas sandalias en mis pies.
— Te quedan más bonitas de lo que imaginé.— Permanece acariciándome mientras aún de rodillas me mira a los ojos.
— ¿Puedes invitarme una copa de vino?
— Ésta es su casa señora, tome lo que quiera. — Sus manos se deslizan por mis piernas mientras se levanta.
— Tu señora podría perderse... en realidad no sé ni dónde está la cocina.
Se ríe escandalosamente — Es cierto, ven… El vino no está en la cocina.
Caminamos tomados de manos, subimos algunos escalones, hasta que llegamos a un gran salón de puertas abiertas.
Mis labios se separan lentamente con cada paso. Cientos de flores cuelgan suspendidas en el aire, atadas a hilos casi invisibles que caen desde el techo altísimo. Rosas, claveles, muchas otras, todas rojas. Bañadas por la cálida luz de un resplandor dorado proveniente del centro. Era tan irreal que mi mente necesitó varios segundos para procesar.
Suelto su mano, como si mi cuerpo necesitara libertad para entregarse por completo a este sueño. Mi mano se acerca con suavidad a los hilos, me abro camino despacio, entre la dulce fragancia y las hermosas flores. Alessio hace lo mismo a mi lado.

Mientras avanzamos nuestras miradas se cruzan. Sus ojos dulces, cristalizados, me siguen devotamente, y estoy segura que él ve esa imagen exacta en los míos.
¿Qué tipo de amor es este?
¿Cuántas personas en la tierra pueden encontrarlo?
¿Cuántos aparte de nosotros serán los afortunados?
¿Cada cuántos miles de años puede suceder?
Tantas preguntas pasan por mi mente a medida que los pétalos de las flores acarician nuestros rostros.
— ¿Qué tipo de cuento es este, mi amor?
— Uno que he creado para mi esposa.
— Qué afortunada es tu señora.
— Entre todas éstas flores, la más hermosa.
Nos detenemos por un instante. Admiro su belleza con el corazón en la garganta, incapaz de decir nada. Él sólo sonríe, de nuevo esa sonrisa más cálida que el sol. Toma mi mano y continuamos juntos hacia el frente. Él se dedica abrir el camino para mí, hasta que quita el último velo de flores. Nos detenemos al borde de un escalón que invita a caminar sobre un brillante piso de cristal que lo abarca todo en el centro. Es cuadrado, enorme. Subimos, y bajo nuestros pies brilla la luz de incontables bombillos diminutos, amarillos, que convierten el suelo en un cielo infinito. Alzo la mirada y veo una enorme lámpara de cristal, rodeada de rosas rojas que caen como nubes sobre nosotros. Al fondo, un pastel rosado de nueve pisos estilo vintage, con perlas, cerezas y miles de destellos de lo que parece ser brillantina.
Feliz Cumpleaños.
Dicen las letras colgantes en la mesa.
Y mientras todavía continúo asimilando todo, Alessio se adelanta al tocadiscos sobre la misma mesa del pastel, agarra la aguja y la coloca sobre el disco ya girando. Me mira, mordiéndose los labios con una chispa de cursi locura.
"Can't Take My Eyes Off You" de Frankie Valli empieza a sonar por la bocina en forma de trompeta, y él se acerca a mí, bailando despacio mientras tararea la canción.
—No puede ser.

Él sigue tarareando.
—No me vas a hacer bailar eso.
Me agarra ambas manos, ignorándome por completo. Sigue bailando; yo solo veo sus caderas moverse a cada lado, y me resigno, suelto la risa y trato de seguirle el paso, de hacer lo que sea que él esté haciendo. De repente, su mano se encaja en mi espalda baja, y comenzamos a girar, dando vueltas por todo el salón. Giramos tan rápido que todo se vuelve borroso; solo veo pases fugaces de su sonrisa y las luces.
En un último giro quedamos de frente, bailo con los hombros inclinándome hacia él, él se inclina hacia mí. Se quita el abrigo y el saco, los lanza a un lado de la pista. Yo me quito los tacones y también los tiro a un lado. Incluso el peinado que demoré tanto en hacerme, lo convierto en un moño rápido con un pasador. Ale me agarra por la cintura y baila frente a mi boca, trato de besarlo y no se deja. Río y lo atrapo. Es mi cumpleaños, amigo, no se le niega nada a la cumpleañera.
Ese pensamiento fue la cosa más ingenua: ¿cuándo le he ganado? ¿cuándo lo he manipulado? Yo solo hago lo que él quiere. El beso que supuestamente inicié se convierte en una jaula; sus brazos se cierran en mi cuerpo, su boca sobre la mía. Por nada del mundo me suelta, trato de seguir bailando pero él no me deja. Finalmente me suelta con una exhalación profunda, riendo sobre mis labios
La música cambia y suena un escandaloso rock and roll. Él suelta un grito, levantando los brazos, y ambas agitamos nuestras cabezas dejándonos llevar por la locura del ritmo. Nos separamos un poco, cada uno saltando y moviéndose a su manera, gritando al compás de la canción. Sus ojos me buscan entre cada vuelta, cada salto. En una le saco la lengua y sorprendentemente él también. Casi morimos de la risa al hacer eso. La celebración se convierte en un caos, un caos divertido.
Me acerco a la mesa buscando algo de beber, saco una botella de vino de estuche, me la sirvo en una copa y cuando estoy a punto de tomarla Alessio me quita la copa.
— Disculpe mi señora, permítale echarle algo de agua a su copa.
— ¿Agua al vino?

— Es que este no es cualquier vino, me lo regaló un amigo, es bastante fuerte.
Le agrega mucha agua y hielo, me devuelve la copa.
— Ahora sí, bebe.
El licor se siente tan fuerte en mis labios que me recorre un hormigueo de repente. Él se sirve una copa llena sin hielo, sin agua. Brinda conmigo y bebe todo de un trago, yo apenas puedo dar un gran sorbo.
— Por mi esposa, que cumpla muchos años más.
— Gracias, gracias mi amor.
Entrelaza nuestras manos, volvemos a la pista. Bebemos y bailamos un largo rato, las horas pasan y ni cuenta nos damos. De algún modo terminamos sentados en las escaleras comiendo pastel y bebiendo directamente del pico de la botella, ambos bien pasados de tragos. Riéndonos hasta por decir "pie", Alessio me dijo "qué lindo pie" y tenemos como diez minutos riéndonos de eso. ¿Lo peor?, tengo un sorbo de vino dentro de mi boca que no he podido tragar pero tampoco escupir porque ni loca cometeré la desfachatez de escupir frente a mi novio.
— Pie.
Repite, y no aguanto, escupo todo en un chorro a presión hacia un lado, él desfallece en la escalera quejándose de un dolor en las costillas, siempre le pasa cuando se ríe así.
Le pido que pare, casi se lo suplico, porque en serio quiero comerme este delicioso pastel.
Logra sentarse, todos los botones de su camisa abiertos. Se da otro trago de vino mientras yo siento el rico sabor de las cereza y el chocolate derritiéndose en mi boca..
— Cielos, está muy bueno.
— ¿En serio?
Él agarra su plato también, toma una cucharada y asiente. De algún modo, logramos calmarnos y comer.
Pero a pocos minutos la que rompe el silencio soy yo, comienzo a reírme bajito.
— ¿Qué? ¿Por qué te ríes?
— ¿Te has puesto a analizar que ya estamos casados?

Sonríe.
— Eres mi mujer desde aquella primera noche. Ya eras mi esposa desde entonces, estas son solo formalidades.— Me quedo en silencio, creo que él no es consciente de lo que me está diciendo, creo que Alessio está más borracho que yo. — No se hace el amor así con cualquiera. Eres mi mujer desde ese día.
Mis mejillas se calientan, sigo comiendo, la verdad se me hace muy tierno.
— ¿Quieres que te diga lo que me volvió loco de ti esa noche, mi amor?— Su lengua se enreda en la última letra— En realidad fue todo pero, hubo -una- cosa.
— Por supuesto que quiero saber, dilo.
— Cuando nos besamos. — Se ríe. Moja sus labios — Es que… tú besas con ganas.
— ¿Qué?
— Besas muy bien, mi amor.
Mis ojos se quedan atrapados en el rojo de los suyos, se ve tan rendido, tan vulnerable e inocente. Y odio aprovecharme de eso pero… es muy tentador que no sea él quien tenga el control.
— ¿Quieres que te bese, mi amor?
Él asiente, me doy un trago de vino y subo en sus piernas,
me siento de frente sobre él y acaricio su hermoso rostro, lo beso, juro que le doy el mejor beso que hayan salido de estos labios; húmedo, delicioso, lento. Siento cómo lo desarmo, cómo lo vuelvo más que loco por mí.
Cuando me separo despacio, sus ojos me miran con un ruego, suplica que lo bese de nuevo, ¿y cómo podría yo ser mezquina con él, que me lo da todo?
Lo tiento, juego con sus carnosos pero delgados labios. Lo rozo suavemente hasta besarlo otra vez. Se aferra a mi espalda, a mis caderas con cierta ansia, con un apuro que conozco muy bien, pero es muy pronto para quitarme el placer de verlo rendido a mis pies.
Sus ojos se humedecen cuando me separo, rezonga con los hombros, sus cejas se arrugan tratando de comprender por qué dejo de besarlo.
— Alessio, me parece que estás muy enamorado.

— Lo estoy, lo sabes bien.
— No tan bien, dime cuánto más.
— Vivir durante tanto tiempo comenzaba a ser aburrido. Hasta esa noche. Cuando nuestros labios se besaron yo estaba cansado, no tenía ganas de nada, y te juro que de repente me dieron ganas de todo. — Me quedo en silencio. Sin saber si reír, llorar o besarlo. En mi pecho se arremolinan las ganas de las tres. Él continúa hablando.
— Y cuando volví a besarte, allá en la isla,
¿lo recuerdas?
— Sí.
— Lo confirmé. No había sido cosa de una noche, es que tú, Luna Yvoty, besas así.
Muerdo mis labios con suavidad. Suelto con voz quebrada la única frase que mis labios logran soltar:
— Tú también besas igual.
Él me acaricia el labio con su pulgar, enreda su mano en mi cabello y hace que lo bese mientras baja las tiras de mi vestido. Mientras sus dedos calientes recorren mi piel.
El tocadiscos a lo lejos se sigue escuchando con una tierna balada, que acaricia nuestros oídos entre jadeos entrecortados y el deseo convertido en exhalaciones desesperadas.
Todas las parejas tienen secretos. Y esto, este momento, todo lo que hacemos en esta escalera, será nuestro, solo nuestro.
Feliz cumpleaños para mí.
Feliz aniversario para nosotros.
...
Esta larga y hermosa noche nos ha llevado a la habitación. Enorme, de lujo clásico, cama con dosel estilo victoriano, sábanas negras que ocultan las manchas de sangre. Nosotros envueltos en ellas. Él sentado contra la cabecera, yo en sus brazos, dibujando un corazón con mis dedos en su pecho, él sonríe al sentir el gesto.

— ¿Te gustó la fiesta?
— El mejor cumpleaños de mi vida.
— No será el mejor, todavía te faltan muchos más.

— No tienes que esforzarte tanto en todos. También estaría bien con una salida al cine.
— Qué dices…
— Trato de hacer más fácil tu vida.
— Esto fue fácil, todavía no llegamos al nivel uno.
— Presumido.
— Cariño.
— ¿Sí?
— Después de la boda y nuestra luna de miel… Quiero que nos mudemos a Shanghái. — Me acomodo, buscando su rostro.— Tengo una residencia incluso más grande que esta allá.
— Pero eso queda muy lejos.
— ¿Te molesta?
— Solo pienso en nuestros amigos, en tu trabajo, en lo mucho que tendrías que viajar.
— Lo sé. Pero he estado pensando en las cosas que han pasado este año. Me gustaría que nos mantengamos bajo perfil por un tiempo.
— ¿Esto es… por mí, verdad?— Trata de decir algo pero se le quedan las palabras en la boca.— Ale, si este matrimonio va a cambiar la forma en que convivimos, no lo quiero.
— No digas eso.
— No me importa lo lujosa que sea la casa, si tú no vas a vivir conmigo no la quiero.
— Cariño.
— Escúchame, no es negociable para mí. No seré la esposa a la que visites cada tanto. Eso es peor que estar sola.
— No es el matrimonio lo que ha cambiado todo entre nosotros. Es lo que siento por ti, eres importante para mí. Te quiero a salvo. Y en Reino Unido no lo estás.
Trato de salir de la cama pero no me deja.
— Ey… ey. No vas a vivir sola allá, dije que viviremos juntos.
— Promételo.
— Nos acabamos de casar ¿qué te hace pensar que voy a dejarte dormir sola?
— Promételo.
— Lo prometo.

Asiento, con un alivio irradiándose en mi pecho.
— Perdona mi amor es que… creo que tomé mucho.
— También estoy mareado todavía. Dame un beso.
Agarra mi rostro con ambas manos y me besa. Mis mejillas llenándose de lágrimas, las de él por alguna razón también.
— Tranquila, tranquila. Siento lo mismo que tú, ¿lo ves?
— Sí.
— Te amo, ¿tú me amas?
— Sí.
— ¿Sí qué?
— Te amo.
El solo hecho de pensar en separarnos me oprimió el corazón de una forma indescriptible. Mis manos y labios temblaban, él intentaba serenarme con su voz, con sus labios. Aun así, el temor continuaba incrustado en mí: había visto lo que el matrimonio le hizo a mi madre, y a tantas otras mujeres. Estaba asustada, terriblemente asustada. Sin embargo, en sus ojos y en su voz hallaba una sinceridad capaz de anular todo eso. Y, a medida que su lengua acariciaba la mía, mis miedos comenzaban a desvanecerse. Porque lo adoro. Amo a mi esposo y confío en él.
Sus besos vuelven a llegar a mi cuello, su lengua me prueba abiertamente, y justo cuando comienzo a desearlo su teléfono empieza a sonar en la mesa de noche.
— Puede ser importante— susurro, pero no me escucha, sigue recorriéndome — Ale.
— Me casé hoy, no atiendo llamadas.— Responde con mi seno en su boca.
Me tumba en la cama, su cuerpo sobre mí, nuestras respiraciones agitándose justo cuando alza la cabeza repentinamente. Mira hacia la ventana con los ojos muy abiertos, como si pudiera escuchar algo que yo no.
— ¿Qué sucede?

— No estoy seguro— su teléfono vuelve a sonar— Se levanta de la cama tropezando con la alfombra casi cayéndose. Todavía está muy tomado. Pero logra atender la llamada.

— ¿Qué sucede, Lukas?... ¿sí?— Alessio se sienta en la orilla de la cama mientras escucha lo que le comunican, un silencio se apodera de la habitación. Uno largo y frío.— Espera, dame un momento. Cariño, el clóset está allá, ¿puedes ponerte algo abrigado por favor?
— Sí, ¿pero qué sucede?
— Tenemos que irnos, ve por favor.
— Sí.
Hago lo que me dice, voy al armario, con demasiado licor en la cabeza como para combinar algo, me tiro el primer suéter que consigo encima, me llega hasta las rodillas, con el mono sí le acierto. Pero no encuentro zapatos más que mis sandalias de mariposas tiradas en la alfombra, me las ajusto en los pies no sé ni cómo. Vuelvo al armario y saco un pantalón y un suéter para Alessio. Cuando regreso me siento en la cama de golpe, más bien son esas diez copas de vino que me sientan de golpe.
— Entiendo, si lo que John te dijo es cierto, no vayas a acercarte a la casa, disparen a distancia, disparen con libertad, llevaré a Luna a un lugar seguro. Está bien.
Él cuelga la llamada. Agarra sus cosas de la mesa de noche y voltea despacio hacia mí.
— Puedes decirme cualquier cosa, estaré bien.
— Son las brujas de nuevo. Vienen por ti... Y hay un brujo en especial que podría ser un problema. Esta casa tiene un búnker, voy a llevarte allí. Ya no hay tiempo.
Cuando se levanta, vuelve a tropezar y se agarra de la cama.
— Cariño— lo ayudo.
— Disculpa, nunca me había embriagado. No conocía la sensación.
Respira profundo, varias veces. Le paso la ropa y luego de vestirse toma mi mano y caminamos rápido hacia el pasillo.
Recorremos la casa mientras muchos pensamientos pesimistas se anidan en mi mente. Me aferro a su mano como si fuera la última vez que pudiera tocarla. El miedo que comienza a irradiarse en mí es tal, que siento como poco a poco vuelvo a la sobriedad.
Bajamos varias escaleras hasta llegar al sótano, él abre ante mí la puerta más gruesa que haya visto en mi vida, y me hace entrar.

— Voy a volver por ti, sólo tienes que esperar aquí. Ten, por favor guarda mis cosas. — Me entrega su cartera, teléfono y las llaves de su auto, las recibo y alcanzo su cuello, lo atraigo hacia mí. Lo abrazo. Beso a mi esposo con todo el cariño que siento, con el infinito amor que mi corazón guarda por él.
— Voy a estar esperándote.
Él asiente.
Lentamente, la puerta comienza a cerrarse y su imagen desaparece de mis ojos. Apoyo mis manos sobre el hierro, siento una presión horrible en el pecho, tengo un mal presentimiento.
Me adentro a la habitación y tomo asiento en el sofá, veo a través de un monitor de cámaras como Alessio camina a través de la casa, y también, veo como empiezan a llegar más y más personas por el patio.
Son unos cobardes.
¿Pelearán todos ellos contra él? Me tapo la boca y rompo a llorar.
¿Qué van a hacerle a mi esposo?
Tomo el control, y le subo el volumen a la transmisión, agrando una pantalla del patio en la que Alessio justo sale de la casa y les hace frente.
— Buenas noches —dice, bajando los escalones con un lento vaivén —. Me gustaría poder atenderlos, pero hoy me casé. Están interrumpiendo mi noche de bodas.
— Lo siento Alessio, de haberlo sabido hubiera venido en la mañana, o antes. — Dice un hombre negro con canas, abrigo blanco.
— Dimitri, te conservas extrañamente bien.
— Tengo mis asuntos con el más allá, y además, no eres el único puto que hizo un pacto con una deidad... Lo deduje al ver la masacre que hiciste en Londres.
— Soy un pacifista, no me meto con nadie si nadie se mete conmigo.
— No tenemos problemas contigo.
— Luna es mi esposa. Todo lo relacionado a ella tiene que ver conmigo. La falta fue cometida por ustedes, no respetaron a mi compañera. Yo sólo actué en defensa.

— ¿Crees que no te conozco, Yvoty?... Qué casualidad enamorarte de una mujer que puede darte hijos de sangre pura. — Frunzo el ceño.
— Soy un hombre con suerte.
— Tú no crees en la suerte. No hay nada a tu alrededor que haya sido por suerte, todo es por ti. Manipulas y mueves los hilos para que todo te beneficie siempre a ti. Te conozco. Al menos por esta vez, no seas egoísta. Todos queremos a la mujer.
Reino Unido tiene sus propias leyendas. Y ese nombre Dimitri, se me hace conocido. Se dice que la madre de este hombre logró huir de los juicios de brujas de Pendle Hill, Lancashire, el linaje de su familia es tan oscuro como antiguo. No debería estar vivo, y si lo está claramente es un peligro.
— Vete a la mierda. Luna es mi esposa, no sé si conoces el término pero usualmente no es algo que se pueda compartir.
— Bien. Al menos cuando salga el sol y despiertes derrotado. No podrás decir que no te lo advertí. — Señala a Alessio con su dedo índice—. Tortura. —dice, y mi esposo cae de rodillas entre gritos guturales que me hacen levantarme del asiento. Veo su brazo levantarse en dirección contraria a la extremidad hasta romperse.
— ¡¡No!! — Grito entre llantos, mientras el pobre sigue gritando, hasta que el brujo deja de señalarlo y queda jadeando con la mirada en sus rodillas.
— ¡Quemen la casa, hagan salir a la mujer! — Grita Dimitri, y mi corazón pega un brinco.
No puedo quedarme aquí, si lo hago moriré, y Alessio, no creo que pueda defenderse solo, está muy ebrio.. Volteo a mi espalda, veo una vitrina de cristal con armas y hachas colgadas.
Trato de entender cómo se abre el cristal pero los gritos de Alessio no me dejan ni pensar, termino agarrando una silla, tomo impulso, y la tiro, el cristal se rompe en mil pedazos.
Paso con cuidado tratando de no pisar los vidrios con mis tacones y me hago de una escopeta y un hacha. Tomo un bolso de un cajón y meto el hacha ahí, también agua y snacks, me lo guindo al hombro y aprieto la escopeta en la mano. Vuelvo la vista al monitor.

— ¿Por dónde? ¿Por dónde es seguro salir? — Miro todas las cámaras a la vez justo cuando veo un sticker junto al monitor que dice: "Escanee el código con su teléfono para ver". Agarro el teléfono de Alessio y lo escaneo, veo la transmisión por su celular, y elijo la puerta principal. Sorprendentemente, no hay nadie ahí.
Camino con prisa hasta la puerta del búnker, jalo con fuerza la palanca y logro salir. Recorro el pasillo hasta la primera escalera, la miro larga, enorme. Como siempre mi mente tratando de hacerme creer que no soy capaz, que esta lucha es demasiado grande para mí.
Pero agarro valentía, subo de dos en dos. Esto será como en la escuela. Una carrera de cuatrocientos metros, sólo llega hasta arriba y corre hacia el carro, corre sin mirar atrás, corre hasta que sientas el amargo.
Así lo hago, y en cada paso, escucho las mariposas de mis sandalias vibrando y tintineando. Llego arriba jadeando, tomo el teléfono y verifico la ruta de nuevo. Sigue despejado. Inicio la carrera más importante de mi vida, corro hacia esa puerta como si mi vida dependiera de eso y así es. Siento la presión de mis venas en el cuello. Mi boca abierta por la respiración agitada. Coordino el movimiento de mis brazos al compás de mis piernas, cruzo la puerta pero justo cuando bajo las escaleras, una balacera comienza a desatarse. Mi confusión es tal que me agacho tapándome la cabeza, pero no es aquí, es en el patio.
— ¡Tirador! ¡Tirador! — Oigo voces gritar.
— Es Lukas.
Respiro con alivio y sigo mi trayectoria hasta la camioneta, llego hasta la puerta del conductor, la abro presionando el control de Alessio. Pongo la llave, y justo recuerdo que…
Mierda.
No sé conducir.
El ruido de la balacera aumenta, los gritos y el humo también. Agacho la cabeza y paso la llave hasta el fondo, prendo el carro. — Sabía que esto no podía ser tan difícil. Muy bien — Piso el acelerador y el carro se va rápido hacia atrás, grito desesperada mientras trato

de encontrar con el pie el freno, logro hundirlo y ponerme a salvo. Respiro agitada frente al volante.
— ¿Por qué soy tan inútil, carajo?
¿Qué hago?
¿Qué haría Michelle en este caso? ¿Será que puse la palanca mal?... Espera, buscaré en internet:
— Cómo... conducir... una… camioneta.
Ponga el vehículo en neutro...
Listo.
Ahora pise el freno...
Listo.
Ahora mueva la palanca a la letra D que significa Drive.
Era una mierda tan obvia.
Conduzco despacio sacando el auto cuando de repente se me atraviesa un brujo al frente, y grito del susto. Él me señala.
— ¡¡Aquí está!! — llama a los otros.
El miedo me consume, piso el acelerador por accidente, y le paso por encima.
— ¡Carajo! ¿¿Cómo lo muevo?? ¿¿Cómo me quito??
Los nervios me ganan y vuelvo a tomar el teléfono, temblando.
— Para retroceder ponga la palanca en R.— Le doy hacia atrás, pero un grito adolorido sale debajo de la camioneta.
— Ay no puede ser, lo maté— Me llevo las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Pero mi posición ya fue expuesta veo a más brujos acercándose, así que giro el volante, doy la vuelta chocándolos a todos, pido perdón por cada uno mientras caen como fichas de dominó. Logro enderezar el guía y me dirijo hacia el patio de la casa. Las balas comienzan a rebotar en los cristales.
Enciendo todas las luces para ver mejor, me abren la visión como dos faros marítimos, giro al llegar y el auto resbala por la nieve, la curva pronunciada hace que choque a varios brujos hasta que me detengo justo en frente del maldito que está torturando a mi marido.
— Maldito... ¡¡aléjate de mi esposo!! — Presiono el acelerador con alevosía. Le arrojo la camioneta encima, siento que paso sobre un tronco pero eso no me detiene. Fijo mi mirada en él, y choco al brujo, lo arrollo con todo el maldito odio del mundo. Pero salgo

directo a los árboles así que giro muy bruscamente para no chocar. Hasta que veo a Alessio brincando en una sola pierna, haciéndome señas con la mano:
— ¡¡Ey!!, ¡¡Ey!! — Grita, y me detengo justo al lado, le abro la puerta para que suba.
— ¡Amor! — Le extiendo la mano, él no la toma, camina cojeando con cara de amargado hacia mí.
— ¿¿Estás ciega??, ¡¡me rompiste la pierna!!
Parece que se le fue la borrachera.
— Pensé que era un tronco, no te vi.
— ¿¿Cómo no vas a verme si traes todos los faros prendidos??
— Yo estaba viendo para todas partes.
— ¿¿Quién te enseñó a manejar??
— ¡¡Nadie!! — Grito. — ¡Ésta es la primera vez que conduzco un auto en mi vida, hice, hice lo mejor que pude!
— ¿Ah, sí?, ya entiendo. Está bien amor. — Justo observamos a un lado y vemos a Dimitri tratar de levantarse. Alessio se acomoda la pierna en un crujido que me apuñala los oídos, corre y salta hacia él, se le tira encima y veo cómo le arranca la cabeza con una mordida.
Bajo la luz de los faros veo su barbarie. No se conforma, no basta con haberlo decapitado, comienza a desmembrarlo. Y Giro la cabeza a un lado.
— Sólo lo hace porque lo tiene que hacer, sólo lo hace porque lo tiene que hacer. — Me repito.
Cuando el silencio regresa vuelvo a mirar al frente, y ahí está él, completamente bañado de sangre. Se limpia la boca con el dorso de su mano y camina todavía cojeando hacia mí. Sube al vehículo y cierra la puerta. Lo miro con un pequeño susto en el pecho. Pero muy contrario a lo que pienso, me habla con mucha suavidad.
— Cariño, perdón por el reclamo de hace un momento, no debí hablarte así. Déjame tomar el volante.
Justo en ese instante, el vehículo se estremece. Miramos por las ventanas y vemos a los brujos extendiendo sus manos hacia nosotros,
— ¡Acelera, acelera, acelera! —grita Alessio y después de dos frenazos logro pisar el acelerador, nos sacó de ahí. Conduzco tan

rápido como puedo. — ¡Toma la salida a la izquierda y!, cariño, quita el freno de mano cuando conduzcas — baja la palanca.

Capítulo 49 - *La bruja Zara*

Alessio

Aunque la embriaguez que este vino me provocó influyó negativamente en la pelea, al menos mantuvo mi cuerpo caliente. Mis heridas sanaron rápido, incluso en medio del frío, y eso me mantuvo de pie. Le debo una a Gabriel. La verdad sí estaba bueno el vino, le encargaré otro después.

Mientras Luna conduce, termino de enderezarme la pierna con un tirón. El crujido se mezcla con el chasquido húmedo de mis cartílagos acomodándose. A Luna no le agrada para nada.

— ¡Cielo, no lo hagas aquí!

— Disculpa mi amor, ¿puedes detenerte para bajar y arreglarme la pierna que tú me rompiste? ¿que no se puede? ¡Claro porque nos están persiguiendo!

Ella no responde. Sólo empieza a llorar en silencio.

Mierda.

— Cariño... lo siento, estoy de mal humor.

— ¿Crees que lo que te pasó en la pierna es mi culpa?

¿Sí?

— No, cariño.

— Porque... hoy es mi cumpleaños, y todos mis regalos se quemaron. También me casé, y no pude tener una linda noche de bodas.

¿En serio está haciendo este reclamo ahora?

— Y es muy egoísta de tu parte decir que te rompí la pierna y no valorar el esfuerzo que hice por salvarnos la vida.

Pero si casi me la quitas...

— ¡Uugh! — Le da un golpe al volante. — ¡Ya no digas nada!

— No estoy diciendo nada.

— ¡¡Uugh!! — Otro golpe al volante y retrocedo a la ventana con espanto.

¿Qué carajos le pasa?

Mi teléfono suena en el portavasos y contesto la llamada al primer tono, desesperado por escapar de ella.
— ¡Lukas!
— ¿Hermano, estás bien? ¡vi cómo te arrollaron con la camioneta!
— Sí, bueno… mejor no hablemos de ese tema.
— Hay dos furgonetas que lograron escapar, van detrás de ustedes... cuando controlemos la situación aquí los alcanzaremos. Y, Alessio, tu casa es pérdida total, lo lamento. Mierda. — Suena una balacera de fondo. — Llamo más tarde.
Cuelga. El silencio que queda es incómodo.
— Alessio.
— Estoy bien, sólo es una casa.
— En realidad... iba a decir que es mejor que conduzcas tú.
— Oh, cierto.
Frena y cambiamos de lugar. Pero cuando estamos a punto de arrancar me detiene.
— Espera.
— ¿Ahora qué?
— Necesito hacer pipí.
— Nos están persiguiendo, debemos avanzar
— No, no entiendes en serio, necesito.
— No podemos.
Me mira con el rostro pálido, labios temblando.
— Okey, hagamos pis. Pis muy rápido.
Meto la camioneta en el follaje del bosque, apago las luces, y la acompaño. La noche está helada, vapores salen de nuestras bocas mientras hablamos.
— ¿Crees que puedas hacerlo aquí?
— Sí... sólo dame un momento.
— Okey. — Le doy espacio, pero entonces la escucho toser, seguido de varios sonidos guturales.
¿Está vomitando?
— Amor. — Me acerco.
La encuentro apoyada en un árbol, vaciando su estómago sin control.

— Todo va a estar bien, cariño. — Le sostengo el cabello, acaricio su espalda.
— Me siento muy mal.
— Tranquila, vamos al auto.
— Traje agua en una mochila.
— Está bien.
— ¿No será que tienes hambre? Ahora que lo pienso, no cenamos.
— Creo que es por eso, me siento muy débil.
— Toma agua primero. — La recibe, bebe lento.
— Ale, quería pedirte perdón por romperte la pierna. No sé por qué dije todo eso en el carro.
— Tranquila, no te disculpes, tú nos salvaste hoy. Tienes derecho a decir lo que quieras.— Alzo la cabeza frunciendo el ceño, es imposible que nos hayan alcanzado tan rápido.
— ¿Qué pasa, cariño?, ¿por qué esa cara?
— Los brujos ya están cerca. Súbete a mi espalda.
Dejamos el coche atrás. Corro con ella a través del bosque.
Tres. No, son siete. Olvídalo, son dieciséis. Con suerte, no soportarán la dureza del clima y desistirán de la búsqueda tras unas horas. Sigo corriendo hacia el frente donde observo una planicie, lo hago guiado por mi nariz. Dicho error me cuesta caro, pues cuando por fin alcanzo el lugar descubro que mi olfato ha sido timado, en vez de alejarnos fuimos directamente hacia ellos. Estamos rodeados.
— No quieres este conflicto, Alessio. Ni nosotros tampoco. —
La bruja Zara. Otra vieja conocida con extraña juventud.
— Si buscan a mi esposa por supuesto quieren conflicto. Y además Dimitri está muerto. Ninguno de ustedes es rival para mí.
— Esa es la parte buena de los aquelarres: si alguien muere, su poder pasa al siguiente. — Sus ojos brillan azules, iguales que los de Dimitri. — Y yo no cometeré el mismo error que él, hasta aquí llegó tu eternidad, Alessio: Muerte.
Mis costillas se quiebran ante su orden. Una garra invisible me atraviesa y desgarra cada nervio. El dolor es duro, punzante, imposible de contener, estalla desde mi columna hasta las yemas de mis dedos. Caigo tumbado al piso junto a Luna, y un grito gutural se

escapa de mi garganta. El aire arde en mis pulmones. Siento mis huesos crujir, cada articulación retorcerse, algo me recorre quebrándome desde adentro. Mi visión se nubla en un velo rojo mientras algo helado me aprieta el corazón, y rápidamente comienzan a regresar mis recuerdos uno a uno, cada año, cada plática, cada risa. Estoy muriendo, enserio estoy muriendo.
Trato de hablar, pero la agonía que sufro me arranca a pedazos la voluntad. Mis manos se clavan contra la tierra helada, buscando anclarme a algo real, pero no hay nada salvo el sonido de mis propios huesos tensándose, casi partiéndose. Y un rugido no humano sale de mi garganta. ¿Qué me pasa?, ¿qué me está pasando?
— Levanten a la mujer, haremos el primer ritual de concepción esta misma noche.
Escucho a Zara hablar, quiero levantarme y pelear, pero todos mis intentos por moverme son en vano. Miro con fijación a dos jóvenes brujas acercándose a Luna. Una busca agarrarla por las piernas. Otra por la espalda. Hablan bajo entre ellas.
— Patricia.
— Ya lo sé, hermana.
— Hicimos un juramento de vida. Si procedemos con esto...
— ¡Habla bajo! No importan los pactos que hayamos hecho; si nos oponemos, Zara nos matará.
— Pero esta mujer ya está embarazada.
— ¡Ese no es nuestro problema!
— ¿¿Por qué tardan tanto?? — Grita Zara.
— ¡Está pesada! ¡Necesitamos ayuda!— Le responde a gritos y voltea hacia su hermana— Deja que alguien más se encargue, así la sangre de ese niño no correrá por nuestras manos.
— ¿Es varón?
— Sí... es un varón.
Luna...
Mi Luna.
Otros brujos se acercan a ella y la levantan inconsciente del piso, se la llevan, y mientras su aroma se aleja, apenas puedo arrastrar aire a mis pulmones. Babeo contra la tierra helada, mis lágrimas se

mezclan con la sangre que me brota de los oídos y la boca. Esta es mi muerte. Dejo el mundo humillado, impotente, bajo el peso maldito de este hechizo.

Mi visión se oscurece, reducida a destellos borrosos donde sólo distingo la silueta del grupo alejándose. Intento gritar, pero mi garganta no emite más que un gemido roto.

El dolor en mi pecho se vuelve insoportable. Cada latido duele como un martillazo hasta que, simplemente se detiene. Un silencio absoluto me envuelve. No hay gritos, no hay brujas, no hay Luna. Sólo el silbido del viento cortando la noche... y después, nada.

Capítulo 50 - *Cacería de Brujas*

LUKAS

El GPS marca el punto exacto y reduzco la velocidad hasta detenerme detrás de la camioneta de Alessio, la cual encuentro varada en medio del bosque con las luces apagadas. Tomo mi rifle y bajo del vehículo. Mis hombres me siguen, sus linternas acopladas a los fusiles barren el perímetro. Nada se mueve, salvo el vaho de nuestro aliento.

Abro la puerta de su camioneta, doy un vistazo rápido: está vacía.

Entonces miro alrededor, viendo huellas de pisadas frescas en la tierra parcialmente tapadas por la nieve. Las seguimos en línea recta, apuntando hacia el frente, arriba y abajo con precaución. El camino corto nos lleva a una planicie, donde veo a Alessio, ensangrentado, tirado en el piso.

Alzo una mano. —Esperen. —Mis hombres se detienen sin discutir, me toma algunos segundos reaccionar, jamás pensé que viviría tanto para verlo así. Respiro hondo, guindo mi rifle en mi espalda y me acerco. Camino solo entre la brisa fría. Me arrodillo junto a él, le tomo el pulso… mi corazón casi se detiene con el suyo.

Está muerto.

Frunzo el ceño y mi rostro se llena de lágrimas. No logro quitarle la mano del cuello porque me aferro a creer que va a volver su pulso, que va a abrir los ojos. Aunque sé bien que no hay cura para esto.

Mi llanto comienza a gotear sobre la nieve, me limpio la cara con la otra mano justo cuando siento un fuerte apretón en mi muñeca y, sin pensarlo, saco mi arma, la pongo en su cabeza.

El cuerpo que estaba frío e inerte ante mí ahora me sujeta con su mano hirviendo, quemándome la piel. Justo alza el rostro. Y veo sus ojos: no están rojos, no están negros. Brillan con una luz dorada que no parece de este mundo. Miro el asunto con horror, tan impresionado que no logro disparar ni moverme. Cuando de repente, una charla con mi padre regresa a mi mente:

«Nunca te acerques a Alessio cuando tenga los ojos amarillos.

Rojo es bueno, e incluso negro también, pero amarillo es malo. Si algún día tienes la mala suerte de ver sus ojos brillar como las estrellas, corre, hijo».
—¡¡Corran!! —Le grito a mis hombres en lo que trato de zafarme—. ¡¡Corran!! —Advierto de nuevo y todos reaccionan, se pierden entre la maleza del bosque.
—Hermano, soy yo. Alessio, soy yo, suéltame, vamos suéltame.
Mientras forcejeo, mi voluntad vacila entre dispararle o no, porque sé muy bien que detrás de esos ojos está mi amigo, ese que contestaba todas mis preguntas absurdas cuando era niño. Ese que con mucha paciencia llenó mi mente de conocimientos, de verdades sobre este mundo que me formaron como el hombre que soy.
— ¡Alessio!
Alguien que me enseñó que es cosa de estúpidos pensar que en un planeta tan grande como este el ser humano sea el único capaz de pensar, crear o matar.
— ¡Suéltame!
Sin embargo, nada de lo que me enseñó me preparó para este momento. No hay forma de que algún ser humano estuviera preparado para ver esto: Mientras los ojos de Alessio destellan desafiando cualquier explicación científica. Sus huesos maxilar superior e inferior se rompen, y seguido del perturbador crujido se le caen los dientes premolares, también los colmillos bajo gritos desgarradores que me permiten ver la hemorragia severa que sale de su boca. Casi al instante, sus huesos se ajustan y cuatro colmillos monumentales emergen de los orificios, forzando su paso por las encías que se rompen aún más ante su empuje, revelándose imponentes y filosos.
De repente, en ese empuje de baba y sangre, cae de su boca un rubí. Casi pierdo mi alma cuando lo veo, pero lo agarro con la otra mano y lo guardo en mi bolsillo de inmediato, porque sé bien cuál es la única joya cuyo valor es tal para esconderlo entre sus dientes en una noche como ésta.
— ¡¡Lukas!! —Escucho a mi costado, volteo aterrado, encontrando a Michelle a pocos metros de nosotros. Le dije que se quedara en Londres, ¿cómo llegó hasta aquí?

—¿¿Qué haces?? ¡¡Corre!! ¡¡corre!!— Entre tropezones se adentra también en el follaje. Su presencia hace que mi mente dé un brinco, me saca del estado de shock, forcejeo más fuerte con el agarre de Alessio, avistando unas manchas color rojo luminiscente apareciendo en el dorso de su mano la cual comienza a tomar un pelaje azabache. Se me hace imposible no seguir su aparición con la mirada y llego hasta su cabeza otra vez, la morfología de su cara cambia, tiene una protuberancia entre ojos y nariz similar a la especie felidae y el cabello se le ha caído. El agarre de sus dedos comienza a volverse filoso. Logro liberarme y retrocedo, observo como la punta de sus dedos junto con sus uñas comienzan a romperse y son sustituidas por enormes garras.
Corro en dirección al bosque, pero antes de alcanzar el follaje lo escucho pegar un fuerte grito que se torna bestial. El miedo me paraliza de nuevo y volteo. Miro a la criatura frente a mí y sé que no hay nada humanamente que yo pueda hacer para evitar que me devore.
Su metamorfosis finaliza, es un enorme jaguar cuyos ojos brillan como las estrellas.
Mi padre también me contó, que en varias tribus de Sudamérica existen chamanes que logran conexiones con el espíritu del gran jaguar. Los guaraníes, por ejemplo, tienen chamanes que pueden convertirse en jaguares tras largos rituales; lo llaman Yaguareté Avá o Capiango. Pero la condición vampírica de Alessio hace que esto sea distinto: su pacto con el dios jaguar es tal que no necesita ritual alguno. El jaguar acude a él siempre que lo necesita y le permite adoptar su forma bestial por una noche, hasta que completa su cacería.
Me mira a la distancia, yo ni siquiera pestañeo. Ignorándome por completo inicia una carrera en dirección contraria y un enorme alivio se apodera de mi cuerpo. Me permito descansar, empezar a ordenar las cosas en mi cabeza:
Encontramos la camioneta,
encontramos a Alessio,
¿pero dónde está Luna?
La respuesta es más que clara.

Fijo la vista en el camino que tomó y cierro mis ojos elevando mi cabeza buscando paciencia en algún rincón del cielo, asimilo que tendré que ir tras la bestia de la cual por mera suerte acabo de escapar porque si el imbécil mata a su novia por accidente seguro colapsará. —¡¡Mierda!! —Pateo el piso liberando la frustración de mi reclamo y comienzo a trotar detrás de sus pisadas, no hay un día en que este vampiro de mierda no me arruine la vida.

Salgo de la planicie, inicio la persecución a través del terreno cubierto por una mezcla desigual de nieve y tierra. Mi rifle en mano, listo para disparar. Los ojos fijos en la silueta de Alessio que se desliza con rapidez entre los árboles. Me preocupa que adelante tan rápido, podría haber algún brujo oculto esperando para emboscar.

Como si lo hubiera invocado, aparece de la nada, bloqueando el camino de Alessio en su forma de jaguar. La bestia se lanza sobre él con una mordida brutal que le arranca el brazo y parte del torso, el tipo cae al suelo y Alessio continúa hacia el frente. Llego hasta el hombre, saco mi cuchillo y se lo clavo en la frente, justo en la región del hueso frontal, asegurando su muerte instantánea sin gritos que pueda alertar al enemigo de nuestro arribo.

Sigo adelante, mi pulso acelerado, sin permitirme ni un descanso. Me cuesta mucho alcanzarlo, pero lo consigo; veo a Alessio moviéndose con sigilo detrás del follaje, fundiéndose con la sombra de los árboles hasta subirse en uno. Sin bajar la guardia, me acerco lentamente, buscando también un lugar donde observar sin ser visto. Encuentro un árbol robusto, subo con rapidez y me escondo entre el denso follaje, conteniendo la respiración. Desde aquí, observo todo; una bruja con aparente autoridad da varias órdenes a los demás. Les pide que recuesten a Luna sobre el pentagrama, que harán el ritual.

Le apunto, pongo su cabeza en mi mira, preparándome para disparar. Observo como colocan a Luna desmayada sobre los trazos en el suelo, rodeada de velones que no sé cómo logran estar prendidos con tanto frío.

Los brujos comienzan a colgar pequeños saquitos en las ramas de los árboles. Se acercan al árbol de Alessio y juro que tiemblo. Sin embargo, se mantiene oculto, todavía no ataca.

Zara recibe un recipiente de vidrio en sus manos con una sustancia blanquecina y comienza a hablar:
—En mis manos, yace nuestro futuro queridos hermanos, el fluido vital del último descendiente de Baba Yagá, dueña de las aguas de la vida y la muerte. Cuando esta mujer dé a luz dentro de nueve meses, podremos robarle al engendro la habilidad de la resurrección, así, aunque nuestros enemigos mutilen nuestros cuerpos, o nos corten en pedazos, o si la enfermedad o la vejez nos arropan jamás moriremos, ¡los brujos siempre volveremos!
Un bullicio explota alrededor del rito, todos apoyan sus palabras.
—¡Nuestros aquelarres subirán a la cima! —Prosigue.— Ya no le temeremos a las armas del hombre, no temeremos a las criaturas que acechan en la noche, ni a los lobos, ni a la sombra de los vampiros encerrados, ni al Luisón. Esta noche, ustedes han sido testigos de la hazaña. Se decía que nada podía matar a Alessio Yvoty, eso decían... ¡¡Pero nosotros lo hicimos!!
Justo en ese grito, Alessio salta del árbol y abriendo sus grandes fauces las clava en el cuello de Zara, arrastrándola por la tierra ante los ojos de todos, y con un violento movimiento, la decapita, tira a un lado su cabeza.
El horror los paraliza a todos, por segundos nadie se mueve. Pero hay algo que sé de las dos especies que estoy viendo; a los humanos nos espanta cualquier cosa, y las bestias con instinto de caza matan todo lo que se mueva. Y como nadie da el primer paso, me toca obligarlos. Lanzo una ráfaga de disparos y se arma el alboroto, los brujos corren por todas partes y Alessio empieza a perpetrar su masacre. Ni siquiera prueba la carne de las presas que derriba, solo los desecha en clara venganza.
Derriba a cada brujo, uno por uno mordiéndoles la cabeza justo en la región cervical alta.
Un brujo aparentemente poderoso, no huye, corre tras él y justo cuando Alessio salta, él interrumpe su vuelo enganchando su brazo a su cuello, con una fuerza tan brutal que por un par de segundos pensé que de verdad le iba a ganar. Sin embargo, Alessio se balancea y clava las garras en su cuello, obligándolo a soltar el agarre, quebrándole el cráneo con la fuerza de sus colmillos.

Dejando su cadáver atrás, avanza veloz por el bosque en medio de hechizos y ataques inútiles que no logran hacerle ni el más mínimo daño.
Cuando el perímetro queda limpio, (de brujas y de Alessio). Bajo del árbol con un salto, caigo agachado peinando con la mirada todo una última vez y corro hacia Luna evitando los cadáveres. Me arrodillo, compruebo su pulso: está viva. La tomo en brazos y la aseguro contra mi pecho, listo para sacarla de aquí.
—Tengo a la prometida del jefe, ¿alguien me copia? —Nadie me responde por la radio. Miro los pies de Luna y se ven excesivamente blancos, está helando.
Le quito las sandalias, le pongo mis medias y regreso las botas a mis pies. Vuelvo a dejarla recostada y me levanto, revisando el perímetro otra vez.
Alessio nunca se perdonaría si Luna muere hoy, jamás se recuperaría. Ella es más que su prometida, creo que no hay adjetivo que englobe todo lo que para él significa ella.
De repente, mis ojos se fijan en el piso, me cae la ficha de que estamos sobre un pentagrama y aunque ya lo había visto, recién me ubico. —Oh, genial, siempre soñé estar sobre uno de estos. — Comienzo a borrar esa mierda con el tacón de mi bota. El Señor es mi pastor, no me acuerdo de lo que sigue, pero soy del lado blanco, me gusta la luz, adoro la luz, no me hablen de esta mierda.
—Agua. —Escucho la voz de Luna y vuelvo a ella.
—Ey, ¿te sientes bien?
— ¿Lukas?, tengo mucha sed.
—Okey, okey. —Saco mi termo y la ayudo a beber.
—¿Crees poder caminar?
—No creo, Lukas, hace un rato bebí mucho, quizás sea por eso que tengo tantas náuseas, lo siento.
—Está bien, no te disculpes.
—¿Y qué son todas estas hierbas?, ¿puedes quitármelas?, cielos, huelen terrible. — Habla llorando. Esas lágrimas no son de tristeza, son de malestar.
—Claro.
—El olor es tan fuerte que me da náuseas.

—Tranquila, ten, toma un chicle. —Hablando de chicles, ¿dónde estará la chica de los chicles?
Me distraigo un segundo y cuando vuelvo a mirarla palidece otra vez.
—Okey, acuéstate.
Ella lo hace y yo elevo sus piernas. ¿Es posible que se le haya bajado la presión? No termino de hacer conjeturas y de nuevo pierde la conciencia. Es una pésima idea correr con ella en brazos por el bosque, podrían atacarnos y yo no tendría cómo defendernos. Sin embargo, no podemos quedarnos, es más peligroso quedarnos.
La alzo en mis brazos.
Cuando volteo, encuentro a un hombre caucásico y corpulento como de dos metros y mientras se acerca con un cuchillo, me mira de manera escalofriante, justo como en la pintura de La dama de Shalott mirando a Lancelot de Waterhouse. —¡Ey, ey, ey!, calma, amigo, calma, somos almas impuras, no servimos para tus sacrificios. —Aún hablo cuando dos perros aparecen detrás de él, enormes, más que un gran danés. No me muevo, y aunque sé que puedo resolver este pleito sólo con dos tiros, tendría que dejar caer a Luna y el tipo grande se la llevaría. Trato de coordinar mi próximo movimiento, pero un grito desesperado se roba mi atención, también la de los perros.
—¡¡Lukas!! ¡¡Corre, Lukas!! ¡¡Corre!! —Del follaje aparece Michelle gritando y detrás de ella un inmenso hombre lobo. ¿¿Qué??
No es como los que matamos el otro día, este camina sobre sus dos patas y sus colmillos se muestran enormes como en película de lobos del año 2000.
—¡¡Corre!! —Repite y mis pies se liberan, giro y el hombre me arroja el cuchillo. Siento el golpe en mi cabeza y aun así sigo corriendo, bajo los horrendos ladridos de la bestial trifulca que se forma a nuestras espaldas.
El frío comienza a quemarme el costado derecho de la cara y un candente latir me revela el daño que he recibido, me han cortado la oreja.
Sigo corriendo a pesar de eso mientras el carrasposo quejido del dolor vibra en mi garganta. Michelle nos alcanza y coordinamos un

mismo ritmo en la huida, continuamos alejándonos.
—¡¡Estás sangrando!! —Grita. ¿No cree que estoy bastante enterado?
Avanzamos unos cuatro kilómetros, momento en que Michelle se detiene de repente.
—No puedo más, necesito descansar.
Accedo de inmediato porque me estoy sintiendo mareado, he perdido mucha sangre. Demasiada.
Pongo a Luna en la tierra y de inmediato Michelle pone sus piernas de apoyo para su cabeza. Yo bajo mi mochila y comienzo a buscar el botiquín. Las manos me tiemblan.
Desprendo la tapa de la solución salina y la vierto sobre mi oreja. La adrenalina me abandona y empiezo a sentir dolor, mucho dolor. Vampiros, brujas, lobos. Lo único que me faltaba en la vida era llorar como una marica frente a una mujer, y justo eso estoy haciendo.
—Maldición. —Agarro la botella de alcohol y me vuelvo incapaz de destaparla.
—Permite que yo lo haga. —Dice Michelle frente a mi cara. ¿Pero en qué momento se acercó? Le entrego la botella.
—Sólo derrámalo por la herida, tenemos que seguir, hazlo rápido. —Cierro los ojos y el ardor que siento me priva. Aprieto mis dientes y vuelvo a llorar de dolor. —Maldición. —Me llevo la mano a la cara, no soy un hombre de lágrimas, pero carajo, carajo.
—Por favor, pon el vendaje. —Hace lo que le pido y por más que lo disimula oigo su llanto.
—¿Pero por qué lloras?
—Acabas de perder una oreja. —Su voz se quiebra y me seco las lágrimas. Si me quiebro ante ella, también va a quebrarse, aparenta ser fuerte pero sé bien que no lo es. Tengo que, de alguna manera, lidiar mejor con este dolor. Eso demanda la situación.
— No llores, ya estoy bien. Escucha, necesito que tratemos de alejarnos lo más posible mientras Alessio recupera la conciencia o sale el sol. ¿Entiendes?
—Sí.
—No sé qué le pasa a Luna, no creo que lo que tenga sea una simple resaca, es un mal momento para que esté enferma. Un

completo problema A toda esta mierda, ¿de dónde salió esa cosa?
—¿Qué cosa?
—Ese lobo que te perseguía.
—Ah, emm, no sé, salió del bosque, yo sólo corrí.
— Esta noche parece Halloween. No importa, al menos ya estamos a salvo y si queremos seguir así debemos continuar, vámonos.
Vuelvo a cargar a Luna y seguimos caminando por al menos un kilómetro. El sol aún no se asoma por ninguna parte. Creo que Michelle y yo estaremos bien, pero ese malestar que tiene Luna podría continuar empeorando. Debemos buscar refugio.
Los árboles aquí son grandes, veo sus raíces, podría ser un buen lugar para que descanse mientras esperamos que amanezca.
—Vamos a parar aquí.
La acomodo en nuestro improvisado refugio, me quito el bolso y dejo caer mi pechera, cubro sus piernas con mi chaqueta.
Le hago una seña a Michelle y también entra.
—¿Va a estar bien?
A veces, sus preguntas me desesperan. ¿Cómo rayos voy a saber?
—Hacemos lo que podemos. —Soplo mis manos y cargo mi arma.
—¿Qué le pasó a Alessio?
—No te lo vayas a tomar a mal, pero no puedo responderte eso.
—Claro, entiendo, lo siento... ¡Claro que sí tienes que responderme eso! Él sale con mi amiga, y lo del vampiro está bien, es aceptable, pero esa otra cosa ni siquiera te reconoció.
Ni bien ella terminaba su reclamo cuando ante nosotros aparece Alessio en su forma de jaguar. Avanza sobre sus cuatro extremidades sin hacer ruido. De hecho, no lo vi hasta que lo tuve enfrente.
Mi única plegaria, Dios, es que Michelle no se ponga a gritar. Tengo mi arma cargada, sólo me faltan las bolas para dispararla.
Lo miro acercarse a Luna y acaricio el gatillo. Retrocedo en mis intenciones al ver que él sólo la olfatea. Mis ojos sorprendidos buscan los de Michelle y tienen la misma expresión que los míos.
Rastreó su aroma hasta aquí, sí la reconoce.
Sus huesos comienzan a romperse de nuevo, agarro a Michelle y la empujo hacia mi pecho. Sé lo que viene y no dejaré que experimente eso, ni yo mismo soporto lo que estoy viendo.

Las garras se le caen, las manchas comienzan a desvanecerse y lentamente el color de su piel vuelve a su tono. Cuando la mandíbula se le ajusta, sus colmillos se quiebran y sus manos se aferran al suelo en medio de una fuerte expresión de dolor.
Tal es el tormento que hasta la baba se le sale, y una larga y lisa melena negra encubre sus lágrimas.
Regresa a la normalidad.
—¿Lukas, tienes algo de comer? — Pregunta, su voz distorsionada todavía, yo me quedo pasmado, no respondo nada.
—¡¡Lukas!! —Reclama.
—Chicle, sólo chicle.
—Eso no me sirve, tengo mucha hambre y estoy cansado. — Su voz recupera su tono habitual.
Si de casualidad se le ocurre beber de Luna, la pasará muy mal por la condición en que está.
—No puedo beber de Luna —añade—. Está embarazada.
La impresión me arropa y a Michelle también. Trata de alzarse y no la dejo, la regreso de nuevo a mi pecho. No quiero que lo vea. Aparte de estar desnudo, Alessio se ve demacrado, exhausto.
—¿Puedes esperar afuera, Michelle? —Susurro en su oído.
—Sí.
—No alces la mirada mientras sales, sólo será un momento.
—Okey.
La sigo con la mirada hasta confirmar su posición afuera. Miro de nuevo a Alessio.
—Vístete primero, no me vas a chupar la sangre con el pene afuera.
—Ay claro, permítame fabricar la ropa. ¿¿De dónde, cabrón??
—Tengo una licra puesta debajo del pantalón.
—Muévete, carajo.
—No me hables como a una de tus putas.
—¡Ya no tengo putas!... Lukas, en serio necesito morderte.
—¡¡Cállate!!
Maldito clima desgraciado, puto Alessio desgraciado. Me bajo el cierre del pantalón, me quito la licra y se la tiro. Mientras él se viste, también me visto.
—Voltéate.
—En tus sueños, cabrón.
—No quiero verte a los ojos mientras me acerco. Eso sería raro.
Respiro profundo, me volteo. —No me toques, ni te apoyes en mí, ni pongas tus manos donde pueda verlas, sólo haz tu mierda. — Priorizo la necesidad, no conviene para nada que él esté débil.
Clava sus colmillos en mi cuello y yo no puedo creer que Luna o cualquier otra mujer pueda someterse a esto durante un largo tiempo. Por respeto a mi hombría,

me contengo y no grito, pero esto duele casi como una puñalada.
—Ya terminé, tienes la sangre amarga.
—Se dice gracias.
—Gracias. —Hace un guiño y me tira un beso.
—Ya deja la mierda.
— Ay ni te creas. ¿Qué te pasó en la cabeza?
—Nada que Sebastian no pueda arreglar.
— Se ve feo.
— Sí, y por segunda vez se dice gracias. Esperaré afuera con Michelle.— le doy la espalda— Ah, casi lo olvidaba— Meto la mano en mi bolsillo y le regreso el rubí— No haré preguntas al respecto, sólo… trata de guardarlo en un mejor sitio la próxima vez.
Me voy.
— Lukas.
— ¿Sí?
— Gracias. De verdad.

Capítulo 51 - *Al final de la noche*

Alessio

Un hijo...

Aunque estaba completamente abierto a la idea, igual no puedo evitar sorprenderme ante este grato descubrimiento.

Esta mujer de la que estoy tan enamorado me dará mi primer hijo. La suma de las cosas buenas que ella ha traído a mi vida sigue aumentando, y aunque los peligros también, ésta inmortalidad no es una condena, es el poder de prevalecer, y yo siempre prevaleceré para protegerlos.

Quiero seguir teniéndola, quiero seguir mirando esa hermosa sonrisa y quiero ver si ese niño que lleva en su vientre sonreirá igual que ella. Adoraría que nuestro hijo hiciera eso, Luna.

Mientras acaricio su rostro, ella finalmente abre los ojos, y en ese momento siento la suavidad del amanecer. La luz delicada y cálida de un nuevo día se refleja en su mirar, es tan claro, certero. No hay cosa más bella que sus ojos en el mundo entero. Y como regalo adicional, el sol también se asoma.

— ¿Alessio?... estás aquí.

— Siempre voy a estar aquí. — Acomodo su fleco.

— No me siento bien.

— Ya nos vamos.

— Okey.

Cierra los ojos de nuevo y la tomo en mis brazos, salgo al exterior. Lukas y Michelle esperan.

— Iremos detrás de ustedes. — Dice Lukas y asiento.

Nuestra amistad nos ha salvado esta noche. No olvidaré sus acciones, espero que el tiempo me permita devolvérselo.

Iniciamos la ruta y minutos después siento las manos de Luna en mi largo cabello, lo acaricia con extrañeza.

— ¿Qué te pasó? — Pregunta. Sus labios bastante pálidos.

—Te contaré cuando lleguemos. Trata de no hablar. ¿sí?, te ves muy cansada.

— En realidad, hay algo que quería decirte, por favor no te molestes, iba a contártelo después de mi cumpleaños.

— ¿Qué es?
— Hice un descubrimiento sobre la llave la noche anterior a este viaje, iba a decírtelo al regresar a Londres pero…
— Tranquila, habla con calma.
— Cariño, aunque ciertamente llevaste el rubí a Santo Domingo, tú nunca sacaste la llave de Londres, nunca la llevaste a otros países. Porque tenías la idea de que no podías guardarlas juntas, el rubí siempre estaba contigo, en todos tus viajes. La llave no.
Lo sé. Ahora lo sé, y es algo que me preocupa, mi mente se ha aclarado, veo todo, recuerdo todo, recuerdo hasta el sabor del agua del río que bebía de niño, recuerdo con claridad cada momento de mi pasado, cada detalle de mi vida, la manifestación del dios jaguar en mi cuerpo lo ha logrado.
— Gracias... yo resolveré el resto. — Le respondo con una suave sonrisa.
Ahora que lo sé todo, hay algo que me molesta y no deja de resonar en mi cabeza, necesito descifrarlo. Gratamente, el olor que percibo ésta mañana mientras caminamos de regreso a la casa, es la señal clara de que posiblemente yo reciba respuesta a las dudas que rondan en mi cabeza. Nos detenemos en pleno bosque. Tyler Harris levantándose desnudo de la tierra, sus hombres arropándolo con una manta. Me mira de frente. Sería muy interesante saber, ¿qué hacía él aquí?
— Alessio Yvoty... te ves mal.
— Podría decir lo mismo de ti, pero tengo educación.
— ¿Qué carajo ocurrió en este bosque?
— Pensé que lo sabías, ya que estás aquí. Pero si no, tampoco te preocupes no es de tu incumbencia.
— De mi incumbencia es todo lo que yo diga o crea.
— Nada nuevo, Tai... alguien quería llevarse a Luna, obviamente dije no, ¿ya sabes cómo termina ese cuento verdad? — Se da la vuelta, trata de irse.
— Espera, hay algo que quiero preguntarte.
— Habla.
— ¿El Rey... qué fue exactamente lo que te pidió?, ¿cuál fue el mandato que recibiste sobre mí?

— Nuestra Orden sólo responde a la corona, ¿por qué debería rendirte cuentas?
— Porque tengo un mal presentimiento, y hasta donde sé, tú y yo compartimos ciertos intereses. ¿En qué se basa exactamente su colaboración?
— El interés de las manadas es claro, no queremos a los vampiros caminando de nuevo por la tierra, suficiente tenemos contigo.
El deseo de la corona es el mismo.
— ¿Estás seguro?... ¿estás seguro que el deseo de la Corona Británica sigue siendo el mismo?
— Di lo que viniste a decir, Alessio.
— Yo dejé la llave en el escritorio del Rey después que la robé. Hablo del tatarabuelo del Rey Oliver.
— Entonces sí la robaste.
— Me daba pánico que todo ese poder recayera sobre los humanos. Pero al tener la llave en mis manos durante tantos años, también me resultó preocupante que todo dependiera de mí. Concluí que no era seguro que una sola persona tuviera el poder de decidir si esas puertas se abrían o no. Así que añadí una capa extra de seguridad, separé la llave, me quedé con el rubí y el metal lo dejé en el escritorio del Rey, vi con mis propios ojos el casi desmayo que le da cuando la encontró.
— Esto es ilógico.
— No miento.
— El Rey me dijo que la llave había sido robada desde hace más de cien años, y me dio la labor de encontrarla, su primer sospechoso eras tú, Alessio.
— Te tiraron un hueso al monte y tú corriste como el perro que eres. Claramente lo mantienen ocupado. ¿Qué significa esto?
— Con permiso, señor. — Dice uno de los guardias de Tyler, le susurra algo al oído, y sus ojos se expanden como si hubiera visto a un fantasma.
— ¿Qué pasa?
— El puente de Londres ha caído, Alessio, el Rey Oliver ha muerto.
— Larga vida al Rey. — Repiten todos, incluso Luna, mientras la sorpresa me arropa.

— Si el Rey no murió naturalmente, seremos los principales sospechosos, y ninguno de los dos tiene coartada.
— Querido Tyler, tú no tienes coartada, yo sí: ayer me casé por civil.
— ¿¿Qué?? — La impresión de Michelle y Lukas acompañan mi afirmación.
— Pues más te vale que me añadas en el documento como testigo.
— Depende, ¿somos aliados?
— Por supuesto que no, jamás haría un trato con un vampiro.
— ¿Sabes qué, Tyler? no te necesito.
— Las memorias de mis ancestros no dicen lo mismo.
— Tu ancestros fueron unos hijos de perra, literalmente.
— Alessio. — Reclama Luna en voz baja.
— Perdón, amor. — Le respondo.
— No sé qué haya escrito en sus memorias, pero estoy seguro de que dice que cumplí. A diferencia de él, cumplí con lo pactado e hice lo posible por mantener a nuestros colaboradores a salvo. Él no, él dejó a su amante encerrada dentro de la bóveda junto a los vampiros. Yo sentía aprecio por Natalie; por los riesgos que corrió para hacer aquella conspiración posible. Así que si después de ese día sus memorias dicen que fui un hijo de puta, ifue porque él fue un hijo de puta primero! Yo doy lo que me dan. Te ofrezco mi mano, Tyler, una última vez... ¿seguirás sacrificando neófitos enfrentándome sin razón?
— No pactaré con un vampiro.
No puedo creer que intente razonar con él.
— ¿Qué tal con un humano? — La voz de mi esposa interviene muy suave.
— Te ves fatal, ni siquiera te puedes mover.
— Puedo mover la mano. — Ella extiende su brazo hacia él y la expresión de su rostro cambia, Tyler evoca una sonrisa maldita.
— Los lobos no pactamos con la mano, lo hacemos lamiendo los dientes.
— En tus putos sueños te acercarás a la boca de mi esposa, acepta la misericordia que te ofrece y estrecha su mano.
Se acerca a nosotros y toma la mano de Luna, el muy maldito planta un beso en su dorso y siento como cada músculo de mi cuerpo

quiere romperle el cuello. Vuelve a erguirse, me mira a los ojos y sonríe. Olvido por completo la idea del cuello, arrastraré su cara por todo Costwald.
— Espero que nuestra colaboración contribuya con la paz en la que vivimos y mantengamos a los vampiros en el sitio en que están.
— Mi esposa dice que está bien y que te largues, perro. — Respondo de inmediato, quiero desollarlo.
— Hasta pronto, Mich. — Dice eso y volteo hacia Michelle casi rompiéndome el cuello, Lukas hace lo mismo, ¿cómo que Mich?, ¿cómo que hasta pronto?
— Las ocho balas de mi revólver también te dicen hasta pronto, Tyler. — Lukas interviene y el olor a perro empieza a empeorar. Tyler se da la vuelta, se va:
— Llámame si me necesitas, Michelle tiene mi número.
— No tengo su número. — Responde de inmediato.
— Alessio, déjame darle un tiro, no necesito muchos, sólo uno.
— Hoy no, Lukas... lo necesitamos.
— Cariño. — Escucho la voz de mi dulce y hermosa esposa, está cansada.
— Ya nos vamos, mi amor.
…
Tras una larga caminata por el bosque, finalmente subimos a la camioneta. El silencio durante el trayecto sólo se rompe por el sonido del motor y la respiración quieta de todos. Cuando llegamos a la mansión, confirmo las palabras de Lukas: El fuego lo consumió todo.
Bajo del vehículo y camino entre los restos humeantes, evaluando los daños mientras Sebastian se queda en la camioneta con Luna. Con calma prepara el material médico y le coloca un suero intravenoso. Sólo cuando veo que ella está siendo atendida, me permito apartar la vista de la camioneta y decidido bajar hacia el búnker. Para mi alivio, todo permaneció intacto.
Si Luna hubiese permanecido aquí, habría estado bien. Aunque los brujos hubieran consumido la casa en llamas, ella y mi hijo se habrían salvado, el tiempo que demorarían tratando de abrir esa puerta daba chance suficiente para que Sebastian llegara, él se los

habría llevado. Pero, pese a que sus manos son débiles, tiene un corazón demasiado valiente, no puedo negarlo.
No había necesidad de que pasara tanto trabajo como lo hizo. Sin embargo, corrió en mi auxilio. Nunca hace lo que le digo, dejaré de posponer ese reclamo, hablaré con ella. No debe ignorar mis advertencias, no debe jugar con el peligro. A partir de ahora quiero que deje de pensar en mí y se enfoque en ella, en nuestro hijo. Claro que fue de ayuda todo lo que hizo, de hecho, quitando el asunto de la pierna, me emocioné mucho al verla actuar así, con bravura, con demencia, dispuesta a todo por salvarme. Se sintió bien corroborar al contemplar sus acciones lo mucho que me ama. Hasta dónde es capaz de llegar por mí.
Reviso la alacena. Saco algunos enlatados y le preparo algo rápido.
Mientras la sopa hierve, pongo en una bolsa algunas vitaminas importantes para el bebé. Después, entro al ropero, me pongo ropa limpia y empaco ropa para ella también. Cuando todo está listo, apago la cocina, tomo el bolso y subo con la sopa humeante sobre una bandeja.
Sus ojos brillan al verme llegar con comida.
— Cielo, se ve delicioso. ¿En qué momento lo hiciste?
— Te sorprendería saber lo rápido que se cocina la comida enlatada.
— Se lleva el primer bocado a la boca y sus labios recuperan el color de inmediato. Come con tanto gusto. Verla comer tan feliz me pone contento, aunque no dudé de mis habilidades ni por un momento. Te voy a cuidar Lunita, te cocinaré cosas ricas y llenaré la nevera de todo lo que me pidas, no puedo esperar a ver cómo crece esa pancita.
— ¿Quieres? — Me pregunta y me siento tentado, ¿por qué hice un sólo plato? También tengo hambre. Ella amablemente me acerca la cuchara a la boca, como también.
Tengo una sonrisa de estúpido en la cara mientras la miro, me importa un pito que Lukas se esté burlando, al menos yo tengo mis dos orejas.
Ella termina de comer, le alcanzo el agua y las pastillas.
— ¿Y esto?
— Son vitaminas.

— ¿Me quitarán el malestar?
Carajo es cierto, ella aún no lo sabe. Capaz si le digo vomita el desayuno, se lo diré al regresar.
— Ya sabes que siempre me preocupo por ti. — La engatuso con ese verso gastado pero efectivo, ella sonríe, se toma las pastillas.— Entonces nunca me dijiste si al final elegiste el vestido. — Cambio de tema.
— Sí, sí lo hice.
— Me gustaría verlo.
— No, será una sorpresa.
— Oh, con que ahora ya no me necesitas.
— Sí te necesito, sólo quiero sorprenderte. — Tú no tienes que hacer ningún esfuerzo, sólo tienes que mirarme, y esos ojos volverán a sorprenderme, justo como lo hacen ahora, justo como lo hicieron hace algunas horas, justo como aquella vez.
— Ale, quería hacerte una pregunta.
— ¿Sí?
— Si el objetivo es mantener a los vampiros encerrados, ¿por qué no solo destruyen la llave?
— La llave y la puerta fueron construidas por los lobos; son piezas pertenecientes a un solo juego, y ellos son víctimas de una maldición muy antigua y poderosa, la cual fragmentaron y engulleron ahí a través de un sacrificio. La explicación es más larga, pero básicamente si destruyo la llave, tendría a cientos, no, miles, de hombres lobo enloqueciendo en las noches y desatando masacres por ahí.
— Y por eso es que sirven a la Corona.
— Exacto. En realidad no custodian a los reyes. Custodian la integridad de la puerta y de la llave. Esos son sus verdaderos intereses. Tampoco quieren a los vampiros de regreso otra vez.
— Señor Alessio, un breve reporte. — Dice Sebastián acercándose.
— Claro.
— Las autoridades fueron alertadas de este incidente por los vecinos, sin embargo, impedimos el paso de los bomberos y de la policía provocando un derrumbe en la carretera, apagamos el

incendio contratando a una compañía de helicópteros, pero no dude que dentro de pocas horas le contactarán para una declaración.
— Okey, no tengo problema.
— Creo que ya lo sabe pero Reino Unido está de luto, han declarado la muerte del Rey. Según el informe oficial fue un infarto, según el informe de nuestras fuentes...
— Habla Sebastian.
— Si me permite señorita Luna. Perdón, señora Luna, me llevaré al señor Alessio un momento, no quiero incomodarla con esto.
— Claro, no hay problema.
Me levanto y me distancio junto a él.
— ¿Qué fue lo que pasó?
— Le arrancaron los ojos y le cortaron la lengua. La misma se la clavaron junto a un puñal en el corazón, esa fue la herida que le causó la muerte.
— ¿Qué mierda? ¿Alguien te ha llamado?
— Nadie. Sin embargo, mi informante en la guardia me dijo que lo ubicaron a usted.
— ¿Qué quieres decir con eso?
— La monarquía ya sabe lo que pasó aquí, no sé qué tanto sepan, pero al menos ya confirmaron su inocencia, señor.
— Eso suena alentador.
— Otra cosa de la que me enteré es que el Rey no era lo que decía ser. Al parecer y evidentemente, estaba en malos pasos. El servicio secreto de Gran Bretaña logró tener acceso a algunos archivos y aunque todavía no he logrado saber el contenido de ellos, se dice que iba a utilizar la llave como moneda de cambio.
— ¿Por qué y con quién?
— Aún no se sabe.
— Carajo, necesito esa información Sebastian.
— Trabajo en ello señor.
— ¿He sido invitado al velorio?
— La lista está hecha desde que los monarcas nacen, por supuesto que sí.
— Consíguenos trajes adecuados a Luna y a mí, quiero que estemos preparados para asistir al funeral. Cuando tengas la invitación o la

fecha avísame y consigue copia de esos documentos.
— Sí, mi señor.
— Otra cosa, quiero que mantengamos el secreto del embarazo de Luna hasta después de la boda, nadie fuera de nuestra gente puede enterarse de esto aún, no quiero que ella pase de nuevo por cosas como estas, ni mañana ni nunca, y mucho menos estando embarazada. Es peligroso para ella y para mi hijo.
— Sí. Felicitaciones señor.
— Gracias. — Sonrío inevitablemente. — Ya nos vamos, regresaremos a Londres después de recoger nuestras pertenencias en el hotel.
— Sí señor.
"El puente de Londres se ha caído". Es la frase que suele usarse cuando fallece el Rey. Xavier lo advirtió. Esto ya no es paranoia, es una sospecha con fundamento. Estos son los síntomas de que la tragedia que predijo ya se está gestando.Y podría apostar mi inmortalidad a que se trata de alguien tratando de liberar a los vampiros Ashbourne.
— Cariño. — La voz de Luna a mi espalda endulza mi oído, camino hacia ella.
Afortunadamente, mi decisión de separar la llave del rubí fue un acierto que nos mantiene a salvo, que nos está comprando tiempo. En lo que a mí respecta, mientras el rubí permanezca bajo mi guardia, nadie podrá abrir esas puertas. Los Primeros continuarán cumpliendo la condena que les impuse allí.
— Regresemos a casa. — Contesto con una sonrisa.
Creo que ya es hora de mandar a dormir esa parte de mí que evita el conflicto y busca la paz. Ya es suficiente de esta falsa máscara, de solo esperar el golpe para golpear. ¿Van a seguir contra mí? ¿Querían al Alessio del año 1300 de vuelta? Bien, aprenderán que la única diplomacia que conozco es la violencia.

Capítulo 52 - ***Esquela***

Nota Fúnebre
De: Alessio Yvoty
Para aquellos que insisten en jugar con la muerte:
A los 24 aquelarres del Reino Unido,
familiares y dolientes de las siguientes víctimas:

1.Thomas Harrington, desgarro en la garganta, 2. Elizabeth Montgomery, herida de bala entre las cejas, 3. Dimitri Whittle, decapitado, 4. Margaret Latham, desgarramiento en la pierna derecha, 5. James Whitaker, herida de bala entre las cejas, 6. Zara Drake, decapitada, 7. Charles Kensington, herida de bala entre las cejas, 8. Victoria Sinclair, amputación de brazo, 9. Henry Blackwood, herida de bala en el torso, 10. Florence Chambers, desgarro en el muslo, 11. Edward Leslie, decapitado, 12. Beatrice Langley, arañazo en el pecho, 13. George Pembroke, herida de bala entre las cejas, 14. Penelope Aldridge, mordida en el abdomen, 15. Richard Fairchild, destrozado en la espalda, 16. Isabella Wentworth, decapitado, 17. Albert Beaumont, herida de bala entre las cejas, 18. Catherine Hawthorne, arañazo en el torso, 19. Frederick Langton, desgarro en el hombro, 20. Louisa Radcliffe, decapitado, 21. Simon Harrington, destrozado en la mandíbula, 22. Clara Montague, herida de bala entre las cejas, 23. Jonathan Whitmore, mordida en el cuello, 24. Agnes Fair, herida de bala en el pecho, 25. Philip Grafton, decapitado,
26. Harriet Somerville, herida de bala entre las cejas, 27. Leonard Kingsley, destrozado en la pierna derecha, 28. Mildred Dunsmore, herida de bala entre las cejas, 29. Rupert Ashcombe, mordida en el pecho, 30. Georgina Cranford, arañazo en el muslo, 31. Reginald Mortimer, decapitado, 32. Helena Blackthorne, herida de bala en la cabeza, 33. Nathaniel Somers, destrozado en el abdomen, 34. Matilda Wainwright, desgarro en la pierna izquierda, 35. Oliver Chamberlain, herida de bala entre las cejas, 36. Florence Harrington, decapitado, 37. Albert Montgomery, desgarro en la espalda, 38. Edith Blackwell, mordida en el muslo, 39. Sebastián Sánchez,

destrozado en el pecho, 40. Beatrix Langton, desgarro en el hombro, 41. Victor Pembroke, herida de bala en el corazón, 42. Rosamund Carol, arañazo en el abdomen, 43. Theodore Whitman, decapitado, 44. Eleanor Kingsley, herida de bala entre las cejas, 45. Julian Ashworth, destrozado en la garganta, 46. Margaret Cho, desgarro en el pecho, 47. Lawrence Whitmore, decapitado, 48. Arabella Hawthorne, arañazo en la pierna, 49. Edmund Navy, herida de bala entre las cejas, 50. Frances Latham, mordida en la espalda, 51. Basil Ashford, destrozado en el abdomen, 52. Penelope Wentworth, decapitado, 53. Clarence Montgomery, herida de bala en la cabeza, 54. Victoria Langley, amputación de brazo, 55. Archibald Blackwood, desgarro en la pierna izquierda, 56. Isabelle Somers, mordida en el torso, 57. Geoffrey Whitaker, destrozado en el muslo, 58. Florence Langton, decapitado, 59. Percival Hawthorne, herida de bala en el pecho, 60. Beatrice Chamberlain, arañazo en el pecho, 61. Henry Rad, ataque animal, 62. Matilda Fax, herida de bala entre las cejas, 63. Walter Kingsley, destrozado en el abdomen, 64. Eleanor Pem, decapitado, 65. Jonathan Ashcombe, herida de bala en el cuello, 66. Harriet Lisle, hipotermia, 67. Reginald Mont, desgarro en el hombro izquierdo, 68. Molly White, decapitado, 69. Frederick Langton, destrozado en el pecho, 70. Louisa Black, múltiples heridas, 71. Thomas Somerville, herida de bala entre las cejas, 72. Clara Langley, arañazo en el abdomen, 73. Edward Broke, aplastamiento, 74. Beatrice Wentworth, mordida en el muslo, 75. Albert Hawthorne, atropellamiento, 76. Catherine Lee, atropellamiento, 77. Simon Whitaker, atropellamiento, 78. Georgina Merry, atropellamiento, 79. Rupert Langton, decapitado, 80. Helena Blackthorne, mordida en el brazo, 81. Nathaniel Volv, destrozado en el muslo, 82. Dexter Dax, Bisección corporal letal.

Las 82 personas aquí mencionadas son víctimas de sus propios aquelarres, de sus ambiciones y hambre de poder. No fue mi mano, ni mi capricho; cayeron por la violencia provocada por ustedes mismos y por la estupidez de quienes creen que mi nombre es un juego.

Aunque sus líderes insistan en que en ningún momento la agresión fue dirigida hacia mí, aclaro y declaro: La señora Luna Yvoty

Thompson es mi esposa, legalmente mi esposa, desde ahora hasta su muerte. Cualquier daño directo o indirecto a ella se considera una amenaza hacia mí y la consecuencia será la muerte. Por eso, tras múltiples intentos de secuestro, atentados y provocaciones, me vi en la necesidad de cegar la vida de 82 integrantes de sus familias. Sin contar los hechos del restaurante "El Festín".

Hoy, en un acto de mi magnanimidad y misericordia, les entrego un terreno de 15 acres al norte de Londres que he transformado en un cementerio. Allí descansan sus muertos. Si desean visitarlos, la entrada se encuentra en el Monte Raven, están prohibidos los ritos y las exhumaciones. Espero sepan valorar mi gracia y recuerden que tengo suficientes recursos para construirles mil cementerios más.

Con los mejores deseos.

Yvoty.

Capítulo 53 - *El puente caído*

Luna

Han pasado once días desde el incidente de Cotswold y hoy estamos frente a la Abadía de Westminster, en Londres. Jamás había asistido a un funeral. Nunca imaginé que el primero sería el del Rey de Inglaterra.

Bajo del auto de la mano de Alessio. Ambos vamos completamente de negro, trajes confeccionados en la misma tela. Mi rostro permanece cubierto bajo la malla de un fascinador con velo denso.

Cubrir mi rostro en un evento tan público fue idea de él, cada día se vuelve más estricto con mi seguridad, y creo que desde la noticia de mi embarazo, aún más. Antes solía tener un solo escolta. Ahora más de diez, incluso cuando salimos juntos.

Las campanas de la abadía suenan a nuestro paso, al de todos quienes estamos llegando. Tomamos asiento en nuestro lugar reservado y esperamos el inicio de la ceremonia.

¿Quién soy yo?

Justo como dijo Alessio, es la pregunta que todos tienen, puedo sentir sus ojos apuñalándome, tratando de ver más allá de mi velo, a pesar de ser esta una ceremonia tan triste.

El cortejo fúnebre comienza a avanzar. Guardias vestidos con sus uniformes ceremoniales cargan el ataúd en dirección al frente por el pasillo. Todos nos levantamos en silencio a presentar nuestros respetos.

El féretro cubierto con el estandarte real es ubicado sobre un catafalco rodeado de coronas de flores blancas y lirios imperiales. Los cánticos del coro resuenan hasta las altas bóvedas, extendiéndose entre toda la congregación.

El arzobispo toma la palabra, comienza la ceremonia, pero luego de treinta minutos de prédica hay algo que comienza a incomodarme; la mirada insistente de una mujer con un velo negro que la cubre por completo.

Me dirijo a Alessio sin realizar movimiento alguno, la redecilla cubriendo mis labios:

— ¿Quién es?
Él gira la cabeza en dirección a lo que mis ojos ven.
— Su Majestad Maxine, La Reina Viuda.
Miro discreta hacia el palco. Mis ojos se mueven ligeramente a un lado. Con un traje real especial, Tyler Harris está sentado a su mano derecha, acompañando a la Reina. Asiente, en señal clara de que sabe que lo estoy viendo. Yo no emito ningún movimiento que lo confirme, lo ignoro por completo.
La ceremonia finaliza, caminamos de la mano al auto para seguir la procesión hasta el entierro. Ventanas oscuras y doble asiento en la parte de atrás, junto a nosotros sube un hombre con varias medallas en el pecho, por la charla, asumo es un Conde.
— La cámara de seguridad del pasillo no vio nada. Y no reportó ningún corte o error del sistema. La seguridad de las ventanas tampoco fue violentada. Sin embargo, alguien entró, cometió el delito y desapareció como el viento. Como por arte de magia.
— ¿Qué agencia fue asignada al caso? — pregunta Alessio, yo sentada a su lado con el rostro aún cubierto.
— El MI6, inicialmente, sin embargo, dada la naturaleza del caso, no creo que ellos consigan algo.
— Quisiera creer que usted no ha concertado este encuentro por las razones que estoy pensando.
— ¿Se negaría?
— Tengo muchas cosas de qué ocuparme, y con todo respeto, no quiero verme envuelto en esto.
— Ya está envuelto y usted lo sabe. Un Rey no es asesinado por nada. Sobre todo siendo el señor del castillo que esconde…
El Conde me mira.
Alessio le dice que puede hablar con libertad.
— Sobre todo siendo el muerto el señor del castillo que esconde lo que usted ya sabe. Mis días están terminando, Alessio, pero tengo hijas y soy un noble. ¿Debo recordarle lo que hicieron los vampiros con las mujeres de la nobleza?
— No tiene que recordármelo, lo vi.
— Es su deber hac…
— No tengo ningún deber.

— Dada su posición claro que la tiene.
— ¿Desde cuándo un lacayo le dice qué hacer a su señor?
— ¿¿Pero cómo se atreve??
— ¿Cómo se atreve usted?
Dejo de respirar por un momento, siento que si lo hago mi cuello sería cortado por la tensión.
— Ilumíneme Conde, ¿cuál es mi posición? ¿Cree que vivo porque ustedes me dejan vivir? — Alessio sonríe — No… ustedes viven porque yo los dejé vivir. ¿O leyó usted una historia distinta?
El hombre se traga sus palabras, quiere decir algo pero vuelve a mirarme.
— Detenga el auto, voy a bajar — Dice. Alessio le ordena al chófer buscar una salida y tras varios minutos buscando evadir las calles llenas de gente, estacionamos en un callejón. El Conde le tira un argumento más antes de irse. — Sólo le pido que piense en la razón por la cual usted intervino en ese entonces. Conozco la misma arrogancia con la que me mira porque poseo los mismos ojos arrogantes. Lo comprendo, usted es superior. Pero si ellos vuelven, no volverán solo contra nosotros, también volverán contra aquel que los traicionó. Le suplico que reconsidere y se involucre. En caso tal de que lo haga, yo creo que la Reina es culpable del delito. Haga lo que quiera con esa información.
El Conde se baja del auto, sube al suyo parqueado detrás de nosotros y regresa a la caravana fúnebre.
Alessio posa su mano sobre la mía, la misma sonrisa gentil de siempre.
— ¿Estás bien, mi amor? ¿Te sientes de ánimo para continuar?
Asiento, me quito el fascinador por un momento.
— ¿Crees lo que ese hombre te dijo?
— Sí y no. No soy tan crédulo pero tampoco tan confiado,
habrá que investigarlo.

Capítulo 54 - *El nuevo testigo*

Alessio

Hay cosas que deben estar en orden, si vas a iniciar una pelea, una de ellas es la lealtad de quienes te rodean: debe ser clara, firme, no a medias. ¿Qué hago en la casa del testigo de mi boda en Cotswold? Simple, vine a cobrar una cuenta pendiente: la cuenta de cuando nos vendió a las brujas y les dio nuestra ubicación. Vine a cobrarle en persona, vine a clavarle los colmillos, a sacarle las vísceras. ¿Para qué? Para que todos aquellos que lo vieron en años anteriores junto a mí, todos aquellos que trabajen para mí, escuchen la triste noticia de que ha muerto por un terrible ataque animal. Hay fechas incluso para traicionar, ¿pero el día de un matrimonio? Hijo, eso es muy personal. En esta misma brillante velada he citado a un amigo muy peculiar. En una noche sin luna, por supuesto, tampoco hay que tentar.
— Ser invitado a una reunión y traer contigo a veinte personas extras es de muy mala educación, Tyler.
— Soy un lobo, andamos en manada. Tenemos conceptos distintos de lo que es una invitación.
— Claramente.
— ¿Y qué te hizo este pobre hombre?— Pasa por encima del cadáver en cuestión, se reclina contra una ventana. Una ventana por la cual planea huir de mí si lo necesitara. Como si pudiera. Estúpido.
— Me traicionó. Cosas de lealtad, nunca lo entenderías.
— No estoy de ánimo para tus provocaciones, dime qué quieres y me largo.
— Un rehén. Ese tal Marc. Tu hermano. Dijiste que no te importaba. Entrégamelo.
— ¿Y para qué mierda yo accedería a eso?
— Como garantía, para que nunca más se te ocurra atacar a mi esposa. Lo siento, la temporada de piedad se me acabó.
Él ríe, saca un cigarrillo y lo enciende en su boca.
Escucha, no voy a entregarte a mi hermano, por la única razón de que no me da la reverenda gana de hacerlo.
— Parecías dispuesto en Mónaco.
— ¿Conoces el tiempo pasado?
— Te diré lo que no conozco: la paciencia.
— Sé lo que crees: viste su cabello negro, no es albino como todos nosotros, y pensaste que de él podría nacer un arcano. Quieres jugar a la lotería, comprar un terreno por monedas y ver si vale millones después. Así que te ahorraré el trabajo: Marc no es un lobo, no pierdas tu tiempo. Y una cosa más: nosotros no somos iguales a los brujos y lo sabes, no puedes controlarnos con un par de muertos. No tenemos ese tipo de afectos.
— Díselo a tus lobos, que no dejan de gemir como perras con diarrea desde que estamos hablando aquí. En fin... —saco el documento de mi boda civil de mi chaqueta, lo pongo sobre la mesa— Firma la maldita coartada y ruégale a tu dios no cruzarte en mi camino otra vez.
Se acerca al documento, saca una pluma y lo firma.
— Ni pienses que esto cambia algo. — Se va.

Por supuesto que no, rogaste por este favor. Así que tu lugar sigue siendo el mismo, bajo mis pies. Lobo de mierda.

Capítulo 55 - *Un mérito a la excelencia.*

Luna

Cumplidos los días del luto nacional, todas las instituciones retomaron sus funciones. Esa misma mañana recibimos en el penthouse una caja con lazo blanco, sellada con el doble emblema del Colegio Galés de Londres y de mi Universidad.

Ya había escuchado de este presente y lo esperaba con ilusión, pues solo lo reciben quienes concluyen el programa con éxito. Cada final de año ambas instituciones organizan esta gala tan importante, porque el galés es una lengua antigua, casi extinta, que solo unos pocos pueden dominar y dichos pocos son celosamente abrazados por la institución.

Al abrir la caja, descubro la toga blanca de satén con los dos escudos bordados: la distinción reservada a quienes lograron culminar el programa, un proceso que la mayoría abandona en el camino. También habían varias invitaciones para la Gala.

Me cubrí el rostro y empecé a saltar de emoción, me guindé del cuello de Alessio. Estaba incluso más emocionado que yo por la noticia. De inmediato se sentó a revisar la ubicación de la ceremonia. También vimos las grandes personalidades que habían obtenido sus certificados ahí. Con mucha ilusión empezamos a hacer planes para ese día: una gran barbacoa con amigos al finalizar el evento, y como regalo, me prometió un fin de semana en un hotel de siete estrellas en Londres junto a mi mejor amiga.

No podía creerlo. Todos los días que transcurrieron hasta la ceremonia. Los preparativos, citas a la peluquería, búsqueda de trajes en la lavandería. Compras al supermercado juntos para la parrilla. Todo fue mucho más de lo que siempre soñé.

Y el día de la ceremonia, según lo dictado en la invitación, yo debía dar el discurso para quienes completaron el mismo año que yo. Debía hacerlo en Galés.

No tuve miedo, y no estuve nerviosa a pesar de haber tantas personas. Lukas, Katherine, la señora Wang y Michelle. Todos estaban presentes. Hablé con fluidez, con la facilidad del idioma aprendido. Con la emoción de que soy muy joven y que aún existen muchos más idiomas que aprender y que quiero conocerlos todos. Quiero poder comunicarme con quien sea, en el idioma que sea, me genera mucha ilusión.
Entre la mesa de directivos estreché la mano de mi profesor gruñón. Para variar me mostró una sonrisa, una de respeto, de aceptación. La primera vez en todo el año durante nuestras clases presenciales o videollamadas que lo hacía. Correspondí y sostuve ese diploma en mis manos.
No creo que este sea mi mayor logro en la vida, pero algo sí sé: estoy avanzando. De una casa de esclavos a obtener un diploma en una de las casas de estudios más privilegiadas del país, definitivamente hay un gran salto.
La parrillada en el penthouse estuvo muy buena. No podría decir que Alessio la cocinó solo, es decir, sí sazonó la carne. Pero las barbacoas tienen algo que hacen que todos se involucren. Hasta Katherine volteó unas cuantas salchichas y la señora Wang agregó nuevas salsas. Todos metimos el tenedor ahí. La carne quedó divina. Y la ambientación ni se diga: una agrupación de música tradicional española llenaba todo el lugar de emoción y buena vibra.
— ¿Estás feliz? — Alessio besa mis labios.
— Sí mi amor. Gracias por todo.
— ¿Qué tal el bebé? ¿y las náuseas?
— Traté de no comer tanto.
Me besa otra vez, seguimos aplaudiendo la música cuando justo entra una elegante bailarina con tacones y un traje de flamenco rojo. Con un "¡olé!" comienza a bailar en la terraza, y la emoción se desata. Todos aplaudimos con mucha más algarabía.
Las horas pasan y la noche cae. Noche de chicas.
— Katherine no cuenta como diez guardaespaldas, cuenta como el triple. Ella estará a toda hora con ustedes…. ¿Estás segura que no quieres que me hospede en el mismo hotel?
— ¿Desconfías de las habilidades de Katherine?

— Si fuera mortal le confiaría mi vida.
— Entonces Mich y yo vamos a estar bien. Aprovecha para relajarte. ¿Por qué no sales a algún bar con Lukas?
— Ya no soy un hombre de bares, amor. — Me abraza por la cintura.
— ¡Oye ya me la quitaste! — grita Michelle desde el carro— solo déjamela este fin.
Alessio la ignora, me besa en la boca y mientras nuestras lenguas se acarician un "qué asco" de parte de Michelle nos saca una sonrisa.
— Está bien, no me hospedaré en el mismo hotel, pero sí reservaré en el de al lado.
— Ale.
— No te voy a molestar te lo juro.
— No me molestas. Haz lo que te dé mayor tranquilidad. —
Le doy un beso.
La bocina comienza a sonar con desesperación.
— ¿Amor segura que estarás bien con ella?
— ¿Mich? es algo loca pero es un pan, muy buena persona.
— ¿Algo loca? — él alza una ceja.
— Oye, ya me voy, dame otro beso.
— No te vayas, espera.
— ¡Lukas, no dejes que se aburra! — le grito, él alza la mano despidiéndome — Adiós Ale, te amo. — Camino hacia el auto.
— ¡Llámame más tarde!— Me dice.
— ¡No lo hará! — responde Michelle.
— ¡Sí!, ¡sí te llamaré! Oye no seas metida. — Le digo subiendo al auto.
— Hay que recordarle quién llegó primero.
— ¿Están listas? — pregunta Katherine desde el volante. Le digo que sí y avanzamos hacia el hotel. A nuestra noche dorada de chicas.
Por todo el camino escuchamos las canciones que solíamos cantar de niñas. A la pobre de Katherine casi le rompemos los tímpanos pero su expresión ni se inmuta, permanece pendiente al camino.
Llegamos al hotel con check-in exprés. Spa a la habitación, mani y pedi. Masajes relajantes y todos los excesos que una chica puede soñar. Incluyendo compra de artículos de diseñador a domicilio y brazaletes de la amistad de diamantes. ¿Lo mejor?, una mesa de

helados artesanales solo para nosotras. Hice como diez combinaciones aunque sabía que después me iba a arrepentir.
Hicimos tantas cosas que no nos dimos cuenta que ya estaba por amanecer.
— Vas a tener una boda en Grecia, ¿puedes creerlo?
— Y estoy embarazada.
— Y estás embarazada. Sin contar que ya hablas dos idiomas nuevos.
— Solo uno, todavía me falta mucho para obtener un certificado en Francés.
— Cuando lo tengas probablemente sea junto a tu graduación de la universidad… Estoy muy contenta por ti — se pone a llorar.
— ¿Amiga estás borracha?
— No — llora — Creo que ya casi me llega la regla.
— Oh, completamente entendible.
— Si ese vampiro feo no te hubiera embarazado todavía podríamos ir a Portugal.
— No es feo, es hermoso.
— No me importa.
— No te molestes con él.
— Lo odio. Me cae mal.
— Mich.
— Es un egoísta, te quiere solo para él.
— Pero mi corazón es muy grande y siempre habrá un espacio para ti.
— ¿Cómo que un simple espacio?
— Me refiero a una habitación muy grande, como esta.
— ¿Lo juras?
— Lo juro.
Rompe a llorar. Por Dios, la regla le pega fatal.
— Tengo algunos problemas que no te he contado.
— Solo dime, lo solucionamos.
— No tiene solución. Es un lío terrible.
— ¿A qué te refieres?
— Me besé con Tyler.
— ¿¿Con quién??

— Con el lobo.
— ¿¿Qué??
— Y me gustaría decir que fue malo, que fue asqueroso. Pero fue tan bueno que no dejo de pensar en eso.
— Michelle… ¿entonces sí tienes su número?
Ella asiente.
— Pero ya lo bloqueé.
— No debes volver a verlo, es peligroso.
— Lo sé. Por eso lo bloqueé.
— Cielos… A la mierda todo, ¿y cómo fue?
— Madre te juro que fue un mojadero.
Tiro una carcajada.
— No quería soltarte la lengua, besaba como un bendito maestro.
— No puede ser. — continúo riendo. Pero conozco a mi amiga. Algo me dice que éste no es el cuento completo. — ¿Quieres decirme algo más?
— No… de verdad es todo.
— Júrame que no volverás a ver a ese hombre lobo.
— Lo juro.
— Trata de no meterte en problemas, ¿sí?
— Soy una chica muy buena.
Acaricio su cabello, lo hago por largo rato, hasta que comienzo a sentir sueño. Sí, últimamente se me hace muy fácil dormir, he tenido varias sesiones de terapia y también he comenzado a caminar diariamente, me siento más tranquila.
¿Y cómo no estarlo?
Abrazo más a Michelle.
Adoro mi vida, y he tenido por más de quince años la misma mejor amiga.
Nos quedamos dormidas.
En la noche siguiente. Sí, noche siguiente, porque dormimos todo el día. Nos arreglamos con una réplica de los vestidos de la icónica película "Los caballeros las prefieren rubias" de 1953. Ella vistió el naranja, yo el negro. Degustamos la cena más exótica posible. Michelle me regaló una hermosa cadenita de plata con un amuleto de piedra ojo de tigre. Es un muy buen regalo en su cultura. Sobre

la cajita había una linda nota, decía: “Felicidades por tu graduación, Uno”. Iba a responder “de nada, Cero”, pero para nada me parece un cero; creo que ya deberíamos cambiar el apodo. Le di las gracias con un abrazo.
Caminamos con los demás huéspedes al salón. Un concierto de blues y música en vivo sonaba a todo dar. Ambas bailamos con soltura: por ella, por mí, por los viejos tiempos, por el porvenir.
De vez en cuando yo miraba hacia cierta esquina; ahí estaba Katherine. Correspondió mi mirada con la misma reverencia de siempre.
Ni cercana ni distante, ni amable ni maleducada.
Exacta. Solo cuidándonos las espaldas.
¿Me tranquiliza que ella esté aquí?
Obviamente.
Si Alessio confía en ella yo también.
Sin embargo, ¿me inspira confianza?
Honestamente, no lo sé.

Capítulo 56 - *Mi biblioteca*

Alessio

Han pasado cosas muy interesantes en estos últimos cien años. Cada década ha traído avances que desafían mi comprensión: desde la electricidad que ilumina ciudades enteras sin necesidad de velas, hasta máquinas que transportan personas en cuestión de horas por encima de ríos y montañas; desde artefactos que permiten hablar con alguien al otro lado del mundo en tiempo real, hasta la capacidad de acceder a casi todo el conocimiento de la humanidad con un pequeño dispositivo en la palma de la mano. La medicina ha dado pasos que parecen milagros, técnicas quirúrgicas que ni los más astutos alquimistas de antaño podrían haber imaginado. Cosas todas, maravillosas, que los humanos han logrado. Son criaturas hermosas, por demás interesantes.

Sé que no soy puro, sé que en mis manos hay demasiada sangre. Pero cargo con la culpa de mis decisiones con orgullo, si esa sangre ha comprado este presente. Pago orgulloso el precio.

En este centenio también me enamoré, he conocido a una mujer maravillosa. Delicada y calmada. Que me entiende. Una amiga de la que puedo hablar de cualquier cosa, de mis alegrías, de mis temores. Una amante, que conoce mi cuerpo, que sabe cómo provocarme, cómo encenderme y satisfacer mis deseos. Sensible a mis emociones, intuitiva ante mis silencios. Generosa en amor y caricias y mezquina en resentimientos. Le he entregado mi mente, mi corazón y mi cuerpo. He puesto dos anillos en su dedo y próximamente un tercero. En este centenio voy a casarme y a tener una familia. Mi hermosa Luna me ha organizado la vida, contabilizó todos los diarios escritos por mí, de los cuales digitalizó, clasificó, limpió y almacenó absolutamente todos en tres meses, setecientos veinte. Y leyó a profundidad cuarenta y dos en un año, cumpliendo con sus labores de manera fascinantemente eficiente. La recibí algo rota, pero es tan sorprendente y maravillosa que a lo largo de este año ella misma se ha sanado. Estoy más que seguro de que es la mujer que quiero tener a mi lado y me honra estar a su lado. Hoy

me siento contento en terminar este nuevo diario, orgullosamente lo añado a la biblioteca con el sistema de fichas que me entregó. De hecho, tengo que añadir los veintidós diarios que he escrito en este año en su nombre. O tal vez no lo haga, tal vez sea un secreto que deseo guardar. Para proteger un poco mi privacidad, para esconder que la amo más que a mí mismo, para no verme tan obsesivo. Para resguardar que he escrito de ella hasta sus suspiros, hasta sus silencios, que sé cuántas veces pestañea en un minuto, que he sellado en esas páginas cada uno de sus elogios, cada una de sus hermosas frases. Que tengo siete dibujos hechos a mano de su cuerpo. Que no necesité fotos ni referencias para hacerlo, que esos dibujos salieron de mis pensamientos. Que es la mujer que amo y siempre amaré, mi esposa y la madre de mi primer hijo, y de todos los que pienso tener.

Este es un gran centenio, definitivamente lo es. Aunque he sido víctima de ataques y de peligros. Aunque según mis investigaciones la llave ya no está en el Palacio de Buckingham, le fue arrebatada al rey. Y es claro que quien le haya asesinado por obtenerla pronto vendrá en búsqueda del rubí para abrir esas puertas. Espero que ese tal esté preparado para morir.

Capítulo 57 — ***Una adorable cita de tres***

Alessio

Cuando por fin pude recuperar a mi mujer de los brazos de Michelle. Le comí los labios tantas veces que tuvo que pedirme un respiro. ¿Le hice caso? No. ¿Se molestó? Tampoco.

No me gusta compartir, no me gusta, no me gusta, no me gusta. y fue asquerosamente horrible pasar dos días sin ella. Además en pleno invierno. Qué nefasto es dormir solo y con frío. Y lo peor es que no pude ni quejarme o retractarme, fui yo el de la idea. Pésima idea. No daré más ideas.

La verdad ni pensé lo que dije en ese instante porque estaba tan orgulloso de ella, que de solo recordarlo la emoción me hace olvidar que estuvimos dos días separados.

Desde que regresó, no ha hecho más que burlarse de mí, porque si va a la sala, ahí estoy. Si va a la biblioteca, ahí estoy. Me he convertido en su sombra. Donde quiera que va yo voy porque estoy tan ridículamente enamorado que ella se ha vuelto mi adoración.

Ellos, se han vuelto mi adoración.

Y hablando de nuestro queridísimo, deseado y esperado primer hijo. Visitamos a Lukas para un par de análisis definitivos, para saber de qué sexo será el bebé. Aunque ya recibí un adelanto de ello.

Pero siempre es mejor asegurarse. Así que aprovechando lo solicitado, decidimos organizar una íntima revelación de género.

No amigos. Solo ella, el posible enano, y yo. Solo los tres.

Así que renté un restaurante en el piso treinta y tres del edificio de mi esposa.

Sí, ahora es toda una empresaria de los Bienes Raíces. Al menos me dieron descuento por ser esposo de la dueña. Y aquí estamos, abrazados en un cómodo sofá viendo la ciudad de noche a través de los ventanales. Ella con un gran ramo de rosas rojas en sus brazos. Yo plantando besos en su cabeza cada tanto.

— ¿Ya podemos abrir los regalos? — me pregunta por segunda vez. Aparentemente muy emocionada por entregarme el obsequio que preparó para mí. Y hasta yo estoy así, es una caja enorme.

— Claro, lo que diga la señora.

En un rincón del restaurante, exclusivamente preparado para ello, nos espera un escenario de globos blancos agrupados en nubes, en los cuales hay osos de peluche en globos aerostáticos. También las mesas de regalos con flores en tonos marfil. Y en el centro de todo, una caja blanca, rectangular sobre la mesa, adornada con un lazo dorado perfecto, el cual al jalarlo nos revelará el género de nuestro hijo. Pero todavía no vamos a allí. Caminamos hacia la enorme caja de terciopelo azul de la izquierda. Luna la abraza con una sonrisa traviesa y misteriosa.

— ¿Qué hay ahí?

— Es tu regalo, para felicitarte por tu primer hija o hijo.

— Suena bien, ¿me permites?

— Por supuesto, señor Yvoty.

Ella retrocede.

Destapo la caja, quito todo el papel de encima.
— ¿Cuadros?
— No lo sé, ¿por qué no sacas uno?
Adentro la mano en la caja, sacando el primer cuadro,
cuando logro sostenerlo con ambas manos. La sonrisa gradualmente se me borra, y no porque no me guste sino porque estoy verdaderamente impresionado.
En el cuadro que veo es un boceto de rosas blancas que, aunque agrandado para ajustarlo al marco, estoy seguro que lo dibujé yo. Justo en el tallo está adherida una rosa blanca de verdad.
— ¿Qué has hecho, Luna Yvoty? ¿Cómo me haces esto? — Saco el siguiente cuadro, lo mismo pero con magnolias, saco uno más de tulipanes, otro de gypsophilias. — Cariño.
— Son veintidós en total, y hay una gran pared vacía en nuestra habitación donde podríamos colgarlos.
— ¿Cómo conseguiste estos bocetos?
— Juro que fue por accidente, estaba limpiando y se cayeron de tu cuaderno. De inmediato me di cuenta que combinaban con cada flor guardada que yo tenía.
— Es un gran regalo, muchas gracias. — La beso en los labios, sujetando con ambas manos su cabeza.
— Hiciste veintidós bocetos de flores para mí.
— No sabes lo que haría por ti.
— Cielos, quiero llorar — se limpia la lágrima de sus pestañas. La abrazo.
— Yo también tengo ganas de llorar pero por lo simple que es mi regalo.
— No digas eso, dámelo, estaré bien con lo que sea, hasta con una soda.
— No voy a regalarte una soda. — Reviso el bolsillo de mi chaqueta y saco la carta que le escribí.
La sostiene con suavidad, sus manos temblando.
— Tranquila, no es un golpe de estado.
— ¿Qué escribiste?
— Una pequeña lista de supermercado.
— Para — termina de abrirla, la acerca a sus ojos.

— Queridísima esposa — me mira con una sonrisa, vuelve los ojos al papel — Tengo tantas cosas que quiero agradecerte, tus caricias en la mañana. La taza de café sin falta. Las siestas en tu regazo. Pero sobre todo la luz que has traído a mi vida, las sonrisas que compartimos y lo hermosa que te ves cada día. Creo que no tengo palabras suficientes para expresar lo importante que eres para mí y lo mucho que te amo. Y ahora que estamos por casarnos solo pienso que me tocará demostrártelo y estoy ansioso por la vida que me espera a tu lado. — Hace una pausa, se seca las lágrimas, continúa leyendo con la voz ahogada — Cuando haya oscuridad, cuando haya luz, quiero estar contigo. Si alguna vez sientes miedo, recuerda que siempre voy a buscarte, siempre voy a encontrarte. Conoces mi corazón, soy tuyo, por siempre tuyo. Felicidades por ser la madre más hermosa de esta tierra, de esta y todas las vidas, de este y todos los tiempos. Gracias por llenarme de honor y orgullo. Gracias por convertirme en padre. Con profundo amor y anhelo, tu Alessio.
Se ahoga en lágrimas, no puede ni hablar, la abrazo.
— ¿Por qué me dices palabras tan lindas cuando eres tú quien ha hecho tanto por mí?
— Porque nada de eso se compara a lo que tú has hecho conmigo, soy yo quien debe estar agradecido, y lo estoy.
— Mi maquillaje saldrá arruinado para el video del bebé.
— La hermosa cara que tienes es una locura, no se dañará nada.
— Te amo. — Me besa en los labios. La beso también, alzándola del piso. Completamente inmerso en sus labios.
— Ah, y aquí está la otra parte del regalo.— saco un sobre con dinero en efectivo. Le cae bien, cuenta los billetes por encima y lo guarda entre sus manos con una sonrisa pícara.
Nos acercamos a la mesa de la revelación, despacio. Pongo mi teléfono en un trípode y comenzamos a grabarnos.

Sostenemos juntos la tapa de la caja.
— Yo digo que es varón — afirmo — Quiero que sea varón, un primogénito fuerte.
— Bueno, yo también quiero que sea varón. Uno noble, fuerte pero de buen corazón.

— Parece que estamos de acuerdo. — Sostenemos el lazo de la caja juntos y contamos hasta tres. Lo removemos y destapo la tapa. Salen globos azules metalizados volando hacia el techo. Está confirmado, vamos a tener un varón.
— ¡Lo sabía! — La cargo, doy una vuelta con ella entre risas y le beso unas siete veces la cara, ¡la amo!
Revisamos las cosas en la caja. Ropita de bebé y el ultrasonido. Volvemos a abrazarnos fuertemente. Es un abrazo distinto.
— Seremos padres.
— Seremos padres.
Saco mi celular y pongo una balada de fondo, acurruco a mi esposa en mi pecho y comenzamos a bailar. Solo ella y yo, calentándonos el uno al otro en esta noche invernal.
Qué maleducado e inoportuno es el amor, pero cómo agrada, cómo cae bien.
— Vas a darme un hijo Luna, convertirás a Alessio Yvoty en padre.
— ¿Estás feliz?
— Más de lo que puedas pensar o imaginar. Estoy inmensamente feliz por esto, por ustedes.
— También estoy feliz, mi amor.
Me entrego tanto a este momento que empiezo a susurrarle al oído cosas hermosas en mi lengua natal. Repito lo mismo varias veces, es agradable hacerlo.
— ¿Qué dices?
— Lo que te digo, mi preciosa esposa, es que mi promesa de amor nunca se desvanecerá. Que no puedo esperar a verte vestida de blanco en Grecia, en altar, no puedo esperar a pasar cada día junto a ti, junto a ustedes.
— ¿Me amarás hasta mi último respiro?
— Por siempre, cariño, hasta el final.
— Entonces, quiero que sepas que la promesa de mi amor por ti tampoco se desvanecerá.
— ¿Hasta que la muerte nos separe, mi amor?
— Sí, te amaré con todo mi corazón, hasta que la muerte
nos separe, Alessio.

El Guardián de la Llave
es una saga de romance y fantasía oscura
que entrelaza leyendas urbanas,
mitos vampíricos y licántropos
a lo largo de cinco volúmenes
planificados hasta la fecha.
Esta historia continúa en el siguiente volumen:
El Guardián de la Llave — Volumen II
Luna Eterna.
Diciembre 2026





AUTOR:
Bárbara Jaén

Sígueme en
Instagram, Tiktok, wattpad:
@BARBARAFANTASSY

Facebook:
Bárbara Fantassy Autora.

Muchas Gracias.

:)